S. G. DE GRAAF

# EL PUEBLO DE LA PROMESA

TOMO I

desde la creación hasta la
conquista de Canaán

*Traducido por*
*Guillermo Kratzig*

SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA

# EL PUEBLO DE LA PROMESA

Publicado por primera vez en holandés bajo el título *Verbondsgeschiedenis*, por J. H. Kok de Kampen.

Esta versión fue traducida del inglés que lleva por título *Promise and Deliverance*, publicado por Paideia Press de St. Catharines, Ontario, CANADA, (1977) con su permiso.

Publicado por
SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA
de la
IGLESIA CRISTIANA REFORMADA
Grand Rapids, Michigan, EE. UU.

Distribuido por
T.E.L.L.
Apartado 6219
Grand Rapids, Michigan, EE. UU.

# Contenido

### José y Judá



### La Liberación de Egipto



### Junto al monte Sinai



### En el desierto

**En Canaán**

## Advertencia

Cada capítulo de *El pueblo de la promesa* tiene tres partes distintas.

En primer lugar, cada capítulo comienza con material de trasfondo, una breve exposición de puntos que hay que tener en cuenta al estudiar la narración y al relatarla a los niños. Esta sección fue preparada para el maestro o la maestra y no es para ser leída a los niños.

Después de esta sección introductoria, el autor ha formulado el pensamiento principal de la historia en una sola oración, destacándola por medio de letra cursiva.

Luego viene la narración misma, que forma la mayor parte del capítulo. Algunos de los niños más grandes y los jóvenes podrán leer esta narración; los niños pequeños necesitarán un relato más sencillo de parte del maestro.

Se notará la diferencia en tipo de imprenta entre el material de trasfondo y la narración.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina Valera, revisión 1960, de las Sociedades Bíblicas en América Latina.

Los editores

## Introducción a la versión en Español

Aquí está, finalmente, la primera presentación en español del bien conocido libro de S. G. De Graaf titulado *Verbondsgeschiedenis*. Muchas personas que conocen esta obra en su forma original, es decir, en holandés, o en su traducción al inglés, se sentirán complacidas ante su aparición en español, puesto que es un tratado único de la revelación que Dios ofrece de sí mismo en la Biblia.

Este libro ha demostrado ser singularmente útil para llevar unas cuantas generaciones de cristianos en varios países a un mejor entendimiento de la particularidad, el alcance comprensivo y la unidad fundamental de la revelación bíblica. Ahora los cristianos en el mundo hispano podrán leer este libro, estudiarlo, y reflexionar sobre él. Cristianos de toda condición y clase se beneficiarán de su lectura: personas recién convertidas, creyentes de larga experiencia, padres que luchan por establecer hogares cristianos, abuelos que relatan historias bíblicas a sus nietos, pastores, y hasta profesores (incluyendo a teólogos).

¿Qué hace de *El pueblo de la promesa* un libro singular? ¿Por qué puede considerárselo como lectura *obligatoria* para todo tipo y clase de persona? (Hablo del libro como "lectura obligatoria" porque es único; no se dispone de substituto alguno). ¿Por qué es preciso que este libro, que ahora se publica en un lenguaje que lo hace accesible a millones de personas, sea un instrumento familiar y un recurso no sólo para países de habla inglesa, sino también para América Latina, y para las naciones nacientes del Africa y Asia? ¿A qué se debe que este libro puede hablar a aquellos que se consideran a sí mismos revolucionarios sociales, pero que en realidad claman, movidos por la angustia de su alma, por justicia y paz social y económica? ¿Cómo es posible que un libro constituido de bosquejos o resúmenes de historias bíblicas, un libro destinado origi-

nalmente a los maestros de la escuela dominical, tenga semejante impacto y significación?

La respuesta a todas estas preguntas yace en la *perspectiva* del autor. El mismo nos habla de su perspectiva en su introducción breve, pero singularmente importante, indicando cual es el elemento que distingue este libro de todos los demás tratados de historia bíblica. La penetrabilidad de dicha perspectiva y su aplicación consistente, capítulo tras capítulo, hace de *El pueblo de la promesa* mucho más que una colección de historias bíblicas.

El reverendo S. G. De Graaf (1889-1955) fue un prominente predicador del evangelio en Amsterdam. Dedicó una buena parte de su vida pensando en las historias de la Biblia y enseñando a otros cómo relatarlas. Su obra ha tenido un profundo impacto sobre la presentación de las historias bíblicas en escuelas dominicales, en escuelas cristianas públicas, y en clubes de jóvenes y niños de la ciudad establecidos con fines evangelísticos.

La obra de De Graaf fue una continuación y un mejoramiento de la obra por J. C. Sikkel (1855-1920) quien también fue un predicador en Amsterdam. Sikkel fue una figura decididamente independiente en la Iglesia Reformada de Holanda. En 1887 se unió al "Doleantie", un movimiento que llamaba a las iglesias de los Países Bajos a volver a una mayor fidelidad a la Palabra de Dios. Desafortunadamente, Sikkel se mantuvo demasiado a la sombra de Abraham Kuyper (1837-1920), líder del movimiento "Doleantie". Aunque Sikkel difería con Kuyper en un número de temas teológicos, compartía con él, junto a muchas otras figuras en el "Doleantie", una entrega sincera y de todo corazón a la Palabra de Dios.

Lo que caracterizó singularmente a este avivamiento evangélico del Siglo XIX fue su preocupación por lo que la Palabra de Dios dice acerca de la vida del hombre en la sociedad, acerca del hombre como un ser total. La comunidad cristiana había sido encarada por la corriente de acontecimientos que hemos denominado la revolución francesa, acontecimientos que sacudieron a la sociedad occidental en sus fundamentos. Rodeados de estas circunstancias, los hombres de la "Doleantie" volvieron a las Escrituras preguntando cómo deben considerarse la vida humana y la sociedad a la luz de la revelación divina. Los sermones de Sikkel y De Graaf, libres de especulaciones teológicas y doctrinas no fundamentadas, acercaron en gran manera a los creyentes de los Paises Bajos a la Palabra del Dios viviente. La luz de dicha Palabra iluminó la

vida total del hombre en la sociedad.

Las cosas reveladas por este retorno a las Escrituras sorprendieron a una comunidad cristiana que se había acostumbrado a adaptarse a una sociedad secular y que se había apartado más y más en una retirada espiritual, limitándose a una vida de devoción privada, a una vida que dejaba poco lugar para un auténtico interés por el mundo de Dios, el mundo que Cristo gobierna como Señor. La comunidad cristiana comprendió paulatinamente que la revelación bíblica no es sólo una revelación acerca de determinados temas teológicos. La Palabra de Dios nos ilumina y otorga discernimiento; pone nuestras vidas en la luz de la verdad. La Escritura revela el horizonte último de nuestra vida en lo personal y en lo comunal; ella demuestra que la vida *es* religión, y que la religión no es meramente un aspecto o dimensión de nuestras vidas. El avivamiento evangélico detrás del "Doleantie" demostró que la religión, tal como es presentada en las Escrituras, es vida en su totalidad, en su totalidad indivisible. No es algo que hacemos; no es una determinada actividad humana. Más bien se trata de la situación en la que hemos sido creados, la situación que subyace y fundamenta la totalidad de nuestro quehacer. *Vivimos* ante el rostro de Dios (*coram Deo*). Fuimos llamados a la vida por la Palabra vivificante de Dios y somos sustentados en esta vida momento a momento, por dicha Palabra. Somos criaturas dependientes y no seres racionales de libertad autónoma, como quisieran hacernos creer Rousseau, Kant, y el humanismo moderno incluyendo a Sartre. Como siervos de Dios somos llamados a una tarea, es decir, trabajar en la creación.

En las Escrituras, religión significa *pacto*. Mediante su palabra, Dios creó un orden de cosas que culminó en la persona del hombre. Mediante esa palabra también otorgó su favor al hombre y lo introdujo a una vida en la que tenía conciencia de la relación con Dios basada en el pacto. Es como el mismo De Graaf lo expresa: "Sin pacto no hay religión, no hay comunión consciente entre el hombre y Dios, no hay intercambio de amor y fidelidad. Sin el pacto, el hombre sería meramente un instrumento en la mano de Dios. Cuando Dios creó al hombre, su propósito era hacer algo más que un instrumento; hizo una criatura capaz de responderle" (p. 35).

Al considerar lo que la Biblia quiere decir al hablar del pacto de Dios con el hombre, no debemos limitar nuestro enfoque a los pactos específicos hechos con Noé, Abraham y el pueblo de Israel en Sinaí. "La co-

munión íntima de Jehová es con los que le temen y a ellos hará conocer su pacto" (Sal. 25:14). Por medio del profeta Hageo el Señor habla de "el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto" (Hag. 2:5). El alcance de esa promesa va mucho más allá de los términos de cualquier pacto específico registrado en las Escrituras.

Es cierto que el pacto original, llamémoslo el pacto del favor de Dios o el pacto de la creación, tuvo que ser reemplazado por el pacto de la recreación hecha con Cristo, el segundo Adán. (Ese segundo pacto también puede ser llamado el pacto de la gracia de Dios, del favor que perdona el pecado). El punto, sin embargo, es que la revelación de la religión basada en el pacto como estructura fundamental de nuestra vida provee la muy necesitada luz sobre nuestra situación y condición en este mundo. El pacto de Dios es la unidad subyacente que abarca todas las obras humanas y todas las relaciones de la sociedad.

Este renovado discernimiento en la revelación bíblica es la perspectiva que es básica a la presentación de todas las historias bíblicas hecha por De Graaf. Esto hace que su libro sea una presentación singular de la revelación que Dios ofrece de sí mismo en el pacto y evita que la interpretación de los relatos degenere en mera moralización. Religión *no* es moralidad.

La predicación teocéntrica de De Graaf, que testificó de la soberanía de Dios sobre la totalidad de la vida de su puesto, se apoderó de los corazones de sus oyentes en su día. El mismo énfasis mostrado en *El pueblo de la promesa* debería ser asunto de supremo interés y preocupación a los evangélicos de nuestros días que demuestran una creciente sensibilidad social y buscan más y más puntos de contacto entre las creencias cristianas y la vida cotidiana. Gran parte de la literatura que circula en medios evangélicos está referida a temas limitados, tales como ángeles, demonología, el regreso de los judíos a Palestina como cumplimiento de las profecías, los dones del Espíritu, o con libros bíblicos en particular. Aunque tales estudios sean muy útiles, a fin de cuentas carecen de sentido para aquellas mentes que aún no han comprendido el orden divino establecido para todas las cosas y la relación básica fundamentada en el pacto desde la cual debe entenderse este orden. Además, la mayor parte de la literatura evangélica se limita en su enfoque a la salvación de pecadores perdidos, un enfoque que tiene su lugar adecuado y necesario, pero que no alcanza a penetrar detrás del drama de la caída y redención al orden de la creación y del carácter de pacto de la religión, aspectos

que otorgan significancia al evangelismo. Casi pareciera ser que hemos olvidado el significado de la revelación de que Dios es el creador.

Mucho se ha escrito y dicho sobre el renovado interés evidenciado en todas partes por el cristianismo, especialmente entre la juventud. En muchas partes del mundo el dilema se reduce a escoger entre Marx y Cristo. Especialmente en América Latina hay evangélicos que, frustrados por el fracaso de los cristianos de actuar basados en la fe, juegan con la idea de un compromiso entre Marx y Cristo.

Donde quiera que los hombres anhelen justicia y paz, dondequiera tengan hambre y sed de Cristo, es absolutamente necesario que sean dirigidos tanto a la médula como al alcance total de las buenas nuevas del pacto de Dios con el hombre y la tierra. Dicho pacto abarca todas las relaciones en la tierra, es decir, la familia, el matrimonio, la educación, la vida económica (trabajo), la política, las artes, las comunicaciones y la adoración.

Estoy agradecido a Dios de que *El pueblo de la promesa* de De Graaf ahora es presentado a lectores en todas partes del mundo. En efecto, siento gratitud por el hecho de poder ofrecer un libro como éste, puesto que en él el cristianismo es presentado como lo que es, es decir, una religión robusta y pertinente.

Por supuesto, la prueba de todo esto la otorgará la lectura misma del libro. Por lo tanto, como en la maravillosa historia de la conversión de Agustín en el jardín, *Tolle, lege* también aquí se aplica el valor de dichas palabras, es decir, toma y lee. Por cierto, el libro mismo justificará todo el esfuerzo realizado para hacerlo accesible en su nueva forma.

H. Evan Runner

# Prefacio

El nacimiento de este libro ha sido gradual. En mis días de estudiante asistía a una clase que el pastor J. C. Sikkel de Amsterdam daba a sus maestros de la escuela dominical. Cada sábado repasábamos la historia bíblica que contaríamos al día siguiente. Durante aquellas sesiones nos daba indicaciones que nos ayudarían a relatar la historia. Nunca las olvidamos.

Años atrás me hice cargo de aquella clase y desde entonces he enseñado en ella. Por muchos años también he escrito bosquejos para que las historias bíblicas fuesen contadas en "clubes de evangelismo" para niños y niñas. Tanto los bosquejos como las clases para maestros de la escuela dominical trataban de las mismas historias.

Durante este trabajo me vi repetidamente forzado a encarar cierta pregunta: ¿Cómo relatamos la historia bíblica? Al tratar este tema ante un auditorio de maestros de la escuela dominical, con frecuencia también estaban presentes maestros de escuela primaria. Periódicamente discutía este tema con los maestros de escuela, porque generalmente las historias son relatadas de la misma manera en la escuela primaria y en la escuela dominical. Quisiera defender esta práctica en el presente libro.

En estas conversaciones los maestros buscaban reiteradamente una guía para la implementación práctica de los principios que yo estaba defendiendo, especialmente en cuanto a las historias tomadas del Antiguo Testamento. Por eso, en el presente libro he dedicado poco espacio a la Introducción. En cambio, he dedicado la mayor parte del libro a bosquejos útiles para el relato de las historias.

Este libro no es para quienes quieren aprender de memoria un bosquejo y luego "contarlo". Tal procedimiento no puede sino conducir al fracaso. Los bosquejos que se ofrecen aquí ni siquiera deben ser consi-

derados como modelos para el relato que usted mismo haga de la historia. Su propósito es servir simplemente como una guía del viajero con mapas y comentarios adjuntos, porque su propósito es destacar los diversos elementos de la historia. Una vez que usted ha estudiado una guía de viajero, usted tendrá que ir y *ver con sus propios ojos*. De modo que estos bosquejos están dedicados a personas que están estudiando las Escrituras para comprender la Palabra de Dios *antes* de comenzar a contar la historia. Dado que reconozco lo difícil que es alcanzar dicho entendimiento, estoy muy consciente de las muchas deficiencias de estos bosquejos.

Dado que el énfasis recae sobre el aspecto práctico del arte de relatar historias, la Introducción no detalla todos los principios que deben gobernar el relato. La aplicación de los principios generales referidos al relato de un milagro o una parábola, por ejemplo, debe ser sacada del bosquejo mismo.

# Introducción

**La forma de relatar historias.** No es necesario decir mucho sobre el tema de la forma. Es, por cierto, un tema muy importante, pero contar historias del relato bíblico es, en gran medida, lo mismo que contar historias de cualquier otro tipo. Puesto que otros ya han dicho lo suficiente en cuanto a cómo relatar historias, aquí será suficiente hacer unas pocas observaciones.

El maestro debe contar una historia, no dar un discurso ni predicar un sermón. Contar una historia es darle vida, lograr que los niños la *vean* y que se sientan parte de la misma. Para lograr esa meta, haga uso de cuantos detalles le ofrezca la historia. Usted debería construir escenas mentales y poner en juego la imaginación.

Sin embargo, este método se ve limitado por el tema y el propósito de nuestros relatos. Su propósito principal no consiste en mantener entretenidos a los niños, sino en transmitirles un mensaje. Por eso, no permita que el punto principal se pierda entre los detalles o quede sepultado por la imaginación. Usted tendrá que cuidarse particularmente de este último peligro.

Al relatar una historia que lleva un mensaje, existe siempre un pensamiento central. Por lo tanto, habrá un clímax. Cuando se subraya adecuadamente el pensamiento central, no habrá necesidad de dramatizarlo.

**El propósito al relatar historias.** El propósito es alentar a los niños a creer, a "llevarlos a la fe". Sin duda, éste es el propósito de contar historias bíblicas en cualquier reunión evangelística. Pero, ¿hemos de considerar que ese también es el propósito de las historias bíblicas en la escuela?

Nuestro propósito al contar la narración bíblica debe ser similar al de Dios al incluir esa historia para nosotros en su Palabra. Dios hizo que las historias fuesen registradas "para que pudiéramos creer". Por lo tanto, también en la escuela primaria, mientras estamos impartiendo conocimiento, debemos llevar en mente este propósito. El hecho que los niños en su clase ya creen no es ningún problema. También en el caso de ellos, la historia es contada para evocar la fe, profundizarla y ampliarla.

Si nuestros relatos han de motivar a los niños a creer, cada historia debe contener un solo pensamiento central. El maestro debe tener clara conciencia del mensaje que quiere transmitir. Esto le ayudará a contar la historia sin agregarle nada que en realidad no contiene ni darle una interpretación parcial. En cada historia Dios se revela a sí mismo en una forma particular. Lo importante es tratar de comprender lo que Dios nos quiere revelar en la porción de historia que estamos considerando.

**El contenido de nuestros relatos.** Al pensar en el propósito de relatar historias de la Biblia, de inmediato somos conducidos a considerar su contenido. Hemos de considerar la totalidad de las Sagradas Escrituras como nada más ni nada menos que la autorrevelación de Dios. Por lo tanto, la historia relatada en las Escrituras es parte de la autorrevelación de Dios. Por eso, dicha autorrevelación es el contenido de las historias que contamos a los niños.

En su gracia Dios se revela a sí mismo solamente en la persona del Mediador. Como resultado de la caída, no existe revelación de gracia aparte del mediador. Por eso, sus relatos deberían hablar de él, ya sea que el maestro relate la historia del Antiguo Testamento o del Nuevo Testamento. Este es el segundo requisito para contar historias de la Biblia.

Cristo no sólo es el Mediador entre Dios y los hombres, también es la cabeza del pacto en el que Dios vive con su pueblo. Aquí vemos otro aspecto de la relación de Cristo con nosotros: El es la cabeza de su pueblo, el segundo Adán. Cuando el maestro presenta al Cristo de las Escrituras, también debería mencionar el pacto. Este es, entonces, el tercer requisito para relatar historias bíblicas. Seguidamente voy a desarrollar estos tres puntos.

**La autorrevelación de Dios.** Cada vez que el maestro cuenta una de estas historias, está hablando acerca de Dios. No debe contar solamente lo que Dios hizo, sino también cómo se reveló a sí mismo a través de sus acciones, porque todas estas cosas han sido escritas para instruir e iluminarnos.

No crea que esto se puede hacer sin esfuerzos. Si no apartamos un tiempo para la tranquila reflexión antes de contar la historia de la Biblia, y sencillamente seguimos su curso natural, pronto descubriremos que estamos hablando de hombres y sus obras, de lo que ellos creyeron y de cómo pecaron. Por supuesto, Dios todavía entra en el cuadro; de tanto en tanto interviene dando recompensas y castigos. Y antes de darnos cuenta habremos llegado a la "moraleja" de la historia. Les diremos a los niños que Dios obrará con ellos de acuerdo a sus hechos: si son "buenos", Dios los recompensará, pero si son "malos", los castigará.

Me atrevo a decir que esto es generalmente el modo más popular de contar historias bíblicas a los niños. También es la forma en que se construyen muchos sermones. Pero mientras que algunas personas piensan que este procedimiento mantiene simple y directa la historia, ellas olvidan que no están transmitiendo lo que se nos dice en las Escrituras, el relato de la autorrevelación de Dios.

Las Escrituras son profecía.* Esto es cierto inclusive en sus pasajes históricos. En otras palabras, cada historia en las Escrituras revela algo del consejo de Dios para nuestra redención, aunque cada historia lo diga en forma diferente. Además, en cada historia Dios es el agente principal, revelándose a través de sus hechos como el Redentor. En cada historia se puede ver la totalidad de la obra redentora.

Considere como ejemplo la historia de José. Podríamos fijar la atención en los hermanos malvados y en José, quien puso su confianza en Dios y fue salvado por él. Sin embargo, procediendo así estamos omitiendo un elemento que forma parte verdadera del relato bíblico: fue Dios quien obró con soberanía en todas estas cosas para preservar la vida de un gran pueblo. Ahora volvamos a contar la historia, pero partiendo desde este punto de vista. Desde el comienzo mismo Dios y su

---

*La profecía es, sobre todo, hablar en nombre de Dios. Predecir el futuro es simplemente un elemento de la profecía. (Anotación del traductor)

pueblo se convierten en el centro de nuestra atención. En cierto sentido, José ocupa un lugar secundario, el de un mero instrumento.

Ahora se puede ver por qué me opongo al concepto de que los niños no recordarán nada a menos que alguna gran personalidad de la Biblia es puesta en el centro de la historia que se cuenta. Según la línea usual del argumento, los pequeños tendrán que aprender a identificarse con una persona particular en la historia. Pero entonces dicha persona, con *sus* hechos y *su* fe y *sus* errores se convierte en la figura central. Mediante este procedimiento la historia que contamos deja de ser la historia de la revelación.

Debo admitir que es muy difícil contar las historias en forma adecuada. Es bastante difícil para nosotros ver las cosas en forma adecuada en nuestras mentes. Primero debemos someternos a las Escrituras y su significado. Aprender a escuchar cuidadosamente al pasaje de las Escrituras que estamos estudiando nos costará un par de horas de preparación (o tal vez más), pero, ¿qué otra alternativa nos queda? No hay escapatoria por que estamos tratando con las Escrituras. Si no estamos decididos a hablar de Dios desde el principio hasta el fin, a hablar de Dios como el Alfa y la Omega, ni siquiera deberíamos molestarnos en contar la historia de la Biblia. Pero una vez tomada la decisión de proceder sobre la base de la convicción de que Dios debe ser el primero y el último en nuestra historia, deberíamos permitir que estas directrices den forma a nuestro relato. Por supuesto, haremos ciertas concesiones teniendo en cuenta la edad de los niños a quienes estamos hablando.

El pecado característico del niño es ponerse a sí mismo en primer lugar. En la vida del niño hay lugar para Dios siempre y cuando Dios ocupe el segundo lugar. ¿Procedemos con responsabilidad si nos adaptamos a esa inclinación pecaminosa de los niños? ¿O deberíamos oponernos a ella? Hay que admitir que para un niño es muy difícil comprender la historia de la Biblia desde el punto de vista correcto, no por su limitado entendimiento, sino porque su corazón dice "no". Los pequeños no tienen más lugar en su vida para Dios que los adultos. Si logramos que los niños vean el lugar central de Dios en la vida humana, habremos alcanzado nuestra meta principal.

Por supuesto, en nuestras historias también hablamos de personas. Hablamos de lo que Dios hizo a través de ellas y en ellas, y después hablamos de la respuesta que dieron a los hechos de Dios. El punto que debemos recordar es que la obra de Dios es reflejada en sus respuestas.

Cuando en los sueños José recibe la luz de la revelación de Dios y se convierte en portador de dicha revelación y en preservador de su pueblo, también comienza a sufrir muchas tribulaciones (en parte por causa de sus propios pecados). Esto nos muestra la grandeza de la autorrevelación de Dios en la vida de José. Esa clase de énfasis enseña a los niños a temer al Señor* en vez de considerar a José como un ejemplo moral.

¡Si tan solo pudiésemos rescatar a los niños de su egoismo espiritual, que es total y absolutamente inespiritual! Nosotros no estamos en el negocio de persuadir a las personas a ir al cielo. Por eso debemos cuidarnos de no persuadir a los niños y jóvenes a adorar su propia salvación en vez de adorar a Dios. Desde el mismo comienzo Dios debe ser el centro de las historias bíblicas que contamos a los niños. Los niños deben aprender a verlo en cada historia.

**La autorrevelación de Dios a través del Mediador.** Como consecuencia del pecado no hay revelación de gracia sino en el Mediador. Esto se ve claramente a lo largo de toda la Escritura, no solamente en el Nuevo, sino también en el Antiguo Testamento. Las Escrituras son una unidad. El Antiguo Testamento es el libro del Cristo que iba a venir, en tanto que el Nuevo nos cuenta del Cristo que ha venido. Cometemos injusticias contra el Antiguo Testamento cuando trazamos líneas desde su historia hasta el Cristo. Por ejemplo, decimos que Dios salvó a Israel o envió a José a Egipto para salvar a su pueblo para que el Cristo pudiera nacer de ese pueblo. Y, ciertamente, éste es un aspecto verídico de la revelación. Es una línea que debemos seguir porque es sugerida por la misma Escritura. Sin embargo, no es suficiente.

Toda la Escritura es la autorrevelación de Dios como el Redentor. Cada historia nos revela la redención a través del Mediador. Sin embargo, esto no significa que en cada historia vemos todo el alcance de la redención. Creemos en la revelación progresiva. Este progreso es un desarrollo en el que nada nuevo es añadido. En principio, la totalidad de la redención es revelada en la promesa madre (Gn. 3:15). Por eso, la semilla de la redención se encuentra en cada historia del Antiguo Testamento. Nuestro trabajo consiste en usar la luz del Nuevo Testamento para ponerla en descubierto. Ningún velo está cubriendo nuestros ojos cuando leemos el Antiguo Testamento (véase 2 Co. 3:14-16), porque el

*Véase la nota de p. 54 sobre el significado de la palabra *"temer"*.

testimonio de Jesús es también el Espíritu de la profecía del Antiguo Testamento (Ap. 19:10).

El Mediador también obró a lo largo de la era del Antiguo Testamento. Su obra no comenzó donde comienza el Nuevo Testamento. Ya había penetrado la historia del Antiguo Testamento, moviéndose entre la gente y los lugares para revelarse a sí mismo. Todo está lleno de El, y la historia se ha convertido en un gran milagro por medio del Espíritu.

Siempre tendremos grandes dificultades en explicar la historia en las Escrituras, particularmente en el Antiguo Testamento, si no partimos del ardiente esfuerzo del Mediador para revelarse a sí mismo. Inclusive, desde un punto de vista psicológico, las historias del Antiguo Testamento seguirían siendo un misterio para nosotros, si rechazáramos el correcto punto de partida. Pero ¡cuán maravillosamente se nos abren las Escrituras cuando centramos la atención en el Mediador! Es entonces cuando los hechos y los motivos de la gente del Antiguo Testamento, tantas veces la incógnita en sí, se aclaran ante nuestros ojos.

Si usted no percibe lo que trato de decir, piense en el difícil libro de Ester. En dicho libro ni siquiera se menciona el nombre de Dios. Pero trate una vez de leer el libro de Ester para ver cómo el Mediador es revelado desde su mismo principio. Entonces no solamente se hacen comprensibles los motivos de Mardoqueo, sino que también en su vida vemos la obra del Mediador. Y aunque todavía critiquemos algunos de los hechos de Mardoqueo, también aprendemos a apreciarlos comprendiendo que cada tipo de Cristo es al mismo tiempo, y en muchas formas diferentes, su opuesto o antitipo. Al final del libro leemos: "Porque Mardoqueo el judío fue grande entre los judíos, y estimado por la multitud de sus hermanos, porque procuró el bienestar de su pueblo y habló paz para todo su linaje". Aquí tenemos una descripción casi perfecta del Cristo.

Nuevamente, debo admitir que es un verdadero desafío contar historias bíblicas de esta manera. Primero debemos asegurarnos de que nosotros mismos hayamos visto al Mediador revelado en las Escrituras y que lo vemos ahora en la luz adecuada. No nos es permitido tomar textos de diferentes partes de las Escrituras para usarlos arbitrariamente para presentar cierto cuadro del Cristo. Llegar a conocer a Cristo como se revela a sí mismo tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, implica un trabajo cuidadoso y disciplinado. Afortunadamente, tenemos la mente de Cristo (1 Co. 2:16).

Hasta este momento he hablado principalmente del Antiguo Testamento. Generalmente la gente supone que es mucho más fácil hablar de Cristo partiendo del Nuevo Testamento, que parece ser el lugar más obvio donde hallar información acerca de él. Pero cuando contamos la historia de Zaqueo, asegurémonos que la autorrevelación de Cristo, y no Zaqueo, es el punto principal.

Por supuesto, no podemos evitar hablar de personas como Zaqueo. El mismo Señor Jesucristo dijo que la gente de todas partes del mundo hablaría de María de Betania. No obstante, y *sobre todas las cosas* deberíamos hablar de aquel que despertó tan gran amor en el corazón de María. Vemos *Su* amor reflejado en el amor de María. Con el mismo enfoque deberíamos tratar la historia de Judas: ¿Quién es este Jesús que era capaz de despertar tan gran odio en el corazón de un hombre?

Deberemos estar mucho más atentos a estos asuntos si queremos evitar que el peso de nuestro relato caiga sobre la gente, presentando su fe como un ejemplo para ser seguido y sus pecados como una advertencia. En cambio, el peso de nuestro relato debe caer sobre la revelación de la gracia de Dios en Cristo.

**La autorrevelación de Dios a través de su pacto con su pueblo.** El Señor Jesucristo no solamente es el Mediador, sino también la cabeza del pacto, el segundo Adán. Por eso, al hablar de El también deberíamos hablar de su pacto (suponiendo que deseamos presentarlo tal como lo hemos conocido a través de las Escrituras). Tal vez usted no está buscando más de una historia "sencilla" acerca de "Jesús y el alma". Si ese es el caso, permítame recordarle que tal clase de repetición nada tiene que ver con las Escrituras, porque la Palabra de Dios nunca se limita a hablar de Jesús y el alma.

Para ciertas personas todo el significado del pacto aparentemente consiste en que los niños de alguna manera son tomados en cuenta con sus padres ante los ojos de Dios y la iglesia. Luego hablan de una "doctrina" del pacto, doctrina contra la cual tienen unas cuantas objeciones. Realmente, esa clase de personas no ha entendido de qué trata el pacto.

Este pacto puede ser comparado a una relación matrimonial en la que hay derechos y obligaciones de ambos lados. Cuando un hombre y una mujer reconocen dichos derechos y responsabilidades, ambos pueden compartir los pensamientos y las emociones más íntimas. De igual ma-

nera, en la relación del pacto Dios y su pueblo comparten el amor más profundo de sus corazones (Sal. 25:14).

También debemos recordar que mientras un pacto es un contrato o acuerdo entre dos partes, *este* pacto procede solamente de Dios. Al dar al hombre ciertos derechos, Dios lo había elevado a la condición de una parte junto a El mismo. A pesar de la indisposición del hombre, en el pacto de gracia Dios asumió un compromiso con el hombre, haciéndose a sí mismo responsable de la otra parte pactante. Además, enseñó al hombre lo que significa ser fiel al pacto, y le dio a Cristo como cabeza del pacto, como aquel que en nuestro lugar diría sí a Dios. Mediante su Espíritu nosotros también aprendemos a decir sí a Dios. De esta manera, la seguridad del pacto descansa en lo que una de las partes ha hecho y sigue haciendo.

Fuera del pacto es imposible que exista comunión consciente entre Dios y el hombre. Fuera del pacto carecemos de derechos delante de Dios, y fuera del pacto no puede hablarse siquiera de la comunión o del hombre ofreciendo su corazón a Dios y recibiendo bendiciones como respuesta. El concepto de que el pacto fue originalmente establecido con Abraham es un absurdo para todo aquel que ha descubierto el significado que el pacto tiene en las Escrituras.

En el pacto Dios siempre se acerca a su *pueblo* como un todo, nunca a individuos solamente. Por causa del pacto, todo el pueblo descansa seguro en la fidelidad de Dios. Cada miembro individual del pacto comparte ese descanso por ser un miembro de la comunidad. No es preciso que siempre usemos la palabra *pacto*; el comienzo de la Biblia tampoco lo hace. Lo importante es que hablemos a los niños de la relación del pacto.

Ya me he referido a la historia de José. El punto principal de esa historia no está en lo que Dios significó a José, sino lo que El significó a su pueblo a través de José, un pueblo que acababa de comenzar su desarrollo en las tiendas de Jacob. Si leemos la historia de David, vemos que las Escrituras no centran su atención en él como persona. En cambio, David es presentado como cabeza de su pueblo. La historia de Nehemías ha de ser leída como la historia de la restauración del pueblo de Israel. La historia de Zaqueo, por su parte, ha de ser entendida como la autorrevelación de Cristo a su pueblo. La historia de Ananías y Safira se refiere a la comunión del pueblo en el Espíritu y la revelación de Dios a y en ese pueblo en Cristo. Las personas siempre sirven como *tras-*

*fondo*, inclusive en aquellas historias que a primera vista parecen ser totalmente personales.

También este hecho hace que el contar historias sea difícil. Los niños tendrán dificultades en entender las historias, no porque sus mentes no las comprenden, sino porque sus corazones no las aceptan. Por haber sido nosotros separados por el pecado, cada niño nace como un individualista. Estamos en el mundo como seres separados y formamos nuestras opiniones por nuestros propios medios.

Si usted, al contar las historias, apela a ese individualismo, los niños estarán dispuestos a aceptar lo que usted diga. Pero, ¿podemos permitir que seamos gobernados por una situación impuesta por el pecado y vender el evangelio como un propagandista vende un jabón de tocador? ¿O deberíamos destrozar ese individualismo mediante nuestro relato de la historia?

Cuando usted habla del pacto y de Cristo como su cabeza, no será necesario mencionar la iglesia porque automáticamente estará hablando de la iglesia. Esto soluciona una dificultad que hoy sentimos en forma muy aguda, es decir, ¿cómo vamos a hablar a los niños acerca de la iglesia como el pueblo de Dios? Esta forma de contar historias despierta la conciencia en cuanto a la iglesia. Como resultado, los niños no tendrán mayores problemas en comprender el significado del bautismo. Los niños que han sido bautizados percibirán el significado de ello, y los que no han sido bautizados anhelarán ser bautizados, siempre y cuando reciban la bendición de Dios.

No es cierto que no se puede hablar del pacto a niños que han nacido fuera de él y que no llevan su sello. El mismo Señor Jesucristo lo ha demostrado. Cuando le pidieron que sanara al siervo del centurión, Jesucristo respondió: "Yo iré y le sanaré". En realidad Jesús estaba diciendo: "Yo iré para ayudar a un pagano que no pertenece al pacto". Entonces el centurión, en su respuesta, reconoció el pacto diciendo: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo". Y por eso Cristo procedió a ayudarle. Vemos el mismo patrón en la historia de la mujer cananea. Cuando ella reconoció que los perros no tenían derecho al pan de los hijos, Cristo le ayudó. Cristo siempre buscaba un reconocimiento del pacto, y nosotros debemos hacer lo mismo en nuestras enseñanzas. Aquellos que nacieron en el pacto deberían ser conscientes de que dicho privilegio es un beneficio de la gracia, y deberían reconocer el llamado y

la elección de Dios. Aquellos que nacieron "fuera" del pacto deberían reconocerlo y demostrar su anhelo por él, de modo que también ellos puedan entrar.

Al establecer estas condiciones para hablar a los niños de la historia bíblica, no estoy retirando mis afirmaciones anteriores en cuanto a cómo contar las historias. A medida que contamos una historia, ésta debe ir cobrando vida; la historia debe atraer a los niños y hacerlos partícipes de ella. Los niños no solamente deberían empaparse de las aventuras de ciertas personas, sino, en forma especial, deberían empaparse del desarrollo histórico de la autorrevelación de Dios y de la respuesta de parte del hombre. Debemos hablar a los niños de las grandes obras de Dios. No pretendo que los siguientes bosquejos reunan todos estos requisitos, pero puedo asegurarles que he tratado de recordarlos.

**El propósito de estos bosquejos.** Aunque no es el propósito de estos bosquejos servir como material exegético, se ofrecen soluciones a algunas dificultades particulares de orden exegético. Quienes deseen profundizar más en estos problemas tendrán que recurrir a los comentarios de la Biblia para encontrar más ayuda.

Realmente, estos bosquejos han sido escritos en forma de historias. Pero nuevamente debo subrayar que no pueden ser relatados tal como han sido impresos. Sería un procedimiento totalmente inadecuado en el caso de niños menores. Mis sugerencias en cuanto al uso de estos bosquejos se encuentran en el prefacio. La persona que cuenta las historias tendrá que adaptarlas al mundo de experiencias del niño. He escogido la forma narrativa, para reducir las diferencias entre estos bosquejos y el relato mismo de las historias. Espero que esto facilite el uso de los bosquejos.

Para reducir el volumen de esta obra, con frecuencia fue necesario tratar un período considerable de historia bíblica en un sólo capítulo. Creo que cada subdivisión dentro de los capítulos contiene material suficiente para una lección aparte, si así se desea. Los capítulos han sido arreglados conforme a grupos mayores para proveer un cuadro general.

# El primer mundo

# 1: El reino de Dios

*Génesis 1—2:3*

En la primera parte del Génesis no se nos dice solamente que Dios creó todas las cosas. Lo que se nos revela ante todo es el reino de Dios. En este punto no podemos hablar todavía del reino como del reino de la gracia de Dios, porque con *gracia* generalmente nos referimos al favor al que hemos perdido todo derecho, es decir, al favor que consiste en el perdón de nuestros pecados. Por eso, para evitar una confusión, vamos a hablar aquí del reinado del favor* de Dios.

El tema central de este capítulo es la institución del reino de Dios. En el ordenamiento de la tierra a lo largo de seis días, repetidas veces Dios crea lo superior a partir de lo inferior y somete éstos a aquellos. Finalmente crea al hombre y lo hace rey (Gn. 1:26-28). Con la creación de aquel que habría de ser rey sobre la tierra, Dios alcanza la culminación de su obra. Podemos percibir algo de su regocijo cuando dice: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree..." Estas palabras nos dan la impresión de que Dios está diciendo: "Ahora hagamos al hombre. Ahora estamos llegando al clímax de nuestra obra".

Al contar la historia de esta manera no debemos glorificar al hombre por lo que es en sí. Fue Dios quien hizo al hombre. Además, Dios hizo al hombre en su propia imagen para que tuviera la capacidad de ejercer dominio. El hombre sigue dependiendo de Dios en todo, y en todo debe servirle. Por eso, el reino de Dios puede ser descrito como el reino en el cual todas las cosas han sido sujetas al hombre, en tanto que el hombre sigue sujeto, en obediencia voluntaria, a Dios.

Por lo tanto, no es suficiente decir a los niños que el mundo fue creado por Dios. Ellos deben aprender más que eso. Si el corazón de un niño ha sido tocado por el Espíritu del Señor, también anhelará aprender más; an-

*Es preciso distinguir entre un favor que originalmente procedía de Dios para con toda su creación y un favor perdido por la caída del hombre pero que ahora es dado en base a la obra reconciliadora de Cristo. Este último es llamado *gracia*.

helará oír de Dios viviendo en constante comunión con la totalidad de la creación. Esa comunión existía en el reino de Dios. El hombre servía a Dios ejerciendo su dominio.

Como señal de dicha comunión en su reino, Dios dio al hombre el día de descanso. En el primer capítulo de Génesis leemos repetidas veces que Dios vio todo cuanto había hecho, considerándolo bueno. Además, este capítulo nos dice que el agrado de Dios abarcaba la totalidad de su creación. En Génesis 2, que continúa la narración, leemos acerca del sábado. Dios bendijo y santificó ese día de descanso, y a través de él Dios bendijo y santificó todo cuanto había hecho. Dios se dio a sí mismo al mundo que había hecho para que sirviese a su gloria. La serenidad que Dios concedió a su reino alcanzó especial expresión en el día de descanso.

Por eso, el tema central de esta sección es la institución del reino de Dios. El contexto que rodea y sustenta este tema central es la revelación de que todas las cosas son de Dios, por Dios y para Dios. Esto es exactamente por qué Dios pudo instituir su reino perfecto. El hombre, como rey, había de dirigir todas las cosas hacia Dios, esto es, a su gloria. El hombre podía hacerlo solamente porque todas las cosas, incluyéndolo a él mismo, son de Dios y por Dios.

Hay otra cosa que no podemos pasar por alto: Dios se agrada *directamente* en las obras de sus manos, porque su gloria se refleja en ellas. Hay tantas cosas que el ojo humano no ha visto, cosas por las que el hombre no ha glorificado a Dios. No obstante, dichas cosas también existen para glorificar a Dios. Las cosas que Dios ha creado son sencillamente demasiado maravillosas y profundas para ser totalmente comprendidas por la mente del hombre. También hemos de acordarnos de hablar del placer directo que Dios tiene en la gloria de aquellas obras de creación.

Pero el establecimiento del reino de Dios es el tema central. Por eso, al contar esta historia ya podemos hablar de Cristo. El reino de Dios sobre la tierra fue arruinado por la caída del primer Adán, pero, fue restaurado por el segundo Adán, Cristo.

**Pensamiento clave:** *La institución del reino de Dios.*

**El primer día.** Hubo un día cuando nada de lo que ahora vemos alrededor nuestro existía. Absolutamente nada. Sólo Dios existía. Sin embargo, Dios no se sentía solo, y no anhelaba tener alguien a quien amar y querer, porque desde la eternidad Dios tiene a su Hijo, a quien ama en el Espíritu Santo. Dios no necesitaba de este mundo, pero de todos modos decidió crearlo. Aquello fue una decisión libre de su parte (Ap. 4:11). De igual manera podía haber decidido no hacerlo, porque no "es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo" (Hch. 17:25). En aquel entonces no nos necesitaba, ni nos necesita ahora.

Cuando de todos modos Dios decidió crear al mundo, lo hizo porque quería glorificarse a sí mismo en él, porque quería ver reflejada su gloria en ese mundo, como si fuese un espejo. Además, quería que los hombres compartiesen su gloria; quería que participasen de su gozo.

Una vez, al comienzo del tiempo en que ahora vivimos, Dios hizo el cielo y la tierra de su plenitud. El cielo es su trono y la habitación de los ángeles. Los ángeles también fueron creados en ese entonces (Job 38:4-7). Es en el cielo donde su gloria es revelada más abiertamente. Dios también creó la tierra, haciéndola depender de las bendiciones del cielo. El cielo y la tierra fueron hechos el uno para el otro. Hoy en día muchas personas están contentos con nada más que la tierra. Han perdido de vista al cielo, y entonces también se les escapan los verdaderos tesoros de la tierra.

Al principio la tierra y todo cuanto estaba debajo del cielo era una sola masa sin orden y forma. Yacía en las tinieblas. No obstante Dios estaba trabajando allí; su Espíritu se movía sobre las aguas. Bajo la cobertura de las tinieblas Dios estaba preparando lo que luego pondría a la luz. Sí, Dios obra aun en las tinieblas y en secreto; el fruto de su obra se manifiesta más tarde. De la misma manera Dios está obrando en este momento en las profundidades oscuras de muchos corazones humanos. Tal vez está obrando en tu corazón, enseñándote a tener fe.

Entonces Dios hizo que fuese la luz. Dios llama a cosas que no existen como si existieran, y de pronto, ¡allí están! Así fue como creó la luz. En esa luz Dios llena de favores a la tierra ¡Qué maravillosa es la luz! Es una señal que nos recuerda diaramente el favor de Dios y su cuidado por este mundo. Dios también separó la luz de las tinieblas, llamando a la luz *día* y a la oscuridad *noche*. Cada uno tiene su propio valor. Hay muchas cosas ocultas en Dios y en sus obras. Esto también es un motivo para adorarle e interesarnos en lo que él hace. Pero también hay muchas cosas que él pone a la luz, y por ellas también le alabamos.

Un período de oscuridad y un período de luz había pasado. Aquello fue el primer día.

**El segundo día.** Nuevamente comenzó un período de oscuridad. Luego comenzó el segundo día. Durante la oscuridad Dios estaba preparando lo que pondría a la luz en el segundo día.

Al crear una atmósfera alrededor de la tierra, Dios hizo una separación entre la tierra y el resto de las cosas creadas bajo el cielo. Luego hizo el cielo encima de la tierra, donde están suspendidas las nubes. Si levantamos la mirada al cielo nocturno también podemos ver las estrellas. El nombre que Dios dio a esa expansión es *cielo*. Este nos recuerda

el primer cielo en el que los ángeles adoraban a Dios. Cuando miramos al cielo, nos impresiona la inmensidad del espacio que hay más allá de la tierra. ¡Cuán lejos debe estar el hogar de los ángeles! ¡En qué manera inmensa debe ser exaltado Dios!

Esta atmósfera contiene el aire que respiramos para vivir. Es cierto que Dios creó distancias inmensas, pero al mismo tiempo él está muy cerca de nosotros con su Espíritu. El es fortaleza de nuestra vida.

**El tercer día.** Nuevamente hubo oscuridad. Dios estaba preparando todo para su obra creadora del tercer día.

La tierra misma todavía estaba desordenada. Dios ya había separado la luz de las tinieblas, y había trazado una división entre la tierra y el resto de la creación. En el tercer día dio órdenes a la tierra misma y separó al agua de la tierra firme. Entonces aparecieron los profundos mares y las altas montañas. Dios se reveló a sí mismo en la creación de mares y montañas. Sus pensamientos y sus intenciones son insondables, y su fidelidad firme como las montañas.

Durante el tercer día ocurrió un segundo milagro. De la tierra comenzaron a brotar plantas y árboles. ¿De dónde salieron? Hasta el momento no se había sembrado semilla alguna de la tierra. En esta ocasión Dios hizo que la tierra misma produjera toda planta que crece. Siendo Dios todopoderoso, aquella obra cuadraba bien en el marco de su omnipotencia. Por supuesto, aquellas plantas particulares tendrían que morir, pero en ellas ya estaban las semillas que darían lugar al crecimiento de nuevas plantas. De esta manera Dios permanece fiel a la obra de sus manos al proveer para la maravillosa vida que había creado, una vida tan débil y, sin embargo, tan fuerte porque él la sostiene.

Aquel tercer día Dios adornó la faz de la tierra. ¡Qué arreglo hermosísimo de flores fue el suyo! Hay tantas flores que los ojos humanos todavía no han visto, flores por las que todavía ningún hombre ha alabado a Dios. Y sin embargo, ellas no han florecido en vano, porque Dios las ha visto, y ha visto su propia gloria reflejada en ellas. ¡Qué delicia podía llegar a ser la tierra para el hombre! A la vez por medio de estas plantas Dios estaba proveyendo sustento para el hombre y las bestias.

**El cuarto día.** Durante la oscuridad que volvió a seguir, Dios preparó lo que quería traer a la luz en el cuarto día.

Quería sujetar la luz a leyes firmes y a patrones que dominarían la vida del hombre. Por eso creó el sol, la luna y las estrellas para dar y re-

flejar la luz. Ahora el día y la noche se siguen en estricta regularidad. Nadie puede escapar de este orden, y ello nos enseña a enumerar nuestros días.

Nadie puede mirar directamente al sol, porque su intensidad es semejante al resplandor del rostro de Dios. ¡Qué tranquilidad y consuelo puede darnos una mirada al cielo cubierto de estrellas! Alguna vez deberías detenerte para mirar aquellos mundos distantes y poderosos. Entonces, qué pequeño te verías a ti mismo. ¿Acaso no puede el Dios que cuida todos aquellos mundos, cuidar también de nuestros pequeños problemas y preocupaciones?

**El quinto día.** Allí estaban todas las aguas de la tierra sin que hubiera algo que se moviera en ellas. Los bosques carecían del canto de los pájaros que rompiera el silencio. En la oscuridad del quinto día Dios estaba preparando otro milagro.

De la misma manera que su maravilloso poder había hecho que las plantas crecieran de la tierra, ahora hacía que en lagunas, arroyos, lagos, ríos y océanos aparecieran peces. Grandes peces se movían en las aguas, y otros pequeños resplandecían al ir como flechas en todas direcciones. Cuando visitamos un acuario nos quedamos asombrados ante la cantidad de nuevas variedades de peces. Es una variedad casi infinita. ¡Qué grande debe ser Dios! ¡Qué ricos y variados son los caminos del Creador de todas aquellas especies de peces y de todas las clases diferentes de pájaros, cada clase con su canto distintivo!

Dios lo ve todo y se deleita en la plenitud de vida de su creación. Esa plenitud de vida también es nuestra delicia.

**El sexto día.** Dios todavía no había alcanzado la culminación de su obra como creador. Por sexta vez cayó la oscuridad mientras Dios preparaba las cosas para hacer la corona de su creación.

En la luz del sexto día Dios primero llenó la tierra con toda clase de animales salvajes y domésticos, y animales que se arrastran. Dios hizo tanto los enormemente grandes como los imperceptiblemente pequeños. Cada animal recibió su propia naturaleza y un propósito distintivo por el cual existir. En cada uno de ellos se revela un pensamiento distinto de Dios. No sabemos cual animal admirar más, si el león por su majestad, el toro por su fuerza, el caballo por su espíritu, el ciervo por su ligereza, o el zorro por su astucia. La creación de aquellos animales fue el último paso antes de la creación del hombre.

Luego Dios tomó consejo consigo mismo para hacer al hombre. Su

propósito era dar dominio al hombre sobre todo cuanto había hecho. El hombre había de gobernar el mundo en nombre de Dios y así glorificar a Dios. Para bien o para mal, el mundo había sido puesto en las manos del hombre. Si el hombre seguía adorando a Dios, el mundo sería bendecido por medio de él. Ya que el hombre debiá gobernar el mundo de modo que glorificara a Dios, el creador lo hizo a su propia imagen, dándole sabiduría, un corazón lleno de amor, y la voluntad de hacer el bien. El hombre fue creado a la semejanza del Padre celestial.

Además, Dios quiso que el hombre *usara* su creación. No había nada que el hombre hubiera podido llamar su propiedad privada; todo pertenecía al Dios que lo había hecho. El hombre no recibió derechos naturales juntamente con su naturaleza, por así decirlo. Dios incluso le daba los alimentos. De la misma manera en que había dado hierba verde para comida de los animales, había designado las frutas como comida del hombre.

**El séptimo día.** De esa manera Dios había establecido un reino sobre la tierra en el que todas las cosas estaban sujetas al hombre. En el nombre de Dios el hombre ejercía dominio sobre ellas. Este reino era un reino de paz. El mundo era semejante a un gran templo que Dios había escogido para habitar y favorecer con sus bendiciones.

Dios quería demostrar esto en una forma especial. Por eso terminó la semana de la creación con el séptimo día. En ese día detuvo su creación. En su lugar, descansó de la obra que había hecho; es decir, se regocijó en lo que había hecho y envió su placer y su bendición a todas partes del mundo. En aquel séptimo día instituyó el día de descanso y por su intermedio bendijo al mundo. El día de descanso se ha convertido en una señal duradera de que Dios recuerda con su favor este mundo.

El mundo floreció y se regocijó ante los ojos de Dios. Su futuro estaba, para bien o para mal, en manos del hombre ¡Qué honor y qué responsabilidad! El hombre había recibido ricos dones de Dios de modo que estaba capacitado para gobernar en nombre de Dios. Pero por el hecho de ser hombre, también tenía la capacidad de resistirse a la voluntad de Dios. Y precisamente eso fue lo que hizo. Cuando cayó, arrastró al mundo consigo. La obra creadora de Dios fue arruinada.

Pero no fue arruinada para siempre. Luego vino otro hombre, el hombre Jesucristo, que también es Dios. Este restauró al mundo de su caída siendo obediente hasta la muerte. Ahora el futuro del mundo está en sus manos. En *sus* manos el mundo está seguro. Desde entonces el día de descanso se ha convertido en una señal del favor de Dios, un favor que nunca pasará.

## 2: El pacto del favor de Dios

*Génesis 2:4-25*

En Génesis 1 se nos habla de la institución del reino de Dios. En Génesis 2 leemos del establecimiento de un pacto. El argumento de que no hay mención literal o explícito de un pacto carece de peso, puesto que aquí se encuentran todos los elementos de un pacto. Más decisivo aun es el hecho de que aquí Dios es llamado Yahweh, el Dios de la fidelidad del pacto.

Nunca debemos perder de vista el gran significado del pacto. Sin pacto no hay religión, no hay comunión consciente entre el hombre y Dios, y no hay intercambio de amor y fidelidad.* Sin el pacto, el hombre sería meramente un instrumento en la mano de Dios. Cuando Dios creó al hombre, su propósito era hacer algo más que un instrumento: hizo una criatura capaz de responderle. Solamente si el hombre era capaz de responder a Dios, sería capaz de asumir la condición de un socio en un pacto. Sin el pacto no habría sino requisitos de parte de Dios, y solamente obligaciones de parte del hombre. Pero tan pronto como Dios hacía una promesa al hombre, el hombre también tenía un derecho en cuanto a Dios, es decir hacer a Dios responsable de dicha promesa. Entonces Dios tenía una obligación en cuanto al hombre, es decir, el cumplimiento de la promesa. Una vez hecha la promesa ya podemos hablar de pacto; porque un pacto es, después de todo, un acuerdo entre dos partes, en que se expresan los derechos y las obligaciones. Por supuesto, nunca debemos olvidar que el pacto fue iniciativa de Dios, y que la promesa de Dios elevó al hombre al rango de socio en el pacto. Puesto que el pacto está sujeto a la promesa de Dios, el llamado que se describe en Génesis 1 (que también incluye una promesa) es una preparación del camino del mismo.

*La Confesión de Fe de Westminster lo dice de esta manera: "La distancia entre Dios y la criatura es tan grande, que, si bien las criaturas razonables le deben obediencia como creador, nunca alcanzarían ninguna clase de frutos de él en concepto de bendición y recompensa, sino solamente por alguna condescendencia voluntaria de su parte, la que él se agradó en expresar mediante el pacto". (Capítulo 7, Sección 1).

Estamos acostumbrados a hablar de este pacto como del pacto de obras. Sin embargo, no hemos de usar esta terminología para significar que el hombre debía merecer la vida eterna en concepto de recompensa por sus buenas obras, como si la vida eterna hubiera sido el salario por los servicios prestados por el hombre. Puesto que el hombre debe todo cuanto es y tiene a Dios, nunca podremos hablar del hombre ganando recompensas pagadas por Dios. Por eso sería más prudente hablar del pacto del favor de Dios. *Gracia*, en términos generales, también significa favor, pero en las Escrituras siempre tiene el significado especial del favor que perdona culpas. Podríamos expresar la diferencia diciendo que Dios hizo un pacto de favor con Adán y un pacto de gracia con Cristo. La única demanda que se hacía de Adán era escoger conscientemente el favor que le era dado por Dios. De esa manera él y su posteridad habitarían por siempre en dicho favor. Desde este punto de vista también se aclara el contraste con Cristo: Cristo debía seguir escogiendo el favor de Dios, aun cuando dicho favor lo había abandonado totalmente. De esta manera Cristo había de reconciliar y redimir lo que Adán había arruinado.

El mandamiento específico que Dios dio para probar al hombre tenía por propósito conducir al hombre a una obediencia consciente, es decir, a una aceptación consciente del pacto. Hasta entonces el hombre obraba bien porque su corazón no le sugería nada diferente. Sólo mediante el enfrentamiento de la posibilidad de un conflicto, podría el hombre aprender a escoger conscientemente.

El hombre recibió esta oportunidad mediante un mandamiento específico. Había cierto árbol en el jardín cuyo fruto era obviamente bueno para comer, pero el hombre recibió orden de no comer de él. De esta manera llegó a saber—aquí *saber* significa *distinguir*—que "bueno" es todo aquello que Dios ordena y "malo" aquello que prohibe. No fue, entonces, un asunto de juicio humano. El tema central aquí era cómo distinguiría el hombre entre el bien y el mal. Lo haría dependiendo de Dios y absteniéndose de comer, o comiendo en desobediencia a Dios. Por eso Dios dice más adelante: "He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo (es decir, *distinguiendo* por sí mismo) el bien y el mal".

El comer del fruto del árbol de la vida, que era otro árbol, bien puede ser comparado con tomar los sacramentos en nuestros tiempos. Cuando el hombre comió del fruto de dicho árbol, afirmando así el pacto, fue confirmada su fe en que Dios lo conduciría a vida eterna, es decir, al dominio pleno y eterno en su reino. Sin embargo, la comparación con el sacramento no es un paralelismo completo, porque en aquel tiempo la totalidad de la creación hablaba del favor de Dios. Entonces, la revelación de este favor alcanzó su clímax en el árbol de la vida. Por contraste, en nuestros días es la ira lo que se revela del cielo. Por eso Dios aparta pan, vino y agua para ser usados en los sacramentos que testifican de su favor. Antes de la caída, el "símbolo" y la "cosa simbolizada" estaban tan estrechamente ligadas que era imposible pensar en la una sin la otra. En consecuencia, tuvo que ser cerrado el cami-

no hacia el árbol de la vida, de otra manera el hombre comería de él y viviría para siempre.

En este capítulo comienza la descripción de la historia. En la historia se abre y desarrolla la plenitud que Dios estableció en la creación. En la historia el hombre recibe su llamamiento. El proceso de abrir y desarrollar ocurrirá en comunión con el Señor. Esta comunión del pacto gobernaría la historia. Así el comienzo de la historia está ligado al comienzo del pacto de Dios. El pacto incluye una tarea cultural para el hombre: el hombre debe "cultivar"* el jardín (Gn. 2:15). La tarea del hombre ya ha sido sugerida en las palabras anteriores: "Ni había hombre para que labrase la tierra" (v. 5).

**Pensamiento clave:** *El pacto del favor de Dios es establecido para que el hombre pueda vivir en comunión con Dios.*

**La creación especial del hombre.** No era el propósito de Dios que todas las cosas en el cielo y en la tierra permaneciesen tal como fueron creadas. Había incluido muchas cosas que todavía estaban ocultas en este mundo, pero que algún día serían descubiertas. Piensa en las pequeñas semillas. Toda una flor yace encerrada en ella y algún día se desarrollará a partir de ella. De la misma manera, el mundo contenía tesoros ocultos, puestos allí por Dios, tesoros que un día serían revelados. Pero aquellos tesoros no serían descubiertos automáticamente. El hombre tenía que desempeñar su papel para que así fuera. El comienzo que Dios dio a este mundo fue al mismo tiempo el comienzo de la historia. Lo que él había puesto en la creación había de ser manifestado en dicha historia.

Eso era lo que Dios quería para este mundo al que tanto había dado. Ahora el mundo debía responder haciendo fructificar todo aquello que Dios había creado en forma de semilla. Esta respuesta dependía en primer lugar, y sobre todas las cosas, del trabajo del hombre. Pero el hombre sería incapaz de alcanzar la meta que Dios se había propuesto, si Dios no daba al mundo, y especialmente al hombre, su bendición y su compañerismo. En su amor Dios se revelaría al hombre en forma aun más grande, y entonces el hombre daría a Dios cuanto había en él y en el mundo. Ese era el propósito de Dios cuando escogió vivir en un pacto con el hombre.

Cuando dos personas hacen un pacto, ambas se hacen responsables

*El verbo hebreo se refiere al trabajo como servicio a Dios.

de la obligación de dar algo al otro. Hacer un pacto es entrar en una especie de intercambio. En el pacto del matrimonio, el mayor de los pactos sobre la tierra, cada cónyugue entrega todo su corazón al otro. Así era el pacto que Dios quiso hacer con el hombre; Dios daría al hombre su amor, y el hombre daría a Dios cuanto había en su corazón y el mundo.

Ese es el motivo por el cual Dios hizo al hombre diferente a todas las demás criaturas. Cuando Dios hizo el cielo y la tierra, las plantas y todas las demás criaturas también hizo al hombre, una parte del todo. Hubo un tiempo cuando las plantas que nosotros conocemos simplemente no existían. Hasta ese momento todavía no había llovido, y hasta ese momento todavía no había seres humanos que cuidasen de las plantas. Solamente había un vapor que regaba la tierra. Pero Dios hizo que de esa tierra húmeda brotasen plantas, los arbustos, las matas que viven por muchos años, y las hierbas del campo que todos los años brotan de nuevo.

Entonces Dios hizo al hombre como una de sus criaturas, pero le encomendó una tarea específica. El hombre debía cuidar al mundo; debía labrar al mundo (es decir, cuidarlo y cultivarlo) con todo lo que contenía. En verdad, el hombre era diferente a todas las otras criaturas, porque tenía el privilegio de vivir mediante el pacto en consciente comunión con Dios. Por eso la creación del hombre ocurrió en forma particular. Es cierto, fue creado a partir de la tierra, como todas las demás criaturas, pero comenzó a vivir gracias a una obra especial de Dios. Dios mismo sopló el aliento de vida en sus narices. Con ese comienzo Dios dio al hombre un lugar especial entre sus criaturas.

**La revelación del favor de Dios en cuanto a su pacto.** Dios había escogido un lugar especial para el hombre en la tierra. Es cierto que la totalidad de la tierra era un lugar maravilloso, pero en un sitio particular Dios había hecho crecer los árboles más maravillosos, árboles que producían frutas particularmente nutritivas y que al mismo tiempo eran una delicia a los ojos. Un río que atravesaba dicha zona se dividía en cuatro.

Este jardín donde vivía era indescriptiblemente hermoso. No sabemos exactamente adonde estaba situado, pero sí tenemos una idea aproximada puesto que podemos identificar a dos de los ríos. Después de todo, la tierra ha cambiado mucho. Como resultado del pecado, el

jardín ha desaparecido totalmente de la tierra.

Ustedes pueden estar seguros que el hombre se disfrutaba mucho de aquel jardín. Se deleitaba en la sombra de los árboles, y en el rutilante agua de los ríos. Pero sobre todas las cosas disfrutaba del favor de Dios que había escogido para él el sitio más maravilloso de toda la creación. Todo el jardín le hablaba del favor de Dios. Eso era lo más importante para el hombre.

Por supuesto, el hombre no había sido puesto en el jardín para vivir una vida inútil. Desde el comienzo tuvo una tarea que cumplir. Debía labrar y mantener el jardín. Ciertamente había mucho que hacer. Al principio el hombre estaba lejos de poder comprender cuanto implicaba su trabajo. Además, debía guardar al jardín. Evidentemente había un poder hostil en el mundo. (En el capítulo que sigue les hablaré más de él.) Pero por el momento el hombre debía guardar el jardín para Dios y dar al Señor el tesoro de la tierra y el amor agradecido de su propio corazón.

**Prueba y fortalecimiento en el pacto.** Ahora bien, el hombre vivía como hijo de Dios compartiendo el amor de Dios. Sin embargo, el hombre todavía tenía que escoger. Dios había dado su favor al hombre, pero, ¿desearían vivir Adán y su posteridad en dicho favor? ¿Desearían vivir en él para siempre? ¿Preferiría el hombre dicho favor aunque viniera otro con otra propuesta y con el propósito de conducirlo en un camino diferente? Si el hombre escogía el favor de Dios, él y sus hijos podrían vivir eternamente en dicho favor. De lo contrario, le esperaba la muerte.

Para aclarar este punto, Dios puso al hombre a prueba. En el medio del jardín Dios había hecho un árbol al que llamaba el árbol del conocimiento del bien y del mal. Dios dijo al hombre que podía comer de todo árbol en el jardín excepto de aquel árbol particular. Sin duda, el fruto de aquel árbol era delicioso; la mente del hombre le decía que sería bueno para comer. Sin embargo, Dios lo prohibía y por eso el hombre tenía que aprender a distinguir entre el bien y el mal. El bien no es aquello que mi propia mente, ignorando a Dios, aprueba; el bien es aquello que Dios ordena, mientras que el mal es lo que él prohibe. Solamente la voluntad de Dios es buena, y yo debo obedecer dicha voluntad en forma incondicional. Si el hombre quería permanecer para siempre en el favor de Dios, debía decidirse por Dios y su favor, sujetándose a sí mismo a la

voluntad de Dios. El día que comería del árbol especial moriría. Entonces se habría quebrantado la comunión con Dios. Para el hombre eso significaría muerte eterna.

Aquella sería una prueba dura. Pero Dios había provisto al hombre de algo que fortalecería su fe en cuanto a poseer eternamente el favor de Dios si era obediente. En el medio del jardín había otro árbol importante, es decir, el árbol de la vida. Aunque la totalidad del jardín hablaba al hombre del favor de Dios, dicho favor era particularmente evidente en el fruto de ese árbol.

Aquellos dos árboles en el medio del jardín representaban dos direcciones opuestas. Si el hombre comía del árbol de la vida, escogería el favor eterno de Dios rechazando al mismo tiempo el fruto del otro árbol. Si comía del árbol del conocimiento del bien y del mal, rechazaría el fruto del árbol de la vida y nunca más podría comer de él.

**El pacto matrimonial.** El Señor dio aun más al hombre. Es cierto que disfrutaba la vida en el pacto con el Señor, pero en toda la creación no había nadie con quien tener auténtico compañerismo. Primero Dios hizo que el hombre comprendiera esto, trayéndole los animales para que les pusiera nombre. Allí el hombre vio algo de la riqueza de la creación al comprender correctamente la naturaleza de cada animal y al darle un nombre conforme a dicha naturaleza. Sin embargo, no había ningún animal que pudiera responder al amor en el corazón del hombre. Esto hizo que el hombre comprendiera su necesidad de otro ser humano, que también fuese humano, y sin embargo, distinto a él.

Dios quiso llenar esa necesidad. Después de hacer dormir profundamente al hombre, tomó una de sus costillas y le dio forma de mujer. Mientras el hombre seguía inconsciente, Dios preparaba el mayor tesoro terrenal para él. Dios hizo a la mujer de una de las costillas del hombre, para que ella realmente fuese una parte de él; solo así podrían los dos llegar a ser uno. El hombre habría de ser la cabeza de la mujer, de la misma manera en que era la cabeza de la raza. Para ella, como para su raza, el hombre debía escoger el favor de Dios.

Tan pronto como despertó el hombre y Dios le presentó su esposa, el hombre vio que ella era distinta de todas la otras criaturas. Ella era su par, y por eso podía darle todo el tesoro de su corazón. Y el hombre sabía que ella había sido tomada de él mismo; esto permitía que los dos fuesen uno. Es por eso que la llamó *varona*. En el matrimonio, que tam-

bién era un pacto, él le abrió a ella su corazón, y lo mismo hizo ella respecto de él. Así el pudo sacar lo que estaba escondido en su interior. Así el hombre logró comprender más profundamente lo que Dios había querido hacer con ese pacto que le daba el privilegio de vivir con el Señor. Dios y el hombre habían de darse mutuamente lo que había en su interior, sin temor, sin reservas, sin vergüenza, así como tampoco el hombre y la mujer sentían vergüenza a pesar de estar desnudos. En sus corazones había solamente amor.

Me adelanto un poco a la historia al decirles que las cosas no quedaron como estaban. El pacto fue quebrantado por el pecado. Pero ¿acaso ya no conocemos nada del pacto? ¿Es preciso que ahora vivamos fuera de la comunión con Dios?"

El pacto que fue quebrantado por el primer hombre fue recogido y restaurado por el Señor Jesucristo, pero en forma diferente. Ahora ya no tenemos Adán como la cabeza del pacto. Ese lugar fue tomado por el Señor Jesucristo quien, en circunstancias mucho más difíciles y desgraciadas, escogió por el favor de Dios. Por medio de él tenemos vida eterna, si creemos. En esa vida nueva, Dios nos da su amor en forma siempre más rica, haciendo posible que nosotros le ofrezcamos todo cuanto hay en nuestros corazones y en el mundo.

## 3: El pacto de la gracia de Dios

*Génesis 3*

Deliberadamente he titulado este capítulo "El pacto de gracia" en lugar de "la caída". Es cierto, la caída merece nuestra atención, pero si la subrayamos excesivamente, la revelación de la gracia de Dios puede convertirse en un mero pensamiento secundario. Cuando leemos Génesis 3 vemos que la caída se describe en solamente siete versículos, mientras que el resto del capítulo está dedicado a la gracia de Dios. Para nuestros propósitos es más importante aun el hecho de que las Escrituras no son un libro de obras humanas, sino el libro de la revelación de Dios. Aquí en Génesis 3, Dios nos muestra cómo se opone al pecado y como lo conquistó mediante su gracia cuando el pecado entró en su creación. Este capítulo nos recuerda que hablemos en términos positivos a los niños, contándoles de la gracia de Dios. Por eso la caída no debería recibir el mayor peso en este relato.

Una vez más vemos que Dios se vuelve a la obra de sus manos cuando en realidad debería haberse apartado de ellas. ¿Qué podemos hacer para que los niños comprendan el significado de esa libre decisión de Dios? Dios podría haber usado su juicio para destruir el pecado, permitiendo así la ruina del mundo. En su gracia omnipotente Dios escogió, en cambio, otra dirección. Aquí vuelve a darnos motivos abundantes para alabarlo.

Hemos de notar que antes de la revelación de la gracia de Dios, Adán y su esposa ofrecieron excusas por lo que habían hecho, pero sin confesar su culpa. La revelación del juicio de Dios no nos conduce al arrepentimiento y a la confesión de nuestros pecados. Para esto necesitamos la revelación de su gracia. Cuando, en el juicio pronunciado sobre la serpiente, se revela el elemento de gracia, Adán y Eva muestran su fe, confesando su culpa. La fe en la gracia de Dios siempre implica la confesión de la culpa.

Génesis 3 no nos habla del *establecimiento* del pacto de gracia, puesto que dicho pacto no fue establecido con Adán, sino con Cristo. Por eso aquí debemos hablar de la *revelación* del pacto de gracia. (En el capítulo anterior ya hemos mencionado dicho pacto.)

**Pensamiento clave:** *El pacto de la gracia es revelado al hombre para que pueda creer.*

**El mundo perdido en la caída.** Dios había creado en forma perfecta cielos y tierra. Luego sujetó la tierra al hombre y estableció un pacto con él. Pero Dios tenía un enemigo en el mundo, un ángel que se había apartado de él y se había convertido en diablo. Con este ángel caído, que se había merecido el nombre de *Satanás*, muchos otros ángeles también se habían apartado de Dios y se habían convertido en demonios.

Toda existencia de Satanás consiste en odio hacia Dios. Su único propósito es destruir todo cuanto fue hecho por Dios. De modo que estaba ansioso por ver el mundo arruinado. Pero sabía que el mundo había sido sujeto al hombre. Por eso decidió no dirigir su ataque contra Adán, que había recibido el mandamiento directamente de Dios y que era responsable como cabeza de la creación. En cambio, se dirigió primero a la mujer, con la esperanza de alcanzar a Adán a través de ella.

¿Pero cómo podría tentar a la mujer? En aquel entonces no podía hacer lo que hace ahora, es decir, sugerirle directamente pensamientos pecaminosos. Ahora nuestros corazones están abiertos a su influencia, pero los corazones de aquellos dos seres sin pecado estaban cerrados a Satanás. De modo que se vio forzado a intentar un acercamiento indirecto.

¿En qué forma habría de mostrarse a la mujer? ¿Cómo podría hablar sin ser inmediatamente reconocido como enemigo de Dios? El decidió que la serpiente hablaría por él. De ninguna manera podría destruir las criaturas de la tierra mientras el hombre era rey. Sin embargo, podía usar una criatura para sus propios propósitos. Satanás escogió a la serpiente porque era el más sagaz de los animales. Sin duda, en aquel entonces su apariencia sería muy diferente. Es muy posible que la serpiente haya sido un elemento familiar del medio ambiente humano, una parte de la vida diaria de la mujer. Quizás la serpiente había respondido al amor del hombre por la creación inferior. Aún hoy existe cierta interacción y entendimiento mutuo entre el hombre y los animales. Cualquiera fuera el caso, Satanás decidió hablar a la mujer a través de la serpiente.

Satanás sabía del mandamiento de prueba que hemos discutido anteriormente, y en él vio su oportunidad. Dios mismo había conducido al hombre a la prueba; Satanás ahora determinó alentar al hombre a rom-

per su relación con Dios. Si tenía éxito, podría arruinar la totalidad del hermoso mundo por medio del hombre.

La serpiente se acercó a la mujer preguntándole: "¿Acaso Dios los ha puesto en este jardín sin permitirles comer de sus hermosos árboles?" Intencionalmente Satanás estaba pervirtiendo los propósitos de Dios haciendo que el buen mandamiento pareciera una restricción opresiva. Su esperanza era despertar el deseo de la mujer y entonces impulsarla a desobedecer el mandamiento. Pero la mujer pronto puso las cosas en su lugar: "Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero si comemos de aquel, moriremos". Sin embargo, el intento había sido hecho de despertar en ella un deseo por lo que Dios había prohibido.

Entonces Satanás procedió a contradecir directamente la palabra de Dios: "Ciertamente, no morirán". Trataba de separar al hombre de su Dios despertando incredulidad, porque el hombre está ligado a Dios a través de su fe en la palabra de Dios. Desafortunadamente, este intento tuvo éxito y ahora el corazón del hombre está abierto a toda mentira que Satanás le sugiera.

"Ustedes serán como Dios". En otras palabras, existía la posibilidad de un mundo en donde Dios no sería Dios, un mundo en el que el hombre sería la autoridad suprema. Imagínese un mundo así. Satanás apela aquí al don de la imaginación que nos fue dado por Dios. Porque nosotros somos capaces de imaginarnos un mundo así, y porque Satanás nos hace creer que esa clase de mundo puede llegar a ser realidad, tropezamos en un mundo de fantasías. Mientras sigamos pensando que podemos vivir sin Dios, no habremos dejado de vivir en ese mundo de fantasías, porque en él se nos ofrecen muchas cosas tentadoras.

Entonces la mujer vio el fruto del árbol en una luz totalmente diferente. Cuando le parecía que al comer en desobediencia del fruto, ella alcanzaría completa independencia, el fruto le pareció mucho más deseable. Satanás nos extravía arrojando una luz falsa sobre las cosas, haciendo que lo malo parezca mucho más deseable de lo que parece por propia naturaleza. ¿Saben ustedes qué sentimientos nos sobrevienen primero después de haber pecado? No es el remordimiento, sino una profunda desilusión. En el momento de cometer el pecado, se extingue la falsa luz, y el hecho pecaminoso ya no parece tener atracción.

La mujer tomó el fruto y lo comió. ¡Qué malvada debe haberse sentido después! Sin embargo, no reconoció lo que había hecho. ¡Qué necios somos en nuestros pecados! ¿Adónde había quedado el maravilloso resultado prometido por Satanás? Ella se engañaba a sí misma pensan-

do que la promesa aún no se cumplía porque Adán todavía no había comido del fruto. Cuando él quedase librado de las ataduras, ella sería libre con él. Por eso ella repitió a Adán lo que la serpiente le había dicho. (Nótese que luego Adán afirma que la mujer "le dió" el fruto en tanto que la mujer afirma haber sido "engañada" por la serpiente. La tentación que la serpiente usó con la mujer fue el engaño, y la tentación que la mujer usó con Adán fue necedad o autoengaño. Esta es la diferencia fundamental entre el pecado satánico y el pecado humano.)

Eva hizo que Adán escogiera entre Dios y ella. Adán, también, desobedeció a Dios aliándose a Satanás contra Dios.

Ahora ambos se sentían malvados. Ya no tenían valor de mirarse el uno al otro, porque llevaban su propia miseria escrita en sus rostros. Ahora que habían cambiado, comprendieron que sus corazones estaban llenos de injusticia.

Repentinamente Adán y Eva sintieron vergüenza de estar desnudos uno en presencia del otro y en consecuencia se cubrieron con hojas de higuera. Se habían convertido en extraños, y toda la creación se les había vuelto extraña; de todas partes se veían amenazados por peligros. Había hostilidad aun en el reino animal. De todo tenían temor, especialmente de Dios, aunque anteriormente lo habían amado profundamente y se habían sentido muy cerca de él. No solamente el hombre estaba perdido para su Dios, sino que todo el mundo estaba perdido para su Dios.

**La victoria sobre el pecado.** Dios vio lo que Adán y Eva habían hecho. ¿Qué tendría que hacer él? ¿Permitiría que el mundo pereciera bajo su juicio? Bien podría haberlo permitido. Pero en cambio se volvió hacia su creación, hacia la obra de sus manos. ¿Acaso todavía había algo en esa creación que le atraía o que le movía a misericordia? Ciertamente no, porque para él la totalidad del mundo estaba arruinado. No obstante, quería glorificarse a sí mismo salvando al mundo. Por eso decidió ser misericordioso. Fue sólo por gracia que volvió a dirigirse al mundo, con la intención de conquistar y destruir el pecado.

Poco después del acto pecaminoso, Dios vino al huerto para conversar con el hombre y la mujer. Las brisas les dijeron que Dios se acercaba. Muchas veces lo habían oído acercarse, pero esta vez estaban atemorizados. Temerosamente se ocultaron entre los árboles del huerto, creyendo que el hombre podría esconderse de Dios. Por necio que esto parezca, con frecuencia nosotros tratamos de cometer la misma nece-

dad. Lo hacemos cuando tratamos de ocultar de los ojos de Dios el mal que hay en nuestros corazones. ¿Pero por qué? Si le confesamos nuestros pecados, él nos oirá.

Cuando Dios llamó a Adán, éste le confesó su temor al esconderse a causa de su desnudez. Sin darse cuenta, estaba danto expresión a su miseria. No se atrevía presentarse delante de Dios, como tampoco nosotros nos atrevemos. Afortunadamente, Dios mismo vino en busca de él.

Dios le preguntó acerca del cambio en la actitud del hombre hacia Dios. Quería saber qué había sucedido, y si Adán y Eva habían comido del fruto prohibido. Pero Adán no pudo confesar y cargar la culpa. No veía forma de escapar al juicio. Todavía no sabía nada de la liberación por gracia, y por eso no podía confesar. Si Dios nunca nos hubiera revelado su gracia, ¿podríamos nosotros confesar nuestros pecados? "La mujer que tú me has dado, ella me hizo comer del fruto". Pero entonces la mujer señaló a la serpiente.

Por eso Dios hizo sentir su ira a Satanás porque Satanás había usado a la serpiente en su complot para arruinar la obra de Dios. La maldición de Dios, que afectó todo el mundo, dejó un estigma en la serpiente. El hecho de arrastarse en el polvo llegó a ser la señal de su humillación y también de la humillación de Satanás.

Satanás será conquistado...¡por un Hombre! Así como un hombre había destruido el mundo en el principio, otro hombre lo reconstruiría. Con ese fin Dios destruyó la alianza entre el hombre y Satanás cambiándola en enemistad. Poniendo al hombre nuevamente de su lado, Dios hizo un pacto con él dirigido contra Satanás. La enemistad entre el hombre y Satanás durará eternamente. Aunque Satanás continuaría causando gran daño al hombre, algún día nacería un hombre que triunfaría totalmente sobre Satanás y rescataría al mundo.

Las palabras de esta maldición sobre Satanás eran una promesa de liberación y gracia para el hombre. Cuando Dios se dirigió al hombre y a la mujer, no lo hizo con maldiciones ni tampoco procedió a condenarlos. Es cierto que fue duro con la vida del hombre, pero solamente como recurso para que el hombre regresara a Dios. A la mujer se le anticipó que con dolor daría a luz sus hijos. Esta sería su carga, y ella aprendería a clamar a Dios. También estaría sujeta al gobierno de su esposo. Si desobedecía tratando de liberarse del gobierno de su esposo, aprendería lo que significa sufrir. Solo mediante la obediencia podría volver a ser totalmente libre en su condición de compañera de su esposo.

La vida del hombre comenzó a ser dura. Debía llevar la responsabilidad casi insoportable por su familia. Le sería difícil suplir las necesidades, porque la tierra que otrora había gobernado, ahora se volvería en su contra produciendo espinos y malezas.

La vida misma se llenaría de toda clase de espinas y malezas. Además, ahora la vida se vería empañada por el temor a la muerte, porque el hombre estaba destinado a volver al polvo. Dios usó la sentencia de la muerte para acortar las alas de las necias aspiraciones del hombre. Dios forzaría al hombre a clamar a su creador pidiendo liberación.

**Viviendo por fe.** Tan pronto como el hombre escuchó la promesa, creyó. El entendió el elemento de gracia contenido en el juicio. La vida humana continuaría sobre la tierra, pero con dolor. Ahora que las alas del hombre habían sido cortadas, él aprendería a llamar a su Señor, quien sería su aliado en la lucha contra Satanás. Por eso Adán llamó a su mujer Eva.* Al escoger este nombre para ella, Adán demostró su fe en la promesa.

Adán y Eva comprendieron la inmensidad de lo que habían hecho, y estaban quebrantados. El Señor vistió a ambos con ropas hechas de piel de animales. Además, les proveyó medios para apagar los fuegos del pecado.

Adán y Eva estaban todavía en el paraíso* donde todas las cosas testificaban del inquebrantado favor de Dios. El árbol de la vida era un símbolo especial de comunión ininterrumpida. Pero en realidad la comunión había sido destrozada. Aunque una vez más Dios miraba al hombre con su favor, la relación original, perfecta, se había perdido.

Ahora el hombre tenía que aprender a vivir por fe: nuestro pecado y la miseria en el mundo habían dado la impresión que el hombre ya no podía esperar ningún favor de Dios. Es cierto, también en el paraíso el hombre había vivido por fe, pero allí la fe era algo totalmente natural. Después de la caída del hombre tuvo que vivir por *sola fe*. Dios expulsó al hombre del paraíso y puso un ángel para guardar el camino hacia el árbol de la vida. Ahora comenzó el problema de vivir solamente por fe.

---

*La palabra hebrea que conocemos en la forma de *Eva* está estrechamente relacionada a la palabra hebrea para *vida*, como en el brindis *'L Chaim*—¡A la vida!

**Paraíso* es una antigua palabra persa para un parque real de placer.

De todos modos, el hombre todavía disfrutaba del privilegio de tener fe en el continuo favor de Dios.

# 4: Simiente viva

*Génesis 4*

El contenido de este capítulo no es la vida y muerte del piadoso Abel o la vida y desarrollo del impío Caín. Por un instante, piense en lo que pasa si usted hace de estos temas el punto central de la historia. Usted termina excluyendo el reino del cielo. Este reino no se enseña mediante ejemplos, aunque indudablemente los ejemplos tienen su valor, sino por la palabra de gracia. Si nuestra consideración central no recae sobre las palabras y los hechos de Dios, todos los ejemplos pierden su significado.

El propósito principal de este capítulo es proveernos de una llave al reino. Adán dio a su esposa el nombre Eva demostrando así la aceptación de la promesa. En Génesis 4 la promesa es cumplida en el nacimiento de hijos, hecho que confirma la palabra de Dios. Pero la fe de Adán y Eva pronto es puesta a prueba. Resultó que Caín no es simiente genuina, viviente, y Abel es asesinado. Luego la esperanza revive con el nacimiento de Set.

Debe trazarse la línea desde Set hasta Cristo. Cristo nacería del linaje de Set. Pero con esto todavía no estamos diciendo suficiente sobre la revelación de Cristo en este capítulo. Por su muerte Abel es un tipo de Cristo y de todo el pueblo de Dios, pero también es el opuesto o antitipo de Cristo. La sangre de Abel, en contraste con la de Cristo, no puede quitar el pecado; se limita a clamar por justicia y venganza. Entonces, la sangre de Cristo habla de cosas mejores que la de Abel. La sangre de Cristo nos presenta la esperanza de reconciliación.

Pero este capítulo no señala solamente a la muerte de Cristo. En el nacimiento de Set hubo vida nueva. Ese nacimiento señalaba adelante hacia la resurrección victoriosa de Cristo.

Evidentemente Adán y Eva enseñaron a sus hijos a ofrecer sacrificios. Para aquellos que aceptaron la gracia de Dios mediante la fe, el sacrificio llegó a ser una forma de practicar esa fe. Mediante el sacrificio como respuesta al favor de Dios, el hombre podía dedicarse al Señor y ser fortalecido en comunión con el Señor.

Sin embargo, en el caso de Caín, ya

podemos ver el comienzo de la degeneración. Por mantenerse apartado del Señor, sin aceptar la promesa mediante la fe, Caín vive atemorizado. Luego de alejar el juicio de Dios y comprar su bendición mediante el sacrificio. Su adoración, como toda adoración carente de fe, es una burla.

**Pensamiento clave:** *En el nacimiento de la simiente viva la promesa recibe su cumplimiento inicial.*

**Dos clases de simiente.** Después de ser desalojados del paraíso, Adán y Eva tuvieron su primer hijo. ¡Qué bendición son los hijos para padres creyentes! No solamente son enriquecidos los padres mediante la vida de sus hijos, mas también sienten el favor de Dios en la bendición de los hijos. El hijo dado a Adán y Eva les significó una dicha especial, puesto que este nacimiento era una indicación del favor de Dios en su nueva vida, la nueva vida que habían comenzado después que su vida anterior había sido destruida por el pecado. Ahora veían en esta nueva vida un cumplimiento de la promesa que Dios les había hecho al desalojarlos del paraíso. En fe habían aceptado aquella promesa.

Puesto que Eva recibió su hijo del Señor, le puso por nombre Caín, que significa *el adquirido*. El nacimiento de Caín fue la forma en que Dios se dio a sí mismo a Adán y Eva y una forma de cumplir su promesa.

Cuando, poco tiempo después, el segundo hijo fue dado a luz, Eva aparece haber tenido una actitud diferente. Quizá el segundo de los hijos no nació con tanta salud como el primero. Cualquiera fuese el caso, su forma de ver las cosas había cambiado. El nombre que le dio a su hijo no fue una negación de la fe, pero refleja una comprensión más profunda de las pruebas y luchas de la vida, de las que ella, como creyente, no había sido eximida. Puesto que las cargas de la vida, resultado del pecado, pesaban gravemente sobre ella, el nombre que escogió para su segundo hijo fue Abel, que significa *trivialidad, insignificancia, un mero aliento.*

Adán y Eva hablaron a sus hijos del Señor y les contaron del primer pecado en el paraíso. Para los padres es muy amargo revelar sus propios pecados a sus hijos. Adán y Eva también hablaron a sus hijos de la gracia de Dios y de la completa liberación que vendría. Luego esperaron la respuesta de los hijos. ¿Se abrirían los corazones de sus hijos? ¿Se unirían a sus padres creyendo también en la promesa de liberación? ¿Llega-

rían a amar al Señor? Adán y Eva oraban que sus hijos respondieran positivamente a la gracia y liberación de Dios. Esta es siempre la principal preocupación de padres creyentes.

Padres creyentes son muy sensibles. Adán y Eva no podían dejar de notar que Abel crecía en la promesa y que en forma sencilla entregaba al Señor su corazón y vida. Pero tampoco escapaba a sus ojos que Caín quería su vida para sí mismo. En la profundidad de su corazón Caín despreciaba la promesa del Señor y no sentía la necesidad de liberación. Estaba seguro de saber arreglárselas solo. Sin embargo, sabía que el Señor estaba allí y que podría castigarlo. En consecuencia su vida se llenó de temor, tal como lo demuestra nuestra historia.

Adán y Eva habían enseñado a sus hijos a ofrecer sacrificios al Señor, ya sea quemando animales o el fruto de la tierra. Dichos sacrificios debían ser ofrecidos en plena fe, como una forma de decir: "Señor, tú nos has mostrado tu favor, dándonos todo. Por eso queremos dedicarnos a nosotros mismos y cuanto tenemos a tu servicio. Ofrecemos estos sacrificios como muestras de nuestro propósito". Esto agradaba al Señor, porque veía que la gente ofrecía su corazón mismo a través de los sacrificios. Por causa de los sacrificios el hombre llegó a agradar más a Dios.

Entonces, Adán y Eva ofrecían sacrificios y Abel también lo hacía. Pero Caín no podía unirse a ellos porque no creía. No daba su corazón al Señor y no confesaba que el Señor le había dado cuanto tenía. Sin embargo, él también ofrecía sacrificios. Pero cuando lo hacía, era como si estaba ofreciendo algo de lo que era suyo, esperando alguna recompensa del Señor. Creía poder comprar el favor del Señor y librarse del castigo ofreciendo sacrificios a Dios. Esa clase de conducta es abominación al Señor.

Un buen día tanto Caín como Abel estaban ocupados en presentar su sacrificio al Señor. Puesto que Caín labraba la tierra ofreció al Señor los frutos del campo. Abel era pastor de ovejas, y por eso ofreció una de las ovejas primogénitas. Dios miró con favor a Abel y su sacrificio, pero no así al de Caín. En alguna forma, desconocida para nosotros, el Señor les dio a conocer su respuesta. Quizá les habló directamente. (En Hebreos 11:4 leemos que Abel "alcanzó testimonio de que era justo".)

Ahora era el momento para que Caín volviera en sí y confesara que su sacrificio realmente era una mentira. Pero en cambio se enojó con Abel, que siempre paracía ser favorecido, y acusó a Dios de ser injusto. Por ser el mayor de los hijos en la familia, Caín tenía un concepto demasiado alto de sí mismo.

Aun en este momento Dios le hizo una advertencia. Si solamente cambiaba de actitud, Caín crecería en el favor de Dios. Pero si no estaba dispuesto a terminar con su pecado, finalmente sería avasallado por él. ¡Qué paciente es el Señor!

**La vida arruinada.** El poder del pecado se fortalecía en la vida de Caín en vez de debilitarse. No solamente odiaba a su hermano, mas también adquiría un creciente odio hacia la promesa del Señor y el pacto, que requerían vivir por fe. Aunque el mismo había rechazado la gracia, estaba enojado con su hermano por poseerla. Así de necios nos hace el pecado.

Una vez cuando ambos hermanos estaban en el campo, Caín expresó todo su enojo y odio. Abel debe haber respondido con sorpresa y pena, exhibiendo la gracia que había recibido mediante la fe. Esto, como ninguna otra cosa, incitó la ira de Caín; entonces atacó a su hermano y lo mató.

Ahora, ésta era la primera vez que sangre humana era derramada sobre la tierra. Abel fue el primer humano en morir. Caín era culpable de fratricidio; había asesinado a su hermano. Y esto no era todavía lo peor. Lo más terrible era su odio por el pacto y la promesa del Señor, Caín había asesinado a Abel porque Abel era creyente.

Abel tipifica a todos los seres humanos que han vivido después de él y que han sido oprimidos, perseguidos y muertos por causa de su fe. También es un tipo del Señor Jesucristo, que fue muerto por causa de su amor al Padre. Sin embargo, hay una diferencia entre dos muertes. La sangre de Abel no podía pagar por el crimen de Caín. Al contrario, desde la tierra clamaba por la justicia y la venganza de Dios. Por otra parte, la sangre del Señor Jesucristo verdaderamente paga por los crímenes y las maldades de aquellos que creen en él.

Como Dios todavía quería detener a Caín en su camino descendente, le preguntó por su hermano. Caín dijo ignorar: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" Entonces Dios dijo a Caín que sabía lo del crimen y procedió a maldecirlo. En adelante la tierra dejaría de dar su fruto a Caín, y en ninguna parte de la tierra hallaría descanso. ¿Acaso pidió entonces Caín la gracia del perdón de Dios? No, en cuanto a él se refería, la gracia nada tenía que ver con aquello: "Mi crimen es demasiado grande para ser perdonado". Su única petición fue que su vida fuese preservada por un breve tiempo. Lleno de su habitual temor, declaró:

"Estoy bajo maldición. Ya no tengo tu protección. Quienquiera que me encuentre, me matará".

Dios preservó la vida de Caín y se reservó el derecho de pronunciar juicio sobre él. Por eso declaró que si Caín era muerto, sería vengado siete veces. Para estar seguro de que Caín no fuese muerto por sus semejantes, el Señor puso una señal sobre él. No sabemos qué señal era. Aparentemente todo aquel que encontraba a Caín se sentía repelido y se alejaba disgustado.

Aquella fue la última conversación entre el Señor y Caín. Caín abandonó la tierra de Edén y su paraíso donde Dios se había revelado al hombre. Volvió sus espaldas al círculo del pacto, a aquellos a quienes Dios había concedido su gracia, y se radicó en la tierra de Nod, que estaba al este del Edén.

Aquello fue una severa prueba a la fe de Adán y Eva. Abel estaba muerto, y Caín estaba perdido para ellos. Creían haber visto un feliz cumplimiento de la promesa pero, ¿en qué se había convertido aquello? De todas maneras, seguían aferrándose a la promesa. La fe sabe aferrarse en forma inquebrantable a la palabra de Dios, aun cuando todas las esperanzas parecen perdidas. Ese poder de la fe fue ganada para nosotros por el Señor Jesucristo cuya fe no decayó en la hora más oscura de su sufrimiento.

**Un asirse pecaminoso de la vida.** ¿Por qué guardó Dios a Caín de la muerte, dándole su protección? Dios tenía sus razones, pero estas trascendían el entendimiento de Caín. Los fieles quizás comprendan algo de los propósitos de Dios para sus vidas e inclusive le glorifican por ello, pero los incrédulos son ciegos a los propósitos de Dios, incluso cuando todavía él los usa para sus propios fines. En este sentido Caín no se diferenciaba de los demás incrédulos.

Caín se casó con su hermana. En la tierra de Nod ella tuvo un hijo, a quien llamó Enoc. Caín también construyó una ciudad con muros que protegerían su vida personal. Durante toda su vida fue perseguido por el temor. Caín tuvo muchos descendientes, incluyendo a Lamec que llegó a ser una de las grandes figuras en el linaje de Caín.

Lamec tomó dos esposas para sí, comenzando así la abominable práctica de la poligamia. Quería asegurarse de tener una gran familia y muchos descendientes. Los padres que tienen muchos hijos disfrutan de ellos si fueron engendrados para el Señor. Sin embargo, Lamec quería

tener una gran familia para ser fuerte en su oposición al Señor.

Los descendientes de Lamec fueron un pueblo muy desarrollado. Jabal introdujo el estilo de vivir en tiendas para poder llevar sus rebaños y manadas al sitio que quisiera. Jubal mejoró la vida introduciendo una de sus bellezas al inventar instrumentos musicales. Y Tubal-Caín fue el primero en hacer utensilios de bronce y hierro.

Entonces los descendientes de Caín parecían prosperar. ¿Acaso no había dicho Dios que el hombre debía subyugar la tierra y hacer uso de sus tesoros? Era precisamente lo que Caín y sus descendientes estaban haciendo. Sin embargo, no lo estaban haciendo para servir al Señor, sino para independizarse más y más de él.

No deberíamos dejar de notar que, desde el comienzo mismo, el mayor desarrollo no se encuentra entre los que temen* al Señor, sino entre los incrédulos. Aparentemente el impulso de los incrédulos por independizarse del Señor es más fuerte que el impulso de los creyentes por servirle. Sin embargo, el Señor, que dirige todas las cosas, también está detrás del progreso de aquellos círculos que son incrédulos. Sin tener intenciones de hacerlo, los incrédulos sirven con sus descubrimientos e inventos. Los tesoros creados por el Señor son puestos a la luz, aunque los incrédulos no le agradezcan por ello.

Ese fue el motivo de Dios para guardar la vida de Caín y darle su protección. Sin embargo, el linaje de Caín no se acordó del Señor. Sus descendientes vivieron vidas de egoísmo, venganza y orgullo. Se lanzaban a la vida tratando de disfrutarla, pero la verdadera felicidad escapaba a sus esfuerzos. Esto se evidencia especialmente en el canto de Lamec, en el que se jacta de su egocentrismo y venganza. El espíritu expresado en ese canto todavía es la mayor motivación del mundo incrédulo, un mundo perdido para el Señor.

**Nueva esperanza con el nacimiento de Set.** La muerte de Abel y el alejamiento espiritual de Caín fueron una severa prueba de fe para Adán y Eva. Pero el Señor no olvidó su promesa. Eva todavía iba a dar a luz la simiente auténtica y viviente. El Señor cumplió su promesa dando a Adán y Eva otro hijo. Eva reconoció que su nuevo hijo era un sustituto

---

*Este es el uso bíblico de *temer*, que significa *amar, reverenciar, obedecer a la autoridad.*

de Abel y esperaba que buscase al Señor tal como lo había hecho Abel. Por eso lo llamó Set.

En Set sus esperanzas no fueron frustradas, porque él y sus descendientes vivieron en el temor de Dios. A su tiempo Set tuvo su propio hijo, a quien llamó Enoc.

En aquellos días la gente comenzaba a reunirse para invocar públicamente el nombre de Dios. Aquello fue el comienzo de lo que ahora llamamos servicios o cultos de adoración, aunque los servicios de aquel entonces eran diferentes a los nuestros. La vida de fe necesita de ese acto público destinado a invocar el nombre del Señor. Gracias, en parte, a los servicios de adoración, el temor al Señor sobrevivió en el linaje de Set. A su tiempo el Señor nació como miembro de ese linaje. Por cierto, Dios cumpliría su promesa.

No se niega que la fe de Adán y Eva fue severamente probada con la pérdida de Caín y Abel, pero con Set les fue dada nueva esperanza. La verdadera vida parecía haberse perdido para siempre, pero ahora resurgió en Set. Al morir el Señor Jesucristo, también parecía que la verdadera vida había sido destruida para siempre, pero en su resurrección fue mostrada la victoria. En aquella revelación, halló su cumplimiento completo la promesa que Dios había hecho a Adán y Eva. Gracias al poder del Señor Jesucristo, la vida vivida en fe siempre será victoriosa.

# El segundo mundo

# 5: Salvados por agua

*Génesis 6—9*

El diluvio, como todo otro juicio durante el tiempo del pacto de la gracia, tuvo lugar para nuestra salvación. Según 1 Pedro 3:20, Noé y su familia fueron *salvados* mediante las aguas del diluvio. El diluvio quitó a los hombres injustos de la faz de la tierra, para que Noé, su familia, los animales y todo el mundo pudieran ser salvados. El diluvio señala adelante al bautismo. Incluso el juicio final ocurrirá para la salvación; a través de él será renovado el mundo. Hemos de hablar a los niños de esa salvación, demostrando que Dios en su gracia salvó al mundo mediante el diluvio.

Noé aparece en las Escrituras como un tipo de Cristo, porque a través de él fue salvado el mundo. Así como Cristo estuvo en las garras de la muerte, Noé estuvo en sus garras mientras permanecía en el arca durante el diluvio. Fue Dios quien lo salvó del abrazo de la muerte. Noé también fue semejante a Cristo en muchas otras cosas. La genealogía de Adán en Génesis 5 termina con Noé: En el momento del diluvio Noé era la cabeza del linaje de Set.

Este Noé era un hombre justo. Mediante el Espíritu de Cristo, vivía en el pacto ante los ojos de Dios. El Cristo que estaba en sus lomos era el eslabón que ligaba a Dios con el mundo. Dios estableció un pacto con Noé para preservarlo junto con su familia en el arca. (En Génesis 6:18 encontramos por primera vez la palabra *pacto* en las Escrituras, pero el pacto que se menciona allí no debe ser confundido con el pacto noético, que recién se describe en Génesis 9).

Después de haber sido rescatado de las aguas del diluvio, Noé ofreció un sacrificio. En nombre del mundo entero buscó la comunión con Dios en la relación del pacto. Gracias a ese sacrificio, el Señor hizo una promesa a Noé referida al futuro de la tierra al establecer el pacto noético.

Noé también profetizó acerca de sus hijos y el futuro del mundo. Indicó que los descendientes de sus tres hijos seguirían sendas diferentes. Sin embargo, debemos recordar una y otra vez que el Cristo debe ser presentado como la figura central de esta historia. De otra manera terminare-

mos hablando de Noé como de un hombre que era justo por sus propios méritos.

En Génesis 6:3 leemos que los días del hombre serían "ciento viente años". Este texto no debe ser considerado como que el lapso de vida del hombre habría de ser reducido. Lo que quiere decir es que el propósito de Dios era castigar al mundo cuando hubiesen pasado 120 años.

Normalmente el pacto noético es llamado el pacto de naturaleza. Esta caracterización no tiene nada de malo, siempre y cuando consideremos al hombre como parte de la "naturaleza". Este pacto no solamente fue establecido con la tierra y los animales, sino, en primer lugar, con el hombre. (No puede haber un pacto que abarque solamente a la tierra y los animales.) Dios dijo: "He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; y con todo ser viviente que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra" (Gn. 9:9-10).

Este pacto incluye a toda criatura bajo el dominio del hombre. El hombre, la cabeza del pacto, debiera habitar en la gracia de Dios, que fue establecida mediante el sacrificio que Noé ofreció a Yahweh, el Dios del pacto, después de haber salido del arca. Noé y sus descendientes debieran vivir en dicho pacto de comunión instaurado mediante aquel sacrificio. Para asegurar que el desarrrollo de la creación por el hombre podría continuar en esa comunión de fe, Dios prometió que nunca más volvería a interrumpir dicho desarrollo tal como lo había hecho por medio del diluvio. Ahora el desarrollo podría continuar ininterrumpidamente hasta el fin. Continuaría en línea recta hasta la crisis del final que Cristo operaría en el futuro. Este "pacto de la naturaleza" debe ser considerado entonces como una renovación del pacto de gracia que Dios había revelado después de la caída. Esta renovación del pacto reflejó los cambios en las circunstancias del hombre.

**Pensamiento clave:** *El mundo es salvado mediante agua para posibilitar una nueva comunión con el Señor.*

**Revelación de juicio y salvación.** En términos generales se puede decir de los descendientes de Set que preservaron el conocimiento y el temor de Dios por mucho tiempo. Sin duda había niños que no querían andar en los pasos de sus padres, pero la mayoría de los miembros de este linaje eran fieles al Señor. Notable entre ellos era Enoc, un hombre querido por el Señor. Enoc no experimentó la muerte, sino que fue recogido por el Señor.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, iban cambiando los des-

cendientes de Set. Evidentemente fueron atraídos por la aparentemente maravillosa vida que vivían los descendientes de Caín, puesto que entre ellos florecía toda clase de arte. El pueblo de Caín se estaba convirtiendo en una raza de hombres fuertes, pero en sus círculos la violencia era el orden del día. Puesto que el poder era considerada la virtud suprema, algunos de ellos se convirtieron en gigantes. Algunos de los jóvenes del linaje de Set fueron atraídos por las señoritas que descendían de Caín. Se casaron con ellas en vez de casarse con las señoritas temerosas de Dios de su propia raza. Así las dos líneas comenzaron a mezclarse, y la raza de Set llegó a contaminarse con la impiedad del pueblo de Caín.

Nada de esto escapaba a la atención del Señor. A veces el Señor puede soportar el pecado por mucho tiempo, pero finalmente llega un momento cuando expone el pecado a la luz de su rostro. Dicho momento ahora había llegado para la humanidad. Dios vio que los seres humanos que había puesto sobre la tierra para servirle, en cambio habían llenado la tierra con sus pecados. No había forma de detenerlos en su perversidad, porque sus pensamientos eran totalmente pecaminosos.

Ahora el Señor dio las espaldas a la humanidad. Durante mucho tiempo había protegido cuidadosamente a la humanidad, porque los seres humanos sobre la tierra eran la obra de sus manos. Pero se acercaba el tiempo cuando ya no los protegería: después de 120 años los barrería de la faz de la tierra. Antes de comenzar el juicio tendrían cierto lapso de tiempo para arrepentirse. El Señor decidió exterminar los animales juntamente con los hombres. Los animales habían de compartir la maldición dicha sobre los hombres, porque ante los ojos de Dios todo cuanto estaba sobre la tierra se había vuelto repugnante.

Sin embargo, Dios no podía ni quería abandonar completamente al hombre y al mundo. ¿Acaso no había establecido su pacto con el hombre? ¿Acaso no había prometido que algún día vendría el Salvador para redimir a la raza humana? Dios cumpliría esa promesa.

En aquellos días de gran apostasía en todas partes, Dios halló un hombre que todavía temía al Señor. En ese único hombre Dios vio evidencias del Espíritu del Señor Jesucristo. Por amor a Cristo, el Señor todavía se sentía ligado a la humanidad y al mundo a través de ese hombre. Entonces, aunque había decidido destruir al mundo y a la humanidad, salvaría a ese hombre y a su familia, y de esa manera salvaría a la humanidad y a la tierra. Su intención era borrar el pecado de la faz de la tierra sin destruir completamente a la humanidad. Si Dios no hubiese

prometido enviar al Señor Jesucristo, aquel juicio habría significado el fin de la humanidad.

Ese hombre fue Noé, cabeza del linaje de Set. Noé tenía tres hijos, Sem, Cam y Jafet. Como Enoc, Noé vivía cerca del Señor. Al nacer, su padre había profetizado: "Este nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová maldijo". Esta era una manera de decir que Noé salvaría a la humanidad de la maldición enviada por Dios a causa del pecado. Por cierto, no fue por sus *propios medios* que Noé salvó a la humanidad. En cambio la humanidad fue salvada por el Señor Jesucristo, que nacería del linaje de Noé. El Espíritu de Cristo ya vivía en Noé. Por amor a Cristo fue salvado Noé y, a través de él, la humanidad.

El Señor dijo a Noé que destruiría al mundo mediante una gran inundación. Noé debía construir un gran barco logrando que fuese a prueba de agua. Luego debía dividir el interior del barco en varios compartimentos, porque el Señor le enviaría una pareja de cada clase de animales, y siete parejas de los animales "limpios", es decir, de aquellos animales que podían ser usados para los sacrificios. Dios no quería exterminar a los animales por completo. Por amor a Cristo, el mundo animal, que compartía la maldición del hombre, también compartiría su salvación.

**La destrucción de la vida para salvar la vida.** Noé hizo lo que el Señor le había mandado. Este fue un hecho de fe de su parte, porque creyó que el Señor haría lo que había dicho. ¡Cómo fue burlado porque construiría el arca! En el nombre del Señor decía a los burladores lo que habría de acontecer, pero ellos no le creyeron. ¿Quién sería tan necio para creer que el mundo podría ser destruido? ¡El curso de nuestras vidas es tan seguro y tan constante!

En su Palabra Dios nos dice que destruirá al mundo mediante fuego cuando regrese el Señor Jesucristo. Los hombres también se burlan de ese juicio. ¿En realidad, quién cree esa clase de cosas en nuestros días? ¿Acaso el mundo no ha existido por millones de años tal cual como es hoy? ¡Seguramente siempre seguirá así!

Pero Noé siguió construyendo el arca como un testimonio contra aquella generación incrédula. Al terminarlo, habían transcurrido los 120 años, y Noé mismo tenía 600 años. Obedeciendo el mandamiento del Señor, él y su familia entraron al arca. Luego el Señor hizo que los

animales fuesen a él. Ahora había llegado el momento para que el Señor cortase los lazos entre todos aquellos que habrían de ser destruidos y aquel hombre que sería preservado junto con su familia. ¡Qué momento terrible fue aquel cuando el Señor separó a la gente de Noé! De la misma manera, algún día el Señor separará a los incrédulos del Señor Jesucristo y los escogidos. Y será para toda la eternidad. Aquel, también será un momento terrible.

El Señor abrió las compuertas de los cielos y en forma incesante dejó caer torrentes de lluvia. También del suelo brotaba agua. Durante cuarenta días subió en forma constante el nivel del agua hasta que toda la tierra (incluyendo a las montañas) quedó cubierta. El agua subió más de siete metros por encima de las montañas más altas. Toda criatura que vivía sobre la tierra fue raída.

Noé sin duda invocaba al Señor en el interior del arca, puesto que Dios había arruinado Su mundo. ¿Acaso ya no tenía misericordia? ¿Ya no le importaba el mundo que había creado? Era como si Noé también estuviese perdido y que el fin del mundo hubiera llegado. Pero Noé se seguía aferrando a la promesa de Dios.

Esto nos recuerda al Señor Jesucristo, quien por nuestros pecados pereció bajo la ira de Dios. El también, se mantuvo con la fe puesta en el Señor y fue glorificado en su resurrección. Por amor a Cristo, Dios salvó a Noé y su familia. Después de cuarenta días cesaron las lluvias torrenciales, y Dios cerró las fuentes de la tierra. Durante mucho tiempo el agua permaneció en el mismo nivel. Pero finalmente comenzó a bajar.

El arca encalló en una de las montañas más altas, en el monte Ararat. Dios no había dejado a Noé sin posibilidad de ser rescatado. Pero Noé no solamente anhelaba ser rescatado; ¡también amaba la tierra de Dios y quería que fuese salvada!

¡Con tal que sus ojos pudieran ver una vez más aquella tierra! Al principio la vida sería muy solitaria sobre la tierra, porque con un solo gesto Dios había raído de ella toda la vida que durante siglos había crecido allí. Noé y su familia tendrían que construir un mundo nuevo. Esta vez el hombre construiría con Dios y gozaría de su favor.

¡Cómo anhelaba comenzar Noé! En su anhelo abrió la ventana del arca y envió un cuervo al exterior. Después de volar por mucho tiempo en círculos por encima del arca, el cuervo se fue sin volver, habiendo descubierto que nuevamente era posible vivir sobre la tierra. Dios era bueno para con su mundo. Siete días después Noé envió una paloma.

Esta regresó. Después de otros siete días volvió a enviarla, y esta vez regresó con una hoja de olivo. Al ser enviada una vez más, después de siete días, la paloma no regresó. Sin embargo, Dios hizo que Noé esperase un poco más. Finalmente llegó el día cuando el Señor le permitió salir del arca y volver a caminar con su familia sobre la tierra. Ahora podían comenzar, en el temor del Señor, con el nuevo desarrollo.

Ciertamente, el Señor había sido sabio al decidir por el juicio. Era preciso quitar el mal del mundo para que el mundo pudiera volver a vivir en comunión con él. Era como si el mundo hubiese nacido de nuevo a través del agua.

La lección se aplica a nuestras vidas también. Lo malo debe morir, y nosotros debemos nacer de nuevo. El Señor nos dará vida nueva. Entonces nuestra existencia hallará sentido en él. Eso es lo que significa el sacramento del bautismo. También en el bautismo somos sepultados bajo las aguas, y emergemos de ellas como criaturas nuevas. El diluvio señala adelante hacia el bautismo.

Algún día el Señor destruirá al mundo con fuego. Ese juicio, también, conducirá a un mundo nuevo. Por amor a Cristo Dios salva la obra de sus manos.

**La bendición del pacto sobre el mundo renovado.** ¿Qué sería lo primero que Noé haría sobre la tierra renovada? Allí estaba Noé como la cabeza de un mundo nuevo, un mundo que ahora debía comenzar a construir. En nombre de ese mundo ofreció un sacrificio al Señor, invocando la comunión y el favor de Dios para la humanidad. Ahora el mundo tendría que someterse a un desarrollo en comunión con Dios, a un desarrollo que honrase a Dios. De esa manera Noé actuó muy de acuerdo al Espíritu del Señor Jesucristo, quien se ofreció a sí mismo como un sacrificio a favor del mundo.

Para su sacrificio Noé usó los animales limpios y las aves limpias. El Señor se sintió complacido con la ofrenda de Noé, en la cual reconoció el Espíritu del Señor Jesucristo, aquel que algún día se sacrificaría a sí mismo para quitar la maldición de la tierra y santificar la vida del mundo.

En aquel instante Dios recordó su pacto y prometió que nunca más volvería a interrumpir en forma tan terrible el desarrollo del mundo. Nunca más se cubriría la tierra con aguas de diluvio. Dios permitiría que el mundo siguiese el curso de su desarrollo hasta el fin. Esto lo con-

firmó en un pacto con Noé y sus hijos, bendiciéndolos en dicho pacto y diciéndoles que la raza humana debía desarrollarse nuevamente sobre la tierra y gobernar al mundo. Con ese propósito protegió a la humanidad de los animales salvajes poniendo en ellos un temor por el hombre.

Ahora los hombres también podían utilizar a los animales para alimentarse. Evidentemente la vida humana había sido debilitada y necesitaba ser fortalecida. Además, Dios protegió al hombre de sí mismo, ordenando que cada asesino fuese castigado con la muerte. De esta manera Dios protegía y bendecía la vida humana. Dios no quería abandonar la criatura que había creado a su propia imagen. Algún día el Señor Jesucristo vendría en semejanza perfecta de Dios. Entonces restauraría la imagen de Dios en los creyentes. Una vez más Dios bendijo, en el hombre, la totalidad de la creación, la obra de sus manos.

Dios decretó que el arco iris fuese una señal de este pacto hecho con Noé. Cada vez que aparece el arco iris, Dios recuerda su promesa de permitir que el desarrollo continúe sin interrupción. Podemos contar con esta promesa. Es seguro que Dios nos bendecirá.

**La divergencia de los linajes de los hijos de Noé.** ¡Ojalá que la raza humana siguiera su desarrollo en comunión con Dios, en una forma agradable a él! ¡Ojalá que el hombre permaneciese en el espíritu del sacrificio de Noé, que también es el espíritu del sacrificio que un día sería ofrecido por el Señor Jesucristo!

Desafortunadamente, pronto fue obvio que esta esperanza no se cumpliría. Noé llegó a ser agricultor y plantó una viña. Permitió que un poco de jugo de uva fermentase y entonces disfrutó del vino que había producido. Sin embargo, bebió demasiado y pronto estuvo totalemente ebrio. ¡Allí yacía en su tienda la cabeza de la raza humana, desnuda y sin vergüenza! Una vez más el pecado estaba siguiendo su curso. Y aquello todavía no era lo peor.

Indudablemente Noé no había tenido la intención de ir tan lejos, aunque esto no lo excusa de su conducta. Cuando Cam entró a la tienda de su padre y lo halló ebrio y desnudo, no tuvo compasión de él. En efecto, se burló. ¡Allí yacía el padre de la humanidad, el hombre que había ofrecido el sacrificio! Cam se alegró al ver la desgracia de su padre; tomó placer en el libertinaje y pisoteó el temor de Dios. Hoy día todavía hay gente así, gente a quien no le importa la maldad de sus hechos. Lo único que quiere es borrar el temor de Dios.

Movido por su obsceno placer, Cam dijo a sus hermanos lo que había visto. Afortunadamente, ellos no compartieron su mentalidad. Avanzando de espaldas, cubrieron la desnudez de su padre. ¿Qué sería de la raza humana en su desarrollo nuevo si prevaleciera el espíritu de Cam?

Cuando Noé despertó del estupor de su ebriedad, debiera haberse inclinado en seguida ante el Señor por causa de su pecado. Normalmente lo habría hecho. Sin embargo, en esta ocasión el Espíritu del Señor lo convirtió en profeta y juez: Noé pronunció una maldición y una bendición. Hablando como profeta en nombre del Señor, expuso ante sus hijos el futuro de sus descendientes. No maldijo todo el linaje de Cam, pero tampoco lo bendijo. Por un tiempo, este linaje quedó separado de la bendición pronunciada sobre los otros dos linajes.

Canaán, el hijo de Cam, que tal vez se había divertido con la conducta de su padre, recibió maldición. Habría de ser un esclavo de condición baja para servir a las razas que nacerían de sus hermanos y tíos. Las palabras de Noé no fueron vanas; los cananeos estuvieron sujetos al gobierno de otros pueblos hasta ser totalmente raídos de la tierra.

Noé también pronunció una bendición: "Bendito por Jehová mi Dios sea Sem". Aparentemente el linaje de Sem estaba destinado a tener una relación muy especial con el Señor. En el conflicto entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, el linaje de Sem lograría la victoria para el Señor. Algún día nacería el Cristo del linaje de Sem.

Noé también pidió la bendición de Dios sobre Jafet, y que le asignara un rol de importancia. Pidió que Dios diera a Jafet muchos hijos y que su linaje tuviese dominio, de modo que Jafet habitase en las tiendas de Sem y compartiese sus bendiciones, es decir, la salvación del Cristo. El desarrollo del mundo sería gobernado no por el espíritu de Cam, sino por el Espíritu de Cristo.

A veces las cosas parecen ser diferentes. A veces la impresión es que la maldad prevalecerá. Pero por causa de la profecía de Noé, sabemos que no será así. Algún día Cristo será reconocido como el victorioso. Entonces todo el progreso del mundo señalará hacia la venida de su reino y le servirá. ¿De qué lado estaremos nosotros?

Después del diluvio Noé vivió otros 350 años. Al morir tenía 950 años de edad. Durante su vida se multiplicaron las familias de sus hijos y continuó el desarrollo del mundo. ¿En qué espíritu continuó?

# 6: El nacimiento de diferentes pueblos

*Génesis 11:1-9*

Fue temor lo que condujo a la construcción de la torre de Babel. La gente de la tierra temía ser esparcida y buscó seguridad en la fuerza de la unión. Temían que la raza humana fuese raída de la tierra. Aparentemente ya no creían en la promesa dada en el pacto con Noé, la promesa de que Dios preservaría a la raza humana sobre la tierra y que un día proveería una salvación perfecta. Por cierto, Dios había prometido a los hombres protección del hombre y de la bestia. Con fe la gente debería haberse atrevido a extenderse a lo largo y ancho de la tierra a fin de subyugarla. A ello habían sido llamados en el pacto.

Aunque fuese un pueblo disperso, podrían haber permanecido uno en un espíritu. La fe sabe encarar la formación de comunidades humanas separadas, y éstas habrían surgido naturalmente si la gente se hubiera dispersado como debía haberlo hecho. La incredulidad tiene temor de la dispersión porque los incrédulos no están espiritualmente ligados entre sí ni con Dios. Por eso las personas que no creen siempre buscan una unidad externa a fin de expresar el poder humano.

Dios usó la confusión de las lenguas en Babel para forzar a la humanidad a dispersarse sobre toda la tierra. Después de Babel hubo muchas comunidades humanas, pero ya no estaban unidas en espíritu. En lugar de la solidaridad hubo alejamiento y soledad.

Es cierto que esta dispersión de la humanidad, este sacudimiento de la comunidad humana, permitió que las multiformes habilidades de la raza humana saliesen a la luz y la tierra fuese subyugada. Es decir, el esparcimiento de la gente fue tanto una maldición como una bendición. Era un hecho que clamaba por la venida de Cristo y el derramamiento del Espíritu Santo. Sólo entonces podría crearse la unidad entre comunidades separadas, una unidad en la que la bendición sería preservada y la maldición conquistada.

Mediante la confusión de las lenguas, Dios quebrantó la unidad falsa, para dar lugar a la verdadera unidad

en Cristo. De esta manera hubo gracia en el esparcimiento de los pueblos.

Gracias a la venida de Cristo y al derramamiento del Espíritu Santo, hoy día los pueblos separados pueden volver a buscar la auténtica unidad unos con otros. En efecto, *deben* hacerlo. Sin embargo, esta libertad y este llamamiento vuelven a ser usados en forma incorrecta, es decir, para una unidad falsa y externa. Al fin de cuentas, este movimiento hacia la unidad es una búsqueda de poder. El desarrollo de la historia se está conduciendo, por un lado hacia el reino del anticristo, y por el otro hacia el reino de Cristo.

El relato bíblico de la historia de la torre de Babel incluye una frase curiosa que no debería escapar nuestra atención. Leemos que el Señor "descendió" (Gn. 11:5). Aparentemente hasta el diluvio Dios había vivido sobre la tierra. (¿Acaso estaría su hogar en el paraíso?). Después del diluvio, Dios volvió a buscar un lugar donde habitar en la tierra. La primera evidencia de su deseo de habitar otra vez en la tierra fue su "aparición" a Abram. Al menos para Abram, Dios estaba cerca otra vez. A su tiempo, el tabernáculo llegaría a ser la habitación de Dios, y, tiempo después, el templo. Hoy día vuelve a haber un lugar de habitación para Dios en Cristo y en su iglesia por medio del Espíritu.

Era como si Dios estuviese aguardando su tiempo después del diluvio. La vida estaba siendo consumida por el pecado, y la gente se estaba esparciendo sobre la tierra. Después de un tiempo Dios escogió a Abram para que disfrutase su plena comunión. En el gran Hijo de Abram fue restaurada la unidad y la comunión con Dios.

**Pensamiento clave:** *La unidad externa es deshecha para dar lugar a la auténtica unidad en Cristo.*

**La desobediencia nacida del temor.** La humanidad se propagó en el territorio montañoso del Ararat, donde finalmente había encallado el arca. La gente se esparció de montaña en montaña, pero sin alejarse mucho los unos de los otros. Puesto que las montañas los mantenían encerrados no temían perder el contacto entre ellos.

Sin embargo, llegado un momento dado, el pueblo sintió deseos de levantar las estacas y emigrar. Tal vez las montañas ya no podían proveerles suficiente alimento. Cualquiera fuere el caso, aquella gente emigró toda junta hacia el este. En la tierra de Sinar encontraron una llanura, y allí se radicaron. Aprendieron a construir casas de ladrillos y poco a poco se esparcieron por toda la planicie. En las montañas habían usado piedras para sus construcciones; aquí hallaron arcilla con la que, mediante cocción, podían hacer ladrillos. También encontraron betún, una especie de asfalto que podían usar como mezcla. La presencia de estos materiales les alivió la vida.

Aparentemente la llanura no tenía límites; podían esparcirse fácilmente siempre más lejos. Pero la gente tenía temor de ser esparcida sobre la tierra y perder el contacto entre ellos. ¿Acaso no había más peligro en desaparecerse de la tierra si vivían dispersos? Separándose los unos de los otros, ¿no terminarían peleando y matándose unos a otros? ¿No había acaso peligro de que el mundo animal los sometiera? ¿Acaso no corrían peligro de ser heridos por toda clase de calamidades, ante las que separados eran inermes, pero que quizá podrían combatir con la fuerza de la unidad?

Esa clase de temores había. Impulsados por esos temores, decidieron construir una ciudad con muros, una ciudad a la que podrían huir en busca de protección. También decidieron construir una gran torre en la ciudad, una torre que llegase hasta las nubes. Aquella torre se convertiría en su señal y punto de reunión. La torre les ayudaría a permanecer juntos sin jamás separarse. ¡De esa manera nunca perecerían de la faz de la tierra!

¡Qué tontería! ¿Por qué apelaban al hecho de estar juntos para proveerse de fuerza y protección? ¿Acaso tenían algún motivo para temer que la humanidad pudiese desaparecer de la tierra? ¿Acaso no había prometido Dios en su pacto con Noé que no permitiría que la humanidad pereciera antes del fin? ¿Acaso no había protegido sus vidas de la maldad de sus prójimos y de los animales? Pero la gente ya no creía en la palabra del Señor y en sus promesas. Y cuando la gente ya no cree en la palabra del Señor, comienza a sentir temor. Entonces olvida que su única protección segura es la ayuda del Señor.

La construcción de aquella enorme torre, con el propósito de mantenerse unidos, fue un acto claro de desobediencia al mandamiento del Señor. El Señor les había ordenado dispersarse, llenar la tierra, y subyugarla. Todo cuanto Dios había puesto en la tierra debía ser descubierto y desarrollado por el hombre.

Si la gente hubiese creído en la Palabra del Señor, se habrían atrevido a explorar la tierra y subyugarla. Entonces se habrían atrevido a salir bajo la protección de Dios y habrían permanecido espiritualmente unidos mediante su fe en la palabra del Señor y su esperanza en el Redentor prometido. Sin embargo, prefirieron confiar en la unidad externa, planeando la fundación de un imperio mundial basado en fuerzas humanas.

**El descenso del Señor.** ¿Había de permitir el Señor que continuasen con la construcción? Toda la intención y el propósito detrás de ella estaban en oposición directa a lo que el Señor quería hacer en su gracia. Ese es el motivo por el cual leemos en la Biblia que el Señor "descendió" para ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hijos de los hombres.

Aquí la Biblia usa una expresión peculiar. Es cierto que el Señor está presente en todas partes, tanto en el cielo como en la tierra, no necesita "descender" para ver lo que están haciendo los hombres. Sin embargo, no deberíamos apresurarnos demasiado al leer esta frase, como si no tuviese nada que añadir a la historia, puesto que contiene un mensaje definido.

En su gracia, favor y amor, el Señor había guardado su distancia de los hombres después del diluvio y no les había permitido inmediatamente el privilegio de la plena comunión con él. Primero la humanidad debía aprender a desear al Redentor por medio de quien la gente volvería a gozar de la plena comunión con Dios. Pero en vez de desear al Redentor, la gente rechazó aun la mera idea de la fe y se fue por su propio camino. Por eso era preciso que el Señor hiciera algo para detener el crecimiento de la incredulidad, porque Dios todavía tenía el propósito de preservar y redimir a la humanidad por medio de Cristo. Dios afirmó este propósito al oponerse al crecimiento de la fuerza y del poder humanos simbolizados por la ciudad y la torre de Babel. Es eso lo que la Biblia quiere decir cuando afirma que el Señor "descendió". Dios contempló aquel colosal proyecto de construcción a la luz de sus propósitos y gracia. Resultó obvio que la dirección de las obras humanas era totalmente opuesta a los planes de Dios.

¿Qué podría hacer el Señor para remediarlo? No podía permitir que la gente continuase con su programa, porque entonces la tierra nunca sería llenada y subyugada. Lo que era peor aun, la gente ignoraría completamente al Redentor y ya no esperaría su venida. Sus vidas se contaminarían tanto de pecado que Dios tendría que aniquilarlos otra vez, tal como lo había hecho en el diluvio.

Pero el Señor no quería enviar otro diluvio. Además, había prometido que nunca más lo haría. Por eso Dios anunció su intención de esparcir la gente a lo largo y ancho de la tierra. De esa manera se verían forzados a llenar la tierra y dejarían de fortalecerse juntos en el mal. En algunas partes, algunas personas tendrían que morir porque el pecado ocupaba demasiado lugar en sus vidas, pero nunca más sería destruida

la humanidad. Esta dirección por la que el Señor se había decidido, le permitiría enviar al Redentor a su tiempo.

Por eso, cuando el Señor "desciende", es para exponer las obras de los hombres a la luz del propósito de su gracia. Y entonces Dios pone punto final a las intenciones de los hombres. ¡Qué dichoso para la humanidad que Dios lo hace! Nuestra propia sabiduría solamente serviría para arruinar nuestras vidas. Afortunadamente, el Señor ejecuta sus propósitos con una sola meta en mente. Con frecuencia obra de esta manera todavía, permitiendo que los proyectos humanos fracasen a fin de mostrarles su gracia.

**El nacimiento de diferentes pueblos.** En aquel entonces todos los seres humanos todavía hablaban un mismo idioma. (No sabemos qué idioma era). Pero ahora el Señor quebrantó la unidad lingüística. La gente comenzó a pensar en forma diferente y a expresar sus ideas con palabras diferentes, con el resultado de que ya no se entendían los unos a los otros. Más y más se alejaron los unos de los otros. Finalmente los diferentes grupos y familias se sintieron impulsados a ir por caminos separados. El Señor siempre cumple sus propósitos. ¿Cuándo lo comprenderán los hombres?

Ahora, finalmente, las diferentes razas de hombres se esparcieron sobre la tierra. Había comenzado la tarea de llenar la tierra. Con el tiempo los diferentes pueblos se olvidaron unos de otros y apenas recordaron que una vez habían sido un solo pueblo. Incluso, mediante la guerra trataron de destruirse mutuamente. Afortunadamente, el Señor guardaba su promesa y evitó que los humanos destruyeran su raza mediante una gran guerra.

¡Qué variedad de carcterísticas había entre los hombres! Entre ellos se revelaba más la riqueza de la creación de Dios. Había rojos y amarillos, negros y blancos, todos hechos a la imagen de Dios. ¡Qué diversidad en el desarrollo de los pueblos esparcidos sobre la tierra! Dios había logrado uno de sus propósitos. Pero su meta principal todavía estaba en el futuro. Dios quería redimir al hombre.

La raza humana de veras se desarrolló y llenó la tierra. Pero en medio de este desarrollo había profunda pobreza espiritual y anhelo de auténtica felicidad, amor y comunión. ¿Acaso había esparcido Dios a los pueblos para que siguiesen como extraños para siempre? No, Dios quebró la unidad exterior de la incredulidad, para mostrar a la humanidad

la unidad auténtica que proviene de la fe en el Redentor.

Ahora el Redentor ha venido y ha enviado al Espíritu Santo de modo que nuevamente la gente puede estar unida. Esto no significa que todas las diferencias se hayan borrado. Al contrario, los diferentes pueblos deben mantener sus características, pero ya no es preciso que los pueblos sean extraños. Mediante la fe en el Señor Jesucristo pueden conocerse y amarse unos a otros.

¿Ya han dado este paso los diferentes pueblos de la tierra? ¿Vuelven a buscarse unos a otros? ¿Están tratando de comprender y amarse unos a otros? ¿Qué es lo que pasa? ¿Nos amamos los unos a los otros por amor a Jesús y a pesar de nuestras muchas diferencias? Demasiadas veces no lo hacemos. Y si no se encuentra la auténtica unidad basada en el amor del Señor Jesucristo, ¿no existe entonces el peligro de que los hombres vuelvan a buscar la apariencia de la unidad tal como lo hicieron en Babel?

El Señor nos dice en su Palabra que en el futuro surgirá otra situación similar a la de Babel. Algún día el imperio mundanal del anticristo, el gran enemigo de Cristo, será establecido sobre la base de la incredulidad y enemistad hacia el Señor.

¿Resultará entonces que todos los esfuerzos de Dios, incluyendo el envío del Redentor, fueron vanos? ¡Por supuesto que no! Ya existe un pueblo que es verdaderamente uno en la fe. Es el pueblo de Dios, la iglesia del Señor. Aunque el pueblo de Dios no es totalmente libre de pecado, quienes lo integran son creyentes y están unidos en sus corazones. Entre el pueblo de Dios hay seres humanos de todas las naciones y razas, todos viviendo juntos en la fe en el Cristo. Algún día el pueblo de Dios triunfará.

Por cierto, indefectiblemente vendrá el reino del anticristo, pero con el retorno del Señor Jesucristo aquel reino será destruido. Entonces será establecido en gloria el reino del Señor Jesucristo. En ese reino estarán verdaderamente unidos aquellos que él ha comprado de toda raza y lengua, de todo pueblo y nación.

# Abraham

# 7: Benditos en El

*Génesis 12*

La necesidad de unidad se sentía en forma aun más aguda debido a la división y dispersión de Babel. Se requería no solamente una unidad de fe guiada por el Espíritu, sino aquella Raíz por la cual se sostendría toda la humanidad. Aquel que se menciona como Raíz demostraría ser una bendición a todos los pueblos. Ahora Abram era apartado para ser su tipo provisional.

La vida a través del Espíritu de Aquel en quien sería bendito el mundo es totalmente distinta a la vida en la carne. Por supuesto, los creyentes antes de Abrahm eran plenamente conscientes de esta realidad, porque tanto entonces como ahora, nadie que no hubiese nacido de nuevo podía ver el reino de Dios. El contraste o la antítesis entre la fe y la vida de la carne, entre el Cristo y las cosas que son de la carne debía quedar claramente subrayado para evitar que la fe fuese confundida con la vida "religiosa" de la carne (idolatría). Esto fue logrado al separar a Abram de su país, de su parentela y de la casa de sus padres. El contraste también se vio más adelante con el nacimiento milagroso de Isaac. Debía ser manifestado el "milagro" de la gracia. Cristo es el milagro.

De todos modos, el llamamiento dirigido a Abram de dejar su tierra y su pueblo no sugerió en lo más mínimo que la gracia como "la totalmente distinta" siguiera existiendo en contraste con la vida humana, como si la vida sobre la tierra no debía ser santificada. Al contrario, Abram recibió la promesa que él llegaría a ser el padre de *una nación*, que tendría un nombre *sobre la tierra*, y que en él todas las naciones de la tierra serían benditas. La gracia entró en la vida y la santificó. A su tiempo entraría en la vida de toda nación. En la promesa dada a Abram hubo gran énfasis en *la tierra* que un día sería suya.

Desde el comienzo mismo, la gracia de Cristo estuvo ligada a la tierra y a la sociedad humana. Aquel en quien serán benditas todas las naciones, es aquel que está ligado a Dios. El es el Cristo en quien están unidos Dios y el hombre. También esto está reflejado en la historia de Abram. Abram fue el

primer ser humano a quien Dios apareció después de Babel, el primero en experimentar la cercanía de Dios. En Babel, Dios había "descendido", pero aquí leemos por primera vez que Dios "apareció" en la tierra prometida. En la historia de Israel, la aparición de Dios y su habitación con los hombres cobraban cada vez mayor riqueza.

Aquel, junto con todo lo que le pertenece, es un santuario divino. Abram llegó a comprender esto cuando Sarai fue preservada de la deshonra de Egipto. Allí no se trataba simplemente de la esposa de Abram o de su matrimonio; allí también era amenazada la simiente prometida que nacería de su unión.

Cuando relatamos a los niños el llamamiento de Abram, debemos subrayar estos hechos de Dios y no enfatizar tanto la fe de Abram en sí. La alimentación de la fe también es obra de Dios. Recuerde que si bien no podemos vivir sobre base de una fe ajena, sí podemos vivir partiendo de la revelación de Dios.

**Pensamiento clave:** *La bendición para todos es dada en el Uno, para que todos puedan aferrarse a El mediante la fe.*

**El llamado de salir y seguir.** Al construir la torre de Babel, la gente sobre la tierra había demostrado que no quería vivir por la fe en la promesa de Dios en cuanto a preservar la raza humana y enviar algún día al Redentor. Esa promesa no les dio fortaleza. Estaban atemorizados y en consecuencia dieron pasos para asegurarse de la protección que necesitaban en vista de todos los peligros. Puesto que no querían obedecer el mandamiento de Dios de llenar la tierra, Dios tuvo que esparcirlos. Ahora comenzaban a prevalecer sobre la tierra, gradualmente, la idolatría y la superstición, cosa que no debería sorprendernos. Carentes de fe en la palabra de Dios, la gente comenzó a creer en sus propias ideas acerca de Dios en vez de aferrarse a lo que él había revelado de sí mismo.

Entonces Dios los dejó seguir por su propio camino, tal como un padre a veces permite que su hijo siga su propio y necio camino. Si el niño no quiere escuchar, tendrá que aprender la lección por las fuerzas. Dios decidió permitir a las naciones descubrir por ellas mismas donde la desobediencia los llevaría. Pero esto no significa que los había abandonado. En efecto, Dios era bueno para con ellos. Les daba la lluvia y les permitía prosperar, pero con frecuencia también los castigaba cuando sus pecados se volvían insoportables. Sin embargo, no les enviaba profetas que les predicasen su palabra, ni les daba ninguna revelación nueva.

Aun después de haber esparcido a los pueblos sobre la tierra, Dios no los abandonó. A pesar de todo, todavía tenía el propósito de enviar al Redentor, a través del cual se salvarían las naciones. El Redentor no imitaría a la impiedad de las naciones. En cambio, cumpliría en todas las cosas con la voluntad de Dios, y su esperanza estaría basada en la palabra de Dios. El Redentor sería obediente por todos y quitaría los pecados del mundo.

Las naciones no podían vivir ni querían vivir con el Señor. No obstante, Dios les enviaría al Redentor para salvarlas, como un milagro de su amor. Entonces todas tendrían que acercarse a El y abandonar sus vidas impías.

Para enseñar a las naciones y pueblos de los siglos subsiguientes que el Redentor sería totalmente diferente a nosotros en nuestra impiedad, Dios hizo que la nación que daría a luz al Redentor viviese una vida totalmente separada. A ese pueblo sí enviaría sus profetas. Dentro de dicho pueblo Dios preservaría el conocimiento de su nombre. Puesto que su pueblo escogido viviría una vida apartada, ellos tendrían que comprender que su fe en el Redentor requería un renunciamiento a la impiedad e idolatría de las otras naciones. Con el tiempo esto también enseñaría a las otras naciones a dejar aquellos pecados.

Mas esa nación todavía no había nacido. Ella saldría de un hombre. Dios buscó a alguien que podría convertirse en el padre de esa nación, y se decidió por Abram, un hombre del linaje de Sem que vivía en Ur de los caldeos. Como se recuerda, el Cristo había de nacer del linaje de Sem.

¿Por qué escogió Dios a Abram? ¿Acaso era su tribu mejor que las otras? De ninguna manera. De hecho, en casa de Taré su padre se practicaba la idolatría. Sencillamente ignoramos por qué Dios se volvió a Abram. Cuando Dios permite que alguien tenga comunión con él y herede la vida eterna, no es porque esa persona sea mejor que otras. Lo único que podemos decir es que era la voluntad de Dios.

Taré y su familia dejaron a Ur de los caldeos. Salieron de la tierra de Babilonia y se radicaron en Harán. Es probable que Dios haya puesto en el corazón de Abram la idea de mudarse cuando aún vivía en Ur. Bien puede haber sido parte del motivo de Taré para salir en busca de una tierra propia, un lugar donde pudiesen multiplicarse sus descendientes.

Estando ellos en Harán, Dios hizo saber a Abram que también había de dejar la casa de su padre, su familia y su tierra; había de continuar en

dirección de otra tierra que Dios mostraría. No sabemos de qué manera comunicó Dios este mensaje a Abram. No importa la manera; Abram estuvo totalmente convencido de que se trataba del mandamiento *del Señor.*

Es cierto que el Señor puso una gran demanda sobre Abram cuando le pidió romper con todo lo que le era conocido y querido. Era para enseñar a Abram que la vida con el Señor es totalmente diferente a la vida pecaminosa a la que estaba acostumbrado. El Redentor no compartiría el espíritu de la gente del tiempo de Abram; el Redentor sería una dádiva de Dios.

Nosotros ya no necesitamos romper *con todo* cuanto nos es querido para servir al Señor y amar al Redentor. Pero no podemos escapar a la necesidad de romper con la pecaminosidad de nuestras vidas y corazones. Mediante la fe en el Redentor, Abram pudo cumplir con aquel requisito. Mediante esa fe nosotros podremos hacer lo mismo.

Abram todavía no sabía adónde habría de ir. Tal vez el Señor le haya indicado qué dirección tomar, pero no le nombró la tierra. De esta manera Abram iba hacia un futuro incierto. Debía seguir sencillamente al Señor. Lo único que podía hacer era avanzar en fe, confiando en el Señor para todas las cosas. Nosotros debemos seguirle de la misma manera. A veces nos lleva por senderos que nos asombran, pero si continuamos siguiéndole en fe, finalmente recibiremos una bendición.

**La promesa de la bendición.** El Señor fortaleció a Abram en su obediencia haciéndole una promesa. Abram debía confiar en el Señor y seguirle por el simple hecho que el Señor lo había llamado. De todos modos, mediante esta promesa Dios quería ayudar a Abram. Como Abram, nosotros tenemos que seguir al Señor porque nos llama. Pero aun así, tenemos maravillosas promesas que nos sostienen.

¿Cuál fue la promesa del Señor a Abram? Abram ahora estaba solo; había tenido que dejar todo atrás. Entonces el Señor le prometió que no lo dejaría solo para siempre. De hecho, el Señor dijo que haría una gran nación de Abram. En otras palabras, una gran nación nacería de sus lomos. Cuando Abram había dejado a los demás en Harán, bien podía haberse pensado de él como de un hombre abandonado, pero un día el mundo comprendería que no era así. El Señor vería que su nombre fuese honrado.

Al partir Abram parecía ser un hombre insignificante. ¿Por qué mo-

tivo habría querido vivir en una tierra desconocida? Todo ello iba a cambiar. Abram se convertiría en una bendición para muchos porque el Señor estaría siempre a su lado. Todos aquellos que escogieron el camino de Abram, en realidad estaban escogiendo el camino del Señor y por lo tanto experimentarían la bendición de Dios. De la misma manera, todos los que maldecían a Abram estaban rechazando al Señor y serían malditos por él. Con el tiempo todas las naciones de la tierra serían benditas en Abram; él sería una bendición a todos los pueblos.

¿Acaso no cumplió el Señor maravillosamente la promesa a Abram? Llegó a ser el padre del pueblo de Israel, y de ese pueblo nació el Cristo. Si creemos en el Señor Jesucristo, en realidad somos hijos espirituales de Abram. En ese caso pertenecemos a la gran nación que habría de nacer de los lomos de Abram.

Abram no ha sido olvidado. Todavía hablamos con frecuencia de él porque el Cristo nació de su linaje. Mediante el Redentor, Abram llegó a ser una bendición para todos los pueblos. El Señor siempre cumple sus promesas.

Fortalecido por la promesa, Abram dejó todo atrás cuando partió de Harán. El Señor le dio fe. Debe haber sido doloroso para Abram romper con todos aquellos lazos, pero de todos modos obedeció el mandamiento del Señor. Se rindió al Señor y puso su vida y su futuro en las manos de Dios. El Espíritu del Señor Jesucristo estaba obrando en su vida, Aquel que se rindió en todas las cosas a su Padre, hasta entregar su vida.

El único que salió de Harán juntamente con Abram y su esposa Sarai fue Lot, el hijo del hermano de Abram, llamado Harán. No sabemos por qué Lot decidió acompañar a su tío. Quizá había percibido algo de la gloria que significa seguir el llamamiento del Señor. O bien se sentía atraído por el caracter novedoso de la empresa de Abram, la que le puede haber parecido una aventura demasiado emocionante para dejarla pasar. Las Escrituras no nos revelan los motivos que tuvo Lot para unirse a Abram. Como veremos, más adelante surgieron dificultades entre Abram y Lot.

**La aparición del Señor en Canaán.** Cumpliendo el mandato del Señor, Abram siguió camino hasta llegar a la tierra de Canaán. En aquel entonces la tierra estaba habitada por varias tribus de cananeos, un pueblo impío. Aun cuando Abram había penetrado mucho al terri-

torio de Canaán, todavía ignoraba qué tierra designaría el Señor como propiedad suya. El Señor le había prometido mostrarle la tierra, pero seguramente Abram se habrá preguntado en qué forma ocurriría dicha revelación. Al llegar a Siquem, que es el corazón mismo de Canaán, el Señor se le apareció para decirle que aquella era la tierra que daría a los descendientes de Abram.

No sabemos de qué manera apareció el Señor a Abram. ¿Habrá sido mediante un sueño o una visión? Cualquiera haya sido la forma, el acontecimiento debe haber sido muy fuera de lo común. Con anterioridad el Señor había arraigado ciertas convicciones en el corazón de Abram, indicándole lo que debía hacer, pero ahora Abram realmente *oía* hablar al Señor *y veía* algo de su gloria.

Desde el diluvio, el Señor no había aparecido a ningún ser humano. Ahora, en Canaán, apareció a Abram. Además, volvió a aparecerle en varias ocasiones posteriores. Nuevamente el Señor quería habitar con el hombre. Para Abram, el Señor no era un Dios muy lejano, sino sumamente cercano. Y esto era solamente el comienzo. Más adelante, el Señor apareció en su gloria a los descendientes de Abram. Incluso vivió en medio de ellos. La más gloriosa aparición divina fue la del Señor Jesucristo.

¡Qué maravilloso es que Dios quiera vivir en comunión íntima con el hombre, a pesar de su pecados! Dios se propone vencer el pecado y expiar por él. ¡Qué gloriosa debe haber sido su aparición a Abram! A nosotros nos resulta tanto más gloriosa por el hecho de conocer la aparición del Señor Jesucristo. Ahora Dios quiere vivir en nuestros corazones mediante su Espíritu.

Agradecido, Abram construyó un altar en Siquem. Más adelante construyó otros altares en otras partes. Quería ofrecer sacrificios al Señor y así glorificar su nombre. La construcción de aquellos altares era muy importante, puesto que señalaban al lazo que un día establecería al Señor entre sí mismo y el pueblo que vivía en Canaán. En aquella tierra la gente reverenciaría a Dios a pesar de la impiedad de la gente que vivía en Canaán en el tiempo de Abram.

**El matrimonio de Abram como refugio.** Cuando Abram y Sarai salieron de Harán no tenían hijos y, aparentemente, nunca los tendrían. Sin embargo, el Señor había dicho que Abram, llegaría a ser un gran pueblo. ¿Cómo se cumpliría aquello? ¿Acaso Sarai realmente llegaría a ser

madre? ¿O cumpliría el Señor su promesa dada a Abram en forma totalmente distinta?

Pronto Abram recibió una señal, aunque dicha señal le vino en medio de su pecado. Mientras atravesaba la tierra de Canaán un tiempo de gran hambre cayó sobre la tierra. Por eso decidió trasladarse a Egipto, que en aquel entonces era el granero de la región. En el camino se le ocurrió una idea perturbante. ¿Qué pasaría si los egipcios prestaran atención a la belleza de Sarai y querían poseerla? En tal caso Abram podría ser asesinado, para que Sarai pudiese ser tomada como esposa de ellos. En consecuencia, ambos acordaron que Sarai sería presentada como hermana de Abram. (En realidad, ella era hermanastra de Abram; en aquellos días no se prohibían esa clase de matrimonios.) Si los egipcios creían que Sarai era hermana de Abram, probablemente lo tratarían bien por amor a ella.

Al presentar Abram a Sarai como hermana suya, estaba mintiendo abiertamente, porque deliberadamente ocultaba el hecho de su matrimonio. Nunca podemos esperar la bendición de Dios cuando obramos mal.

Lo que Abram y Sarai habían temido, ocurrió. Algunos egipcios mencionaron la belleza de Sarai en la corte del faraón de Egipto, y ella fue llevada para ser esposa del faraón. Luego el faraón colmó a Abram de regalos, pero no le pidió permiso para casarse con Sarai. ¿Serían separados ahora Abram y Sarai? ¿En tal caso, cómo podría Sarai llegar a ser la madre del hijo prometido y del pueblo prometido?

Afortunadamente, los planes del Señor eran diferentes. Antes que el faraón pudiese tomar a Sarai por esposa, el Señor hirió su casa con plagas. El Señor le hizo saber que las plagas eran resultado de su intención de tomar la esposa de otro. Entonces el faraón reprochó a Abram por su mentira, y Abram no pudo decir nada en defensa propia. El faraón devolvió su esposa y ordenó que sus soldados escoltaran a Abram y Sarai fuera de Egipto antes que toda la tierra fuese herida por nuevas maldiciones debido a la conducta de Abram. El faraón estaba atemorizado por que el poder del Señor le había sido revelado.

Así protegió el Señor a Sarai en su matrimonio con Abram. Después de todo, ella sería la madre del hijo prometido y del pueblo prometido. Algún día el Redentor nacería de dicho pueblo. Por amor a Cristo, era inviolable el matrimonio de Abram y Sarai. Todo aquello que está relacionado al Señor Jesucristo está bajo la protección de Dios.

# 8: Sólo Cristo

*Génesis 13*

Aparentemente Abram y Lot fueron por caminos separados, por motivos totalmente terrenales. La tierra no podía alimentar a ambos. Pero la historia (especialmente la historia de la redención) está en las manos de Dios. El Cristo reina supremo en la historia, y se revela en ella. También la separación entre Abram y Lot es gobernada por Cristo, quien en este evento reveló algo acerca de sí mismo.

Esto se evidencia inmediatamente cuando leemos Génesis 13 con el trasfondo de Génesis 12, que nos habla del llamamiento de Abram. Abram no fue separado de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre por el solo motivo de guardarlo de la idolatría que se había introducido en la casa de su padre. El asunto de la idolatría es incidental. Lo que estaba en juego es que Abram se había convertido en un símbolo (un tipo) de una comunidad totalmente nueva que estaba siendo establecida. Cristo mora apartado de todo cuanto se llama carne. Por eso Abram también tuvo que vivir una vida aparte.

Del Cristo surge la nueva comunidad, y este es otro motivo por el que Abram recibió la promesa de una simiente. Lot representaba el último lazo de unión que Abram tenía con su parentela. Era un lazo que debía ser roto porque el nuevo linaje no saldría de Abram *y* Lot, sino de Abram solamente. Aquella nueva comunidad no estaría arraigada en ningún lazo humano, sino solamente en el Cristo de Dios.

Lo mismo se puede decir acerca del territorio. Canaán fue prometido a Abram, no a Abram *y* Lot. Nuestra herencia entre los santos está segura en Cristo solamente. Esa herencia es Canaán. Haciendo esta afirmación, debemos recordar que Canaán no es el cielo, sino la tierra nueva bajo el cielo nuevo. A la luz de esa herencia futura, ya podemos considerar esta tierra como Canaán y la vida que vivimos ahora como vida en la tierra prometida.

Por eso, fue el Cristo quien produjo la separación entre Lot y Abram, aunque el pecado de Lot también tuvo su papel. Aparentemente en

aquel entonces Lot no apreciaba el significado de la promesa dada a Abram. Lot quería poseer a Canaán aparte de la promesa, esto es, aparte de Cristo. Ese fue su principal pecado. También podemos señalar su falta de modestia que lo impulsó a escoger la mejor parte para sí mismo, aunque no debemos sobreestimar ese pecado. Esta falta de modestia está estrechamente ligada a su falta de apreciar la promesa dada a Abram, y ése fue su mayor pecado.

No nos corresponde a nosotros preguntar qué es lo que Lot debería haber hecho diferente, cómo podría haber compartido la promesa hecha a Abram. Es un asunto en el que quedamos a oscuras. Tampoco debemos tratar de imaginarnos las maravillosas evidencias de gracia que Lot habría recibido si su elección habría sido diferente. Esas son preguntas equivocadas.

En el capítulo anterior vimos que había algo muy especial respecto del llamamiento de Abram. Este es un punto que también deberíamos subrayar al contar la historia de Abram y Lot. No se nos pide que rompamos drásticamente con todas nuestras relaciones, pero ciertamente somos llamados a abandonar nuestra condición original, en la que vivíamos cuando estabamos separados de Cristo, a fin de poseerlo solamente a él. Una vez que hemos llegado a ese punto, se nos será devuelto todo y nos parecerá más maravilloso que antes. "De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna" (Marcos 10:29-30).

**Pensamiento clave:** *Solamente en Cristo participamos en la comunión de los santos y recibimos nuestro lugar entre ellos.*

**La separación necesaria.** Cuando Abram fue enviado fuera de Egipto, volvió a los lugares donde el Señor le había aparecido en Canaán y donde había levantado altares. De regreso en la tierra de Canaán, Abram recordó la promesa de Dios que de él nacería un pueblo totalmente nuevo, un pueblo que heredaría la tierra. El y sus descendientes serían separados de todos los demás pueblos, y ese había sido el motivo por el cual primero tuvo que dejar su propio país y su propio pueblo. La nación que nacería de sus lomos sería un pueblo totalmente nuevo, un pueblo diferente a todos los demás, porque el Señor habitaría en medio de ese pueblo. Los descendientes de Abram tendrían que ser diferentes y estar separados porque la vida en nuestro Señor Jesucristo debe ser completamente diferente de la vida separada de él. Abram con su fami-

lia y sus descendientes estaban llamados a simbolizar la nueva vida que sería otorgada por Cristo.

Pero Abram todavía no estaba solo. Lot había venido con él. También esto cambiaría, porque la nueva nación no nacería de los lomos de ambos hombres, ni sería la combinación de las dos familias de Abram y Lot la que heredaría la tierra. El Señor Jesucristo es Aquel a quien debemos todas las cosas. Puesto que Abram habría de ser un tipo del Señor Jesucristo, debía dejar la compañía de Lot y vivir solo.

Pronto se presentó la ocasión para la separación. Abram y Lot eran ricos y tenían mucho ganado. De vez en cuando había conflictos entre sus pastores. Por eso ya no podrían vivir uno junto al otro. También existía el peligro de que los cananeos y los ferezeos, que vivían en la tierra, causarían un conflicto entre Abram y su sobrino Lot. Fue así que Abram propuso que ellos fuesen por caminos separados. Si bien la separación surgió como cosa natural, el Señor estaba detrás de ella. El Señor quería que Abram fuese totalmente separado de todo con que antes había estado relacionado.

Generosamente Abram sugirió que Lot escogiese primero. "Toda la tierra está delante de ti", dijo a Lot. "Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la mano derecha; si tú tomas la mano derecha, yo iré a la izquierda",* ¡Qué conducta noble la de Abram aquí! Era como si toda la tierra ya estuviese a su disposición, cuando en realidad todavía no poseía una sola hectárea de ella. Abram consideraba a Canaán como su propiedad. Estaba tan seguro de la promesa de Dios que en su mente ya poseía la tierra. De la misma manera podemos asirnos espiritualmente de todo aquello que Dios nos ha prometido, porque seguramente cumplirá su promesa.

**Después de la separación.** Lot accedió inmediatamente a la separación. Desde las alturas miró hacia el valle del Jordán, que en ese entonces era el valle más fértil y hermoso de toda la tierra de Canaán, y lo escogió para sí. Dejó el resto de Canaán para su tío.

¿A qué se debía la pronta disposición de Lot para la separación? ¿Acaso no veía nada de la promesa y del llamamiento de su tío Abram?

---

*Normalmente la derecha sería el sur, la izquierda el norte, porque en el acto de la orientación se miraba hacia el este.

¿Acaso no pensaba en la simiente prometida que sería una bendición a todos los pueblos? ¿Acaso había olvidado que toda la tierra había sido prometida a los descendientes de *Abram*? Dios estaría con Abram. ¿Acaso eso carecía de importancia para Lot? Evidentemente no asignaba gran valor a la promesa. Solamente le interesaba usar la tierra de Canaán a su propia manera sin tener en cuenta la promesa y bendición dadas a Abram. Con esa actitud obró desmedidamente al escoger la mejor parte para sí mismo.

Una Canaán separada de la promesa hecha a Abram es una Canaán separada del Cristo que nacería de los lomos de Abram. Todo aquel que posee algo separado de Cristo, y que no le agradece su posesión, en realidad no la posee. No puede disfrutarlo realmente porque siempre está buscando algo mejor. Lot rápidamente escogió la mejor parte de Canaán, pero nunca pudo disfrutarla. Lo mismo ocurre con personas que no agradecen al Señor Jesucristo por todo lo que tienen. Cuando tratan de enriquecerse a expensas de otros, pierden la verdadera paz y alegría.

Debido a que ya poseía tanto en la promesa, Abram podía esperar. Su mayor interés era la promesa. No le interesaba adquirir la mayor porción posible de tierra. Solamente quería disfrutar sus posesiones con el favor de Dios. Para él carecía de valor todo aquello que podría poseer separado del Señor Jesucristo. Por eso le fue tan fácil entregar la mejor parte de Canaán a Lot, escogiendo para sí mismo otra dirección.

No debemos pensar que esta historia nos enseña que un creyente debe aguantar y tolerar toda las cosas. Un creyente puede luchar por su lugar en esta vida. Pero solamente luchará sabiendo que Dios está con él en lo que hace.

Para Abram lo peor de la separación era que ahora tendría que viajar solo con Sarai a través de Canaán. El último lazo con la casa de su padre había sido cortado. Ahora tendría que confiar totalmente en la promesa, es decir, en Cristo. Dios había despojado totalmente a su siervo para que pudiese hallar completa satisfacción en la promesa.

Nuestra relación con el Señor Jesucristo debería ser similar a la de Abram. Nosotros también debemos estar dispuestos a dejar todo atrás y estar satisfechos con él solamente. Aunque ignoremos lo que él quiera darnos en retribución cuando lleguemos a la meta, él debe ser nuestro mayor interés. Si Abram pudo seguir solo, nosotros deberíamos poder hacer lo mismo, aun cuando todas las cosas parecieran volverse contra nosotros.

**La renovación de la promesa.** Habiéndose separado Lot y Abram, el Señor volvió a dirigirse a Abram para hablarle, probablemente en su corazón. Abram recibió orden de reconocer la tierra de los alrededores y recibió la promesa de que toda la tierra, hasta donde alcanzaba la vista, sería suya y de sus descendientes. Sus descendientes serían como el polvo de la tierra. En otras palabras, serían tan innumerables como lo es el polvo de la tierra.

Es cierto que Abram había dejado muchas cosas atrás, pero su retribución sería mayor. Había abandonado a su tierra, pero recibiría otra. Había vuelto las espaldas a su tribu, pero establecería un gran pueblo. El Señor renovó su promesa respecto de la tierra y sus descendientes para fortalezar la fe de Abram después de la separación. ¡Qué bueno era Dios para con Abram!

¿Acaso no cumplió el Señor la promesa hecha a Abram? Su simiente sí poseyó la tierra. Con el tiempo, la generación que nació de sus lomos se convirtió en un gran pueblo. Pero los propósitos del Señor iban mucho más lejos. La simiente de Abram fue el niño prometido, el Señor Jesucristo. En él se cumplió la promesa hecha a Abram en una manera mucho más gloriosa. *El* llegó a ser un gran pueblo, una multitud innumerable, porque todos los que en él creen pertenecen a ese pueblo. Para su pueblo, él recibió no solamente la tierra de Canaán, sino toda la tierra. El gobierna sobre todas las criaturas de Dios y provee a su pueblo una morada sobre la tierra. El inspira a su pueblo a adorar al Señor y un día les dará la tierra nueva como morada donde vivir. El hace de toda la tierra una Canaán para su pueblo.

Abram ciertamente no podía prever todas las cosas implícitas en la promesa. De todos modos sabía que era una promesa gloriosa. Por el hecho de ser una promesa dada por Dios, implicaba mucho más de lo que él podía imaginarse. Siguiendo el mandamiento de Dios, Abram atravesó contento la tierra de Canaán aun después de la separación. Era *su* tierra, aunque no se lo reconocía como dueño de la porción más pequeña. De la misma manera, hemos de considerar la tierra como nuestra, aunque todavía no poseamos mucho de ella. Si creemos lo que dice el evangelio cuando afirma que ahora mismo Cristo es dueño de esta tierra, entonces la tierra también es nuestra, aunque el gobierno de Cristo escape a los ojos de hombre. Por el evangelio sabemos que un día mostrará su poder.

# 9: La bendición del más grande

*Génesis 14*

Abram era un símbolo (un tipo) del Cristo, pero no era el Cristo. Ciertamente él era depositario de la promesa, pero la salvación no residía en él. El origen de la gracia y el fundamento de la esperanza de Abram residían fuera de él y por encima de él. Por eso fue preciso que Abram encontrase a su superior en la persona de Melquisedec, que entonces llegó a ser el tipo del Mediador entre Dios y el hombre. El mismo Abram tuvo que dirigirse a un tercero. En ese hecho está la importancia del encuentro entre estos dos. Esto se evidencia por la forma en que el Nuevo Testamento habla del encuentro en Hebreos 7. El menor fue bendecido por el mayor.

Solamente en esa bendición sería rico Abram. En aquellas circunstancias, esta bendición tuvo un significado especial para él. En la liberación de Lot, Abram había jugado por vez primera un papel importante en la vida de los cananeos. ¡Y qué papel más espléndido había sido el suyo! Ahora, por primera vez, estarían preparados a reconocerlo como uno de ellos. Abram debe haberse sentido tentado a considerarse uno de ellos y a vivir en Canaán como uno de ellos. El Señor le ayudó a vencer esa tentación mediante la bendición de Melquisedec.

Es evidente que Abram resistió victoriosamente la tentación, puesto que rechazó el botín. Ese hecho significaba que no quería parte alguna en la vida entre los cananeos. No quería depender de ellos ni ser considerado uno de ellos. Por eso permanecieron cerradas para él todas las puertas a la vida de Canaán. La vida había de abrirse y permanecer abierta para él en forma diferente. El Cristo sería una bendición para la humanidad. Nosotros podemos esperar que se nos abran las puertas de la vida de la misma manera. Si queremos los placeres de la vida solamente para nosotros, las puertas nos seguirán cerradas. El amor es la fuerza que las abre.

Quedorlaomer, rey de Elam, estaba al frente de los cuatro reyes que se lanzaron a su campaña conjunta. En aquellos días Elam era la potencia mundial. Sin embargo, el nombre de Amrafel, rey de Sinar, figura en pri-

mer lugar (Gn. 14:1). ¿Tendría que ver esto algo con el pasado de Sinar? (Véase Gn. 10:9-10). ¿O sería tal vez porque Babel, bajo las órdenes de Amrafel, pronto se libraría del dominio de Elam?

En su campaña los cuatro reyes aparentemente siguieron la ruta acostumbrada. Partiendo de la mesopotamia hacia el norte, luego hacia del oeste dirección a Siria, luego hacia el sur a lo largo de la orilla occidental del valle del Jordán, hasta el norte de Arabia. A lo largo de su campaña derrotaron a todos aquellos que podrían ayudar a los reyes del valle de Sidim. Luego se volvieron para luchar contra los cinco reyes del valle de Sidim, habiendo ganado muchas otras victorias.

**Pensamiento clave:** *Abram, el menor es bendecido por Melquisedec, el mayor, para que Abram reconozca que solamente la bendición de Dios enriquece al hombre.*

**La tentación que resulta de la derrota de Quedorlaomer.** Cuando Lot se hubo separado de Abram, se dirigió hacia el sur por el valle del Jordán para levantar sus tiendas bajo el humo de la ciudad de Sodoma. Tal vez ya buscaba la protección de los muros de la ciudad. Cualquiera fuese el caso, Lot llegó a participar del destino de los sodomitas por haber buscado estrecha relación con ellos.

Después de la llegada de Lot, Sodoma sufrió una catástrofe. Junto con otras cuatro ciudades, Sodoma había estado pagando tributos a Quedorlaomer, rey de Elam, quien trataba de extender su dominio sobre todo el mundo conocido. Las cinco ciudades del valle de Sidim se opusieron al dominio de Quedorlaomer rehusándose a seguirle pagando tributos. Entonces este poderoso rey avanzó con su ejército y otros tres reyes para someter a todos los pueblos que vivían en el valle de Sidim. Los cinco reyes resistieron a Quedorlaomer y sus aliados, una batalla de cinco contra cuatro; pero los cinco fueron derrotados y cuanto había en sus ciudades fue llevado como botín, incluyendo bienes, provisiones, esposas y niños. Lot y su familia también fueron tomados presos.

Lot había dejado voluntariamente a Abram y en realidad no había apreciado el valor de la promesa hecha a Abram. En su lugar había buscado la amistad de los cananeos. En consecuencia ya no estaba bajo la protección de la promesa hecha a Abram. No obstante, el Señor se acordó de Lot, por amor a Abram, y porque Lot era creyente, un hijo de Dios.

Alguien que había escapado en momento de perderse la batalla informó a Abram de la derrota de Sodoma y de lo que había sucedido a

Lot. Inmediatamente Abram armó a los 318 hombres de su casa para unirse a las tres cabezas de los cananeos (Mamre, Aner y Escol) para perseguir a Quedorlaomer.

Una noche dividió a sus hombres en varias unidades. Luego sorprendió a las fuerzas enemigas en su propio campamento, derrotó a los hombres de Quedorlaomer y los persiguió por un largo trecho. Habiendo recogido el botín, las esposas y niños, emprendieron el camino de regreso.

Obviamente el Señor había estado con Abram. El y su pequeño grupo de hombres habían derrotado a Elam, una potencia mundial. ¡Qué agradecido a Dios debe haber estado Abram por la entrega en sus manos de aquellos enemigos! También debe haber dado gracias por Lot, a quien pudo salvar de la esclavitud.

Sin embargo, aquella victoria implicaba una tentación para Abram. Ahora era honrado entre los cananeos, quienes lo aceptarían gozosos como uno de ellos. ¿Acaso usaría Abram esta ocasión para relacionarse más estrechamente a los cananeos? ¿Haría lo mismo que ya había comenzado a hacer Lot? Después de todo, él había ganado considerable prestigio. El era el bendito del Señor; él era el portador de la promesa.

Si Abram hubiera cedido a esta tentación, hubiera estado confiando en *sí mismo*, en el *portador* de la promesa. Entonces se habría exaltado a sí mismo y se habría enceguecido totalmente en cuanto a su completa dependencia de la bendición y el favor del Señor. Finalmente habría terminado pensando que era alguien importante. Para todos los creyentes ese es un gran peligro. Comienzan a conducirse como si ya no dependen del Señor.

Abram no tenía libertad para unirse a la vida de los cananeos. Aquellas puertas debían permanecer cerradas para él si había de recibir la gloria de otra naturaleza, una gloria que abriría otras puertas.

**El encuentro con Melquisedec.** Abram debe haber luchado con esa tentación. Pero de todos modos, logró vencerla. Para levantar a Abram totalmente por encima de la tentación, el Señor preparó un encuentro extraño. Cuando Abram regresaba de la batalla, llegó cerca de Jerusalén. Melquisedec, rey de dicha ciudad, le salió al encuentro, algo realmente fuera de lo normal. Melquisedec era rey de (Jeru)salem, que significa, rey de paz. Su nombre significaba *rey de justicia*. Este hombre temía al Señor, al Dios de los cielos y la tierra. Además era su sacerdote.

¡Qué asombroso era aquello en días tan impíos, en medio de los inmorales cananeos! ¡El conocimiento y temor del Señor habían sido preservados!

El Señor lo había preparado de esta manera, porque este Melquisedec tenía que cumplir un papel muy importante en medio de los cananeos. Melquisedec salió para refrescar a Abram y sus hombres, dándoles pan y vino. Encontró a Abram como sacerdote del Señor y lo bendijo. Esto debe haberle parecido extraño a Abram. ¿Acaso no era él el portador de la promesa, el que había sido especialmente favorecido con la gracia de Dios? ¿Cómo podría ser bendecido por un tercero, por un sacerdote que al mismo tiempo era rey cananeo?

Sin embargo, Abram no vaciló. Después de todo, la salvación no residía en él, sino en el Señor, quien lo había bendecido. Ahora el Señor le estaba enviando un sacerdote para bendecirlo. En fe Abram inclinó su cabeza bajo las manos de Melquisedec y recibió la bendición. Abram se humilló a sí mismo delante de Dios, sin dar muestras de orgullo. Y esta bendición lo libró de la tentación de buscar un nivel más alto e importante ante los ojos de los cananeos.

Indudablemente, en Melquisedec Abram vio una sombra del Redentor que un día nacería del linaje de Abram. Abram no era nada en sí mismo, pero anhelaba ser bendecido por el Redentor, el Mediador entre Dios y los hombres. Ese Redentor sería el auténtico y santo sacerdote de Dios, el verdadero rey de paz y rey de justicia.

Tampoco *nosotros* debemos cometer el error de mirar hacia nosotros, porque no somos sino pecadores; en nosotros mismos no valemos nada. Lo único que podemos hacer es mirar a las manos del Mediador que se extienden hacia nosotros en bendición, manos celestiales que nos bendicen. Esa bendición nos hará ricos, sin importar nuestra pobreza terrenal.

Ahora Abram no tenía la menor preocupación por las puertas cerradas a la vida en Canaán; él disfrutaba otro tipo de felicidad, es decir, la bendición del Señor. Mediante la fe debemos desear ser ricos en esa bendición.

**La entrega de los diezmos.** ¿Cuáles fueron las palabras de Melquisedec al bendecir a Abram? "Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tus manos". Primero Melquisedec bendijo a

Abram en el nombre del Dios que tiene todo en sus manos. Luego prosiguió a bendecir y alabar y glorificar al Dios Altísimo. El Señor se agradaba en ser honrado mediante la bendición de Abram.

Melquisedec había visto algo maravilloso, y de ello habló en forma elevada y hermosa. Dios se honraría a sí mismo mediante la redención de su pueblo y el envío del Redentor. Si esto era cierto, entonces la redención era una realidad. Dios todavía se goza y se siente honrado al salvar a hombres pecadores. Cuán segura es nuestra salvación cuando nos rendimos a Dios y decimos: "¡Sálvame también a mí!"

Esta era la visión del Señor compartida por Melquisedec y Abram. El hecho de estar unidos en la fe quedó demostrado porque Abram dio el diezmo de todo el botín a Melquisedec, considerando que él era sacerdote de Dios. Al dar su diezmo a Melquisedec, realmente se lo estaba dando al Señor.

Abram tenía todo derecho de disponer así del botín. Conforme a las leyes que regían la guerra en aquellos días, era su derecho disponer del botín. Para Abram nada era demasiado precioso para no darlo en ofrenda a su maravilloso Dios. Ciertamente, no hay nada que sea demasiado maravilloso para ser entregado al Señor. Si solamente pudiéramos reconocer cuán maravilloso es Dios y si solamente reconociéramos su gloria al enviar al Señor Jesucristo para nuestra salvación. Si lo reconociéramos le daríamos todo, nuestro corazón, nuestras vidas, nuestro yo. Entonces anhelaríamos servirle con todas nuestras facultades y talentos, con todo lo que tenemos.

**Renunciando al botín.** El rey de Sodoma se había unido a Melquisedec para ir al encuentro de Abram. Este rey era el sucesor del que había luchado contra Quedorlaomer y que había caído en la batalla. Como tantos otros, el rey anterior no había sido suficientemente veloz para escapar del valle de Sidim con todos sus pozos de asfalto. Ahora el nuevo rey dijo a Abram: "Dame las personas, y toma para ti los bienes. Tienes derecho a él puesto que lo has tomado con tu espada".

¿Acaso permitiría Abram ser enriquecido por uno de aquellos cananeos? Ya tenía suficientes bienes por sí mismo y no quería trabar amistad con los cananeos; ni siquiera quería tener un lugar entre ellos. De ninguna manera quería ser considerado uno de ellos, pero precisamente eso habría ocurrido si hubiera tomado de sus bienes. Por eso juró delante del Señor que ni siquiera tomaría un hilo o una correa de sandalias

para sí mismo.

Abram sabía demasiado bien que su rechazo del botín era considerado una ofensa. El siempre sería un extranjero entre los cananeos, y le quedarían cerradas las puertas de su vida para siempre. Pero Abram no quería tener nada que ver con los cananeos. Su riqueza consistía en que él mismo era bendecido por el Señor, y que en un día se convertiria en una bendición a todos los pueblos a través del Redentor que naceria de su linaje. En el nombre del Redentor tenía el privilegio de ser una bendición a otros, un instrumento del amor de Dios. En la vida se le abrieron otras puertas y entonces su vida fue plena y buena y rica.

Si queremos ser hijos de Dios y servir al Señor, nosotros también tendremos que encarar puertas cerradas. No podemos vivir la vida como hacen los incrédulos, pero no por eso seremos más pobres. Los incrédulos ignoran las verdaderas alegrías de la vida. Esas alegrías de la vida trascienden su entendimiento, no obstante nos son accesibles a nosotros si nos sometemos por amor a Jesús y llegamos a ser instrumentos del amor de Dios, instrumentos mediante los cuales Dios bendice a otros. Entonces podremos comenzar a disfrutar adecuadamente la vida, porque seremos ricos en esta vida, pero al mismo tiempo independientes de otros.

## 10: El Señor en el pacto

*Génesis 15*

La palabra del Señor vino en una "visión". Todo el capítulo 15 de Génesis tiene que ver con lo que Abram experimentó en dicha visión. Es cierto que el estado semejante a un trance, en que se hallaba Abram, se convirtió en un profundo sueño que el Señor le envió (v. 12), un sueño similar al de Adán durante la creación de Eva. Sin embargo, esto no es motivo para suponer que la visión terminó con el versículo 5.

Es probable que el estado semejante a un trance, en que se hallaba Abram, con todo cuanto ocurrió en él, no haya durado de una noche (v. 5) a la siguiente (v. 12). En otras palabras, aparentemente no duró más de doce horas. En una visión, como en un sueño, podemos experimentar varios días en un tiempo muy breve.

Otro argumento para incluir la totalidad del capítulo 15 en la visión es la terminación repentina de la historia. No sabemos qué ocurrió con los animales muertos. Los acontecimientos del capítulo no son menos significativos por haber sido experimentados en una visión. De igual manera no debemos considerar como irreal la comunicación de Juan con el ángel y, a traves de él, con el Señor (en las visiones del libro de Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento).

No deberíamos buscar en Génesis 15 el origen del pacto entre el Señor y Abram. El pacto ya existía entre ellos en virtud del llamamiento y la promesa según Génesis 12. En Génesis 17 oímos decir al Señor: "Pondré mi pacto entre mí y ti". En Génesis 15, el capítulo que ahore recibe nuestra atención, el Señor muestra a Abram quién es El en el pacto. La conclusión es que el Señor es todo para Abram. "Yo soy tu escudo, tu gran recompensa". El Señor no piensa en recompensar a Abram en términos materiales, puesto que El mismo es el tesoro de Abram. El mismo es la recompensa que recibe Abram mediante la fe.

El hecho de que Abram no sigue al Señor por entre los trozos de animales muertos demuestra que Dios es todo en el pacto y que representa la otra parte del pacto. Sólo el Señor pasa por entre los trozos, lo que es contrario a ciertas costumbres que prevale-

cian entonces. En el caso de un pacto entre personas, las porciones de los animales muertos representaban ambas partes del pacto. Así como las porciones de los animales pertenecen unas a otras, así se pertenecen mutuamente ambas partes del pacto.

Una segunda idea detrás de esta ceremonia es que cualquiera que quebrante el pacto, debe ser muerto como son muertos los animales. En el pacto entre el Señor y Abram, las porciones representan la segunda parte solamente, es decir Abram y el pueblo de Dios. El Señor quiere pasar por entre esas porciones; quiere habitar en medio de su pueblo y ser uno con ellos. De esta manera, dicho signo recibe su cumplimiento final en Cristo, en quien Dios y el hombre son uno.

El Señor está en medio de su pueblo como un horno humeante del cual saltan llamas de fuego. Con frecuencia también está en medio de ellos en las tinieblas y el terror, como fuego purificador. Como el Señor lo indica en Génesis 15, esta señal se cumple por primera vez en la opresión que Israel sufrió en Egipto. Su cumplimiento final es la terrible agonía del Cristo y la purificación de todo el pueblo de Dios. Mediante esa purificación él es nuestra luz, nuestra salvación.

Debemos recordar que en el pacto Dios es todo para su pueblo. Es por eso que se nos dice que Abram creyó en el Señor, y que el Señor le contó su fe como justicia. Ni en estas palabras, ni en ninguna otra parte de Génesis 15 encontramos rasgos de la idea arminiana de la justificación a causa de la fe, es decir, la idea que la fe, como un hecho meritorio de parte del hombre, es considerada por Dios como substituto del cumplimiento de la ley.

En el pacto, el Señor da todas las cosas al hombre, incluyendo la fe. En Romanos 4:1-5, donde Pablo interpreta estas palabras del Génesis, la fe es evaluada en contraste con las obras. Pablo demuestra que no hay lugar para un solo pensamiento referido a recompensa o alabanza. Fue por medio de la *fe* que Abram entró en comunión con el Señor. Dicha comunión era considerada una señal de su justicia. El Señor era la justicia de Abram. Esa comunión justificadora entre el Señor y Abram era posible por la obra que un día haría Cristo. En su propio poder lucharía por el favor de la comunión con Dios y expiaría por nuestros pecados.

Este vivir basado en la fe, este confiar en cosas que no se ven, se manifiesta plenamente en Abram quien se aferra a la promesa a pesar de todas las apariencias y oposiciones. Por eso se lo llama el padre de los creyentes, el padre de los fieles.

**Pensamiento clave:** *En el pacto, el Señor se revela a sí mismo como aquel en quien se cumplen todas las promesas.*

**La promesa de la simiente.** Después de su alianza con algunos de los cananeos para lograr el rescate de Lot y su posterior rechazo de mayor contacto con su forma de vivir, Abram volvió a estar solo. Los cana-

neos tenían su tierra y sus casas y se extendían en gran manera, pero Abram no tenía hijos. Era un extraño en Canaán y no poseía ni siquiera un pequeño campo. No nos sorprende que su fe se veía severamente probada y a veces debilitada.

Un día el Señor envió a Abram una visión. En vez de ver y oír lo que estaba alrededor suyo, Abram tuvo algunas sensaciones extraordinarias. Esta visión no era un sueño, puesto que no estaba dormido, sin embargo, contenía algunas imágenes similares a las del sueño. En la visión el Señor le dijo: "No temas Abram. No te preocupes por ser un extraño en esta tierra, porque yo soy tu escudo. Yo soy tu seguridad en esta tierra, tu gran recompensa. Yo soy tu tesoro y tu posesión, porque yo te hago entrega completa de mi amor".

Abram se gozó sobremanera y sintió el privilegio de recibir esta revelación. ¡Qué bendición! Sin embargo, para Abram esta sensación no lo era todo. No se preocupaba exclusivamente por su felicidad personal. Todavía se preguntaba qué hacer en cuanto a aquellas promesas que el Señor le había hecho. El Señor le había dicho que tendría muchos descendientes, que llegaría a ser el padre de un gran pueblo que llevaría a este mundo el estandarte del conocimiento del Señor. Se le había prometido que sus descendientes servirían al Señor y poseerían la tierra de Canaán.

Por eso Abram preguntó: "Señor ¿cómo puedes enriquecerme si yo todavía sigo sin tener hijos? Seguramente no soy el único destinatario de la promesa. ¿Cómo se cumplirá tu promesa cuando yo muera? Mi siervo que está a cargo de mi casa es de Damasco y no es pariente. El heredará todas mis posesiones. Entonces mi nombre será olvidado". Esta no era una manifestación de poca fe de parte de Abram. Abram estaba luchando con la palabra de Dios, porque le estaban velados los caminos del Señor. Abram le pedía que el Señor se revelara en forma más completa.

El Señor le dió una señal como respuesta. El Señor no responde con una señal cuando nuestra petición nace de una falta de fe. Pero las cosas cambian cuando en nuestra oración decimos: "Señor yo creo; ayuda mi incredulidad". La respuesta del Señor fue: "Tu heredero no será ese hombre de Damasco, sino tu propio hijo, que todavía ha de nacer".

Aparentemente era de noche cuando esta visión llegó a Abram, puesto que el Señor lo llevó fuera de su tienda y le dijo que mirase las estrellas del cielo. ¡Sus descendientes serían tan innumerables como esas estrellas! Aquella sería su señal, el cielo estrellado. Desde ahora podría

mirar todas las noches hacia las estrellas para fortalecer su fe.

¿Tuvo Abram realmente una multitud de descendientes? Sí, realmente los tuvo. Recuerden que no debemos pensar en el pueblo judío como sus únicos descendientes. De aquel pueblo nació el Señor Jesucristo. Mediante la fe también nosotros somos hijos espirituales del Señor Jesucristo, y por lo tanto descendientes de Abram. Todos los creyentes son contados como hijos de Abram.

Sin embargo, aquellos descendientes pertenecían a un futuro lejano. Abram todavía estaba allí totalmente solo, sin un solo hijo. ¿Qué diría ahora al Señor? ¿Se quejaría de que no había forma de cumplir la promesa? Abram creía en el Señor. Lo que el Señor dice es verdad. Se puede confiar en él. Por eso, con fe Abram se encomendó a las manos de Dios y descansó en él. Entonces disfrutó una maravillosa comunión con el Señor, una comunión en la que el Señor le perdonó todos sus pecados, lo miró como a su hijo y le habló de su amor y favor.

¿Cómo pudo el Señor mirar con amor a Abram y perdonarle sus pecados? Solamente porque un día el Señor Jesucristo se pondría en el lugar de todos los suyos para expiar sus pecados. ¿Creemos también nosotros, incondicionalmente, en la Palabra de Dios? Si así lo hacemos, también nos concederá, por amor a Cristo, su gracia perdonadora.

**El camino a la tierra prometida.** En aquella comunión preciosa, el Señor también repitió su promesa en cuanto a la tierra. "Yo te he sacado de la tierra donde vivías para darte esta tierra. No voy a dejarte en este mundo ignorando totalmente lo que debes hacer". Una vez más vemos que Abram tenía que luchar en fe. Ahora pedía por una señal de que la promesa de Dios se cumpliría.

Pero tampoco en este caso hizo el pedido de una señal por falta de fe. El Señor le dio lo que anhelaba, le dió la más maravillosa señal posible. En el antiguo Cercano Oriente era costumbre para dos personas que habían hecho un pacto, que cortasen animales en dos mitades y luego pasasen juntos entre ellos. Esto significaba que las dos partes del pacto se correspondían las dos mitades de los animales.

El Señor mandó que Abram cortase por la mitad una becerra, una cabra y un carnero. En cada caso los animales debían ser de tres años. Las mitades de los animales muertos debían ser puestas una frente a la otra. También debía matar una tórtola y un palomino.

Abram hizo lo que el Señor le había mandado y luego esperó para ver

qué más diría y haría el Señor. Entre tanto, en la visión de Abram había despuntado el nuevo día, él vio llegar aves de rapiña para devorar los trozos de carne. Abram los espantó porque aquellas señales del pacto de Dios le parecían sagradas. No menospreció las señales diciendo que no eran sino animales muertos. En cambio las tuvo en honor como señales del pacto de Dios.

Hoy día todavía tenemos señales del pacto de Dios, es decir, el bautismo y la cena del Señor. Aunque algunas personas menosprecian estas señales, nosotros hemos de usarlas y considerarlas sagradas. Las aves de rapiña que descendían sobre los trozos de carne eran enemigos que no solamente amenazaban las señales, sino también el pacto mismo y la existencia de la posteridad de Abram como el pueblo de Dios.

En aquella visión Abram vivió todo un día esperando la venida del Señor. El Señor deliberadamente lo hizo esperar, para probar su fe y paciencia. ¡Cuántas veces nos hace esperar el Señor también a nosotros! Sigamos esperando y confiando en él porque no nos fallará.

Hacia la noche el Señor hizo que el estado de Abram, semejante a un trance, se convirtiera en profundo sueño. Entonces le sobrevinieron terror y una gran oscuridad. Finalmente se le apareció el Señor. En aquella oscuridad y terror, el Señor ya le adelantaba algo de lo que quería decirle. Luego procedió a decirle cómo sus propios descendientes llegarían a poseer la tierra de Canaán. No poseerían la tierra hasta antes haber pasado por tiempos de gran terror y opresión. Durante 400 años su pueblo sería oprimido en una tierra extraña. Solamente después de ese período de opresión podrían tomar posesión de su herencia.

¿Acaso no se cumplió esta palabra en la historia del pueblo judío? Los descendientes de Abram fueron oprimidos en Egipto durante aproximadamente 400 años. Habiendo pasado dicho período, el Señor los trajo a Canaán.

Pero no solamente en la historia de los judíos se cumplió literalmente la palabra de Dios. Nunca debemos olvidar que la verdadera simiente de Abram es el Señor Jesucristo, y que pasajes como éste se refieren primero, y sobre todo a él. En la muerte de Cristo esta palabra alcanzó su cumplimiento final. Jesús sufrió grandes tinieblas y agonías terribles en la cruz a fin de expiar por nuestros pecados y así obtener los cielos y la tierra para nosotros. Hoy día todavía es frecuente que los creyentes recorran la misma ruta para lograr la posesión de todas las cosas en Cristo.

**El Señor pasa por entre los animales partidos.** En su visión ahora volvía a caer la noche para Abram. ¿Qué cosa pondría el sello oficial al pacto entre el Señor y Abram? ¿Habrían de pasar ambas partes del pacto entre las mitades de los animales muertos? Si así lo hubiesen hecho, ¿no habrían sido entonces ambas partas iguales?

¿Sobre qué base prevalecería el pacto, la fidelidad del Señor o la de Abram? ¿Descansaba la estabilidad del pacto y la continuación del pacto en la fidelidad de Abram? ¿Acaso podría ser fiel Abram si el Señor no lo hacía fiel? ¿Acaso duraría el pacto si el Señor no aseguraba la fidelidad de Abram? Obviamente sólo el Señor podía pasar por entre los trozos de carne. De esa manera expresaría su lazo eterno con Abram y su descendencia.

Fue precisamente eso lo que vio Abram. Ante sus ojos un horno de fuego humeante pasó por entre las mitades de los animales, y una llama salió del humo. ¿Por qué se reveló el Señor en una señal de esa naturaleza? Porque muchas veces está en medio de su pueblo como una luz en medio de las tinieblas y los misterios.

¡Qué poco entendimiento tiene el pueblo de Dios acerca de sus caminos! Con cuánta frecuencia parece que el Señor está opuesto a su pueblo en todas las cosas. Sin embargo, movido por su celo, en realidad está en medio de su pueblo como un fuego consumidor que lo limpia y purifica. De esta manera Dios es su luz y su salvación.

El pueblo de Dios de veras es purificado por él. El está en medio de ellos y los protege en el pacto, cumpliendo todas las promesas que les ha dado en el pacto. Muchas veces su pueblo es débil e infiel, pero el pacto no depende de la fidelidad de ellos.

Cuando el Señor pasó por entre los trozos de carne, se hizo responsable de la otra parte del pacto. Si nosotros pertenecemos a esa parte (es decir, al pueblo de Dios), entonces también nos será fiel a nosotros, y nos protegerá en el pacto haciéndonos fieles.

¡Ojalá que pudiéramos creer esto de todo corazón y encomendarnos al Señor! El cuidará del cielo y de la tierra, haciendo posible que nosotros le sirvamos eternamente.

# 11: Dios oye

*Génesis 16*

El gran peligro que enfrentamos al contar la historia de Génesis 16 es la tentación de apartar la historia de Abram y suponer que el nacimiento de Ismael y la huida de Agar fueron eventos en que el papel de Abram fue secundario. Esto resultaría en que subrayamos la misericordia de Dios por haber cuidado de Agar como una de sus hijas. Sin embargo, las Escrituras no nos dicen que Agar realmente era hija del Señor. En este contexto no es de primera importancia saber si lo era o no, porque Dios cuidó de ella no porque se tratase de Agar, sino porque ella pertenecía a la familia de Abram, porque era parte del círculo comprendido en el pacto.

Es significativo que la figura que aparece a Agar después de haber huido de la casa de Abram sea el Angel *del Señor*, el Dios del pacto. Esto nos hace ver que la historia de Agar e Ismael es la continuación de la historia de Abram. En las Escrituras no hay una historia aparte de Agar e Ismael.

Cuando Dios apareció a Agar para hacerse cargo de su causa, no era por amor a ella misma, sino por amor a Abram. Dios quería corregir la injusticia que se había cometido en la tienda de Abram, donde Agar había sufrido opresión.

Agar era originalmente una esclava, pero fue elevada a la condición de esposa de Abram, aunque el propósito de esta elevación no era sino dar mayor seguridad a Sarai. Pero una vez que Agar hubo concebido al niño, ella pecó queriendo conservar al hijo para sí misma. Quería al hijo para sí misma y se rehusaba considerarlo hijo de Sarai, o aun de Abram, como lo demuestra su subsiguiente huida. Como resultado de su huida, el hijo fue quitado del círculo del pacto y de la promesa.

Habiendo concebido y mostrado su desprecio por su ama, volvió a ser reducida a la condición de esclava. Abram dijo a Sarai: "He aquí, tu sierva está en tu mano". Aquello fue injusto. En toda esta situación, Agar fue ofendida en su condición de esposa y madre. Ahora era imposible seguir la correcta línea de conducta, puesto que los mandamientos del

Señor habían sido violados. Por eso la vida en la tienda de Abram, dentro del círculo del pacto, empezó a empeorarse.

No debemos permitir que los niños se queden con la impresión de que todo esto era conforme a los requisitos del pacto. Dios demostró que no era así, cuando tomó a su cargo la causa de Agar contra Abram, por amor al pacto, es decir, por amor a Abram y por amor a sí mismo. El motivo de Dios se expresa en el nombre del hijo de Agar, Ismael. Al mandar que ése fuese el nombre del niño, Dios estaba indicando que oye la opresión de la vida en el círculo del pacto.

Explicar el nombre *Lahai Roi* (v. 14) no es fácil como tampoco no es nada fácil explicar por qué Agar preguntó: "¿No he visto también aquí al que me ve?" ¿Estaría asombrada Agar al saber que Dios cuidaba de ella, o por haber sobrevivido un encuentro con Dios? Cualquiera sea el caso, su pregunta fue una expresión de asombro, el asombro de una persona que no está acostumbrada a caminar con el Señor.

El Dios del pacto le apareció para que ella no quebrara el lazo de sus descendientes con el pacto. Su asombro demuestra cuán sobrecogida la dejó ese llamamiento. La promesa respecto a sus hijos y sus descendientes todavía *podría* ser cumplida dentro del marco de los propósitos redentores de Dios. La promesa de que Ismael sería "hombre fiero", es decir, un amante de la libertad, podría tener un significado redentor. Bien podría ser que la libertad que Ismael amaría fuese la libertad en Cristo. La oposición de Ismael hacia todos todavía *podría* convertirse en una lucha por amor a Cristo. Sin embargo, las palabras de la promesa referida a Ismael ya adelantan algo en cuanto a sus actitudes en esta vida. Dichas palabras nos advierten que su principal preocupación sería la autopreservación y que finalmente se libraría de los lazos de la gracia de Dios. Agar había dado a luz un hijo para la esclavitud.

**Pensamiento clave:** *Dios escucha la opresión de la vida dentro del círculo del pacto.*

**Relaciones dañadas por la incredulidad.** Aparentemente Abram y Sarai se amaban profundamente. En aquellos días era muy común que un hombre tuviese más que una esposa, y Abram ciertamente tenía un buen motivo para tomar una segunda. ¿Acaso no había dicho el Señor que Abram tendría un hijo que heredaría la promesa? Sin embargo, el Señor todavía no había dicho que Sarai sería la madre de ese hijo. Abram pudo haber pensado: "Quizás el Señor quiera que tenga un hijo con otra mujer". Sin embargo, parece que Abram todavía no había pensado en esa posibilidad. Todavía esperaba que Sarai fuese la madre de su hijo prometido.

A medida que Sarai y Abram se hacían más ancianos, se desvanecían sus esperanzas de que Sarai fuese madre. Finalmente la misma Sarai sugirió a Abram que tomara otra mujer. Ella indicó específicamente que tendría que ser Agar, la esclava egipcia, puesto que ella era de su propiedad. Si Agar le daba a luz un hijo, ella podría considerarlo como propio.

Sarai anhelaba el cumplimiento de la promesa. En aquellos días era una vergüenza no tener hijos. Sarai esperaba que la sugerencia quitaría algo de su vergüenza. Abram estuvo de acuerdo con el plan.

Sarai y Abram habían trabajado juntos para resolver su problema. Pero los suyos habían sido planes puramente humanos. El Señor no había tenido parte en ellos. Y, sin embargo, Abram disfrutaba de una relación especial con el Señor. En un asunto tan importante como era el nacimiento del hijo prometido, ciertamente debería haber esperado alguna señal de parte del Señor.

Evidentemente Abram y Sarai habían perdido la paciencia, y la impaciencia en cuanto al cumplimiento de la promesa del Señor es sinónimo de incredulidad. ¿Cómo podrían pensar que el Señor olvidaría su promesa? ¿Acaso no sabían que Dios cuidaría que la promesa fuese cumplida? Muy pronto fue evidente que Abram y Sarai estaban en camino equivocado, puesto que su plan les produjo toda clase de miseria.

Después que Agar se había convertido en esposa de Abram y había concebido un hijo de él, Agar comenzó a mirar con desprecio a Sarai. Dado que ahora sería madre, la que una vez había sido esclava se consideraba superior a Sarai y la despreciaba. Tampoco quería que su hijo fuese considerado propiedad de Sarai; quería que el hijo fuese de ella unicamente. Sarai se quejó ante Abram e incluso lo acusó de ser injusto con ella. Impulsada por sus celos, dejó de razonar claramente y demandó de Abram que todo volviese a ser como antes y que Agar volviese a su posición original. Abram trató de hacerlo. Aunque Agar ya había llegado a ser su esposa, la volvió a poner como esclava bajo las órdenes de Sarai. Entonces Sarai humilló a Agar.

Este nuevo giro de los acontecimientos no ayudó a aclarar la situación. ¡Primero Agar había sido hecha esposa de Abram, y ahora era reducida a la humillante posición de esclava! Era algo que simplemente no prosperaría. Por supuesto, parte de la culpa pertenecía a Agar, pero no debemos pasar por alto el hecho que Abram y Sarai la habían tratado como querían, y esa no es forma de proceder con seres humanos.

Y todo esto aconteció en la tienda de Abram, es decir, dentro del cír-

culo del pacto. Eso era algo que el Señor no podía tolerar. Dios no puede permitir la injusticia dentro del círculo del pacto. En su confusión Abram y Sarai ya sentían las consecuencias de su error, pero las cosas se tornarían aun peores, porque un hecho pecaminoso lleva al otro y perpetúa el mal.

**La huida de Agar.** Agar no soportó la humillación. Huyendo, se dirigió a Egipto, su tierra natal. Evidentemente no quería que su hijo fuese considerado hijo de Sarai. También era obvio que no le daba importancia al hecho de que sería hijo de Abram. No apreciaba la promesa que Abram había recibido ni comprendía lo que significaba para ella y su bebé el pacto del Señor con Abram. Solamente le importaba que el hijo le perteneciera a ella misma, no a Abram ni al Dios de Abram.

¡Qué tristeza debe haber causado esto a Abram y Sarai! La huida de una esclava no importaba tanto. Lo que importaba es que en forma extraña Agar había llegado a ser miembro de la familia. Su huida había separado la familia de Abram. ¿Y qué sería de su hijo una vez que hubiese nacido? Después de todo también sería hijo de Abram. ¿Acaso se perdería en el mundo?

Debido a su comienzo equivocado, Abram y Sarai estaban totalmente confusos. ¿Qué haría el Señor ahora? ¿Permitiría que tales cosas continuasen? El Señor quería ser misericordioso con Abram y Sarai en su confusión, pero también tenía que pensar en su propio honor y en su pacto con Abram. Agar no solamente se había apartado *ella misma* del círculo del pacto, mas también había alejado a un niño que nacería dentro de ese círculo. El Señor no permite tan facilmente que algo que considera suyo propio se aparte. La misma Agar pertenecía a esa familia del pacto que vivía con el Señor, y lo mismo sucedía con el niño que habría de nacer. Por amor a Abram, con quien había hecho un pacto, Dios no quiso abandonar a Agar y su niño. En última instancia, Dios estaba interesado en Agar y su hijo por amor de Cristo, de quien Abram sería un antecesor y un tipo. Era por amor de Cristo que Dios había hecho el pacto con Abram. Y por amor de Cristo, el Señor no quería abandonar a Abram ni nada que fuese suyo.

Hoy día el Señor todavía siente lo mismo. Nunca será abandonado aquello que esté unido al Señor Jesucristo. Si alguien pertenece a Cristo, el Señor le buscará por mucho, mucho tiempo, y solamente abandonará la búsqueda cuando esa persona haya endurecido completamente su co-

razón contra el Señor.

Así el Señor salió en busca de Agar. El ángel del Señor le apareció junto a una fuente de agua en el camino a Egipto. Esta figura era el Señor Jesucristo, que en aquel entonces todavía no había venido a la tierra, pero con frecuencia aparecía a los hombres en forma humana. El dijo a Agar: "Agar, esclava de Sarai, ¿de dónde vienes y adónde vas?" El Señor quería que ella entendiese perfectamente lo que estaba haciendo. Ella estaba huyendo de la promesa del Señor y del Señor mismo, a fin de estar independiente y tener su hijo para ella sola. ¿Era totalmente consciente de lo que decía cuando respondió: "Estoy huyendo de mi ama Sarai"?

El Señor le dijo que debía regresar y someterse a su ama. ¿Cómo pudo darle el Señor semejante orden después de la injusticia que había sufrido? ¿Acaso tendría que sufrir toda aquella injusticia de nuevo? Ciertamente así sería. Es mejor soportar una injusticia si ello significa mantener la relación con la promesa y el Señor. Realmente, esa relación debería ser su mayor preocupación; por su causa debería estar dispuesta a sacrificar todo lo demás. También tendría que enterrar el orgullo por cuya causa quería conservar al hijo para ella sola. En su lugar debería desear que el niño fuese del Señor. El Señor la consolaría en tiempos de injusticia, pero primero tendría que someterse por amor al Señor. También nosotros quizá tengamos que sufrir injusticias de vez en cuando, pero lo que tengamos que sufrir nunca debe llevarnos a cortar la relación con el Señor, dando las espaldas al pueblo del Señor y a la iglesia.

**La bendición de Agar.** Para consolarla de la injusticia que había sufrido, el ángel del Señor anticipó a Agar algo del futuro. Ella tendría un hijo y lo llamaría *Ismael*, un nombre que significa *el Señor oye*. Ese nombre demostraía que el Señor no había pasado por alto la opresión que Agar había sufrido en la tienda de Abram, y que Dios estaría con ella. Ese nombre también tenía el propósito de avergonzar a Abram, porque Dios no permite que los pecados de sus hijos pasen sin ser castigados. No puede soportar la injusticia en el círculo del pacto. La injusticia allí lo ofende más que en ninguna otra parte, porque la injusticia no tiene lugar en el diseño de su pacto. Dentro del círculo del pacto la vida del hombre debe poder florecer libremente. De esa manera el nombre *Ismael* era una acusación dirigida contra Abram y Sarai.

El ángel del Señor también dijo a Agar que su hijo llegaría a ser un

pueblo muy grande, y que el sería un "hombre fiero" entre los hombres, es decir, un hombre de sed insaciable por la libertad. Viviría en conflicto con todos los que le rodearían y las manos de todos sus vecinos se levantarían contra él. Plantaría su tienda cerca de sus parientes y sería una constante amenaza a todas las naciones relacionadas a la nación de sus descendientes.

Para Agar y su hijo, estas palabras contenían una maravillosa bendición. Les hablaban de poder y libertad y valentía. ¿Pero como sería usada esa bendición? ¿Sería auténtica aquella libertad, es decir, sería la libertad del pecado por el amor a Cristo? ¿Sería ese conflicto una lucha por el Cristo? ¿O lucharía Ismael contra el Cristo y el evangelio?

Desafortunadamente, dirigió su fuerza contra Cristo. De Ismael nacieron los amantes de la libertad del Arabia, la tierra donde nació Islam. La posteridad física y espiritual de Ismael ha vivido en conflicto constante con el pueblo de Dios y el Señor Jesucristo. De esa manera la bendición dada a aquel pueblo se convirtió en maldición. De la misma manera es posible para *nosotros* también cambiar la bendición de Dios en maldición. Esto ocurre cuando no aceptamos por la fe la bendición como un don de Dios y en cambio queremos usarla contra Dios.

**El regreso de Agar.** La aparición del ángel del Señor y las palabras que dijo hicieron una profunda impresión en Agar. Pareciera volver en sí y comprender finalmente que ella era una extraña al Señor que tan ricamente se había revelado a Abram. Pareciera comprender también cuán glorioso era andar con el Señor en la relación del pacto. Agar se mostró asombrada al ver que el Señor se había preocupado por ella ¿Estaría dispuesto el Señor a extender su gracia también hacia ella?

Con esto en mente, Agar regresó a la tienda de Abram y se sometió a Sarai. Allí nació el hijo y Abram obedientemente lo llamó Ismael, sometiéndose a la vergüenza que dicho nombre le significaba. De esta manera, dándoles un hijo, el Señor obró un bien para Abram, Sarai y aun para Agar.

Pero ¿había regresado Agar de verdad? ¿Había entregado su corazón al Señor, al Dios de Abram? ¿Se podría decir que ahora consideraba la promesa dada a Abram la cosa más importante de su vida? No lo sabemos con seguridad. Lo que sí sabemos es que su hijo luego manifestó el mismo carácter orgulloso que su madre había mostrado antes. También él demostró desprecio por la promesa dada a Abram.

El Señor ciertamente nos llama a disfrutar de la comunión con él, a caminar con él y aceptar su promesa, pero ¿realmente aceptamos la promesa en fe? ¿Asignamos a ese andar con el Señor la mayor prioridad de nuestras vidas?

## 12: Dios el todopoderoso

*Génesis 17*

En el capítulo 17 de Génesis, cuando el Señor se reveló a Abram como el Dios Todopoderoso, no estaba señalando su omnipotencia como creador, sino como aquel que convierte en realidad las promesas del pacto. Lo que en realidad estaba diciendo a Abram en el versículo 2 es: "Yo *daré* mi pacto". En otras palabras, Dios cumpliría las promesas del pacto y las haría realidad. Esta promesa se cumpliría mediante un milagro.

Por primera vez el Señor reveló que *Sarai* sería la madre de la simiente prometida, aun cuando Abram y Sarai ya eran ancianos. En una revelación de su gracia omnipotente, Dios cumpliría la promesa mediante un milagro.

Al otro lado de esta promesa de parte de Dios había una demanda dirigida hacia Abram: "Anda delante de mí y sé perfecto". Se le dijo a Abram que debía guardar limpia su conciencia delante de Dios y no ocultarle nada. Era una demanda muy simple. El mismo milagro debe ocurrir en la vida de los creyentes, el milagro de morir y levantarse de los muertos. Pero solamente puede ocurrir si nuestras vidas son limpias y si escuchamos su Palabra. Entonces Dios mismo obra el milagro.

Después de todo, el milagro que ocurrió en la vida de Abram tipifica el milagro del nacimiento y de la muerte y resurrección del Cristo. Además, tipifica el milagro que ocurre en todos los creyentes, es decir, su muerte por el bien de la vida. El milagro mediante el cual se cumple el pacto sobresale en la historia de la promesa del nacimiento de Isaac.

Ese milagro es ilustrado y sellado mediante la circuncisión, que simboliza el alejamiento de los medios físicos del pecado según la carne. En ese hecho se exhibe como pecaminosa nuestra antigua naturaleza y vida, especialmente en su origen. Por otra parte, se nos muestra que la vida y su origen también son santificados en el acto.

No importa que la circuncisión ya haya existido anteriormente entre los pueblos del antiguo Cercano Oriente y haya sido adoptada por el Señor como señal de su pacto. También es

muy posible que la circuncisión se haya extendido hacia otras naciones partiendo de Abram y sus descendientes.

El hecho que aun los esclavos comprados por Abram como aquellos nacidos en su casa debían ser circuncidados indica que el linaje natural no es el único factor que determina la posición de una persona en cuanto al pacto. El pueblo de Dios vendrá del oriente y del occidente. Sin embargo, no deberíamos considerar la circuncisión como totalmente paralela al bautismo de nuestros días. En los días de Abram, el pacto solamente era para la familia de los patriarcas y luego para el pueblo de Israel. Por eso la falta de observar la circuncisión era castigada con el destierro. En nuestros días el pacto ya no está sujeto a esos límites, aunque todavía sigue la línea de las generaciones. Ser desterrado del pueblo de Dios ahora significa ser expulsado de la congregación (excomunión).

Ahora se le anunció a Abram que sería el padre de muchas naciones. Esta promesa no era una referencia a las naciones que nacerían de sus lomos a través de Ismael, los hijos de Cetura, y luego de Esaú. Dios estaba prometiendo a Abram que él mismo sería el Dios de la "simiente" de Abram. Al hablar de todas aquellas naciones de quienes Abram sería el padre, Dios debe haberse referido a Israel y también al "remanente" de Israel, es decir, a todos aquellos que se convertirían en creyentes de Cristo. La simiente de Abram poseería la Canaán terrenal, y los creyentes continuarían para tomar posesión de la Canaán espiritual. Por supuesto, esta Canaán espiritual no es el cielo, sino el dominio de la tierra. En Romanos 4:13 leemos que Abram y sus descendientes (su simiente) heredarán el mundo.

**Pensamiento clave:** *A medida que se desarrolla el pacto de la gracia, Dios se revela a sí mismo como el Todopoderoso.*

**El padre de muchos.** Por mucho tiempo el Señor no se reveló a Abram. Durante trece largos años Abram tuvo que vivir basado en la revelación que Dios le había dado antes. Durante esos años observaba como crecía su hijo Ismael. ¡Cuántas veces se habrá preguntado Abram cómo compliría Dios su promesa! ¿Cómo haría Dios para lograr que Abram se hiciera en una gran nación temerosa de Dios y obediente al pacto del Señor? ¿Acaso nacería esa nación de su hijo Ismael, cuya madre era una esclava egipcia? ¿Y cómo proveería Dios lugar para esa nación en medio de todos los pueblos idólatras?

Entonces el Señor volvió a aparecer a Abram, aunque no sabemos en qué forma. Las primeras palabras de Dios deben haber contestado las preguntas del corazón de Abram: "Yo soy el Dios Todopoderoso". El Señor estaba diciendo a Abram: "No hay nada que yo no pueda hacer

para cumplir la promesa de mi pacto. Voy a mostrarte que soy el Todopoderoso. Los acontecimientos van a tomar un giro por demás misterioso. Con tal que sigas siendo recto delante de mí y que no me ocultes tu corazón, ni lo apartes de mi. Si sigues siendo recto delante de mí, me conocerás en mis caminos y verás mi omnipotencia. Voy a dar total cumplimiento a mi pacto contigo haciendo de ti una gran nación".

Entonces Abram cayó sobre su rostro delante del Señor y lo adoró. Creer significa adorar al Señor en la grandeza de su obra y poder y gloria. Si hoy tenemos fe en el Señor, creeremos en su poder para redimir. Su poder y sabiduría trascienden el entendimiento humano. Por eso, la fe *siempre* implica adoración.

Una vez que Abram hubo demostrado su fe, el Señor le reveló el concepto que siempre había tenido de él, y siguió descubriéndole los planes que tenía para su vida. Primero cambió su nombre por el de *Abraham* que significa *padre de muchos*. Desde el principio mismo el Señor había planeado hacer de Abram el padre de muchas naciones. Ahora Abram podía llevar el nombre *Abraham* y conocer el propósito de Dios para su vida. Este privilegio lo logró por su comunión con el Señor.

El Señor está dispuesto a tratarnos de la misma manera. Si conocemos al Señor y andamos con él, también nosotros llegaremos a conocernos a nosotros mismos y a comprender el propósito que Dios tiene para nuestra existencia.

Además, ese nombre también era una confirmación de la fe de Abraham. Abraham sentía que si el Señor siempre lo había considerado como padre de muchas naciones y ahora le había dado ese nombre, sin lugar a dudas se convertiría en padre de una multitud de naciones.

El Señor fue explícito en cuanto al futuro de Abraham. No solamente reiteró la promesa de que naciones y reyes nacerían de Abraham, mas también declaró que quería ser el Dios de la descendencia de Abraham. Dios permanecería fiel a esa simiente que por su parte tendría el privilegio de servirle. Con el tiempo, el Señor daría a esa simiente la tierra prometida.

El Señor fue fiel al pueblo de Israel, a pesar de la testarudez del pueblo. Finalmente el Cristo nació de ese pueblo. A través de él hay millones de personas que tienen el privilegio de creer en Dios. Todos ellos son hijos espirituales de Abraham.

Ahora podemos ver cómo se cumplió aquella promesa hecha a Abraham puesto que el Señor dio la tierra de Canaán al pueblo de Israel. Además, a los hijos espirituales de Abraham (Al Señor Jesucristo y a to-

dos los que le pertenecen) les ha dado no solamente un país, sino el mundo entero. En la actualidad las apariencias podrán ser diferentes, puesto que los reyes de la tierra no son creyentes. De todos modos, el Señor Jesucristo, *el* hijo de Abraham, ya es el rey de todas las cosas. Por eso los creyentes no pueden ser vencidos por ningún poder en el mundo. Algún día reinarán con Cristo.

Ciertamente, el Señor está cumpliendo la promesa dada a Abraham. Esto nos demuestra que Dios realmente es Todopoderoso, aquel que guarda su palabra de omnipotente gracia y concede a su pueblo todo aquello que le ha prometido.

**La señal del pacto.** Las personas que han hecho un pacto, con frecuencia escogen alguna señal para simbolizar su unión y compromiso. Por ejemplo, si un hombre y una mujer entran al pacto del matrimonio, intercambian anillos de bodas. Esos anillos son una señal mediante la cual sellan su promesa de fidelidad mutua y en la que se sienten seguros de esa fidelidad. Los miembros de una asociación o de un gremio pueden usar todos un mismo tipo de distintivo en la solapa. De esa manera simbolizan su unidad.

De igual modo, el Señor quería alguna señal para simbolizar el pacto que había hecho con Abraham y *sus* descendientes, una señal que llevarían todos los hombres pertenecientes al pacto. La señal escogida fue la circuncisión que exigía cortar una porción del prepucio. Todos los niños varones debían ser circuncidados al octavo día de su nacimiento. Esta era la regla no solamente para Abraham y sus hijos sino también para los esclavos de Abraham y *sus* hijos. En consecuencia, aquellos esclavos fueron considerados como parte de la familia de Abraham. Dios quería que toda la familia viviese con El en el pacto. Si alguno de los miembros de la familia escogida por Dios, o, en el futuro, un miembro de su pueblo escogido (es decir, Israel) no llevaba dicho signo, se entendería que había rechazado el pacto del Señor. En consecuencia tendría que ser exilado del pueblo.

El Señor todavía quiere que la gente viva con él en el pacto, y reciba la señal de su pacto. En nuestros tiempos usa un signo diferente, el bautismo. En nuestros días, quienes no desean vivir con el Señor en su pacto, ya no tienen que sufrir la muerte como en los días de Abraham. En su lugar, son expulsados de la comunión de la iglesia. Es un proceso que llamamos *excomunión*. ¿Qué hará el Señor con aquellos que han recha-

zado su pacto?

La circuncisión era una operación en el cuerpo. Con ella se simbolizaba la pecaminosidad e impiedad que traemos a la vida en el momento de nacer. Es preciso que esa vida muera y sea reemplazada por una vida diferente, una vida santa que el Señor planta en nuestro interior. Mediante la circuncisión Dios expresaba su propósito de destruir esa vida vieja y pecaminosa en nosotros y reemplazarla por una vida diferente, una vida nueva y santa. Hoy día el Señor nos dice exactamente lo mismo mediante el bautismo.

Piense en las primeras palabras que el Señor dijo a Abraham en Génesis 17, "Yo soy el Dios Todopoderoso". Dios puede hacer que esa vida nueva penetre en nosotros, porque él es el Todopoderoso. El poder de su gracia no conoce límites. ¿Creen eso? Si es así, también pondrá esa vida nueva en ti. El puede hacer lo que quiere. Y lo hará.

**Vida que nace de la muerte.** Dios siguió hablando con Abraham y diciéndole más de su motivo para aparecerle en ese momento: "A tu mujer ya no la llamarás Sarai. Llámala *Sara*, que significa *princesa* o *reina*, porque ella será la madre de muchas naciones y reyes".

¡Abraham apenas podía creer lo que oía! Sara, ¿madre? ¿Cómo sería posible si ya era anciana? Por todos los cálculos humanos aquello era imposible; sin embargo, el Señor le había declarado que así sería. Y ya hacía mucho tiempo que Abraham había aprendido a tomar en serio la palabra del Señor. Por eso cayó sobre su rostro delante del Señor adorándole en fe y aceptando esta última palabra del Señor, aunque en realidad no podía comprender como podría cumplirse alguna vez aquella promesa. Puesto que la promesa era tan contraria a todas las expectativas humanas, Abraham rompió en risa. Su risa no indicaba incredulidad, sino todo lo contrario. La promesa del Señor, que él no dudaba por un solo momento, marcaba un contraste tan agudo con el curso normal de los eventos que no pudo sino reír. El y su esposa eran tan ancianos que practicamente ya estaban muertos. Parecía imposible que tuviesen un hijo.

En realidad, la forma en que el Señor cumplió su promesa fue contraria a todas las expectativas humanas. Dos ancianos iban a tener un hijo. Este nacimiento de vida partiendo de la muerte fue un completo milagro, del mismo modo que la redención del mundo es un milagro. El nacimiento del Señor Jesucristo, su sufrimiento y muerte, su resurrección

de los muertos, y el hecho que Dios, por amor de Cristo, se vuelva en gracia hacia el mundo, es un gran milagro.

Esa redención es contraria a todas las expectativas humanas. El Señor la usa para demostrar que realmente él es el Dios Todopoderoso. ¿Creemos en ese milagro escogido por Dios para redimir al mundo? Si así es, Dios también hará el milagro de transformar nuestra muerte en vida. La vida que recibimos al nacer es muerte ante los ojos del Señor, porque no deseamos el amor de Dios. Pero él siembra otra vida en nosotros, una vida que nos impulsa a buscarle.

Después, cuando el hijo hubo nacido, Abraham debe haberse reído muchas veces. Su risa era una expresión de la emoción y el éxtasis que le causaba no solamente el hecho del niño que había de nacer, sino también la fidelidad y el favor y el poder de Dios al cumplir la promesa y redimir al mundo. Si creemos, también nosotros podremos reír en éxtasis al considerar al Señor Jesucristo y la redención que recibimos por medio de él.

Cuando Abraham adoraba al Señor, también pensaba en su hijo Ismael, que entonces tenía trece años de edad. Ahora, finalmente, Abraham reconocía todo el valor de la redención de Dios y comprendió con mayor claridad la impaciencia que él y Sara habían manifestado. Por causa de esa incrédula impaciencia Abraham había tomado a Agar por esposa. Ismael era fruto de esa unión. ¿Acaso llevaría el niño la maldición de la incredulidad del padre? ¿Acaso tendriá que vivir ahora totalmente en la sombra? Por eso Abraham oró: "Ojalá Ismael viva delante de ti". Qué profundo era el anhelo de Abraham por ver a su hijo Ismael vivir a la luz de la presencia de Dios.

Luego el Señor reiteró la promesa de que Sara aún tendría un hijo, ordenando a Abraham que su nombre fuese Isaac, que significa *risa*. Ese nombre demostraría cómo Abraham había reído en cuanto al milagro que Dios haría, así como nosotros nos reímos cuando pensamos y nos deleitamos en los milagros de Dios.

El Señor también oyó la petición de Abraham en favor de Ismael. Dios no retendría su bendición de Ismael. Habría de ser el padre de doce príncipes, y llegaría a ser una gran nación. Sin embargo, el futuro de Ismael no sería tan grande como el de Isaac. El Señor indicó que establecería su pacto con Isaac, lo que significaba que Isaac, y no Ismael, sería el padre del Redentor, en quien el pacto es seguro. Ismael podría vivir a la luz del Redentor que vendría. El Señor prometió bendecir a Ismael mientras tenía en estima el lazo con el Señor y aceptaba a Isaac

como portador de la promesa.

Con esto concluyó el encuentro de Abraham con el Señor. El Señor se alejó y Abraham no volvió a verlo.

**Andando en obediencia ante el rostro del Señor.** El Señor había dicho a Abraham que él era el Dios todopoderoso, aquel que cumpliría la promesa mediante su milagroso poder. Lo único que el Señor había pedido de Abraham era que anduviese en rectitud ante su rostro y le obedeciera como un niño. Pronto Abraham demostró su deseo de obedecer este mandamiento. Aquel mismo día él y todos los varones de su casa fueron circuncidados. Así Abraham e Ismael fueron sometidos juntos a ese rito. Abraham tenía 99 años e Ismael trece.

Si creemos que el Señor es el Todopoderoso, aquel que cumple su promesa, entonces nosotros le respondemos como niños. Entonces el poner objeciones es inaceptable, ni demoramos nuestra obediencia a sus mandamientos; obedecemos en seguida. Si todavía presentamos muchas objeciones, quedará claro que todavía no hemos logrado la fe que nos hace ver la gracia omnipotente de Dios mediante la cual somos redimidos.

# 13: El confidente de Dios

*Génesis 18*

Las tres partes de Génesis 18 (es decir, el incidente del Angel del Señor comiendo en la entrada de la tienda de Abraham, la confidencia que el Señor hizo a Abraham anticipándole sus planes en cuanto a la maldad de Sodoma, y la subsiguiente intercesión de Abraham) ilustran que Dios había aceptado a Abraham como su confidente. Ahora Abraham se hace colaborador de Dios. Génesis 18 nos muestra un hombre que vive en íntima comunión con Dios en el pacto.

La aparición de los tres ángeles en la tienda de Abraham (uno de ellos era el Angel del Señor) y el hecho de que el Angel del Señor comiera de la comida de Abraham, expresa en forma clara el milagro de la comunión entre Dios y los hombres. Este milagro se demuestra en forma más clara aun, en la vida del Cristo en Belén. Allí el Hijo de Dios se sentó a la mesa de los hombres.

Cuando Abraham vió acercarse a aquellos tres hombres, inmediatamente reconoció al Señor. Por supuesto, el Señor ya le había aparecido muchas veces. Sus palabras: "Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos", son algo más que la hospitalidad oriental. Además, Abraham permaneció de pie mientras servía la mesa del Señor.

Uno de los propósitos de la aparición del Señor era alentar la fe de Sara, para que mediante la fe pudiera recibir la fuerza necesaria para dar a luz su hijo. El Señor logró este propósito castigándola por su incredulidad. Las dudas y la incredulidad no pueden ser vencidas mediante pruebas y razonamientos lógicos. El único tratamiento para las dudas es el castigo. Mediante la fe Sara se convertiría en colaboradora de Dios en el cumplimiento de su consejo. Aquí también se nos muestra el significado de la comunión en el pacto.

El Señor hizo saber a Abraham lo que se proponía hacer, puesto que Abraham iba a establecer una gran nación y traer bendición sobre todas las naciones de la tierra. Abraham era el portador de la promesa, y en él quedaría asegurada la victoria del reino de Dios. Por eso el Señor lo convirtió en su colaborador: "Le he

escogido, para que mande a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él".

Abraham fue colaborador de Dios, particularmente en su intercesión por Sodoma. Nunca estamos más cerca del Dios del pacto que cuando oramos, porque cuando oramos, él nos hace partícipes en el gobierno del mundo. Esto también se aplica a la oración de Abraham, aun cuando Sodoma fue destruida por cuanto no reunía las condiciones para ser preservada. Sin embargo, a través de Abraham, la justicia de Dios también prevaleció después de su muerte, cumpliéndose así la promesa.

En contraste con la afirmación de Abraham, de que Dios no destuirá al justo con el impío, está la declaración de Eclesiastés, indicando que uno y el mismo destino espera al justo como al pecador (Ec. 2:14 y 8:14). Eclesiastés representa la vida tal como aparece separada de la fe en el Cristo. En efecto, si pensamos en términos exclusivamente humanos, sin tener en cuenta a Dios, no podemos sino llegar a la conclusión que tanto los justos como los injustos recorren el mismo camino en la tierra. La diferencia es que los injustos perecen llenos de su vanidad, en tanto que la vida del creyente no es en vano. Los creyentes están aquí para ser una bendición, para trazar un sendero hacia el futuro del reino de Dios. El asunto básico no es lo que ocurre a los creyentes, sino la forma en que el reino de Dios es extendido en y a través de ellos. ¿Acaso no ha de hacer lo que es justo el Juez de toda la tierra en cuanto a su propia causa? Dios no podía permitir que los creyentes de Sodoma pereciesen sin dejar rastros, porque entonces sus vidas habrían sido en vano.

Al estudiar Génesis 18, nos impresiona ver cómo el Señor concedió a Abraham su más íntima comunión, comiendo con él. El Señor se deleitó en la fe y el amor de Abraham, de la misma manera como se agrada deleitarse en nuestra fe y amor. Esta comunión entre Dios y Abraham condujo a Abraham a orar. En la oración Abraham era el confidente de Dios. Al mismo tiempo Abraham miraba al Señor respetándolo profundamente. Esto se expresa en sus palabras: "He aquí, ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza". Abraham también era consciente de los motivos que impulsaban a Dios: "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?"

**Pensamiento clave:** *El Señor hace de Abraham su confidente.*

**Comunión íntima.** Un día cuando Abraham estaba sentado en la puerta de su tienda, levantó la mirada y vió que tenía tres hombres delante suyo. Enseguida comprendió que no eran personas comunes, sino ángeles en forma humana. Uno de los tres no se parecía a los otros dos. Abraham lo reconoció inmediatamente: era el Señor que ya le había

aparecido. Por eso se levantó, salió al encuentro de aquellos hombres, se inclinó a la tierra, y les preguntó si querían descansar y comer algo en su tienda.

¿De dónde había tomado Abraham el valor de pedir al Hijo de Dios, que aquí le aparecía en forma humana, entrar en su tienda? ¡El Dios santo en la habitación de un hombre pecador! Sin embargo, Abraham no pudo contenerse. Estaba ansioso por servir al Señor y demostrarle su amor después de haber recibido tantos favores del Señor.

El Señor accedió y se sentó con los dos ángeles frente a la tienda de Abraham. Enseguida Abraham dijo a Sara que amasara algunos panes y ordenó que sus siervos preparasen el mejor ternero para la comida. El mismo se ocupó de controlar que todo fuese servido con manteca y leche y permaneció de pie junto a la mesa de su Señor.

Espero que ustedes puedan hacerse un cuadro claro de esta escena. Allí estaba el Señor, el Dios del cielo y de la tierra, comiendo a la mesa de su siervo. Sólo permaneció unos pocos momentos junto a la mesa. Poco después volvió a dejar la tierra. Sin embargo, mucho tiempo después el Hijo de Dios se hizo carne de verdad y vivió entre los hombres, comiendo y bebiendo con ellos. ¡Qué gran milagro fue aquel! ¡Cuánto se había acercado Dios a los hombres ! Luego, como un hombre, ascendió al cielo, y de allí envió al Espíritu Santo para que habitase en nuestros corazones. Mediante su Espíritu todavía está muy cerca de nosotros y participa de nuestra vida. ¿Creemos que el Señor quiere tener una relación tan íntima con nosotros como la que tuvo con Abraham cuando se sentó frente a su tienda para comer?

¿Por qué se sentó el Señor a la mesa de Abraham? No fue solamente para concederle su favor, sino también para recibir, en respuesta, el amor y la fe de su siervo. De la misma manera Dios quiere disfrutar de nuestro amor hoy. Es algo que el Señor anhela. Al ver el gran favor que el Señor quiere concedernos, gustosamente le damos nuestro amor.

**Sara es conducida a la fe.** Mientras los tres hombres estaban comiendo, preguntaron por Sara, porque habían venido principalmente por ella. Por muy extraña que debe haberle parecido la promesa, Abraham realmente creía que él y su esposa tendrían en su vejez un hijo. Desafortunadamente, Sara todavía no había llegado a este punto. Pero ella también tendría que creer si alguna vez iba a dar a luz un hijo. Por eso el Señor quería conducirla a la fe.

Evidentemente el Señor se había sentado frente a la tienda dando las espaldas a la entrada donde se encontraba Sara. Con voz suficientemente fuerte que Sara no pudo sino oír lo que se hablaba, el Señor dijo que transcurrido un año tendría un hijo. El Señor mismo le estaba hablando. ¡Ahora seguramente creería! Sin embargo, ella se rió de lo que dijo el Señor, pensando que era absolutamente imposible que llegase a ser madre. Ella era demasiado anciana, y también su esposo.

Entonces el Señor preguntó a Abraham por qué se había reído Sara. ¿Acaso habría algo demasiado maravilloso para el Señor? En ese momento el Señor subrayó su promesa. Ahora Sara tuvo que presentarse, pero lo hizo negando que hubiese reído, porque tenía miedo del Señor.

El Señor le reprochó su incredulidad. La incredulidad y las dudas son pecado ante los ojos de Dios. Nunca debemos dudar de si la Palabra del Señor realmente es cierta, o si realmente podemos confiar en ella. Si dudamos de la veracidad de la Palabra del Señor, también nos amonestará a nosotros.

Mediante esta amonestación Sara fue conducida a la fe. Y mediante aquella fe recibiría del Señor su niño. Tanto en el caso de ella, como en el nuestro, sólo por fe pudo el Señor cumplir su promesa (*sola fide*).

**El propósito del Señor revelado a Abraham.** Los tres hombres se levantaron de la mesa y se encaminaron a Sodoma. Abraham los acompañó parte del camino. Entonces el Señor dijo: "¿Encubriré a Abraham lo que voy a hacer? Después de todo Abraham es el portador de la promesa y en él todas las naciones serán bendecidas. El sabe que a través del Redentor, que va a nacer de su linaje, va a venir mi bendito reino. Por eso también puede saber él lo que yo haré para establecer mi reino. También en esto es preciso que sea mi colaborador, puesto que debe encargar a sus hijos andar en mis caminos y buscar mi reino. Por eso voy a decirle lo que estoy por hacer ahora".

Entonces esto es lo que el Señor le dijo: "Los pecados de Sodoma y Gomorra claman a mí por castigo. Ahora voy a descender y probar a la gente de esa región, y ver si su pecaminosidad tiene algún limite".

¡Qué cosa maravillosa que el Señor haya querido decir a Abraham sus planes! *Nosotros* también tenemos que tener amigos, amigos especiales a quienes les podamos decir todas las cosas. ¡Qué intimidad experimentamos entonces! Así como buenos amigos comparten sus esperanzas y planes, Dios hizo de Abraham su confidente. Por supuesto, es

algo que Dios no puede hacer con todos, ni siquiera con cada creyente. Pero la meta de nuestra vida diaria debe ser caminar tan íntimamente con el Señor que terminemos entendiéndolo cada vez mejor y siendo cada vez más íntimos con él.

**La intercesión de Abraham.** Los dos ángeles siguieron su camino hacia Sodoma, mientras Abraham aún permanecía delante del Señor. En ese momento comprendió que el Señor le había demostrado lo que estaba por hacer, de modo que le daba una oportunidad para interceder en oración. Por eso Abraham dijo: "Seguramente no destruirás al justo con los impíos. Si hubiera 50 personas justas en la ciudad, ¿perdonarías a la ciudad por amor a ellos? El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?"

Abraham dijo esta oración no porque desconfiase del Señor, sino porque sabía que gracias a su oración Dios revelaría totalmente su justicia. Abraham rogó al Señor y apeló a su justicia de modo que aun cuando Sodoma fuese destruida se manifestase la justicia de Dios. En la oración siempre apelamos a las maravillosas virtudes de Dios.

Pero ¿acaso no ocurre con frecuencia aquí en la tierra, que los creyentes mueren con los incrédulos? ¡Por cierto! Los creyentes no son un ápice mejores que los incrédulos y merecen el mismo destino que ellos. Sin embargo, Dios se ha comprometido a ser el Padre de ellos. Por cuanto el Espíritu del Señor Jesucristo mora en ellos, los creyentes no pueden morir como los impíos, que simplemente mueren y son olvidados. Los creyentes serán una bendición aun en su muerte y dejan huellas detrás de sí.

Allí estaba Abraham, orando no solamente por aquellos creyentes como personas, sino también por el honor y el nombre del Señor, que estaba unido a ellos. En esta intercesión Abraham simbolizó al Señor Jesucristo, que intercede continuamente en oración para que la justicia y el honor de Dios puedan triunfar en este mundo.

Cuando el Señor accedió a no destruir la ciudad si había 50 creyentes en ella, Abraham comprendió que no se hallarían tantos. Por eso primero redujo el número a 45 y finalmente llegó a diez. ¿De dónde había tomado Abraham valor para orar tan decididamente? Su valor había crecido porque el Señor acababa de convertirlo en su amigo íntimo y en su confidente. Sólo cuando sabemos que mediante Cristo recibimos el favor de Dios, estamos en condiciones de orar por la causa del Señor. A

pesar de todo su valor, Abraham no olvidó la reverencia. Nótese la declaración en la que reconoce su condición de polvo y ceniza. En nuestra hora de mayor intimidad, no debemos olvidar el temor al Señor.

Puesto que aparentemente no había ni siquiera diez personas justas en Sodoma, el juicio era inevitable. Pero, ¿fue en vano la oración de Abraham? No, porque ahora se manifestó con mayor claridad la justicia de Dios al destruir Sodoma y Gomorra. Además, al rescatar a Lot de la destrucción, Dios ofrecía otra manifestación de la justicia a la que Abraham había apelado.

Mediante la oración de Abraham, es decir, mediante la oración del Cristo que estaba viviendo en él, esa justicia se convirtió en un escudo protector bajo el cual habitan con seguridad Abraham y sus descendientes y todo el pueblo de Dios. El Señor Jesucristo todavía sigue orando sin cesar por la manifestación de la justicia de Dios.

Entonces el Señor dejó a Abraham para unirse a los ángeles que habían ido para probar a la gente que vivía en Sodoma y Gomorra y sus alrededores. Dios pronto destruiría esas ciudades.

# 14: El Juez de toda la tierra

*Génesis 19*

En su oración Abraham había dicho: "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" Al destruir Sodoma y Gomorra el Señor obró justamente. Dios ejecutó justicia absoluta, aun en el hecho de salvar a Lot y su familia. La ira de Dios no es una pasión incontrolable. De modo que su justicia fue glorificada tanto en la destrucción de Sodoma como en la liberación de Lot.

La oración de Abraham fue oída en cuanto a la liberación de Lot. "Dios se acordó de Abraham y sacó a Lot de en medio de la destrucción". Dios había contestado la oración de Abraham había hecho de Abraham su colaboración en la liberación de Lot y la destrucción de Sodoma. A través de la oración de Abraham, el juicio demostró ser justo.

El Señor probó la pecaminosidad de los habitantes de Sodoma, exponiendo sus ángeles, en quienes él mismo estaba presente, a su maldad. Mientras la ley del Señor tiene la más mínima influencia en la gente, la tenue relación con el Señor no ha sido cortada totalmente y la gente todavía no ha pecado hasta lo máximo. Hasta ese momento, las palabras de Lot aparentemente habían significado algo a los habitantes de Sodoma. Sin embargo, ahora rompieron su última relación. En pasión ajena a la naturaleza, pasión que ahora revelaban claramente, queriendo darle rienda suelta, había florecido totalmente su impiedad. Dios juzga a las personas conforme a su relación con él. Al castigar a Sodoma, satisfacía su justicia y honor.

Lo mismo hizo con Lot. Indudablemente, Lot era un creyente. Esto queda claro en 2 Pedro 2:7-8 donde leemos que Lot advirtió a los habitantes de Sodoma contra su impiedad. Lot insistió que los dos visitantes pasaran la noche en su casa porque temía que no estarían salvos del pecado de los sodomitas. Sin embargo, él mismo no rompió su relación con el ambiente pecaminoso en que vivía. Permitió que sus hijas se comprometiesen con sodomitas e incluso vaciló cuando los ángeles insistieron en que huyera. Fuertes lazos lo ataban a sus posesiones y a la riqueza de Sodoma.

En cuanto a su fe concierne, Lot sólo avanzaba a medias.

Por eso, en cierto sentido, Lot también fue afectado por el juicio. Esto fue evidente en lo que ocurrió a su esposa y a sus descendientes. La vida de su esposa terminó en el juicio, y sus descendientes se sumergieron en el paganismo. El estilo de vida sodomita siguió viviendo en sus hijas, quienes no solamente cometieron un pecado grave con su padre, sino que, carentes de toda vergüenza, revelaron ese pecado en los nombres que dieron a sus hijos: Moab que significa *de mi padre*, y Ben-ammi que significa *hijo de mi pueblo*. La posteridad de Lot se perdió, aun cuando él mismo había sido salvado como por fuego.

Génesis 19 es enigmático, porque los ángeles primero hablan como *enviados* por el Señor para destruir la ciudad, pero luego Lot se dirige al Señor mismo, quien en respuesta le dice lo que él se proponía hacer. El Señor, ante quien Abraham había quedado para orar, debe haberse unido a los dos ángeles cuando Lot fue forzado a salir de la ciudad.

Cuando hablamos a los niños de este juicio, debemos señalar la justicia del Señor, que destruye todo aquello que no sigue unido a él, pero también protege todo cuanto se aferra a él, tanto a Lot como a Abraham, a sus descendientes y a todo el pueblo de Dios. Por el amor de Cristo, esa justicia divina que destruyó a Sodoma, es al mismo tiempo el escudo protector, un refugio para la vida de fe. Vemos que Abraham estaba en lo justo cuando adoraba al Señor porque magnificaba su justicia.

**Pensamiento clave:** *La justicia de Dios se revela para que los creyentes puedan refugiarse en ella.*

**Impiedad sin límites.** Los dos ángeles que habían acompañado al Angel del Señor en su visita a Abraham prosiguieron su camino a Sodoma. Dios quería que averiguasen si el pecado de Sodoma había alcanzado su límite absoluto. Al anochecer, cuando llegaron a su destino, Lot estaba sentado a la puerta. Se inclinó ante ellos y los invitó a pasar la noche en su casa. Ellos respondieron que pasarían la noche en la calle, algo que en esa parte del mundo se podía hacer. Al dormir en la calle, tendrían oportunidad de observar la pecaminosa vida nocturna de Sodoma. Sabiendo Lot que de noche nadie estaba a salvo de las abominaciones de Sodoma, insistió que los dos hombres entrasen a su casa. Esto demuestra que Lot mismo había resistido los pecados de Sodoma. Los hombres aceptaron su invitación y comieron en su mesa.

Antes que los dos se acostasen para dormir, los hombres de la ciudad rodearon la casa demandando que Lot les entregase sus huéspedes, a fin de someterlos a sus abominaciones sexuales. Lot salió para tratar que

los sodomitas entrasen en razón. Incluso trató de distraer a aquellos hombres incitados al ofrecerles sus hijas en lugar de los huéspedes, pero ellos no quisieron escucharle. Levantándose contra Lot dijeron: "¿Acaso nos juzgará este extranjero impidiéndonos hacer lo que queremos hacer?" Los hombres hacían gran fuerza para invadir la casa de Lot.

Por eso los dos hombres "alargaron la mano, y metieron a Lot en casa y cerraron la puerta". Luego hirieron a los hombres de afuera con una especie de ceguera de modo que ya no distinguían claramente y, en consecuencia, no podían hallar la puerta. Esto demuestra cómo el Señor castiga a sus enemigos. Aquellos hombres en Sodoma simbolizan a todos los enemigos de Dios, que también han sido cegados. Ya no reconocen lo que ven y no reconocen la mano del Señor en la vida humana.

Los hombres de Sodoma habían sido probados. Era evidente que ni los pecados más horribles los hacían retroceder. Las palabras de Lot no tuvieron ningún eco en ellos. Si nosotros abandonamos al Señor, él también nos entrega a toda inquidad.

**La justicia de Dios como refugio.** Ahora los dos hombres revelaron su identidad a Lot diciéndole que habían sido enviados por Dios para destruir la ciudad. Ambos insistieron que Lot reuniese a su familia y huyese. Lot sólo tenía dos hijas, pero ambas estaban comprometidas con hombres de Sodoma. Debido a la flojera de Lot, su familia ya se estaba mezclando sin prejuicios con los sodomitas. Ante la insistencia que sus futuros yernos también huyesen, aquellos se rieron. ¿Cómo se podía esperar que hombres del mundo, pecadores como ellos, creyeran la palabra del Señor?

Mientras ocurrían estas cosas, ya había transcurrido la noche y el alba despuntaba. Los dos hombres insistieron que Lot se apurase puesto que en la mañana el Señor destruiría la ciudad. Pero Lot se demoró, incapaz de separarse de la vida en Sodoma y de sus posesiones allí. Los dos hombres asieron de Lot y su familia y tomándolos de la mano los llevaron fuera de la ciudad. También les dijeron que no mirasen atrás. La orden era huir a través de todo el valle hasta las distantes colinas.

Aun entonces Lot pretendía saber más que el Señor, quien entre tanto se había unido a los ángeles. La vida de Lot no estaba basada en la fe en el Señor, sino en el temor. Por eso pidió permiso para huir a la pequeña

aldea de Zoar, que, por ser tan pequeña, podía ser salvada del juicio. La paciencia del Señor fue realmente grande con Lot puesto que también le concedió esta petición.

Era muy claro que Dios no salvó a Lot porque lo mereciese. En todo momento Lot había manifestado su debilidad. No obstante, era un creyente y estaba unido al Cristo. De esa manera el nombre de Dios también estaba ligado al de Lot. Por amor a su propio nombre y honor, el Señor protegió a Lot cubriéndolo con el escudo de su justicia.

**El reconocimiento de la justicia del Señor.** Tan pronto como Lot y su familia habían sido evacuados de la ciudad, el Señor hizo llover fuego y azufre sobre aquella región. El fuego del cielo también puso en llamas a cuanta cosa inflamable había en la superficie. No pasó mucho y todo el valle era un solo fuego.

Los miembros de la casa de Lot no compartían su lazo de unión con el Señor. Su esposa no podía renunciar a las cosas que estaba dejando atrás y no podía resistir la tentación de mirar hacia atrás. Por eso el Señor en su juicio, le quitó la vida. Los vapores de sal dieron contra ella convirtiéndola en columna de sal.

En la madrugada de aquel mismo día, Abraham había ido al lugar donde había estado delante del Señor. Desde allí podía ver el humo que se elevaba del valle, semejante al humo de un horno. Estando parado allí, no se rebeló contra el Señor. En su lugar, debía haberse inclinado ante el Señor adorándolo por su justicia, que por un lado implica terrible castigo para los impíos, y por el otro provee un refugio para los creyentes. Al oír de la liberación de Lot, debe haber dado gracias al Señor de algún modo especial. Abraham también debe haber reflexionado sobre la forma en que el Señor había contestado su oración.

**Los descendientes de Lot excluidos.** Lot tampoco pudo permanecer mucho tiempo en Zoar. Evidentemente temía que algún día lo alcanzase el juicio. Primero recordó su obstinación en pedir permiso de huir a Zoar. Ahora se dirigió a las colinas a donde el Señor lo había mandado que huyera al principio. Allí vivió con sus dos hijas en una cueva, lejos de todo contacto humano. Una vez Lot había buscado el contacto humano, pero en forma equivocada. Ahora, como resultado de su temor y angustia, quedó totalmente aislado. Aquellos que no viven conforme a

los caminos de Dios, que se rehusan a vivir por fe de la mano del Señor, incluso perderán esta vida terrenal.

¿Perecería ahora el linaje de Lot? Sus hijas con él, lejos de otras personas, lejos de poder pensar en la posibilidad del matrimonio. Sin embargo, ellas supieron arreglárselas para satisfacer su deseo de tener descendencia. Lo hicieron en forma totalmente pecaminosa. Cada una de ellas dió a luz un hijo, engendrado por el único varón disponible, su padre. Por supuesto, aquellos dos hijos nacieron como resultado del pecado y de la incredulidad. No tuvieron parte en la bendición del pacto hecho con Abraham, y se criaron como paganos. De ellos nacieron los moabitas y los amonitas, dos naciones relacionadas al pueblo de Israel que descendió de Abraham. De todos modos, aquellos descendientes de Lot fueron reconocidos como enemigos de Israel y se convirtieron en adversarios de la bendición de Israel.

Lot se salvó, pero sus descendientes se perdieron delante del Señor. El mismo Lot conocía al Señor, pero su simiente no tenía parte en la bendición del pueblo de Dios. Las cosas resultaron de esta manera, en parte por los pecados de aquellos descendientes, pero el mismo Lot también era culpable por rehusar a rendirse completamente al servicio del Señor. Ese pecado del padre fue visitado en los hijos. Lot mismo había sido salvado como por fuego.

La justicia del Señor, que castiga el pecado, también fue revelada a Lot. ¿Cómo es posible que esa justicia sea un escudo protector para los creyentes, si ellos también están llenos de pecados? Esto solamente es posible gracias a la expiación por el pecado logrado por el Señor Jesucristo a través de su muerte en la cruz. Dios ya no ve ningún pecado en los creyentes, pero los mira como a sus hijos. Los defiende y protege siempre conforme a su justicia, porque ellos son su posesión. La justicia del Señor, que es terrible para sus enemigos, es la base de la seguridad del creyente.

# 15: La protección de la simiente prometida

*Génesis 20*

Cuando contamos la historia que encontramos en Génesis 20, no hemos de mostrar solamente cómo la fe de Abraham y Sara había decaído a un estado de depresión para luego añadir una amonestación indicando que nosotros no debemos hacer lo mismo que hicieron ellos. ¿De dónde se espera que nosotros hallemos la fuerza para no seguir el ejemplo de ellos? ¿Acaso no se honra a Abraham como héroe de la fe? ¿Somos nosotros mejores que él? ¿Podemos esperar cosas mejores de nosotros mismos?

Aquí, nuevamente debemos centrar la atención en la revelación de Dios, es decir, que Dios mantiene la promesa del nacimiento del hijo y protege esa promesa aun cuando Abraham ya no demuestra una fe viviente en ella. El temor de Abraham, que Sara pudiera ser separada de él y que él mismo pudiera ser muerto, representa un colapso de su fe casi increíble. Poco tiempo atrás, él había recibido la promesa de que en el término de un año Sara tendría un hijo (Gn. 18:10). La promesa implicaba una garantía de la seguridad de su matrimonio. En fe había aceptado la promesa. (Nótese que Dios le había revelado lo que se proponía hacer respecto de Sodoma, y Abraham había respondido intercediendo mediante la oración de fe por esa ciudad). Y ahora, poco tiempo después, Abraham está lleno de temor. Había abandonado su fe en la promesa de la simiente que vendría y, además, manifestaba una falta de fe viviente en la venida de Cristo.

No obstante, Dios guardó su promesa. Dios protegió el matrimonio de Abraham y Sara, salvando así la simiente prometida que resultaría en la venida del Cristo. Aquello debe haber sido una gran humillación para Abraham, porque Dios le demostró que podía ejecutar sus planes sin él, y a pesar de su falta de fe. Más tarde, el pagano Abimelec tuvo que decir a Abraham lo que Dios había hecho. Abraham tuvo que oír de labios de un *pagano* el evangelio de la promesa.

Mediante la fe, Abraham tuvo que apropiarse otra vez de la promesa, y mediante la fe tuvo que aprender a poseer otra vez a Sara. El hecho de que realmente ocurrió así queda evi-

dente en el capítulo que sigue, donde se nos habla del nacimiento de Isaac, siendo este recibido por Abraham y Sara mediante la fe. Dios cumplió su promesa de modo que Abraham pudo apropiárselo otra vez. Una vez más queda claro que el poder de la fe de Abraham, como el poder de toda fe, yacía fuera de él en la promesa.

La relación entre este trozo de la historia y nuestro propio tiempo es clara inmediatamente, aunque no es tan fácil demostrarlo al contar la historia a los niños. Si nosotros no vemos las relaciones en que vivimos como santificadas en Cristo y no confesamos a Cristo en ellas, estamos haciendo lo mismo que Abraham.

En realidad, Dios sigue atándose a sí mismo al Cristo, a pesar de nuestras obras. Pero esta fidelidad tiene por propósito conducirnos nuevamente a la fe y a una confesión de nuestros pecados.

El temor de Abraham que Sara fuese separada de él, a pesar de su vejez, plantea un interrogante: ¿Acaso había florecido Sara con nueva vida después de habérsele anunciado que en un año tendría un hijo? Si fue así, o no, Abraham y Sara sabían bien que vivían en medio de los cananeos, que eran bien conocidos por codiciar la propiedad de otros, y de hacer añicos las vidas y relaciones de otros.

**Pensamiento clave:** *El Señor se ata al Cristo para que nosotros podamos apropiarnos de la promesa.*

**La promesa es negada.** El Señor había declarado que en el término de un año Abraham y Sara tendrían un hijo. ¡Al fin! Al principio no podían creerlo. Sara se había reído de la sola idea objetando que ella era demasiado anciana, pero finalmente fueron forzados a aceptar la promesa. ¡Qué alegría experimentaron entonces! Sin duda se sentían contentos el uno con el otro. Gracias a aquella promesa, se profundizó su amor mutuo. Y ellos sabían que de ellos, del niño que pronto vendría al mundo, habría de nacer el Redentor. El amor de ellos resplandecía a la luz del Cristo que vendría, y para ellos su matrimonio había llegado a ser un santuario. Este estado mental les produjo íntima felicidad.

Abraham probablemente había comenzado a buscar pastos más verdes para sus rebaños. Los había encontrado en el sur, en Gerar, que era parte de la tierra de los filisteos. Semejante a los cananeos, los filisteos eran gente que ni temían a Dios ni respetaban al hombre. No sentían el menor temor de matar a un hombre y tomar a su mujer. Sus reyes eran particularmente atrevidos.

Ahora Abraham y su familia estaban entrando al territorio de Abimelec, rey de Gerar. En realidad Abraham y Sara no corrían ningún pe-

ligro. El Señor les había prometido que en el término de un año nacería su bebé. Sin lugar a dudas, el Señor los cuidaría. Una cosa es cierta; Dios no puede quebrantar su promesa.

Pero, ¿era esa la forma en que Abraham y Sara veían la situación? Ni bien se habían acercado a Gerar, se sintieron sobrecogidos de temor. ¿Cómo era posible? ¿Acaso ya no creían en la promesa? Si alguien les hubiera preguntado, seguramente habrían afirmado creer en la promesa. Sin embargo, en su corazón no estaban suficientemente seguros de la promesa para sentirse confiados de estar fuera de peligro. De hecho, se sentían profundamente atemorizados. Se pusieron de acuerdo en decir que Sara era hermana de Abraham. En parte era cierto, puesto que era una hermanastra; pero de esta manera estaban ocultando que también eran esposos. En otras palabras, estaban mintiendo. Estaban negando la maravillosa relación que había entre ellos, y que en forma tan gloriosa habían visto a la luz de la venida de Cristo. Con esta conducta estaban negando la promesa. ¿Cómo era posible que Abraham y Sara se sintieran tan rápidamente inundados de temor ante los posibles peligros que los rodeaban? ¿Cómo pudo sucumbir su fe tan rápidamente?

¡Qué débiles somos en realidad los humanos! Cuando tenemos miedo de confesar al Señor Jesucristo, estamos haciendo exactamente lo mismo, a nuestro modo. Aunque no tenemos la misma promesa que tenían Abraham y Sara, Dios nos ha dado el uno al otro. Por amor a Cristo nos ha constituido en padres e hijos, hermanos y hermanas. Si por amor a Cristo no guardamos la santidad de estas relaciones y no nos amamos mutuamente, también estamos negando al Señor Jesús. Con frecuencia, hacemos lo mismo que Abraham y Sara. A menudo carecemos de una fe firme, igual que ellos.

Entonces sucedió lo que temían. Sara fue tomada y conducida a la casa de Abimelec para ser su esposa. Abraham y Sara fueron separados, y Sara iba a ser esposa de otro hombre. ¿Qué sería ahora de la promesa? ¿Y cómo podría venir entonces el Señor Jesucristo al mundo? Abraham y Sara habían perdido frívolamente su felicidad y por su incredulidad y engaño habían perdido también la promesa.

**La promesa es afirmada.** Aun cuando Abraham había perdido la fe en la promesa, el Señor seguía obrando para convertirla en realidad. Hirió la casa de Abimelec con enfermedad y se aseguró que Sara no su-

friese ningún daño. Abimelec no pudo tomarla como esposa; Sara siguió siendo esposa de Abraham.

Incluso Dios apareció a Abimelec en un sueño para decirle que él y su casa habían sido heridos con enfermedad por haber tomado la esposa de Abraham. Abimelec dijo ignorar el asunto. El Señor respondió que la ignorancia de Abimelec era el motivo por el cual su vida había sido salvada. Además Dios demandó que Sara fuese devuelta a su esposo Abraham. Abimelec debía pedir a Abraham que orase por él, puesto que Abraham era un profeta que gozaba de una relación especial con el Señor. Luego la enfermedad lo dejaría. Pero si Abimelec no obedecía al Señor, moriría.

Ciertamente, fue maravilloso que el Señor recordase la promesa, puesto que Abraham mismo no podría salvar la situación. Abraham había perdido la fe en la promesa, y esto hace aun más notable el hecho de que el Señor aún le era fiel. Lo mismo hace Dios hoy día. El cuidará que un día el Cristo tenga la victoria y que su reino venga con gran gloria. Esto ocurrirá aunque nosotros desesperemos y perdamos el valor de confesarle, lo que sería terrible y vergonzoso para nosotros. En tiempos difíciles y situaciones peligrosas, mediante la fe Cristo seguirá viviendo en nuestros corazones, de modo que siempre nos regocijemos en él, siendo fuertes en él y no temerosos. Deberíamos ser inconmovibles en nuestra convicción de que, sin importar lo que suceda, Dios siempre guardará su promesa.

**Abraham debe rendir cuentas.** El día siguente Abimelec contó a sus siervos todo cuanto el Señor le había dicho. Como él, también sus siervos tenían miedo al Señor. Allí se encontraban ante la majestad del Señor, cuya grandeza es especialmente revelada en su fidelidad a su promesa de salvación. Era poco lo que entre los filisteos se conocía de esa grandeza. Pero aquí el Señor volvía a revelarse a los paganos mediante su promesa segura de redención.

Ahora Abimelec llamó a Abraham para que rindiese cuentas: "¿Qué has hecho con tu engaño? Con este hecho casi destruiste tanto mi vida como mi reino. ¿Qué pensabas? Ciertamente no te he dado ningún motivo para recibir tal trato. Nunca me deberías haber hecho esto".

¡Ahora el *creyente* era reprendido por un *pagano* por su infidelidad y engaño! Si Abraham hubiese confesado su culpa, habría estado en condiciones de testificar a Abimelec de la salvación de Dios y de sus obras

maravillosas. Pero Abraham no confesó su culpa. Hasta el momento no oía nada sino la acusación que le era echada en cara. Todavía no discernía la misericordia de Dios que lo había salvado a él y a la promesa.

Somos incapaces de confesar nuestra culpa en tanto sólo vemos el juicio de Dios sin distinguir su infinita gracia y perdón. En realidad, la conducta de Abraham no tenía asidero. Sin embargo, trató de excusarse: los filisteos no conocían el temor de Dios, y por eso había pensado que podría ser asesinado para que Sara pudiese ser tomada como esposa de otro. Además, Sara en realidad era su hermanastra. Ambos habían acordado comportarse como hermanos cuando Dios acababa de sacar a Abraham de la casa de su padre. Todas estas excusas eran igualmente cobardes, y por eso no pudo ser aprovechada esta oportunidad para testificar de la salvación de Dios. Lo único que Abraham dijo respecto de Dios es que Dios los había "hecho" salir de la casa de su padre.

Con frecuencia el mundo pide que los creyentes rindan cuentas. Pero, ¿Por qué no hemos aprovechado plenamente las muchas oportunidades para testificar? ¿Por qué no hemos demostrado con nuestras vidas enteras lo mucho que poseemos en el Señor Jesucristo? ¡Si recordásemos que, de todos modos, el Señor sigue fiel a su promesa y que su misericordia es grande, no tendríamos temor de confesar nuestras faltas.

**Restauración divina.** Dios demostró su fidelidad y misericordia a Abraham mandando a Abimelec que le dijera a Abraham todo lo que le había anunciado la noche anterior. También Sara fue devuelta. Esto demostraba que Dios era fiel a pesar de la incredulidad de Abraham, y que Dios mantenía en pie la promesa aun cuando Abraham la había abandonado. Además, Abimelec dio a Abraham un regalo de ovejas y bueyes y de esclavos, varones y mujeres. Incluso permitió que Abraham pastorease sus rebaños en cualquier parte de su territorio. A Sara le dijo que había dado a Abraham todos esos regalos para compensarla por la deshonra sufrida al ser secuestrada por otro hombre siendo ella esposa de Abraham.

Abimelec también pidió que Abraham orase por él y su casa, puesto que Abraham era profeta de Dios. El Señor escuchó la oración de Abraham y sanó la enfermedad que había herido la casa de Abimelec. De esta manera Abraham oyó de boca de un *pagano* las buenas nuevas de la fidelidad de Dios a su promesa. Un pagano le había proclamado el

evangelio. A medida que el reconocimiento de la misericordia de Dios llenaba todo el ser de Abraham, éste debe haberse sentido profundamente avergonzado.

¿Habrá vuelto a creer Abraham en la promesa, regocijándose en ella y viviendo por fe? ¿Volvieron a estar felices juntos Abraham y Sara, contentos de pertenecerse uno al otro? ¿Se habrán regocijado en la promesa del hijo que les sería dado, el hijo del que, en el futuro, habría de nacer el Cristo? En otras palabras, ¿habrán sido felices viviendo juntos a la luz de la venida del Cristo? Sí, volvieron a ser felices. Sabemos que volvieron a mirarse en fe el uno al otro, y juntos a Dios, porque no mucho tiempo después nació Isaac, el hijo que en fe habían esperado. Y entonces volvieron a vivir por fe.

Dios había utilizado a Abimelec para lograr su propósito. Cuando Abraham y Sara vieron que Dios no había abandonado su promesa, en fe pudieron apropiarse nuevamente de ella.

Lo mismo sucede en nuestros tiempos. Nuestra fe puede ser activada cuando comprendemos que Dios no abandona su relación con el Señor Jesucristo aun cuando aparentemente todo el mundo se aparta de él. Si creemos esto, y también creemos que Dios traerá con gloria el reino del Señor Jesucristo, entonces aprenderemos a ser felices y fuertes y libres de temor en todas las circunstancias. Entonces podremos confesar al Señor Jesucristo, con toda nuestra vida.

# 16: El beneplácito divino

*Génesis 21*

El Señor había dicho a Abraham que Isaac sería el heredero prometido. Cuando Ismael llegó a saber esto, tuvo que renunciar a sus propios deseos e inclinarse ante la voluntad y el decreto de Dios. Si hubiera estado dispuesto a reconocer el papel especial de Isaac, hubiera recibido la vida eterna y la bendición del pacto. Pero Ismael no pudo humillarse y reconocer que Isaac era el heredero de la promesa del pacto. Al contrario, durante la fiesta del destete Ismael se burlaba de Isaac. Estaba celoso de Isaac y se oponía a la fiesta con que era celebrado ese día. Ismael percibía que Isaac, como hijo de la promesa, era tenido en mayor estima que él mismo. Evidentemente Ismael tenía la misma actitud que antes había manifestado Agar, su madre (Gá. 4:28-30).

La lucha de Ismael es la lucha de todos nosotros cuando tenemos que reconocer que la vida no está en nosotros, sino en el Cristo. Como el hijo del beneplácito de Dios, Isaac es un tipo del Cristo, en quien buscamos nuestra vida. La mayor invitación de Cristo ("venid a mí todos...") también es la invitación que más requiere de nosotros. Nos llama a considerar nuestra salvación como algo que está fuera de nosotros mismos. También nosotros tenemos que inclinarnos ante el beneplácito de Dios, según lo cual escogió a Cristo para ser nuestra Cabeza y Salvador.

Cuando Agar e Ismael fueron expulsados de la tienda de Abraham y se vieron forzados a vivir fuera del círculo del pacto, Dios todavía no los abandonó. No solamente repitió la bendición que anunciaba grandes cosas respecto de Ismael, sino que también se acordó de Agar y su hijo en su angustia en el desierto. Sin embargo, en el relato de su angustia las Escrituras mencionan al Angel de Dios, y no al Angel del Señor, indicando que ahora se había roto la unión del pacto. Desde entonces en adelante, Dios trató a Ismael igual que a todas las demás naciones de la tierra. Permitió que los paganos anduviesen en sus propios caminos, aun cuando desde el cielo les hacía bien. Ismael gozó de una bendición especial porque era de la carne de Abraham.

Con todo, el Angel de Dios (es decir, el Cristo) apareció a Agar. Cristo estaba preocupado por todas las naciones y solamente les permitió seguir sus propios caminos por un tiempo limitado. Pronto todas las naciones tendrían que hallar al Cristo. Por eso, aun en aquellos tiempos de abandono, Dios les estaba haciendo bien desde el cielo.

El desprecio que Ismael sentía por el pacto marca un notable contraste con el reconocimiento de Abimelec de la bendición de Abraham. Por supuesto, el pacto entre Abraham y Abimelec no era sino una relación basada en el respeto mutuo. No implicaba una participación en la bendición del pacto que Abraham gozaba. De todos modos, el reconocimiento de Abimelec debe haber sido un consuelo para Abraham en ese momento. Sin embargo, implicaba, aunque en forma muy tenue, que los paganos reconocerían al Cristo como heredero de la promesa, el escogido de Dios para ser la cabeza del pacto.

**Pensamiento clave:** *Se disfruta de la bendición del pacto al reconocer el beneplácito de Dios.*

**El nacimiento del heredero de la promesa.** Sara había creído al Señor cuando le prometió un hijo. Mediante esa fe, el Señor ahora cumplió su promesa. Un año después de la promesa nació un niño, tal como el Señor lo había predicho.

Este niño nació después que Abraham y Sara habían alcanzado la edad cuando normalmente las personas ya no pueden tener hijos. Por lo tanto, el niño nació gracias a un milagro divino. Entonces, por el solo hecho de su nacimiento Isaac señalaba hacia el Jesucristo, que también había de nacer en forma milagrosa.

Conforme a la instrucción de Dios, Abraham puso a su hijo el nombre *Isaac*, que significa *risa*. Su nacimiento fue algo tan fuera de lo común que quienes oían de él no podían sino reírse. Sin embargo, para los creyentes la risa era una indicación de asombro y éxtasis, igual que cuando nos reímos al contemplar el nacimiento del Cristo. Al octavo día Abraham dio a Isaac la señal del pacto sometiéndolo a la circuncisión. En ese entonces Abraham era de 100 años de edad. Y Sara, que en su incredulidad se había reído una vez, ahora se reía asombrada y alababa al Señor.

**El heredero es menospreciado.** Al cumplir Isaac un año de edad y al dejar de ser alimentado exclusivamente de leche materna, Abraham

hizo una gran fiesta. En esta fiesta, de la que participó toda la casa de Abraham, Sara notó que Ismael, el hijo de Abraham y Agar, se burlaba de Isaac y de la fiesta que estaban celebrando. Era evidente que Ismael envidiaba y despreciaba a Isaac porque sabía que Isaac heredaría toda la promesa de Abraham.

¿Acaso estaba excluida la vida de Ismael de la promesa? Si hubiera reconocido que Dios había escogido a Isaac como heredero de la promesa, también hubiera tenido parte en ella. Pero rehusó inclinarse ante la voluntad de Dios. Queriendo valerse por sí mismo, rechazó el pacto. El mismo espíritu se había manifestado en su madre Agar, que ya había huido una vez del círculo del pacto.

Dios decretó que el Señor Jesucristo sería nuestra Cabeza y nuestro Redentor. Nosotros tampoco deberíamos buscar la independencia sino deberíamos reconocer el beneplácito de Dios y gloriarnos en el Señor Jesucristo como nuestra Cabeza. Si no lo hacemos, tampoco nosotros tendremos parte en las bendiciones eternas de Dios.

Cuando Sara vio la burla de Ismael, exigió que Abraham echase a Agar e Ismael de la tienda. Por supuesto en Sara se había despertado el celo maternal, pero también podía ver que Isaac, que tendría que vivir dentro de la promesa, e Ismael, que rechazaba el pacto, tendrían dificultades en convivir. El pedido de Sara también era el deseo del Señor.

Abraham se sintió muy disgustado, pero el Señor le indicó hacer lo que Sara le había pedido. Luego consoló a Abraham diciéndole que se proponía hacer una gran nación de Ismael, aun cuando Isaac fuese el heredero de la promesa. En forma egoísta Ismael había cortado su relación con el pacto. Algunos años antes, cuando Agar había huido, Dios la había traído de vuelta; ahora que el mismo espíritu se manifestaba en su hijo, la rotura con el pacto era completa.

Al día siguiente, muy temprano, Abraham despidió a Agar e Ismael dándoles pan y agua para el camino. Debe haber sido muy doloroso para Abraham, puesto que Ismael era su propio hijo. No obstante, se inclinó ante la soberana voluntad de Dios. Comprendió que su propia salvación, la de su casa, e incluso la de Ismael, sólo se lograría mediante la obediencia al Señor.

**Buscado por Dios.** Agar e Ismael partieron camino al desierto de Beerseba. Se dirigieron hacia el sur, alejándose cada vez más del círculo del pacto de Abraham y de su casa. Lo peor que podemos hacer en

nuestra vida es romper las relaciones con el pueblo del pacto, el pueblo de Dios, porque Dios habita en medio de ellos y quiere revelarse a nosotros.

¿Qué depararía el futuro para Agar e Ismael? Andaban errantes por el desierto sin hallar agua. Pronto estaban en grave peligro de morir de sed. Agar no soportaba ver morir a su hijo, de modo que lo dejó debajo de un arbusto, se sentó a cierta distancia y lloró.

Entonces Dios oyó el llanto del niño y envió su Angel. Nuevamente, el Angel que apareció no fue un ángel común, sino el Señor Jesucristo en forma de ángel. Le preguntó a Agar por qué estaba llorando. Dios había oído la voz del niño, aun cuando éste había rechazado el pacto. El Señor recordó su promesa a Abraham de hacer una gran nación de Ismael.

¿Por qué se acordó de Ismael? ¿Por qué vino el Cristo para rescatar a Agar e Ismael? ¿Acaso Dios no había permitido que se separasen de su pacto? Es cierto que en ese momento había una separación entre Ismael y el pacto, pero algún día, en el futuro lejano, vendría el Redentor y concedería su salvación a los descendientes de Ismael, tal como lo haría con todas las naciones fuera del pacto. Ese es el motivo por el cual Cristo los buscó en el desierto.

Dios abrió los ojos de Agar, de modo que en la cercanía vio una fuente de agua. Rápido le llevó agua a su hijo. Aparentemente la fuente había estado allí durante todo el tiempo, pero ella no lo había visto. Sus ojos tuvieron que ser abiertos primero.

¿Acaso no es esta la situación en la que se hallarían Ismael, sus descendientes, y todas las naciones? La redención siempre estaba allí, revelada en Israel, pero las naciones no veían su gloria. Vendría el día en que el Espíritu Santo abriría sus ojos. Todas las personas son ciegas ante esta salvación, a menos que el Espíritu Santo los sane de su ceguera.

Dios seguía estando con Ismael, quien se radicó en el desierto de Parán y llegó a ser cazador. Su madre le halló una esposa de la tierra de Egipto. De esa manera Ismael llegó a ser una gran nación, tal como Dios lo había prometido. Siglos después, descendientes de Ismael vinieron para adorar al Cristo, rompiendo así la maldición que pesaba sobre ellos.

**El pacto con Abimelec.** En aquellos días Abraham recibió la visita de Abimelec, rey de los filisteos, y Ficol, comandante de su ejército. Como Abimelec había visto claramente que Dios estaba con Abraham ahora quería hacer un pacto con él. Comprendía que Dios engrandecería y daría poder a Abraham, y por eso temía por el futuro de su propio pueblo. Quería llegar a un acuerdo con Abraham de que los dos no se engañarían. Con esto en mente Abimelec recordó a Abraham la amistosa recepción que le habían brindado en su tierra.

Abraham accedió a pactar, pero primero quiso aclarar una disputa referida a un pozo que habían cavado sus siervos pero del que luego tomaron posesión los siervos de Abimelec. Abraham, como el hombre bendecido por Dios, insistía en sus derechos. Abimelec pidió disculpas, diciendo que ignoraba el incidente.

Habiéndose aclarado el asunto, fue sellado el pacto entre Abimelec y Abraham. Como garantía Abraham dio a Abimelec ovejas y bueyes. De particular importancia fueron las siete corderas dadas a Abimelec, puesto que al aceptarlas él reconocía que el pozo pertenecía a Abraham. En aquellos días, la vida en el desierto dependía totalmente de los pozos y los oásis. Los dos hombres hicieron un juramento y luego llamaron al lugar donde se habían reunido *Beerseba*, que significa *el pozo del juramento*.

El pacto con Abimelec debe haber alentado a Abraham, puesto que ocurrió no mucho tiempo después que Ismael había rechazado el pacto del Señor. En aquel convenio con Abimelec, Abraham fue reconocido como el bendito del Señor. Aunque aquello fue un acuerdo comercial, Abraham debe haber percibido en él un pequeño anticipo de la profecía según la cual un día todas las naciones se inclinarían ante su gran Hijo, el Redentor, para vivir con él en el pacto.

Abraham se detuvo mucho tiempo en la tierra de los filisteos, en las proximidades de Beerseba. Allí había plantado un árbol en memoria de su tratado con Abimelec y de la gracia del Señor que estaba reflejada en el tratado. Allí invocó el nombre del Señor, el Dios eterno, el Dios que era eternamente fiel.

¡Si solamente reconociéramos al Señor Jesucristo, como el bendito de Dios, a quien Dios ha escogido en un beneplácito para darnos la salvación! Si reconocemos ese beneplácito de Dios y nos rendimos al Señor Jesucristo, seremos salvos. Fuera de él no hay sino ruina eterna.

# 17: En el monte del Señor

*Génesis 22*

La historia del sacrificio de Isaac nos demuestra la profundidad de la fe de Abraham. Por eso, al relatar esta historia, debemos asegurarnos de que los niños comprendan algo de ese acto de fe. Sin embargo, no debemos cometer el error de hablar *en primer lugar y sobre todas las cosas* de la fe de Abraham. Si queremos considerar lo que Abraham hizo en fe desde la perspectiva correcta, hemos de entender, como también él lo entendió, que en fe no podemos sino imitar a Dios, y que no somos nada por nuestro propio mérito.

Abraham entendió esto con toda claridad. Su sacrificio era solamente una imitación del sacrificio hecho por Dios. Esto lo demuestran las palabras que dijo a Isaac mientras subían la montaña: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto". Esa no fue una simple forma de evitar una pregunta difícil; para Abraham esa era la realidad. Dios siempre se provee a sí mismo del sacrificio, puesto que cuando sacrificamos no estamos ofreciendo lo que es nuestro; Dios nos da lo que es suyo para que nosotros lo ofrezcamos en sacrificio.

En un sentido muy especial, Dios mismo fue el sacrificio en esta ocasión. Dios estaba sacrificando al hijo de la promesa, al hijo a quien estaba ligado por su propia palabra. De hecho, estaba sacrificando la Palabra misma. Si Dios podía dar semejante paso, también podía hacerlo Abraham. Abraham vio a Dios ofreciendo un sacrificio y lo imitó. Sólo así es posible un hecho como éste.

Cuando miramos el sacrificio de Isaac en estos términos, lo reconocemos como un tipo del sacrificio de Cristo. El sacrificio de Isaac no fue llevado a término, en cambio Dios sí ofreció su propio Hijo por nosotros. De todos modos, Abraham vio a Dios ofreciendo un sacrificio, y ello lo capacitó para hacer lo mismo. Cuando vemos el sacrificio de Cristo en el Calvario, también *nosotros* podremos ofrecer nuestros sacrificios.

Esta historia va más lejos aún. Cuando Dios nos pide sacrificar nuestras vidas y muchas cosas que nos son queridas, él mismo se une a nosotros en el sacrificio de nuestras vidas y de

lo que es nuestro. Por el hecho de ser sus hijos, él sacrifica algo que le es muy querido. Si detrás de *nuestro* sufrimiento vemos el sacrificio *de Dios* entonces podremos darle cuanto nos pida.

Estas consideraciones arrojan algo de luz sobre Génesis 22:14. Este texto debería ser traducido como sigue: "Entonces Abraham llamó al nombre de aquel lugar *EL SEÑOR verá*". En otras palabras, *Dios* se ocupará de que haya un cordero para ser usado en el holocausto. *El* escogerá el sacrificio. Y la segunda parte del texto debería decir entonces: "Hasta hoy se dice, 'El aparecerá en el monte del SEÑOR' ". Esto significa que él aparecerá en el hecho de ser visto hallando un cordero para sí mismo que pueda ser usado en el holocausto. El será visto ofreciendo un sacrificio. Después de haber sacrificado todo en el monte del Señor, al que solamente se puede subir con manos y corazones limpios (Sal. 24), se verá al Señor mismo ofreciendo un sacrificio. En el primer ejemplo vemos una inversión del orden: por el hecho de ver al Señor ofreciendo un sacrificio, también nosotros podemos sacrificar y así ascender al monte del Señor. Pero también podemos verlo de otra manera: cuanto más dispuestos estemos a ofrecer nuestros sacrificios, más glorioso nos parecerá el sacrificio de Dios en el Calvario.

A la luz del amor revelado en el sacrificio de Dios, se superan las discrepancias. Es fácil reconocer los tropiezos que Abraham tuvo que enfrentar. El Señor le pedía ofrecer un sacrificio humano, una persona que era su propia carne y sangre. Además, la persona que debía ser sacrificada representaba la simiente prometida. Sin embargo, la fe de Abraham se mantuvo firme. Aun en aquellas tinieblas estaba convencido que Dios hallaría un camino para demostrar su fidelidad a su palabra. Abraham creía que Dios podría levantar de los muertos a Isaac, si fuese necesario. Hablando en términos figurados, Isaac volvió de los muertos (He. 11:17-19).

Entonces, esta historia señala más allá de la propia fe de Abraham. Abraham solamente estaba imitando a Dios. Al saber que en el momento preciso un carnero fue sacrificado en lugar de Isaac, nuestra atención se aparta aun más de la fe personal de Abraham. Es cierto que en espíritu Abraham ya había sacrificado a Isaac, y que Dios había requerido de él el acto supremo de fe. Pero acá volvemos a ver que las obras de los hombres no son suficientes. Al fin de cuentas, Dios mismo tuvo que proveer un sacrificio adecuado.

Es en el Cristo donde se unen las dos líneas (es decir, lo que hace el hombre y lo que hace Dios), porque Cristo es Dios y hombre. En su obra de fe Abraham era un tipo del Cristo. Debemos recordar que Cristo es aquel que fue dado por Dios, aquel que fue concebido por el Espíritu Santo. Cristo es el substituto, el sacrificio que Dios mismo se ha provisto. Solamente mediante el Espíritu del Cristo que vivía en él, pudo Abraham ofrecer un sacrificio.

No debemos dejarnos engañar por el hecho de que se habla aquí de un sacrificio quemado, que representa un sacrificio de dedicación, en vez de referirse a una ofrenda por los pecados. La ofrenda quemada y la ofrenda por los pecados llegaron a diferen-

ciarse después, pero aquí en el sacrificio de Cristo ambos son un mismo sacrificio. Debido a su completa sumisión a Dios, el sacrificio de Cristo se convirtió en nuestra protección.

**Pensamiento clave:** *El aparecerá en el monte del Señor.*

**"Tentando" a Abraham a tener fe.** Con el nacimiento de Isaac, el Señor había cumplido la promesa hecha a Abraham. Cuando Ismael fue expulsado de la casa, quedó aun más evidente que Isaac era el hijo de la promesa. La expulsión había sido difícil para Abraham, pero aún le acompañaba el favor de Dios en la persona del hijo prometido.

Ahora había luz en los caminos de Abraham. Pero súbitamente el Señor volvió a ponerlo en las sombras. Un buen día le dijo que debía sacrificar a Isaac, el hijo amado, el único hijo que Sara había podido darle.

Todo el ser de Abraham debe haberse rebelado contra esta demanda. ¿Un sacrificio humano? A veces los paganos ofrecían esa clase de sacrificios con la esperanza de aplacar a sus dioses, pero el horrible pensamiento que los llevó a sacrificar carne humana vino *de sus propios corazones*. En este caso, sin embargo, el pensamiento de un sacrificio humano llegó al hombre en forma de un mandamiento *del Señor*.

Se le dijo a Abraham que ofreciese su propio hijo. Para peor de males, el muchacho era el hijo de la promesa. Esto significaba que de él debería nacer una gran nación, una nación que el Señor había prometido a Abraham, la nación que había de habitar en la tierra prometida. ¿Cómo podrían cumplirse aquellas promesas si ahora el niño debía ser sacrificado? ¡Era imposible que el Señor le pidiese esto! Sin embargo, lo hizo.

El Señor estaba "tentando" a Abraham. Pero no lo estaba tentando a hacer el mal, porque nunca tienta a nadie a pecar. En cambio, estaba "tentando" a Abraham a creer. Estaba buscando algo en Abraham, queriendo hallar una forma de desarrollar la fe de Abraham hasta su medida máxima.

Esto es lo que Dios quiere de todos nosotros. Con fe debemos rendirnos completamente a él, debemos confiar que solamente su voluntad es buena y debemos hacer su voluntad siempre. Aunque en ciertas ocasiones la voluntad de Dios nos parezca equivocada, debemos recordar que esa voluntad es buena. El es el todopoderoso. Por ser el único completamente sabio, sólo él puede decir lo que es bueno. Cuando mediante la fe nos rendimos a él, gradualmente aprendemos a entender algo de su

sabiduría. Así también nosotros somos "tentados" por el Señor a creer más plenamente. Debemos alcanzar plena confianza en el Señor, aun cuando todas las cosas parezcan ir mal.

**Imitando a Dios.** Abraham nunca habría podido satisfacer ese pedido del Señor si no hubiera comprendido algo más. "¿Acaso soy yo el único que está sacrificando algo?", se preguntó a sí mismo. "Seguramente el Señor también ama a Isaac, puesto que Isaac es el hijo de la promesa, Dios está ligado a este niño".

A decir verdad, Dios estaba haciendo un sacrificio mayor aun al de Abraham. Dios estaba sacrificando al niño que amaba, al niño a quien se había ligado por medio de la promesa. Si Dios estaba dispuesto a hacer tal sacrificio, debía ser porque esa era la única forma de revelar su amor y favor en la medida más completa posible. Si así era, entonces Abraham también podía ofrecer el sacrificio. Al hacer el sacrificio, dejaría que Dios lo llevase de la mano, puesto que Dios mismo estaba sacrificando algo que le era querido. Cuando todo hubiese sido dicho y hecho, Dios seguramente hallaría la forma de cumplir su palabra respecto de Isaac, y así demostrar su fidelidad a su palabra, aun cuando Abraham en ese momento no podía ver cómo. Si era necesario, Dios podía levantar a Isaac de los muertos.

Abraham tenía razón al pensar que si Isaac tenía que ser sacrificado, era realmente Dios quien haría el sacrificio. Dios estaba sacrificando más de lo que cualquier ser humano era capaz de sacrificar. Más tarde, Dios mismo ofreció el mayor de todos los sacrificios que pudo haberse ofrecido al sacrificar a su propio Hijo. Dios entregó por completo al Señor Jesucristo para nosotros. En aquel sacrificio supremo quería demostrar su amor por el mundo. Puesto que ahora nos ha demostrado su amor, ¿no deberíamos venir nosotros, confiar solamente en él, seguirle en todo, y rendirle todo?

Cuando las personas tienen que sufrir, generalmente se quejan. Los creyentes también se quejan. Pero cuando ellos sufren, en realidad es Dios quien está sacrificando a sus amados hijos. Si pensáramos cuidadosamente en esto, estaríamos más dispuestos a seguirle, aun cuando ello signifique sufrimientos.

Así comenzó Abraham su viaje al Monte Moriah, completamente consciente de lo que Dios estaba sacrificando. Por eso pudo salir victorioso en la lucha consigo mismo. Esto también explica cómo pudo su-

primir todos los sentimientos de rebeldía hacia el mandamiento del Señor durante aquel largo viaje.

No sabemos con certeza lo que Abraham soportó durante aquella lucha consigo mismo. Quizá era de noche cuando recibió el mandamiento. Pero la mañana siguiente ya estaba listo para partir. Abraham hizo todos los preparativos para el sacrificio; cortó un poco de leña, ensilló el asno, y partió con Isaac, llevando consigo también a dos siervos. El viaje les llevaría varios días, porque el Señor le había indicado que debía sacrificar a Isaac en una de las montañas de la tierra de Moriah. Al llegar allí, el Señor le indicaría cual montaña.

Finalmente llegaron a la montaña que el Señor le había indicado. Abraham dejó atrás a los siervos al pie de la montaña, diciendo: "Esperen aquí con el asno hasta que nosotros hayamos adorado". Luego Abraham e Isaac subieron juntos la montaña. Mientras escalaban la montaña Isaac preguntó asombrado: "Mas, ¿dónde esta el cordero para el holocausto?" La pregunta debe haber causado una profunda herida en el alma de Abraham; sin embargo, ya tenía lista su respuesta: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto". Esa era exactamente la forma en que Abraham lo veía. Dios mismo se ocuparía del sacrificio, proveyendo algo para poner sobre el altar. Después de todo, Isaac era suyo; él era el hijo de la promesa.

**El cordero escogido por Dios para el holocausto.** En el lugar del sacrificio Abraham contó a Isaac cual era el mandamiento del Señor. Allí Isaac se inclinó ante la voluntad del Señor. Abraham debe haberle explicado como él mismo veía la situación, señalando que Dios estaba sacrificando más que ellos, y que Dios seguramente hallaría una forma de cumplir su promesa en cuanto a Isaac. Luego ató a Isaac y lo puso sobre el altar. En el instante preciso cuando Abraham estaba por herir a su hijo, volvió a aparecerle el Señor en forma de ángel, tal como lo había hecho anteriormente, para decirle que no hiciera daño a su hijo. Ahora el Señor había visto que Abraham mediante la fe obedecería al Señor en todo y le seguiría siempre.

Aquello fue suficiente para el Señor. Nos pide confiar en él en todas las cosas, pero no es preciso que por nuestras propias obras proveamos para nuestra bienaventuranza y salvación. El mismo Señor se ha ocupado de ello mediante un sacrificio totalmente diferente, provisto por él. El nos ha dado su propio Hijo, el Señor Jesucristo, para nuestra sal-

vación. Esto era lo que Dios quiso demostrar a Abraham.

Cuando Abraham miró alrededor suyo, vió un carnero que había quedado prendido por las astas en los arbustos. Abraham sacrificó el carnero en lugar de Isaac, pero el carnero no le pertenecía. Dios le había dado el animal para el sacrificio, del mismo modo en que un día daría al Señor Jesucristo en lugar de nosotros y todo lo nuestro.

¡En qué forma gloriosa se reveló el Señor a Abraham en aquella montaña! La montaña probablemente fue llamada Moriah como consecuencia de lo que allí había ocurrido, porque *Moriah* significa *aparición del Señor*. Allí el Señor se mostró como era, porque proveyó el sacrificio en forma mucho más maravillosa de lo que Abraham había previsto o dicho a Isaac. El sacrificio provisto por el Señor tomó el lugar del sacrificio propio de Abraham. Si solamente comprendiéramos que el Señor ha sacrificado a su propio Hijo, su posesión más preciosa, para nosotros, entonces seguiríamos el ejemplo de Abraham confiando en el Señor por todas las cosas. Entonces estaríamos dispuestos a hacer cuanto nos pidiese a seguirle siempre, sin importar las sombras en el camino, creyendo que seguramente hallará un sendero hacia el cumplimiento de la promesa que nos ha hecho.

**La promesa confirmada con un juramento.** Debido a que Abraham no retuvo a su propio hijo del Señor, el Señor le juró que cumpliría la promesa que le había hecho. El Señor bendeciría a Abraham haciendo que sus descendientes fuesen tan numerosos como las estrellas de los cielos y como los granos de arena en la orilla del mar. Su pueblo conquistaría todos sus enemigos. En la simiente de Abraham, un día serían benditas todas las naciones de la tierra.

Para Abraham la mayor bendición era que el Redentor nacería de su linaje. En ese Hijo de Abraham serían benditas todas las naciones. El mismo Abraham era bendecido en ese Hijo, porque solo pudo haber demostrado una fe tan grande mediante el poder del Redentor.

Todos los que poseen esa fe pueden llamarse a sí mismos hijos de Abraham. Ciertamente, esa fe de Abraham es fructífera y todavía existe en nuestros días. El Señor está haciendo su obra en todos los creyentes, cumpliendo la promesa hecha a Abraham. Si mediante la fe nos rendimos totalmente al Señor, tal como lo hizo Abraham, también esa fe será fructífera en nosotros y nosotros nos convertiremos en una bendición para muchos.

# 18: La garantía de la herencia

*Génesis 23*

Ahora tenemos que hablar a los niños de un sepelio. Esto no es un motivo para vacilar o retroceder, puesto que la vida de un niño también experimenta el temor de la muerte y de la sepultura. Las vidas de los niños solamente pueden ser libradas por la Palabra del Señor, después que esa Palabra haya obrado por mucho tiempo en ellos.

No debemos olvidar de hablar a los niños de modo que no solamente los consolemos con las perspectivas de la bendición celestial, sino que también les digamos en términos de las Escrituras que algún día viviremos en la tierra restaurada, cuando los muertos hayan resucitado de los sepulcros. Las Escrituras destacan la resurrección y no hablan de la muerte como una transición gozosa hacia una condición de vida más feliz.

Las Escrituras reconocen que la muerte, aun la muerte en Jesús es una pérdida. Cuando morimos rompemos nuestra relación con este mundo visible del que fuimos hechos parte. Si, al hablar a los niños, evitamos este aspecto de la muerte, no podremos ofrecerles auténtico consuelo. Desde el comienzo hasta el fin, la Escritura es un libro de esta tierra, si bien la tierra es vista a la luz del cielo. La promesa que se nos da es que heredaremos para siempre el bendito reino terrenal. Ese lazo eterno con la tierra es simbolizado aquí por el lazo de Abraham con la tierra de Canaán.

Se debería notar que desde el mismo comienzo de Génesis 23, Abraham habla de "mi muerta", y los hititas, de igual modo, hablan de "tu muerta". Mediante la fe Abraham se aferra a Sara aun después de su muerte, tal como nosotros seguimos ligados a nuestros muertos en Cristo. Además, él ama su forma terrenal y anhela verla restaurada. Por eso le busca una sepultura en medio del mundo habitado, en vez de sepultarla en alguna parte del desierto. Para los creyentes la sepultura no es solamente un símbolo de humillación y ruina, sino también del papel que desempeñan en la historia terrenal y aun de su glorificación final juntamente con la de la tierra. Abraham sepultó a Sara porque creía en la resu-

rrección de los muertos. Su sepelio le significaba una garantía de que su simiente heredaría y poseería para siempre la tierra. Algún día Sara y sus hijos serían glorificados allí.

Sin embargo, el camino hacia esa herencia eterna pasa a través de la muerte. Para Abraham no había forma de evitar esa parte del camino, ese morir a todo para recibir todo. El sendero que deben recorrer todos los creyentes (incluyendo a Abraham y Sara) es el sendero de Cristo, porque él pasó por la muerte para ganar la herencia eterna.

En el versículo 10 la ciudad de los hititas es llamada Efrón. Evidentemente Efrón era su cabeza y rey. Allí hicieron un trato dos jefes (la cabeza del pueblo del pacto y la cabeza del pueblo del mundo). Por medio de sus negociaciones, Abraham adquirió una herencia para la sepultura, si bien no tenía parte en la vida o muerte de los hititas.

**Pensamiento clave:** *El Señor otorga a Abraham un sitio donde sepultar a Sara como garantía de su herencia.*

**Duelo por la muerta.** Sara murió a la edad de 127 años, unos 37 años después del nacimiento de Isaac. Su muerte ocurrió en Quiriat-arba (llamado también Hebrón), cerca de las encinas de Mamre, uno de los lugares favoritos de Abraham. Sara es la única mujer de quien la Biblia registra la edad en el momento de morir. Ella era la madre de la simiente prometida, la María del Antiguo Testamento.

Abraham siguió las costumbres de su tiempo al hacer duelo y llorar la muerte de Sara. No importaba cuán anciana haya sido, a Abraham le dolía que su vida hubiese llegado a un fin, porque aun 127 años son un tiempo corto. Ya que hemos sido creados para vivir eternamente sobre la tierra, la muerte siempre es una separación violenta, sin importar la edad de la persona que muere.

Abraham lloró a Sara porque la amaba profundamente; amaba a esa figura terrenal que le había sido tan querida. ¿Cómo pudo haber sobrellevado Abraham semejante pérdida si no sabía de una resurrección de los muertos, un día del futuro cuando viniera el Redentor? En ese día Sara sería librada de los lazos de la muerte. ¿Cómo podemos sobrellevar nosotros la pérdida de nuestros seres queridos si no creemos que algún día serán levantados por el poder del Señor Jesucristo?

Sara había muerto y había sido separada de él, pero en fe Abraham siguió unido a ella. Sara se hallaba ahora con el Señor, pero algún día volvería a ser revelada, porque ella también heredaría la tierra. ¿Eran equivocadas las esperanzas de Abraham? El Redentor vino, pero Sara y

los demás muertos no fueron resucitados. Ahora sabemos que el Redentor vendrá otra vez, y entonces los muertos sí serán resucitados. Entonces Sara heredará no solamente la tierra de Canaán, sino toda la tierra.

Sin embargo, esa gloriosa herencia solamente será nuestra cuando hayamos pasado por la muerte que ya fue experimentada por el Señor Jesucristo. El experimentó la muerte para heredar todo el poder en los cielos y en la tierra. Si creemos en él, él nos guiará a nuestra herencia eterna.

**Adquiriendo la propiedad de la herencia.** Puesto que Abraham permanecía en fe unido a Sara, no quiso sepultarla en alguna parte del desierto. Al contrario, estableció un lugar de sepultura propio que podría ser utilizado para ella, para él mismo, y para sus descendientes, como una señal de que sus descendientes poseerían esa tierra para siempre.

Ser sepultado significa sufrir la descomposición del cuerpo. Pero para los creyentes la historia no termina allí. Los creyentes son preservados en la tierra como una señal de que algún día serán glorificados juntamente con la tierra. Por eso Abraham quería un lugar propio de sepultura, rehusándose a que Sara fuese sepultada con los hititas. Apartándose momentáneamente de su esposa muerta, se dirigió a los hombres en la puerta de la ciudad y les pidió un sitio para sepultarla.

Los hititas lo reconocieron como príncipe de Dios, como alguien que había sido engrandecido por Dios. Este reconocimiento, que no podían eludir, también los impulsó a honrar al Dios de Abraham, sin rendirse a él, por supuesto. Querían vivir sus propias vidas y permanecer lejos del Dios de Abraham. Es por eso que Abraham no tuvo interés en su oferta de sepultar a su muerta con los de ellos en sus mejores sepulcros.

Abraham y Sara y su simiente no tenían parte en la vida y muerte de los hititas. Abraham había sido separado de todos los pueblos de la tierra, para demostrar que en él había un espíritu diferente que el que habitaba en los otros pueblos. Abraham era diferente porque el Espíritu del Cristo habitaba en él. Cristo, como el Santo, no tiene nada en común con el espíritu de pecado que habita en todos los hombres. Cristo no tiene comunión con el pecado, y por eso quiere que, en su fuerza, también nosotros rompamos con el pecado. Ni siquiera deberíamos *desear* la posibilidad de tener algo que ver con el pecado.

Abraham se acercó a Efrón que aparentemente era un príncipe de los hititas, preguntándole si podía comprar cierto campo, incluyendo la

cueva que había en él. Siguiendo las costumbres de aquellos días, Efrón le ofreció el campo con su cueva, gratis. Cuando Abraham rehusó amablemente aceptar el regalo, Efrón, en un momento dado, mencionó el precio que quería por el campo, es decir, 400 siclos de plata, lo que probablemente era un precio justo.

Entonces Abraham pesó el precio del campo y dio el dinero a Efrón. Ahora el campo y la cueva eran de su propiedad. Lo había pagado con el dinero que el Señor le había permitido adquirir. Por eso tuvo que reconocer que el campo con su cueva era un don del Señor, una garantía divina de que un día él y su simiente poseerían esa tierra.

**El sepelio.** Entonces Abraham sepultó a Sara en la cueva del campo de Macpela, al oriente de Mamre, donde tantas veces había levantado sus tiendas. Mientras permaneció allá, sentía como si Sara todavía estuviese con él. La había amado profundamente en su forma terrenal. Sabía que la vida de Sara no había terminado para siempre, y que un día, con la venida del Redentor, ella se levantaría con todos los que habían creído con él.

Cuando venga el Cristo, todos los que en fe fueron uno con Abraham y Sara, se levantarán con ellos en gloria. El mismo Señor Jesucristo se levantó del sepulcro. Algún día quebrantará las cadenas de la muerte para todos los que le pertenecen. Por eso su pueblo puede ser consolado de la pérdida de sus seres queridos que murieron creyendo en el Señor. El mismo consuelo los sostendrá cuando sus propias vidas se acerquen al fin. Es cierto, en ese momento dejarán la tierra de los vivientes, pero algún día será restaurada su herencia terrenal.

# Job

# 19: Amando a Dios por amor a Dios

*Job 1*

El libro de Job surgió de un círculo de hombres sabios que vivían en el tiempo de Salomón. El mismo círculo era responsable por el contenido de Proverbios, Eclesiastés, y Cantar de los Cantares. Estos hombres sabios se interesaban en los asuntos profundos de la vida y la muerte. Buscaban una respuesta a esas preguntas basadas en la luz que Dios les había dado, la luz de su gracia y de su pacto.

En algún momento, estos sabios escribieron la historia de Job que ya hace tiempo era popular. El libro que editaron lucha especialmente con el "por qué" del sufrimiento.

Es probable que Job mismo haya vivido en tiempos de Abraham. Su hogar se hallaba en la tierra de Uz, al este de Palestina. Job era semejante a Melquisedec en el sentido de que el conocimiento puro de Dios había sido preservado en su medio ambiente. Job conocía a Dios como lo conocían muchas otras personas antes de la dispersión de las naciones en Babel. Hasta ese momento todos los hombres habían recibido la revelación particular o especial.

Esto explica la diferencia entre Job y Abraham. En la vida de Abraham vemos desarrollarse la revelación especial a medida que se arrojaba más luz sobre la relación del pacto. En la vida de Job no descubrimos este conocimiento especial del pacto. Sin embargo, esta lucha de Job es una búsqueda del pacto. En efecto todo el libro de Job puede ser leído como una explicación del significado del pacto.

En el primer capítulo de Job, que nos habla de la disputa entre Dios y Satanás, la pregunta de fondo es si acaso alguien en la tierra ama a Dios por amor a Dios. Satanás niega la existencia de tal clase de amor cuando pregunta: "¿Acaso teme Job a Dios de balde?" Dios le contradice y señala a su siervo Job como ejemplo.

Al final del capítulo se demuestra esa clase de amor cuando Job dice: "Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito". Por supuesto, ese amor solamente fue posible por medio del Cristo, que siguió fiel a Dios aun cuando fue abandonado por él y por todos los demás. Era por obra del Cristo que tal amor

habitase en el corazón de Job, detrás de quien vemos a la persona del Cristo.

Los ángeles y Satanás tienen un papel definido en esta historia. Cuando en el versículo 6 leemos que hubo un día cuando los ángeles aparecieron delante de Dios, comprendemos que sus actividades son consideradas y descritas en términos terrenales. Sin embargo, Job 1 nos ofrece una revelación de la relación entre Dios y sus ángeles y también nos muestra cómo se comunica con Satanás en cuanto al gobierno de este mundo. En nuestros días, cuando la majestad trascendente de Dios es grandemente subrayada, aparentemente tenemos menos dificultades en creer en los ángeles y sus actividades.

En este capítulo vemos a Satanás ocupándose de negarlo todo. Afirma que en la tierra no hay nadie que ame a Dios por amor a Dios. Después de todo, tal amor no es sino obra de Dios mismo. Esa crítica satánica no solamente viene de labios de Satanás; también la hallamos en el mundo. En contraste a ella hay una crítica que proviene de la fe. Tomando la fe como punto de partida, nunca podremos criticar suficientemente la existencia del pecado en la iglesia y el mundo. De todos modos, debemos ser cautelosos ante toda crítica que no hace sino destruir.

**Pensamiento clave:** *Dios se agrada de que el hombre lo ama por lo que Dios mismo es.*

**El amor de Job hacia el Señor.** En el tiempo de Abraham vivía un hombre llamado Job en la tierra de Uz, al este de Canaán. Mientras alrededor suyo todo el mundo se alejaba más y más del conocimiento de Dios, éste preservaba cuidadosamente el conocimiento del Señor que la humanidad había poseído antes de construir la torre de Babel. Job servía al Señor de todo corazón.

Dios lo había bendecido en forma muy especial. Le había dado siete hijos y tres hijas. Además, las posesiones de Job eran mayores que las de todos los demás en aquella región. Tenía mucho ganado y muchos siervos.

Sus hijos hacían banquete todos los días. El primer día de la semana comían en casa del hijo mayor, el segundo día en casa del que seguía, y así a lo largo de la semana. También invitaban a sus hermanas a comer con ellos, demostrando los maravillosos lazos de familia que los unían.

Job estaba profundamente dedicado a sus hijos. El primer día de cada semana se levantaba de madrugada para ofrecer un holocausto por todos ellos, orando por ellos y rededicándolos al Señor. Job temía que pudiesen haber negado al Señor o que de alguna manera hubiesen roto

el lazo con él durante sus banquetes y fiestas.

¿Por qué oraría Job tanto por sus hijos? En primer lugar, los amaba profundamente y no podía ni pensar que uno de ellos se perdiese. Además, luchaba con Dios en oración a favor de sus hijos *por amor a Dios mismo*. Amaba al Señor sobre todas las cosas. ¡Qué terrible sería para él que sus hijos no temiesen al Señor, porque todos los hombres deberían servir al Señor! Aquella era la lucha diaria de Job.

**Una crítica satánica.** Ahora la Palabra de Dios nos da un vistazo del cielo. Había un día cuando los ángeles (hijos de Dios) se presentaban delante del Señor. El Señor usa los ángeles para gobernar al mundo. Dios está dispuesto a reconocerlos en Su obra, y ellos, a su vez, deben honrarlo mediante su servicio. Por eso, de vez en cuando se reunían en su presencia.

Satanás vino junto con los ángeles. El, también, está en manos de Dios y es usado por Dios en el gobierno del mundo. También Satanás debe reconocer a Dios, aunque contra su voluntad. Por eso tomó su lugar en la presencia de Dios.

El Señor preguntó a Satanás: "¿De dónde vienes?" Por supuesto, el Señor ya sabía de todas las andanzas de Satanás, pero lo consideraba como un extranjero y no lo quería reconocer. Por eso le hizo la pregunta.

Satanás respondió que había recorrido las diferentes zonas de la tierra. Satanás recorre este mundo y usa el poder que Dios le ha dado con propósitos destructivos. Sin embargo, en su obra es un instrumento de Dios, aunque contra su voluntad. Algún día Dios sacará algún provecho aun de la obra de Satanás.

Entonces el Señor llamó la atención de Satanás hacia Job: "¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?" Dios se estaba oponiendo a Satanás, enorgulleciéndose obviamente de Job. Job amaba al Señor, y el Señor se regocijaba en su amor y lo disfrutaba. Sin embargo, aquel amor no tenía su origen en Job mismo, puesto que el Señor mismo lo había hecho nacer en el corazón de Job. De todos modos, el Señor conocía su propia obra y se deleitaba en ella. En el corazón de Job se encontraba el auténtico amor que busca a Dios por el solo amor de Dios.

Pero Satanás se burló de ese amor diciendo: "Job no te busca por

amor a ti, sino por las cosas que le has dado. Tú lo has bendecido en todo. ¡Con razón te quiere servir! Quítale simplemente cuanto le has dado, y pronto verás si realmente quiere servirte. Entonces verás que no es tu siervo por el simple amor a ti".

El Señor respondió entregando a Job en manos de Satanás. Satanás obtuvo permiso para despojar a Job de todas sus posesiones, pero a Job mismo no debía tocarlo. ¿Por qué tomó el Señor semejante decisión? Por amor a él mismo. Dios quiere ser aclamado y honrado por el amor que puede instilar en el corazón humano. Incluso permite que sus hijos sufran para dar lugar a ese auténtico amor por él. Mediante el sufrimiento los creyentes son santificados en su amor.

Esta lucha entre Dios y Satanás respecto de sus siervos fieles continúa día tras día a través de los siglos. Si nosotros somos hijos de Dios, podemos estar seguros de que también por nosotros se está librando una batalla.

**La hora de la prueba.** Job fue herido por una calamidad tras otra. Un mensajero vino para decirle: "Los sabeos atacaron y mataron tus siervos, llevándose los bueyes y asnos". Poco después llegó otro mensajero diciendo: "Cayó fuego del cielo e hirió tus ovejas y pastores, consumiéndolos completamente". Un tercer mensajero informó: "Los caldeos han muerto a tus siervos llevándose los camellos". Un cuarto mensajero trajo la peor de las noticias: "Un torbellino dio contra la casa donde estaban comiendo y bebiendo tus hijos. La casa se derrumbó y perecieron todos".

Obviamente el Señor había dado a Satanás poder sobre los elementos. También le permitió dirigir a los sabeos y caldeos. Todas las posesiones de Job fueron destruidas por Satanás.

Pero no debemos perder de vista el hecho que *Dios* había otorgado aquellos poderes a Satanás, y que Dios lo controlaba en todas sus obras destructoras, aun cuando Satanás habría preferido completa libertad de acción. En nuestros días también, las calamidades son obra de Satanás, pero es Dios quien controla a Satanás. Cuando Dios permite que Satanás destruya algo, lo hace para exaltar su propio honor y aumentar la bienaventuranza de los que le pertenecen.

**La primera victoria.** Después de todas aquellas noticias terribles, Job rasgó sus vestidos, rasuró su cabeza, y se postró en el suelo. Había logrado controlarse a sí mismo al arribo de los primeros mensajeros, pero sucumbió al oír que sus hijos estaban muertos.

Sin embargo, no se había roto la relación con el Señor, y tampoco había perdido el amor por el Señor. En reverente adoración se inclinó ante el Señor para confesar: "No tengo *derecho* a ninguna cosa en este mundo. Nada he traído a este mundo, y algún día he de volver al polvo con las manos vacías. Pero eso no es motivo para acusar al Señor de injusticia, porque el Señor me ha confiado todas estas cosas sin que yo tuviese ningún derecho a ellas. En realidad, nunca fui su propietario legítimo. Y aunque ahora las toma todas de mi mano, todavía lo alabaré porque lo amo por amor a Dios mismo".

A través de todos estos sufrimientos Job no pecó, ni acusó a Dios de injusticia. No se quejó ante Dios de ninguna injusticia, y la idea de una venganza no cabía en él. Reconocía plenamente el derecho de Dios de hacer cuanto quisiese con lo que era suyo, aun con aquello que había confiado en las manos de Job.

El amor de Job por Dios había obtenido una gran victoria. Era evidente que amaba a Dios por amor a Dios, y no por las cosas que Dios le había confiado. Su amor puro había sido engendrado y alimentado por Dios mismo. Ante el ataque de Satanás, había triunfado el honor del Señor.

Por supuesto, Job era un hombre pecador, y su amor por el Señor no había tenido origen en su propio corazón. Solamente ha existido *un* Hombre que amó a Dios totalmente por amor a Dios y que no traicionó su amor a Dios aun cuando fue dejado completamente solo. Por supuesto, ese hombre fue el Señor Jesucristo, que salió victorioso de su inmenso sufrimiento. Cristo da su Espíritu a todos los que le pertenecen. Ese Espíritu ya habitaba en Job. Fue mediante ese Espíritu que Job pudo obtener la victoria. Gracias a que el mismo Espíritu habita en nosotros, también nosotros podemos tener la victoria en las pruebas y tentaciones más grandes de la vida.

## 20: La participación de Dios en el sufrimiento humano

*Job 2—39*

Es bien sabido que los tres amigos de Job buscaban la causa de su sufrimiento en algunos pecados específicos que Job habría cometido. Todas sus palabras señalan en esa dirección.

Sus palabras irritaron grandemente a Job porque no sabía qué responderles. No podía sino negar esos pecados específicos, reconociendo en términos generales, que en la vida humana, incluyendo la suya propia, hay pecado. "¿Quién hará limpio a lo inmundo?" (14:4). Puesto que no se podía señalar a grandes pecados específicos, el motivo de sus sufrimientos tenía que ser otro. ¿Pero cuál?

Cuanto más los razonamientos de los amigos de Job lo impulsaban a negar tales pecados, más le atormentaba la pregunta ineludible: ¿por qué, entonces, este sufrimiento? Fuera de sí, como resultado de los argumentos de sus amigos, Job fue al extremo de afirmar que no había ninguna justicia con Dios: "Al perfecto y al impío él los consume" (9:22).

Por otra parte, su corazón seguía aferrándose a la justicia de Dios. Quería presentarse ante el trono de la justicia de Dios y presentar su propia defensa, porque era consciente que Dios lo trataría justamente y no solamente según su poder.

Aunque sin duda era bueno que Job insistiera en la justicia de Dios, todavía había una actitud de desafío en él, una posición arrogante según la cual Dios tendría que rendirle cuenta de sus acciones. En esto Job reveló su ignorancia del pacto. En el pacto Dios puede estar por nosotros y contra nosotros simultáneamente. Dios estará por nosotros y nos mantiene cerca por amor a Cristo. Pero por el otro lado, cuando su divina voluntad lo desea, él puede llamarnos la atención a la gravedad de nuestros pecados. En ese sentido puede estar contra nosotros. No es que algún pecado específico lo lleve a volverse contra nosotros. Bien puede él revelar nuestra naturaleza pecaminosa simplemente para proveernos de un mejor discernimiento respecto de nosotros mismos, para exaltar su honor en nosotros. Así que, cuando está contra nosotros, está al mismo tiempo por nosotros.

Eliú, el cuarto amigo de Job, apela

a un tema diferente. No habla del sufrimiento como castigo, sino lo llama la prueba que lleva a nuestra purificación; y señala lo mucho que debemos sufrir para descubrirnos a nosotros mismos.

Es de notar que Eliú menciona al Angel del Señor (33:23-24). Aparentemente el Angel del Señor ya era conocido antes del tiempo de Abraham. Cristo ya se había revelado a las naciones. Eliú observa que el Angel del Señor puede hablar de reconciliación o expiación. Toma el lugar de un hombre. Aquí tenemos una indicación de que el pacto requiere un mediador.

El Señor, el Dios del pacto, finalmente responde a Job hablando desde un torbellino. Nuestra primera impresión, a juzgar por sus palabras, es que el Señor no revela nada nuevo respecto de sí mimo, nada que Job no hubiese dicho en principio. Job mismo había reconocido la majestad de Dios en las obras de sus manos. Por eso, ¿qué había de nuevo en esta revelación?

Al hablar Job, se había colocado a sí mismo en el centro. Job era el eje en torno del cual giraba todo lo demás. Sobre esa base él estaba dispuesto a reconocer la majestad del Señor. Pero al empezar a hablar del Señor, las cosas cambiaron. Job fue humillado. Es como si Job hubiera dicho: "Aquí está Job, y ¿quién es Dios?" Ahora se había convertido en: "Aquí está Dios, que es eternamente fiel, y ¿quién es Job?" Para lograr este cambio, Dios señaló a su gran poder en la naturaleza, especialmente en el mundo animal.

Un tema subyacente en las palabras del Señor es su participación en el sufrimiento de Job. Cuando Dios habla, reconoce a este mundo, con todo su pecado y sufrimiento para incluirlo en su pacto de gracia. Por eso todos los días sigue aceptando el mundo tal como es, con las obras de Satanás, según hemos visto en el capítulo anterior.

En Cristo, la cabeza que también fue perfeccionada mediante el sufrimiento (He. 2:10), Dios restablece este mundo en el pacto de gracia. Cristo es el Crucificado, y todavía permanece en el trono como el cordero que fue herido. En esta dispensación de la gracia, el mundo seguirá llevando la marca de la cruz.

Dios quiere santificar al mundo mediante el sufrimiento. Pero por medio de ese sufrimiento y santificación, el mundo será totalmente renovado para volver a ser perfecto. Los que pertenecen al Señor están plenamente conscientes de este plan de la gracia de Dios, puesto que les ha sido revelado en el gran sufrimiento de Cristo en la cruz. De esta manera los creyentes pueden hallarle aun en sus sufrimientos.

**Pensamiento clave:** *En el sufrimiento el Señor es contra nosotros, pero, al mismo tiempo, en Cristo está por nosotros.*

**Vacilación interior.** Los ángeles y Satanás volvieron a presentarse delante del Señor, y nuevamente el Señor preguntó a Satanás dónde había

estado, como si fuese un extraño. Al responder Satanás de la misma manera que antes, el Señor volvió a llamarle la atención a Job, que todavía seguía sirviendo rectamente al Señor. Job seguía fiel, aunque Dios, en respuesta al desafío de Satanás, se había vuelto contra él.

Ahora Satanás presentó su último pedido al Señor: "Pero si tocas su cuerpo y le quitas la buena salud, él te abandonará". El Señor decidió someter a Job aun a esta prueba, esperando revelar la gloria de la obra de sus manos en Job. Entonces, ¿llegó Job a ser una simple víctima? No, porque un resultado de la prueba fue la santificación de Job en el servicio del Señor. Job se convirtió en un ejemplo para todo el pueblo de Dios.

Dios dejó a Job en manos de Satanás, pero le ordenó no quitarle la vida. Entonces Satanás hirió a Job con la peor clase de lepra. Pronto estuvo Job sentado en su montón de ceniza, rascándose con el trozo de una olla rota.

La esposa de Job también había sufrido. También ella había perdido todos sus hijos. Pero debido a que no estaba ligada al Señor en su corazón, su sufrimiento no fue igual al de Job. El dolor interno de Job era mucho más intenso, puesto que su enfermedad y la pérdida de sus hijos y posesiones eran solamente una parte de su sufrimiento.

En el pasado, Job había supuesto por fe que su prosperidad era una señal del favor de Dios. ¿Pero qué pensaría del Señor ahora que había sido despojado de todas sus posesiones? Job no entendía cómo era posible que el Señor, que seguramente lo amaba, podía haber permitido que todo aquello le sucediese.

La esposa de Job se burló de él porque él seguía confiando en el Señor. Ella se mofó de él, diciendo: "¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete". Pero todo el ser de Job se rebelaba contra esa sugerencia. Con el amor nacido de la fe se inclinó ante el Señor, diciendo: "¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? ¿Acaso el Señor no tiene derecho de tratarnos como él quiere en su buena voluntad?"

Sin embargo, aunque Job dijo estas palabras y no pecó con sus labios, una tormenta estaba rugiendo en su corazón. Las preguntas no querían irse: "¿Por qué permite el Señor que esto me ocurra *a mí*? ¿Acaso ya no tengo parte en su amor? ¿Acaso se está alejando de mí por enojo? Y en tal caso, ¿por qué?"

**Rebelión.** Cuando Elifaz, Bildad y Zofar oyeron lo que el Señor había hecho con su amigo Job, fueron para ofrecerle sus condolencias y consolarlo. Pero en el primer momento no lo reconocieron. Su asombro ante el sufrimiento de Job los dejó sin palabras. Durante siete días y siete noches estuvieron sentados junto a él sin decir una sola palabra.

El silencio de ellos no sólo indicaba a Job que no sabían cómo expresar sus sentimientos, sino que también lo consideraban objeto de una maldición. La actitud de sus amigos no hacía sino confirmar sus propios sentimientos de que Dios se había vuelto totalmente contra él.

Finalmente el mismo Job rompió el silencio indicando que deseaba nunca haber nacido. Incluso fue al extremo de maldecir el día de su nacimiento. Aparentemente Job ya no podía confiar en el Señor o creer que con el tiempo algún bien podría resultar de todo este mal.

Por eso sus amigos se sintieron obligados a hablar. Cada uno de ellos se dirigió a Job y éste les respondió en forma individual. Job se sentía muy irritado por lo que estaban diciendo, porque no lo estaban amonestando conforme al Espíritu del Señor. El razonamiento de ellos era: "La felicidad de cada uno está en sus propias manos. Si vive una vida recta, Dios lo recompensará, pero si obra mal, Dios lo castigará". De esta manera afirmaban que las obras de Dios dependían de las obras de los hombres. Para ellos no era Dios quien tomaba la iniciativa, abrazando al hombre en su favor y alentándole a creer.

Job se sintió especialmente herido cuando ellos dijeron: "Puesto que Dios te ha castigado tan severamente, debes haber cometido algunos pecados muy particularmente graves". Bildad fue el que más provocó a Job diciendo: "Todos tus hijos han perecido. Ellos deben haber sido terribles pecadores, porque de una cosa puedes estar seguro, y es que Dios es justo".

Estos razonamientos hicieron que Job se rebelara aun más contra Dios. No tenía ninguna solución y no sabía qué responder. El era pecador como cualquier otro ser humano, pero no había pecados particularmente graves de los que pudiesen culparlo. ¿Era Dios realmente justo? Finalmente llegó al punto de rechazar su fe en la justicia de Dios, quejándose de que Dios trataba en forma totalmente arbitraria, sin darle ninguna oportunidad de defenderse a sí mismo.

Su rebelión contra Dios cobró tal fuerza que finalmente quería un mediador entre él y Dios mismo. Afortunadamente, sus palabras también tocaron otro tema. Desde las profundidades clamó: "Todavía soy un hijo de Dios, pero ¿por qué no muestra Dios ninguna piedad con-

migo que soy una criatura de sus manos? ¡Dios seguramente no me ha abandonado!" Era como si clamaba que el amor de Dios aplacara la ira de Dios. No podía creer que no hubiese justicia en Dios, y seguía diciendo: "¡Si solamente pudiera presentar mi propia defensa! Pero Dios es demasiado exaltado, demasiado grande es su majestad". Entonces Job reconocía la majestad de Dios, aunque no con un corazón dispuesto.

Desgarrado por su sufrimiento y atormentado por sus amigos, Job no podía seguir esperando en una actitud de fe confiado de que Dios todavía sacaría bien de este mal. Job no comprendía que Dios en su pacto puede estar simultáneamente con nosotros y contra nosotros. En Cristo nos ama desde la eternidad (y de esa manera está por nosotros), pero también puede apartarse de nosotros, para glorificar su nombre en nosotros y santificarnos. No necesita la excusa de pecados específicos de nuestra parte. Dios puede oponerse a nosotros al examinar nuestros pecados y el pecado de nuestra raza (del que participamos) a la luz de su rostro.

En su sufrimiento Job ya no pudo seguir aferrándose al Señor. Nadie, excepto el Señor Jesucristo, ha sabido aferrarse al Señor en las profundidades de la miseria. Cuando todas las cosas se volvieron contra él, y cuando fue totalmente abandonado por Dios, Cristo no se rebeló contra Dios. ¡Qué bueno que Cristo ganó esa victoria! Mediante su poder, también dará la victoria a aquellos que le pertenecen.

**El discurso de Eliú.** Job también recibió la visita de un cuarto amigo, Eliú. Por el hecho de ser mucho menor que los otros tres, había guardado silencio mientras los otros estaban hablando. Pero cuando los otros hubieron terminado, él también dirigió algunas palabras a Job.

Eliú no tenía el mismo concepto del sufrimiento de Job que sus tres amigos. En efecto, tenía algunas cosas alentadoras para decir a Job. Sabía que el sufrimiento de los creyentes no es un castigo ni ningún tipo de recompensa por pecados específicos que hayan cometido. Más bien, los consideraba una corrección cuyo propósito era probar y perfeccionarlos. El Angel del Señor, a quien Eliú conocía, cuidaría que el creyente no pereciese en el sufrimiento, porque un día El expiaría por los pecados de los creyentes.

Eliú también dijo a Job que debería considerar sus pruebas y sufrimientos como un encuentro con Dios. Si somos creyentes, entonces

somos realmente hijos de Dios, y él realmente nos ama. Pero no somos dignos de ser hijos de Dios, y esto comenzamos a comprobarlo cuando Dios se vuelve contra nosotros.

Sin duda, Job escuchó atentamente las palabras de Eliú. Había mucha verdad en ellas, y podría haber acercado a Job a la solución de su problema. Desafortunadamente, Job estaba tan desesperadamente atascado en su propia rebelión que las palabras de Eliú no fueron suficientes para ponerlo en el buen camino otra vez. Sería preciso que Dios mismo le hablase.

Es precisamente lo que Dios hizo. Pero cuando el Señor se dirigió a Job, también se dirigía a nosotros. ¡No dejemos de aceptarlo como su Palabra!

**La respuesta del Señor.** Finalmente el Señor habló a Job desde el torbellino. La respuesta que recibió Job no fue lo que esperaba. Job quería justificarse a sí mismo delante de Dios y preguntarle por qué le había ocasionado todo aquel amargo dolor. En efecto, quería pedirle cuentas a Dios.

En aquel torbellino Dios permitió que Job viera su majestad. En vez de dar a Job una oportunidad de hacer preguntas, el Señor comenzó a interrogarlo a él: "¿Acaso puedes tú comprender mi sabiduría en toda la creación?" Seguidamente Dios le mostró algo de su sabiduría en la creación, especialmente en el mundo animal.

Dios habló de su propia majestad, tal como Job lo había hecho antes, pero ahora la situación era totalmente invertida. Job había comenzado a hablar considerándose a sí mismo el punto central, y luego había procedido a reconocer la majestad de Dios. No había visto realmente esa majestad, ni se había inclinado con un corazón dispuesto ante Dios. ¿Quién eres tú comparado conmigo?" Entonces fue humillado Job y su actitud mental fue preparada para escuchar al Señor. Mientras damos valor a nuestra propia sabiduría, nuestros oídos no estan abiertos al mensaje del Señor.

Había tantas cosas que Job debía oír. Ahora el Señor le hizo comprender que gracias al pacto, él mismo estaba ligado a la creación con todos sus misterios y sufrimientos. A pesar de todo el pecado que hay en el mundo y la miseria que lo acompaña, Dios todavía estaba dispuesto a llamar suyo este mundo. Y porque el mundo era suyo, siempre trataría que el bien surgiera del mal.

Entonces Job dijo: "No tengo nada más que decir". Job guardó silencio y comenzó a escuchar. Así fue cómo encontró a Dios y su amor aun en su sufrimiento.

También nosotros reconocemos el amor de Dios en los sufrimientos más severos que el mundo haya conocido, es decir, en el sufrimiento de Cristo en la cruz. Dios permitió que Cristo sufriera para expiar nuestros pecados, para salvarnos. Ciertamente, deberíamos reconocer el mismo amor de Dios en todos los sufrimientos que Dios permite en nuestras vidas. Sin embargo, solamente podremos hallar este amor si en fe escuchamos su Palabra y nos inclinamos ante él. Su Palabra es la Palabra de su amor por nosotros en Cristo.

# 21: La santificación destinada a renovación

*Job 40—42*

La historia del mundo está dividida en tres períodos: antes de la caída, desde la caída hasta el regreso de Cristo, y después del regreso de Cristo. Los tres períodos están reflejados en la vida de Job: antes de su sufrimiento, durante su sufrimiento, y después de su restauración. El tercer período tiene significado profético; señala a la gloria del reino de Dios y así debería ser interpretado. De otra manera surgirán problemas monumentales.

Por supuesto, en el caso de Job no había una restauración total. El hecho que Job fuese padre de otros diez hijos, no borra su pena por la pérdida de los hijos anteriores. Habría de llevar esa cruz durante toda su vida. También en este sentido fue semejante a Cristo. Actualmente el mundo está a la sombra de la cruz. Sin embargo, Job experimentó una maravillosa restauración respecto de su situación terrenal. Pero aun en este caso, las Escrituras no ofrecen el consuelo de una maravillosa vida en el cielo. La promesa de las Escrituras se refiere a una restauración de la tierra, una restauración que es profetizada por la historia de Job.

No debemos considerar el fin de la historia de Job como un relato meramente del Antiguo Testamento, suponiendo que la historia habría tenido un fin diferente si hubiera ocurrido en tiempos del Nuevo Testamento. En realidad, el Nuevo Testamento destaca la tierra tanto como el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento termina con la glorificación *de la tierra* en el cielo, aun cuando dicha restauración de la tierra es demorada hasta el regreso de Cristo. De esta manera la fe es llamada a tener paciencia. Mediante la habitación del Espíritu en nosotros, aprendemos a tener paciencia en la espera.

Aquí debería notarse que Job ganó su reconocimiento por su fidelidad al Señor. El Señor reconoció su propia obra en Job, quien sirvió a Dios por amor a Dios, y no por amor a los dones que podría recibir. Con todo, Dios coronó este amor con la riqueza de sus dones. De esta manera el último capítulo de Job está ligado al primero, por el hecho de llegar el li-

bro a un fin adecuado. Algún día el Señor restaurará el honor de los creyentes y lo hará por amor al Espíritu de Cristo que habita en ellos.

El hecho del reconocimiento de Job por parte de Dios también se evidencia en el mandamiento dado a Job de orar por sus tres amigos. Aquí Job nos recuerda al único Sumo Sacerdote que es llamado nuestro intercesor gracias a la expiación que hizo por nosotros.

La intercesión de Job por sus amigos fue necesaria porque ellos no habían hablado la verdad acerca del Señor (42:7). Como pelagianos puros*, habían considerado al hombre el artífice de su propio destino, poniendo al hombre en primer lugar y a Dios en el segundo. Aquello fue una negación de todo lazo con Dios mediante la fe, una negación de la relación en el pacto y un rechazo del Mediador del pacto.

**Pensamiento clave:** *La santificación de esta vida es una preparación para la renovación completa.*

**Viendo a Dios.** Después que el Señor hubo hablado a Job la primera vez, éste prometió guardar silencio. Había aprendido a escuchar. Pero todavía no se había humillado suficientemente ante la majestad de Dios como para rendirse completamente al Señor, confesando que esa majestad de Dios también era la majestad de su amor. Por eso Dios tuvo que hablarle una segunda vez.

Por segunda vez se reveló Dios a Job en un torbellino para hablarle, para destruir la fe de Job en su propia sabiduría y en su habilidad para defenderse por sus propios medios. Dios parecería burlarse de Job diciendo: "Si puedes, toma de mis manos el gobierno del mundo". Luego el Señor señaló al hipopótamo (Behemot) y al cocodrilo (Leviatán) como dos monstruos del Nilo de Egipto que nadie pudo domesticar. ¿Qué sería entonces de cualquier intento humano por gobernar todo el mundo?

Job tuvo que reconocer que el poder de Dios se extendía sobre la totalidad de la creación, y que él gobernaba todo el mundo. Dios tenía todo derecho de proceder con Job conforme a su buena voluntad. Ahora que

*Pelagio, un monje británico, contemporáneo de Agustín, visitó las iglesias del Africa y del Medio Oriente, enseñando que la voluntad del hombre es libre en cada decisión y en cada momento de la vida, es decir, equilibrada, capaz de escoger lo malo o lo bueno, sin ser afectado por la carrera previa del individuo. Negaba la caída como un evento que nos afecta a nosotros. En otras palabras, el pecado no es una cuestión de nuestra naturaleza, sino de nuestra voluntad. Dios nos ayuda a hacer el bien, pero mediante recursos externos. Nosotros mismos escogemos el bien o el mal. Podemos hacerlo porque debemos hacerlo.

Job había escuchado al Dios que afirmaba poseer al mundo con todo su sufrimiento, ahora que había comprendido que Dios estaba con él a pesar de estar contra él en su sufrimiento, Job estaba listo para rendirse al gobierno de Dios.

Por eso dijo: "Ya no discutiré contigo. Desde ahora solamente hablaré contigo como habla un hijo con su padre. Por favor, respóndeme cuando te pregunte algo". El Señor tiene una gran disposición por respondernos, pero no si lo desafiamos. Debemos acercarnos como niños a él.

Además, cuando Job se rindió al Señor, tuvo la impresión de ver de cerca a Dios, mientras que anteriormente había sido como si solamente hubiese oído hablar de él. Ahora se hallaba en la presencia de Dios y allí hallaba protección para su vida y su sufrimiento. En consecuencia, se arrepintió de su previa rebelión y hostilidad. Así Dios nos enseña a rendirnos ante él.

**Llamado a interceder.** Entonces el Señor habló a Elifaz: "Mi ira se ha encendido contra ti y tus dos amigos; porque no han hablado correctamente de mí, como mi siervo Job". Aquellos amigos creyeron que habían visto la relación entre Dios y el hombre en la perspectiva correcta, sin embargo, habían estado muy equivocados. Habían puesto al hombre, y no a Dios, en el centro de su atención. Por eso Dios estaba enojado con ellos.

Si prevaleciera el concepto de ellos se cortaría toda relación entre Dios y el hombre. Por eso se les dijo que ofreciesen siete becerros y siete carneros en holocausto al Señor. Dicho sacrificio sería totalmente consumido por el fuego para simbolizar que los ofrendantes querían dedicar toda su vida al Señor. De esta manera los tres amigos debieran proclamar su entrega al Señor.

Sin embargo, no era un asunto fácil puesto que habían demostrado su ignorancia respecto de la relación correcta con el Señor además de hablar equivocadamente de él. Por eso Job tuvo que orar por ellos y pedir que Dios no tratase con ellos conforme a su necedad. Si Job estaba dispuesto a interceder por ellos, Dios estaría dispuesto a perdonarles sus pecados por amor a Cristo.

Job también había hablado equivocadamente del Señor, pero había confesado que en todas las cosas Dios está primero. Job reconocía el

lazo con el Señor; y por eso estaba en condiciones de interceder por sus amigos.

Hablando en términos precisos, nadie es suficientemente digno para interceder por otro, ni siquiera Job. Ha existido solamente un hombre que conoció a Dios y reconoció cabalmente a Dios, es decir, el Señor Jesucristo, que intercede por aquellos que le pertenecen. Si a Job le fue permitido hacer este acto de intercesión, era porque algo del Espíritu de Cristo habitaba en él.

El Señor aceptó las oraciones de Job y no procedió con sus amigos como se lo merecían. La Biblia no nos dice si aquellos amigos se convirtieron realmente y si llegaron a comprender lo que la gracia significa. La intercesión de Job tenía el solo propósito de salvarlos del peligro que corrían por lo que habían dicho del Señor. ¡Cuánto mayor es la intercesión de Cristo por nosotros ante el Padre, porque él realmente expió por los pecados de su pueblo!

Cuando el Señor permitió que Job tomase la función del intercesor, estaba, al mismo tiempo, coronando el amor de Job. Ese amor no era obra propia de Job; era la obra del Señor en él. Ese amor triunfó cuando Job oró por sus tres amigos, puesto que no los culpó en ningún momento. Mentalmente se puso en lugar de ellos, presentando sus necesidades ante Dios, pidiendo perdón por sus pecados. De igual modo, Cristo se pone a sí mismo en nuestro lugar y lleva nuestras necesidades a Dios. ¡Qué avergonzados deben haberse sentido los amigos de Job cuando vieron la actitud de él, porque en realidad nunca se habían identificado con él en sus sufrimientos!

Job pudo obrar de esa manera porque su corazón estaba lleno de amor hacia Dios mismo. Por amor a Dios anhelaba la salvación de sus amigos, y este anhelo le permitía pasar por alto lo que le habían dicho.

**Restauración.** En la intercesión de Job, su amor incondicional hacia Dios ganó una gran victoria. Ahora Dios había conseguido su propósito con Satanás. En todo el sufrimiento de Job, y también en su intercesión, Job había manifestado amar a Dios por amor a Dios. Dios había ganado la batalla con Satanás, y por eso ahora podía restaurar a Job todas sus posesiones.

El Señor le dio el doble de lo que había tenido antes. Sus parientes, que habían simulado desconocerlo durante su sufrimiento, pronto vinieron a visitarlo. Vinieron para comer con él y traerle presentes. No sa-

bemos si su interés por Job era genuino, pero para Job era una señal segura de que el Señor se había vuelto a él con misericordia.

El Señor no solamente aumentó sus posesiones, sino que también le dio siete nuevos hijos y tres hijas. Job permitió que sus hijas compartieran la herencia con sus hermanos, reconociendo así a sus hijas y sus familias como auténticas ramas de su linaje.

A pesar de los siete hijos y tres hijas, Job lloró la pérdida de sus hijos anteriores. Aquello era una cruz que llevaría por el resto de su vida. No obstante, en su familia volvía a gozar del favor de Dios, y eso siempre fue lo más importante para Job. En su prosperidad anterior había conocido el favor de Dios, después, cuando lo hubo perdido todo, creyó haber perdido también el favor de Dios, pero ahora volvía a disfrutar de él en la plenitud de las nuevas bendiciones.

La bendición de Job es una promesa a todos los creyentes de que un día Dios les mostrará, en la gloria que les dará, la plenitud de su favor. No obstante, en la tierra ya reciben sus bendiciones. También es cierto que tienen que llevar sus cruces, pero en muchas formas diferentes pueden gozar del favor de Dios. Esta bendición provisoria es una profecía de la plena bendición que un día Dios concederá a los suyos.

Job vivió 140 años más, gozándose de sus hijos y de los hijos de sus hijos, en total cuatro generaciones. Luego murió siendo un anciano que había vivido la plenitud de la vida. La vida le había dado cuanto podía haber pedido. En la resurrección de los muertos volverá a recibirlo todo en una gloria nueva.

# Isaac

# 22: La preservación de la simiente del pacto

*Génesis 24—25:18*

El Señor había llamado a Abraham a llevar una vida separada. Por eso tuvo que salir de Ur de los caldeos y también de Harán. Al apartar a Abraham como un tipo de Cristo, Dios reveló que en Cristo un nuevo principio saldría en oposición al principio del pecado, por el cual vivía en el mundo. Este principio nuevo sería introducido al mundo mediante un milagro, un milagro del que el nacimiento de Isaac había sido un tipo.

Había dos amenazas constantes: mezclarse con los cananeos y regresar a Harán. Si Abraham escogía cualquiera de estos dos senderos, quedaría destruida su condición de apartado por Dios. Estos dos peligros fueron especialmente graves con respecto al matrimonio de Isaac.

Abraham ordenó a su siervo que en Harán buscase una esposa para Isaac, pero prohibió que el mismo Isaac fuese allí. Esta prohibición era obra de Dios. El Señor se estaba asegurando que el linaje de Abraham permaneciese separado.

Se puede decir que era el Cristo quien controlaba la búsqueda de una esposa para Isaac. Todo esto fue demostrado por la recomendación de Abraham a su siervo, la fe que el Señor usaría su ángel para facilitar el viaje del siervo, la dirección que éste recibió a lo largo del camino, su actitud de fe, la disposición de Rebeca de regresar con él, y el encuentro de Isaac con Rebeca, que también era un encuentro en el Señor.

Cuando Abraham estableció su último testamento, cuidó que Isaac fuese separado de los hijos de Agar y Cetura (Gn. 25:6). Es cierto que ambos Isaac e Ismael estuvieron junto al sepulcro de Abraham, pero el desarrollo subsiguiente de la descendencia de Ismael se menciona con el propósito específico de destacar que ese linaje tomó una dirección diferente a la de Isaac.

Ahora Isaac tendría que independizarse y hacerse cargo de la promesa dada a su padre Abraham. Es de notar que el siervo de Abraham ya se refiere a Isaac como "mi señor" en ocasión de hablar a Rebeca.

**Pensamiento clave:** *El Señor preserva la simiente del pacto.*

**El significado de la simiente de Abraham.** Muchos años antes, el Señor había llamado a Abraham a salir de Ur de los caldeos, y después de Harán. Abraham había de vivir una vida separada de todas las demás naciones que se estaban perdiendo en la idolatría. El y sus descendientes habían de vivir una vida totalmente diferente. En resumen, Abraham había de ser un tipo del Cristo, del Santo, quien era diferente a todos los demás hombres. Mediante el Señor Jesucristo, toda la raza humana sería renovada.

Abraham entendía que el Señor no lo había separado sin un motivo profundo. En consecuencia sabía que esa separación debía ser preservada. De acuerdo con ello, no permitiría que su hijo Isaac se casara con una de las mujeres cananeas ni que regresara a Harán.

Abraham requirió de su siervo un juramento por el cual se comprometía a buscar en Harán una esposa para Isaac. El siervo temía que la mujer no quisiera seguirle y preguntó si en tal caso debía llevar a Isaac a Harán. Abraham respondió que bajo ningunas circunstancias había de llevar a Isaac de regreso a Harán, y, si la mujer rehusaba venir con él, él quedaría libre de su juramento. En fe añadió: "El Señor enviará su ángel delante de ti y te dará éxito en esta empresa".

Abraham creía que esta separación era la voluntad del Señor, y que él mismo se ocuparía de que la mujer siguiese gustosa al siervo. Entonces el siervo hizo el juramento.

En este asunto el deseo de Abraham era también el deseo del Señor. Cuando andamos en el camino del Señor y entendemos su voluntad, podemos contar confiados con su dirección.

**La dirección del ángel del Señor.** El siervo de Abraham salió por su camino. Al llegar a Harán, pidió que el Señor le mostrase que lo había acompañado en el camino y que mediante una señal le mostrase la mujer que había designado para Isaac. El siervo quería una señal referida a la disposición de la mujer de ayudar y servir, porque la esposa de Isaac debía ser una sierva de Dios y de los hombres por amor a Dios.

Cuando esta petición fue concedida de acuerdo a lo que el siervo esperaba, ése quedó totalmente asombrado. Consideró la respuesta una revelación del Señor, del Dios de su amor Abraham.

Actualmente no tenemos necesidad de buscar semejantes señales.

Pero en aquel entonces, recién estaba en sus comienzos la historia de la simiente de la que nacería el Cristo. En el transcurso de dicha historia, el Cristo se reveló muchas veces en formas muy notables. También había motivado la obediencia en el siervo de Abraham, enseñándole a esperar la dirección del Señor.

El siervo halló a la futura esposa de Isaac, y pronto se encontró en casa de su padre Betuel. Labán, hermano de Rebeca, se había hecho bastante conspicuo en aquella casa.

Antes que se sentaran a comer, el siervo de Abraham les contó el propósito de su visita. También les contó de la maravillosa dirección que Dios le había dado durante el viaje. Entonces, tanto Betuel como Labán se inclinaron ante el llamamiento del Señor que les había sido revelado por las palabras del siervo de Abraham.

**La sumisión de Rebeca.** El siervo de Abraham quería regresar a la mañana siguiente. Betuel y su familia esperaban que Rebeca estuviese aún unos días con ellos, pero permitieron que ella misma tomase la decisión.

El Señor también tenía su mano en esta situación, puesto que Rebeca tuvo oportunidad de demostrar su aceptación espontánea y gozosa de la promesa especial y el llamamiento particular de la simiente de Abraham. Ella estuvo dispuesta a partir inmediatamente. En su decisión de partir enseguida, se estaba sometiendo por fe al Señor; estaba demostrando su fe en la promesa y el llamado de Abraham.

Con su decisión, Rebeca estaba rompiendo su lazo con su casa paterna. Pocas veces se requiere tal clase de decisión de nosotros. El lazo que nosotros debemos romper es el que nos une al mundo pecaminoso, de modo que podamos vivir una vida totalmente nueva en Cristo. En ese sentido, la sumisión de Rebeca debería servirnos de ejemplo. El Espíritu del Señor, que puso la sumisión en su corazón, obrará en los corazones de todos sus seguidores. Así como una vez el Cristo llamó a Rebeca, así llamará a todos los suyos para vivir unidos a él.

**El encuentro de Isaac y Rebeca.** Betuel y Labán bendijeron a Rebeca y dejaron que se fuera. Al mismo tiempo que el siervo de Abraham estaba regresando a casa con Rebeca, sucedió que Isaac estaba en el campo orando. En su oración mencionó el motivo de su casamiento, dejan-

do el asunto en las manos del Señor. Más tarde, Isaac con frecuencia demostró una actitud demasiado pasiva en su relación con otros, pero en esta ocasión manifestó la adecuada dependencia *del Señor.*

Cuando Rebeca vio en la distancia la figura de Isaac, preguntó al siervo de Abraham de quién se trataba. Al oír que era Isaac, se cubrió con su velo y apresurada desmontó de su camello. Luego el siervo de Abraham la presentó a Isaac.

Ambos se habían recibido del Señor, y ambos se hallaron en el Señor. Rebeca fue un consuelo para Isaac después que éste había perdido a su madre Sara. Además, él necesitaba su ayuda para la vida que tenía por delante. Al recibir a Rebeca como esposa, reconoció el favor de Dios para con él y para con su simiente en el futuro.

Aquella unión entre Rebeca e Isaac tenía sus raíces en la fe. Debido a la fe que ambos tenían, había algo excepcionalmente noble en su unión. Así como ellos trataban de dedicarse en su unión a la promesa dada a Abraham, también nosotros debemos ponernos con todo lo que tenemos a la disposición de Cristo. Sólo así serán santificadas todas nuestras relaciones.

**La muerte de Abraham y su último testamento.** Abraham había tomado otra esposa, es decir, a Cetura, y con ella también había tenido hijos. Sin embargo, antes de su muerte los había enviado lejos de su tienda, dándoles dones. El Señor le había dicho que Isaac heredaría su bendición y promesa. Por eso debía impedirse que la simiente de Isaac se mezclase con los descendientes de sus otros hijos, ni siquiera con los de Ismael.

Finalmente Abraham murió a los 175 años. Sus hijos Isaac e Ismael lo sepultaron en el sepulcro que Abraham había comprado, y donde antes había sepultado a Sara. El cuerpo de Abraham descansó en la misma tierra como señal de que un día la heredaría su simiente. En cierto sentido, Abraham y Sara estaban esperando el gran día de Cristo, cuando todo el pueblo de Cristo heredará la tierra.

Isaac e Ismael no tenían la misma actitud al estar allí junto al sepulcro de su padre. Isaac creía en el Señor y había heredado la promesa hecha a Abraham. Ismael, en cambio, había buscado su libertad, y se había separado de la promesa. Isaac era un hijo de la fe de su padre, en tanto que Ismael era un extraño para esa fe.

Los descendientes de Ismael se multiplicaron y adquirieron gran

poder e influencia, pero no compartieron en la bendición del perdón de pecados y de la vida eterna, la bendición de una renovación completa de la vida en presencia de Dios.

La bendición de Abraham, que es la bendición que nos fue concedida a nosotros en Cristo, es compartida, mediante la fe, por todos los hijos de Abraham.

## 23: Carne y espíritu

*Génesis 25:19-34*

En esta parte de la narración bíblica se destaca claramente la lucha entre la carne y el espíritu. Esta lucha no es solamente un conflicto entre Esaú y Jacob. Aquella lucha ya existía en Rebeca. Ella quería un hijo, pero al mismo tiempo quería dar a luz al hijo de la promesa. Esta lucha también se había manifestado en Isaac. La carne llegó a ser prominente en su especial atracción a Esaú. A veces decaía peligrosamente la fe de Isaac.

Aquella lucha era controlada por el llamamiento de Dios, llamamiento que estaba arraigado en la elección divina. La palabra de Dios fue pronunciada sobre los niños en la revelación que Rebeca tuvo antes de dar a luz: se le dijo que el mayor serviría al menor. Mediante este llamado de Dios, arraigado en la elección, se produjo una división en la vida de la humanidad. Y esto condujo a la lucha entre la carne y el espíritu.

El Cristo es el único auténticamente llamado. Por eso él es espíritu. La carne siempre lo ha combatido, cosa que vemos cuando estudiamos la historia del pueblo de Dios. Aquella lucha fue especialmente aguda en el Gólgota.

Jacob y Rebeca se sometieron al llamado de Dios. Hasta ese punto el espíritu había triunfado en ellos. Sin embargo, la carne también estaba obrando en ellos, como vemos en los medios que usaron para lograr el llamamiento.

Si bien Jacob compró la primogenitura, nunca tuvo valor de reclamar sus derechos. Por haber obtenido la promesa en forma pecaminosa, había difamado la promesa misma. En ese tiempo esperaba ganar la supremacía mediante medios mundanos. Tiempo después su vida fue purificada del uso de esos medios.

Abraham todavía vivía cuando nacieron Esaú y Jacob. El nacimiento de ellos, como otro paso hacia el cumplimiento de la promesa, debe haberle hecho mucho bien. Sin embargo, la historia de aquellos mellizos realmente es parte de la historia de *Isaac*. Como cabeza de la familia, había obrado en su propio derecho al orar por la simiente prometida. Por lo demás, Isaac asumió una actitud

pasiva. De todos los patriarcas, él fue de fe más débil. Su importancia como tipo del Cristo reside principalmente en el hecho de que debía ser sacrificado por su padre Abraham.

**Pensamiento clave:** *Dentro del círculo del pacto, el llamamiento de Dios despierta la lucha entre la carne y el espíritu.*

**La profecía acerca de los dos hijos.** Isaac y Rebeca habían estado casados por muchos años, pero el Señor no les había dado hijos. El hijo de la promesa que algún día nacería de ellos sería un hijo que ambos esperaban del Señor. Sería un regalo de Dios.

Anhelaban tener un hijo, especialmente Rebeca. Querían ser ricos en su posteridad, pero en primer lugar anhelaban un hijo porque sería el hijo de la promesa, de cuya simiente nacería el Redentor. Así es que realmente anhelaban al Cristo, aunque en su deseo también demostraban cierto egoísmo.

Dado que el Señor demoraba el cumplimiento de su deseo, Rebeca insistió en que juntos orasen por un hijo. Así lo hicieron y el Señor escuchó su oración.

El Señor informó a Rebeca que daría a luz mellizos. Puesto que se sentía atemorizada, Rebeca había pedido que el Señor le diera una revelación. Por cierto, ella quería un hijo, pero, ¿qué pasaría si la vida de ese hijo resultaba destructiva? ¡En tal caso preferiría no tenerlo!

Entonces el Señor le dijo que de su seno nacerían dos hijos, y que, ciertamente habría lucha entre ellos. El Señor incluso anticipó el resultado de esa lucha. El más fuerte sería conquistado por el más débil.

Eso solamente podría significar que el Señor estaría del lado del más débil, y que se volvería contra el más fuerte. Esto debe haber preocupado a Rebeca. Sus dos hijos quedarían atrapados en una lucha, y el Señor se pondría del lado de uno de ellos. Asi el Redentor nacería del más débil, que entonces sería el hijo de la promesa. El más fuerte lucharía contra el Redentor y rechazaría la promesa.

Qué futuro terrible contemplaba Rebeca. Para padres creyentes siempre es terrible ver que no todos sus hijos están unidos en comunión al Señor. Solamente aquellos que el Señor llama, y que prestan atención a su llamado, son los que le seguirán.

**La diferencia entre ambos.** Tal como el Señor lo había anunciado, nacieron dos hijos. Al primero llamaron *Esaú,* que significa, *el velludo.* Al segundo pusieron por nombre *Jacob,* que significa, *el que sostiene el talón,* porque en el momento de nacer venía tomado del talón de su hermano Esaú. Estos nombres contenían una profecía referida a la vida de ambos niños. Esaú llegó a ser el hombre de la fuerza bruta, en tanto que en el carácter de Jacob había un rasgo de astucia y engaño. Al crecer Esaú, se convirtió en cazador, un hombre del campo. Jacob era una persona de la casa, alguien que permanecía cerca de las tiendas.

Isaac estaba orgulloso de su hijo mayor, el más fuerte. Isaac mismo no era fuerte y por eso le impresionaba y se sentía atraído por la fuerza de su hijo. Además le gustaban las presas que con frecuencia le preparaba Esaú. ¿Habrá pensado Isaac alguna vez en la profecía según la cual el más fuerte estaría sujeto al más débil? Su fe se había debilitado. En su admiración por Esaú se dejó guiar totalmente por su preferencia.

Esta preferencia debe haber ejercido una influencia negativa sobre Esaú. Impulsado en parte por la actitud de Isaac, Esaú se jactaba de su propia fuerza sin saber lo que significaba inclinarse en fe delante del Señor. Llegó a despreciar la promesa del Redentor, creyendo que él se las arreglaría solo en la vida.

Rebeca prefería a Jacob. En parte era una preferencia egoísta. Como madre se sentía atraída al hijo menor que amaba la casa. Pero, en contraste con Isaac, también actuaba en base a la profecía. Después de todo, el más débil sería el hijo de la promesa.

Ella seguramente debe haber revelado esa profecía a Jacob. ¡Qué peligro significaba aquello para el muchacho! Jacob aceptó la promesa por fe y durante toda su vida luchó por la bendición implícita. Estaba orgulloso de tener dicha promesa; sin embargo, trataba de ganar sus beneficios por caminos equivocados.

El hecho es que él *no* era el primogénito. La primera y principal de las promesas pertenecía a Esaú. ¿Y cómo podría participar entonces Jacob de la bendición de la promesa? Debía haber confiado en la dirección del Señor, pero no lo hizo.

Es posible que seamos hijos de Dios y, sin embargo, usar, en forma totalmente equivocada, la promesa. Nunca debemos buscar las bendiciones en forma egoísta. En cambio, cada uno debería ser siervo del otro por amor de Dios.

**Renunciamiento a la primogenitura.** Un día Esaú llegó del campo y halló a Jacob cocinando un estofado. Totalmente exhausto, Esaú dijo: "Dame un plato de ese guisado rojo que tienes allí". Por eso con frecuencia se lo llama *Edom*, que significa *rojo*.

Jacob vio una excelente oportunidad, y se apresuró a responder: "Véndeme tu primogenitura". Esaú estaba muriéndose de cansancio, y en su corazón era indiferente ante la promesa dada a Abraham e Isaac. Por eso respondió: "Si no me das de comer algo ahora mismo, moriré de todos modos. ¿Qué importancia tendría entonces la primogenitura?" Para Esaú lo más importante era vivir la vida como quería. Para él la promesa del Redentor tenía poco valor.

Para estar seguro de que Esaú no cambiaría de parecer, Jacob le pidió que confirmase su venta de la primogenitura mediante un juramento. En su indiferencia Esaú cumplió, jurando y despreciando así la promesa del Señor.

Entonces Jacob dio a Esaú algo de pan y estofado, cosas que fueron rápidamente consumidas por Esaú. Pronto se levantó y siguió su camino. Pronto también olvidó la transacción, puesto que no le significaba nada. Esaú había despreciado su primogenitura, y con ella la promesa del Redentor.

Aparentemente Jacob no podía olvidar la promesa. Sin embargo, no era por amor a Dios que quería heredar la promesa, sino por amor propio. Por eso intentó comprarla, como si la gracia del Señor estuviese en venta. El trato que hizo con Esaú solamente sirvió para exponer su naturaleza engañosa; no tenía nada que ver con su posesión futura de la promesa.

De todos modos, esta historia traza el contraste entre Esaú y Jacob como entre aquel que despreció la promesa y aquel que la aceptó por fe. Esa también es siempre la diferencia entre los incrédulos y los creyentes que se aferran a la promesa. La incredulidad es tan indiferente por recibir al Cristo, quien es el cumplimiento de la promesa, como Esaú fue indiferente ante su primogenitura. En el mundo de hoy, la fe y la incredulidad siguen trabadas en lucha. ¿Qué lado has tomado en esa lucha? La victoria es de Cristo, quien fue llamado por Dios, y de los creyentes, que aún hoy siguen siendo llamados.

Pero los creyentes también tienen que luchar contra el pecado en su propio interior. En el interior del mismo creyente hay muchas cosas opuestas al Cristo, muchas cosas por las que podría negarles la bendición de la promesa. Los creyentes nunca deben buscar su propio bien. Deben servir al Señor y al prójimo con todo cuanto han recibido.

# 24: Rehobot

*Génesis 26*

La estadía de Isaac en Gerar probablemente ocurrió antes del nacimiento de Esaú y Jacob. Si hubiese habido niños jugando en la tienda de Rebeca, habría sido difícil que ella pasara por hermana de Isaac. Así es que, antes de la muerte de Abraham, Dios ya había guiado a Isaac a Gerar, siguiendo la ruta que Abraham había tomado muchos años antes.

Isaac era independiente. Aunque por muchos años había vivido a la sombra de su padre, ahora tenía que decidir por su propia cuenta como heredero de la promesa, ahora debía comenzar a jugar un papel independiente en Canaán. En Gerar su independencia llegó a la madurez.

Ciertamente, Isaac no era un innovador. Se lo ha descrito como alguien que solamente era capaz de volver a cavar los pozos que Abraham había cavado antes, y darles los nombres que Abraham les había dado antes. Sin embargo, en Gerar el Señor apareció a Isaac para trasmitirle la promesa que había hecho a Abraham. En el tiempo de opresión tendría que aprender a vivir de la promesa. Dios se le apareció para que comprendiera que realmente era el heredero de la promesa.

En el valle de Gerar, Isaac dejó pozo tras pozo en manos de los pastores de Abimelec, lo que demuestra que todavía no había comprendido totalmente que él era el heredero de la promesa. Tampoco se atrevió a reclamar ningún derecho por el pacto anteriormente establecido entre Abimelec y Abraham. (No importa que este haya sido el mismo Abimelec o algún sucesor. El pacto se aplicaría al sucesor de Abimelec de la misma manera que se aplicaba a Isaac, hijo de Abraham.)

El centro de la lucha no era Isaac en sí, sino Isaac como heredero de la promesa. El asunto en juego era la promesa, y en último análisis, el Cristo. Mientras Isaac no se aferraba a esa promesa mediante una fe firme, no podía sino retirarse.

Mientras era perseguido de un pozo al otro, Isaac llevaba la imagen de todo el pueblo de Dios, y también la imagen del Cristo, que fue perseguido y finalmente arrojado en las tinieblas

más densas.

A su tiempo Isaac llegó a tener clara conciencia de la fe, aunque esto todavía no había ocurrido al llegar él al tercer pozo. Cuando los pastores de Abimelec no objetaron los derechos de Isaac respecto de ese pozo, Isaac exclamó: "¡Rehobot! El Señor ha provisto lugar para nosotros, de modo que podremos extendernos en la tierra". Pero no fue sino en Beerseba donde realmente halló lugar despúes que el Señor le hubo aparecido de nuevo. Allí construyó un altar para el Señor y en un culto público invocó el nombre del Señor. Luego levantó en paz sus tiendas y sus siervos hallaron agua. Allí fue hallado por Abimelec que quería hacer un pacto con él, reconociéndolo abiertamente como el bendito del Señor. Por la fe Isaac terminó hallando un lugar.

**Pensamiento clave:** *En Gerar el Señor aparece a Isaac para que éste reconozca que es el heredero de la promesa.*

**En los pasos de Abraham.** Antes que Isaac y Rebeca tuviesen hijos, hubo un tiempo de hambre en Canaán. Por esta causa Isaac pensó trasladarse por un tiempo a Egipto. Como primer paso se dirigió a Gerar, en la tierra de los filisteos, donde su padre Abraham también había vivido un tiempo. Gerar era el lugar donde el Señor había protegido milagrosamente a Sara. En aquel entonces se había hecho un pacto entre Abimelec el rey y Abraham.

En Gerar el Señor apareció a Isaac para decirle que no fuese a Egipto, sino que siguiera viviendo como extraño en Canaán, porque él era el heredero de la promesa dada a Abraham. Dios había escogido aquella tierra para su simiente. Se le dijo a Isaac que su simiente sería como las estrellas de los cielos, y que todos los pueblos de la tierra serían benditos por medio de su descendencia.

Esa fue la primera vez que el Señor apareció a Isaac. Por supuesto, Isaac sabía que había de heredar la bendición de Abraham, pero hasta ese momento solamente había seguido los pasos de sus padre. Ahora, en Canaán, tendría que obrar por su propia cuenta, lo que significaba que su fe tendría que madurar. En Gerar Dios le dio la promesa con las mismas palabras que había usado al hablar a Abraham. Esta vez, sin embargo, añadió que la promesa sería cumplida con toda certidumbre porque en fe Abraham había obedecido al Señor.

Así, pues, Isaac siguió los pasos de Abraham y llegó a ser el portador de la promesa de Abraham. Tenía que compartir la fe de Abraham y establecer un lazo espiritual con su padre. Era el Espíritu de Cristo en

Abraham quien lo había llevado a la obediencia, y ahora el mismo Espíritu quería habitar en Isaac. Lo que Isaac tenía que hacer ahora era aferrarse por fe a la promesa y alcanzar independencia. Pero todavía no había llegado a ese punto.

Isaac también siguió las debilidades de su padre, temiendo que alguno de los filisteos codiciase a Rebeca como mujer, matándolo a *él* para obtenerla. Por eso hizo pasar a Rebeca por su hermana. Como su padre, no tuvo valor para confiar solamente en la promesa.

Pero el engaño fue descubierto por Abimelec al observar el comportamiento entre Isaac y Rebeca. Abimelec amonestó a Isaac señalando que habría sido muy fácil para un filisteo tomar la esposa de Isaac, pero que esto habría significado una gran culpa para los filisteos. En estas palabras percibimos una ligera memoria de lo que Dios había hecho con Abimelec y su casa, cuando Abimelec quiso tomar a Sara por esposa. Abimelec tenía clara conciencia de la relación especial que había entre el Señor y el hijo de Abraham, y por eso dijo a su pueblo que nadie debía casarse con Rebeca. De esa manera el Señor protegió a Isaac y Rebeca en Gerar, porque ellos habían de tener un hijo de quien, a su tiempo, nacería el Cristo.

**La resistencia opuesta a Isaac.** Sin embargo, la lucha entre Abimelec e Isaac iba a venir. Este Abimelec, que probablemente era el sucesor de aquel que había encontrado Abraham, todavía no había visto el brazo del Señor. Dios preparó a Isaac para esa lucha concediéndole bendiciones especiales. Cuando Isaac sembró en Gerar, cosechó cien veces más de lo que había sembrado, algo muy inusual. Normalmente un agricultor cosecharía 30 por uno de lo que había sembrado, o quizás 50 por uno. En las mejores circunstancias segaría 80 por uno de lo que había sembrado. Pero una cosecha del ciento por uno era algo realmente extraordinario.

En esta abundancia Isaac podía percibir la bendición especial del Señor. La tierra le daba sus ricos frutos porque se trataba del heredero de la promesa, aquel que heredaría la tierra de Canaán, a pesar de que en ese momento la tierra estaba ocupada por los impíos. De esta manera fue fortalecida su fe.

El Señor también bendijo el ganado de Isaac; la bendición fue tan grande que el campamento tuvo que ser extendido. Pero debido a su prosperidad los filisteos lo envidiaban. Ellos cegaron todos los pozos

que Abraham había cavado y que Isaac estaba usando ahora. Finalmente Abimelec le pidió que dejase la tierra, porque ya se había hecho más poderoso que los mismos filisteos. Todo esto era contrario a los términos del pacto que Abimelec había hecho con Abraham. En ese pacto se había establecido claramente que esos pozos que Abraham había cavado le pertenecía a él.

Aquello era una cuestión de la sobrevivencia de Isaac como hacendado. Con sus rebaños y manadas tenía que vivir de los pastos y del agua de la tierra, lo que él había considerado una confirmación de la promesa según la cual algún día la tierra pertenecería a su simiente. ¿Y no era Isaac el heredero de la promesa? Ahora se le pedía que abandonara el lugar. ¿Acaso aquella tierra no era también para él por amor al Redentor que vendría algún día?

Isaac bien sabía que los filisteos no solamente lo envidiaban por sus riquezas, sino que también lo odiaban por causa de aquella promesa especial. Ahora tenían una oportunidad de herirlo. Aquí Isaac estaba luchando la lucha de la fe. ¿Realmente sería suya aquella promesa? ¿Sería realmente fuerte en su fe en la promesa?

De la misma manera fue perseguido el Señor Jesucristo. En realidad, todos los hijos de Dios encuentran oposición. Pero esa oposición les enseñará a vivir y estar firmes en la fe. Isaac tuvo que aprender esa verdad en su propia situación.

**La respuesta de Isaac.** Isaac todavía no estaba firme en la fe. Cuando Abimelec le negó el uso de la tierra, se retiró al valle de Gerar. No dijo ni una sola palabra de protesta en cuanto a la violación del pacto con Abraham.

Entonces los siervos de Isaac comenzaron a cavar en busca de agua. Andando el tiempo, dieron con una vena subterránea, y el agua comenzó a salir a borbotones. Pero los pastores de Abimelec, que también estaban apacentando sus rebaños en aquel valle, discutieron con ellos sobre el pozo, afirmando ser sus dueños. Al ver que ellos rechazaban hacer un trato, Isaac se retiró, llamando ese pozo Esek, que significa *contención*. Cuando sus siervos cavaron, a cierta distancia, otro pozo, los pastores de Abimelec volvieron a afirmar que era de ellos. Nuevamente se retiró Isaac llamando el pozo Sitna, que significa *enemistad*. Isaac prosiguió su camino, y finalmente estuvieron suficientemente lejos de Gerar, y ya no hubo discusión acerca del tercer pozo. Por eso

Isaac lo llamó Rehobot, es decir *lugares amplios* o *espaciosos*, porque el Señor les había dado lugar en aquella tierra para que su familia y su casa pudieran extenderse.

¿Qué piensas tú de la actitud de Isaac? Ciertamente nos impresiona como una persona cobarde. En realidad nunca fue una persona genuinamente independiente. Difícilmente podría ser descrito como pionero o conquistador en el reino de Dios.

Era poco lo que podía hacer en cuanto a la violación de sus derechos. Mientras su fe en la promesa no era firme, no estaba capacitado para hablar en defensa propia. Después de todo, la cuestion central de la lucha no eran los derechos de un hombre llamado Isaac, sino los derechos del heredero de la promesa. Lo que estaba en juego era la promesa de Dios en cuanto al Cristo que vendría.

En medio de esta situación problemática, Dios conduciría a Isaac a la fe. Cuando Isaac siguió camino a Beerseba, el Señor volvió a aparecerle para confirmar su promesa. Allí el Señor le dijo: "No temas. Sigue firme en la fe de que tú eres el heredero, y no sufrirás ningún daño".

Después de este tiempo de enemistad y opresión, Isaac aceptó la promesa por lo que era. Puesto que el Señor le apareció allí, Isaac le construyó un altar. En un culto público de adoración, junto con toda su casa invocó el nombre del Señor. Con toda confianza levantó sus tiendas en Beerseba ordenando a su siervos que comenzaran a cavar en busca de agua.

El Señor ya no nos aparece para asegurarnos que podemos compartir las promesas que han sido cumplidas en el Señor Jesucristo, o que todavía esperan ser cumplidas. Es algo que ya no es necesario porque una vez apareció en el Cristo, y luego vino en el Espíritu Santo. Ahora nos habla a través de su Palabra, diciéndonos que si creemos tendremos parte en la promesa. Quizás al principio tengamos que sufrir opresión, igual que Cristo, Isaac y otros hijos de Dios, pero de igual modo heredaremos la promesa.

**El reconocimiento de Isaac.** Créanlo o no, Abimelec fue a buscar a Isaac en Beerseba. Esto sorprendió a Isaac, de modo que le preguntó en tono de reproche, por qué había venido siendo que lo odiaba. Para entonces Isaac ya era consciente de ser el bendito de Dios. Entonces Abimelec admitió que él y los otros filisteos habían visto que Dios estaba con Isaac, y que preferiría hacer un pacto con él que ser su enemigo. De

esa manera Isaac estaba logrando la posición que su padre Abraham había logrado en esa tierra. El mismo rey quería hacer un pacto con él. Además, Abimelec restó importancia a lo que él y sus hombres habían hecho a Isaac, diciendo que en realidad no le habían causado ningún daño, sino que lo habían enviado en paz. ¡Como si no lo hubiesen expulsado de la tierra! Finalmente Abimelec se sintió compelido a decir: "Tú eres el bendito del Señor".

Entonces Isaac convino en hacer un pacto y en consecuencia tuvieron una fiesta esa noche. Al día siguiente sellaron el pacto con un juramento. Aquel mismo día los siervos de Isaac le anunciaron que habían hallado agua en la zona donde estaban acampando ahora. De este manera Isaac fue reconocido por el gobernador de la tierra mientras el Señor le daba el agua que era el fundamento de la vida y la prosperidad. Ahora Isaac podía jactarse más que antes que el Señor le había dado lugar a él y su familia.

En forma similar fue perseguido y expulsado el Cristo. Finalmente miles lo reconocieron como el ungido de Dios, como el redentor del mundo. Ahora Dios le ha dado lugar en esta tierra y algún día lo glorificará. En aquel día todo el mundo tendrá que reconocerlo. De la misma manera, los creyentes todavía hoy día son juzgados equivocadamente y oprimidos, pero algún día serán reconocidos públicamente tanto por los hombres como por Dios.

# Jacob

# 25: La prerrogativa de Dios en la elección

*Génesis 27—28:9*

Al contar a los niños cómo Jacob recibió la bendición de la primogenitura, no podemos evitar la mención del pecado de Rebeca y Jacob. Sin embargo, no debemos poner demasiado énfasis en el pecado, porque en tal caso los niños podrían quedarse con la impresión de que el pecado de Isaac fue menos grave. Aunque sin duda Isaac conocía la profecía dada a Rebeca antes del nacimiento de los hijos, en actitud egoísta prefirió a Esaú. Era tan grande su predilección por Esaú, que quería darle la principal bendición del pacto, aunque ello contradijera la profecía. En ese momento Isaac se vio envuelto en la lucha de la carne contra la palabra del Señor. También existe el peligro de subestimar el pecado de Esaú. Al tomar por esposas mujeres hititas, Esaú estaba rechazando la promesa del pacto.

Al contar esta historia, tendremos que tomar una posición por encima de todos estos pecados humanos. Dios mantiene su prerrogativa en la elección. La mantiene primero en oposición a Isaac y Esaú, y luego con respecto a la persona por él escogida, cuando tiene que huir Jacob.

Adoptando esta perspectiva, podemos examinar los pecados de ambas partes a toda luz. Entonces nuestra posición nos permitirá hablar de la gracia de Dios al mantener su prerrogativa en la elección. Reconocemos a Jacob como un tipo del Cristo. Dios mantiene esta prerrogativa contra aquellos que lo rechazan, como también contra aquellos que tratan de obtener su bendición en forma equivocada.

La bendición dada a Esaú en Génesis 27:39 probablemente reza, conforme a las versiones más recientes: "Tu habitación estará lejos de la gordura de la tierra, y lejos del rocío de los cielos en las alturas". De modo que Esaú no habría de compartir las riquezas de la tierra prometidas a Jacob, sino que viviría en lugares desiertos. El siguiente versículo sigue diciendo que se ganaría la vida como cazador.

Cuando Isaac bendijo a Esaú, él profetizó que al independizarse Esaú, sacudiría de su cuello el yugo de Jacob. En la historia subsiguiente re-

gistrada en la Biblia, los edomitas se sometieron una y otra vez a Israel, pero en muchas ocasiones también intentaron librarse. Durante el tiempo de los Herodes, un edomita llegó incluso a reinar sobre Israel.

Es extraño oír a Isaac dando semejante bendición a Esaú cuando éste había llorado, implorando una bendición de su padre. Si Esaú solamente hubiese reconocido la bendición de Jacob y se hubiese sometido a su supremacía, también habría obtenido la salvación. Pero él buscaba su propia bendición; la quería separada de la bendición de Jacob, y eso fue precisamente lo que Isaac le dio. De todos modos, Jacob tendría que reinar con misericordia sobre Esaú, como lo haría también el Cristo. También de Edom nacerían creyentes.

Aparentemente, aun hasta el momento final Isaac no estuvo seguro de si estaba hablando a Esaú, o no. Sin embargo, procedió a pronunciar la bendición sobre la persona que se había presentado ante él y afirmó ser Esaú. ¿Habrá bendecido a Jacob contra su voluntad, respondiendo a la insistencia del Espíritu en su interior? Al principio bendijo al heredero de la promesa en términos muy sombríos (véase Gn. 27:28-29). No fue sino hasta más tarde, cuando Isaac había vuelto a rendirse ante la palabra de Dios y reconocido que Jacob era el escogido de Dios, que le comunicó en forma más plena y más deliberada la bendición de Abraham (Gn. 28:3-4). Cuando en Hebreos 11:20 leemos que "por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto de cosas venideras", el texto debe referirse a las dos ocasiones.

**Pensamiento clave:** *Dios mantiene su prerrogativa en la elección.*

**Planes pecaminosos de Isaac y Esaú.** Siendo Esaú de 40 años de edad, se casó con dos mujeres hititas, cosa que fue motivo de gran amargura espiritual a Isaac y Rebeca. Con este paso Esaú demostró nuevamente que despreciaba el llamamiento y la promesa del pacto, porque no le importaba mezclar la raza santa con gente que vivía en la tierra de Canaán.

Sin embargo, Isaac seguía aferrado a Esaú, su hijo favorito. Sabía que Jacob heredaría la promesa del pacto y también sabía que Esaú despreciaba la promesa en tanto que Jacob la anhelaba. A través del desarrollo de sus dos hijos, Dios le reveló su voluntad. Sin embargo, contrario a la voluntad de Dios, quería dar a Esaú la bendición. Por su favoritismo se oponía a la elección que Dios había hecho al escoger a Jacob.

Isaac había envejecido tanto que estaba casi totalmente ciego. Creía que ya no tardaría en morir, pero se equivocaba porque todavía vivió muchos años. De todos modos, pensaba que había llegado el momento

para bendecir a sus hijos. Se aseguraría de que Esaú recibiese la bendición del pacto.

Llamando a Esaú, le pidió que fuese a cazar. Quería que Esaú le preparase algo de la caza para comer, prometiendo darle después la bendición. Esaú procedió a hacer lo que su padre le pidió. Aparentemente Esaú estaba deseoso de obtener la bendición. Despreciaba el pacto, pero quería las ventajas temporales que acompañaban la bendición del pacto, es decir, la ventaja de ser el primogénito.

De esta manera Isaac y Esaú estaban unidos en su oposición al decreto del Señor. Rechazaron a Jacob como el escogido del Señor, y ahora tentaron frustrar los planes de Dios. Aparentemente no querían la bendición que solamente se obtiene mediante la sumisión a la voluntad de Dios. En forma similar, la gente de hoy sigue rechazando al Escogido de Dios (al Señor Jesucristo) y la voluntad de Dios para con él.

**Planes pecaminosos de Rebeca y Jacob.** Aparentemente Rebeca sabía lo que Isaac estaba planeando. Quizás Isaac incluso lo había comentado con ella antes, y quizá se había opuesto a sus esfuerzos por hacerle cambiar de parecer. Rebeca sabía que las esperanzas de Isaac no podrían cumplirse. Sin duda, su predilección por Jacob le ayudó a dar forma a su convicción, pero al mismo tiempo se estaba sometiendo en fe a la profecía referida a sus hijos. Atemorizada por lo que podría suceder, escuchó furtivamente la conversación entre Isaac y Esaú. Luego llamó a Jacob para decirle que engañase a su padre.

Jacob temía aquel engaño; temía ser descubierto. En tal caso sería maldito y no bendito. Pero Rebeca cargó con toda la responsabilidad diciendo que la maldición solamente la afectaría a ella. Por supuesto, Jacob no debería haber permitido que eso determinara sus acciones. En cambio, debería haber insistido en ser responsable de sus propias acciones.

Rebeca no temía la maldición. Estaba firmemente convencida que, al final, todo saldría bien, puesto que era la voluntad de Dios que Jacob recibiese la bendición.

Es asombroso ver cómo la fe y el pecado estaban mezclados en Rebeca. Ella estaba tan firme en su convicción que pudo convencer a Jacob. Incluso ideó un plan astuto para tener éxito con su engaño.

De todos modos, su engaño era muy pecaminoso. Es cierto que el punto de partida de Rebeca era correcto, pero habiendo fracasado en su

intento de hacer cambiar de parecer a Isaac en cuanto a bendecir a Esaú, debería haber dejado el resto en manos del Señor, quien se ocuparía de hacer triunfar su palabra. Nadie debe tratar de obtener la bendición del Señor mediante pretextos falsos.

**Una bendición para el engañador.** Jacob hizo exactamente lo que le dijo su madre. Cuando Isaac oyó su voz, le pareció que sonaba como la voz de Jacob, pero finalmente se dejó engañar por la trampa de su hijo. ¿Acaso tenía Isaac en ese momento cargos de conciencia? ¿Se habrá dejado engañar, quizás inconscientemente, porque sabía que Jacob recibiría la bendición?

El olor de la ropa de Esaú, que para esa ocasión Jacob había tomado prestada, ayudó para que Isaac estuviese dispuesto a otorgar la bendición. Prometió a Jacob las bendiciones de la tierra y el poder sobre las naciones. También profetizó que los descendientes de Jacob serían el centro de la atención del mundo: "Malditos los que te maldigan, y benditos los que te bendigan".

De esta manera Isaac dio a Jacob la bendición que Dios había dado una vez a Abraham, aunque en forma más bien débil. Todo lo que ocurría en la tienda de Isaac estaba contaminada por el pecado, pero el Señor cuidaba que su escogido recibiese la bendición a pesar de los planes de Isaac y Esaú. La bendición no puede ser quitada del escogido de Dios. Dios guarda celosamente su prerrogativa en la elección.

De igual modo, Dios defiende y sostiene cuidadosamente la elección que hizo cuando escogió a Cristo. Como escogido de Dios, la bendición de Dios no puede ser quitada de él. Y nunca nadie recibirá ninguna bendición genuina separado de aquel escogido. Algún día todas las naciones tendrán que reconocer al Cristo como el escogido de Dios y ver cómo Dios lo bendice.

**Una bendición para Esaú.** Jacob apenas había dejado a Isaac, cuando Esaú llegó del campo. Recién entonces comprendió Isaac el engaño. Antes pudo haberse sentido incierto, pero ahora estaba seguro de lo que había ocurrido y veía cuán desdeñable era. Llegó a tener conciencia de todo el pecado en su casa. Tal vez incluso se daba cuenta cuán pecaminoso había sido con su preferencia en cuanto a Esaú. Isaac debe haber visto cómo la palabra del Señor había destruido sus planes y cómo lo

había conquistado. Ese fue el motivo por el cual inmediatamente reconoció que era Jacob a quien le pertenecía la bendición.

Esaú expresó su amarga pena y disgusto burlándose del nombre de Jacob, que realmente significaba engañador. Pero el motivo de su pena era que la bendición de la primogenitura había sido quitada de él. Desafortunadamente, no se sentía triste por su desprecio respecto del pacto. Al contrario, todavía rehusaba inclinarse delante del Señor. Si hubiera aceptado la elección de Jacob y la bendición de Jacob, también habría alcanzado salvación. Pero eso no era lo que Esaú quería. De igual modo habrá un eterno crujir de dientes respecto a la victoria de Cristo, aquel a quien las personas en esta vida no querían reconocer como el escogido de Dios.

Entonces Esaú pidió una bendición propia, separada de la bendición dada a Jacob. Isaac le dio lo que pedía. "En contraste con Jacob, no recibirás la gordura de la tierra; en cambio, habitarás en tierras desiertas; allí vivirás de la caza y del saqueo. Serás siervo de tu hermano, pero, al independizarte, sacudirás su yugo de tu cuello".

En realidad esta era una terrible predicción sobre el futuro de Esaú, puesto que rebelarse contra Jacob significaba rebelarse contra el Cristo. Desafortunadamente, los descendientes de Esaú (los edomitas) han sido los enemigos constantes de Israel y del pacto de Dios con su pueblo. Sin embargo, debe haber habido edomitas que doblaron sus rodillas ante el Cristo. De modo que Esaú está sujeto a Jacob, al Cristo, en un eterno gobierno de misericordia.

**El escogido es disciplinado.** Esaú no se sometió al decreto del Señor. Al contrario, odiaba a Jacob por la bendición que había recibido y planeaba matarlo tan pronto su padre hubiese muerto. Aparentemente había un lazo especial entre Esaú e Isaac. Su respeto por Isaac retuvo a Esaú mientras su padre seguía con vida.

Rebeca fue informada de las palabras de Esaú, y en consecuencia ordenó a Jacob huir a su hermano Labán en Harán. Se consoló a sí misma y a Jacob, diciendo que la ira de Esaú no duraría mucho tiempo y que pronto podría enviarle noticias a Jacob para que retornase.

En su corazón debe haber sabido que la ausencia de Jacob probablemente se prolongaría por más tiempo, y que la próxima separación podría significar un adiós final. Aquello debe haber sido un amargo pensamiento para ambos. Sin duda sentían que el Señor estaba contra ellos

por causa de su engaño.

Es cierto que Jacob era el escogido de Dios, pero por ese mismo hecho tendría que rendirse completamente al llamamiento y a la promesa del Señor y no andar en sus propios caminos. Esta huida era la forma en que el Señor lo castigaba. Mediante este terrible capítulo en la vida de Jacob, como también mediante otros acontecimientos, el Señor purificaría a Jacob de su testarudez. Jacob tendría que seguir el sendero del sufrimiento; también en este sentido fue un tipo del Cristo. Sin embargo, Cristo no siguió el sendero del sufrimiento y de la cruz por causa de algún pecado que hubiese cometido, sino para expiar por los pecados de otros.

**Sometiéndose a la voluntad de Dios.** Para Rebeca fue fácil encontrar una justificación para la partida del hogar de Jacob. Dijo a Isaac que Esaú se había casado con mujeres hititas y declaró que si Jacob también se mezclaba con la gente de aquella tierra, para ella ya no valdría la pena vivir. Aquí estaba dando expresión a su fe. Estaba demostrando que vivía por la promesa.

Por eso Isaac ordenó a Jacob que fuese a Padan-aram para encontrar una esposa de la familia de su madre. Sabiendo y creyendo que Jacob era el heredero de la promesa ahora insistía en que nunca tomase esposa de entre las mujeres cananeas. Evidentemente Isaac había abandonado su oposición a la palabra del Señor. En el momento de partir Jacob, Isaac le dió la plena bendición de Abraham. Dios había hecho que Isaac reconociera la prerrogativa divina de Dios.

Así partió Jacob. Se sometió a la cruz que le fue impuesta por causa de su pecado. Fue obediente a su padre y madre y también al Señor. Se sometió a la voluntad de Dios y rechazó la probabilidad de mezclarse con los cananeos.

Puesto que en principio los problemas habían sido allanados entre Jacob y sus padres, nuevos celos nacieron en Esaú y él tomó otra mujer mientras aún conservaba a las otras dos mujeres hititas. Esta última esposa era del linaje de Ismael, hijo de Abraham. Probablemente pensaba que esta decisión le ayudaría a hacer las paces con sus padres, pero se equivocó. ¿No había despreciado Ismael el pacto de Dios con Abraham? Esaú no vivía por el pacto, y en consecuencia no entendía lo que sus padres creían y querían. No hay lugar para convenios cuando se trata del Señor y de su pacto. La única alternativa es sumisión total. Y en cuanto a Esaú, en su vida no había lugar para tal sumisión.

# 26: La primacía de Dios en el pacto

*Génesis 28:10-22*

Jacob había recibido la bendición de Abraham, pero Dios todavía no se le había revelado personalmente. Además, cuando Jacob dejó la tienda de sus padres, debe haber sentido terribles cargos de conciencia en cuanto al modo en que había obtenido esa bendición. Había algo que estaba entre Dios y Jacob, quien todavía no había sido reconocido directamente por el Señor como aquel sobre quien descansaba la bendición.

Cuando tomamos en cuenta esto, se hace obvio el significado del episodio en Betel. En Betel Dios reconoció a Jacob como portador de la bendición, y por amor a Cristo le concedió su comunión. Este reconocimiento fue concedido aun antes de ser quitados los problemas entre Dios y Jacob, cosa que ocurrió muchos años después en Peniel. Aquí Dios volvía a demostrar que él toma la iniciativa en el pacto. Incluso estaba dispuesto a pasar por alto el pecado de Jacob por el momento.

Jacob puede haber pensado que la iniciativa había sido suya y que él había buscado a Dios para alcanzar la bendición. Pero ahora aprendió que es Dios quien toma la iniciativa. También comprendió esta verdad por el hecho de que la promesa le vino mientras estaba durmiendo, Jacob no estaba participando activamente en el encuentro entre él mismo y Dios. Allí se le aclaró, sin que pudiese ser negado que la seguridad del pacto está arraigada solamente en la fidelidad de Dios. Cuando el Señor reconoció a Jacob como heredero de la promesa, también le aseguró que siempre estaría de su parte.

Después que Dios apareciera en sueños a Jacob, éste llamó santo el lugar donde había dormido, una puerta al cielo. Identificó la revelación de gracia del Señor con aquel lugar (Betel), lugar que también fue de especial importancia para él en años posteriores de su vida. De igual modo, en años posteriores la revelación de la gracia del Señor estuvo ligada a Jerusalén y al templo.

Jerusalén y Betel hallan su cumplimiento en Cristo, en quien es completa la revelación de la gracia de Dios. Sin embargo, aquella revela-

ción de la gracia estuvo más estrechamente identificada con Jacob, como el bendito del Señor, y como un tipo del Cristo, que con Betel. Partiendo de Jacob, los ángeles subían a la presencia de Dios, llevándole la vida de Jacob y sus necesidades, pero también descendían a la presencia de Jacob, trayéndole la gracia y el amor de Dios. Había la íntima comunión del pacto entre Dios y Jacob. Jacob se dio a sí mismo al Señor, porque el Señor se había dado a sí mismo a Jacob y seguiría haciéndolo en el futuro. De esta manera Jacob era un tipo del Cristo, que goza de la perfecta comunión con Dios. Afortunadamente, Cristo nos permite compartir esa comunión.

Al ungir Jacob la piedra y levantarla en fe como una señal, estaba aceptando la promesa de Dios. Ese acto suyo no debe ser identificado con el ungimiento idólatra que era costumbre entre los paganos. Al ungir Jacob la piedra en Betel, estaba consagrando Betel como lugar donde Dios se había revelado. En el tiempo de Jacob y a través del período del Antiguo Testamento, la revelación estaba ligada a un sitio particular. Actualmente, en Cristo, podemos adorar al padre en cualquier sitio. Sin embargo, todavía lo adoramos en la tierra, de modo que la fe no esta separada de la tierra.

La consagración de Betel era una profecía de que algún día toda la tierra sería consagrada como casa de Dios. En principio esto ocurrió cuando fue derramado el Espíritu Santo.

Cuando Jacob declaró: "Si fuere Dios conmigo y me guardare en este viaje en que voy..." no estaba poniendo condiciones para la consagración de su vida al Señor. Si hubiese estado pensando en términos de poner condiciones, hubiera quedado claramente demostrado que no aceptaba en fe la promesa del Señor dada en Betel. Jacob vivía convencido que el Señor seguramente cumpliría lo que había prometido. Por eso era genuina su entrega al Señor. Mediante su voto aceptaba por fe la promesa del Señor.

**Pensamiento clave:** *Como aquel que toma la iniciativa en el pacto, el Señor ofrece su comunión a los suyos.*

**Lejos del círculo del pacto.** Jacob hizo lo que su padre Isaac le había dicho. Tomó rumbo a Padan-aram (Harán) para buscar una esposa para sí. Sin embargo, el verdadero motivo de su partida era el pecado mediante el cual había obtenido la bendición. Ahora era preciso que se separase del círculo del pacto. ¿Cuándo podría volver a él?

Por supuesto, él había recibido la bendición, pero el Señor nunca le había aparecido en forma personal. ¿Qué significaba el Señor para él, especialmente ahora que había pecado? Por cierto, Jacob había salido en busca de esa bendición, pero, ¿estaba interesado en ella por amor al

Señor mismo? Esto era algo que solamente quedaría claro a través de un encuentro con el Señor. ¿O se apartaría el Señor de él a causa de su pecado? De todos modos, Jacob debe haberse sentido abandonado, expulsado del círculo del pacto.

Todas aquellas preguntas, que deben haber llenado el corazón de Jacob, fueron contestadas cuando el Señor mismo se reveló a Jacob. En aquel primer encuentro, el Señor le hizo saber que si bien había recibido la bendición por camino equivocado, ahora era verdaderamente suya. El mismo Señor se ligó a Jacob, de manera que no estuviese solo mientras se alejaba más y más del círculo del pacto.

Solo por amor a Cristo era posible que el Señor estableciera esta relación con el pecador Jacob. Dios se ligó hasta tal grado a Jacob que temporalmente pasó por alto su pecado, dándole la promesa sin castigarlo. Afortunadamente, nuestras vidas son preservadas por la fidelidad de Dios en el pacto, no por nuestra propia fidelidad.

**La escalera de Jacob.** Al caer la noche después del primer día de viaje, Jacob se acostó bajo el cielo descubierto. Una piedra le sirvió de almohada. Aquella noche, en sueños, vio una escalera entre el cielo y la tierra. Los ángeles de Dios subían y bajaban la escalera y el Señor mismo se encontraba en su extremo superior. En este sueño el Señor dijo a Jacob que él era el Dios de su padre Abraham y de Isaac. Lo que Dios había sido para Abraham e Isaac, ahora lo sería también para Jacob. A partir de aquel momento el Señor estaría ligado a Jacob, y Jacob estaría ligado al Señor. Entre el Señor y Jacob habría una comunión continua. Esta comunión fue simbolizada en el sueño mediante la escalera. Los ángeles subían la escalera llevando la vida de Jacob y la consagración de su corazón al Señor y por la misma escalera descendían para declarar la bendición del Señor a Jacob.

Tan maravillosa comunión realmente no puede existir entre Dios y un ser humano pecador; solamente es posible entre Dios y el hombre Jesucristo, quien obedeció a Dios en todas las cosas. Por amor a Cristo, la comunión que disfrutó Jacob con Dios ahora es accesible para todos nosotros, si creemos en Cristo quien expió nuestras transgresiones.

Con su propia voz Dios repitió a Jacob la promesa hecha a Abraham. Dios le daría la tierra y muchos descendientes. En esa simiente todas las familias de la tierra serían benditas. Con respecto al viaje que Jacob estaba comenzando, un viaje que lo llevaría lejos del círculo del pacto.

Dios prometió acompañar a Jacob y traerlo de regreso a su propia tierra.

Dios se reveló a Jacob mientras éste dormía, dándole maravillosas promesas. En esa condición Jacob mismo no podía hacer otra cosa sino escuchar lo que Dios le estaba prometiendo. Afortunadamente, la promesa de Dios y su pacto no dependen de nuestro consentimiento o de nuestro trabajo. Son cosas que provienen de Dios quien nos enriquece a través de ellas. La respuesta que espera de nosotros es la fe.

**La puerta al cielo.** Al día siguiente, cuando Jacob despertó, dijo: "Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía". Jacob estaba asombrado al ver que el Señor le buscaría de tal manera y que le concedería su comunión, cosa que trascendía todo aquello que podía haber imaginado. La gracia de Dios siempre trasciende en mucho nuestras expectativas.

Jacob también estaba atemorizado, no en el sentido de terror sino en el sentido de un santo temblor en la presencia de la maravillosa gracia de Dios. "Qué lugar terrible es este", dijo. "¡Este lugar no es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo! Dios vive aquí y yo tuve el privilegio de tener aquí comunión con él".

Aquel sitio se convirtió en lugar muy especial para Jacob, un lugar que también sería importante en los años venideros de su vida. Para Jacob era un lugar santo, porque allí había tenido, por primera vez, comunión con Dios. Cuando Israel llegó a ser una nación, también hubo un lugar especial donde Dios quería tener comunión con su pueblo, un lugar similar a esta puerta del cielo, es decir, el tabernáculo (y luego el templo).

Ya no tenemos esta clase de lugares santos, porque el significado de ellos se ha cumplido en el Señor Jesucristo. Ahora él es nuestra puerta al cielo, nuestra entrada hacia Dios. En el Señor Jesucristo vemos la gracia de Dios como algo infinitamente alto e inmensurablemente profundo, de tal modo que a veces nos sacude un santo temblor en la presencia de la gloria de esa revelación de su gracia.

**El voto.** Entonces Jacob levantó la piedra que le había servido de almohada y derramó aceite sobre ella. Desde aquel momento en adelante,

la piedra sería un símbolo de lo que Dios le había prometido y también de su aceptación de la promesa, de su convicción que Dios realmente le daría la tierra en la que él y su simiente servirían al Señor.

Junto a aquella piedra Jacob hizo una promesa solemne. Si el Señor lo regresaría en paz a la casa de sus padres, él serviría al Señor como su Dios. Aquella piedra le serviría como templo para recordarle que había de dar al Señor el diezmo de todo cuanto recibía. En aquel sitio también adoraría al Señor.

Cuando Jacob prometió servir al Señor, si el Señor lo traería de regreso en paz, no estaba prescribiendo condiciones. Creía, libre de toda duda, que el Señor verdaderamente lo traería de vuelta, y que entonces, ofrecería, en esa tierra, su vida al Señor. Al dar un diezmo de sus posesiones al Señor, estaba demostrando que rendía toda su vida al Señor.

Para Jacob, aquel lugar santo era un símbolo de todo el país. Quería que todo el país fuese un país santo en que se sirviese al Señor. Aquel Betel particular (es decir, casa de Dios), marcaba a toda la tierra como un Betel.

Nosotros, que vivimos después de la ascensión de Cristo, vemos un significado aun más amplio en aquel nombre. Hemos aprendido a ver toda la tierra como un Betel en el que servimos al Señor. Toda la tierra puede convertirse en Betel, porque el Señor ha derramado su Espíritu. Por cuanto tenemos su Espíritu, podemos servir al Señor en cualquier parte de la tierra. Después de la renovación de los cielos y la tierra, la tierra será un Betel en el sentido pleno de la palabra, por que entonces Dios habitará entre los hombres para siempre.

# 27: La palabra hecha carne.

*Génesis 29—30*

En Génesis 29 y 30 alcanza un cumplimiento parcial la promesa con la cual habría muchos descendientes, puesto que nacieron once hijos. (El hijo décimo segundo de Jacob nació más tarde). Debido a que Jacob recibió tantos hijos y también riquezas, podemos hablar aquí de la palabra hecha carne. La promesa se estaba cumpliendo.

Por supuesto, hay otros aspectos implícitos en este tema de la palabra hecha carne, es decir, la santificación de la naturaleza pecaminosa del hombre. Gracias a esta santificación, el niño que nacería de María podría ser llamado El Santo. En esta parte de la historia bíblica la naturaleza pecaminosa del hombre estaba siendo santificada conforme a los propósitos de la gracia de Dios.

Este proceso comenzó cuando Labán y Jacob llegaron a un acuerdo por el cual Jacob serviría a Labán durante siete años por Raquel, y luego otros siete años más. Las intenciones de Labán no eran nobles. Había vendido sus hijas a su sobrino Jacob por interés a las ventajas que Jacob podría significarle. Jacob no fue recibido en el corazón o la casa de Labán. Así que, debido a que Jacob seguía siendo un extraño en Harán, no existía el peligro de radicarse permanentemente allí y llegar a formar parte de la vida del pueblo local.

El engaño de Labán y los celos entre Lea y Raquel fueron factores que contribuyeron a que Jacob fuese padre de once hijos. Esto es una ilustración del poder santificador de la palabra de la promesa. Cuando Abraham engendró un hijo que nació de la incredulidad (es decir, Ismael), ese hijo fue expulsado. Sin embargo, en el caso de Jacob todos los hijos llegaron a ser cabezas de tribus y herederos de la promesa. Aquí estaba obrando la palabra de la promesa, sobreponiéndose a los pecados de los hombres y santificando a todos los hijos.

Cuando Lea dio nombre a sus primeros cuatro hijos, en cada caso mencionó al Señor, el Dios del pacto. Aparentemente la desdicha que sufría debido al amor que Jacob sentía por Raquel, la había santificado. En fe

comenzó a interesarse por la promesa del pacto dada a Jacob.

Sin embargo, cuando Raquel puso nombre a los hijos de su sierva, mencionó a Dios, pero sin usar su nombre del pacto. Aparentemente el pacto con su promesa todavía no tenía sentido para ella. Más tarde también se debilitó la fe de Lea debido a sus celos. Al dar nombre a los hijos de su sierva, habló solamente de su propia felicidad. Cuando la luz finalmente resplandeció para Raquel y ella tuvo un hijo, entonces también ella confesó al Señor.

Es como si el Señor castigara a Jacob por tomar más de una esposa. Por eso había tanta miseria en su casa. Por otra parte, parece que el Señor usó esa miseria como instrumento para revelarse a Lea y Raquel.

Después que Labán hubo engañado a Jacob, haciéndole tomar a Lea por esposa, Jacob aceptó la propuesta pecaminosa de Labán y tomó también a Raquel. El engañador había sido engañado. En todos los acontecimientos posteriores, Jacob debe haber visto la mano de Dios contra él muchas veces.

No se sabe exactamente cuando ocurrieron los dos casamientos. El segundo ocurrió una semana después del primero, al final de la semana de fiesta nupcial. (Labán había dicho a Jacob que esperase hasta el fin de la fiesta nupcial). Sin embargo, no está totalmente claro si aquellas bodas dobles tuvieron lugar al comienzo de aquellos catorce años o a la mitad de ellos. Cualquiera fuese el caso, las bodas dobles no ocurrieron al final. La mayoría de las evidencias sugieren que las bodas tuvieron lugar al fin del primer período de siete años.

Jacob aumentó sus riquezas mediante el artificio de poner cañas peladas en los bebederos de los rebaños. En su corazón volvía a vivir un intento pecaminoso, pero un ángel del Señor le apareció en sueños para informarle que las bendiciones venían de Dios, del Dios que le había aparecido en Betel (Véase Gn. 31:10-13). También aquí la naturaleza pecaminosa del hombre estaba siendo santificada por medio de la palabra de la promesa.

**Pensamiento clave:** *La promesa recibe su cumplimiento inicial mediante la bendición dada a Jacob.*

**Sirviendo por salario.** Partiendo de Betel, Jacob siguió viaje rumbo a Harán. Después de viajar muchos días, llegó a un pozo en el campo, hallando tres rebaños de ovejas acompañados por sus pastores junto a él. El pozo estaba cubierto por una piedra que difícilmente podía ser quitada por un solo hombre. Por eso los pastores con frecuencia se esperaban el uno al otro junto al pozo.

Al interrogar Jacob a los pastores, supo que habían venido de Harán. Pronto fue obvio que conocían a Labán, el tío de Jacob. Los pastores

dijeron a Jacob que la hija de Labán pronto llegaría al pozo con algunas ovejas.

Jacob quería estar a solas al encontrarse con su prima, de modo que trató de persuadir a los pastores a alejarse, indicando que aún era temprano. Ellos respondieron que no podían partir porque ningún pastor o pastora debía permanecer solo junto al pozo.

Mientras aún estaba hablando, llegó Raquel con sus ovejas. Jacob se apresuró a ayudarle quitando él solo la piedra del pozo y dando de beber a sus ovejas. Luego le dijo que era hijo de Rebeca y por eso ella lo llevó consigo a la casa de Labán.

Jacob no tardó en ser útil ayudando con el pastoreo de los rebaños de Labán. No sabemos si Jacob dijo a Labán el motivo por el cual no podía regresar a su casa. De todos modos, Labán debe haberse dado cuenta que Jacob quería permanecer allí. Además, Labán debe haber notado que Jacob se había enamorado de Raquel, su hija menor. Labán quería sacar la mayor ventaja de esta circunstancia, porque había descubierto que Jacob era un buen pastor. Por eso propuso que Jacob le sirviera por salario.

De esta manera quedaba asegurada la permanencia de Jacob en casa de su tío. Desafortunadamente, no le hicieron miembro de la familia y no fue recibido en el círculo de la familia. Debido a su codicia, Labán carecía de sensibilidad. Sin embargo, el Señor permitía deliberadamente que las circunstancias siguiesen ese curso, porque no quería que Jacob se sintiese en casa en Harán. Jacob tenía que seguir siendo un extranjero, de modo que a su tiempo regresaría a Canaán para esperar allí el cumplimiento completo de la promesa.

Jacob aceptó la oferta de Labán y accedió servir a su tío durante siete años por Raquel. Aquel servicio no debía ser interpretado como una dote, puesto que Jacob recibía su salario. De todos modos, no fue una buena manera de tratar un asunto como lo es el matrimonio. El codicioso Labán aceptó gustoso la propuesta de Jacob.

Los siete años que Jacob sirvió por Raquel le parecieron solo unos pocos días porque la amaba profundamente. Al final de los siete años debía llevarse a cabo la boda. Pero al llegar la noche de bodas, Labán trajo a Lea a Jacob en lugar de Raquel. Jacob no descubrió que había sido engañado sino hasta la mañana siguiente. En vista de la acusación de Jacob, Labán trató de excusarse diciendo que en aquella región no era costumbre dar en matrimonio a la hija menor antes que la primogé-

nita. Si esto hubiera sido cierto, Labán no debería haber accedido a la propuesta de Jacob.

Labán propuso a Jacob que también tuviese a Raquel una vez que hubiese pasado la fiesta nupcial que duraba siete días. Jacob aceptó. De esa manera el matrimonio perdió su dignidad y fue degradado.

En consecuencia, una semana después Jacob recibió otra esposa, lo que significaba que tendría que servir durante otros siete años a Labán. Durante todos aquellos años siguió siendo un extranjero y un siervo en casa de Labán. Conforme al decreto del Señor, debía mantenerse aislado, tal como su abuelo Abraham había sido apartado. Jacob fue apartado por amor a Cristo, tal como había sucedido con Abraham. El Cristo fue apartado de cuanta cosa pecaminosa había en este mundo, y en consecuencia fue un extraño en la tierra. El gran Hijo de Dios gobernaba la vida de Jacob en Harán.

Si somos de Cristo, no somos llamados a separarnos de la vida, pero ciertamente debemos cuidar de vivir alejados del pecado del mundo. En cuanto a la vida pecaminosa sobre la tierra, nosotros somos extranjeros por amor a Cristo.

**El nacimiento de los hijos.** Debido a aquel doble casamiento, no pasó mucho tiempo en aparecer la miseria, porque Jacob amaba a Raquel y era indiferente hacia Lea. Por ese motivo Dios se inclinó por Lea. ¡Cuántas veces Dios se pone del lado de aquellos que están oprimidos en la tierra! La opresión de la vida le resulta intolerable, especialmente dentro del círculo del pacto. Por eso el Señor dio a Lea cuatro hijos, impidiendo en tanto que Raquel diese a luz.

En los primeros años de su matrimonio Lea se volvió al Señor, el Dios del pacto y de la promesa, quien reinaba sobre la casa de su esposo. El hecho de que ella buscara a Dios, impulsada por su sufrimiento, se evidencia en los nombres que dio a sus hijos: Rubén, Simeón, Leví y Judá. Cada uno de estos nombres contiene una mención del Dios del pacto. De manera especial alabó al Señor y demostró su relación con él en la ocasión del nacimiento de su cuarto hijo, a quien llamó Judá. Más adelante el Cristo nacería del linaje de Judá. El gran privilegio de ser la madre del linaje del cual nacería el Cristo, perteneció a Lea y no a Raquel.

Bilha tuvo dos hijos, Dan y Neftalí, que nacieron como fruto del celo y de la incredulidad. No obstante, el Señor los aceptó como futuras tribus de su pueblo. El Señor mismo lo había ordenado de esa manera.

Aunque anteriormente Ismael se había perdido con respecto al pueblo de Dios, ahora la palabra de la promesa superaba los pecados de los hombres y santificó aquellos nacimientos, simplemente porque esa era la voluntad del Señor.

Entonces Lea dejó de tener hijos y en consecuencia dio a Jacob su sierva Zilpa como esposa. Solamente su envidia de Raquel pudo haberla impulsado a tomar esta medida. También Zilpa tuvo dos hijos: Gad y Aser. Con el pasar del tiempo, la vida espiritual de Lea practicamente se había desvanecido. En ocasión de dar nombres a estos dos hijos, solamente habló de esperanza y buena suerte.

Más adelante, el Señor volvió a acordarse de Lea que todavía era despreciada por Jacob, dándole otros dos hijos: Isacar y Zabulón. Al darle sus respectivos nombres, mencionó a Dios, pero sin mencionar su nombre del pacto. También tuvo una hija que se llamó Dina.

Finalmente, movido por su gracia del pacto, Dios se volvió a Raquel, dándole un hijo a quien llamó José. En ese nombre expresaba que Dios le había quitado su vergüenza pasada y que alentaba la esperanza de recibir algún día otro hijo del Señor. De modo que ahora mencionó el nombre del Señor, el Dios del pacto. La felicidad, aparentemente había abierto los ojos de Raquel a las bendiciones del pacto.

Entonces, mientras Jacob vivió en Harán, recibió del Señor once hijos. Si bien todos ellos nacieron en medio de envidias y celos, en su gracia el Señor pasó por alto toda aquella pecaminosidad porque ahora quería comenzar a cumplir la promesa que una gran nación nacería del linaje de Abraham. Mediante el poder de la gracia de Cristo, que expiaría por nuestros pecados, Dios evitó que aquellos pecados condujesen a consecuencias fatales.

**Un cálculo astuto.** Transcurridos los catorce años, Jacob quiso salir de aquella tierra. Pero Labán comprendía que Dios lo había bendecido por amor a Jacob, y por eso pidió a Jacob que se quedase. Quería que Jacob trabajase por salario, pero Jacob respondió que ya no le satisfacía el mero salario; quería una parte de la bendición que Dios le había dado a Labán por amor a él. Hizo saber a Labán que quería una pequeña parte de toda esa bendición. Pidió todos aquellos animales que tuviesen manchas o fuesen salpicadas de color, todas las ovejas de color oscuro y todas las cabras salpicadas de color. La separación de esos animales debía hacerse enseguida. Así Jacob compartiría las bendiciones

que Dios ya había dado a Labán, recibiendo como suyos todos los animales manchados y salpicados de los rebaños de Labán. Si todo el rebaño fuera dividido conforme a estas condiciones, nunca habría malentendidos en cuanto al dueño de los animales.

Labán accedió, y así fueron separados los rebaños de los dos hombres. Los rebaños de Jacob serían pastoreados por los hijos de Labán, en tanto que Jacob cuidaría los rebaños de Labán. Además, Labán solicitó que el rebaño de Jacob fuese pastoreado a tres días de distancia del suyo propio. De esa manera sus propios animales no verían ningún animal salpicado y no tendrían oportunidad de procrear con ellos. Labán creía que en su propio rebaño no nacerían animales salpicados.

Pero Jacob tendió una trampa a Labán. Colocó varas, parcialmente peladas, en los bebederos del rebaño, lo que condujo al nacimiento de muchos animales salpicados de diversos colores en el rebaño de Labán. De vez en cuando también conducía animales jóvenes salpicados de color delante del rebaño principal de Labán. Entonces la procreación llevó al nacimiento de más animales salpicados; éstos entonces podían ser reclamados por Jacob como propios. De esta manera crecía el rebaño de Jacob, convirtiéndolo en un hombre rico. Con el tiempo llegó a tener muchos siervos propios.

Aquí Jacob demostró que su naturaleza engañadora no había cambiado. Pero la gracia del Señor se sobrepuso al pecado humano. Jacob fue bendecido por amor a la palabra de la promesa. No obstante, todos los pecados de Jacob fueron descubiertos después, cuando el Señor se volvió contra él por causa de esos pecados. Pero por el momento las bendiciones continuaban por amor a Cristo. El Señor incluso mostró a Jacob, mediante un sueño, que gracias a la bendición de Dios nacerían muchos animales salpicados. ¡Qué avergonzado debe haberse sentido entonces Jacob! Temporalmente Dios puede pasar por alto nuestros pecados, debido a que los dirige hacia el Cristo, pero a su tiempo nos pedirá cuenta de ellos.

## 28: La separación por medio de la palabra.

*Génesis 31*

Siguiendo el expreso mandamiento de Dios, Labán y Jacob tomaron caminos separados. Por supuesto, la actitud de Labán y sus hijos y su envidia hacia Jacob fueron factores en la separación. De todos modos, el Señor había ordenado deliberadamente que Jacob saliera de la tierra. Dios dirigió las cosas de tal manera que Jacob nunca entró en relaciones estrechas con la gente de Padan-aram; de lo contrario, no habría podido partir tan fácilmente.

Al término de su estadía en Padán-aram, Dios volvió a hablar a Jacob, tal como le había hablado en Betel. Dios le recordó ese primer encuentro. Cuando Dios le habló, una nueva luz iluminó la vida de Jacob.

El sueño del que Jacob habló a sus esposas puede ser interpretado solamente como una revelación directa de Dios (vea la conexión entre los versículos 13 y 3 de Gn. 31). En este sueño el Señor mostró a Jacob que el crecimiento de su rebaño no era simplemente el resultado de sus artificios sino la obra del Señor. Gracias a esta revelación, Jacob debe haber considerado con actitud diferente su estadía en Harán.

Dios había guardado a Jacob de la codicia de Labán y ahora estaba separando a los dos hombres. Este contexto llama a Labán "el arameo". Labán quería el fruto de la bendición de Jacob, pero no su esencia. Por eso sintió hostilidad hacia el hombre bendecido por Dios. El peligro mencionado por Jacob, es decir, que Labán lo dejara ir con las manos vacías, era totalmente justificado.

Aunque la separación se hizo por la palabra del Señor, no fue una separación completa. Los hijos de Jacob llevaban consigo mucho del carácter arameo y Raquel robó los ídolos domésticos de la casa de su padre. ¿Acaso esperaba tener otro hijo por la bendición de esos dioses? ¿Por qué tomaría esos ídolos si había entregado su corazón totalmente al Señor?

La separación entre el hombre y el pecado sólo es completa en Cristo. Esta separación entre Jacob y Labán también fue gobernada por él.

**Pensamiento clave:** *Jacob y Labán son separados por la palabra del Señor.*

**La huida.** Los hijos de Labán, que pastoreaban los rebaños de Jacob, veían que éstos aumentaban constantemente. Jacob había llegado a ser más rico que Labán. Jacob oyó que los hijos de Labán hablaban con envidia de su prosperidad y se dio cuenta que la actitud de Labán hacia él se había convertido en hostilidad.

Jacob quería romper con Labán, pero al mismo tiempo esto también era la voluntad del Señor. Mediante el deseo de Jacob, el Señor causó una separación, de modo que Jacob no se relacionase con la vida en Harán. Una noche el Señor apareció en sueños a Jacob diciéndole que dejase aquella tierra.

Jacob se reunió con Lea y Raquel en el campo y allí se quejó respecto de Labán. Les habló de la hostilidad de Labán, señalando cómo Labán había hecho reiterados cambios en su salario durante los seis años que Jacob le había servido después de los primeros catorce. Jacob también dijo a sus esposas que en un sueño el Señor le había hecho ver que lo había protegido de la codicia de Labán. No es muy probable que Jacob también les haya hablado de sus propios artificios; sin embargo, lo que les dijo no era mentira. También les informó que el Señor le había mandado salir de la tierra.

Lea y Raquel inmediatamente accedieron a este plan. Debido a su codicia, Labán también se había alejado de sus hijas. Ellas se quejaron de que su padre las había *vendido* a Jacob. Además, las cosas que él debía haber dado a Jacob en concepto de dote, las había querido retener para sí mismo. (De todos modos, a su tiempo Jacob pudo apropiarse de ellas). Tambien este alejamiento era obra del Señor.

Un día, mientras Labán estaba ocupado esquilando sus ovejas, Jacob huyó con sus esposas, hijos, siervos y todas sus posesiones. Jacob no había tenido valor de contar a Labán respecto del mandamiento del Señor de dejar la tierra. Sin embargo, si realmente creía que era el Señor que le había hablado, debería haberlo hecho. En tal caso la separación de Labán habría sido francamente una separación por amor a Dios. Jacob en cambio había huido secretamente.

La partida de Jacob no era una rotura total de las relaciones, especialmente no lo era en cuanto a Raquel. Raquel no se iba por amor al Señor, sino por amor a su propio futuro. Incluso robó los ídolos de la casa de su padre. Evidentemente su corazón todavía se aferraba a ellos.

Mediante la ayuda de ellos, esperaba tener otro hijo, en vez de dejar ese asunto en manos del Señor. Es decir, Raquel no se rindió totalmente al llamado del Señor.

Mediante su palabra, el Señor había separado a Jacob y Labán, de modo que Jacob viviese solamente para la palabra del Señor, esperando el cumplimiento de la promesa en Canaán. Por amor a Cristo era preciso que los acontecimientos siguiesen este curso, puesto que Cristo está totalmente alejado de la vida pecaminosa del mundo. Dado que la separación de Jacob no fue completa, la purificación de su casa continuaría más adelante.

**El arameo.** Recién después de tres días descubrió Labán la huida de Jacob. Labán estuvo fuera de sí debido a su enojo, no porque amaba a Jacob, sino porque quería los frutos de la bendición de Jacob. Por causa de la promesa y el pacto del Señor Labán había comenzado a odiar a Jacob. El suyo era el odio de un incrédulo hacia el heredero de la promesa.

Jacob había escapado, causando desgracia a la casa de Labán por el hecho de huir en secreto. Por eso Labán reunió a todos sus parientes para perseguir a Jacob. Después de siete días lo alcanzó en las colinas de Galaad, en Transjordania.

En vísperas de alcanzar a Jacob, Dios apareció en sueños a Labán diciéndole que no tratara de hacer regresar a su sobrino. No había de intentarlo ni mediante adulaciones y promesas, ni mediante palabras ásperas. Dios mantenía aquella separación, y Labán tuvo que someterse a ella.

Era el Señor quien había enviado a Jacob fuera de aquella tierra y quien lo había protegido en la separación. El arameo encontró a Dios quien protegía al heredero de la promesa. Por mucho tiempo la codicia de Labán había causado dificultades a Jacob, pero finalmente la medida se había colmado y Jacob había escapado.

En forma similar, el malo odia al Cristo y le es hostil. Sin embargo, mediante su resurrección y ascensión, Cristo rompió todas las cadenas. Aquellos que pertenecen a Cristo son perseguidos y oprimidos en la tierra, pero algún día habrá, también para ellos, una forma de escapar. Llegará el día cuando el Señor haga frente a los enemigos de su iglesia.

**Allanando las diferencias.** Cuando Labán se acercó a Jacob, le reprochó unicamente su huida secreta. Con palabras hipócritas añadió que había querido hacer una gran fiesta para despedir a Jacob. Admitió tener suficiente poder para dañar a Jacob, pero que el Dios del padre de Jacob se lo había prohibido. En tono burlón preguntó a Jacob por qué se había llevado los ídolos domésticos que pertenecían a Labán, puesto que la separación era por amor al Señor y conduciría a la herencia de la promesa de parto de Jacob.

Jacob respondió diciendo que temía haber sido despojado de todas sus posesiones y expulsado con las manos vacías. Pero enseguida también mencionó el motivo que consideraba de mayor importancia, declarando que la separación era por amor a Dios. Luego prometió que quien hubiese robado los ídolos domésticos sería muerto. (Jacob desconocía que Raquel era la culpable.)

Luego Labán buscó en todas las tiendas, pero sin hallar los ídolos, porque Raquel los había escondido con gran astucia. Jacob se enojó porque Labán lo había perseguido y lo había acusado de robar los ídolos. Jacob no sabía que mientras su casa quedaba libre de sospecha ante los ojos de los hombres, no así ante los ojos de Dios. No obstante, Jacob demostró que solamente estaba siguiendo el llamamiento del Señor y que no había tenido parte en el pecado del arameo. De esa manera el Señor restauró el daño causado por la huida secreta de Jacob.

Ahora también tenía oportunidad de señalar a Labán con cuanta fidelidad le había servido, pero que Labán se había aprovechado de los frutos de su trabajo, sin aceptarlo realmente a Jacob. El Dios de Abraham, el Dios a quien también temía Isaac, había protegido a Jacob. En realidad Labán se había opuesto al Señor.

Al oír todo esto, Labán se sintió avergonzado. Sabía que todo cuanto Jacob tenía, esposas, hijos y posesiones, provenían de él. ¿Qué podía hacer ahora? Permitiría que todo siguiese en manos de Jacob y lo reconocería como legítimo dueño. Ciertamente hacía mucho tiempo que Labán debía haber tomado esa decisión. Ahora había sido forzado a hacerlo.

De esta manera finalmente allanaron sus diferencias. Labán reconoció a Jacob, aunque contra su voluntad, como la persona bendecida por el Señor. ¿Acaso no llegará el día cuando todas las personas tengan que reconocer al Cristo como el bendito del Señor, aun cuando muchos lo harán contra su propia voluntad? Por amor al Cristo el Señor había concedido un honor a Jacob.

**El pacto.** Labán incluso quiso hacer un pacto con Jacob y éste accedió. Como señal levantó una piedra y pidió a todos los parientes de Labán, que también eran suyos, que reuniesen piedras. Juntos levantaron un majano que sería testimonio del pacto. Lo llamaron Mizpa, que quiere decir, *atalaya*. Aquel montículo de piedras tendría que cuidar que el pacto fuese cumplido.

Labán solicitó que Jacob no tomase otras esposas aparte de sus hijas; ni él ni Jacob podrían pasar más allá del montículo de piedras con intenciones hostiles hacia el otro. Ambos hombres hicieron un juramento de respetar el pacto, y Jacob juró por el Dios al que su padre Isaac temía. Después tuvieron un banquete para confirmar el pacto.

Sin embargo, este pacto implicaba una aguda separación entre Jacob y Labán. No había ningún lazo espiritual entre ellos; eran de partidos opuestos, porque uno de ellos era heredero de la promesa y el otro el hombre que odiaba la bendición de esa promesa.

Jacob nunca pasó ese montículo de piedras con intenciones hostiles. También sus descendientes respetaron ese límite. Más adelante el Cristo pasó ese límite con su evangelio, es decir, no con intenciones hostiles, sino para llevar la salvación a Arám (Siria).

Los creyentes nunca deben traspasar los límites entre ellos y los incrédulos con propósitos hostiles. Deben dirigirse a los incrédulos, no para destruir, sino para llevarles el mensaje de salvación.

En la madrugada del día siguiente, Labán se despidió de sus nietos e hijas; con sus parientes regresó a Harán.

## 29: El Dios de Israel

*Génesis 32—33*

Hasta este momento Dios había estado dispuesto a bendecir a Jacob pasando por alto sus pecados. Pero cuando Jacob regresó a Canaán, Dios le hizo ver todos esos pecados con el propósito de purificarlo. Para lograr su propósito, Dios usó el temor que Jacob sentía respecto de su hermano Esaú.

Desde el primer momento, la lucha de Jacob estuvo referida a la bendición del Señor y la promesa del pacto. Ya en su nacimiento eso había sido evidente cuando apareció aferrado al talón de su hermano. (En Os. 12:4 la Biblia subraya este punto). Sin embargo, la forma y los medios usados por Jacob frecuentemente eran claramente carnales, y por eso ahora necesitaba ser purificado.

El punto decisivo de su vida fue Peniel donde Dios le dio el nombre *Israel*. En ese punto de su vida llegó a ser el luchador que ya no luchaba con los hombres por la bendición, sino con Dios. Fue el hombre que luchaba con armas espirituales, por la fe.

Por supuesto, aquella victoria sobre la carne no fue completa. La carne seguía introduciéndose en su casa, y por eso la Escritura todavía sigue refiriéndose a él como "Jacob" aun después del cambio de nombre. Al regresar a Betel, fue confirmado el cambio de nombre.

La lucha librada junto al río Jaboc, fue idea de Dios. La Escritura nos dice que un "hombre" luchó con Jacob, pero que ese "hombre" no era otro sino Dios.

Al contar esta historia, deberíamos destacar, no lo que hizo Jacob ni su noble comportamiento hacia Dios y el hombre, sino lo que Dios hizo. En aquella lucha Dios purificó a Jacob y lo trajo a Canaán como una persona renovada. Jacob reconoció esta realidad a través del nombre que dio al altar en Siquem. Lo llamó "El Dios de Israel es Dios". Aquel con quien había luchado, aquel que le había permitido prevalecer, era el Dios poderoso que lo había traído a Canaán.

La lucha que tuvo lugar a orillas del río Jaboc, fue una lucha real, no un sueño. El hombre que se había opuesto a Jacob era Dios. Jacob no tardó en comprenderlo. Su temor de

Esaú era el temor del pecado mediante el cual había engañado a Esaú; y en última instancia el temor de ese pecado era un temor de Dios, del Dios que lo confrontaba en aquel pecado. Jacob reconoció a Dios en el hombre que luchaba con él.

En cuanto a Jacob, la lucha era una cuestión de perseverar en oración y súplicas (véa Os. 12:4). Jacob se sometió a la hostilidad y la ira del Señor, pero al mismo tiempo se aferraba al Señor por causa del pacto y la promesa. En el poder de la promesa podía prevalecer contra el Señor, a pesar de Su ira, y seguir luchando hasta obtener la bendición.

La lucha de Jacob no fue sino una leve sombra de la lucha de Cristo en el Getsemaní y en la cruz. Cuando Cristo, totalmente abandonado, se aferró a Dios, aunque Dios se había vuelto completamente contra él, él estaba poniendo el fundamento del pacto. Sin embargo, la lucha del Cristo y las luchas de los creyentes que se sienten abandonados nos recuerdan la lucha de Jacob. Gracias a Cristo, los creyentes se sienten seguros de la victoria.

**Pensamiento clave:** *El Señor se revela como un luchador.*

**El temor de Jacob.** Después de la partida de Labán, Jacob viajó hacia Canaán. En el camino tuvo un encuentro con Dios que en forma particular se había ligado a la tierra de Canaán. Mediante su engaño, Jacob había pecado contra Dios. Pensaba en Esaú, pero ese pensamiento lo llevaba a pensar también en el Señor. ¿Qué le significaba Esaú? Pero, lo que era más importante, ¿qué le significaba el Señor?

Durante su viaje, mientras alentaba estos pensamientos, Jacob vio una multitud de ángeles. Sus ojos tuvieron que ser abiertos para verlos. Era como si viniesen de Canaán al encuentro suyo. Los ángeles eran mensajeros del Señor, pero Jacob no sabía si venían para ayudarle o atacarle. Todavía no se había llegado a una confrontación. Todavía estaban separados el ejército de ángeles y el ejército de Jacob. Por eso denominó aquel sitio Mahanaim.

Luego envió mensajeros a su hermano Esaú que vivía en las montañas de Seir en las tierras de Edom, al sur de Canaán. Esaú, el cazador y guerrero, había encontrado en aquellas montañas desiertas el medio ambiente adecuado para él. No se había olvidado de Canaán, pero estaba dispuesto a dejarla a su hermano Jacob. Muchos hombres valientes acompañaban a Esaú, quien aparentemente había adquirido poder y riqueza.

Esaú no dio ninguna respuesta específica a los mensajeros de Jacob, pero, acompañado por 400 hombres, salió personalmente a encontrarlo. Aparentemente Esaú todavía no sabía cómo acercarse a Jacob. Su enojo de antes se había aplacado, pero sentía que ahora tenía a Jacob en su poder y que podía hacer con él según quisiese. La actitud de Esaú dependería de lo que dijera e hiciera Jacob.

Los mensajeros dijeron a Jacob que Esaú se estaba acercando con 400 hombres. Esto atemorizó profundamente a Jacob. En su temor dividió a su familia, siervos y animales, en dos compañías. Si Esaú atacaba a uno de los grupos, el otro tendría oportunidad de escapar.

Luego acudió al Señor y le invocó como el Dios de su padre Abraham y su padre Isaac, el Dios del pacto, el Dios de la promesa que él había recibido. Allí recurrió a las propias palabras del Señor en las cuales le había asegurado que regresaría. Jacob confesó su pecado delante del Señor, declarando que no era digno de todas las bendiciones que había recibido. Allí pidió que ahora lo librase de la mano de Esaú, puesto que Esaú podría matarlo junto con su familia y siervos. El Señor había prometido que la simiente de Jacob sería demasiado numerosa para ser contada. ¿Cómo se cumpliría entonces la promesa?

Jacob oró fervientemente, pero sin hallar descanso. Todavía percibía que el Señor estaba contra él y que el pecado entre él y Dios todavía no había sido quitado. Jacob se quedó en el mismo sitio donde estaba en vez de avanzar al encuentro de su hermano.

Sin embargo, estaba ansioso por hacer cuanto estuviese a su alcance para apaciguar a su hermano. Por eso envió sus siervos que se adelantasen con un regalo de ganado para Esaú. Esperaba que una serie de regalos despertaría una buena actitud en Esaú. El propósito de los regalos era apaciguar el enojo de su hermano, causado por el engaño de Jacob. Sin embargo, al tomar estas medidas los ojos de Jacob estaban puestos en el Señor.

**La lucha.** Al llegar la noche, Jacob no tenía paz. Finalmente se levantó y ordenó que el grupo que se había quedado con él cruzara el vado del río Jaboc. El mismo se quedó atrás para estar a solas con Dios.

Allí encontró a un hombre que luchó con él. En ese hombre reconoció al Señor a quien temía. Jacob no solamente temía a Esaú sino también al Señor que por causa de su pecado se había vuelto contra él. Al

luchar con aquel hombre, Jacob se estaba aferrando a Dios con la esperanza de apaciguarlo. ¡Quizás Dios volvería a demostrarle su favor!

Durante la lucha Jacob sintió un temor terrible. Ante sus ojos aparecieron todos sus pecados y su naturaleza engañadora. Sin embargo, tenía una base para fundamentar su petición, es decir, que Dios sería fiel a la promesa que le había hecho.

Mucho más terrible fue la lucha del Señor Jesucristo, contra quien Dios se volvió a causa de nuestros pecados. No había promesa a la que Cristo pudiese apelar. Cristo primero tenía que proveer la base para el pacto y la promesa mediante su obra de reconciliación. No obstante, la lucha de Jacob señalaba hacia la futura lucha del Cristo. Todos los creyentes tienen algo que aprender de esa lucha.

Al despuntar el alba, el hombre con quien Jacob estaba luchando tocó la cadera de Jacob sacándola de su coyuntura. Jacob llevaría esa herida como un recuerdo de su lucha. Jacob quedó cojo por el resto de su vida y aquella cojera le recordaría permamentemente que nunca volviese a buscar el cumplimiento de la promesa basado en su propia fuerza y por sus propios medios.

Cuando el hombre pidió que Jacob lo dejase ir, Jacob creyó haber ganado. La bendición del Señor era suya. El Señor había permitido que Jacob tuviese la victoria sobre él. Por eso Jacob dijo: "No te dejaré ir si no me bendices".

La bendición tomó la forma de un cambio del nombre de Jacob. Desde entonces sería llamado Israel, porque se había comportado como un rey hacia Dios y hacia los hombres, y había prevalecido. Durante toda su vida, aun durante sus primeros años, cuando su atención se fijaba principalmente en las personas, Jacob había luchado por la promesa. Ahora su lucha se había convertido en una lucha con Dios, porque Dios había escogido a Jacob como su rival. Jacob había prevalecido en esa lucha al basar su petición en la promesa.

Cuando Jacob preguntó al hombre cómo se llamaba, este le negó la respuesta. Dios nunca puede pronunciar su nombre todo a la vez. La revelación de Dios siempre nos llega en forma de sorpresa. También eso lo descubriría Jacob.

Jacob denominó aquel sitio Peniel, porque allí había visto el rostro de Dios y había sobrevivido al encuentro. Desde ese momento Jacob caminó cojo. Debido a este efecto del encuentro de Jacob con Dios, los judíos se rehusan a comer el tendón del muslo. De esa manera honran la lucha de su padre Jacob.

**Reconciliación con Esaú.** A la luz de los acontecimientos de aquella noche, cambió totalmente la actitud de Jacob respecto al encuentro con su hermano. Ahora estaba seguro del favor de Dios, lo que significaba un alivio de sus temores.

Temprano en la mañana vio llegar a Esaú. Entonces puso a las siervas con sus hijos a la cabeza del grupo. Luego seguía Lea con sus hijos, y finalmente Raquel con José. Jacob mismo caminaba delante de todos ellos, inclinándose hasta el suelo a medida que se acercaba a su hermano. De esta manera, como la persona inferior, se acercó a su hermano, a quien había puesto tantas trampas en el pasado. Entonces Esaú, el hombre espontáneo y de emociones naturales, se sintió emocionado. Corrió al encuentro de Jacob y lo abrazó. También esto fue obra del Señor, porque el Señor guía los corazones de los hombres como si fuesen corrientes de agua. Dios quería que Jacob entrase a Canaán en paz.

Cuando Jacob le hubo presentado su familia y mostrado a Esaú sus bendiciones, éste aceptó los regalos que Jacob le había enviado con anterioridad, pero no sin mucha insistencia de parte de éste. Preocupado por sus hijos pequeños, las ovejas y vacas paridas, Jacob rechazó la escolta que le ofrecía Esaú. Ni siquiera quería la compañía de un contingente pequeño de los hombre de Esaú. Jacob prometió que más tarde iría a Seir, pero antes tendría que continuar camino a Canaán. Por eso los hermanos se dijeron adiós.

**De Sucot a Siquem.** Jacob siguió su camino a un lugar en Transjordania. Aparentemente el río Jordán todavía no podía ser cruzado. Por eso Jacob se construyó una casa provisoria y levantó guaridas para su ganado. Denominó aquel sitio Sucot, que significa, *chozas* o *cabañas*.

Sin embargo, Transjordania todavía no era Canaán. Su corazón anhelaba pasar a la otra orilla del río donde vivía su padre Isaac. Por fin cruzó el Jordán con todo su grupo y acampó cerca de Siquem. Al fin había regresado a Canaán. La promesa de Dios en Betel se había cumplido.

De Hamor, rey de Siquem, Jacob compró la tierra donde había levantado sus tiendas, levantando en el mismo sitio un altar para el Señor. Por cierto, este todavía no era el cumplimiento completo del voto que había hecho antes, de regresar a Betel y adorar allí al Señor. Sin embargo, al levantar este altar, estaba reconociendo al Señor que lo había

guiado, con quien había luchado, a quien había tenido el privilegio de vencer, y quien ahora le había permitido regresar a Canaán. Por eso denominó aquel altar: "El Dios de Israel es Dios".

De igual modo nosotros debemos reconocer al Señor. Si bien Dios debe ponerse contra nosotros por causa de nuestros pecados, también nos permite vencerle por medio de nuestras oraciones y nos concede su bendición completa.

# 30: Santo es el Señor

*Génesis 34—36*

Después de la historia registrada en Génesis 32-33, la decadencia entró a la casa de Jacob. Sus hijos no vivieron en comunión con el Señor conforme al pacto. El mismo Jacob postergó su regreso a Betel y con ello el cumplimiento de su voto. El Señor tuvo que recordarle que cumpliese su promesa, lo que hizo, finalmente, después de varios años. Todo ese tiempo había vivido cerca de Siquem. Viviendo en ese sitio, corría el riesgo de que su familia se mezclase con los siquemitas, lo que ilustra dramáticamente la historia de la violación de Dina. Por cierto, los hijos de Jacob vengaron la violación de Dina, y eso neutralizó el peligro de una fusión entre la familia de Jacob y los siquemitas. Por eso la ruptura con los siquemitas debe ser considerada obra del Señor. Sin embargo, el comportamiento de los hijos de Jacob en ese asunto estuvo impregnado de injusticia.

Sólo después que Dina hubo sido deshonrada y vengada en forma pecaminosa, Jacob ordenó que su familia destruyera todos los restos de idolatría. ¿Acaso anteriormente había desviado la vista cuando Raquel se inclinaba ante sus dioses domésticos? ¡Seguramente, tarde o temprano, debe haberlos descubierto!

El peligro de la degeneración en la familia de Jacob, en tierra de Canaán, seguía creciendo. Fue esta parte de la historia de Jacob la que condujo a una permanencia temporaria en Egipto. Más tarde, los pecados de los hijos de Judá y de Judá mismo hicieron aun más necesario un período de aislamiento.

En Betel el Señor renovó la promesa y Jacob renovó el pacto. En la historia del regreso de Jacob a Betel leemos una declaración curiosa: "Y se fue de él Dios" (Gn. 35:13). ¿Acaso significa que Dios se apartó aun más de Jacob y de su casa, entregándolo a tentaciones aun mayores?

Más tarde la santidad de Dios se manifestó a Jacob en dos hechos: primero en su dolor por la muerte de Raquel, y luego en su amargura por la vergonzosa conducta de Rubén. Entonces, cuando el Señor no fue sino santidad para Jacob, éste regresó con

toda su familia para visitar a su padre Isaac en Mamre. Sin duda, Jacob había visitado antes a su padre pero ésta era la primera vez que lo hacía con toda su casa.

Finalmente se nos relata la muerte de Isaac, aunque ésta no siguió en forma inmediata. Isaac todavía vivía cuando José fue vendido a esclavitud por sus hermanos. Su muerte ocurrió algunos años después.

**Pensamiento clave:** *La santidad del Señor se manifiesta a Jacob.*

**Jacob rompe sus relaciones con los siquemitas.** Jacob había vivido demasiado tiempo en las cercanías de Siquem. Su permanencia allí debe haber durado varios años. (Podemos deducirlo de la probable edad de Dina.) La casa de Jacob y los habitantes de Siquem se acostumbraron los unos a los otros y comenzaron a buscar uno la compañía del otro.

También Dina buscaba la compañía de las muchachos de Siquem. Un joven llamado Siquem, el hijo de Hamor, príncipe de Siquem, sintió deseos de poseer a Dina y la violó. En realidad, se había enamorado de ella y quería que fuese su legítima esposa, con el consentimiento de Jacob. Por eso fue a verlo con su padre Hamor para pedir a Dina por esposa, ofreciendo pagar el precio que Jacob pidiese.

Dado que los hijos de Jacob estaban con el ganado en el campo y no podían ser consultados, la respuesta de Jacob a Hamor y Siquem no fue definitiva. Tan pronto regresaron sus hijos, les contó lo ocurrido. Luego, por algún motivo extraño, Jacob se retiró de los arreglos. ¿Acaso había sido derrotado por esta humillación de su casa? Carecía de fuerzas para actuar y hacer decisiones.

Su hijos estaban furiosos por aquella conducta vergonzosa. ¿Cómo pudo haberse atrevido ese incrédulo a tomar por la fuerza a su hermana? Los hijos de Jacob estaban preocupados por el honor de su familia como la familia del pacto, y, en consecuencia, decidieron vengar la violación del honor de Dina. De esta manera demostraron su celo por el pacto del Señor. Pero los medios que usaron fueron totalmente pecaminosos. No era un celo santificado. También el Cristo sintió celos por el nombre del Señor, pero su celo era santo.

Los hijos de Jacob engañaron a Hamor y Siquem diciéndoles que no querían ningún pago por Dina. Solamente les pidieron que Hamor, Siquem, y los otros hombres de la ciudad se dejaran circuncidar para ser introducidos al círculo del pacto. Es decir, decidieron jugar depravada-

mente con el pacto y su señal.

Hamor y Siquem pudieron persuadir a los habitantes de Siquem a aceptar la propuesta. En consecuencia, todos los hombres fueron circuncidados. Sin embargo, al tercer día después de la circuncisión, Simeón y Leví, en quienes el fuego impío evidentemente ardía con mayor fuerza que en los demás hermanos, juntando un grupo de hombres, hicieron un ataque sorpresivo contra los hombres de Siquem dándoles muerte. Los otros hijos de Jacob se unieron a ellos llevándose de Siquem cuánta cosa pudieron, incluyendo mujeres y niños. En el proceso también rescataron a Dina.

Las noticias de esto fue un golpe duro para Jacob. Había carecido de fuerzas para actuar. ¿Acaso había perdido su facultad de tomar decisiones por reprocharse una permanencia demasiado prolongada en Siquem? De todos modos, ahora tendría que encarar el engaño de sus hijos. ¿Veía Jacob que su propio engaño del pasado se reflejaba, en forma intensificada, en la traición de sus hijos? Jacob estaba derrotado y sin fuerzas. Temía un ataque de parte de todos los cananeos destinado a destruirlo a él y toda su casa.

Mediante la traición de los hijos de Jacob, el Señor causó la separación que Jacob mismo debería haber efectuado hacía mucho tiempo. De esta manera el Señor estaba cuidando que la posteridad de Jacob fuese apartada. Fue una dolorosa experiencia para Jacob. En todos estos acontecimientos el Señor estaba manifestando su santidad a Jacob.

**De regreso en Betel.** Pero el Señor todavía no daba descanso a Jacob, puesto que éste todavía no había cumplido su voto anterior de adorar al Señor en Betel. Finalmente el Señor lo llamó a regresar a Betel. Allí volvería a pararse en el sitio donde el Señor le había aparecido en el extremo superior de la escalera y donde le había prometido guiarlo. Allí estaría cerca del Señor, más cerca que en cualquier otro sitio.

Jacob se sintió profundamente impresionado por este pensamiento. Muy emocionado, dijo a todos los que estaban con él que se dirigirían a Betel para construir un altar al Dios que le había respondido en días pasados cuando todas las cosas parecían estar contra él. Por eso demandó que todos los ídolos fuesen quitados de su casa. Los ídolos domésticos de Raquel, que Jacob había tolerado en su gran debilidad, probablemente todavía se encontraban allí. También había señales de idolatría que las mujeres de Siquem habían introducido al campamento. Todas

las imágenes esculpidas y todos los encantos fueron entregados, y Jacob los sepultó debajo de una encina cerca de Siquem. De esta manera el campamento fue, finalmente, purificado. En su casa no había otro santo, sino el Señor.

Esto significa que el Señor protege su honor. Nuestros pecados que fueron cargados por Cristo, fueron juzgados en él. Con su sufrimiento, Cristo fue santificado al Señor. Algún día todos los creyentes serán santificados al Señor por amor a Cristo. Puesto que él es fiel al pacto, también requiere fidelidad de nosotros.

**Dios aparece en Betel.** Después que Jacob hubo cumplido su voto y levantado un altar en Betel para adorar al Señor, éste volvió a aparecerle. Dios lo bendijo y confirmó en él el cambio de nombre: Jacob había llegado a ser Israel. Esta fue la forma en que el Señor hizo saber a Jacob que los pecados que habían estado entre Dios y Jacob habían sido quitados. También renovó la bendición de Abraham e Isaac, de la que Jacob era heredero.

Esta aparición de Dios a Jacob fue algo maravilloso. Una vez más quedó totalmente claro que la seguridad del pacto está exclusivamente arraigada en la fidelidad de Dios. Esto también dio mayor brillo al futuro, a pesar de todos los peligros que amenazaban la posteridad de Jacob. Por amor a Cristo, Dios puede continuar dándose a sí mismo a su pueblo, a pesar de todos sus pecados, porque mediante su gracia puede vencer reiteradamente esos pecados.

Luego Dios se alejó de Jacob. Durante mucho tiempo no volvió a aparecerle, pero permitió que él y su parentela fuesen probados en Canaán. Después de esta confirmación de la fidelidad de Dios, debían aferrarse a ella y desarrollar la fuerza necesaria para resistir la tentación.

Por su parte, Jacob también renovó el pacto. Levantó una piedra conmemorativa y la ungió con aceite. Aquella columna de piedra sería un testigo del pacto entre Dios y la casa de Jacob. Para Jacob aquel lugar sería particularmente santo.

**Desde Betel a Mamre.** Desde Betel Jacob viajó a Mamre donde vivía su padre Isaac. Su madre Rebeca ya había fallecido. Sin duda él había visitado a su padre en ocasiones anteriores, pero hasta ahora nunca ha-

bía llevado a toda su casa consigo. En esta ocasión toda su casa vendría bajo la bendición de la promesa que heredaría de Isaac.

En el camino a Mamre, Dios probó a Jacob con el fallecimiento de Raquel en ocasión de dar a luz a su segundo hijo. Mientras moría, llamó a su hijo *Benoni*, que significa *hijo de mi tristeza*. Aparentemente a Raquel sólo le preocupaba su propio dolor y no el pacto mediante el cual había recibido este hijo.

Pero Jacob consideraba el acontecimiento desde una perspectiva diferente, llamando a su hijo Benjamín, que significa, *hijo de mi mano derecha*. En este nombre expresaba su gozo por amor a Dios, puesto que ahora tenía doce hijos. Indudablemente, sentía profundo dolor. Jacob sepultó a Raquel en el camino a Efrata y puso una columna sobre su sepulcro. En su dolor Jacob debe haberse inclinado ante el Señor y reconocido que el Señor es Dios y que hace todas las cosas conforme a su buena voluntad. También en medio de este dolor Dios manifestó su santidad a Jacob.

Esa santidad también se manifestó en la amargura que Jacob sintió cuando su hijo mayor, Rubén, lo deshonró mediante relaciones sexuales con Bilha, una de las esposas de Jacob. En el momento Jacob guardó silencio, pero después, estando ya en su lecho de muerte, demostró cuán profundamente había sido herido, puesto que rechazó a Rubén como primogénito (Gn. 49:3-4). Inclinarse también en este asunto ante el Señor debe haber significado una lucha para Jacob.

Sin Raquel y con un nuevo deshonor sobre su casa, finalmente arribó a la casa de Isaac, en Mamre. A través de sus dolores había aprendido a reconocer al Señor. Isaac y Jacob deben haberse entendido mejor que antes.

Años más tarde murió Isaac y fue sepultado por sus hijos Esaú y Jacob en el sepulcro que Abraham había comprado. En esa ocasión la promesa fue transferida totalmente de Isaac a Jacob. Esaú salió de Canaán y se radicó en Edom, donde su simiente, que seguía viviendo apartada del pacto, se multiplicó. Pero Jacob y su casa esperaron el cumplimiento de la promesa en Canaán.

# José y Judá

# 31: Vendido por veinte piezas de plata

*Génesis 37—38*

En el comienzo de Génesis 37 leemos: "Esta es la historia de la familia de Jacob". Anteriormente Génesis nos contó que Jacob había regresado a la tienda de su padre Isaac, después de pasar muchos años en Harán. Pero ahora, habiendo muerto Isaac, Jacob era el patriarca. Sin embargo, los capítulos que siguen de Génesis corresponden al título "José y Judá". Lo mismo había sucedido en cuanto a Isaac. La historia de la familia de Isaac es, en realidad, la historia de Esaú y Jacob. El patrón que aquí siguen las Escrituras consiste en hablar principalmente del patriarca futuro, mientras todavía vive su predecesor. Es como si las Escrituras marchasen apresuradamente de una generación a la siguiente. La historia se apresura hacia el nacimiento del Cristo.

En este punto de la narración de Génesis, los primeros cuatro hijos de Lea (Rubén, Simeón, Leví y Judá) alcanzan prominencia juntamente con José, el hijo de Raquel. Evidentemente, aún continuaba la lucha entre Lea y Raquel. Esa lucha también continuaría en siglos posteriores a través de la oposición entre Judá y Efraín.

No podemos decir que José sea la figura dominante de la última parte de Génesis. En Génesis 38 se nos relata la historia de Judá, es decir, la vergüenza de Judá, pero también el nacimiento de su hijo de cuyo linaje nacería el Cristo. Además, Judá imploró que José fuese vendido y no muerto. A su tiempo, la historia de Judá tomaría una dirección mejor. Esto ocurre cuando garantiza a su padre la seguridad de Benjamín. Todas esas historias terminan con la bendición que Jacob concede a Judá, "¡Judá, tú eres el escogido!"

El Cristo nacería del linaje de Judá. Sin embargo, durante este período no era Judá quien estaba al frente e la casa de Jacob tipificando al Cristo. Había deshonra en todos aquellos hijos de Lea. La luz cae con todo su resplandor sobre José, el hijo de Raquel. Con esto queda claro que el Cristo no nacería de la línea de Judá por algún mérito propio de éste. En la realidad, sucedió todo lo contrario. Judá llegó a ser el mayor de los hijos de Jacob porque el Cristo comenzaba a preva-

lecer en su interior. Antes de este ascenso de Judá, el hombre sin igual era el hijo de Raquel, quien por un tiempo también tipificaba al Cristo.

Los sueños de José probablemente tenían algo que ver con la oposición que habiá en la tienda de Jacob entre Lea y Raquel. Raquel había muerto y Benjamín todavía no era tenido en cuenta. José se hallaba solo frente a los poderosos hijos de Lea. Su única ventaja consistía, por supuesto, en ser el hijo favorito de su padre. Por eso es significativo que Génesis 37:2 nos diga que José, siendo muchacho, fue designado para ayudar a los hijos de Bilha y Zilpa. Debido a los celos entre Lea y Raquel, Jacob no quería que José fuese confiado a los hijos de Lea.

La revelación contenida en los sueños de José estaba referida a la lucha que se libraba en su mente. No se puede negar que esos sueños contenían una revelación. La luz de Dios estaba resplandeciendo sobre la tienda de Jacob. Aquellos sueños representaban la más reciente manifestación de esa luz. Sin embargo, José se demostró demasiado ansioso en recibir y comunicar esa revelación. En el proceso, se mezclaron sus celos y su orgullo como hijo de Raquel con la luz divina de sus sueños.

No es necesario contar a los niños todos los detalles registrados en Génesis 38. No obstante, los puntos principales deberían ser destacados.

Al tratar estos capítulos, el énfasis no debería caer exclusivamente sobre José, porque podría parecer que José mismo fuera sin mancha. Ante Judá, José pasa a segundo plano.

**Pensamiento clave:** *José es expulsado de la comunidad para que un día salvase a esa comunidad.*

**La revelación de Dios en los sueños de José.** Raquel había muerto y Jacob había regresado a la tienda de Isaac. Los hijos de Jacob habían crecido y ahora ellos mismos pastoreaban los rebaños. En años anteriores habían existido celos entre Lea y Raquel, y ahora había mala sangre entre los hijos de Lea y José, el hijo de Raquel. José todavía era joven. Solamente contaba diecisiete años.

Los celos de parte de los hijos de Lea fueron agravados por el amor especial que Jacob sentía por José. Era como si ahora Jacob diese a José el amor especial que había sentido por Raquel. Era algo que ni siquiera trataba de ocultar. Jacob dio a José una túnica especial que lo elevaba por encima de sus hermanos. En una familia normal, *cada* hijo tiene un lugar especial en el corazón del padre. Un padre no debe alentar un solo pensamiento que favorezca a uno de sus hijos a expensas de los demás.

En el corazón de José también había celos. Los celos de ambas partes eran tan fuertes, que Jacob no se arriesgaba a dejar a José al cuidado de los hijos de Lea. En su lugar, le mandó ayudar a los hijos de Bilha y Zilpa en el pastoreo de sus rebaños.

Era evidente que la moral de los hijos de Jacob había decaído paulatinamente. Habían vivido tanto tiempo cerca de los cananeos, que habían aprendido su estilo de vida y buscaban su compañerismo.

José informó a Jacob de los rumores referidos a la mala conducta de sus hermanos. El Espíritu de Cristo que moraba en el corazón de José protestaba contra esa mezcla del santo linaje con los cananeos. En aquellas quejas de José el Espíritu del Señor daba testimonio contra los hijos de Jacob. No obstante, el pecado del orgullo y los celos de José también estaban implicados en lo que decía acerca de sus hermanos.

Mediante aquella lucha entre José y sus hermanos, Dios envió su luz. Dios se reveló a José en un sueño. Las gavillas de sus hermanos se inclinaban ante la gavilla de él. En otro sueño, el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante José. José contó estos sueños a su padre y a sus hermanos.

Las propias esperanzas de José le ayudaron a suponer que Dios estaba revelándose mediante aquellos sueños. José esperaba que Dios le confiaría el liderazgo de la casa de su padre, de modo que pudiese llevarla a la justicia. Pero, en parte, esta esperanza también era producto de los celos.

Los hermanos de José se sintieron extremadamente irritados por esos sueños. La consecuencia fue que comenzaron a odiarlo y a negarle su saludo. No sólo rechazaban la superioridad de José, sino también el reinado de la justicia y la luz que Dios revelaba en los sueños.

Jacob se sintió alarmado por esos sueños. Se sentía perturbado al pensar en el señorío de José. Le perturbaba particularmente que él mismo y Lea también tendrían que inclinarse ante su hijo. Sin embargo, en el curso de su vida había descubierto personalmente cuán asombrosos son a veces los caminos del Señor. Por eso se mantuvo con mente abierta.

De igual manera es asombroso que Cristo, el hombre más despreciado de la tierra fuese Señor. A pesar de todo, hemos de inclinarnos ante él. Dios es libre en su elección y escoge al que él quiere como Redentor. Todos hemos de reconocer que solamente hay luz en el Cristo.

**Deshaciéndose de José.** Cierto día, los hermanos de José estaban juntos en el campo, pastoreando el rebaño. José había quedado con Jacob en casa. Aparentemente Jacob estaba más preocupado que en otras ocasiones por la seguridad de este hijo. No obstante, lo envió a sus hermanos para averiguar si se hallaban bien.

Habiéndolos buscado por mucho tiempo, José los encontró en Dotán. Sus hermanos lo vieron desde lejos y decidieron matarlo y arrojarlo en un pozo. Luego dirían a Jacob que José había sido devorado en el campo por algún animal salvaje. El único que interiormente rechazaba ese plan fue Rubén. Lo rechazaba, no porque se inclinase ante la revelación de Dios en los sueños de José, o ante el hecho de que Dios había elegido a José, o por temor al castigo que esa elección implicaba para todos ellos. Si se hubiese inclinado ante la voluntad de Dios, habría rechazado totalmente el complot de sus hermanos y los habría amonestado. Pero Rubén se oponía al plan sólo porque no quería llevar la responsabilidad del hijo mayor. Por eso aconsejó a sus hermanos que no matasen a José, sino que lo arrojasen al pozo. Allí moriría de todos modos. Pero sus hermanos podrían decir que no le habían quitado la vida con sus propias manos. Secretamente Rubén pensaba rescatar a José más tarde.

Los hermanos siguieron el consejo de Rubén. Habiendo arrojado a José al pozo, se sentaron a comer. Aquellos hombres que habían estado dispuestos a matar a su hermano, mostraban su total indiferencia por la miseria de éste sentándose a comer plácidamente. Su maldad no radicaba solamente en el odio que sentían hacia su hermano sino también por el desprecio que le tenían por ser creyente. Odiaban a José como testigo de Dios, puesto que Dios había hablado a través de él.

¡Qué decadencia había experimentado el santo linaje! ¡Qué cosa tan terrible estaba ocurriendo en el círculo del pacto! Cuando el Señor Jesucristo testifica contra nuestra vida, nuestra carne lo odia. ¿Cuántas cosas tendrían que pasar a aquellos hijos de Jacob antes de reconocer nuevamente la elección hecha por Dios y la gracia expresada en esa elección?

Mientras comían, vieron una caravana de ismaelitas o madianitas que venían de Galaad camino a Egipto. (Los pueblos que nacieron de los otros hijos de Abraham, tales como los ismaelitas y los madianitas, se entremezclaron en el norte de Arabia). Entonces Judá tuvo la idea de vender a José a esos mercaderes. Según su argumento, no era preciso

matar a José, porque podrían deshacerse de él sin dar semejante paso. De esta manera José sería alejado de la casa de su padre para siempre.

Era como si el maligno mismo se hubiese apoderado de ellos. El propósito específico que perseguían era deshacerse del testigo de Dios. Si hubiesen podido cumplir totalmente sus deseos, habrían terminado destruyendo todo el círculo del pacto. ¡Qué inmensa debe ser la gracia de Dios para poder conquistar semejante actitud!

Los hermanos siguieron el consejo de Judá. José fue vendido por veinte piezas de plata. Nada les importaban los gritos de José. Lo único importante era que José había sido alejado del círculo de ellos. Nunca podrían haberse imaginado que el alejamiento de José de en medio de ellos era obra de Dios y que un día serviría para preservar a su propia comunidad. No sólo evitaría que sus familias muriesen de hambre, sino también lograría que se volviesen a la palabra de Dios y que se volviesen el uno al otro. De igual modo fue vendido y expulsado de su comunidad el Cristo, para que luego pudiese salvar a su pueblo.

**Tinieblas en la tienda de Jacob.** Cuando Rubén regresó al pozo, habiéndose alejado sus hermanos, descubrió que José ya no estaba allí. Evidentemente no estaba con ellos cuando vendieron a José. Después que le contaron lo ocurrido, Rubén reprochó a sus hermanos por el crimen que habían cometido; no lo hizo por estar de parte de la palabra de Dios, sino por carecer del valor de mirar a su padre y decirle que José había muerto.

Los hermanos no habían dado a los mercaderes la túnica especial que vestía José. Tomando esa túnica, la mancharon con sangre y se la mostraron a Jacob como evidencia de que José había sido muerto por un animal salvaje. Afirmaron haber hallado la ropa sin haber visto a José. De esta manera Jacob nunca podría culparlos de lo que había ocurrido a José. Aquella túnica de José, que simbolizaba el lugar especial que ocupaba en el corazón de su padre, juega un papel peculiar en esta historia. Era como si el odio de los hermanos estuviese centrado en esa túnica. José fue desterrado por sus hermanos por el odio que le tenían debido a la gracia que gozaba.

Cuando Jacob vio la ropa manchada en sangre, creyó que José había muerto. Rasgando sus propias vestimentas lo lloró por mucho tiempo. Los hipócritas de sus hijos trataban de consolarlo, pero Jacob rehusaba todo consuelo. La alegría se había ido de su vida.

Lo peor de todo era que los miembros del pacto habían rechazado al testigo de Dios, al Cristo, a la cabeza del pacto. Debido a que *esa* luz se había apartado de la tienda de Jacob, ésta quedó sumida en tinieblas. ¿Era posible que esa luz volviese alguna vez a la casa de Jacob?

**Vergüenza y honor de Judá.** ¿Cómo podía ser preservada la vida de fe y de comunión en el círculo del pacto, siendo que ese círculo vivía en tinieblas? Pronto se vio que la familia de Jacob estaba en franca decadencia. Judá se separó del grupo de sus hermanos y se asoció con los cananeos. Incluso se casó con una mujer cananea, teniendo tres hijos con ella.

Los pecados de los cananeos se impusieron tan completamente en la familia de Judá que el Señor le quitó los dos hijos mayores. El mismo Judá cayó presa de las transgresiones cananeas. A causa de su pecado llegó a ser padre de hijos mellizos, Fares y Zara. Con esto parecía que el linaje de Judá estaba perdiendo totalmente su carácter santo. ¿Quedaría la casa de Judá totalmente sumergida en la vida de los cananeos?

¡Los caminos de Dios son maravillosos! Del linaje de Fares nacería algún día el Cristo, aunque Judá no podía comprender esto en el momento de nacer sus hijos. Judá había sido escogido para ser un antecesor del Cristo; sin embargo, la elección no se debió a ninguna virtud o buena conducta de su parte. Al contrario, en aquel instante el Espíritu del Señor moraba mucho más en la vida de José.

Judá fue escogido simplemente porque esa era la buena voluntad de Dios. Ni siquiera los grandes pecados de la vida de Judá pudieron neutralizar esa elección. Cuando Dios nos escoge para unirnos al Señor Jesucristo y heredar la salvación, no es gracias a nuestra superioridad, sino por la buena voluntad de Dios. El Espíritu de Cristo se manifestó posteriormente en Judá y en su descendencia. Esto ocurría a medida que Dios ponía a Judá en primer plano. En él y en sus descendientes estaba la luz. Judá llegó a ser la esperanza de Israel y José retrocedió para pasar a segundo plano.

# 32: La palabra de Dios en Egipto

*Génesis 39—41*

En la historia de José en Egipto, casi podemos identificar a José con la palabra de Dios, puesto que con él la palabra de Dios llegó a Egipto. En Egipto José fue humillado (igual que el Cristo, quien es la Palabra de Dios), pero también fue exaltado. La humillación y la exaltación de Cristo son tipificadas en la vida de José.

En primer lugar, la palabra de Dios estuvo en casa de Potifar, donde José habló claro contra el pecado. Luego ocurrió la profecía en conexión con los sueños del copero y del panadero. (No nos importa aquí saber si en otras ocasiones Dios también se revelaba al mundo de los paganos mediante sueños.) Los sueños interpretados por José eran revelaciones divinas, y mediante el Espíritu él pudo discernir su significado. De igual modo, la revelación de Dios estaba presente en los sueños del faraón. Con José la palabra de Dios había entrado a Egipto a fin de preparar las cosas para el arribo de Israel.

En consecuencia, resulta bastante claro que no hemos de hablar de José solamente como una persona. Aquí tenemos otra vez una revelación del consejo del Señor para la redención de su pueblo. Las Escrituras relegan la vida personal de José a segundo plano. "Envió un varón delante de ellos; a José, que fue vendido por siervo" (Sal. 105:17).

Esta revelación dada a Egipto preparó a Egipto para recibir a Israel. El Dios de Israel, que es el único Dios del cielo y de la tierra, se reveló a Egipto en los siete años de abundancia y en los siete años de hambre, que fueron profetizados por José. Esta revelación no tenía ningún significado adicional para Egipto. En aquel entonces no había ningún intento de convertir a Egipto.

Esta relación entre Egipto e Israel no debe tomarse como la base para conclusiones referidas a la relación entre el mundo y el reino de Dios en nuestro tiempo. En aquel entonces Dios todavia permitía que los pueblos escogiesen sus propios caminos. Ahora la presencia del pueblo de Dios en el mundo tiene un significado mucho más amplio. En aquel momento de la historia, la función de Egipto consistía en preservar a Israel por un tiempo.

**Pensamiento clave:** *La palabra de Dios prepara a Egipto para recibir a Israel.*

**En casa de Potifar.** Los mercaderes ismaelitas, que habían comprado a José y lo habían llevado a Egipto, lo vendieron a Potifar, miembro de la corte del faraón y capitán de su guardia. En su casa paterna José había sido un testigo de Dios, motivo por el cual había sido vendido por sus hermanos. En Egipto no dejó su vocación. Pronto el Señor le mostró que se trataba de un llamamiento especial. José halló favor ante los ojos de Potifar quien lo puso por mayordomo sobre toda su casa. Esto debe haber fortalecido la fe de José en el favor del Señor para con él y en llamado especial que el Señor le había revelado en sueños.

Esa posición en la casa de Potifar también implicaba peligros. La esposa de Potifar se sintió atraída por el joven y lo tentó a cometer un pecado sexual con ella. ¿Cómo pudo resistir José esa tentación? Lo único que pudo darle esa fortaleza era el hecho de que había de ser un testigo en el mundo, es decir, solamente porque el Espíritu de Cristo habitaba en él. De otra manera nunca habría tenido la fortaleza para resistir aquellas propuestas.

De esa manera José llevó la palabra del Señor a la esposa de Potifar. Después de todo, la palabra del Señor nos pide fidelidad en todas nuestras relaciones. José le señaló a ella que Potifar había depositado absoluta confianza en él, y que con esa relación sexual estaría violando tal confianza. Sobre todo, José aclaró que el propósito que ella tenía en mente era pecado ante Dios. Mediante el Espíritu de Cristo, José estaba testificando de parte de Dios contra el pecado de Egipto.

Cuando la esposa de Potifar vio que no podía salirse con la suya, cambió de actitud. Comenzando a dar voces, acusó a José de querer seducirla. Su esposo, que también era jefe de la prisión real, se enojó y encerró a José en la cárcel.

De esa manera José sufrió por amor a Dios y Su palabra. También en ese sentido fue un tipo del Señor Jesucristo quien también sufrió por falsas acusaciones. José también tipificó a los creyentes que sufren opresión por amor a la palabra.

**En prisión.** ¡Qué fácil hubiera sido para José dudar del propósito de Dios para su vida una vez que estuvo en la cárcel! ¿Qué sería ahora de sus sueños? Sin embargo, el Señor le dió fuerza para permanecer firme

a su llamamiento. Dios fortaleció la fe de José permitiéndole hallar favor ante los ojos del carcelero. Anteriormente, Dios había bendecido todo el trabajo de José en la casa de Potifar y, gracias a José, Potifar había prosperado. Ahora Dios bendijo su vida en la cárcel y, en consecuencia, recibió también allí, un cargo de confianza.

Cierto día el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos del palacio del faraón fueron puestos en la misma prisión. Se habían levantado ciertas sospechas contra ellos. Potifar, el encargado de la cárcel real, encomendó los prisioneros especiales al cuidado de José. Aparentemente se había atenuado el enojo de Potifar. ¿Habrá creído completamente Potifar la acusación su esposa?

Estando en la cárcel, el copero y el panadero tuvieron un sueño poco usual. José, que notó la inquietud causada en ellos por esos sueños, se sintió mucho más consciente de su llamamiento. Por eso les preguntó el motivo de su inquietud. Habiéndole contado sus sueños, él les ofreció la interpretación correspondiente. José les dijo que el copero sería librado en tanto que el panadero sería castigado.

Fue por amor a José que Dios habló en aquel tiempo a la gente de Egipto. José interpretó la revelación contenida en sus sueños. Puesto que él era la luz del Señor en Egipto, la gente comenzó a poner su atención en él. En aquellos días Dios estaba preparando una obra divina. Dios quería que Israel estuviese separado temporalmente en Egipto, porque corría inminente peligro de ser arrastrado por el estilo de vida de los cananeos. Con anticipación Dios había enviado a José para utilizarlo en preparar a Egipto para la recepción de Israel.

¿Pero cuánto tiempo pasaría hasta que la atención de todo Egipto se centrase en José? El copero había prometido interceder por José ante el faraón, pidiendo su liberación. Sin embargo, olvidó su promesa. El hecho que José haya dirigido ese pedido al copero demuestra que no dudaba de su llamamiento. Sin embargo, el copero no había discernido la palabra de Dios en sus sueños cuando estos le fueron interpretados por José. Cuando finalmente habló en favor de José, no fue por el bien de aquel, sino para su propio bien y el del faraón.

Pero esto no altera el hecho de que José expuso la palabra de Dios en la prisión, prometiendo liberación al copero y condenación al panadero. Después de todo, José les había dado una revelación divina referida a sus vidas, de la misma manera en que el Cristo nos revela la verdad de Dios a nosotros. Si en fe buscamos esa verdad, caminaremos en la luz.

**El ascenso de José.** Aproximadamente dos años después, el faraón tuvo dos sueños que aparentemente tenían el mismo significado. Por el hecho de haber sido dos sueños, el faraón concluyó que eran de extraordinaria importancia. Los sueños le causaron una profunda impresión, de modo que llamó a todos los magos y hombres sabios de Egipto para que le ofreciesen su interpretación. Sin embargo, ellos fracasaron. Era como si Dios los hubiese enceguecido, puesto que, basados en el mero sentido común, deberían haber podido comprender algo del significado de aquellos sueños.

Fue entonces cuando el copero recordó a José y relató al faraón lo que le había acontecido en la cárcel. Entonces mandaron a llamar a José de la cárcel. Después de lavarse, fue presentado ante el faraón.

José dijo al faraón que él personalmente no poseía el poder de interpretar sueños; pero, siendo consciente de su gran llamamiento y convencido de que ahora Dios hablaría a Egipto por amor a él, José afirmó que Dios le declararía la interpretación del sueño.

El faraón le contó sus sueños y éstos fueron interpretados por José. Luego José sugirió al faraón que a lo largo de los siete años de prosperidad hiciera provisiones para los siete años de escasez. Entonces el faraón lo ascendió a la segunda posición de autoridad en su reino.

José, el portador del testimonio de Dios, fue elevado en Egipto como un tipo del Cristo, la Palabra de Dios, que también fue elevado y ahora está sentado a la diestra de Dios. Algún día serán exaltados todos aquellos que han sufrido opresión por la palabra de Dios.

La fe que José tenía en su propio llamamiento no había caído en el vacío. Ahora más que nunca tenía la certeza de que algún día sería una bendición a su casa paterna. Sin embargo, no se apresuró a enviar mensajeros que informasen a su familia de su nueva posición. José comprendía que los caminos de Dios, hasta ese momento tan misteriosos, también lo pondrían en contacto nuevamente con su casa paterna. El crimen que pesaba sobre esa casa tendría que ser tratado como Dios lo quería.

Así como fue justificada la fe de José, será justificada la fe de todos aquellos que se rinden a la Palabra y al llamamiento de Dios. ¡Si solamente aprendiéramos a vivir en fe, unicamente para la Palabra de Dios!

**Gobernador en Egipto.** El faraón había dado a José el nombre Zafnat-panea. A su tiempo ese nombre sería muy importante, porque

significaba *redentor del mundo y preservador de la vida.* Algún día José llegaría a ser el preservador de la vida, no solamente para Egipto, sino también para su casa paterna. Además, el faraón le dio por esposa a Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. De esta manera José fue aceptado en los círculos más elevados de los sabios de Egipto.* Sin duda aquello fue un gran honor, pero también implicaba ciertos peligros.

Los nombres que José dio a sus dos hijos, que nacieron durante los años de prosperidad, demostraron que José no había olvidado el llamamiento especial respecto de su casa paterna. Al primero de los hijos lo llamó Manasés, con lo que quiso decir: "Dios me ha hecho olvidar todo mi sufrimiento y toda mi casa paterna". No quiso decir que ahora se había separado totalmente de la casa de su padre; lo que quiso decir es que ya no se senía deprimido por sus dificultades y problemas. Gracias a la independencia que había ganado por el favor de Dios, ahora podía convertirse en una bendición para esa casa. En principio sus sueños se habían hecho realidad. Todo lo demás vendría luego.

A su segundo hijo lo llamó Efraín que significa *dos veces fructífero.* Esta era su forma de expresar que Dios lo había fructificado en la tierra donde había sido perseguido. Es decir, todavía consideraba a Egipto la tierra donde había sufrido opresión. Su corazón añoraba la casa de su padre.

Durante los siete años de prosperidad, almacenó granos en Egipto. Al comenzar los siete años de hambre, el faraón mandó a los egipcios que fueran a José, quien entonces comenzó a abrir los graneros de almacenamiento. Pronto vino gente de otros países para comprar cereales en Egipto.

El sendero de José ciertamente había sido tenebroso, pero ahora Dios lo tenía en plena luz. Tanto en su humillación como en su exaltación, José fue una bendición. Con ello llevaba la marca del Cristo quien es una bendición eterna, tanto en su humillación como en su exaltación. También nosotros debemos estar dispuestos a llevar la marca del Cristo, para que por amor de Cristo seamos una bendición a pesar de las circunstancias que sobrevengan.

---

*On era el centro de estudios más importante del país, lugar donde también se encontraba el templo del dios sol, Ra. Posteriormente los griegos lo llamaron *Heliópolis*, que significa *ciudad del sol.*

# 33: La unidad restaurada

*Génesis 42—45*

Las acciones de José restauraron la unidad de la casa de Jacob. No debemos buscar en la conducta de José un deseo de venganza. La Biblia nos revela el por qué de las acusaciones de José contra sus hermanos: "Entonces se acordó José de los sueños que había tenido acerca de ellos, y les dijo: espías sois" (Gn. 42:9). José actuaba totalmente consciente del llamamiento que Dios ya le había revelado a través de sus sueños. José era llamado a ser el líder de su casa paterna y el instrumento para traerla de regreso a la senda de justicia.

José no estaba buscando venganza ni tampoco castigó a nadie. Sin embargo, mediante el sufrimiento sus hermanos tuvieron que encontrarse mutuamente y de esa manera volver en sí. Era preciso que admitieran abiertamente entre ellos su propio crimen. También debían demostrar que sus actitudes habían cambiado y que habían superado sus celos. La actitud que tuvieron hacia Benjamín, el otro hijo de Raquel, demostró que estos cambios realmente habían ocurrido en sus vidas.

En la casa de Jacob, cada uno estaba tomando una parte en el proceso de la reconciliación. José sacrificó su venganza y actuó mediante el poder del llamamiento de Dios. Al permitir que Benjamín fuese con sus hermanos, Jacob renunció a su costumbre miedosa de aferrarse a todo aquello que estaba relacionado a Raquel. En el preciso momento de acceder a la partida de Benjamín, se estaba rindiendo, juntamente con su casa, al Dios todopoderoso. (Después de esta victoria sobre su preferencia especial por Raquel y sus hijos, la Escritura lo llama *Israel*, aquel que luchó con Dios.) Judá se sacrificó arriesgando su propia vida por la de Benjamín. Además, Judá habló en favor de los demás hermanos que entre tanto también habían sido humillados ante los otros miembros de la familia. De esta manera fue restaurada la unidad en la casa de Jacob.

Sobre todos ellos estaba el Espíritu del sacrificio del Señor Jesucristo, que se dio a sí mismo por los suyos. El propósito de su sacrificio fue la expiación de los pecados, y esa expia-

ción fue la base para la reconciliación de los miembros de la casa de Jacob. Mediante la expiación de Cristo, el Espíritu de su sacrificio los afectó de tal manera que fue restaurada la unidad.

En este sentido José ya era el preservador de la casa de Jacob. Esa era la más importante función a la cual había sido llamado. Además, dio a su casa paterna un lugar en Egipto, un lugar donde pudo permanecer en Egipto, según leemos en Génesis 46. Al preservar la casa de Jacob (especialmente en sentido espiritual) José fue un símbolo del Cristo.

**Pensamiento clave:** *Gracias al sacrifico de cada uno, fue restaurada la unidad.*

**El sacrificio de José.** Probablemente José esperaba que sus hermanos viniesen entre las muchas personas que llegaban a Egipto de otros países para comprar cereales. De esa manera debe haber presentido algo del plan de Dios destinado a reconciliar la casa de Jacob. En todo caso, José decidió supervisar personalmente las transacciones con los extranjeros.

Un buen día llegaron sus hermanos a Egipto a fin de comprar cereales. Cuando se inclinaron ante él, José recordó sus sueños, pero sin sentir una satisfacción viciosa por tener a sus hermanos bajo su poder. Tampoco quería vengarse por el daño que le habían causado. En su lugar, percibía que Dios lo había llamado para guiar a su casa paterna hacia la justicia.

Sin embargo, no podía darse a conocer enseguida a sus hermanos. Antes, ellos tendrían que admitir su crimen. Además, José tendría que descubrir si la actitud de ellos había cambiado. Por eso les dijo que los tenía por espías. Cuando se defendieron diciendo que eran todos hermanos y explicaron las circunstancias en casa, José respondió que los encarcelaría, permitiendo que uno regresara para traer a Benjamín.

Después los encerró en la cárcel donde tendrían oportunidad de volver a Dios y de volver en sí, recordando su pecado del pasado. Ahora Dios se había vuelto contra ellos, como algunos años antes ellos se habían vuelto contra José, y con ello contra Dios mismo.

Habiendo ellos pasado tres días en la cárcel José volvió a hablarles, pero en tono algo diferente, puesto que José temía a Dios y no quería ser injusto. En su posición, estaba sujeto a Dios, y por eso no quería acusar arbitrariamente. Solamente uno de los hermanos quedaría en la

cárcel. A los otros se les permitió regresar con los cereales y traer a Benjamín. Cuando los hermanos discutieron aquella situación, reconocieron que esto era el resultado del pecado que habían cometido contra José. Este oficial al menos los estaba tratando con justicia, mientras que ellos no habían mostrado misericordia para con José. Una vez más Rubén reprochó a sus hermanos el crimen que habían cometido.

José entendía lo que estaban diciendo, sin que sus hermanos lo supieran. Por momentos no podía soportarlo. Pero se dominó e hizo que Simeón, el segundo, fuese atado ante los ojos de ellos. José no quiso que Rubén, el mayor de los hermanos fuese atado, puesto que éste había intentado salvarle la vida a José. Al ver los hermanos cómo era atado Simeón, deben haber recordado cómo habían atado a José.

Al partir los hermanos con sus cereales y las provisiones para el viaje, descubrieron que el dinero que habían pagado a José por la mercadería estaba devuelto y puesto en sus sacos. Cuando en el camino uno de ellos descubrió el dinero en su saco, todos se sintieron profundamente asustados. Aun más angustiados estuvieron cuando, de regreso en su casa, descubrieron que el dinero de todos estaba en sus respectivos sacos.

Cuando contaron a su padre lo que les había sucedido en Egipto, Jacob estalló en ira sobre ellos. Deben haber reconocido que su padre tenía razón al sentirse enojado y apenado. Sin embargo, para Jacob mismo, quien desconocía el crimen cometido por sus hijos, dicho enojo significaba una rebelión contra el Señor. Rubén prometió a Jacob dos de sus propios hijos en el caso de que no pudiesen traer de vuelta a Benjamín en su próximo viaje a Egipto. Pero Jacob declinó esta oferta.

Evidentemente todavía no había unidad en la casa de Jacob en Canaán. Los hermanos estaban divididos unos contra otros. Puesto que todavía no habían confesado su pecado, no podían estar unidos.

El corazón de José sentía ansias por la casa de su padre. Sacrificó su venganza y su propia satisfacción para buscar lo mejor para su casa paterna y lograr la reconciliación. Durante este proceso demostró que el Espíritu del Cristo habitaba en él, porque es el deseo de Cristo unir y preservar a los suyos. Con ese propósito Cristo dio su vida para expiar por nuestros pecados.

**El sacrificio de Jacob.** Impulsados por el hambre, los hijos de Jacob tuvieron que regresar a Egipto. Pero no podían hacerlo sin llevar consigo a Benjamín. Cuando Jacob, furioso todavía, culpó a sus hijos por

admitir que tenían otro hermano, Judá se adelantó para indicar a su padre que estaba siendo injusto. También prometió a Jacob que Benjamín no sufriría ningún daño.

Con esa promesa, Jacob permitió que Benjamín fuese con ellos. Ya no se mantenía alejado de sus otros hijos por la pena que sentía por aquel hijo de Raquel. En lugar de ello, su corazón acompañó al resto de la casa, rindiéndose junto con toda su casa, al Dios todopoderoso. Una vez más Jacob había llegado a ser Israel, el hombre que había luchado con Dios y había prevalecido. Toda su actitud había cambiado.

Los hermanos partieron rumbo a Egipto con regalos para el oficial con quien habían tratado, y con una cantidad doble de dinero. Cuando, al llegar a Egipto, fueron llevados al hogar particular de José, temían que era por causa del dinero. Pero el mayordomo de la casa de José los tranquilizó y les restauró a Simeón. Luego les dio agua para sus pies, y se ocupó del cuidado de sus animales.

Al entrar José, vio a Benjamín, y esto fue más de lo que podía soportar. Sin embargo, pronto se dominó e hizo que los hermanos fuesen sentados a la mesa de acuerdo a sus edades. Ellos lo consideraban un vidente capaz de adivinar sus relaciones mutuas en la casa paterna. Luego comieron en casa de José. Si bien comieron en una mesa aparte, recibieron los más altos honores, ya que la comida les era llevada desde la mesa de José. Además, las porciones de Benjamín eran cinco veces mayores que las de los otros hermanos.

¡Allí estaban comiendo otra vez, los doce juntos! Los hermanos ya no sentían envidia de Benjamín, el hijo de Raquel, por causa de los privilegios que disfrutaba. ¡Una vez más volvía a resplandecer la luz sobre la casa de Jacob! Sin embargo, José todavía no había tomado su lugar entre ellos. Sus hermanos todavía no sabían que era José quien estaba comiendo con ellos.

**El sacrificio de Judá.** El día siguiente partieron con sus cereales y con el dinero en sus sacos. Evidentemente, José no quiso aceptar el dinero de su casa paterna. Además, en el saco de Benjamín estaba la copa de José, la copa de la que él mismo bebía, la copa que aparentemente lo habilitaba para predecir el futuro. (Por lo menos, esa era la forma en que los egipcios veían esa copa.)

Cuando los hermanos fueron alcanzado y la copa descubierta en el saco de Benjamín, los hermanos no entregaron a éste, sino que todos

juntos regresaron a José. Esto fue suficiente evidencia para José de que los celos entre los hijos de Raquel y todos los demás hijos habían sido superados. Todos juntos se ofrecieron a convertirse en siervos de José confesando que no tenían ninguna defensa que presentar. Aparentemente todas las cosas les eran adversas. Dios los había descubierto en su pecaminosidad. En este momento los hermanos ya se estaban sacrificando por el amor a Benjamín.

Debido a que José les había propuesto quedarse unicamente con Benjamín como siervo, Judá salió para interceder por él. Primero reconoció la soberanía de José, pero luego habló en forma conmovedora del dolor de su padre. Además dijo a José que había prometido a su padre ser garantía de la seguridad de su hermano, y se ofreció a sí mismo como siervo de José en lugar de Benjamín. Ahora quedaba totalmente claro que el pecado del pasado había sido superado y desarraigado. En vez de seguir causando dolor a su padre, los hermanos se sentían sobrecogidos por el dolor que ya soportaba. En vez de abandonar a uno de los hijos de Raquel, como habían hecho antes, uno de ellos pasó al frente para sacrificarse a sí mismo en lugar del hijo de Raquel.

En todos ellos, pero especialmente en Judá, se estaba manifestando el Espíritu del Señor Jesucristo, es decir, el Espíritu de Aquel que se sacrificó por todos a pesar de ser el menor de todos y el siervo de cada uno. Cristo se sacrificó para expiar por las injusticias de todos nosotros. Si algo de su Espíritu habita en nosotros, entonces también nosotros daremos nuestras vidas los unos por los otros. Esta es la única forma de lograr verdadera unidad.

**Reconciliación.** Ahora José ya no pudo contenerse más. Ordenó que todos salieran del salón, excepto sus hermanos. Entonces se les reveló su propia identidad. Los hermanos casi desmayaron de asombro, temiendo que ahora serían castigados por su pecado. Se sentían totalmente desesperados. El espíritu de humillación en ellos era genuino.

Una y otra vez José les dijo que no habían sido *ellos* quienes lo habían enviado a Egipto; había sido obra de Dios para guardar la casa de Jacob durante los años de hambre. Ya no tenían que preocuparse más por su culpa. José les aseguró que él ya no se preocupaba por ella. En su lugar los hermanos debían mirar hacia Dios quien había guiado las cosas para el bien de todos. Si nosotros primero confesamos nuestros pecados y recibimos el perdón, podemos obrar de la misma manera.

José dijo a sus hermanos que regresaran a Canaán. Debían contar a su padre todo cuanto había sucedido y entonces volver con él para vivir en Egipto. José gozaba de tan alta estima en Egipto que el mismo faraón insistió en que toda la familia de José fuese traída a Egipto. El faraón estaba dispuesto a enviar carros a Canaán para las mujeres y niños de la casa de Jacob. Si era necesario, incluso podrían dejar sus bienes domésticos en la tierra de Canaán.

José entregó algunos obsequios a sus hermanos, especialmente a Benjamín, enviando además maravillosos regalos para su padre. Con insistencia les pidió también que durante el viaje ya no hablasen de su crimen. Ya no debían sentirse culpables, ni culparse unos a otros, puesto que el mal había sido borrado. Junto con José tenían que creer en el perdón. En esa fe todos juntos serían uno.

Los hermanos regresaron a la casa de Jacob y le contaron todo. El corazón de Jacob casi no pudo soportarlo; le resultaba imposible creerlo. Los hermanos le relataron cuantas cosas José había dicho, incluyendo sus palabras de reconciliación. Al mismo tiempo deben haber confesado su crimen a Jacob. En las palabras de José y en las de los hermanos, Jacob notó el espíritu de unidad. Era el mismo espíritu de unidad que vivía en su propio corazón.

Al oír todo esto y ver los carros de Egipto que acompañaban las palabras de reconciliación dichas por José, Jacob terminó por creer. Esto renovó el espíritu de Jacob. El anciano sacudió el espíritu de decaimiento que lo había subyugado desde la pérdida de José y dijo: "Basta; José mi hijo vive todavía; iré, y le veré antes que yo muera". Entonces volvió a resplandecer la luz de Dios en toda su intensidad sobre la casa de Jacob.

Los miembros de la casa de Jacob se habían encontrado mediante el Espíritu del Señor Jesucristo que estaba obrando en la vida de todos ellos. Este Espíritu de sacrificio, este Espíritu de disposición de ser menos que los otros, había conquistado en primer lugar a José. Luego, a través de José, también había echado raíces en los demás. Afortunadamente, este espíritu todavía está obrando en el mundo de nuestros días. Lo que debemos hacer es buscar comunión con el Señor Jesucristo a través de la fe en su sacrificio. Ese Espíritu también se manifiesta en nuestro tiempo. Este Espíritu nos vence de tal manera que podemos encontrarnos unos a otros de nuevo y ser verdaderamente uno.

# 34: El preservador de la vida

*Génesis 46—47*

Para Egipto, y especialmente para la casa de Israel, Dios hizo que José fuese un preservador de la vida. Su función era la de ser una revelación de la bendición del Cristo, quien es el preservador de la vida de todo el mundo, especialmente de la vida de su pueblo. El pueblo de Dios es el centro de atención, a medida que el consejo del Señor es cumplido en el mundo.

José fue también el preservador de la vida de la casa de Israel al lograr que Jacob y su familia salieran de Canaán, donde corrían peligro de perderse en el estilo de vida de los cananeos. José tomó medidas para que al llegar la casa de Jacob a Egipto pudiese vivir aislada. José insistió en que sus hermanos dijeran al faraón que ellos eran pastores, porque entonces los egipcios no desearían asociarse con ellos.

Para Jacob y su casa fue un sacrificio salir de Canaán. Por un tiempo tendrían que dejar la tierra que les había sido prometida como herencia. Pero en fe seguían aferrados a esa tierra, puesto que Jacob pidió que José jurara sepultarlo en Canaán. Así José, que había hecho salir la casa de Jacob de Canaán, tuvo que prometer de sepultar en esa tierra a Jacob como una señal de que los descendientes de Jacob algún día poseerían esa tierra.

De la misma manera, el señorío de Cristo es nuestra garantía de que poseeremos la nueva tierra bajo el nuevo cielo. Por eso el creyente tiene toda razón al afirmar que la vida es buena donde quiera esté Dios con su favor. El creyente ansía llegar a su patria, a su hogar espiritual, donde todas las cosas son una muestra de la misericordia de Dios.

La casa de Jacob vivió por algún tiempo en Egipto. Sin embargo, debemos tener cuidado de no asemejar esa estadía en Egipto con la presencia de la iglesia en el mundo. En el tiempo de José había una diferencia entre dos lugares. Aquellos que vivían bajo la gracia de Dios, hicieron de Gosén su hogar, en tanto que los incrédulos vivían en el resto de Egipto. Dios permitía que los paganos siguieran sus propios caminos, aunque en su bondad los bendecía en muchas formas.

Esta distinción entre las dos clases de tierra no puede ser transferida a nuestro tiempo. Tampoco identificar la relación entre la iglesia y los incrédulos de nuestro tiempo con la relación entre Israel y Egipto, porque en la actualidad Dios no permite que los incrédulos sigan sus propios caminos. En la actualidad Dios ha abierto su pacto a todos los pueblos. Debemos ser especialmente cuidadosos en no comparar los dos sitios del tiempo de José con lugares sagrados y lugares seculares de nuestros días. No debemos distinguir entre la vida de fe y la iglesia por un lado, y la vida del estado y la sociedad por otro.

Lo que sí permanece es el contraste entre una vida vivida en fe y una vida de incredulidad. Para un creyente, todas las cosas provienen de gracia; incluso considera al pan de cada día como fruto de la eterna gracia de Dios en Cristo. Al comer su pan, el creyente experimenta la comunión del pacto con Dios. Recibe ese pan también de la mano de Cristo, así como la casa de Israel recibía sus provisiones en la tierra de Gosén de la mano de José, que pertenecía a esa casa. A pesar de su poder, José era un extranjero en Egipto.

El incrédulo no conoce el pacto ni la cabeza del pacto. No conoce la gracia de Dios en Cristo. Se limita a recibir los dones que provienen de la bondad que Dios siente hacia los incrédulos, dones que Dios les permite disfrutar mientras viven en el pacto de este mundo.

Mediante su gracia en Cristo, Dios también santificará todo sufrimiento y en ello también nos mostrará su favor. De acuerdo con ello, Génesis 46:4 es de especial importancia puesto que Jacob fue notificado que, al morir, las manos de José cerrarían sus ojos. Cristo estará presente al morir nosotros, y con él estará la gracia de Dios.

Sin embargo, el conocimiento de todo esto no convierte a esta tierra en nuestra patria. Mediante la fe aceptamos el favor de Dios como se expresa a través de todas las cosas, aun a través de la adversidad, pero todavía no vemos con claridad todas las cosas. Todavía existen la adversidad y el sufrimiento, todavía estamos envueltos en conflictos y todavía tenemos que luchar con el cuerpo de esta muerte. Por eso todavía no hemos hallado nuestra patria.

De acuerdo a Hebreos 11, esa patria es "celestial"; pero no debemos cometer el error de identificar esa patria con el cielo. Nuestra patria es la nueva *tierra* bajo la luz del nuevo cielo, es decir, la nueva Jerusalén que descenderá del cielo. Cuando venga ese día, serán claras todas las cosas y entonces veremos directamente. Entonces todas las cosas serán evidencias del favor de Dios. Entonces habrá armonía entre la comunión del pacto con Dios en nuestros corazones, y lo que nuestros ojos vean.

Por lo tanto, para los hijos de Jacob era importante afirmar claramente ante el faraón que querían permanecer como extranjeros o huéspedes en Egipto. Jacob mismo confesó al faraón que era extranjero en la tierra, aun viviendo en Canaán. Solamente la posesión completa de Canaán por parte del pueblo de Israel sería una proclamación profética de la posesión de la nueva tierra por parte del pueblo de Dios.

Debido a la relación peculiar que existía entonces entre Israel y los

otros pueblos, sería erróneo hacer conclusiones referidas a la relación entre la iglesia y el estado, en base a la relación entre la casa de Jacob y el faraón. El faraón debe ser visto más bien como el gobernador del mundo y Egipto como la casa de servidumbre. Visto desde ese punto de vista, la conversación entre Jacob y el faraón era un encuentro entre el pueblo de Dios con el gobernador del mundo.

Con envidia el faraón preguntó a Jacob su edad. (Bajo la bendición especial de Dios, los patriarcas todavía alcanzaban gran edad.) Mediante la fe, Jacob respondió confesando que era un extranjero en la tierra; era un extranjero, especialmente frente al faraón, quien buscaba su patria en esta vida.

La relación entre José y la casa de Jacob tampoco se asemeja a la relación entre el estado y la iglesia. Aquella debe ser considerada más bien en términos de la relación de Cristo con su iglesia.

Indudablemente, no todas las medidas tomadas por José, como gobernador de Egipto, fueron siempre las correctas. Si partimos del concepto según el cual el faraón era un hijo de los dioses, entonces tendrían sentido todas las obras de José, porque el faraón sería el dueño legítimo de todas las cosas, aun de la tierra y su gente. La política de José condujo a una pérdida de libertad.

En Israel, la santa teocracia, la tierra y su gente pertenecían a Dios, el Rey de Israel. Es Dios quien repartió la tierra y sus bienes entre la gente, conforme a su buena voluntad. Ahora Dios es dueño de todo su pueblo, porque Cristo lo ha comprado para Dios mediante su sangre.

**Pensamiento clave:** *Dios establece a José como preservador de la vida.*

**Saliendo de Canaán.** Respondiendo a la invitación de José y el faraón, Jacob decidió ir a Egipto con toda su casa. Esto significaba que viviría por algún tiempo fuera de Canaán. Esto no le resultaría fácil. Jacob no dijo: "Soy feliz donde quiera que Dios esté conmigo; no me importa donde viva". Jacob se aferraba a la tierra de Canaán, la cual le había sido prometida a su simiente.

Dios volvió a aparecer a Jacob en Beerseba, que está situado en el límite de Canaán. Esta era la primera revelación de Dios desde los días de los sueños de José. Ahora que José había sido hallado, ahora que la unidad de la casa de Jacob había sido restaurada, ahora que el espíritu de Jacob había sido renovado, Dios volvió a hablar. Dios dijo a Jacob que hacía bien en dirigirse a Egipto. Dios descendería con ellos y algún día permitiría que su descendencia volviese. En la tierra de Gosén Dios revelaría su favor a Jacob. El favor especial de Dios lo acompañaría aun en la muerte, puesto que la mano de José cerraría sus ojos.

Usando los carros del faraón, Jacob viajó a Egipto con todos los que le pertenecían. Las Escrituras nos dicen que Jacob emigró con sesenta y seis personas. Contando a Jacob y a José y sus dos hijos, el número total de personas pertenecientes a la casa de Jacob sumaba exactamente setenta (sin incluir a las esposas de sus hijos). En Génesis 46 se los menciona a todos, pero ello no significa que todos los setenta ya eran parte del grupo de Jacob. Algunos de los mencionados nacerían en Egipto. Las Escrituras mencionan todas las cabezas de tribus y todas las casas, a todos aquellos mediante los cuales Israel llegaría a ser una gran nación.

Jacob entró a Egipto creyendo que el favor de Dios lo acompañaría allí, y que algún día regresaría a Canaán. Del mismo modo nosotros podemos creer que, por amor a Cristo, el favor de Dios estará con nosotros en esta vida, aun cuando no hayamos hallado nuestra patria aquí. Anhelamos la nueva tierra que recibirá la totalidad de la bendición del cielo.

**El líder de la casa de Jacob.** Jacob ordenó que Judá se adelantara para recibir órdenes de José en cuanto a la tierra y el camino. Entonces José preparó su propio carro y salió a Gosén donde encontró a Israel su padre. Al encontrarse, se echaron uno en los brazos del otro y así lloraron largamente. Jacob había recobrado a su hijo amado, al hijo de Raquel.

Pero en José la casa de Jacob había recibido algo más. Los sueños de José se habían cumplido, puesto que José se había convertido en el líder de la casa de Jacob. José sería el sustento de su casa paterna en Egipto; gracias a José, Jacob y los hermanos de José habían salido de la casa de tierra de Canaán, donde estaban ante el peligro de mezclarse con los cananeos. José también cuidó que Jacob y su casa no se mezclasen con los egipcios. Ante sus hermanos insistió que dijeran al faraón que todos ellos eran pastores, puesto que los pastores eran despreciados por los egipcios. En consecuencia, el faraón les daría una tierra separada donde vivir. Les sería asignada la tierra de Gosén como el lugar de los mejores pastos en el país.

El Señor había devuelto a José a la casa de Jacob como preservador de la vida. En tal función José fue símbolo, o un tipo, de lo que el Señor Jesucristo es para nosotros en la actualidad. Dios nos dio a Cristo como preservador de la vida. El cuidará de que no nos sumerjamos en la vida de los incrédulos y en los pecados del mundo.

**Israel y Egipto.** Cuando su casa paterna hubo llegado a Egipto y cuando se hubo notificado al faraón, José presentó a éste a cinco de sus hermanos. Cuando estos le dijeron que eran pastores, el faraón les prometió la tierra de Gosén. Así la casa de Jacob siguió separada de la vida de Egipto.

Posteriormente hubo un encuentro entre Jacob y el faraón. Jacob fue presentado ante la corte. Como portador de la promesa de Dios, Jacob bendijo al faraón durante el encuentro. Durante su conversación, faraón preguntó a Jacob su edad, porque habrá notado la avanzada edad que los patriarcas alcanzaban bajo la bendición de Dios, motivo por el cual envidiaba a Jacob. Jacob confesó presentir que ya no viviría muchos años. Sus ciento treinta años eran menos de lo que habían vivido sus padres. Jacob prosiguió diciendo que los días de su vida habían sido malos.

Jacob también confesó que había sido un extranjero en Canaán. Ansiaba la llegada del día cuando sus descendientes heredarían esa tierra. Sin embargo, aun esa posesión de Canaán sería solamente temporal, sería una profecía referida a la posesión eterna de la nueva tierra por parte del pueblo de Dios.

Sobre todas las cosas Jacob ansiaba llegar a la nueva tierra y expresó esos sentimientos al faraón quien alentaba la esperanza de hallar su patria en esta vida, y por lo cual también envidiaba a Jacob por los muchos años que ya había vivido. Ciertamente es un privilegio vivir muchos años, pero solamente si consideramos nuestra vida en la tierra como una profecía de nuestra habitación eterna en la nueva tierra de Dios.

**Preservando a Israel y Egipto.** Debido a las órdenes dadas por el faraón y José, la casa de Jacob vivió en la tierra de Gosén. Allí José proveyó para las necesidades de sus parientes, aun a medida que el número de ellos aumentaba. Esa casa de Jacob era la principal preocupación de Dios en su gobierno del mundo. Por eso también era la principal preocupación de José.

Sin embargo, José también se ocupaba del resto de Egipto. Cuando los hambrientos egipcios hubieron vendido su ganado a fin de comprar cereales, se vieron forzados a vender también sus tierras. En consecuencia, toda la tierra de Egipto pasó a ser propiedad del faraón durante los años de hambre. José reunió a mucha gente en las ciudades, para poder

proveer mejor para ellos. Sin embargo, también les dio semillas, decretando que una quinta parte de la cosecha de la tierra pertenecería al faraón. De esa manera todo Egipto llegó a ser tributario del faraón en forma muy especial.

Es poco probable que tanto poder pudiera ser confiado sin riesgos a un hombre pecador como era el faraón. Más adelante, el Rey de Israel (es decir, Dios) fue el único y auténtico dueño de la tierra y de su gente, pero El repartió la tierra entre su pueblo conforme a su buena voluntad. En ese sentido Dios también es nuestro rey.

Cuán agradecido debe haberse sentido José al permitírsele preparar un lugar para la casa de su padre en Egipto, un lugar que le permitía proveer para las necesidades de las familias de su padre y hermanos. Después de todo, la casa de Jacob era la principal preocupación de José.

**Aferrándose a Canaán.** Aunque Jacob y su casa vivían en Egipto, el corazón de Jacob aún permanecía en Canaán, la tierra prometida. Sintiendo la proximidad de su muerte, llamó a José y le hizo jurar que lo sepultaría en Canaán, no en Egipto. Su sepulcro en Canaán sería otro lazo de unión entre sus descendientes y aquella tierra. Serviría como señal de que un día heredarían la tierra.

José juró lo que su padre le había pedido. Puesto que Dios había hecho a José preservador de la casa de Jacob, José cuidaría que el sepulcro de éste estaría entre su pueblo. Jacob creía en la bendición futura prometida a su descendencia. Por eso se inclinó en oración fiel junto a la cabecera de su cama. A través de sus descendientes se cumpliría la promesa de Dios, y Jacob tendría su propia porción en la tierra prometida. Su fe fue confirmada por el juramento de José. Si nosotros creemos nuestro lugar entre los santos está asegurado también.

## 35: El hombre que trae paz

*Génesis 48—50*

En toda profecía hay una perspectiva. Las líneas de la profecía se trazan más y más al futuro. Conforme con ello Jacob debe haber visto inmediatamente que el pueblo de su linaje poseería a Canaán. Pero vio aun más lejos en el futuro. Más allá de la posesión de Canaán por parte de Israel, hay algo más grande: algún día el pueblo de Dios poseería el mundo entero. Ese discernimiento fue lo que hizo que la posesión de Canaán por parte de Israel fuese tan maravillosa.

Esta perspectiva se expresa en la profecía de Jacob referida a sus hijos, de manera especial en la profecía sobre el futuro de Siloh, es decir, del hombre que trae paz. El cumplimiento de esa profecía comenzó con la construcción del santuario en Siloh. Desde allí irradiaba la paz para Israel. Además, el significado de la profecía de Siloh fue cumplido mediante la casa de David, especialmente en el hijo de David, Salomón. (El nombre *Salomón* proviene de la misma palabra que Siloh.) Pero Salomón, como el rey de paz, profetizó la venida de Cristo y con ello el derramamiento del Espíritu. La paz sería dada mediante esa "habitación de Dios con el hombre". Y trascendiendo todo esto está la segunda venida de Cristo, mediante la que será establecido su reino de paz.

En las palabras de Génesis 49:1 encontramos la misma perspectiva, puesto que Jacob habla a sus hijos acerca de "lo que os ha de acontecer en los días venideros". En realidad, este versículo debería decir: "en los últimos días". Aquí la profecía está referida a los últimos días. En otras palabras, está hablando del futuro.

Jacob adoptó como propios a los dos hijos de José. Mediante esa adopción, unió a sí mismo la posteridad de José para librarla del peligro de ser absorbida por Egipto. Además, concedió a José una doble porción, igual a la porción de un primogénito, es decir, mayor que la porción dada a cualquiera de sus otros hermanos. De esta manera la porción del primogénito pasó a manos del primer hijo de su amada esposa Raquel, y no a Rubén, el primer hijo de Lea. Esto era en consideración al significado que José

tenía para la casa de Jacob como preservador de la vida.

Sin embargo, José no heredó el derecho del primogénito, de ser en el futuro la cabeza de la casa paterna. Ese derecho fue dado a Judá. También en esto se manifiesta que el factor determinante no era la superioridad de José sino la elección de Dios. De esa manera, ninguno podía jactarse delante de Dios. No pasaría mucho tiempo antes que el liderazgo pasara de José a Judá, pero el cetro nunca se apartaría de Judá. Jacob todavía no percibía el significado especial que tendría la tribu de Leví en Moisés y en el sacerdocio.

La promesa de que Siloh surgiría de la tribu de Judá sostendría la casa de Israel, manteniendo vivas su fe y su esperanza después de la muerte de Jacob. Esa promesa fue hecha con el propósito de ayudar a preservar la unidad entre los descendientes de Israel, evitando también que se mezclasen con los egipcios.

**Pensamiento clave:** *La profecía acerca de Siloh trae luz a la casa de Israel.*

**La doble porción de José.** Algunos años después, José se enteró de que su padre estaba enfermo. Siendo evidente que su enfermedad lo llevaría a la muerte, José tomó a sus dos hijos, Manasés y Efraín, y los llevó al lecho de Jacob.

Aunque José era gobernador de Egipto, no quería ser considerado egipcio. El mismo se consideraba miembro de la casa de Jacob. Pero, ¿qué sucedería con sus dos hijos que habían nacido de una mujer egipcia? ¿Acaso se perderían ellos para Israel sin tener parte en la promesa del pacto? No era eso lo que José creía, y por eso los llevó hasta el lecho de muerte de su padre. Quería que ellos recibiesen su parte de la bendición.

Oyendo Jacob que se estaba acercando José, reunió todas sus fuerzas. En este punto las Escrituras vuelven a llamarlo *Israel*, el portador de la promesa. Sentado en el borde de su cama, recibió a José y le dijo: "Dios me ha dado su promesa y yo ahora la paso a tus dos hijos Manasés y Efraín. En consecuencia serán considerados como hijos míos. Junto a mis hijos serán cabezas de tribus de Israel". De esta manera José no tendría una sino dos tribus en Israel. Los hijos de José que nacerían después de estos dos, serían considerados miembros de las tribus de Efraín y Manasés.

Esto debe haber sido una buena sorpresa para José. Sus hijos no solamente compartirían la bendición de Israel, sino que además recibirían el

mismo honor que Rubén, Simeón, y todos los otros. La gracia del Señor era grande de verdad, porque Jacob hacía esto en nombre del Señor. El mismo José fue honrado por esta bendición. A través de sus hijos había recibido la porción del primogénito, una porción dos veces más que las porciones de sus hermanos. La mayor de las porciones no fue entonces a manos de Rubén, el hijo mayor de Lea, sino a manos del primogénito de Raquel.

Mediante esta bendición especial, recibió honor la amada esposa de Jacob; por eso Jacob también hizo mención de Raquel. Una vez más Jacob se vio a sí mismo parado junto al sepulcro de Raquel, tal como había estado hacía mucho tiempo con José, quien en ese entonces era un muchacho de dieciséis años.

No fue sino hasta ese momento que Jacob vio a los hijos de José, puesto que sus ojos habían enceguecido por la edad. Cuando José le dijo quienes eran los jóvenes allí, Jacob los abrazó. Luego alabó a Dios porque no solamente había vuelto a ver a José, sino porque también había tenido el privilegio de ver a los hijos de José, pudiendo adoptarlos como propios.

Había llegado el momento en que Jacob bendeciría a los hijos de José. En primer lugar el mismo José se inclinó a tierra porque era como si estuviesen en presencia de Dios mismo. José había ubicado a Manasés a mano derecha de Jacob y a Efraín a su mano izquierda. Pero en la bendición, Jacob cruzó sus brazos, poniendo su mano derecha sobre Efraín y su mano izquierda sobre Manasés. En esa posición confirió la bendición del pacto de Dios.

Cuando José vio que Jacob ponía su mano derecha sobre Efraín el menor de los hijos, trató de corregir a su padre, pero Jacob le dijo que lo había hecho intencionalmente. Los descendientes de Manasés serían grandes, pero los de Efraín serían aun mayores. También esto era conforme a la elección de Dios. Pero en ambos casos la bendición sería tan grande que en años posteriores los israelitas dirían "Dios te haga como a Efraín y Manasés".

¡Qué tremendo privilegio para José y su posteridad! Habían recibido la bendición, y los hijos de José, jóvenes de aproximadamente veinte años, la habían aceptado por fe. Preferían ser israelitas y no egipcios.

En cuanto a esa doble bendición para José, Jacob también prometió a los descendientes de José una parte especial en la tierra de Canaán. Jacob habló de "una parte de tierra que yo tomé de mano del amorreo con mi espada y con mi arco", con lo que se refería a una porción de

tierra que sus descendientes algún día tomarían de los amorreos. Para Jacob la promesa de Dios era tan cierta que ya era una realidad. En espíritu él mismo estaba presente, viendo cómo la tierra era tomada de los amorreos.

De esa manera fue confirmada una vez más la promesa del pacto a José. Y José fue fortalecido en su esperanza de que él y sus descendientes pertenecerían al pueblo de Israel. Para nosotros también, lo más importante es pertenecer al pueblo del pacto y mediante el bautismo llevar la señal de ese pacto.

**¡Judá es el elegido!** Entonces Jacob llamó a todos sus hijos para que se reuniesen alrededor suyo a fin de bendecirlos y decirles lo que les acontecería en el futuro. Jacob dijo que había esperado mucho de Rubén porque había sido su primogénito, pero las evidencias habían demostrado que Rubén no era superior, porque había violado el honor de su padre. Si bien Rubén era el primogénito, no sería el líder del pueblo.

Tampoco Simeón o Leví recibieron ese honor, debido a la abominación que habían cometido contra Siquem. En ese momento Jacob miró a Judá y exclamó: "¡Judá, tú eres el elegido!" Judá fue llamado a ser el primogénito, el que guiaría a Israel.

Es cierto, José había recibido una porción doble, la porción del primogénito, pero Judá había recibido el llamamiento. Sus hermanos se inclinarían ante él porque de su linaje nacería el Cristo. Judá conquistaría a sus enemigos y gobernaría hasta la venida del Cristo, el Rey. Pero el Cristo sería un rey de paz. El Cristo sería Siloh, es decir, el Rey que trae paz eterna con Dios. Por ese motivo la tribu de Judá recibiría ricas bendiciones terrenales como una señal de las bendiciones que traería el Redentor.

Después Jacob prosiguió bendiciendo a sus otros hijos, incluyendo a José, cuya tribu recibiría bendiciones especiales de Dios. Mientras Jacob estaba bendiciendo a sus hijos: exclamó; "Oh, Señor, yo espero tu salvación". En su mente ya podía ver las bendiciones que traería el Redentor.

La casa de Israel tendría que vivir a la luz de la promesa de que algún día Siloh vendría para reinar con paz en la tierra prometida. Por eso era preciso que Israel siguiera viviendo separadamente sin mezclarse con los egipcios. En Siloh, todas las tribus serían benditas, incluyendo a José.

¿Se ha cumplido esa promesa? El Cristo vino y trajo paz a los corazones de aquellos que son suyos. Pero no tuvo un reinado de paz en la tierra prometida. Sin embargo, algún día vendrá otra vez. Entonces establecerá su reino de paz sobre la nueva tierra, de la cual Canaán no es sino una profecía. Puesto que nosotros creemos que él ha venido una vez, ahora debemos vivir en la esperanza de su segunda venida.

Jacob demostró a sus hijos cuan convencido estaba del cumplimiento de la promesa de Dios cuando les ordenó que lo sepultasen en la tierra de Canaán, en la cueva de Macpela donde Abraham, Sara, Isaac, Rebeca y Lea ya habían sido sepultados. En su muerte quiso estar reunido con los suyos. Al mismo tiempo, su sepulcro en Canaán sería otro lazo más entre su posteridad y esa tierra. Luego Jacob murió en paz, creyendo la promesa de Dios.

**El sepelio de Jacob.** José hizo embalsamar a su padre. Después de setenta días de duelo, él y toda la casa de su padre fueron a la tierra de Canaán para sepultar al patriarca. Fueron acompañados por una larga procesión de egipcios.

La caravana viajó a través de Transjordania para evitar un choque con los pueblos que vivían en la parte sur de Canaán. Al otro lado del Jordán encendieron un gran fogón como señal de duelo, para que los pueblos vecinos pudiesen entender el motivo que los había traído. Luego cruzaron el río Jordán y sepultaron a su padre en la cueva de Macpela. Allí estuvieron unidos los hijos de Jacob alrededor del sepulcro. Se habían reconciliado y nuevamente estaban ligados a la tierra de Canaán. La fe de Jacob no había sido vana, puesto que el futuro de sus descendientes había quedado claro. Luego la caravana regresó a Egipto.

**El fin de José.** Cuando todavía vivía Jacob, él había dicho a sus otros hijos que, después de morir él, ellos nuevamente debían pedir el perdón de José por el daño que le habían causado. Conforme a ello, ahora se acercaron a José para decirle lo que su padre les había encomendado, inclinándose delante de él y pidiendo su perdón por amor al Dios a quien todos juntos servían.

Aquello fue realmente un testimonio maravilloso. José se sintió profundamente conmovido al ver que todavía estaban atemorizados. José les respondió que hacía mucho tiempo que había borrado ese asunto de

su mente y que prefería pensar en que la mano de Dios había estado detrás de aquellos acontecimientos. A través de aquel pecado Dios había obrado el bien para con Israel. De esa manera José los consoló y siguió sosteniéndolos en Gosén.

José vivió hasta los ciento diez años y vio crecer grandemente su pueblo. Esto era un cumplimiento de la bendición de la cual había hablado Jacob, puesto que toda aquella descendencia pertenecía a José. Todos ellos pertenecían a Israel, y no a Egipto. Todos estaban incluidos en el pacto de Dios.

Después de su muerte, José fue embalsamado y colocado en un ataúd en Egipto, para ser llevado a Canaán, donde sería sepultado cuando los Israelitas regresasen a esa tierra algún día. También ese ataúd mantenía viva la esperanza referida a Canaán. Era otro motivo que fortalecía la fe de los israelitas de que algún día habría un éxodo, una liberación.

Algún día los israelitas tomarían posesión de Canaán y allí aparecería Siloh. Puesto que vivían a la luz de esa esperanza, podían esperar en Dios. Ahora que ha venido el Cristo, nosotros debemos aprender a esperar la liberación total.

# La liberacion de Egipto

# 36: Yo soy el que soy

*Exodo 1—4*

Desde el comienzo mismo, el libro de Exodo nos presenta circunstancias diferentes a las de Génesis. El libro de Exodo nos da la historia, no de una familia, sino de un pueblo. La transición se hace en los primeros versículos de Exodo.

El pueblo de Israel tendría que entrar al pacto del Señor como una nación. Desde el comienzo mismo, esa es la meta que se propone el libro de Exodo. El verdadero contenido del libro es el establecimiento del pacto en Sinaí.

Por eso deberíamos cuidarnos de no asignar demasiada importancia a la liberación del pueblo de Egipto. Dicha liberación era solo un medio para alcanzar la meta es decir, el establecimiento del pacto. En un sentido espiritual, el pacto viene antes que la liberación. La liberación de Israel debe ser considerada como subsiguiente al pacto. También en este caso es aplicable la palabra del Señor: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mt. 6:33).

Cuando el Señor pidió al faraón que dejara ir a Israel por tres días al desierto para ofrecer sacrificios, no estaba pidiendo nada injusto. Esos sacrificios al Señor demostrarían que Israel era un pueblo libre, pero el factor decisivo, por supuesto, era que Israel era el pueblo de Dios y no del faraón. "Israel es mi hijo, mi primogénito". El faraón y Egipto habían sido llamados para preservar la vida de Israel, pero sólo por un tiempo limitado. Ahora el faraón tendría que decidir si reconocía que Israel era pueblo de Dios o no.

En estos capítulos de Exodo, el Señor se encuentra con su pueblo al hablar a Moisés. Debido a que el Señor decidió hablar a Moisés, éste fue llamado a ser el líder del pueblo. Los ancianos tendrían que decir al faraón: "El Señor se ha reunido con nosotros". De manera que al principio el llamado dirigido a Moisés no era un llamado para sacar a Israel de Egipto. Moisés habría de ser un mediador entre Dios y el pueblo, para que el Señor pudiera unirse a su pueblo a través de él. El Señor había tratado con la *familia* de los patriarcas a través del pa-

triarca mismo o a través de uno de los miembros de su familia. Ahora que ya existía un *pueblo* del pacto, alguien tendría que servir como adalid de ese pueblo. Este acontecimiento es una clara predicción del Cristo. También es curioso que el Señor se refiera aquí a Aarón como *el levita*. Esta es una indicación del futuro llamamiento dirigido a la casa de Leví para servir como mediador. No debemos pasar por alto el hecho de que junto a Moisés estaba el sumo sacerdote, que seguía siendo el representante espiritual del pueblo delante de Dios en épocas cuando su gobernador terrenal había desaparecido.

Además de la necesidad de un líder para el pueblo en los primeros capítulos de Exodo, hay otra revelación, es decir, la necesidad de la expiación, que se demuestra un poco más adelante mediante la institución de los sacrificios. También ello señala claramente hacia el Cristo. La necesidad de la expiación también influyó en la historia relatada en los primeros capítulos de Exodo. Por cierto, alguna indicación de la necesidad de la expiación ya se había dado a los patriarcas mediante la institución de la circuncisión, por ejemplo. Pero todavía no había distinción entre el sacrificio quemado y los sacrificios por el pecado, tal como la hubo en los mandamientos dados en Sinaí. El elemento de la expiación comprendido en el rito de la circuncisión se revela claramente en la amenaza a la vida de Moisés, que condujo a la circuncisión del hijo de Séfora.

Este elemento también domina el comienzo del presente libro. La opresión de Israel a mano de Egipto no debe ser considerada, en primer lugar, como una persecución de parte del faraón. Si el faraón hubiera sido el principal obstáculo, no podríamos explicar la visión de la zarza ardiente en la cual Dios demostró inequívocamente que su celo y justicia habían encendido el fuego de purificación en medio de su propio pueblo. Solamente su gracia había impedido que el pueblo no hubiese sido consumido. La persecución en Egipto era para enseñar a Israel que Israel era un pueblo bajo sentencia de muerte. Mediante el milagroso crecimiento que el pueblo experimentó durante el tiempo de opresión, los israelitas debían haber aprendido que el milagro de la gracia otorga vida. Cuando hablemos a los niños de esta opresión, debemos dirigir nuestra atención, no tanto al faraón, sino, en primer lugar, al Señor.

Con esto como trasfondo, podemos comprender con claridad el significado del nombre *Yahweh*: "Yo soy el que soy". En primer lugar, esta expresión quiere decir que Dios se vale por sí mismo, que no es gobernado por ningún elemento exterior a él, y que en su soberana gracia es él quien escoge a su pueblo aun cuando ese pueblo merece la muerte. Además, ese nombre también indica que Dios permanecerá siendo el mismo por toda la eternidad, puesto que jamás podrá ser vencido por ninguna cosa externa a él mismo. Esto significa que Dios es fiel a su pacto, y que su gracia no es vencida por el pecado de su pueblo. Ahora se revela este nombre en su plenitud. En el Mediador, Dios ha elegido a su pueblo, y por amor al Mediador le concede el perdón de sus pecados.

Que el establecimiento del pacto es la meta desde el comienzo del libro de

Exodo es evidente en el encuentro del Señor con Moisés en el monte Horeb. El Señor da a Moisés una señal: después de la liberación de Egipto, el pueblo adoraría al Señor junto a esa misma montaña. Lo que los patriarcas y José vieron en sus visiones proféticas era principalmente el éxodo, no el establecimiento del pacto. Sin embargo, es este último acontecimiento lo que domina la historia de la liberación de Israel de Egipto. El libro de Exodo nos ayuda a entender el verdadero propósito de dicha liberación.

**Pensamiento clave:** *El Señor se encuentra con su pueblo a través del Mediador.*

**En el horno de fuego de Egipto.** Durante la vida de José y los años que siguieron inmediatamente después de su muerte, el pueblo de Israel se multiplicó rápidamente. Su número experimentó un crecimiento continuo, y era evidente que la bendición del Señor descansaba sobre ellos.

Efectivamente, los israelitas eran el pueblo que poseía la promesa. Dios quería ser su Dios. No obstante, los israelitas eran tan pecaminosos como cualquier otra nación. Solamente podían seguir existiendo y viviendo en el pacto del Señor mediante la misma gracia del Señor. Pero antes que el Señor recibiese a todo el pueblo en su pacto, quería que los israelitas entendieran que por causa de sus pecados eran merecedores de la muerte y que era solamente por su gracia que seguían con vida. Con este propósito el Señor causó la opresión en Egipto.

El faraón temía el crecimiento del pueblo y pensó que mediante la opresión podría detener su multiplicación. Pero sus planes fracasaron. En su lugar ocurrió un milagro. A mayor opresión, mayor el crecimiento del pueblo. Este milagro produjo temor en el corazón de los egipcios y, en consecuencia, comenzaron a temer a los israelitas (Ex. 1:12). No obstante, continuaron persiguiendo a los israelitas y así se opusieron a Dios. El faraón llegó al extremo de ordenar a las parteras que diesen muerte a todos los niños varones nacidos a los israelitas. Pero las parteras desobedecieron las órdenes del faraón y como resultado fueron bendecidas por Dios. El comportamiento de las parteras era una indicación de que Dios estaba de parte de Israel. Finalmente, el faraón decretó que todos los varones recién nacidos de los israelitas debían ser echados al río Nilo. Si los israelitas no tenían sino hijas, éstas se verían obligadas a casarse con los egipcios y de esa manera se mezclarían ambos pueblos.

Por un lado se ve que Dios estaba contra el pueblo de Israel, puesto que la opresión de parte del faraón era obra suya. Dios simplemente estaba utilizando al faraón como instrumento en sus manos. Con todo sigue en pie el hecho de que el faraón desató aquella opresión contra los israelitas movido por su odio, aun cuando el propósito de Dios era que la opresión fuese una bendición para el pueblo. En consecuencia el faraón no dejaba de ser culpable.

Por otra parte, Dios estaba favoreciendo a su pueblo y bendiciéndolo. Durante este tiempo de prueba y opresión, el pueblo tenía que aprender que no merecía sino muerte. El pueblo de Israel en sí tipificaba al Señor Jesucristo, quien cargó con nuestros pecados y murió para restaurarnos al favor de Dios. De igual modo, nosotros debemos morir al pecado para vivir en la gracia de Dios.

**La preparación del mediador.** Después que el faraón hubo ordenado que todos los varones recién nacidos de los israelitas fuesen echados a río Nilo, nació un varón de Amram y Jocabed. Este era su tercer hijo. Era un niño exepcionalmente hermoso. Mediante la fe sus padres lo consideraron como un favor muy especial de Dios. Sus padres no podían conformarse con el pensamiento de que su hijo había nacido solamente para morir en la infancia. Por eso, movida por fe, su madre lo ocultó durante tres meses. Cuando ya no pudo mantenerlo oculto, lo puso ingeniosamente en un canasto de mimbre, depositándolo en las aguas del Nilo, en un lugar donde solía bañarse la hija del faraón.

Tal como lo había esperado Jocabed el niño fue hallado por la hija del faraón y ella decidió llevárselo. Jocabed incluso obtuvo permiso para criar al niño para la hija del faraón. La princesa lo llamó Moisés, que significa *extraído del agua*. Cuando el hijo hubo crecido, lo adoptó como propio.

Aquel que fue escogido por Dios como mediador de su pueblo vivió bajo amenazas de muerte desde el día de su nacimiento. En este sentido fue un tipo de nuestro Mediador Jesucristo, cuya vida estuvo amenazada desde el mismo comienzo por causa de nuestros pecados.

En aquel niño Dios había provisto la futura cabeza de Israel. Si el pueblo de Israel iba a vivir en el pacto con el Señor, el pueblo necesitaría una cabeza que lo representase delante de Dios. Nuestra cabeza es el Señor Jesucristo, quien también fue la verdadera cabeza del pueblo de Israel. Moisés no fue sino un tipo del Cristo.

En la corte del faraón, Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios. Sin embargo esta educación no logró que su corazón se inclinase hacia Egipto. Se seguía considerando un miembro de Israel y sentía la urgente necesidad de luchar por la causa de su oprimido pueblo.

Un día, cuando tenía aproximadamente cuarenta años, Moisés dio muerte a un egipcio que había golpeado a uno de los hombres hebreos. Al día siguiente trató de separar a dos hebreos que estaban peleando entre sí. La conducta de Moisés revelaba el impulso del Espíritu de Dios, Espíritu que lo había ligado a Israel y que lo había impulsado a tomar parte en la causa de su propio pueblo. Pero si Moisés esperaba representar a ese pueblo delante de Dios y ser el representante de Dios ante ese pueblo, tendría que esperar hasta el momento indicado por Dios mismo. Toda persona que sostiene una posición similar, solo tendrá éxito si sigue el llamamiento de Dios.

Hasta este momento las obras de Moisés habían sido totalmente motivadas por *él mismo*. Por eso ni siquiera había vacilado en cometer un crimen. Los medios que había escogido no eran santos. Al descubrir que la gente sabía lo del crimen y que el faraón estaba tratando de matarlo, no regresó a la corte para confesar su culpa, sino que huyó de Egipto. Renunció a su posición de privilegio en la corte porque estaba ligado a su propio pueblo. Su huida estuvo basada en la fe.

Moisés huyó a la tierra de Madián y finalmente llegó a la casa de Reuel, o Jetro, un sacerdote que probablemente vivía en la península de Sinaí. Esta península era adyacente a Egipto y se extendía un poco más allá del monte Sinaí u Horeb. Allí Moisés fue pastor de los rebaños de Jetro y éste le dió a su hija Séfora por esposa.

Durante sus años en la península de Sinaí, Moisés aprendió a esperar. El impulso de tomar parte en la causa de su pueblo todavía era intenso en él, pero se encontraba muy lejos. En aquel lugar Moisés sufría añorando a su pueblo, lo cual se expresa por el hecho de llamar a su hijo mayor Gersón, diciendo: "Forastero soy en tierra ajena". Por el hecho de esperar y esperar, sin prever ninguna solución, finalmente sintió quebrantada su confianza en las fuerzas propias. Moisés aprendió a rendirse a Dios, la única forma en que podía convertirse en mediador de su pueblo y en un tipo del Señor Jesucristo.

**Llamado por el Señor.** Después de mucho tiempo, el Señor se acordó de su pueblo, y, por amor al pacto que había hecho con los patriarcas, se volvió en misericordia a ellos. Dios vio que ya había soportado suficiente opresión. Dios adoptó al pueblo de Israel porque quería que, como pueblo, conociera su pacto. Por eso quería que Israel como nación experimentase su favor.

Ahora había llegado la hora en que Dios llamaría a Moisés para guiar a su pueblo. Un día, mientras Moisés estaba con su rebaño en el monte Horeb, el Señor se le apareció en una llama en medio de una zarza. La zarza ardía, pero no se consumía. Al acercarse Moisés para ver con mayor claridad este asombroso acontecimiento, Dios le dijo que había descendido para librar a su pueblo. Ahora Dios quería habitar con su favor especial en medio de su pueblo, y Moisés conduciría al pueblo fuera de Egipto.

Tiempo después Moisés habrá entendido el significado de la zarza ardiente. Con su celo y justicia Dios había estado en medio del pueblo durante el tiempo de opresión. Pero, a causa de la gracia de Dios, Israel no había sido consumido.

Moisés había llegado a ser una persona distinta. Se sentía indigno de encabezar ese pueblo en el servicio de Dios. Por eso Dios le prometió estar con él. Para demostrar a Moisés que la meta sería alcanzada con toda seguridad, Dios declaró que el pueblo le adoraría en ese mismo sitio.

Los temas centrales de esta revelación no fueron ni el pueblo ni la liberación de ellos. Lo más importante era el nombre del Señor al que el pueblo invocaría en el monte Horeb. Por amor al nombre del Señor la liberación del pueblo estaba asegurada. Por ese motivo la predicción de que el pueblo adoraría a Dios en el monte Sinaí podía ser considerada por Moisés como una señal.

Luego Moisés preguntó al Señor con qué nombre debiera anunciar a Dios al pueblo. Moisés presentía la proximidad de una nueva revelación del Señor. Se preguntaba qué forma tendría esa revelación. El Señor respondió diciendo a Moisés su nombre, Yahweh, que quiere decir: "Yo soy el que soy", o "Yo seré el que seré". Lo que Dios estaba revelando en ese momento era que permitiría al pueblo de Israel vivir en pacto con él y todo basado en su soberana gracia. Dios quiso decir que su gracia nunca sería vencida por el pecado del pueblo. De esa manera llegarían a conocerlo a lo largo de las generaciones. Dios también anunció a Moisés que el faraón se rehusaría a dejar partir al pueblo, que Dios

obraría milagros en Egipto, y que a su tiempo el pueblo quedaría libre para partir con sus manos llenas de las riquezas de Egipto.

Pero, ¿qué esperanzas tendría Moisés de que el pueblo le creería? Moisés ya entendía que Dios mismo tendría que preparar un lugar para él y su mensaje en el corazón del pueblo. También entendía que Dios se proponía hacerlo. Dios no solamente dio a su pueblo un mediador, sino también le dio un pueblo al mediador que había escogido. De igual modo, el Señor quiere preparar un lugar en nuestros corazones para el Cristo, nuestro Mediador, y quiere darnos a él como su pueblo.

El Señor dio a Moisés tres señales con las que podría demostrar su llamamiento. Moisés era el mediador; por eso podría transformar una vara en una peligrosa serpiente, y luego volver a cambiar la serpiente en vara, un instrumento de bendición. Moisés también tendría poder para causar enfermedad y maldición, pero también podría ordenar que la maldición diese lugar a la bendición y a la vida. Las aguas del río Nilo, que eran adoradas por los egipcios, podrían ser cambiadas en sangre por Moisés, lo cual causaría la muerte de Egipto junto con sus ídolos. Mediante estas señales y basado en la fe, el pueblo entendería que la gracia de Dios estaba con el mediador Moisés.

Moisés siguió interrogando al Señor en cuanto a su llamamiento. Primero indicó que no era persona elocuente, que no tenía facilidad de palabras. ¿Cómo entonces podría ser el profeta ante el pueblo y ante el faraón? El Señor respondió, prometiendo enseñar a Moisés lo que tendría que decir.

Hasta ese momento Moisés había aceptado el llamamiento con el cual se le había aparecido el Señor. Sus preguntas estaban referidas a la función del Señor respecto del pueblo. Pero llegado el momento, cuando Moisés tendría que decir: "Estoy listo, iré", Moisés retrocedió pidiendo que el Señor enviase a otro. Entonces el Señor se enojó y simplemente ordenó a Moisés que fuera.

Moisés se convirtió en mediador porque el mismo Señor hizo que Moisés estuviese dispuesto a ir. Para facilitarle la misión, Dios prometió que Aarón hablaría por Moisés. Pero ahí terminó el asunto. El Señor dijo: "Vete ahora y toma esta vara en tus manos". Para Moisés la vara simbolizaría la presencia de Dios.

¿Acaso no tendría que retroceder una persona ante la orden de ser mediador entre Dios y su pueblo? Nadie es capaz de asumir semejante responsabilidad. Solamente el Señor Jesucristo pudo transitar ese camino. No obstante, mediante el Espíritu de Cristo, Moisés no se hallaba

totalmente desprovisto. Aquel cayado que le serviría de apoyo le era una señal de que, mediante el Espíritu de Cristo, Dios estaría con él.

**Moisés regresa como cabeza de su pueblo.** Entonces Moisés fue a ver a su suegro para pedirle permiso de regresar a Egipto y ver a sus parientes. Aparentemente no le mencionó el llamamiento. Aquello era algo que Jetro todavía no habría entendido. Jetro no se opuso a la partida.

El Señor también alentó a Moisés diciéndole que el faraón que una vez había querido matarlo ya no vivía. Montado en un asno y acompañado por su esposa y sus posesiones, Moisés salió rumbo a Egipto. En su mano llevaba la vara que simbolizaba la presencia de Dios.

Al comienzo de este viaje el Señor dijo a Moisés que debía pedir al faraón permiso para que el pueblo de Israel pudiese salir y servir al Señor; pero el faraón endurecería su corazón y le negaría dicho permiso. Entonces Moisés debía decirle que Israel era hijo primogénito de Dios. Es cierto que todos los pueblos eran posesión de Dios y a su debido tiempo serían adoptados como hijos, pero en ese entonces Israel seguía siendo el único pueblo adoptado por Dios.

Si el faraón decidía quedarse con este hijo mayor de Dios sin permitir que fuese a servir al Señor conforme a su mandamiento, Dios matariá al primogénito del faraón. Entonces el faraón comprendería lo que estaba haciendo al negar a Dios su hijo. Por la fuerza el faraón aprendería cuánto ama Dios a su pueblo.

Es curioso que al comienzo del viaje de Moisés a Egipto el Señor mencionase este asunto de su amor a su pueblo. La circuncisión era la forma de indicar que cierto pueblo pertenecía a Dios. Mediante el rito de la circuncisión, el pueblo de Dios llevaba el sello de su pacto. Sin embargo, ¡el segundo hijo de Moisés no había sido circuncidado! Lo más probable es que Moisés haya circuncidado a su primer hijo contra la voluntad de Séfora, pero que no haya podido imponerse al nacer el segundo de sus hijos.

De manera que la familia de Moisés no llevaba en su totalidad la señal de pertenecer al pacto, aun cuando Moisés había sido llamado a ser la cabeza del pueblo. Cuando el Señor mencionó este asunto, Moisés debe haberse sentido abatido. El Señor se le apareció en un sitio donde Moisés se había detenido para pernoctar e intentó quitarle la vida, quizá por causa de este sentido de abatimiento. Dios puede quitar la vida a cualquiera que no respeta la señal de su pacto y que no toma las medidas ne-

cesarias para que sus hijos lleven la señal de pertenecer con toda seguridad a Dios en su pacto, cueste lo que cueste. ¡Con cuánta superficialidad tratan muchas personas la señal del bautismo!

Después de estos acontecimientos, Séfora circuncidó a su segundo hijo utilizando una piedra filosa. Con ello desapareció el peligro que amenazaba la vida de Moisés. Pero no sirvió para ganar a Séfora como miembro del pacto y partícipe de su señal, porque acusó a Moisés de ser un esposo de sangre para ella. Ahora Séfora había recuperado a Moisés, y Moisés volvió a pertenecerle como le había pertenecido al contraer matrimonio. Pero ello sólo fue posible mediante la sangrienta operación de la circuncisión. ¡Cuán poco entendía Séfora de sus propias palabras!

Mediante esta circuncisión de su hijo, Moisés no solamente había sido devuelto a su esposa, sino también al pueblo como su cabeza. De igual modo, el Señor Jesucristo nos fue dado por cabeza. Ello también costó derramamiento de sangre. Pero en el caso del Cristo fue la sangre del mismo Mediador la que fue derramada. De esta manera Cristo nos es un esposo de sangre.

Aparentemente, Moisés envió de regreso a su esposa después de este acontecimiento. Habrá sido preciso hablarle del pacto de Dios y de su propio llamamiento como cabeza del pueblo. Pero en ese momento Séfora todavía no estaba preparada para compartir la vida con él en ese llamamiento. Posteriormente, después del éxodo de Egipto, volvió a unirse a él (Ex. 18:1-9).

Moisés siguió solo su camino. En el monte Horeb encontró a su hermano Aarón, a quien el Señor también se había revelado para decirle que fuese al encuentro de Moisés. Siguiendo la instrucción divina, Aarón ya estaba preparado para reconocer el llamamiento de Moisés.

Juntos viajaron a Egipto para hablar con los ancianos de Israel. Allí Moisés les mostró las señales que el Señor le había ordenado utilizar. El Señor abrió el corazón de aquellos ancianos para recibir su palabra, palabra que les llegó a través de Moisés. Moisés les fue dado como cabeza y a su vez el pueblo le fue dado por el Señor a Moisés. En esta luz recibieron a Moisés, creyendo que Dios estaba visitando su pueblo para librarlo de la opresión.

En ese momento solamente creían en la liberación que el Señor les daría a través de Moisés. Por eso, al sufrir aflicciones, sintieron su fe severamente sacudida. Sin embargo, el primer lazo había sido establecido

entre el pueblo y Moisés, su cabeza. Ese lazo existía por la propia palabra de Dios dicha por Moisés.

De igual modo, Dios nos ha dado al Señor Jesucristo para que fuese nuestra cabeza. Pero también es preciso que nosotros le seamos dados a él. Conforme a la Palabra de Dios, debemos aceptarlo como nuestra cabeza y Redentor.

# 37: Libres para servir al Señor

*Exodo 5—11*

En el capítulo anterior vimos que el tema principal respecto de Israel no era la libertad ni la tierra prometida, sino el pacto y el servicio al Señor. Por eso el Señor hizo una importante demanda al faraón: "Deja que mi pueblo vaya para servirme". El faraón era el guardián temporario de Israel, pero sus prerrogativas no incluían el derecho de interferir con la libertad de Israel de servir al Señor, el Padre de Israel.

Toda la lucha que se libra entre Dios y el faraón en las primeras nueve plagas tiene que ver con esa libertad. Por mucho tiempo Dios protegió al faraón para darle una oportunidad de reconocer que el Señor es Dios, y que su pueblo es libre de servirle. Aquella lucha nada tenía que ver con la liberación de Israel de Egipto.

Esta lucha tipifica la lucha que se libra a lo largo de la historia del mundo. Lo que estaba en juego eran los *derechos* del Señor en cuanto a la libertad de su pueblo de servirle conforme a su palabra. Esa libertad no puede ser impedida ni por personas ni por gobiernos.

Recién cuando el faraón se resistió en forma definitiva a dar esa libertad, Moisés salió enojado de su presencia. La ira de Moisés, el mediador, era una revelación de la ira del Señor sobre el faraón, la cual terminó el asunto. Los israelitas no solamente quedarían libres para servir al Señor, sino que saldrían de Egipto para siempre. Además, el poder de Egipto sería destruido mediante la muerte de todos los primogénitos.

Ese conflicto final y el éxodo de Israel fueron una profecía del día del Señor, del fin del mundo cuando será librado el pueblo de Dios y quebrantado el poder del mundo; pero antes de venir ese fin, Dios demanda que su pueblo tenga libertad de servirle. En ese momento eran sin importancia todas las otras promesas hechas por Dios a Israel. Todo aquel que niega al Señor el derecho de hacer esta demanda inicial, está negando su soberanía absoluta.

En esa lucha también vemos el significado del mediador. Dios puso a Moisés en el lugar que le correspondía a El respecto del faraón, sirviendo

Aarón como profeta de Moisés. Fue Dios quien puso al faraón en esa posición para demostrarle su poder. Además, posteriormente Moisés tuvo una elevada posición ante todo el pueblo de Egipto. De igual modo, el mundo está en las manos de Cristo el Mediador. A través de Cristo, Dios demuestra su poder al mundo, poder que se manifiesta en la lucha por la libertad de servir a Dios.

Cuando en Romanos 9:17 Pablo se refiere a este segmento de la historia bíblica, cita Exodo 9:16. Dios levantó al faraón con un propósito específico, es decir, para que fuese un ejemplo ante todo el mundo en la lucha por la libertad de servir a Dios. Por eso, en las nueve plagas vemos una importante secuencia de acontecimientos. Las primeras tres plagas hicieron que los magos de Egipto admitieran: "Este es el dedo de Dios". Esto demostró que comprendían que no estaban tratando con un poder mágico radicado en las manos de Moisés y Aarón, sino con un poder que trascendía las capacidades de los hombres. Israel también sufrió durante aquellas tres plagas.

En las seis plagas que siguieron hay una importante diferencia. Israel no participó del sufrimiento. Esto demostró que el Señor estaba en medio de Egipto, distinguiendo con cuidado y escogiendo a favor de su pueblo.

La cuarta, quinta y sexta plaga, es decir, las moscas, la pestilencia entre el ganado, y los tumores, sólo afectaron a la tierra. Pero en las últimas tres plagas el Señor se reveló a sí mismo como Señor del cielo y de la tierra quien gobierna sobre todos los poderes de la naturaleza, utilizando su palabra para gobernar al viento y granizo.

La séptima plaga fue la tormenta de granizo. La octava plaga fue langostas traídas por un viento del este, desde más allá del Mar Rojo. La novena plaga, las tinieblas, probablemente también fue un resultado del viento; es posible que se tratara de una tormenta de arena como los egipcios nunca habían visto. En las últimas tres plagas el Señor se estaba revelando como el Dios supremo y excelso.

Cuando el faraón seguía endureciendo su corazón, no estaba luchando contra un poder divino arbitrario que en Egipto se hubiese puesto de parte de algunos y contra otros. El faraón se estaba luchando contra el Dios supremo. La lucha se convirtió en un conflicto personal. Aunque Israel vivía bajo la protección del Altísimo, el faraón rechazaba su dominio de gracia. Por eso fue inevitable el juicio sobre el faraón. La décima plaga fue inevitable.

**Pensamiento clave:** *El Señor lucha por su pueblo para que éste tenga la libertad de servirle.*

**El mediador es revelado en Egipto.** Una vez que el pueblo de Israel creyó en el llamamiento de Moisés, él y Aarón fueron a la presencia del faraón para pedirle en nombre del Señor, el Dios de Israel, que dejase ir

al pueblo al desierto para celebrarle fiesta al Señor. Esto era todo cuanto Dios pedía del faraón. No estaba pidiendo que Israel pudiese salir de Egipto para siempre. Lo más importante era que el faraón reconociera la libertad del pueblo de Dios de servirle conforme a su palabra.

Dios había puesto al faraón como guardían temporario de Israel. Por eso el faraón debía reconocer los derechos de Dios como Padre de Israel. Pero el faraón respondió orgullosamente diciendo: "¿Quién es este Señor cuya voz yo debería obedecer dejando ir a Israel?" El faraón no quería conocer al Señor ni reconocer sus derechos.

Cuando Moisés y Aarón le hablaron de su misión, insistiendo en que el faraón fuese obediente por amor a Dios, éste los acusó de querer distraer al pueblo de su trabajo. Luego el faraón mandó que se pusiese una carga más pesada sobre la gente, para que su sufrimiento fuese aun más agudo. Desde aquel día en adelante ellos mismos tendrían que buscar la paja que utilizaban en la fabricación de los ladrillos que hacían.

Los israelitas sufrieron físicamente bajo la miseria de aquella carga más pesada, y pronto culparon a Moisés y Aarón por hacerlos caer en desgracia ante el faraón. Los israelitas afirmaron que los dos líderes eran responsables por los malos pensamientos que el faraón tenía en cuanto a los israelitas. De esta manera fue probada la fe de Israel en el llamamiento de Moisés e inmediatamente fue hallada falta.

La razón por la cual su fe sucumbió tan rápidamente era que el pueblo todavía miraba al faraón, teniendo en estima su buena voluntad. Todavía no tenían el valor de encomendarse totalmente en manos del Señor, ni siquiera sabiendo que la liberación vendría a través de aquella opresión. Lamentablemente, con demasiada frecuencia ésta es la actitud del pueblo del pacto. Una y otra vez el pueblo mira hacia atrás. Por eso la gran opresión que sobrevino después sólo sirvió para separar totalmente a Israel de Egipto.

Ante este reproche de parte del pueblo, Moisés volvió al Señor preguntándole por qué había actuado de esa manera con su pueblo. Su pregunta no era fruto de dudas, sino que sencillamente quería entender los caminos del Señor. El Señor respondió que demostraría su poder divino al faraón. Ahora el Señor sería revelado plenamente como Yahweh, el Dios que declara: "Yo soy el que soy", el Dios que con soberano poder gobierna al mundo y a las naciones en una forma que ni aun los patriarcas lo habían imaginado. Esto enseñaría a Israel a buscar aun más su refugio en el Señor. Una vez más el Señor les prometió liberación de Egipto.

Si bien Moisés trasmitió estas palabras al pueblo, éste no quiso escucharlo. Debido a la cruel opresión que soportaban, no podían creer ni esperar en el Señor. No poseían la fe que vence al mundo, y ya no veían en Moisés al mediador a través del cual Dios había descendido a su pueblo.

Todavía ocurre con frecuencia que en tiempo de opresión el pueblo de Dios vacila. Sin embargo, Cristo el Mediador ha descendido para estar con nostros y permanece con nosotros para que podamos creer. Así el mediador de Dios permaneció con Israel. Nuestra falta de fe no destruye la fidelidad de Dios.

**El mediador es revelado al faraón.** Nuevamente el Señor envió a Moisés a la presencia del faraón. Esta vez el mismo Moisés puso objeciones. No habiendo podido persuadir al pueblo de Israel, ¿cómo podría persuadir al faraón? Moisés creyó que el motivo de su fracaso fue su falta de elocuencia. ¡Como si su misión dependiese del arte de la persuasión humana y no de la revelación del Señor!

El Señor respondió que el faraón estaba endureciendo deliberadamente su corazón respecto del llamamiento del Señor, y que al mismo tiempo el Señor estaba endureciendo el corazón del faraón debido a los pecados del mundo. De esa manera el Señor demostraría su poder divino al faraón para que el mundo entero viese lo que hace Dios con quienes se oponen al servicio del Señor.

Por eso el Señor entregó al faraón en manos de Moisés. Las plagas vendrían sobre Egipto por mano de Moisés. Moisés había sido puesto como Dios para el faraón, y Aarón le serviría como profeta, hablando la palabra en nombre de Dios. Del mismo modo, Dios ha exaltado a nuestro Mediador depositando en sus manos todo poder en el cielo y en la tierra.

Dios también ordenó a Moisés que diera una señal al faraón para demostrarle que era enviado de Dios. Con esa preparación, Moisés fue a presentarse ante el faraón. Estando de pie ante el rey, Moisés dijo a Aarón, que llevaba la vara de Moisés, que la arrojase al suelo. Esta se transformó inmediatamente en serpiente.

Los magos que rodeaban al faraón también arrojaron sus varas al suelo, y también fueron transformadas en serpientes. ¡Sin duda pensaron que con ello se hicieron iguales a Moisés! La vara de Dios, que era llevada por el mediador, debía guiar a Israel y era un instrumento me-

diante el cual Dios podría guiar a las naciones. Sin embargo, esa vara se convirtió en serpiente que mordería a Egipto.

Para demostrar que el milagro de Dios difería de lo que habían hecho los magos, la serpiente que era la vara de Moisés se tragó a las demás serpientes. Esto demostró que el Señor, el Dios que redime, poseía mayor poder que los magos de Egipto.

Pero, ¿quiénes pueden ver a Dios y sus milagros salvo los creyentes? Por eso el faraón no reconoció al Señor ni a Moisés, y se rehusó a escuchar las palabras del Señor. ¡Cuántas veces se revela Dios cuando los hombres no quieren ver!

**El dedo de Dios.** Respondiendo al mandamiento del Señor, Moisés golpeó las aguas en Egipto y éstas se transformaron en sangre. Esto sucedió en presencia del faraón y de sus cortesanos mientras iban camino al río, probablemente para adorar al Nilo, el dios de Egipto. Los peces comenzaron a morir y el río a heder. De esa manera fueron derrotados Egipto y su ídolo. Aquella plaga duró siete días. Pero los magos supieron cómo imitarla y en consecuencia el faraón no prestó atención a Moisés.

Luego el Señor ordenó que Moisés extendiese su vara sobre los ríos y arroyos de Egipto. El resultado fue que en todas partes aparecieron ranas. Entonces el faraón prometió con engaño que dejaría ir al pueblo si Moisés quitaba esa plaga y oraba por él. Puede ser que por un momento el faraón estuvo profundamente impresionado; pero también es posible que deliberadamente haya engañado a Moisés a quien consideraba un impostor. Para demostrar su autoridad sobre el faraón, Moisés dejó que él decidiera el momento de quitar la plaga. Al orar Moisés, murieron las ranas, pero el faraón todavía no creía puesto que los magos pudieron hacer lo mismo, excepto que carecían de poder para quitar la plaga.

Cuando Moisés extendió su vara sobre el polvo de la tierra, ésto se transformó en piojos, quizás en una clase de mosquitos con aguijón venenoso. Los magos no pudieron imitar esta plaga. El Señor les había puesto límites y en consecuencia tuvieron que admitir ante el faraón que en esta señal intervenía un poder divino superior al poder de los magos. No obstante el faraón endureció su corazón. Se le había mostrado el poder divino, pero todavía se negaba a reconocer al Señor.

**El Señor en medio de Egipto.** Los israelitas también habían sufrido bajo las plagas. El mismo pueblo del Señor merece la ira de Dios a menos que el Señor perdone sus pecados. En su pecado están unidos a la vida del mundo. Sólo por la gracia de Dios hay una distinción entre ellos y el mundo. Ahora se manifestaría en Egipto esa gracia de Dios para que el faraón pudiese ver que no se trataba simplemente de un poder divino que estaba obrando, sino que era el Señor mismo que cuida a su pueblo.

Una especie de mosca comenzó a invadir a Egipto. Probablemente era una especie de tábano. Pero no entraron en Gosén. Vencido por esta plaga, el faraón dijo a Moisés y Aarón que permitiría que los israelitas adoraran al Señor en Egipto. Cuando Moisés rechazó esta oferta, afirmando que los egipcios se sentirían ofendidos, el faraón prometió dejar ir a los israelitas, con tal que no fuesen demasiado lejos. El faraón todavía estaba poniendo condiciones al Señor. Moisés advirtió al faraón que no volviera a engañarlo, pero una vez más el faraón endureció su corazón tan pronto había cesado la plaga gracias a las oraciones de Moisés.

Después el Señor envió una pestilencia que hirió el ganado de los egipcios, pero entre los israelitas no murió un solo animal. Aunque el faraón era consciente de esto, todavía seguía endureciendo su corazón.

Al sobrevenir la siguiente plaga, ni aun los magos pudieron estar delante de Moisés. Las cenizas, que Moisés había tomado de un horno y arrojado hacia el cielo en presencia del faraón, se convirtieron en úlceras, tanto en las personas como en las bestias. Nuevamente Dios protegió a Israel de la plaga, pero el faraón todavía no creía. Sin fe es imposible reconocer que el Señor obra en forma diferente con su pueblo que con quien no cree en él.

**El Dios del cielo y de la tierra.** A la orden de Moisés, Dios hizo caer un fuerte granizo sobre Egipto. Entre los egipcios había algunos que temían la palabra del Señor y habían entrado anticipadamente todas sus pertenencias. El ganado del campo y la cosecha ya madura fueron destruidos. El faraón volvió a prometer que dejaría ir al pueblo, pero tampoco esta vez cumplió su promesa.

Entonces el Señor envió langostas llevadas por un fuerte viento del este. Nuevamente Moisés había advertido al faraón, y sus cortesanos le pidieron que cediera. ¿Acaso no veía el faraón que Egipto estaba camino a la ruina? El faraón estuvo dispuesto a dejar ir al pueblo, pero

antes quería saber exactamente quienes irían. Cuando Moisés le dijo que irían absolutamente todos, el faraón se burló diciendo que el Señor no mostraría más favor hacia ese plan que él mismo. Luego Moisés y Aarón fueron echados de la presencia del faraón. Ese fue el motivo de la siguiente plaga.

Parece que el faraón se humillaba ante el Señor y reconoció su pecado. En respuesta a la oración de Moisés, las langostas fueron llevadas por un viento del oeste y ahogadas en el Mar Rojo. Pero entonces el faraón volvió a endurecer su corazón.

Finalmente Dios hizo que densas tinieblas cubriesen la tierra de Egipto, mientras que en las casas de los israelitas había luz. En aquellas últimas tres plagas Dios se reveló a sí mismo como el Dios del cielo y de la tierra contra quien el faraón estaba luchando.

Finalmente el pecado del faraón había llegado al punto desde donde no hay regreso. Antes que Moisés volviera a presentarse ante el faraón, llamado por causa de las tinieblas, el Señor reveló a Moisés que Dios ya no sería condescendiente con Egipto. Si el faraón cambiaba una vez más su palabra, Dios heriría a todos los primogénitos y llevaría a Israel fuera de Egipto.

Sabiendo esto, Moisés fue a ver al faraón quien le dijo que los israelitas podían salir, siempre y cuando dejasen el ganado. Pero esto tampoco lo permitiría el Señor. ¿Quién era el faraón para poner condiciones al Señor? Moisés también dijo al faraón que los iraelitas no tenían forma de saber anticipadamente cuales animales exigiría el Señor para los sacrificios.

Entonces el faraón estalló en ira, declarando que Moisés y Aarón morirían si volvían a presentarse ante él. Moisés respondió que el faraón había escogido las palabras correctas, puesto que los dos hermanos no volverían a ver su rostro. Moisés salió encendido en ira de la presencia del faraón. La ira de Dios se había vuelto contra el rey.

Antes de la séptima plaga, Dios había dicho que dirigiría sus plagas al corazón mismo del faraón. A través de las tres plagas finales, Dios habló al corazón del faraón, tratando de revelarse a él como el Dios supremo, como el Dios del cielo y de la tierra, bajo cuya protección estaba seguro Israel. Pero el faraón endureció su corazón ante esa revelación también, y esto significaba que el punto decisivo para él y para Egipto había llegado. La paciencia de Dios para con aquellos que se vuelven contra él es muy grande. También en nuestros días. Lo demuestra su poder en el mundo. Pero tarde o temprano llega el punto decisivo.

El Señor es un Dios glorioso para con su pueblo. Aquel que provee refugio para su pueblo es ciertamente muy alto y muy exaltado. Sólo por fe podemos habitar en ese refugio. El mismo cuidará que en la tierra haya libertad para que su pueblo le pueda servir conforme a su Palabra.

# 38: La resurrección

*Exodo 12—13:16*

Los israelitas estaban en gran peligro de caer esclavos de la vida de Egipto. Ya habían construido las ciudades del tesoro y junto con Egipto estaban destinados a perecer. Hasta cierto punto estaban atrapados en la muerte de Egipto. Estaban bajo la amenaza de que Egipto llegase a ser su sepulcro. En otras palabras, la liberación de Israel de manos de Egipto fue una resurrección de la muerte. En ese sentido la liberación fue la verdadera pascua (resurrección). La Pascua de Resurrección es el cumplimiento de la Pascua de Israel.

El Señor requería de manera especial a todos los primogénitos de Israel, puesto que los había protegido en Egipto. Sin embargo, a través de aquellos primogénitos Dios requería a todo el pueblo para sí mismo en condición de hijo primogénito. Aquellos primogénitos, y con ellos Israel en conjunto, habían caido bajo su juicio. Pero Dios los aceptó en su gracia. Aquí vemos que la proclama tiene el significado de apartar para someter a juicio de Dios o para utilizar en su servicio. La rendición del primogénito habría de ser un constante recordatorio a Israel de que la nación había sido apartada, no para juicio, sino para servicio. Para Israel eso significaba resurrección.

Para Israel, la Pascua era tanto un sacramento como un sacrificio. Debemos distinguir claramente estos dos elementos. El cordero, cuya sangre fue usada para pintar los dinteles de las puertas, era el sacrificio que cubre y hace expiación. La cena de la Pascua, la cena de comunión con el Señor, se basa en el sacrificio.

Que ninguna parte del cordero debía ser quebrada simboliza la unidad de Israel. Era una unidad que Israel experimentaba en su comunión con el Señor. El hecho que no fuese quebrado ninguno de los huesos de Cristo señala hacia el mismo significado.

En la cena pascual, los israelitas debían comer pan sin levadura. Durante los días inmediatamente posteriores a su salida de Egipto, habían comido pan sin levadura por el hecho de salir muy apresuradamente. Aparentemente la institución de la fiesta de los panes sin levadura ocurrió algún tiempo

después. Sin embargo, el anuncio de esa institución fue conectado inmediatamente con el anuncio de la institución de la Pascua misma. El pan sin levadura simboliza la nueva vida libre de la levadura del pecado.

**Pensamiento clave:** *Dios levanta a Israel de la muerte.*

**Sacrificio y sacramento.** Dios ya había hecho muchos milagros en Egipto, pero Israel todavía seguía esclavo. Israel había contribuido a la grandeza de Egipto al edificar sus ciudades. Egipto estaba bajo juicio de muerte por el hecho de no haber temido al Señor y, según las apariencias, Israel estaba destinado a perecer un día junto a Egipto. Parecía que Israel estaba atrapado en la muerte y el sepulcro mientras permanecía en Egipto. Sin embargo, el Señor había prometido sacar a los israelitas de Egipto como si los levantase de la muerte. Ahora, después de la novena plaga, eso estaba a punto de ocurrir. Era algo que Dios había anunciado al pueblo a través de Moisés.

Ahora Dios dio una orden extraña al pueblo. Desde ese momento, el mes que estaban viviendo debía ser considerado el primer mes de un nuevo año, porque para Israel estaba comenzando una nueva era, una era en que Israel se levantaría de los muertos, por decirlo así. En el décimo día de dicho mes cada familia debería apartar un cordero del rebaño, escogiendo uno que fuese sin mancha; y en el décimo cuarto día debían matar el cordero y prepararlo sin quebrar ninguno de sus huesos y sin cocinarlo, asándolo entero sobre el asador. Con la sangre del cordero debían pintar el dintel y los postes de sus puertas, usando un hisopo. Después de ello los israelitas debían comer el cordero. Si el cordero era demasiado grande para ser comido por una familia, debían compartirlo con otra. No debía dejar sobras. Cualquier parte que hubiese quedado debía ser quemada. Además debían comer con el cordero pan sin levadura y hierbas amargas.

Esto era por cierto una serie extraña de mandamientos. ¿Qué significaba todo ello? Durante la noche del décimocuarto día el Señor visitaría a Egipto en juicio y mataría a todos los primogénitos. Por supuesto, los israelitas eran tan pecadores como los egipcios, pero al ver Dios la sangre en los postes de las puertas, el ángel de la muerte pasaría de largo. Aquella sangre del cordero era una señal de la sangre del Cristo mediante la cual recibirían expiación por sus pecados y serían salvos de la ira de Dios.

Habiendo sido perdonados sus pecados por amor a Cristo, Dios podría habitar en medio de ellos y ellos tendrían el privilegio de cenar con el Señor en la misma mesa. Al comer aquel cordero, sería como si Dios fuese el huésped de su hogar, un huésped que les daba comida y compañerismo.

Aquellas hierbas amargas debían recordarles la amarga opresión sufrida en Egipto. Pero ahora el Señor aliviaría sus aflicciones y les mostraría su favor a través de la liberación de manos de Egipto. Desde aquel día celebrarían esa cena todos los años. Una y otra vez gozarían del privilegio de cenar con el Señor en una misma mesa. ¡Qué íntimos estarían Dios y su pueblo!

Hasta el día de hoy esa señal no ha sido abolida. Aun en nuestros días tenemos una cena en la iglesia, en la que el Señor es nuestro anfitrión, en la que los creyentes se sientan con él en una misma mesa. Se trata de la Cena del Señor. Ya no comemos cordero acompañado de pan sin levadura y hierbas amargas. En su lugar comemos pan que ha sido roto y bebemos vino que ha sido derramado, símbolos del cuerpo quebrantado y de la sangre derramada del Señor Jesucristo. En esta cena Dios está tan cerca de los suyos como lo estuvo de los israelitas.

Cuando Moisés informó de todo esto a los ancianos, éstos se inclinaron en fe y adoración por la gracia del Señor que ahora se manifestaría a ellos. Creyeron que la promesa del Señor se cumpliría ahora. Sin fe, esa cena no habría tenido ningún significado para ellos, pero mediante la fe podían considerarla un símbolo del favor de Dios. Sin fe de nada sirve la Cena del Señor tampoco, pero para los creyentes sigue siendo una señal de la fidelidad de Dios en su pacto.

Cuando en años posteriores los israelitas celebraban la cena, debían contar a sus hijos todo su significado. Cuánta alegría les debe haber producido, especialmente si creían, porque sólo entonces pudieron comprender que la sangre del cordero era una señal del perdón de sus pecados. El cordero servido entero simbolizaba el hecho de que el pueblo siempre tendría el privilegio de ser uno en comunión con el Señor.

**Separación entre Egipto e Israel.** Los Israelitas hicieron lo que el Señor les mandó. Allí estuvieron de pie en la noche del décimocuarto día comiendo el cordero. En espíritu estaban cerca del Señor, y el Señor estaba cerca de ellos.

Mientras estaban comiendo, el ángel de la destrucción del Señor es-

taba recorriendo a Egipto matando al primogénito de todo hombre y de toda bestia. El Señor había apartado a esos primogénitos, consagrándolos a su juicio. La consagración del primogénito para el juicio era un símbolo de que toda la tierra de Egipto estaba bajo su juicio. Un día debía ocurrir, tal como ocurrirá para todos los incrédulos el día del fin del mundo. Ese día serán consumidos por la ira de Dios.

Cuando el ángel de la muerte veía la sangre en los postes de las puertas de los israelitas, pasó de largo. En esos hogares los primogénitos también habían sido apartados, no para la ira de Dios sino para su favor y amor. *Ellos* tenían el privilegio de servir al Señor, no porque fuesen mejores que los primogénitos de los egipcios, sino porque Dios había perdonado sus pecados a causa de la sangre de Cristo. Cuando aquellos primogénitos fueron apartados para el Señor, el pueblo entero de Israel fue consagrado al Señor a través de ellos.

En años posteriores los israelitas siempre recordarían lo que había sucedido en Egipto. Cada hijo mayor tendría que ser rescatado, porque en realidad estaba destinado para un servicio especial al Señor. Además, todos los primogénitos de entre los animales debían ser consagrados al Señor. En el caso de un animal impuro, el primogénito sería redimido mediante un animal puro o matado quebrándole la nuca.

Toda cosa y toda persona deben ser consagrados al Señor. Es decir, todo debe ser apartado o para su ira y juicio o para su favor y amor. Cuando hemos recibido el perdón mediante la sangre de Cristo, podemos ser consagrados al favor del Señor en la totalidad de nuestras vidas.

**Una vida nueva en libertad.** Aquella noche hubo mucho llanto en la tierra de Egipto, porque todos los primogénitos egipcios habían muerto, incluso el hijo mayor del faraón. Nadie durmió esa noche, y el faraón llamó a Moisés y Aarón para decirles que los israelistas podían salir inmediatamente y llevar todas sus posesiones consigo. Esta despedida era para siempre. El faraón lo entendía perfectamente, puesto que dijo: "Bendíganme también". En otras palabras, quería que Moisés y Aarón orasen al Señor en favor de él. El faraón presentía que una maldición había venido sobre él.

Todos los egipcios insistieron en que los israelitas dejasen la tierra apresuradamente porque temían morir todos. En su apuro los israelitas no tuvieron tiempo de esperar que la masa que habían preparado para el viaje se levantase. Por eso, durante aquellos primeros días fuera de

Egipto comieron pan no leudado.

El Señor les había dicho que en el momento de salir de la tierra de Egipto debían pedir utensilios de plata y oro, y vestimentas de los egipcios. Después de todo, habían servido a los egipcios con su duro trabajo. Dios mismo se ocupó de que los egipcios les diesen lo que pedían en compensación por su apresurada partida.

Los egipcios echaron al pueblo del Señor fuera de su tierra, no porque buscaban su libertad, sino porque los temían. A través de su pueblo, el Señor es una maldición para los que no creen en él. Los israelitas salieron de la tierra de esclavitud cargados con los tesoros de Egipto. El Señor los honró de esta manera, no porque fuesen mejores que los egipcios, sino porque eran su pueblo a quien había concedido perdón mediante la sangre derramada. Algún día, en el fin del mundo, también nosotros saldremos coronados de honor, cuando por fe hayamos recibido el perdón completo de nuestros pecados.

Los israelitas se dirigieron a Sucot, donde levantaron su primer campamento y donde pasaron la noche. Inmediatamente Moisés les dio varias ordenanzas referidas a la Pascua, la noche cuando el ángel de destrucción los había *pasado por alto*, la noche cuando fueron levantados de los muertos. Entre otras cosas, Moisés les dijo en el nombre del Señor que si bien en ese momento comían pan no leudado por haber salido apresuradamente de la tierra, desde ese día en adelante lo comerían todos los años durante una semana al celebrar la Pascua.

El comer pan sin levadura también les sería un símbolo. La levadura siempre contiene un elemento de podredumbre. El hecho que toda la levadura debía ser quitada de sus hogares durante siete días, significaba que toda corrupción de pecado debía ser quitada de sus vidas. Debían vivir una vida nueva ante el Señor.

**Cuantos el Señor llame.** Aquella noche miles y miles de hombres mayores de veinte años salieron de Egipto. Si agregamos las mujeres y niños, vemos que los israelitas eran un pueblo realmente grande. Esto demuestra cómo los había multiplicado Dios en Egipto. Junto a ellos también salieron numerosas personas de raíces diferentes. Tal vez salieron con los israelitas porque habían visto algo del honor y de la gracia del Dios de Israel. Tal vez algunos de ellos salieron simplemente por los lazos de familia que los unían a los israelitas.

Por cierto, estas personas no serían los únicos extranjeros que en el

futuro vivirían entre los israelitas. ¿Cómo debían tratar los israelitas a todos ellos? ¿Acaso también habían de participar de la Pascua? ¿Se les permitiría gozar del favor de Dios en su pacto?

Si los extranjeros estaban dispuestos a recibir la señal del pacto, es decir, la circuncisión, serían contados como miembros del pacto. Estas personas constituían una profecía de las multitudes que serían reunidas de todas las naciones, que originalmente vivían fuera del pacto y por lo tanto no pertenecían al pueblo de Dios, pero que serían incorporados a este pueblo por reconocer al Señor Jesucristo como su rey. Es maravilloso saber que podemos pertenecer a ese pueblo, que mediante la fe podemos recibir el perdón de nuestros pecados a través de la sangre de Cristo y que igualmente podemos sentarnos a la mesa del Señor.

Consideremos la Pascua en Egipto, el "pasar por alto". El ángel de la muerte pasó por encima de los hogares israelitas. Cada primogénito en Israel, y, en realidad, cada israelita, fue levantado de la muerte. Cada israelita fue librado de la muerte que reinaba en Egipto. Aunque un día todo Egipto perecería, los israelitas eran levantados a una nueva vida en libertad.

Israel fue salvado de la muerte y resucitado a una vida nueva mediante la sangre del verdadero cordero del sacrificio, es decir, mediante el Señor Jesucristo. Algún día Jesucristo moriría en lugar de su pueblo, pero también resucitaría de los muertos. Por eso, en nuestra pascua (Domingo de Resurrección) nosotros recordamos la resurrección del Señor Jesucristo. La liberación de Israel al salir de Egipto era una profecía de la Resurrección.

Mediante el poder del Señor Jesucristo, el Señor también resucitará en nuestros días a los suyos para darles vida nueva. Mediante la fe en Cristo ya experimentamos la resurrección. Si vivimos en nuestros pecados, estamos sujetos a las ligaduras de la muerte en la que pereceremos indefectiblemente. Pero mediante la fe en el Señor Jesucristo somos librados de esa muerte. De esa manera recibimos la vida eterna, aquí y ahora. Nunca perderemos esta vida, ni siquiera al morir. Algún día seremos glorificados eternamente con Cristo.

# 39: El día del Señor

*Exodo 13:17—15:21*

El día del Señor es el día de la venida del Cristo. Desde una perspectiva profética, podríamos decir que es el día cuando el Señor vino en juicio, o el día de la primera venida de Cristo, o el día del derramamiento del Espíritu Santo, o el día del regreso de Cristo. En realidad, todos estos aspectos están incluidos en el significado de la expresión *el día del Señor*, puesto que un acontecimiento es extensión de otro. La misma Escritura nos indica que hemos de pensar en el día del Señor con referencia al destino de Egipto, porque la misma Escritura dice que el himno de Moisés será cantado durante las plagas finales (Ap. 15:3).

El día del Señor es el día cuando Dios revela los derechos de su amor. Por un lado, revela esos derechos en la destrucción de los impíos, al vengar el rechazo que hicieron de sus justificados derechos. Leemos que el Señor fue glorificado por medio del faraón y Egipto; los derechos de su amor fueron glorificados. Aquello comenzó cuando el faraón endureció su corazón y continuó con la persecución que lanzó detrás de Israel. En el endurecimiento de su corazón no sólo fue castigado el pecado del faraón sino el pecado en general, el hecho de romper las relaciones con Dios.

Por lo tanto, al contar esta historia a los niños, no es suficiente señalar los pecados individuales del faraón. El faraón no estaba dispuesto ni capacitado para conocer al Dios cuya morada estaba con Israel. Pero eso es algo natural en todos nosotros. El juicio sobre el pecado en general es expresado en la destrucción del faraón. El endurecimiento, es decir, el rechazo consciente de la revelación del Señor, es un juicio sobre el primer pecado (original).

Por otra parte, Dios reveló los derechos de su amor al proclamar que su pueblo era solamente suyo. El Señor puso el Mar Rojo entre Israel y Egipto, protegiendo a Israel en el desierto como en el hueco de su mano. Esa liberación del pueblo de Israel era una profecía de la liberación final de todo el pueblo de Dios en el día de Cristo.

Al afirmar los derechos de su amor, Dios recibió del pueblo lo que antes y

en su gracia le había suplido. Junto al Mar Rojo hizo que el pueblo se rindiera en fe ante él. Luego en la orilla opuesta les hizo cantar la victoria del Señor. En este canto solamente cantaron del Señor.

El cántico de Moisés, que se halla en Exodo 15, puede ser dividido en las siguientes cuatro partes: (1) El tema, que aparece en el versículo 1 y es repetido varias veces por María y las mujeres. (2) La primera estrofa, que se encuentra en los versículos 2 al 5, el Señor es alabado en términos generales como guerrero y vencedor. (3) La segunda estrofa, versículos 6 al 10, señala que en realidad la lucha se libró entre el Señor y sus enemigos, quienes le persiguieron a El al perseguir a su pueblo. (4) La tercera estrofa, versículos 11 al 19, canta de la liberación del pueblo y de la salvación que el Señor ha reservado para ellos.

**Pensamiento clave:** *El día del Señor es una revelación de los derechos del amor de Dios.*

**Guiados por Dios mismo.** Partiendo de Sucot, su lugar de reunión, el pueblo partió bajo la dirección de Moisés. Llevaban consigo los huesos de José, conforme al juramento que sus hermanos habían hecho hacía muchos años. Antes de morir, José había profetizado acerca de la liberación de Egipto. Al llevar consigo los huesos de José, los israelitas no solamente cumplían el juramento hecho a José, sino que también demostraban que consideraban este éxodo un cumplimiento de la promesa que el Señor había dado a sus padres hacía muchos años. Aparentemente, mediante la fe esperaban ser guiados a Canaán.

Sin embargo, el Señor no los llevó enseguida a Canaán. La ruta más directa habría sido a lo largo de la costa del Mediterráneo atravesando la tierra de los filisteos, un viaje de solamente pocos días. Pero los israelitas todavía no estaban preparados para la guerra con los filisteos. Además, antes de llegar a su destino, el Señor tenía otros propósitos para ellos.

Todavía era preciso que los israelitas como pueblo entrasen en una relación de pacto con el Señor. Esto tendría que ocurrir en el desierto antes de llegar a Canaán. Además, Dios tenía que hacer definitiva la separación de Egipto demostrando que él mismo estaba sosteniendo al pueblo en el hueco de su mano.

Por eso tomaron una ruta diferente, de Sucot a Etam, una ruta más al sur. De esa manera salían de Egipto para entrar al desierto. Durante este viaje, el Señor iba delante de ellos. De día la columna de nube iba

delante de ellos proveyéndoles frecuentemente la sombra que necesitaban. De noche esta columna replandecía con fuego, iluminando el desierto.

Aquí el Señor volvía a revelarse en el fuego. Había utilizado una antorcha encendida para revelarse a Abraham y una zarza ardiente para revelarse a Moisés.

El Señor estaba con su pueblo en el pacto, pero el pueblo todavía debía ser purificado como se purifica la plata. El pecado debía ser quitado de en medio de ellos. El hecho de no ser consumidos por el fuego, se debe a que un día el Señor Jesucristo tomaría el lugar de ellos en el fuego del juicio de Dios. Algún día la ira de Dios, desatada por nuestro pecado, caería con toda su fuerza sobre él. En ese fuego moriría para expiar por nosotros y luego resucitarse de los muertos. Todos los que están unidos en él mediante la fe serán purificados por ese fuego, pero sin ser consumidos. Sin embargo, los incrédulos perecerán en él.

Mediante la columna de nube y fuego el Señor mismo guiaba al pueblo en su viaje por el desierto. En esa columna el pueblo veía el ardiente celo del amor de Dios y su mano protectora.

En la persona del Señor Jesucristo, Dios todavía precede a su pueblo a lo largo de los siglos. En aquel que fue crucificado, sólo para ser resucitado, vemos el amor de Dios que nos santifica, que nos salva y que señala el norte de nuestras vidas.

**Endurecimiento y prueba.** Partiendo de Etam y yendo delante de los israelitas, el Señor no los estaba librando de Egipto, sino conduciéndolos junto a la orilla equivocada del Mar Rojo, es decir, la orilla occidental. Quienes lo notaron, deben haber estado sorprendidos, pero siguieron en obediencia. El Señor había dicho a Moisés que se glorificaría a sí mismo a través del faraón, y a través de aquella ruta extraña. Pronto se vería lo que esto significaba, aunque en ese instante los israelitas no lo entendían.

Entre tanto, el faraón y sus siervos habían superado el primer impacto producido por la muerte de todos los primogénitos. Por un breve momento habían temblado ante el Dios del cielo y de la tierra; pero generalmente esa clase de efecto no dura mucho tiempo si la experiencia no ha significado también un genuino arrepentimiento. El faraón volvió a endurecer su corazón ante el Señor. Este endurecimiento le fue en-

viado a modo de juicio por el mismo Señor, porque una vez el hombre se había apartado en pecado del Señor.

Actualmente, las personas que no temen al Señor son ciegas por su propia voluntad. Debemos reconocer esa ceguera como un juicio sobre el pecado original. También nosotros merecemos toda la severidad de dicho juicio. Sólo la gracia de Dios abre nuestros enceguecidos ojos.

Ahora el faraón reunió a su ejército, sus carros y sus hombres de a caballo, para perseguir a los israelitas en un intento de hacerlos regresar por la fuerza. El rey los alcanzó cuando llegaban a Pi-hahirot. Ahora parecía que el pueblo hubiese sido atrapado. Al frente (hacia el sur) y a su derecha (es decir, al oeste) tenían montañas, a su izquierda (al este) estaba el Mar Rojo, y a sus espaldas (hacia el norte) los egipcios.

El Señor había arrinconado a su pueblo de tal modo que tendrían que rendirse totalmente a él. No contaban con otra ayuda sino la ayuda del Señor. Ahora les demostraría cómo estaban rodeados por el poder de su amor.

El pueblo todavía no estaba preparado para ese tipo de fe. Se rebelaron contra Moisés acusándolo de haberlos traído de Egipto para morir en el desierto. Por otra parte, los egipcios se regocijaron al ver la posición de los israelitas, porque pensaron que se habían perdido en el desierto. Ahora los israelitas serían una presa fácil.

Moisés dijo al pueblo que no tuviese miedo y que esperase en el Señor quien les revelaría su salvación. Nunca más verían a los egipcios que en ese momento veían a sus espaldas. Dios los separaría definitivamente de los egipcios.

Entonces Moisés clamó al Señor, y el Señor respondió: "Ya está decidida la salvación del pueblo. Que el pueblo siga avanzando. Extiende tu mano sobre el mar y éste se dividirá en dos. Israel pasará a través del mar, pero los egipcios morirán en él".

Para todos aquellos egipcios fue terrible perecer en el mar. Eso significaba su destrucción eterna. También es terrible saber que algún día perecerán todos los incrédulos. No obstante, ese juicio tiene sus raíces en el amor de Dios. ¿Acaso en su amor no tenía Dios derecho a los egipcios? ¿Acaso no eran ellos obra de sus manos? Pero por haber rechazado su amor, Dios se pronunció en juicio contra ellos.

Era de noche cuando los egipcios alcanzaron a Israel. La columna de fuego estaba delante de Israel iluminando el camino. Aquellos que creían, habrán entendido que el Señor estaba probando y purificando

su pueblo aun en aquel momento de ansiedad. Pero en ese instante la columna de fuego y el ángel que la utilizaba para guiar a Israel cambiaron de posición para colocarse entre Israel y los egipcios. Los israelitas estaban en la luz pero tinieblas rodeaban a los egipcios, que no tenían valor de seguirse acercando a los israelitas. No obstante, los egipcios no se arrepintieron. Sus corazones estaban endurecidos.

**Definitivamente separados.** Moisés extendió su vara, que era una señal de la presencia de Dios, sobre el mar. Entonces el Señor envió un viento del este que separó las aguas dejando una senda seca a través del mar. No podemos explicar este acontecimiento. Aquella fue obra del Señor, que estaba cerca con el poder de su gracia, así como en el nacimiento del Señor Jesucristo se acercó a nosotros.

No obstante, para Israel significaba un paso de fe avanzar por aquel sendero. Las aguas podrían cerrarse en cualquier momento, ahogándolos. Eso era precisamente lo que merecían por causa de sus pecados. Sólo por el hecho de ser salvos por Jescuristo, no ocurrió así. Algún día Cristo pasaría por las aguas de la ira de Dios hasta la muerte y prepararía un camino para que su pueblo pudiese atravesar esas aguas. Mediante la fe, los israelitas pudieron caminar aquel sendero con la certeza de la liberación para ellos.

En una última expresión de su necedad, los egipcios siguieron a los israelitas. Todavía no habían comprendido que el Dios de Israel pronunciaría juicio sobre ellos. Como ovejas fueron llevados al matadero. Tan pronto como los israelitas habían alcanzado la otra orilla, la columna de fuego dio un giro y el Señor miró con ira a los egipcios sobrecogidos de terror. Finalmente comprendieron que el Dios de Israel estaba luchando contra ellos. El pánico cundió entre los soldados; sus carros fueron destruidos y ellos se preguntaron cómo podrían escapar.

A la orden del Señor, Moisés volvió a extender su vara sobre el mar y entonces las aguas volvieron a su sitio comenzando por la orilla occidental. De esa manera los egipcios, que ahora querían regresar, se vieron ante un muro de agua. Pronto fueron tragados por él, sin que sobreviviese uno de ellos. De igual modo, algún día el Señor juzgará a todos sus enemigos; esto ocurrirá cuando él venga para vindicar todos sus derechos. Cuando vuelva Cristo, todos sus enemigos perecerán delante de él.

Israel se sentía seguro en el poder del amor de Dios. Pareciera que ese poder había envuelto todo el pueblo. Dios lo había utilizado para separarlos eternamente de la tierra de Egipto, demostrando que el pueblo de Israel era su exclusiva propiedad. Pronto podría establecer su pacto con ese pueblo.

Algún día, cuando Cristo venga de nuevo, todo el pueblo de Dios será librado del pecado y de los poderes del mal que todavía lo oprimen. Aquel día los abrazará para siempre en el poder de su amor, demostrando que su amor tiene derechos sobre su pueblo.

**El cántico de Moisés.** Entonces Moisés y todos los hombres de Israel cantaron un himno, al que respondieron María y las mujeres. Juntos, los hombres y las mujeres, cantaron sólo de la majestad de Dios que había destruido al faraón y su ejército. De esa manera Dios había hecho que todo el pueblo adorase su nombre. Por un momento le vieron en su perfecta gloria. Esa es la forma en que el Señor quiere que su pueblo le adore.

El pueblo cantó del Señor como del guerrero contra quien no prevalece ningún poder terrenal. ¿Quién podría levantar un dedo contra él? También cantaron del Señor como de aquel que había vencido en su ira a sus enemigos, no solamente por los crímenes obvios que habían cometido contra el pueblo de Israel, sino por el hecho que no querían temer al Señor quien, en su amor, tiene derecho sobre ellos. También cantaron del Señor como de aquel que ha demostrado los derechos de su amor respecto de su pueblo y los había salvado. Ese Dios les prepararía una morada en la tierra prometida, además de un santuario donde él mismo habitaría.

En la hora final, los redimidos cantarán de la victoria del Señor y de los derechos de su amor, derechos que ejerce para traer destrucción sobre sus enemigos y preparar una morada eterna para su pueblo.

# Junto al monte Sinaí

# 40: Llevados sobre alas de águilas

*Exodo 15:22—17:16*

En Exodo 19:4 leemos: "Os tomé sobre alas de águilas y os he traído a mí". El Señor trajo a Israel a sí mismo en el monte Sinaí a fin de hacer un pacto allí con él como pueblo. El viaje al Sinaí fue la avenida tras la cual Dios demostró cómo proveería para los israelitas. Con frecuencia pasaba por alto sus murmuraciones. Aún debían aprender a confiar más en él. Después del Sinaí, se encendió la ira de Dios contra el pueblo por causa de los pecados que anteriormente había pasado por alto.

En Mara el Señor les dio un estatuto y una ordenanza. Conforme al estatuto, Dios mismo proveería para todas las necesidades del pueblo, y conforme a la ordenanza el pueblo debía confiar en él. Allí los probó y los alentó a creer en él. Debían aceptar la promesa especial de que el Señor los sanaría. Esto fue simbolizado mediante la restauración del agua en Mara, donde Israel se vio amenazado de muerte (véase 2 R. 4:40). El árbol mismo que Moisés arrojó al agua no obró la restauración. Aquello fue una simple señal destinada a despertar la fe del pueblo. Un trozo de madera común, y no la vara de Moisés, fue utilizado para evitar que los israelitas creyesen que la vara poseía poderes mágicos.

En Mara el Señor puso a prueba a Israel, y volvió a hacerlo en el desierto de Sin. El maná debía enseñar a Israel a vivir un día a la vez, comiendo con fe de la mano del Señor. Los israelitas debían limitarse a reunir lo que estaba al alcance de sus manos y lo que encontraban alcanzaría para un día. Su padre celestial se estaba ocupando de ellos.

Es curioso que el mandamiento del sábado estuviese relacionado a este milagro. Evidentemente, en Egipto Israel no había guardado el día de reposo. Mucho antes de la proclamación de los diéz mandamientos en el monte Sinaí, se aclaró el significado del día de reposo. El trabajo del pueblo tenía sus raíces en el descanso en Dios, descanso que resultaba en la expiación de Cristo. De modo que no solamente debían comer el maná como comida destinada a saciar el hambre, sino como el favor de Dios

en forma de comida. De esta manera el maná era una revelación de lo que Jesucristo es para nosotros, es decir, el maná celestial, la restauración de toda nuestra vida en el favor de Dios.

En la historia del agua de la roca, cuando el pueblo se quejaba por falta de agua, no fue el Señor quien puso a prueba al pueblo. En realidad, sucedió lo contrario. Fue Israel quien puso a prueba al Señor, diciendo: "¿Está el Señor entre nosotros o no?" Este desafío debía forzar al Señor a demostrar su amor en una forma adecuada a *ellos*. Era un desafío nacido de incredulidad, no de fe.

No obstante, el Señor se dio a sí mismo a los israelitas a pesar de aquel desafío. En una forma extremadamente humilde se hizo siervo de ellos. Nótese la respuesta del Señor: "He aquí, yo estaré delante de ti, allí sobre la peña en Horeb" (Ex. 17:6).* El Señor estaba dispuesto a estar delante de Moisés y de los ancianos, y de esa manera delante del pueblo como un siervo está delante de su señor. A través de esta humillante experiencia el pueblo aprendería que Dios mostraría su amor a su propio modo. Además, ellos también aprenderían a servirle.

En Refidim los israelitas llegaron a conocer al Señor como su estandarte. La batalla fue del Señor. Aquello no significaba solamente que el Señor lucharía por Israel, sino que toda la lucha era del Señor, y no de Israel. Siendo la primera de las naciones paganas que encontró Israel en su camino, Amalec había atacado al Señor. Por tal motivo sería borrada la memoria de Amalec.

La vara levantada de Moisés era una señal de la comunión del pueblo con el Señor en aquella batalla, una unión basada en la fe. Esta es probablemente la forma en que deben ser entendidas las palabras difíciles de Ex. 17:16: "Una mano sobre el trono (o estandarte) de Jehová (o, el Señor ha jurado). Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación". El hecho de que la mano estuviese sobre el trono del Señor no solamente significaba que la ayuda del pueblo provenía del Señor sino que Israel también consideraba su causa como la causa del Señor. En esta batalla Israel tenía que ser del Señor; entonces no cesaría la lucha.

**Pensamiento clave:** *El Señor lleva a su pueblo sobre alas de águilas y con su pacto lo trae a sí mismo.*

**El sanador de Israel.** Cuando Dios sacó a Israel de Egipto, tenía el propósito de reunir a Israel alrededor suyo junto al monte Sinaí, tal como se lo había anticipado a Moisés (Ex. 3:12). Allí los recibiría en carácter de nación como miembros de su pacto. En el camino a Sinaí, y en un esfuerzo de enseñar al pueblo lo que él mismo sería para él, Dios pa-

*Horeb era el nombre de toda una cadena de montañas de la que Sinaí era una cumbre particular.

saba por alto sus pecados y les demostraba su amor. Solamente les pedía que confiasen en él, esperando toda clase de bien de sus manos. Luego también los castigaría por sus pecados, pero por el momento debían aprender el poder de su gracia.

Partiendo del Mar Rojo, marcharon durante tres días a través del desierto. Al cabo de ellos habían consumido toda su agua potable. En la distancia vieron agua, pero resultó impotable. Era agua tan amarga que temían ser envenenados.

De pronto comprendieron que el desierto estaba lleno de peligros. Se imaginaron todas las enfermedades que podrían sobrevenirles. Reconocieron que no tenían médicos entre ellos, como los habían tenido en Egipto. Entonces comenzaron a murmurar contra Moisés diciendo: "¿Qué beberemos?" ¿Acaso pensaban que *Moisés* sería capaz de suplirles el agua necesaria?

También en esta ocasión Moisés fue el mediador entre Dios y el pueblo. Moisés trasmitió la queja del pueblo al Señor. Respondiendo al mandamiento de Dios, arrojó un tronco en las aguas amargas. Estas se endulzaron.

No fue el tronco mismo lo que cambió el agua. Tampoco quiso el Señor que Moisés levantase su vara sobre el agua, porque la gente podría empezar a pensar que la vara tenía ciertos poderes mágicos. La vara no era mágica, puesto que el poder era del Señor. El tronco no fue sino una señal. Respondiendo al mandamiento del Señor, basado en la fe, Moisés debía arrojar el tronco al agua. El propósito de la señal era despertar la fe del pueblo. Nosotros tenemos que escuchar la palabra de Dios, observar sus señales, y entonces esperar en el Señor. Así es como él se acerca a nosotros.

Al mismo tiempo, el Señor dijo que la restauración (en hebreo: saneamiento) del agua era una señal para decirles que, estando en el desierto, siempre podrían confiar en él. Dios los protegería especialmente de las enfermedades que habían conocido en Egipto. El Señor sería su sanador. El Señor estaba probando al pueblo mediante esta señal y esta promesa, tratando de despertar su fe.

Esta promesa sigue en pie, porque el Señor se acerca a nosotros como se acercó a los israelitas de aquel entonces. En amor se dio a sí mismo en el Señor Jesucristo y sigue haciéndolo todos los días. De esa manera también sana nuestras vidas. Es él quien perdona todos nuestros pecados y sana todas nuestras enfermedades. Esto no significa que nos inmuniza de toda enfermedad o que sana toda enfermedad que nos aque-

je, sino que salva esta vida temporal para que no la vivamos en vano.

Debido a que las aguas dulces habían sido amargas, los israelitas llamaron aquel lugar *Mara*. De allí siguieron viaje a Elim donde encontraron un oásis mayor, con doce fuentes de agua y setenta palmeras. Allí el Señor les demostró que también les concedería las señales más placenteras y amables de su favor.

**El pan del cielo.** Desde Elim viajaron al desierto de Sin. Tenían que avanzar lentamente, porque siendo un ejército tan grande de personas, había muchas demoras. Ya era el décimo quinto día del segundo mes. Ya habían consumido toda la comida que habían traído de Egipto. ¿Acaso tendrían que sacrificar ahora todo su ganado?

Entonces volvieron a murmurar contra Moisés y Aarón: "Mejor hubiéramos muerto en Egipto donde teníamos abundancia de carne y pan. ¡Eso hubiera sido mejor que morir lentamente en este desierto!" Evidentemente, no se habían desligado completamente de Egipto. ¡Qué vergonzosa ingratitud!

Cuando Moisés volvió a llevar sus quejas ante el Señor, éste le instruyó decir al pueblo, en nombre del Señor, que les daría lo que habían pedido. Nuevamente el Señor pasó por alto su pecado. Pero antes de darles de comer, ellos verían su gloria. Ellos tendrían que aprender el temor del Señor, es decir, a mostrarle reverencia, porque sin ese temor no puede haber confianza.

A la orden de Aarón, el pueblo salió de sus tiendas y miró hacia el desierto. Allí apareció la gloria del Señor en forma de una columna de nube resplandeciente. Dios es un Dios de gracia, pero en su gracia está lleno de gloria, exaltado mucho más de lo que podemos imaginar.

Aquella tarde el viento trajo codornices al campamento. Lo único que los israelitas tenían que hacer era levantarlas. Al día siguiente vieron que había caído rocío alrededor del campamento, y al desaparecer el rocío vieron que pequeños granos de semilla habían quedado en el suelo (véase Ex. 16:31). Se veía como escarcha sobre la tierra. Los israelitas pensaron que esas semillas carecían de importancia y las llamaron "man" (*man* probablemente significa *nada*). Pero Moisés les dijo que aquello era el pan que el Señor les había dado.

Entonces el pueblo lo recogió, algunos tomando más, otros menos, pero cada vez que medían lo recogido, la medida era de un gomer, (un poco más que una taza) por persona. Aquello realmente fue milagroso.

Moisés ordenó que el maná no debía ser guardado de un día al otro. Sin embargo, algunos de los israelitas lo hicieron, pero al día siguiente descubrieron que el maná hedía y se había llenado de gusanos. Israel tendría que aprender a vivir un día a la vez. Cada mañana el Señor volvería a proveerles. Todavía lo hace así. Por eso no debemos preocuparnos por el futuro.

Al sexto día, cuando los israelitas midieron el maná, descubrieron que cada uno tenía exactamente dos gomeres. Al expresar su asombro, Moisés explicó que el séptimo día era el día de reposo del Señor. Ese día no les enviaría el maná. Israel debía reposar uno de cada siete días para aprender a confiar en el Señor y descansar en él, puesto que para todas sus necesidades dependían de él. Por amor a Cristo, él en su pacto proveería para suplir sus necesidades.

De esta manera no solamente comerían el maná, mas también gustarían la bondad del Señor expresada en él. La gracia de su favor en Cristo les fue manifestada mediante el maná. En realidad, el Señor Jesucristo es el verdadero pan que ha descendido del cielo (Jn. 6:31-33). Mediante el favor que Dios nos concede en Cristo, se sustenta nuestra vida.

No obstante, hubo algunos desobedientes que salieron al séptimo día para juntar maná, pero no hallaron nada. Su desobediencia entristeció al Señor. También en esto el Señor los había probado para alentarlos a confiar en su palabra.

Más tarde, en obediencia al mandamiento del Señor, los israelitas colocaron una jarra con maná en la tienda que habían hecho para él. Esta jarra no solo debía recordarles la provisión con que Dios los había sostenido en el desierto, sino también debía ser una profecía del Señor Jesucristo, el verdadero pan celestial.

**El siervo de Israel.** Nuevamente siguieron su viaje. Llegaron a Refidim donde no encontraron agua. En esta ocasión no sólo murmuraron contra Moisés, sino que también probaron al Señor, diciendo: "Que ahora demuestre si está en nuestro medio o no". Querían obligar al Señor a manifestar su amor. Esta clase de coacción no es una muestra de fe sino de incredulidad. Su rebelión fue tan feroz que Moisés creyó que lo apedrearían. ¿Acaso pensaban que Moisés los había sacado de Egipto con su propia autoridad?

En este momento el Señor ordenó a Moisés a salir con algunos de los ancianos de Israel y presentarse delante del pueblo junto a la peña de Horeb. El Señor estaría delante de Moisés. Moisés debería golpear la peña con su vara y brotaría agua de la roca.

Esto verdaderamente avergonzaría al pueblo. Por su desconfianza el pueblo había forzado a Dios a darles evidencias de su amor. Y ni aun entonces dijo el Señor que los abadonaría. A pesar de lo que habían hecho, les dio una prueba de su amor. El Señor es maravillosamente bueno, porque también apareció en el Cristo a un mundo que lo había puesto a prueba. Así Dios manifiesta constantemente su amor.

Además el Señor le dijo: "Allí estaré delante de ti". El Señor se proponía estar en medio de Israel como un siervo en presencia de su señor. ¡Cuánto se humilló el Señor allí! De igual modo, el Señor Jesucristo vino, no para ser servido, sino para servir, para dar su vida en rescate por muchos. El mismo lavó los pies de sus discípulos.

El agua brotó de la roca y los israelitas pudieron beber. Pero, ¿reconocieron todos el amor del Señor? ¿Cuántos allí gustaron el favor de Dios? Los israelitas denominaron a aquel lugar Masah y Meriba, que significa *prueba* y *rencilla*.

**El estandarte de Israel.** La retaguardia había quedado atrás. Repentinamente fue atacada por los amalecitas, un pueblo nómada que apacentaba sus rebaños en aquella región. No solamente veían en Israel una amenaza a las tierras de pastoreo, sino también odiaban a Israel por ser el pueblo de Dios. Habían oído lo que el Señor había hecho por Israel, porque eran descendientes de Esaú. Esaú había odiado a Jacob por causa de la bendición del pacto, y ese odio se había trasmitido a su tribu.

Así que los amalecitas fueron la primera nación cuyo odio sintieron los israelitas en su viaje. De veras, el pueblo del Señor siempre encontraría odio, no por propia culpa, sino por causa del Señor. Por eso era preciso destruir a los amalecitas como ejemplo de la destrucción final que Dios hará de todos sus enemigos.

Josué fue enviado a hacerles frente junto con un grupo de guerreros selectos. Al mismo tiempo, los israelitas tendrían que comprender que la batalla era del Señor, que los amalecitas no luchaban simplemente contra Israel, sino principalmente contra el Señor, y que el Señor vence-

ría a los amalecitas por medio de Israel. En esta batalla Israel habría de estar con el Señor.

Como señal de todo esto, Moisés debía subir hasta la cumbre de una montaña y levantar su vara hacia el cielo con ambas manos. Mientras sostenía la vara, Israel prevalecía, pero en el momento de bajar la vara, Amalec sería la más fuerte de las dos naciones. Por eso Aarón y Hur ayudaron a sostener las manos de Moisés. Los israelitas vencieron a los amalecitas y mataron muchos de ellos.

Si somos del Señor, debemos reconocer que la lucha de la vida no gira alrededor nuestro, sino del Señor. Si recordamos esto en nuestra lucha contra el pecado, tendremos una perspectiva diferente en cuanto a nuestra situación. Sólo entonces seremos fuertes, porque entonces comprenderemos que el Señor Jesucristo obtiene la victoria para nosotros. Puesto que Cristo triunfaría sobre el diablo y su reino, Israel era capaz de conquistar a *sus* enemigos en esta ocasión. De igual modo también nosotros podremos vencer.

Al terminar la batalla, Moisés levantó un altar que sirviese de conmemoración. Lo llamó *El Señor es mi estandarte*. El altar debía recordar a Israel el mandamiento del Señor de exterminar totalmente a los amalecitas. Moisés debía registrar este acontecimiento en un libro y no dejar de relatarlo a su ayudante Josué.

Puesto que Israel sería propiedad del Señor, y puesto que la mano de Israel estaría sobre el trono del Señor, y debido a que Israel confesaría que su causa era la causa del Señor, nunca terminaría la lucha contra Amalec. Si somos del Señor, nunca debemos detener nuestra lucha contra el pecado, el diablo y todos los enemigos de Dios. Si hacemos la paz, perderemos la batalla.

Afortunadamente, el Señor Jesucristo nunca se detuvo en esa batalla, sino que luchó hasta el mismo fin. Desde el cielo todavía sigue luchando. El se ocupará de que los suyos continúen peleando constantemente esta batalla, y él les dará la victoria, porque él ha vencido y vencerá siempre.

Así es como el Señor condujo a Israel a través del desierto durante aquellos primeros días. Iba delante de ellos en una columna de nube y fuego. Dios era todo para ellos. El les proveía de todo, supliendo sus necesidades y pasando por alto sus pecados. Todo ello tenía el propósito de enseñarles a creer en él y así estar preparados para entrar en el pacto con él. ¿Aprendieron la lección los israelitas?

# 41: El pacto establecido

*Exodo 18—24*

El establecimiento del pacto se describe especialmente en Exodo 24. Vemos que el pacto es bilateral: el pueblo de Israel debía aceptar por propia voluntad el pacto y también prometer que guardaría los estatutos del Señor. Pero vemos que Israel *no podía* guardar el pacto.

Nótese que el establecimiento del pacto no ocurrió sin derramamiento de sangre. El pueblo estuvo bajo la protección de Cristo, quien fue obediente en su vida y en su muerte. El "sí" que los israelitas expresaron en esta ocasión señalaba al "sí" expresado por el Cristo quien respondió por todo su pueblo, diciendo: "Sí, Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc. 22:42). Cristo protege a su pueblo y pone en el corazón de ellos su Espíritu para que aprendan a responder. Puesto que el Cristo nos fue dado por Dios, el *plan* del pacto es unilateral.

La mitad de la sangre fue salpicada sobre el altar en la presencia misma de Dios, porque él se acerca al pueblo en el altar. De igual modo entró Cristo con su propia sangre al santuario celestial. Allí se presenta a sí mismo ante Dios con la totalidad de su vida de obediencia para interceder por nuestro bien.

La otra mitad de la sangre fue salpicada sobre el pueblo. Esto fue una revelación de la aplicación de la obra de Cristo al pueblo. Con esto se hacía expiación delante de Dios por los pecados del pueblo.

No podemos precisar claramente si los ancianos que representaban a Israel vieron una forma: simplemente leemos que vieron al Dios de Israel. Es posible que hayan visto una revelación en el sentido de una luz muy intensa, aunque no queda excluida la posibilidad de una revelación mediante una forma específica. En este caso, Dios bien pudo haberse revelado mediante una forma. Después de todo, él hizo al hombre a su propia imagen.

Sin embargo, toda vez que representamos a Dios con una forma particular, lo estamos reduciendo a nuestro nivel. Cuando Dios se revela a sí mismo en una forma particular, lo hace por su propia decisión. Debido

al peligro de la idolatría que acompaña esta clase de revelación, pocas veces leemos en las Escrituras acerca de ello. Ahora Dios nos es revelado en el Cristo.

Este capítulo trata de la visita de Jetro a Moisés y al pueblo, porque fue el consejo de Jetro lo que condujo a la organización del pueblo. Esta organización significaba que Israel se había convertido en una nación y que ya no era un clan patriarcal. Los israelitas entrarían al pacto con Dios como nación.

En Exodo 19:5 leemos que Israel sería la posesión de Dios sobre todos los pueblos. En este versículo Dios prosigue declarando: "Mía es toda la tierra". La palabra hebrea que se traduce como "mía" señala a una posesión muy valiosa. Es una palabra que se utilizaría al hablar de algo que debe ser guardado y apreciado. Entonces Dios, al adoptar a Israel, estaba adoptando a toda la tierra. Por eso en el versículo que sigue dice: "Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes".

Los israelitas eran una nación de sacerdotes y reyes. Aunque toda la tierra les era sujeta, ellos la gobernaban como sacerdotes, orando por la tierra y bendiciéndola. Los israelitas solo podían actuar de esa manera porque el Cristo vivía en medio de ellos. Israel era una nación santa en la que Dios se santificaba a sí mismo, engrandeciendo su nombre en tanto que redimía a su pueblo.

El pacto que se hizo allí con Israel fue una forma del pacto de gracia. Nótese que Dios también comenzó dándose a sí mismo, diciendo: "Yo soy el Señor tu Dios". Allí expuso sus demandas como el Dios que se da a sí mismo en amor.

No debemos separar la ley del hecho de que Dios se da a sí mismo. Sólo así puede la ley convencernos del pecado y despertar en nosotros una respuesta de amor. Al mismo tiempo, el espíritu de esclavitud en que vivía Israel en ese entonces fue expresado tanto en los diez mandamientos como en las ordenanzas que siguieron. Sin embargo, fue expresado con mayor claridad en los diez mandamientos. Casi todos ellos eran prohibiciones.

Se le prohibía el mal como si se tratase de niños desobedientes. En realidad en aquel tiempo el pueblo de Dios todavía era muy inmaduro. Cuando el pueblo llegó a ser adulto, siendo liberado en el tiempo del Nuevo Testamento, la ley fue escrita en sus corazones, y ya no tenían que vivir en el temor de las prohibiciones. En cambio, vivían por amor a los mandamientos.

El Angel del Señor de quien Dios habló en Exodo 23:20 y siguientes, era Dios mismo, el Hijo, la revelación de Jesucristo. El nombre de Dios estaba en él y no perdonaría las transgresiones. Sin embargo, en nuestros pensamientos no hemos de separar al Angel del Señor de la columna de nube y de fuego, puesto que en ella apareció. El hecho de que no perdonaría las transgresiones significa que no pasaría por alto los pecados sin causa justa. No sólo sería preciso expiar por ellos mediante sacrificios que señalaban al sacrificio de Cristo, sino que los pecados ya no podrían ser permitidos sin su correspondiente castigo, tal como sucedió antes del establecimiento del pacto en el monte Sinaí.

Desde el día del éxodo de Egipto, el Angel del Señor había guiado a su pueblo; pero ahora se le dijo que era la presencia de Dios que lo acompañaba. A través de sus ancianos el

pueblo había mirado la presencia de Dios, y ahora, además, esa presencia acompañante se selló mediante una promesa. Con esta demostración de gracia, Israel cargaba una responsabilidad mayor.

**Pensamiento clave:** *El Señor recibe a Israel como nación en su pacto.*

**Israel organizada como nación.** En Refidim, Moisés recibió una visita de su suegro Jetro, su esposa Séfora y sus dos hijos, Gersón y Eliezer. Evidentemente, al despedirse Moisés de su esposa, ellos habían acordado reencontrarse en Refidim.

Cuando Moisés oyó que su suegro se estaba acercando, salió a encontrarlo y se inclinó al suelo y lo besó. Moisés recibió a las visitas en su tienda y les relató lo que el Señor había hecho al faraón y los egipcios por amor a Israel, y también de la liberación que Israel estaba experimentando a lo largo del camino.

Impresionado por todo esto, Jetro alabó al Señor y confesó que el Señor era mayor que cualquier otro dios. También ofreció un holocausto y sacrificios. Luego se juntó con Moisés y Aarón y con todos los ancianos de Israel en un banquete sacrificial. Allí tuvieron comunión los unos con los otros en su fe en el Señor. De esta manera Jetro fue un símbolo de todos los paganos que vendrían para alabar al Señor y vivir con Israel en el pacto.

Al día siguiente Jetro vio la forma en que Moisés presidía sobre el pueblo, juzgando sobre disputas y dando a conocer los estatutos que el Señor le había dado para el pueblo. Pero Moisés no podía hacer todo el trabajo solo. Además, existía el peligro que el pueblo aplicara la ley por mano propia si sus problemas no recibían pronta solución. Jetro informó a Moisés de este peligro y le hizo ver que Israel ya no era una gran familia sino una nación, y que debía ser organizada como tal.

Siguiendo el consejo de Jetro, Moisés nombró a hombres capaces para ser jueces de grupos de mil personas, de cien, de cincuenta, y de diez. A Moisés sólo serían llevados los asuntos difíciles.

De esa manera el pueblo fue organizado como nación. Era con una Israel así con quien Dios establecería su pacto. Ahora había sido mejor definido el lugar de Moisés en medio del pueblo. Del mismo modo, el pueblo del Señor de hoy vive bajo su Rey Jesucristo y es guiado por él. Después de la organización de la nación Jetro se fue.

**Un Dios santo.** Desde Refidim los israelitas continuaron al desierto de Sinaí hasta los pies del monte Sinaí. Allí llegaron en el tercer mes después de salir de Egipto.

El Señor tenía el propósito de revelarse aquí al pueblo como nación y recibirlo en su pacto. Respondiendo al mandato del Señor, Moisés subió hasta cierto punto del monte. Dios le habló desde la cumbre y Moisés trasmitió sus palabras al pueblo. Ahora el Señor se había acercado mucho al dirigirse al pueblo, si bien todavía hablaba a través de Moisés como intermediario. Dios todavia nos habla de esta manera. Mediante el Señor Jesucristo nos ha dado su Palabra. Todavía nos habla a través de ella y así nos está muy cerca.

Obedeciendo el mandamiento del Señor, Moisés dijo a los ancianos del pueblo: "Ustedes saben como los he sacado de Egipto, y como los he llevado sobre alas de águilas y los he traído aquí junto a mí. Lo hice porque tenía un propósito especial para ustedes. Los he escogido para que sean mi posesión en un sentido muy especial. Toda la tierra y todas las naciones son mías. No quiero abandonarlos, sino que quiero seguir sosteniéndolos, y eso haré por medio de tenerles a ustedes muy cerca de mí. Entonces ustedes serán una nación de reyes y sacerdotes. Ustedes gobernarán sobre la tierra; nadie podrá hacerles frente. Como sacerdotes serán una bendición a todas las naciones, sosteniéndolas con sus oraciones. Por eso yo habitaré en medio de ustedes y me glorificaré a mí mismo en la liberación de ustedes. Porque yo soy grande en medio de ustedes, ustedes serán una nación santa. Esto es algo que deben aceptar por fe; deben obedecerme y guardar mi pacto".

Por cierto el Señor estaba dando un privilegio muy especial a Israel, pero no porque Israel fuese un pueblo especial. Sería un pueblo especial porque Dios lo elegió. Además, no poseía aquellos privilegios para beneficio propio, sino para el bien de toda la tierra.

Cuando Moisés hubo dicho estas palabras al pueblo, el pueblo respondió que haría lo que el Señor le había pedido. De esa manera demostró que querían entrar en el pacto con el Señor. Por cierto no sabía lo que estaban diciendo, porque, ¿quién puede vivir conforme a la intención y voluntad del Señor?

El Señor es un Dios santo. Hubo solamente uno que pudo vivir según Su voluntad, es decir, el Señor Jesucristo quien también desea infundir algo de su Espíritu en los corazones de su pueblo. Solamente con este Espíritu es posible vivir conforme a los mandamientos de Dios. En aquel momento el pueblo de Israel todavía creía que podía hacerlo solo,

pero esa convicción los hizo desobedecer una y otra vez. No obstante, al responder positivamente junto al Sinaí, el pueblo mostró algo del Espíritu del Cristo, quien en lugar de ellos, algún día diría el sí con su vida entera.

Entonces Moisés dijo al Señor lo que el pueblo había respondido. En consecuencia, el Señor quiso mostrarles quién era él en toda su santidad. Por eso el pueblo debía consagrarse, debía lavar sus ropas y debía confesar sus pecados. Además, el pueblo debía mantenerse a cierta distancia de la montaña.

Al tercer día el Señor descendió a la montaña. Hubo truenos, relámpagos, el sonido de una trompeta y una nube densa. Toda la gente del campamento tenía mucho miedo. Moisés llevó el pueblo al pie de la montaña, que en ese momento estaba envuelto en humo y temblaba terriblemente.

Cuando el sonido de la trompeta era sumamente fuerte, Moisés preguntó al Señor por su voluntad. El Señor respondió que Moisés debía subir la montaña. Esto era lo que el Señor había prometido a Moisés. Mediante este acontecimiento, el pueblo debía aceptar a Moisés como el mediador nombrado por Dios. De igual modo, Dios habló al Señor Jesucristo desde su gloria, diciendo a la gente que le prestasen atención de modo que creerían que él era el mediador enviado por Dios.

En la montaña Dios volvió a decirle a Moisés que el pueblo no debía tocar la montaña, ni siquiera los sacerdotes, esos hombres que habían sido llamados a ofrecer los sacrificios en favor del pueblo. Moisés recibió esta orden específica a fin de trasmitirla nuevamente al pueblo.

¡Cómo deben haber percibido la distancia entre Dios y ellos mismos! Dios quería adoptar a este pueblo como posesión especial. Sin embargo, Cristo todavía no había hecho expiación por sus pecados. El sacrificio de ellos sólo sería un símbolo del sacrificio de Cristo, y por ese motivo todavía había distancia entre Dios y el pueblo.

Hoy día el Señor está mucho más cerca de nosotros. Incluso quiere habitar en nuestros corazones mediante su Espíritu. Pero aun hoy sigue siendo el Dios santo que desea santificarnos.

**La ley del pacto.** Cuando Moisés hubo descendido de la montaña, Dios mismo habló al pueblo. Dios dijo: "Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de esclavitud". El Señor comenzó a darse a sí mismo a su pueblo como su Dios, eternamente fiel.

Puesto que Dios se dió a sí mismo a ellos, ellos debían darse en amor a él. Eso era lo que el Señor quería pedir al pueblo. Pero recién había comenzado el proceso: Israel, como nación, todavía era un niño inmaduro. Dios se dirigió a Israel como a un niño, hablando como si se tratase de niños desobedientes a quienes es necesario prohibir el mal. Dios dijo diez palabras, los diez mandamientos. La mayoría de ellos eran prohibiciones.

Dios dio aquellos mandamientos también para nosotros. Pero ahora prefiere escribir sus mandamientos en los corazones de su pueblo. Su pueblo ya no es como niños inmaduros. Ahora se trata de adultos que sirven al Señor por su propia voluntad.

Cuando el pueblo vio y oyó todas las señales que acompañaban la aparición de Dios y le oyeron decir las diez palabras, todos juntos se echaron atrás y se detuvieron a cierta distancia. Temían morir porque no podían soportar aquello. Pidieron que Dios les hablase a través de Moisés en vez de dirigirse directamente a ellos.

Moisés consoló al pueblo diciendo que no tuviesen temor, porque no morirían. Dios no los dejaría perecer. Solamente quería llenarlos de una profunda reverencia de modo que no quebrantarían su pacto.

¿Quién podía mantenerse delante de Dios? ¡Por cierto mereceremos ser derribados por la ira de Dios! Pero gracias al Señor Jesucristo, no tenemos por qué temer. Podemos tener comunión con Dios sin temor. En tanto que nos recordemos que él es el Dios santo, lo único que temeremos es el pecado.

Además de aquellas diez palabras, Dios dio a Israel algunos otros mandamientos. Estos fueron comunicados a Moisés cuando éste volvió a subir la montaña para estar con Dios. Había entre ellos mandamientos acerca de la adoración, mandamientos referidos a las relaciones mutuas de los israelitas y mandamientos referidos a las fiestas con las cuales adorarían al Señor. En todos estos asuntos debían demostrar que eran el pueblo del Señor, una nación santa.

**El ángel del Señor.** El Señor también les prometió enviar su Angel delante de ellos en forma de una columna de nube y de fuego. En él serían bendecidos y podrían conquistar a los pueblos que vivían en Canaán. El se ocuparía de que heredasen la tierra.

Sin embargo, mientras el Señor estaba hablando, les hizo saber que no se trataba de un ángel común, sino de Dios mismo, el eterno Hijo de

Dios que algún día se haría carne. Es decir, se trataba del Señor Jesucristo. Puesto que este Angel era Dios, ellos debían guardarse en su presencia y temer el pecado, porque su pecado no podría ser perdonado sin sacrificio. Y Dios no estaba dispuesto a pasar por alto sus pecados sin el merecido castigo. Las cosas serían diferentes que antes de llegar a la montaña donde habían sido aceptados en el pacto.

En el Señor Jesucristo hay una abundancia de gracia también para nosotros al ser guiados por él a lo largo de esta vida. Sin embargo, puesto que él es Dios santo, debemos vivir cuidadosamente.

**Estableciendo el pacto.** Moisés contó al pueblo todo lo que Dios había dicho. El pueblo volvió a declarar que haría todo cuanto el Señor le había pedido. Además Moisés escribió todas aquellas palabras del Señor en un libro.

Luego Moisés hizo un altar al pie de la montaña, y lo rodeó con doce piedras para simbolizar a las doce tribus de Israel. Hombres jóvenes que actuaban como sacerdotes de parte del pueblo mataron los animales dispuestos para el sacrificio. La sangre de aquellos animales fue juntada en tazones.

Moisés derramó la mitad de la sangre sobre el altar, porque era en el altar donde el Señor quería encontrar a Israel. Allí se encontraría con la sangre. Por su vida pecaminosa, Israel no podía existir en la presencia de Dios. Requería la expiación provista por otra vida. Sin embargo, las vidas de los animales sacrificiales no podían lograr esa expiación. La sangre de ellos solamente simbolizaba la sangre del Señor Jesucristo, quien con su vida perfecta haría segura la vida de su pueblo.

Sin la obediencia del Señor Jesucristo, demostrada tanto en su vida como en su muerte, no habría pacto. Gracias a esa sangre de Cristo, Dios estableció el pacto con su pueblo. Es un pacto que nos interesa también a nosotros, porque en Cristo el pacto también fue establecido con pueblos de otros tiempos y otros lugares.

Luego Moisés leyó en voz alta todas las palabras del libro del pacto que acababa de escribir. El pueblo volvió a prometer obediencia al Señor. Moisés tomó la otra mitad de la sangre y la salpicó sobre el pueblo. Era una señal de que Dios perdonaría al pueblo sus pecados por amor a la sangre de Cristo, puesto que por sí mismos no podrían obedecer. Moisés dijo: "Ved, ésta es la sangre del pacto que el Señor ha hecho con vosotros conforme a todas aquellas palabras".

Luego, obedeciendo el mandamiento del Señor, Moisés subió la montaña acompañado de Aarón, los dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel. Allí vieron al Dios de Israel. No sabemos con exactitud qué es lo que vieron, pero el piso bajo los pies de Dios parecía asfaltado con piedras de safiro, de un color azul oscuro resplandeciente. Era como si estuviese pisando el cielo azul. Aquello fue un cuadro sobrecogedor. ¡Maravilloso! No fueron consumidos por este Dios. Comieron y bebieron en perfecta paz y en comunión con él. Lo que Dios estaba dando a aquellos representantes del pueblo, en realidad lo estaba dando al pueblo entero.

Mediante la sangre de Cristo habría plena comunión entre él y su pueblo. ¡Cuán serenos y tranquilos podemos caminar con el Señor si también somos reconciliados por la sangre del pacto del Señor Jesucristo! Cuando en la cena el Señor dio la copa a sus discípulos, dijo: "Este es el nuevo pacto en mi sangre". En la Cena del Señor nosotros disfrutamos de la comunión con Dios en su pacto de una manera muy especial.

# 42: El mediador

*Exodo 32—34*

Con la restauración del pacto, después de ser quebrantado por Israel, el significado del mediador se vio con mayor claridad que cuando el pacto recién había sido establecido. Nótese la lucha que Moisés sostuvo con Dios por la restauración del pacto. Constantemente vemos en Moisés el Espíritu del Mediador Jesucristo.

Siguiendo el patrón de las Escrituras, deberíamos hablar de Moisés como el mediador del Antiguo Testamento. Sin embargo, en la historia de Israel y especialmente en esta parte de Exodo, aparece el Angel del pacto guiando a Israel en forma de una columna de nube. También él fue mediador. La función de la mediación se realiza mediante la unidad del Angel del pacto de Moisés. Posteriormente, esta combinación fue perfeccionada en el Cristo, cuando la Palabra se hizo carne, esto es cuando el Angel del pacto se hizo carne. Pero en la historia a la que ahora queremos dirigir nuestra atención, vemos a Moisés luchando por la comunión con este Angel. Por eso pide a Dios que no lo envíe de allí, a menos que su presencia, a través del Angel, esté con él. Sin la dirección de Dios, Moisés no sabría qué camino seguir.

Además, Moisés pidió permiso para ver la gloria del Señor. Para ser un mediador perfecto, tendría que ver esa gloria. La eterna unión de Dios con él y con su pueblo sería garantizada por el hecho de que Moisés viese aquella gloria y tuviese comunión con Dios. Sin embargo, a ningún hombre le es permitido ver esa gloria mientras esté en su cuerpo mortal. Sin embargo, este privilegio fue concedido al Cristo. A Moisés solamente se le permitió ver las espaldas de Dios y oír la proclamación del nombre del Señor. Lo máximo que un hombre pecador como Moisés puede alcanzar es la comunión con Dios mediante la fe en su palabra. En su función de mediador, Moisés clamaba por la mediación perfecta de Cristo.

Moisés pidió ser borrado del libro de Dios si Dios no perdonara los pecados de su pueblo. Esta petición era conforme con su posición de mediador, porque en ella Moisés también era la cabeza del pueblo y por lo tanto

compartía su culpa. Moisés dijo estas palabras al Señor sabiendo que no podría conceder ese pedido. De modo que Dios tampoco podía rechazar al pueblo por causa de sus pecados.

No debemos decir a los niños que Moisés pecó al quebrar las tablas de piedra que contenían los mandamientos. El pueblo había quebrantado el pacto. Al quebrar las tablas de piedra (el libro del pacto), Moisés estaba demostrando lo que el pueblo merecía, es decir, que también Dios quebrantase el pacto. Dios no volvió a proveer tablas de piedra, pero Moisés, por cuya mediación fue restaurado el pacto, se ocupó de que nuevas tablas de piedra fuesen provistas. En la segunda ocasión Dios se limitó a escribir con su propio dedo sobre esas tablas.

**Pensamiento clave:** *El mediador es revelado cuando el pacto es restaurado.*

**Quebrantando el pacto.** Moisés permaneció durante cuarenta días con Dios en la montaña, recibiendo todos los mandamientos que Dios quería utilizar para reglamentar el estilo de vida de Israel en el pacto. Debido a la ausencia tan prolongada, el pueblo renegó del Señor y de Moisés como su mediador y cabeza. Ellos habían aprendido acerca de la presencia de Dios a través de lo que Moisés había dicho y hecho. Pero ahora que habían perdido a Moisés, también habían perdido al Señor.

Querían que el Señor se les apareciera en forma visible. Creían que esto les ayudaría a creer nuevamente en la presencia de Dios. Por eso pidieron a Aarón que les hiciera una imagen de Dios. Sin duda querían que este hombre que se ocuparía de proveerles una imagen satisfactoria de Dios, se convirtiese en un nuevo líder.

¡Qué inmenso pecado cometieron al hacer una imagen de Dios! Era precisamente lo que Dios les había prohibido en su palabra. Al hacer esa imagen, dieron al Señor la forma que ellos querían, reduciendo a Dios a nivel de ellos.

Aarón percibía que estaba obrando mal, pero temía que la gente rechazara totalmente su liderazgo si se rehusaba. En consecuencia, los puso a prueba diciendo que si eso era lo que querían, tendrían que darle todo el oro que estaban usando. Aarón esperaba que ni los hombres ni las mujeres estarían dispuestos a hacer ese sacrificio.

¡Qué desilusión para Aarón! Si se trata de satisfacer los propios deseos y anhelos, el pueblo está dispuesto a hacer grandes sacrificios. Pronto los israelitas trajeron lo que Aarón les había pedido, y ahora él

debía hacer su parte. Recordando una forma que había visto en Egipto, hizo construir de madera un becerro que luego fue recubierto con láminas de oro. Habiéndolo terminado, los artesanos dijeron al pueblo: "Este es vuestro Dios, oh Israel, que os sacó de Egipto". ¡Qué abominación! Aarón puso el sello final sobre su propio pecado construyendo un altar delante del becerro y declarando que el día siguiente sería día de fiesta. Ahora el pueblo podría adorar al Señor en ese becerro de oro.

Desde el cielo Dios miró aquella fiesta. Luego se lo contó a Moisés, que estaba con él en la montaña, y le dijo que con ello el pacto había sido quebrantado. "Déjame solo", dijo Dios "así puedo destruir este pueblo, y levantar de ti un pueblo nuevo". ¿No es curioso que el Señor pidiese a Moisés permiso para hacer esto? Pero debemos recordar que Moisés había sido puesto por mediador y cabeza de aquel pueblo. En consecuencia, Dios no quería actuar sin él.

Esta proposición perturbó profundamente a Moisés debido a que él era todo un mediador. Moisés se había dado totalmente a este pueblo y quería interceder por él. Aquí vemos en él el Espíritu del Mediador Jesucristo, quien fue fiel a su pueblo hasta la muerte.

Moisés luchó en favor del pueblo, señalando al Señor tres verdades. ¿No habrían sido en vano todas las grandes obras que había hecho por su pueblo? ¿Acaso no se burlarían los egipcios diciendo que había sacado a su pueblo de la tierra sólo para destruirlo en el desierto? ¿Y acaso no recordaba la palabra que había jurado a sus siervos Abraham, Isaac e Israel?

Entonces el Señor apartó su ira del pueblo. En la intercesión de Moisés veía algo del Espíritu de su querido Hijo, quien intercedería y moriría por su pueblo. Por eso quiso recordar a su pueblo en gracia y prestar atención a la plegaria de Moisés. Pero no se lo dijo enseguida. Hizo que éste regresara al pueblo pensando que la ira de Dios aún seguía totalmente encendida contra ellos.

**Juicio y comienzo de la restauración.** Cuando Moisés descendió donde estaba Josué, quien le esperaba a cierta altura de la montaña, pudo oír que la gente gritaba como si estuviese de fiesta. Habiendo llegado al pie de la montaña, Moisés vio el becerro de oro. En su enojo arrojó al suelo las tablas de piedra sobre las cuales Dios había escrito la ley de los diez mandamientos. Las tablas que Dios mismo había dado a Moisés fueron hechas pedazos. Puesto que el pueblo había quebrantado

el pacto, Moisés rompió este libro del pacto. El pueblo merecía ser rechazado eternamente por Dios.

Entonces Moisés empezó a arreglar las cosas. Quemó la imagen, molió las cenizas y el oro hasta convertirlos en polvo, y arrojó el polvo al agua potable; luego ordenó que el pueblo la bebiese. De esta manera bebieron su propia maldición.

Moisés estalló en ira contra Aarón. No creyó que la excusa de éste fuese digna de una respuesta, pues Aarón había dicho que había sido nada más que instrumento sin fuerza en manos del pueblo. Moisés vio que el pueblo se había vuelto incontrolable desde el momento en que Aarón había perdido las riendas del gobierno. ¿Cómo podría enfrentar el pueblo ahora a sus enemigos?

La maldición que habían bebido tendría sus consecuencias. Moisés se paró a la entrada del campamento y gritó: "¿quién está del lado del Señor? Júntese conmigo". En respuesta, salieron todos los hijos de Leví, hombres de su propia tribu. El resto del pueblo todavía vacilaba en confesar su culpa. Nunca somos prontos para desasociarnos de nuestras intenciones pecaminosas.

Moisés ordenó que los levitas tomasen sus espadas y recorriesen el campamento matando a todo aquel que encontrasen, incluso a los miembros de sus propias familias. El Espíritu del Señor se apoderó de los levitas para que pudieran ejecutar la orden, y el mismo Espíritu llenó de terror al pueblo, de modo que no pudieron resistirles. Aquel día perecieron aproximadamente tres mil personas.

Antes que fuese posible una restauración, debía demostrarse que todavía habían algunas personas fieles. Sin esa fidelidad, la intercesión habría sido imposible. El pueblo estaba siendo juzgado como nación, porque como nación merecía la muerte. Los tres mil cayeron por los demás.

Ahora Moisés estaba en condiciones de presentarse nuevamente ante el Señor y ofrecerle al día siguiente su oración intecesora. Moisés confesó el pecado del pueblo, pero añadió: "Si no quieres perdonar el pecado del pueblo, bórrame del libro de la vida. Como cabeza del pueblo, yo comparto su culpa". Moisés sabía que Dios no podía hacer esto. Por amor a Cristo Dios sería fiel a su palabra y al oficio que había encomendado a Moisés.

En realidad, el Señor respondió, diciendo: "No te voy a rechazar, ni voy a rechazar al pueblo como un todo, pero sí voy a borrar a todo aquel que peca contra mí. Vuelve ahora y guia al pueblo. Yo enviaré mi

Angel delante de ti y más adelante, castigaré el pecado del pueblo".

El Señor dijo que su Angel iría delante del pueblo, pero no dijo quien sería ese Angel. Es decir, no aclaró si el ángel sería él mismo, es decir, el Hijo de Dios. Dios no dijo que su propia presencia iría nuevamente delante de Israel.

Al contrario, si bien había prometido llevar al pueblo a la tierra de Canaán mediante dicho Angel, también dijo que él mismo no estaría entre ellos. Si él mismo estuviese en medio del pueblo, el pueblo sería destruido. De esta manera quedó claro que el pecado todavía no había sido perdonado.

**La lucha del mediador.** Cuando el pueblo supo lo que el Señor había dicho, se sintió profundamente apenado y en señal de su arrepentimiento se quitaron todas sus joyas.

El Señor quería seguir encontrándose con Moisés, pero no podía hacerlo en el campamento, porque este seguía en pecado. Por eso, Moisés levantó una tienda fuera del campamento y allí le aparecía el Señor. Entonces el pueblo percibió que se había alienado de Dios.

Esta tienda fue llamada el tabernáculo de reunión. Cada vez que Moisés salía a esta tienda, los israelitas lo observaban desde sus propias tiendas. Luego el Señor descendería sobre la tienda en la columna de nube, y todo el pueblo se inclinaría en adoración.

¡Qué maravilloso debe haber sido para Moisés permanecer en esa tienda! Allí gozaba de la presencia de Dios como nunca antes. Allí el Señor hablaba con él como se habla con un amigo. Al dejar Moisés la tienda, Josué permanecía allí de guarda. Durante este tiempo, solamente Moisés gozaba de la gloria de esta comunión con Dios. El Señor Jesucristo desea ofrecer esta íntima comunión a su pueblo. Una vez que nuestros pecados han sido expiados y perdonados, Dios otra vez desea tener con nosotros la comunión que existe entre amigos.

Moisés usaba esta preciosa comunión para ser un mediador a favor de su pueblo. Si la presencia de Dios no lo acompañaba en la persona del Angel, Moisés no podría dirigir al pueblo. Solo hallaría el camino a la luz de toda la gracia de Dios sobre el pueblo. Y el pueblo, también, solamente podría andar si esa luz resplandecía en su camino.

En respuesta a la oración intercesora de Moisés, Dios prometió restaurar completamente su pacto y su gracia. En realidad, Moisés había dicho: "Haz que parezca que yo como mediador comparta tu favor, y

que tu guardes tu promesa conmigo".

Consciente de la comunión restaurada, Moisés sentía la necesidad de conocer aun más íntimamente al Señor. ¿Cómo podría guiar al pueblo si el Señor no le permitía ver su propia gloria? Por tanto oró: "Muéstrame, te ruego, tu gloria".

Con esta petición Moisés se excedió. La plenitud de esa gloria solamente sería accesible para el Mediador Cristo, pero en esta vida pecaminosa nadie podía verla. El mediador vería esa gloria, pero Moisés era sólo una sombra del verdadero Mediador.

Dios sí prometió que proclamaría su nombre delante de Moisés. Pero junto con la promesa también subrayó el hecho que estaba haciéndolo de pura gracia. Solamente el Cristo tendría derecho a esta gloriosa revelación. Además, Dios prometió que Moisés tendría un breve vislumbre de su gloria cuando, escondido en una cueva, lo viese pasar.

Ciertamente Moisés era un mediador maravilloso para Israel, pero el verdadero mediador lo supera en mucho. Ahora nuestro mediador es Cristo, y en el cielo contempla el rostro de Dios. ¿Acaso hay algo que él no pueda hacer por nosotros?

**Una promesa y unas demandas.** Siguiendo el mandamiento del Señor, al día siguiente Moisés subió la montaña con dos tablas de piedra que Dios le había ordenado cortar para reemplazar las tablas rotas. Allí el Señor proclamó su nombre delante de Moisés, subrayando su misericordia y su gracia, y afirmando que perdonaría el pecado. Al mismo tiempo también castigaría los pecados de aquellos que le habían abandonado, hasta la tercera y cuarta generación. Luego Moisés vio algo de la gloria de Dios. Después oró por el pueblo.

En respuesta, el Señor prometió que el pacto había sido restaurado y que daría señales que llenarían a las naciones de terror. Al mismo tiempo, el Señor requería que Israel fuese una nación santa que no se aliase con los habitantes de Canaán o su idolatría. El pueblo debía servir al Señor conforme él lo había ordenado. Debían guardar los grandes días de fiesta, dedicarle a él los primogénitos de sus rebaños e hijos, y observar el día de reposo.

El Señor quiere darse a sí mismo y la plenitud de su bendición a nosotros en el pacto. Pero también demanda que nosotros nos demos a él. Las demandas específicas que hace de nosotros se encuentran en la ley del Señor. Por eso el Señor volvió a escribir una vez más con su propio dedo esta ley sobre las tablas de piedra.

Al descender Moisés de la montaña, su rostro resplandecía tanto que los israelitas no podían mirarle. Moisés tuvo que cubrirse el rostro. ¡Qué mediador maravilloso habían recibido de Dios! No obstante, fue inferior a nuestro Mediador, quien no se cubre el rostro ante nosotros ni nos mantiene a cierta distancia, sino que anhela concedernos la misma gloria que él mismo posee.

# 43: La morada de Dios

*Exodo 25—31, 35—40*

No sería prudente tratar la construcción del tabernáculo con todos sus detalles, principalmente porque nuestro mayor interés está en la revelación de Dios en Cristo. Por eso no deberíamos entrar al significado simbólico de todos los detalles, aunque las facetas principales de la construcción del tabernáculo deben ser explicadas claramente una por una.

Debemos partir de la situación original, una situación que algún día será restaurada. Una vez toda la tierra era la morada de Dios, y algún día volverá a serlo. Con el derramamiento del Espíritu Santo, Dios comenzó a morar otra vez entre los hombres. Esto sucedió en la persona de Cristo. A través de él, Dios mora ahora en aquellos que son suyos sobre toda la tierra. En principio, el derramamiento del Espíritu Santo es la santificación de toda la creación, aunque sea solamente temporal.

Antes que Cristo hubiese expiado por el pecado, no podía ser restaurado el santuario en la tierra. Por eso Dios dio a su pueblo, en forma provisoria, un símbolo profético de dicha restauración, es decir, el tabernáculo. Puesto que la morada de Dios entre los hombres fue posible mediante el Cristo, todo el tabernáculo es un preanuncio de él. En él se cumple su significado.

Cuando Moisés estaba en la montaña, vio un modelo del tabernáculo y lo construyó conforme a lo que había visto. De acuerdo a la carta a los hebreos, el tabernáculo era una imagen de cosas celestiales. En el cielo la morada de Dios en medio de sus criaturas es perfecta. Y algún día, cuando el cielo y tierra hayan sido unidos, esa morada también será perfecta en la tierra. Pero debemos recordar que en el cielo hay acceso libre a Dios, mientras que en el tabernáculo este acceso era impedido. En el tabernáculo se le enseñó a Israel cómo Dios estaba separado de los hombres.

Así que el tabernáculo refleja la situación en el cielo, donde Dios habita entre los suyos. Además, el sacrificio y la misión del sumo sacerdote con la sangre en el lugar santísimo eran profecías del sacrificio de Cristo y de su entrada al santuario celestial.

Es preciso subrayar que un israelita sólo podía entender estas cosas por medio de la fe. De otra manera, toda esta estructura le resultaría una piedra de tropiezo, un motivo para confiar en la carne. En realidad, es precisamente lo que ocurrió con muchas personas en Israel.

**Pensamiento clave:** *El tabernáculo simboliza la morada renovada de Dios entre los hombres y en el mundo a través del Cristo.*

**La ofrenda voluntaria.** Al crear Dios al hombre y al mundo santos, su anhelo era morar en el corazón del hombre. El mundo entero le era como su casa. El mundo entero era la casa de Dios, es decir, su templo (a la casa de Dios la llamamos templo). Como resultado del pecado, nuestros corazones y el mundo han perdido su santidad y hemos expulsado al Señor fuera de la tierra. El Señor no halló descanso en ningún sitio. No había lugar donde pudiese habitar.

Sin embargo, había resuelto hacer la tierra su templo otra vez. ¿Pero en quién habitaría? En primer lugar habitaría en el Señor Jesucristo, puesto que su corazón era un templo. A través de él y mediante la expiación que Cristo hizo por los pecados de los hombres, Dios también podía convertir el corazón de los hombres en templos. Mediante su poder, Dios podía hacer las vidas de los creyentes tan santas que esos creyentes le servirían con todo lo que hubiese en la tierra. El propósito de Dios era hacer que una vez más toda la vida y el mundo entero fuesen su templo.

Desafortunadamente, hasta hoy esto sólo es posible en principio, puesto que el pecado sigue siendo una realidad que debe tenerse en cuenta. Cuando vuelva Cristo, él purificará toda la creación del pecado y de sus consecuencias. Entonces toda la creación volvera a ser un templo de Dios.

En principio, esto ocurrió a través del Señor Jesucristo y el derramamiento del Espíritu. Israel todavía debía aprender acerca de la venida del Cristo. Por eso Dios todavía no podía enviar su Espíritu para habitar en Israel. De todos modos, Dios quería dar a Israel una señal de lo que vendría. Quería mostrarles por medio de un cuadro las cosas tal como serían a través de Cristo. Por medio de este cuadro deseaba conceder a Israel gran parte de su presencia misericordiosa.

Una casa debía ser construida, o mejor dicho, una tienda especial. Esta tienda se utilizaría mientras los israelitas viajarían a través del de-

sierto. En ella habitaría el Señor y lo utilizaría como un ejemplo. Esta tienda especial, o tabernáculo, sería una profecía de cómo Dios anhelaba habitar en todo el mundo en Cristo. De esta manera el tabernáculo era un tipo del Cristo y del mundo entero en la completa santificación que algún día experimentaría.

Por eso el tabernáculo debía ser construido siguiendo exactamente las especificaciones del Señor. Dios dio instrucciones precisas a Moisés para su construcción. Ustedes recordarán que Moisés había estado con Dios cuarenta días en la montaña mientras que en el valle abajo, Israel estaba haciendo el becerro de oro. Después de aquel acontecimiento, pasó otros cuarenta días en la montaña con el Señor. Dios le dio instrucciones detalladas para la construcción del tabernáculo y también le mostró un modelo del mismo. Sin estas direcciones Moisés no podría haber construido el tabernáculo.

Cuando Moisés hubo recibido todas estas instrucciones, siguió el mandamiento del Señor de reunir a todos los israelitas y pidió ofrendas voluntarias de oro, plata, cobre, lino fino, púrpura, carmesí, pieles de animales, maderas halladas en el desierto, aceite, especias, y piedras preciosas. También pidió que toda persona capaz, hombre o mujer, donase algo de trabajo en la construcción del tabernáculo. Bezaleel y Aholiab, dos hombres que habían recibido talentos especiales de Dios en la artesanía, fueron nombrados para rendir un servicio especial.

Mediante sus ofrendas, el pueblo demostraría su deseo de tener a Dios habitando en medio de ellos y su anhelo por la comunión aun más maravillosa e íntima que Dios les concedería cuando viniera el prometido Redentor. La gente trajo sus ofrendas voluntariamente, movida por el Espíritu del Señor. A través de sus ofrendas querían decir que habían terminado con el pecado que acababan de cometer. Al Señor le agradó habitar en medio de ellos, no en forma de un becerro de oro, sino en el tabernáculo. Así que todo el pueblo participó de la obra.

**El lugar santísimo.** La tienda fue hecha de marcos de madera, enchapados de oro. Los marcos fueron cubiertos con cuatro telas: la del fondo, visible adentro del tabernáculo, era de lino fino y llevaba hermosos bordados. Era rectangular, treinta codos de largo,* diez codos de an-

*Cada codo era de aproximadamente 18 pulgadas o 45 centímetros.

cho, y diez de alto (o aproximadamente 14 metros de largo, 4,50 metros de ancho y 4,50 metros de alto). Mediante esta forma el tabernáculo representaba a toda la tierra en la que el Señor algún día habitaría.

La tienda fue dividida en dos partes, con una cortina que separaba la parte delantera de la parte de atrás. La parte de atrás era de diez codos de largo, y así formaba un cubo. Con sus medidas perfectas hablaba de la perfección de la habitación de Dios. Esa es la perfección que debe haber en nuestros corazones y en todo el mundo.

El arca, una especie de cofre de madera cubierto de oro, con una tapa de oro puro, era guardado en ese sitio. Sobre la tapa del arca había dos figuras de ángeles, una en cada extremo, con sus rostros hacia adelante de manera que las puntas de sus alas se tocaban. Este arca con su tapa de oro sólido representaba el trono de Dios, la habitación de Dios en medio de Israel.

Si un animal era sacrificado como expiación por los pecados del pueblo, su sangre debía ser salpicada sobre esta tapa de oro. El animal era sacrificado por los pecados del pueblo, y la sangre así santificada ahora estaría en la presencia de Dios. Dicha sangre santificada expiaría por los pecados del pueblo ante la presencia de Dios. Por eso aquella tapa era bien denominada, el propiciatorio. Quizá sería mejor llamarla la tapa de expiación, porque expiar contiene la idea de cubrir.

Por supuesto, la sangre del animal no podía expiar por los pecados de los hombres. Eso sólo pudo hacerlo la sangre del Señor Jesucristo y su vida dada voluntariamente en nuestro beneficio. Aquella sangre del animal no era sino una señal de la sangre de Jesucristo, de su vida y obediencia voluntaria, que El ofreció a Dios en lugar nuestro. Cuando Cristo ascendió al cielo con la vida santa, que había ofrecido en nuestro lugar, se presentó ante el trono de Dios. Esto era simbolizado por la sangre salpicada sobre el trono de Dios en el lugar santísimo.

¡Aquella morada de Dios en medio de su pueblo era realmente maravillosa! Sin embargo, todavía vivía oculto detrás de la cortina que separaba al lugar santísimo de la parte delantera del tabernáculo. A nadie le era permitido entrar en ese sitio ni mirar adentro, sino al sumo sacerdote, cuando, una vez al año, salpicaba la sangre en ocasión del gran Día de Expiación. ¡Cuán lejos seguía estando el Señor del pueblo y el pueblo de él! El Señor Jesucristo todavía no había derramado su sangre

ni expiado por el pecado. Ahora que su sacrificio ya pertenece a la historia, todos los creyentes tienen libre acceso a la presencia de Dios a través de él y pueden disfrutar la más íntima comunión con el Señor. Al orar, estamos en la presencia inmediata de Dios. Mediante su Espíritu se place en habitar en nosotros.

**El lugar santo.** El resto del tabernáculo era el lugar santo. Aun en ese lugar la gente no podía entrar, si bien a los sacerdotes les era permitido entrar. Los sacerdotes, encabezados por el sumo sacerdote, representaban al pueblo. De esa manera eran mediadores entre Dios y el pueblo. Los sacerdotes debían estar todos los días en el lugar santo, porque era allí donde ofrecían inciensos sobre el altar cubierto de oro. Esto se hacía cada mañana y cada noche. El incienso que subía al Señor simbolizaba las oraciones de los sacerdotes en favor del pueblo. Conforme a ello, el sacerdote oraba con el sacrificio. Por el hecho de haber estado con Dios y haber pedido a Dios la bendición sobre el pueblo, el sacerdote podía bendecir al pueblo que lo esperaba al salir del tabernáculo.

De igual modo, el Señor Jesucristo es nuestro intercesor en el cielo. Diariamente ora por nosotros ante la presencia de Dios. Por eso puede bendecirnos desde el cielo.

En el lugar santo también se hallaba la mesa con el pan de la proposición. Sobre la mesa había pan y vino. Este pan y vino provenían de la cosecha del pueblo, pero era como si el Señor mismo estuviese ofreciendo pan y vino al pueblo. Después de todo, ese pan y vino no era fruto del trabajo de los hombres, sino un regalo del Señor. Era Dios quien sustentaba la vida de Israel. También sostenía al pueblo para vida eterna. Su gracia nos fortalece más que comida escogida.

Este lugar santo también contenía el candelero de oro con sus siete brazos, en los que todas las noches se quemaba aceite. El pueblo de Dios debía ser una luz para el mundo así como aquella lámpara iluminaba el santuario. Aquello sólo era posible porque así lo había hecho el Señor. El aceite en la lámpara testificaba de la obra del Señor, porque el aceite era un símbolo de los dones del Espíritu Santo (es decir, fe, esperanza y amor), mediante los cuales llegamos a ser una luz en medio del mundo.

¡Cuán glorioso era el propósito de Dios para con Israel! No obstante, este lugar santo permaneció cerrado para el pueblo. ¡Qué gran distancia había todavía entre Dios y el pueblo! El pueblo no podía mirar ni por

un instante aquel resplandeciente oro y ese maravilloso servicio; no tenía oportunidad de ver la majestad de Dios y su gloria allí. Actualmente nosotros estamos mucho más cerca, porque en el Cristo tenemos el privilegio de contemplar, en el Espíritu, la gloria de Dios.

**El patio exterior.** Alrededor del tabernáculo había un amplio patio delimitado por pesadas cortinas. A este lugar la gente sí podía llegar. En realidad, era mucho lo que podían ver cuando miraban con los ojos de la fe.

En este patio exterior estaba la fuente de bronce en la que los sacerdotes tenían que lavarse cuando estaban listos para comenzar el santo servicio. Ni aun los sacerdotes, que habían sido separados del pueblo para este servicio, eran santos; eran impuros por causa del pecado. Debían demostrarlo una y otra vez por medio del ritual del lavamiento.

Aquí también estaba el altar de bronce para la ofrenda quemada en que se ofrecían los sacrificios. Este era lo más maravilloso que los israelitas podían ver en el patio exterior. Aunque Dios vivía detrás del velo, los israelitas podían ver un poco de su presencia al acercarse a este altar de la ofrenda quemada, porque aquí los sacrificios eran llevados a la presencia de Dios. Desde aquí Dios se revelaría a su pueblo.

A veces un animal sacrificado debía ser totalmente consumido por el fuego sobre el altar. Tal sacrificio se llamaba ofrenda quemada. Con él se ofrecían alimentos y bebida. Cuando un israelita observaba este servicio en fe, veía que, como el sacrificio en su totalidad ascendía en llamas a la presencia del Señor, la vida de su pueblo y su propia vida eran totalmente consagrados al Señor.

De este modo el sacrificio señalaba la consagración de toda la vida. Sin embargo, hablando estrictamente, nadie está capacitado a dedicar su vida totalmente al Señor porque se trata de una vida pecaminosa. La única excepción fue el Cristo, quien ejerció este privilegio, y hasta la muerte. Mediante su Espíritu también quiere enseñarnos a ofrecer nuestras vidas a Dios como una ofrenda quemada.

A veces solamente se consumía una porción del animal sacrificado en el fuego. El resto era consumido por los sacerdotes. Esto sucedía en el caso de las ofrendas por el pecado y los sacrificios de paz, que eran traídos para expiar por el pecado del pueblo. En este caso el israelita debía entender, mediante la fe, que la sangre del animal era derramada en su lugar, porque él mismo merecía muerte eterna. De esta manera, la

sangre del animal señalaba la sangre del Redentor que un día sería derramada por el pecador.

En otras ocasiones era principalmente la grasa del animal lo que se quemaba. Luego la persona que había ofrecido el animal comería el resto en un banquete sacrificial que se celebraba en el patio. De la comida participarían los demás miembros de su familia. Era como si comiesen en la misma presencia de Dios, como si Dios mismo se sentara como huésped a la mesa. ¡Qué maravillosa comunión gozaban entonces con el Señor! Esa clase de sacrificio se llamaba ofrenda de acción de gracias.

Antes de ser sacrificado el animal, el dueño pondría las manos sobre la cabeza del animal a modo de indicar que el animal lo estaba suplantando. ¡Qué ilustración maravillosa de lo que el Señor Jesucristo hizo por nosotros! Podemos poner nuestras manos en él y decir: "El tomó nuestro lugar en el juicio de Dios".

**La presencia de Dios en su morada.** De esta manera el tabernáculo y todos los servicios que allí se realizaban señalaban lo que Dios quería ser para su pueblo mediante el Señor Jesucristo. Era una forma de decir al pueblo cómo Dios quería habitar entre ellos. Sin embargo, Dios todavía no había descendido al tabernáculo y no lo había llenado con su gloria.

En el primer día del primer mes del año, exactamente un año después del éxodo de Egipto, Moisés levantó el tabernáculo. Cuando todas las cosas estaban en su lugar, la nube lo cubrió. La gloria del Señor lo llenó de tal manera que Moisés no pudo entrar a él. Ahora el tabernáculo llegó a ser la tienda de reunión donde el Señor encontraba a su pueblo a través del mediador.

¡En qué forma maravillosa vivía entonces el Señor en medio de su pueblo! Sin embargo, ¡qué distancia había todavía entre ambos! Es aun más maravilloso en nuestro día ya que el Cristo ha expiado por los pecados de su pueblo y ha superado esa distancia. En su nombre todos nosotros podemos acercarnos a Dios, y Dios no nos rechazará. Dios no solamente quiere habitar entre nosotros sino dentro de nosotros por medio de su Espíritu Santo. De esta manera nuestro corazón y toda nuestra vida se convierten en la habitación de Dios.

Mediante la nube Dios también indicaba a Israel cuándo debía continuar su viaje. Cuando la nube se levantaba del tabernáculo, el pueblo

proseguía su viaje. Pero mientras la nube seguía posada sobre él, el pueblo seguía en el sitio donde se hallaba. De esta manera Dios mismo señalaba el ritmo de la marcha.

# 44: Consagrados a Dios

*Levítico 8—10:7*

No es completamente claro cuál haya sido el pecado de Nadab y Abiú. La Escritura dice que trajeron fuego extraño al altar. ¿Habrán tomado fuego del altar de la ofrenda quemada para realizar la ofrenda de incienso? O ¿habrán ofrecido incienso en algún momento no ordenado por el Señor? No tenemos forma de saberlo con certeza. Cualquiera fuese el caso, hubo una mala intención en lo que hicieron. Probablemente fueron arrastrados por el entusiasmo del pueblo, cuando el Señor consumía la ofrenda y luego decidieron consagrar el regocijo y el gozo del pueblo después del sacrificio, usando el incienso en forma espontánea y en un ritual que ellos mismos idearon. No importa cuán buena haya sido la intención de su parte, ella representaba una decisión humana, y esto es algo que el Señor no puede tolerar en sus sacerdotes.

El silencio de Aarón después de la muerte de sus dos hijos nos demuestra su completa consternación. Probablemente también habrá preguntado en su corazón: "¿quién podrá entonces ser sacerdote?" Esto acrecentaba aun más el significado de la unción ante sus ojos, puesto que el aceite de la unción era un símbolo del Espíritu Santo. Sólo a través del Espíritu Santo puede una persona servir como sacerdote. Mediante el Espíritu, el Cristo se ofreció a sí mismo en sacrificio sin mancha, a Dios. Sólo cuando participamos en su unción podemos ofrecer nuestras propias vidas en sacrificio.

Moisés prohibió que Aarón y sus hijos llorasen abiertamente. El desaliento del pueblo ante esta calamidad podría transformarse en murmuración contra Dios. Por eso el sacerdote no debía participar del lamento del pueblo, a fin de santificarlo aun en esta aflicción. Hubo solamente una persona que pudo participar totalmente en las aflicciones del pueblo y al mismo tiempo seguir sirviendo en completa santidad al Señor.

**Pensamiento clave:** *Todo el servicio sacerdotal es consagrado al Señor por medio de la unción.*

**La consagración de los sacerdotes y del santuario.** Cuando se hubo terminado la santa habitación de Dios, y cuando el Señor la hubo llenado con su gloria, había que iniciar el servicio sacerdotal. El propósito original para la humanidad era que ésta fuese un sacerdocio real que en la totalidad de su vida reverenciase al Señor. Pero por causa del pecado hemos perdido este privilegio. Por eso el pueblo necesitaba un sacerdocio especial que mediara entre Dios y él mismo, reconciliando al pueblo con Dios y restaurándolo para el servicio de Dios.

El Señor escogió la tribu de Leví para este servicio sacerdotal, encomendando a esta tribu el servicio en el santuario. Aarón sería el sumo sacerdote, y después de él su hijo mayor; luego el hijo de su hijo, y así sucesivamente. Todos los hijos de Aarón, es decir toda su descendencia, serían sacerdotes. Dios no había escogido a Aarón y su descendencia y toda la tribu de Levi porque fuesen mejores que el resto del pueblo. No eran más dignos en la presencia del Señor que los demás. Hubo solamente una persona que era santa, que podía servir adecuadamente como sacerdote de su pueblo, es decir, el Señor Jesucristo. Era él quien los hizo dignos de su oficio y los capacitó para ello.

En el día designado por el Señor, Moisés llamó al pueblo al patio exterior. Aarón y sus cuatro hijos se paraban frente al santuario. Allí los lavó con agua de la fuente. Luego vistió a Aarón de la túnica sacerdotal y con un cinto. Encima de la túnica Aarón llevaba un manto azul y encima de todo el efod con su cinto hermosamente tejido. Sobre su pecho colgaba el pectoral (con el Urim y el Tumim).*

Aarón se presentaba al pueblo en todo su esplendor. Del manto azul colgaban las granadas y campanillas (véase Exodo 39:24-26) Aarón era un símbolo de la palabra de Dios que resuena desde el cielo. En las hombreras y el pectoral llevaba piedras preciosas que tenían grabados los nombres de las doce tribus de Israel. Aarón llevaría éstos a la presencia de Dios al presentarse ante él en el santuario. En su cabeza llevaba el turbante o la mitra sacerdotal y en su frente una placa dorada de la santa corona con la inscripción "Santidad a Jehová".

---

*Posiblemente el Urim y el Tumim hayan sido dos piedras preciosas sujetas al pectoral, pudiendo ser utilizadas a modo de suertes para descubrir la respuesta de Dios respecto de asuntos importantes para Israel. Es algo que todavía no ha sido totalmente aclarado.

Por sí mismo Aarón era indigno de ser sacerdote, y por eso necesitaba de todos estos arreglos. Sólo vestido así llegaba a ser santo y maravilloso al Señor. El Cristo no tuvo necesidad de esta clase de ropas. Se vistió de su propia justicia y santidad. Llevaba los nombres de los que le pertenecen, no en su hombro o pecho, sino en su corazón.

Después de esto, Moisés tomó el aceite de la unción y ungió la morada de Dios y cuanto había en ella. Nada de esta tierra era adecuado para el uso en el servicio del Señor. Todo había sido profanado por el pecado. Por eso se utilizaba el aceite de la unción para consagrar aquella morada al Señor.

Moisés también echó del aceite sobre la cabeza de Aarón. Esto lo separaba para el oficio del sumo sacerdote. Además, el aceite de la unción era un símbolo del Espíritu Santo que capacitaría a Aarón para este ministerio sacerdotal.

De la misma manera nuestro Señor Jesucristo fue ungido con el Espíritu Santo, pero no porque necesitase ser consagrado. Mediante su unción fue designado como nuestro sumo sacerdote y recibió el poder del Espíritu Santo. Esto lo capacitó para la tarea formidable de expiar por su pueblo y santificarlo.

Moisés también puso el blanco manto sacerdotal con el cinto tejido sobre los hijos de Aarón, además de colocarles el turbante sacerdotal. Luego se ofrecieron sacrificios por Aarón y sus hijos, un sacrificio por el pecado, y una ofrenda quemada mediante la cual eran restaurados a la comunión con el Señor y consagrados a él. Moisés puso un poco de la sangre del sacrificio de ordenación en la punta de la oreja derecha de cada uno. Lo mismo hizo en el pulgar derecho y en el dedo grande del pie derecho. Sus oídos debían ser consagrados a escuchar la palabra de Dios, sus manos para realizar la obra sacerdotal, y sus pies para estar firmes en el santuario.

Aquello fue un culto maravilloso. Estos sacerdotes serían mediadores entre Dios y el pueblo, haciendo expiación por el pueblo una y otra vez para restaurar la comunión del pacto con el Señor. Sin embargo, su ministerio seguiría siendo imperfecto, puesto que los sacerdotes mismos necesitaban de la expiación y santificación.

¡Cuánto mayor es el ministerio de nuestro Señor Jesucristo al de ellos! Ahora él es nuestro sacerdote, él expía por nosotros y nos santifica. A todos nos quiere convertir en sacerdotes dándonos de su Espíritu Santo mediante el cual somos consagrados a Dios y obtenemos el

privilegio de servirle. Nosotros también ofrecemos sacrificios, porque le damos nuestra vida entera, nuestra gratitud y nuestra adoración.

**La iniciación del santo servicio.** Cuando Aarón y sus hijos hubieron sido consagrados a la obra, ofrecieron su primer sacrificio para expiar por el pueblo y consagrarlo al Señor. Por primera vez Aarón levantaba sus manos para bendecir al pueblo.

Con esto comenzó el ministerio sacerdotal de Aarón. Moiés debía presentar a Aarón al Señor como sumo sacerdote, porque Moisés era el mediador entre Dios y el pueblo en aquel entonces. Juntos entraron al santuario donde oraron por la obra del sacerdocio y por todo el pueblo. Cuando salieron, juntos levantaron las manos para bendecir una vez más al pueblo.

Entonces cambió la columna de nube que descansaba sobre el santuario. La gloria del Señor brilló a través de ella y todo el pueblo pudo verlo. Era como si el Señor se mostrase a sí mismo al pueblo, lleno de su majestad, pero también lleno de gracia y misericordia. Gracias a este ministerio sacerdotal, ésta sería la forma en que Dios miraría siempre a su pueblo.

Luego vino fuego de la presencia del Señor, consumiendo toda la carne y grasa que ardía sobre el altar de la ofrenda quemada. Todo el pueblo prorrumpió en gritos de alegría porque vieron esto como una señal de la aceptación del sacrificio, que se había hecho expiación por ellos, y que habían hallado gracia ante los ojos del Señor. Allí cayeron sobre sus rostros en adoración y acciones de gracias.

Hubo otro sacrificio que fue completamente consumido y aceptado por el Señor: el sacrificio del Cristo. Gracias a ese sacrificio, nosotros prorrumpiremos en gozosa adoración delante de Dios. Mediante ese sacrificio, todos los que creen han sido expiados y hallan aceptación ante los ojos de Dios.

**La necesidad de obediencia perfecta.** Sobrecogidos por la alegría y el entusiasmo del pueblo, Nadab y Abiú tomaron un incensario y en él colocaron fuego. Luego echaron incienso en él e intentaron entrar a la morada de Dios para ofrecer al Señor la alegría del pueblo en carácter de sacrificio. Pero antes que pudiesen entrar, un fuego procedente de la

presencia del Señor los consumió. Sus cuerpos cayeron muertos a la entrada de la morada de Dios.

¡Qué horrible! ¿Por qué tuvo que pasar esto? Nadab y Abiú querían consagrar la alegría del pueblo al Señor. Sin embargo, habían intentado hacerlo en una forma y en un momento contrarios al mandamiento del Señor. Un sacerdote no puede hacer lo que le place, sino que debe hacerlo todo en perfecta obediencia. El Señor se sentirá honrado a través de los medios que él mismo escoge y no a través de los nuestros. Debido a su terquedad, Nadab y Abiú no podían seguir siendo sacerdotes. El Señor se glorificó a sí mismo en la muerte de ellos; y en ella también glorificó Su voluntad y Su ley.

Aarón, el padre de los dos sacerdotes muertos, permaneció en silencio, completamente derrotado. ¡Su corazón debe haberse quebrantado! Pero en su horror debe haberse preguntado, junto con el pueblo: "¿Quién entonces puede servir como sacerdote, siendo que el Señor es tan estricto?"

En realidad, no hay nadie que pueda servir como sacerdote, nadie, sino el Cristo en quien no hubo nada de esta terquedad. Cristo se ofreció a sí mismo irreprensible a Dios. Su sacrificio entero fue de acuerdo a la voluntad de Dios. El Espíritu Santo, con que había sido ungido, lo capacitaba para ese sacrificio. Cristo también nos da a nosotros de su Espíritu, capacitándonos a aprender cómo servir al Señor en la forma en que él mismo desea ser servido, y no de acuerdo a nuestros propios deseos. Esa clase de servicio solamente es posible mediante el Espíritu.

En su unción Aarón debe haber hallado la respuesta a la pregunta que había en su corazón. Si seguía fiel a esa unción, confiando en el poder del Señor, y buscando hacer su voluntad, Aarón podría servir como sumo sacerdote.

Los sacerdotes muertos, llevando todavía las ropas que habían sido contaminadas por sus pecados y por el juicio que había caído sobre ellos, fueron llevados fuera del campamento por orden de Moisés. Allí fueron sepultados. Nadab y Abiú no eran hombres particularmente pecadores, pero tenían la tendencia de hacer lo que ellos mismos querían. ¡Cuántas veces somos culpables de la misma tendencia!

Moisés prohibió a Aarón y a sus otros hijos, Eleazar e Itamar, que en señal de duelo soltasen el cabello o rasgasen sus ropas. Sin importar cuán profundamente les afectase este juicio, debían ser, en primer lugar, sacerdotes. Este mandamiento no fue dado porque el Señor no quisiese reconocer el dolor de sus siervos; el problema era simplemente que

el dolor y los lamentos podrían degenerar fácilmente en murmuraciones contra el Señor. Por eso todo el pueblo debía poder ver a aquellos sacerdotes sirviendo ante la presencia de Dios, a pesar de su profundo dolor, sin romper sus ropas y controlando su tristeza.

Hubo solamente un hombre que pudo entrar totalmente en nuestras aflicciones, compartiendo nuestro dolor, pero permaneciendo al mismo tiempo por encima de él. Su lamento delante de Dios nunca se convirtió en acusación, ni aun cuando exclamó "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?"

¡Cuán facilmente se convierten nuestras quejas en acusaciones contra Dios! ¿No deberíamos también nosotros mirar a este Mediador nuestro que nunca culpó a Dios? De esa manera venceríamos nuestro dolor y al mismo tiempo seríamos consolados, porque sabemos que él puede compartir totalmente nuestro sufrimiento.

# En el desierto

# 45: El llamamiento de Israel

*Números 9:15—10:36*

Con esta historia comienza el viaje a través del desierto. Puesto que el Señor había llamado a Israel a subir para poseer a Canaán, el pueblo tenía ante sí un llamamiento santo. Por eso Moisés podía decir: "Levántate, oh Señor, y sean dispersados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen". Y cuando el arca descansaba, Moisés diría: "Vuelve, Oh Señor, a los millares de millares de Israel".

Deberíamos cuidarnos de trazar comparaciones entre este viaje por el desierto y la vida de la iglesia en la tierra. Canaán, la tierra donde reina la gracia, todavía estaba en el *futuro* de Israel. Pero para la iglesia de nuestros días el reino de Dios no pertenece exclusivamente al futuro. Ahora todas las cosas están bajo el reinado de gracia. En principio, Canaán ya está con nosotros, aunque el pecado todavía tiene poder. Nuestro contacto constante con el pecado que nos rodea y habita en nosotros hace de esta vida un desierto. Por eso podemos hablar de un "subir", de una peregrinación a Canaán. La iglesia no conoce descanso hasta haber llegado al lugar donde la gracia domina completamente. Así la iglesia sigue su camino, siguiendo un llamamiento santo, luchando por el dominio.

La nube del Señor controlaba el viaje. Los israelitas confiaban totalmente en el Angel del Señor a medida que iba delante de ellos. El llamamiento de Israel debía ser hallado en esa columna de nube, en la revelación de la comunión del pacto de Dios, por medio del Angel del Señor.

Ciertamente, Canaán no era solamente la tierra donde fluía leche y miel, sino la tierra donde el Señor habitaría en medio de su pueblo. En ella todos los beneficios del Señor serían una prueba de su favor, y su pueblo experimentaría la constancia de su amor y la fidelidad de su pacto.

Nosotros también hallamos nuestro llamamiento en Dios mismo, en la comunión de su pacto. Esta comunión también es nuestra promesa. Para el pueblo de Dios, el llamamiento y la promesa vienen juntos en él. Ese fue el enfoque que Moisés destacó con Hobab, su cuñado, al ha-

blarle del llamamiento y de la promesa.

El Angel del Señor, que ahora se ha hecho carne, va delante de nosotros. En nuestra lucha aquí sobre la tierra, nuestro llamamiento y nuestra promesa es poseer la comunión de Dios en él. El ritmo de nuestra lucha y de nuestra peregrinación en la tierra es determinada por esa meta. Debemos tratar de ayudar a los niños a entender algo de la dirección de este Angel, tanto en la historia como en el presente.

**Pensamiento clave:** *Guiado por el Angel del Señor, Israel sigue su santo llamamiento.*

**Sumisión a la dirección del Angel del Señor.** Exactamente un año después de dejar a Egipto, los israelitas habían levantado su tabernáculo. A mediados del primer mes se celebró por segunda vez la Pascua. Allí recordaron el éxodo milagroso y dieron gracias al Señor. Ahora podían comenzar su viaje a través del desierto. ¡A Canaán!

Para los israelitas creyentes, la tierra de Canaán no era simplemente una tierra donde fluía leche y miel; era la tierra donde el Señor habitaría maravillosamente en medio de su pueblo. En esa tierra el Señor daría de su favor y comunión a su pueblo en medida doble. Esta promesa era como un llamamiento dirigido al pueblo creyente, y es por eso que anhelaban continuar el viaje. El Señor ya estaba habitando en medio de ellos en forma maravillosa. ¿Cómo sería al obtener las pruebas de su favor en la rica generosidad de aquella fértil tierra?

Sin embargo, debían esperar la señal del Señor. Cada vez que se alzaba la columna de nube, el pueblo podía continuar, pero cuando la nube se asentaba sobre el tabernáculo, debían permanecer donde estaban. ¡Con cuánta impaciencia deben haber mirado a la nube mientras esperaban! ¡Se hacía tan larga la espera! Dios los mantenía por muchos días en el mismo sitio. De todos modos, sospecho que también hubieron momentos cuando debían avanzar demasiado rápido, tiempos cuando debían avanzar prácticamente sin descanso.

Solamente el Señor sabía cómo debían desarrollarse las cosas. El estaba dirigiendo al pueblo mediante estas paradas y salidas. Los estaba probando. Después de todo, su meta final no era heredar aquella rica tierra, ni vivir pacíficamente en el desierto, sino experimentar la comunión de Dios en esa tierra. Y esa comunión solo podría recibirse mediante la sumisión a él en fe. Debería ser una delicia seguirle en el desier-

to, y entonces también sería una delicia gozar de su comunión en Canaán. El Señor siempre debía ser el todo para ellos.

Si el pueblo seguía obedientemente, también estaría ocupado con el Señor durante los tiempos de espera en el desierto, ocupándose en el servicio en el santuario, adorando al Señor y esperando en él. Durante los períodos de descanso, el pueblo buscaba conocer la gloria de su servicio, notando la forma en que Dios quería revelarse a ellos.

Si deseamos conocer al Señor, debemos someternos a él con fe. Debemos someternos voluntariamente a la dirección del Angel del Señor; esto es, al Señor Jesucristo quien ya nos ofrece la comunión de Dios. Bajo su dirección debemos continuar en la lucha contra el pecado. A lo largo de toda nuestra vida debemos mirar a él para descubrir lo que desea revelarnos de sí mismo.

**El sonido de las trompetas de plata.** Moisés también recibió orden de hacer dos trompetas de plata y de ver que fuesen tocadas en ciertas ocasiones. Si un sonido prolongado salía procedente de una de las trompetas, los ancianos (es decir, los jefes de las tribus de Israel) debían reunirse. Si una nota larga procedía de las dos trompetas, todo el pueblo de Israel debía reunirse con el Señor.

El sonido de las trompetas era más fuerte que todos los demás ruidos del campamento. ¡El Señor estaba llamando al pueblo para reunirse con él! En aquel sonido de las trompetas se comunicaba al pueblo algo de la exaltación de la gracia de Dios y de su gozo. Aquel sonido silenciaba a todos los demás sonidos de la vida.

Ese sonido todavía existe, si solamente supiéramos oírlo. Se lo oye en la predicación del evangelio, especialmente los domingos en la iglesia. Ese sonido suena para todos aquellos que son capaces de oír, por encima de todo el ruidoso alboroto del mundo.

Sin embargo, cada vez que Israel pecaba, había una amenaza en ese sonido. Entonces los creyentes de Israel debían entender que aun en su ira Dios era misericordioso y castigaba a su pueblo para purificarlo. De la misma manera, se proclama el evangelio en el día de hoy.

En otras ocasiones se tocaban las trompetas en forma intermitente. Eso causaría un susto en el campamento, susto para los creyentes. Sería la señal para continuar el viaje, para heredar la tierra y arrebatarla de la mano de los enemigos del Señor. De la misma manera nos llama el evangelio para luchar por la herencia del reino.

**Llevando la sagrada morada de Dios.** Cuando el pueblo avanzaba siguiendo la nube, el arca del pacto iba delante del ejército. Luego seguían tres tribus bajo la dirección de Judá. Detrás de ellas iban dos ramas de la tribu de Leví llevando el tabernáculo. Luego seguían tres tribus al mando de Rubén. Este era seguido por la tercera rama de los levitas, con el equipo del tabernáculo. Luego seguían tres tribus bajo la dirección de Efraín. Al final de la procesión marchaban las tres tribus restantes bajo la dirección de Dan. De esta manera las dos primeras ramas de los levitas podían levantar el tabernáculo y estarían listos al arribar la tercera rama con el equipo.

Así es como los israelitas siempre llevaron la santa morada de Dios en medio de ellos. Los levitas creyentes deben haber llevado aquella santa morada en un espíritu de santidad y reverencia, puesto que aquella era su más preciada posesión, la señal de la comunión que Dios tenía con ellos. Alrededor de esta morada se organizaban las tribus para su viaje. Además, acampaban alrededor de ella en una forma determinada cada vez que debían permanecer algún tiempo en un lugar. La morada de Dios era el centro de la vida de todos ellos.

La presencia de aquella morada era maravillosa, pero hoy el pueblo de Dios disfruta de un privilegio más glorioso aun. Mediante su Santo Espíritu el Señor se complace en habitar en los corazones de su pueblo. ¡Esa es la verdadera riqueza de la vida! Nuestra actitud ante este hecho de que el Señor mora en nosotros debe ser de santa reverencia. No debemos entristecer al Espíritu del Señor.

**Trasmitiendo el llamamiento.** Jetro, el suegro de Moisés, aparentemente ya había partido de los israelitas, pero su cuñado Hobab todavía estaba con Moisés. Cuando los israelitas estaban listos a partir, Moisés le dijo: "Vamos a partir al lugar que el Señor nos ha prometido. Ven con nosotros para compartir nuestra prosperidad, porque el Señor ha prometido ser bueno para con Israel". ¡Cuán gozoso estaba Moisés! "Nosotros vamos a heredar la salvación del Señor en su tierra! ¡Ven con nosotros!"

Si nosotros hemos visto la salvación del Señor, si creemos en ella y hemos sido ganados por ella, no podemos permanecer callados. Entonces también nosotros tenemos que trasmitir el llamamiento que hemos recibido: "¡Miren lo que nos espera! ¡Vengan con nosotros!"

Al principio Hobab no quería ir con ellos. Todavía no podía sepa-

rarse de su tierra y familia, puesto que tenía un lugar definido con ellos. Pero Moisés le dijo: "Tienes un lugar con nosotros y un llamamiento especial. Puesto que conoces tan bien el desierto, puedes demostrarnos donde se encuentran las vertientes y los lugares de pasto para que sepamos donde establecer nuestro campamento. De esa manera puedes ser nuestros ojos en el desierto. Y por amor de este llamamiento serás coronado de honor por el Señor mismo. En su nombre, te haremos bien". Esto conquistó el corazón de Hobab. Habiendo oído el llamamiento del Señor, decidió ir con Israel en su largo viaje.

También nosotros podemos decir a la gente que encontramos: "Oigan el llamamiento del Señor. Ustedes también deben tener un lugar entre el pueblo de Dios. Unanse a nosotros en la batalla contra el pecado y hereden con nosotros el reino". Este llamamiento debe resplandecer en nosotros gracias a nuestro entusiasmo. Entonces el Señor también nos dará pueblo que venga con nosotros para servir a la iglesia del Señor.

**De desierto en desierto.** En el día veinte del segundo mes del segundo año, la nube finalmente se alzó del tabernáculo. El sonido de la trompeta se escuchó en todo el campamento y comenzó la marcha. Los israelitas caminaron durante tres día, descansando de noche, hasta llegar a un lugar donde acamparon por un tiempo más prolongado. Habían viajado del desierto de Sinaí al desierto de Parán.

Había sido viaje de un desierto a otro. Aquí en Parán, el desierto era realmente desolado. Si no hubieran seguido al Señor, acampando donde él les había dicho (a través de la columna de nube), sin duda habrían sido vencidos por el terror del desierto. Afortunadamente, estaban siguiendo un llamamiento santo, el llamamiento de heredar la tierra donde Dios habitaría entre ellos. Sabiendo esto, Moisés exclamaría cada vez que llegaba el momento para el arca de seguir viaje: "Levántate, oh Señor, sean dispersados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen". Y cada vez que el arca volvía a descansar, Moisés decía: "Vuélve, oh Jehová, a los millares de millares de Israel".

El Señor siempre estuvo allí, ya sea yendo delante de ellos o descansando en medio de ellos. Así también debe ser en nuestras vidas, y así será si solamente creemos. Mediante el Señor Jesucristo Dios está en medio nuestro, y mediante su Espíritu vive en nosotros.

# 46: Por amor a sí mismo

*Números 11*

El pueblo ya pecó estando en Parán, su primer campamento. En su obstinación, el pueblo pecó una y otra vez. Anhelaba volver a Egipto, lo que significaba que rechazaba su santo llamamiento y que estaría dispuesto a renunciar al pacto. En esta situación fracasó la función mediadora de Moisés. Leemos que cuando Moisés oyó que el pueblo lloraba junto a sus familias, cada uno a la entrada de su tienda, no tuvo más palabras que decir. La creciente ola de iniquidad lo dejaba sin recursos y lo paralizaba.

Por otra parte, sabía que el enojo del Señor se estaba encendiendo. Pero tampoco le quedaban palabras con las cuales dirigirse al Señor. Ya no podía pedir al Señor que pasara por alto el pecado del pueblo. La Biblia nos dice que también era pecado en los ojos de Moisés. Moisés se sentía perturbado y abatido, pero ya no sabía cómo enfrentar la situación.

En una situación como esta, ¿qué cosa podría persuadir al Señor a perdonar a su pueblo y volverse en gracia a él? Aparentemente Dios había llegado al límite con ellos. No había nada en este pueblo que pudiera conmoverlo. Solamente le restaba tener compasión del pueblo por amor a sí mismo, para glorificar su propia fidelidad y gracia respecto del pueblo. Dios los avergonzó dándoles codornices y visitándolos al mismo tiempo por causa de su pecado.

Evidentemente Moisés, como mediador, todavía no veía con suficiente claridad que este llamamiento del pueblo procedía solamente de la elección de Dios y que Dios quería glorificarse a sí mismo en su gracia, salvándolo. En este sentido también, la función mediadora del Señor Jesucristo es muy superior a la de Moisés. Por una parte, se identificó totalmente con el pecado de su pueblo, y por otra parte, puede interceder siempre por él delante del Padre.

Puesto que Moisés no podía llevar solo la carga del pueblo, fueron escogidos setenta ancianos. Dios les dió algo del Espíritu que habitaba en Moisés. Por supuesto, esto no menguaba el Espíritu que habitaba en Moisés; pero sí los capacitaba para tener comunión con él. Los setenta

ancianos tuvieron un doble llamamiento: fortalecer a Moisés mientras intercedía delante de Dios, y sostenerlo cuando dirigía al pueblo. Esta concesión del Espíritu a los setenta era una profecía que señalaba al día futuro cuando todos los creyentes compartirían el Espíritu con Cristo. Era por ese motivo que Moisés reprendió a Josué.

**Pensamiento clave:** *El Señor perdona el pecado de su pueblo por amor a sí mismo.*

**Compadeciéndose de sí mismos.** Después de tres días de viaje, los israelitas llegaron al desierto de Parán y allí permanecieron por algún tiempo. Ya comenzaban a compadecerse de sí mismos. ¡Qué desierto más desolado! ¿Cuánto tiempo seguirían así? Ni siquiera con el Señor eran capaces de hacer frente al desierto. La comunión con el Señor no les significaba lo suficiente para que cualquier lugar, aun el desierto más solitario, les pareciese un paraíso. No les bastaba poseer al Señor. También nosotros, ¡en cuán poca estima tenemos a veces al Señor y su amor!

El Señor escuchó sus quejas. En su gran paciencia, a veces parece no escuchar nuestras quejas, llenas de rebeldía y autocompasión. Sin embargo, llega un momento cuando el Señor decide escuchar atentamente, y entonces se enciende su ira. Es lo que sucedió con Israel. En las afueras del campamento, algunas de las tiendas fueron consumidas por fuego. Si el viento hubiese extendido el fuego, todo el campamento se habría ido en llamas.

Moisés vió el peligro y reconoció que era una señal de la ira del Señor. El Señor se había enojado con su pueblo. El Señor les daba una señal de lo que les pasaría si él se volvía contra ellos. Por eso, Moisés cayó ante el Señor y oró. En respuesta a su intercesión, cedió el fuego. Los israelitas llamaron ese sitio Tabera, que significa, *lugar de fuego.*

**Las ansias del pueblo.** Habiendo pasado esta amenaza, y habiendo visto el pueblo la gloria del Señor, nuevamente volvió a quejarse. Todavía no habían dejado de sentir lástima por sí mismos. Si somos consumidos por esta lástima, no podemos reconocer lo que tenemos, y vemos

cada vez más lo que no tenemos. Si Dios no es nuestro gozo, empieza a crecer en nosotros un deseo insaciable por las buenas cosas de la vida. También comenzamos a sentirnos fracasados y nos convertimos en criaturas miserables, dignas de piedad.

La murmuración comenzó entre los extranjeros que habían salido de Egipto junto con los israelitas. Con terquedad insistían en sus quejas a pesar de la revelación de la gloria del Señor a través de la destrucción de algunas de las tiendas en las afueras por el fuego, y el subsiguiente apagamiento de ese fuego. De a poquito, el espíritu de aquellos contagió a todo el pueblo, hasta que todos comenzaban a quejarse: "Nos acordamos de la carne y la fruta deliciosa que teníamos en Egipto".

De esa manera el pueblo despreciaba el maná que el Señor les daba. Dijeron que estaban hartos de todo aquello, porque no veían las riquezas del favor de Dios.

La fe en el Señor controla la forma en que recibimos los dones de Dios, hasta el sabor de lo que comemos. ¡Cuán ciegos somos! El pueblo prefería más las comidas de Egipto sin el favor de Dios, que este maná con dicho favor. ¿Qué es lo que más valoramos en la vida? Despreciamos el oro por algo que no tiene siquiera el valor del bronce.

**El fracaso del mediador.** Moisés ya no supo cómo manejar aquella situación. Oía al pueblo llorar en sus tiendas. Realmente sentían lástima por sí mismos. El pueblo ya no escucharía las palabras de Moisés. Nada de lo que dijera sería escuchado por el pueblo. Por otra parte, comprendía que, debido a sus quejas, Dios podía enfurecerse aun más con ellos. Pero Moisés tampoco sabía qué decir al Señor; ya no podía orar por el pueblo. Ya no dominaba la situación. Moisés se sentía desbordado y abatido por la iniquidad del pueblo.

Lo único que pudo hacer fue quejarse ante el Señor de que ya no era capaz de controlar la situación, diciendo que la carga era demasiado pesada para él. En realidad, Moisés también se estaba compadeciendo de sí mismo, pero por causa del pueblo él estaba cerca de sufrir colapso bajo la carga del pecado de ellos. Moisés se quejó diciendo: "¿Son estos mis hijos? ¿Acaso debo llevarlos yo en mis brazos a la tierra que tú les has prometido? ¿Puedo yo darles carne de comer? ¿Por qué has puesto esta carga sobre mí? ¿Si todavía pides esto de mí, por favor mátame, para que no tenga que presenciar mi propia ruina".

Aquí Moisés fracasó como mediador. Hay solamente un mediador que pudo llevar totalmente los pecados de su pueblo, Jesucristo. El siempre tuvo algo que decir a Dios y siempre pudo orar por su pueblo, aun encarando los peores de sus pecados. ¡Qué afortunados somos al conocer un mediador que nunca fracasa!

**La comunión del Espíritu.** Primero Dios salió a encontrar a Moisés a medio camino. Le ordenó que reuniese a setenta ancianos de Israel y que los trajese a la tienda de reunión. Cuando estuvieron reunidos, el Señor se les acercó en una nube y los tocó con el Espíritu que había dado a Moisés, de tal modo que profetizaban cada vez que el Espíritu posaba sobre ellos.

Estos setenta hombres debían ayudar a Moisés en el liderazgo del pueblo. Aunque estaban entre el pueblo, compartían el Espíritu que habitaba en Moisés. Por eso tenían la capacidad de fortalecer la comunión de Moisés con el pueblo y la influencia que tenía sobre él. Además, estarían junto a él de modo que tuviese más fuerza para presentarse delante de Dios en favor del pueblo.

¡Cuán agradecido estuvo Moisés por este don de Dios! Aparentemente el Señor había escogido a otros dos hombres como profetas, puesto que en medio del pueblo hubo otros dos hombres profetizando, dos personas que no pertenecían a los setenta. Cuando Josué lo sabía, pidió a Moisés que les prohibiera profetizar. Pero Moisés lo reprendió sinceramente. ¿Por qué no se alegraba de que otros dos hombres hubiesen recibido una porción del Espíritu del Señor? ¡Ojalá que todo el pueblo del Señor fuese profeta! Después de todo, el don de la profecía que estos dos habían recibido, era del Señor mismo. Por eso Moisés se alegró.

El Espíritu que habitaba en Moisés fue dado a aquellos ancianos para que pudiesen sostenerlo. Al mismo tiempo esto demostraba la unidad a través del Espíritu que debía reunir a todo el pueblo de Dios. El Espíritu del Señor Jesucristo es dado a todo su pueblo, no para sostenerlo a él, puesto que no lo necesitaba, sino para capacitarnos a servir al Señor en comunión con él.

**Satisfacción y vergüenza.** De esa manera el Señor encontró a Moisés a medio camino. Pero, ¿qué haría Dios con el pueblo que había despreciado su pacto y anhelaba regresar a Egipto para recoger allí los beneficios de la tierra sin tener la gracia de Dios? Humanamente hablando, este abandono incrédulo debía haber destruido el placer que Dios sentía al sostener a su pueblo. ¿Cómo los consideraría ahora el Señor? No había absolutamente nada en ellos que podría mover al Señor a volverse hacia ellos. Si todavía se acordaba de ellos, era por amor a sí mismo, para glorificar su fidelidad y gracia para con ellos. Era por eso que también conservó a Moisés como mediador y le dió la ayuda de los setenta ancianos.

El Señor ordenó a Moisés a decir al pueblo que al día siguiente les daría suficiente carne para todo un mes. En ese momento Moisés no lo entendía. Ya no podía mantener su fe en el Señor. Por eso dudó: "¿Cómo darás a este pueblo carne para todo un mes?" Aparentemente Moisés temía que esto fuese demasiado difícil para el Señor.

En la mañana siguiente el viento trajo tantas codornices, que estaban esparcidas sobre la tierra, tan lejos como un día de camino partiendo del campamento. Eran tantas las codornices que cayeron a tierra, que llegaron a cubrirla hasta un metro de altura. La gente comió algunas de ellas y secó otras al sol, para poder usarlas en el futuro.

Sin embargo, mientras comían esas codornices no sintieron vergüenza ni remordimiento por su ingratitud y falta de fe. Al contrario, actuaron como si era lo que merecían. ¡Por eso se encendió la ira del Señor contra ellos mientras aún estaban comiendo! Trajo una gran plaga sobre ellos. Cuando todo hubo pasado, llamaron el lugar Kibrot-hataava, que significa *tumbas de los codiciosos*, porque los que habían sido seputados allí habían olvidado al Señor en su codicia.

Pronto el pueblo seguiría su camino. Muchos tuvieron que separarse forzosamente de los sepulcros donde habían sido sepultados sus seres queridos. Dios es misericordioso y engrandece su gracia para con su pueblo, pero también lo disciplina y purifica.

## 47: El honor ilegítimo

*Números 12*

Moisés, el mediador llamado por Dios, vivía en obediencia y fidelidad al llamamiento que dominaba su vida. No había egoísmo en él, no anhelaba tener más cosas de las que el Señor le había dado. Moisés se daba cuenta que en el reino de Dios nadie toma honra para sí mismo (He. 5:4).

María y Aarón, sin embargo, quisieron tener más de lo que el Señor les había dado. Los celos que tenían de Moisés no explican lo que hicieron. Más bien, lo que vemos aquí es el pecado de orgullo espiritual y fanatismo. Ellos decían que ellos también poseían el espíritu de la profecía. Con un orgullo que era todo menos espiritual, se dejaron arrastrar, conscientes de su posición de privilegio, rehusando someterse a sus actividades proféticas. El pecado de orgullo espiritual siempre es así; quiere ser libre de la palabra del llamamiento y buscar un honor que no le pertenece.

El castigo de María fue conforme a su pecado. Habiéndose jactado de una ordenación, una unción por el Espíritu Santo, ella fue profanada cayendo en desgracia ante los ojos de Israel. La ira que el Señor dirigió contra esa actitud impía fue terrible. Era como si el Padre celestial de María le hubiese escupido en la cara.

María fue castigada, pero no Aarón. Lo más probable es que el orgullo comenzó en María. En su orgullo espiritual, despreció a la mujer cusita con quien se había casado Moisés. No se sabe si Séfora ya había muerto. Tampoco quedó registrado cómo conoció a esta mujer cusita. Quizás pertenecía a las tribus hamíticas que vivían una vida nómada en el desierto de Sinaí, o bien al grupo mixto que había salido de Egipto junto con los israelitas. En todo caso, estaba debajo del nivel espiritual de María y Aarón. Aparentemente esa clase de orgullo era desconocida a Moisés, puesto que contrajo matrimonio con una mujer que no era israelita, algo que no estaba prohibido por la ley.

**Pensamiento clave:** *El que era llamado de Dios es fiel.*

**Orgullo pecaminoso.** Partiendo de Kibrot-hataava, los israelitas viajaron hasta Hazerot, donde hicieron una nueva parada en el desierto de Parán. Aquí estalló una lucha entre María y Aarón por un lado, y Moisés por el otro, una división en la familia principal de Israel. Por un lado estaba el mediador y por otro el sumo sacerdote y la profetisa.

Evidentemente el descontento de María había estado aumentando ya hacía mucho. ¿Acaso no era ella una profetisa? ¿No era ella la que había guiado a las mujeres de Israel a alabar al Señor en la orilla del Mar Rojo? ¿No había hablado el Señor también a través de ella, así como a través de Moisés? Sin embargo, nunca se la había reconocido adecuadamente. Siempre fue subordinada a Moisés. ¡Un profeta o una profetisa debería estar por encima de todos los demás y de toda otra cosa!

¡Qué necia fue María! Un profeta nunca debe jactarse de lo que ha recibido del Señor. Además, un profeta sólo lo es en virtud del llamamiento del Señor. Un profeta necesariamente debe estar totalmente sujeto al llamamiento de la palabra de Dios. Moisés quería decir solamente lo que el Señor le indicaba, pero María quería ir mucho más allá de esos límites.

Lo que se estaba gestando en su interior llegó a la superficie cuando Moisés tomó una mujer cusita por esposa, una mujer que no era de Israel, sino del linaje de Cam. Esto estaba permitido por la ley. Lo que se prohibía era el matrimonio con una cananea. Moisés, el mediador, no despreciaba a los paganos y no veía desgracia alguna en esta clase de alianza, si el pagano se convertía en creyente en el Señor. En tal caso la persona sería recibida en Israel sobre la base de su fe y mediante la alianza. Nuestro mediador Jesucristo tampoco desprecia a los paganos. Al contrario, los santifica haciéndoles reconocer el pacto del Señor con su pueblo. Pero María, que se jactaba de su talento, consideró este matrimonio poco digno de la posición espiritual de su familia. Por eso despreció a la mujer pagana.

María habló a Aarón de su descontento y éste, un hombre débil, escuchó lo que ella decía, como también había escuchado la voz del pueblo durante la ausencia de Moisés. Al vacilar Aarón, afirmando que Moisés era el mediador, y que como tal había sido llamado por el Señor, ella respondió: "¿Acaso no eres tú quien lleva el pectoral con el Urim y el Tumin mediante los cuales habla el Señor? ¿Acaso no soy yo profetisa? Moisés no es el único a través de quien habla el Señor". De esta manera

venció la resistencia de Aarón y lo volvió en contra de su hermano.

Juntos se presentaron ante Moisés y le reprocharon por su casamiento con la mujer cusita. Cuando Moisés trató de justificar su conducta diciendo que no había violado la palabra del Señor, ellos se rebelaron abiertamente contra él. ¿Acaso no tenían *ellos* también el Espíritu del Señor? ¿No conocían también *ellos* la mente del Señor, y quizás, a veces, mejor que Moisés?"

Allí se ve la diferencia. María y Aarón adivinaban de su propio corazón, partiendo de sus propios pensamientos orgullosos lo que podría ser la mente del Señor, en tanto que Moisés simplemente preguntaba por lo que había dicho el Señor. Toda la vida de servicio de Moisés era controlada por la palabra del Señor. Es tan fácil enorgullecerse cuando se imagina saber algo. Entonces echamos a un lado la ley del Señor y despreciamos a todo aquel que no sabe lo que nosotros creemos saber.

**Fiel en la casa del Señor.** Nuevamente leemos que el Señor observaba lo que estaba ocurriendo. Dios vio el orgullo de María y Aarón y lo maldijo. Pocas cosas son tan abominables al Señor como la gente que se jacta de los dones del Espíritu Santo y los utiliza en forma incorrecta. Por ese motivo el Señor intervino repentinamente. Llamó a Moisés, Aarón y María a la entrada del patio exterior y allí les apareció a los tres. Aarón y María tuvieron que pasar hacia adelante. Luego les dijo: "Un profeta nunca debe profetizar partiendo de su propio corazón o de sus propios pensamientos. Un profeta nunca debe decir nada que yo no le haya revelado. En efecto, un profeta depende totalmente de mi palabra. Lo que un profeta tiene que decir le será revelado mediante un sueño o una visión. Moisés vive solamente por mi palabra, la cual lo posee y lo dirige. Por eso es fiel en toda mi casa, en mi servicio en medio de todo mi pueblo. Gracias a esta fidelidad, hablo con él cara a cara. El ve la semejanza del Señor, una forma de mi gloria. El oye y ve lo que ningún hombre jamás ha oído y visto. ¿Por qué, entonces, se han levantado contra él?"

¡Qué inmenso honor concedió el Señor a Moisés! Moisés recibió este honor solamente porque se sujetaba a la palabra del Señor. Debido a su sumisión era fiel en todo. Era un siervo fiel en la casa de su Señor, esto es, en Israel, en medio del pueblo del Señor.

Moisés fue superado por nuestro Señor Jesucristo, quien solamente

hizo lo que Dios le ordenaba. Jesús no fue un siervo en la casa del Señor; él fue el Hijo puesto sobre la casa de su Padre, que también es su casa, porque el pueblo de Dios también es su pueblo (compárese He. 3:1-6 con Nm. 12:6-7).

¿Cuántas veces nos acordamos de nuestro fiel Mediador? En contraste con todos los males que hacemos y todo nuestro orgullo, él nunca se opone a la voluntad de su Padre. El Mediador intercede por nosotros en presencia de su Padre.

**Avergonzada por su pecado.** Enojado, el Señor se apartó de ellos y los dejó, y la nube se apartó de la tienda. De esa manera Dios hizo saber que el orgullo mundano de María y Aarón le era abominación. Al mirar Aarón a María, vió que se había vuelto leprosa y que estaba blanca como la nieve.

¡Qué desgracia! La profetisa que había sido consagrada al Señor ahora era desprovista de esa consagración. Se había vuelto impura. En consecuencia, tendría que ser expulsada de la comunidad. Aarón se sintió profundamente impresionado y dijo a Mosiés: "Neciamente hemos actuado, pero por favor no permitas que nuestro pecado sea visitado sobre ella con tan severo castigo".

¡Con cuánta mansedumbre había soportado Moisés su rebelión original! Aunque personalmente no se había ofendido, había visto claramente que María y Aarón se estaban rebelando contra el Señor. El asunto tenía que ver con sus vidas en relación con el Señor. Por eso Moisés pudo orar ahora al Señor en favor de su hermana, diciendo: "Oh, Señor, te ruego que la sanes".

Nuestro Mediador también ora por nosotros, aun después de nuestros más terribles pecados. El ve que estamos pecando contra Dios. Moisés tuvo que basar su petición en la sangre que algún día sería derramada, pero nuestro Mediador puede señalar a su propia sangre, que ya fue derramada por nosotros.

Y, efectivamente, el Señor oyó al mediador Moisés. No obstante, María tuvo que soportar el castigo durante siete días. Si su padre le hubiese escupido en la cara por algún comportamiento impropio de parte de ella, María habría tenido que llevar la vergüenza durante siete días. Ahora que el Señor le había hecho saber que su orgullo era una abominación delante de él, María tenía que vivir como leprosa fuera del campamento por siete días.

El pueblo de Israel se detuvo siete días en Hazerot, esperando que María fuese sanada, y esperando aceptarla nuevamente en su medio. Afortunadamente, la vergüenza de nuestra infidelidad y la maldición de nuestro orgullo han sido quitadas por la fidelidad de nuestro Mediador. Es por eso que María pudo ser sanada y aceptada nuevamente. Y es por eso que los pecadores de la actualidad también pueden ser aceptados.

## 48: La luz resplandece en las tinieblas

*Números 13—14*

En Juan 1 leemos: "En él estaba la vida". Por supuesto, se refiere a la Palabra que era desde la eternidad, el Angel del Señor, a Aquel que lleva al cumplimiento la comunión del pacto de Dios. La vida de comunión con Dios estaba en él. Y esa vida fue la luz de los hombres. Esta luz es, entonces, la luz de la gracia de Dios en su comunión (antes de la caída, la luz del favor de Dios). Esta luz resplandece en la oscuridad. También en Israel había oscuridad, y la oscuridad no lo comprendió. Con todo, la luz no es vencida por las tinieblas.

Esta historia es una ilustración de las palabras de Juan. En Israel sólo había unos pocos que comprendían la luz que resplandecía en la tierra de Canaán, tierra que estaba abierta para Israel. Pero si Canaán solamente le significaba una tierra donde fluía leche y miel, volvería a cerrarse para el pueblo. Tratándose de Canaán, los corazones de los israelitas todavía no estaban preparados para un gran paso hacia adelante en la fe, porque todavía no percibían la comunión de Dios. En esa comunión nada es imposible.

Esta diferencia también fue la causa de la diferencia de opinión entre los espías. La mayoría de ellos veían a Canaán como una tierra que devoraba sus habitantes. Debido a su extraordinaria fertilidad, sus habitantes vivían luchando constantemente por poseerla. Una y otra vez eran atacados por conquistadores extranjeros. Poseer esa tierra era demasiado peligroso.

Sin la comunión de Dios, vivir en semejante tierra es ciertamente peligroso. Pero los israelitas incrédulos querían regresar a Egipto. Sin embargo, Josué y Caleb sabían que Dios les daría la tierra, y que la comunión con Dios protegería sus vidas en ella.

En este punto uno se siente naturalmente impulsado a pensar en el temor que la iglesia siente de conquistar al mundo por el amor de Cristo, y en el temor de heredar, en principio, ahora mismo el reino. Para la iglesia, la cultura ha sido con frecuencia una tierra que devora sus habitantes. Sin embargo, es una tierra abierta para quienes ven la luz de la comunión de Dios. También en nuestros tiempos,

generaciones enteras mueren en el desierto debido a su temor.

Debido a su enojo, Dios dijo a Moisés que destruiría al pueblo. Sin embargo, detrás de ese enojo estaba el favor eterno de Dios, el favor que Dios demuestra por amor a Cristo y por amor a su pacto. Moisés apeló, y entonces Dios volvió a demostrar su buena voluntad, que había quedado oculta por su ira. Su ira era muy real y estaba dirigida contra todo pensamiento de la carne. Esos pensamientos de la carne serán borrados, pero el pueblo será preservado.

De todos modos, aquella generación moriría en el desierto. Dentro del contexto de este juicio, Dios declaró que toda la tierra se llenaría de la gloria del Señor. Mediante la destrucción de aquella generación, todos los pueblos comprenderían que la carne merece la muerte, y que la salvación de la humanidad es fruto de la misericordia gratuita de Dios.

**Pensamiento clave:** *La luz resplandece en la oscuridad, y la oscuridad no lo ha comprendido.*

**Dos puntos de vista.** El pueblo de Israel había atravesado el gran desierto de Parán. Habiendo llegado a Cades, estaban cerca del límite de Canaán. Por eso el pueblo pidió que Moisés enviara algunos hombres para reconocer la tierra. Además, el Señor le ordenó que lo hiciera así. Cada tribu envió a uno de sus líderes, lo que sumó un total de doce espías.

Conforme al mandato de Moisés, los espías recorrieron toda la tierra de sur a norte y de regreso. Descubrieron que Canaán era una tierra extremadamente fértil con ciudades sumamente fortificadas. En cierta zona vivían gigantes.

De regreso al campamento, los espías dieron su informe a Moisés y al pueblo que se había reunido alrededor de ellos. Hablaron de la fertilidad de la tierra. Como prueba habían traído algunas granadas y un racimo de uvas. El racimo de uvas era llevado mediante una vara cuyos extremos apoyaban en los hombros de dos hombres. Pero también hablaron de las ciudades fortificadas y de los gigantes que eran hijos de Anac.

Este informe atemorizó al pueblo, que era precisamente lo que la mayoría de los espías querían lograr, porque ellos mismos tenían miedo. No habían mirado la tierra confiados en que Dios les concedería su comunión allá. Al contrario, habían olvidado la promesa de Dios a medida que reconocían la tierra. En consecuencia habían llegado a la con-

clusión de que la tierra era inconquistable. La mayoría del pueblo era de la misma opinión. Muchos de ellos no estaban preocupados por la comunión con Dios, sino por la fertilidad de la tierra. Según su opinión Canaán era una tierra a la que no podrían entrar.

Dos de los espías, Caleb y Josué, el ayudante de Moisés, habían considerado la tierra desde otro punto de vista, es decir, a la luz de la promesa de Dios. La habían recorrido considerándola como su futura posesión, porque se habían basado en el nombre de Dios. Para ellos la tierra estaba abierta, y estaban convencidos que Dios los ayudaría a entrar en ella. Lo que vemos depende de la forma en que miramos las cosas. Si miramos con ojos de fe, nada nos será imposible, pero sin fe, nada es realmente posible.

Caleb trató de calmar la tempestad que se levantaba. Habló, basado en la fe, pero algunos de los otros espías lo interrumpieron: "No seremos capaces de conquistar a Canaán. Y si pudiéramos conquistarla, no podríamos sobrevivir en ella, puesto que son muchos los pueblos que anhelan conquistarla por causa de su fertilidad. Ese es el motivo por el cual la gente vive allí en ciudades tan fortificadas. Solamente los gigantes, como los hijos de Anac, a cuyos ojos eramos como langostas, pueden mantenerse con vida allí".

Debido a esa clase de razonamientos, el temor se apoderó del pueblo. El temor es siempre el lado opuesto a la fe. El pueblo carecía de la fe y por eso no pudo entrar a la tierra.

**El tumulto.** El informe traído por los espías causó un gran alboroto en el pueblo. Acusaron a Dios de traerlos junto con sus esposas e hijos al desierto para morir. Incluso quisieron reemplazar a Moisés, puesto que éste estaba del lado del Señor. Quisieron sustituirlo por otro líder que los llevase de regreso a Egipto.

Moisés y Aarón se sintieron horrorizados. Temiendo la ira del Señor, cayeron sobre sus rostros delante del pueblo reunido. ¿En qué resultaría aquello? ¿No destruiría el Señor a todo el pueblo allí reunido, en un solo momento de ira? Josué y Caleb rasgaron sus vestidos exhortando al pueblo a creer en la palabra del Señor. En lugar del temor, los alentaban a tener fe: "Aquellos pueblos en Canaán son como comida para nosotros. ¡Los devoraremos! Su sombra, su protección, su escudo de seguridad sobre sus cabezas será quitada de ellos, porque el Señor los ha entregado en nuestras manos". Esa es la forma en que la fe ve las cosas.

Pero el temor predominó con fuerza en el pueblo. En consecuencia, el pueblo quiso apedrear a Josué y Caleb. En ese instante apareció la gloria del Señor en su morada. Allí estaba el Dios del pacto, quien ahora llenó al pueblo de terror. No había aparecido sin razón. Si tenemos comunión con el Señor, no tenemos por qué temer, porque el temor se convierte en abominación.

**El nombre del Señor.** El Señor reveló su enojo a Moisés. Si no hubiera sido por los planes del Señor, no habría tenido más remedio que destruir al pueblo. Dios dijo a Moisés: "Se rehusan creer mi palabra a pesar de las señales que les he dado. Los voy a herir con una enfermedad y los destruiré. Luego, en su lugar, haré una gran nación de ti".

Pero Israel tenía un mediador en quien habitaba el Espíritu del Señor Jesucristo, nuestro Mediador. Este mediador, Moisés, intercedió por el pueblo. Después de todo, todavía quedaba por considerar la promesa del pacto de Dios. Pero si nadie recibía la promesa por fe, esa promesa no podría ser cumplida. En aquel momento crítico, Moiés se aferró a la promesa.

¿Qué pasa ahora con las promesas de Dios, cuando, por falta de fe, las olvidamos con tanta frecuencia? Nuestro Mediador en el cielo se aferra a esas promesas, y por eso se cumplen.

Moisés pidió, diciendo: "Los egipcios y todas las naciones saben lo que has hecho por nosotros. También han oído que habitas en medio de este pueblo y que el pueblo te ha visto cara a cara. Saben que tú te has dado a nosotros aquí, y que gozamos una maravillosa comunión contigo. Si ahora ha de perecer este pueblo, todos dirán que ni siquiera esa comunión pudo llevarnos a Canaán. ¡Ciertamente la comunión de la gracia de Dios es capaz de lograr cualquier meta! Inclusive puede conquistar a la incredulidad. Además, en Sinaí proclamaste tu nombre en mis oídos, diciendo que ciertamente no perdonarás al pecador. Pero antes de eso dijiste que eres paciente y muy grande en tu amor, perdonando la iniquidad y el pecado. ¿No eres tú el Dios del pacto, el que siempre toma la iniciativa? Tu castigo no puede ser una retribución o venganza. En cambio, debe ser una forma de disciplinar a tu pueblo".

En respuesta a esta oración intercesora, el Señor reveló que en su ira sería misericordioso por amor a su palabra, y que en consecuencia volvería a perdonar al pueblo. Su pueblo entraría a la tierra de Canaán, pero no aquel grupo particular de adultos. Dios disciplinaría a todos los

que eran mayores de 20 años, dejándolos morir en el desierto. La generación siguiente heredaría a Canaán. Durante cuarenta años los israelitas andarían en el desierto, así como los espías habían pasado cuarenta días reconociendo la tierra. Todos los mayores de 20 años vivirían sus vidas, pero no verían a Canaán. Sus hijos, de quienes habían temido ser deprivados por los cananeos, ellos entrarían a la tierra.

Dios utilizaría este juicio para glorificar su nombre sobre toda la tierra, porque ello demostraría a todos los pueblos que nadie es digno de entrar a la tierra de la comunión con Dios. Solamente la gracia de Dios, que vence todos los obstáculos, nos lleva allí. Porque todos aquellos israelitas perecieron en el desierto, el nombre de Dios fue glorificado también para nosotros. Nosotros también cansamos al Señor con nuestra incredulidad. ¡Si solamente pudiéramos ver el poder de la compasión gratuita de Dios y confiarnos a él! Sólo esa entrega puede darnos el valor para combatir al enemigo. La tierra es un don de Dios, pero también lo es el valor para entrar a ella. ¡Si solamente pudiéramos ver que todas las cosas proceden de él!

**La tierra cerrada a los israelitas.** Moisés tuvo que transmitir ese mensaje al pueblo. El Señor solamente había exceptuado a Josué y Caleb. Cuando el pueblo oyó lo que Dios había decretado, lloró en gran manera.

Aquella noche pensaron en una cosa. No estaban preparados para someterse a la palabra de Dios. Quién sabe lo que el Señor habría hecho para ayudarles si hubiesen obedecido y cargado en fe sus cruces. Pero sus propios temores los habían detenido. Por eso, aquella noche hicieron un plan concreto. En vez de regresar al desierto a la mañana siguiente, tal como el Señor les había ordenado, se prepararon para la batalla con intención de conquistar las alturas donde vivían los amalecitas y los cananeos. Una vez más iban por su propio camino.

Moisés trató de advertirles, preguntándoles lo que lograrían al luchar contra sus enemigos sin la palabra del Señor, sin su comunión, sin fe en él. Pero insistieron en ir al ataque en cualquier forma, aunque Moisés y el arca no iban con ellos.

¡Qué puñado de atrevidos eran aquellos! Allí iban, confiados en sus propias fuerzas. Pero los amalecitas y los cananeos los vencieron, y los persiguieron rumbo al sur. De esa manera la tierra siguió cerrada a Israel. La tierra sólo se abre por la palabra de Dios y nuestra fe en ella.

# 49: La cabeza del pueblo afirmada

*Números 16:1-40*

La rebelión de Coré, Datán y Abiram es uno de los pocos trozos de la historia referida a los cuarenta años que Israel peregrinó en el desierto. Su propósito es, aparentemente, contarnos cómo murió la generación mayor de los israelitas.

El pecado de los tres conspiradores fue su rechazo de Moisés como cabeza del pueblo. Al rechazar a Moisés como mediador y cabeza, también estaban rechazando el pacto de Dios. Las consecuencias de semejante rechazo sería el fracaso de Israel como pueblo de Dios. Este rechazo de Moisés es comparable al rechazo del Cristo, rechazo que aún en nuestros días está causando fracasos en la vida humana. La vida de los hombres y de las naciones solamente puede florecer cuando Cristo es reconocido como Cabeza.

Moisés estaba luchando por su posición en medio del pueblo, por un reconocimiento de su legítimo derecho y del llamamiento como el escogido por Dios. Pero sus esfuerzos también eran una lucha por la preservación del pacto y con ello la salvación de Israel. Al rechazar a Coré y sus compañeros en la conspiración, Dios estaba afirmando la cabeza de Israel y preservando el lazo del pacto con el pueblo.

La rebelión comenzó, aparentemente, con Coré. Como miembro de la tribu de Leví, intentaba lograr el sacerdocio por sí mismo. Sin embargo, convenció a los rubenitas, Datán y Abiram, para que se le unieran. Como rubenitas, estos dos tenían celos de la tribu de Leví que, mediante Moisés y Aarón, proveía el liderazgo de la nación. No obstante, estuvieron dispuestos a unirse al levita Coré con el fin de oponerse a Moisés, por medio de quien hablaba el Señor, pidiendo obediencia al pacto. La rebelión estuvo claramente dirigida contra la cabeza establecida por el Señor, y de ese modo contra él mismo. Pilato y Herodes se hicieron amigos en su rechazo de Jesús.

El castigo fue de acuerdo al pecado. La tierra se abrió y los tres descendieron vivos al Seol (para usar las palabras de la Escritura). Con ellos fueron tragadas sus familias y los compañeros de la conspiración.

Aquello fue una ilustración clara de que entre el pueblo del pacto no había lugar para ellos. Fueron desarraigados con sus familias. Sus nombres pasarían con ellos, y sus sepulcros no serían recordados.

**Pensamiento clave:** *El Señor preserva la cabeza del pueblo.*

**El rechazo de la cabeza.** Siguiendo el mandamiento del Señor, los israelitas habían regresado al desierto. Allí peregrinarían por cuarenta años, y toda persona de 20 años de edad o más perecería allí. Tal vez por causa de ese castigo algunos regresaron al Señor y fueron salvados para la eternidad. Pero debe haber habido otros que endurecieron sus corazones.

Ahora que no había Canaán a la vista, sólo les esperaba la muerte en el desierto. Ya no había esperanza que les sirviese de aliento o de lazo de unión. Los lazos entre los israelitas se deben haber debilitado mucho. Del mismo modo deben haberse debilitado los lazos con su cabeza Moisés, mediante quien el Señor los guiaba. Sus vidas personales estaban llenas de dificultades, su vida familiar se había corrompido, y su vida nacional amenazaba de desintegrarse. Finalmente terminaron por rechazar a su cabeza. Con todas sus quejas y todas sus rebeliones, finalmente llegaron al punto de donde no hay retorno.

Coré era levita (miembro de la misma tribu de Moisés y Aarón), quien comenzó a envidiar sus posiciones como líderes del pueblo ¡Si al menos pudiese algún día llegar a ser sumo sacerdote! En ese caso la vida le depararía alguna alegría, aunque tuviese que peregrinar por el desierto. Por lo menos podría disfrutar de cierto honor y resplandor exterior. El por sí solo no estaba en condiciones de desafiar a Moisés y Aarón, así que despertó el descontento entre otros. Pensó en la tribu de Rubén, el hijo mayor de Jacob, una tribu que envidiaba el liderazgo confiado a la tribu de Leví. Se complotó con dos rubenitas, Datán y Abiram. Coré sería el sumo sacerdote, y los 250 hombres que se les unieron en la rebelión serían sacerdotes. Datán y Abiram serían puestos al frente de asuntos no espirituales.

Con más de 250 hombres se presentaron ante Moisés y Aarón, afirmando que *todos* los hombres en Israel eran santos al Señor y capacitados para ejecutar el servicio especial del Señor. Acusaron a Moisés y Aarón de no interesarse en otra cosa sino en prosperar sus propias carreras.

¿Cómo podía suceder semejante cosa después de todas las señales que el Señor les había dado a través de Moisés? Estos hombres no conocían ni honraban al Señor. Inmediatamente olvidaron las poderosas obras del Señor. A menos que la fe nos capacite para ver la gracia de Dios demostrada en sus poderosas obras, no reconoceremos la maravilla de dichas obras, y en consecuencia no harán una impresión duradera en nosotros. Aceptar al Señor también significa recibir a aquel a quien el Señor ha establecido como Mediador y cabeza. Los rebeldes afirmaron que querían servir al Señor, pero al rechazar al hombre establecido por Dios, estaban rechazando al Señor mismo.

Aún hoy, muchas personas insisten en que quieren servir al Señor y honrar a Dios, pero rechazan a Cristo el Mediador y Cabeza. Si el Cristo no es rey sobre toda nuestra vida, Dios realmente no es nuestro Dios.

De esa manera Coré y sus compañeros de rebelión rechazaron al Señor y el pacto que había hecho con Israel. Entre el pueblo de Dios, nadie puede dirigir sino aquellos a quienes el Señor ha llamado a posiciones de liderazgo. Si los rebeldes hubiesen logrado colocarse a sí mismos en posiciones de liderazgo, el pacto se habría roto e Israel habría sido destruido como pueblo del pacto. ¿Qué haría el Señor ahora?

**La lucha del mediador.** Cuando Moisés escuchó a los rebeldes, cayó a tierra sobre su rostro. ¿Cómo podían rechazar el llamamiento del Señor y con ello al Señor mismo? ¿Qué pasaría ahora con Israel? El Señor desahogaría su ira. De otra manera todo Israel sería destruido.

Moisés probó a los rebeldes. A la mañana siguiente los 250 hombres debían presentarse con incensarios, encenderlos y echar incienso en ellos. Entonces el Señor revelaría al sacerdote escogido por él. Era como si Moisés les recordara la muerte de Nadab y Abiú, quienes también habían intentado ofrecer sacrificios a su propia manera, pero habían sido heridos por el fuego de la presencia de Dios.

Moisés les hizo una advertencia: "Ustedes los levitas son la tribu escogida para servir en el santuario, aunque no todos pueden ser sacerdotes. ¿Porqué no se muestran agradecidos por ese privilegio en vez de anhelar más de lo que el Señor les ha dado? Su rebelión no es contra Aarón, sino contra el Señor". Pero la advertencia de Moisés no tuvo efecto. Los rebeldes no tomaron en cuenta al Señor ni reconocieron su derecho de llamar al que él mismo escogiere.

Datán y Abiram no estaban presentes en esta reunión, pero Moisés había sido informado de su participación. Moisés los citó, pero ellos se rehusaron a concurrir, diciendo: "Con una promesa falsa nos sacaste de Egipto, y ahora nos dejas morir aquí en el desierto. No has guardado tu promesa. Hiciste todo eso solamente para establecerte a ti mismo como nuestro líder. Sólo estás interesado en tu propia posición".

Esta respuesta despertó el enojo de Moisés. En oración pidió al Señor no aceptar la ofrenda de incienso en aquellos rebeldes, afirmando que nunca había buscado su propio bien y que jamás había intentado dañar al pueblo. Moisés sabía que el Señor no honraría la ofrenda de los rebeldes, pero ahora en su oración pedía que también los rechazara y les demostrara su enojo divino.

Moisés oró para conservar su posición como cabeza de la nación, pero no era su interés personal lo que le preocupaba. La preservación del pacto y de la nación dependía del hecho de que él siguiese como mediador. El rechazo de los 250 rebeldes tendría que demostrar que Moisés seguía siendo mediador. Por eso volvió a insistir en que los desconformes apareciesen a la mañana siguiente con sus respectivas respuestas.

Qué bueno era que Moisés guardase su lugar como mediador y cabeza, puesto que se jugaba la salvación de Israel. También, qué bueno es que el Señor Jesucristo siga siendo mediador y cabeza aun cuando muchos lo rechazan. También él ora contra sus adversarios para que su pueblo pueda ser salvado. Su intención es asegurar el pacto de Dios con su pueblo.

**Una respuesta a la oración del mediador.** A la mañana siguiente, Coré y sus seguidores trajeron sus incensarios a la entrada del tabernáculo de reunión. ¿Cómo se atrevieron a hacerlo? ¿Acaso no recordaban lo que Dios había hecho con Nadab y Abiú? En su incredulidad eran ciegos, no solamente a la gracia del Señor, sino también a sus juicios.

Coré había reunido a toda la congregación de Israel. Cuando todos ellos estuvieron reunidos, la gloria del Señor apareció ante la asamblea. El Señor ordenó que Moisés y Aarón se apartasen de los demás, porque se proponía destruir toda la asamblea. Pero los dos líderes se postraron y oraron, diciendo: "Algunos han pecado, especialmente una persona, Coré. No es que toda la nación ha roto su unión contigo, puesto que nosotros, los representantes de Israel, seguimos firmes en bien de toda la

nación. Por lo tanto, no puedes rechazarlos a todos''.

Evidentemente, el pueblo se había retirado a sus tiendas al ver la gloria del Señor. Siguiendo el mandamiento del Señor, Moisés les dijo a todos que se apartasen de las tiendas de Coré, Abiram y Datán. Cuando los rebeldes muriesen una muerte asombrosa, entrando con vida al Seol, el pueblo vería que Dios había establecido a Moisés por cabeza del pueblo, y que Moisés no se había puesto por propia iniciativa en dicha posición.

Apenas había dejado de hablar cuando la tierra se abrió. Los rebeldes, con sus familias y todas sus pertenencias fueron tragados vivos. Todo Israel huyó ante sus gritos. Además, el Señor hirió con fuego y consumió a los 250 hombres que habían querido ofrecer incienso por su cuenta. De esta manera y por el bien de Israel, el Señor afirmó a Moisés como cabeza del pueblo mientras los rebeldes eran quitados para siempre de la comunión con esa cabeza y con la nación.

Dios también sigue afirmando a Jesucristo como nuestra cabeza, con quien seremos unidos eternamente mediante una unión gloriosa. Romper relaciones con él significa destrucción y muerte. ¿Cuántos serán destruidos porque han escogido romper relaciones con él?

**Un recordatorio.** Siguiendo el mandamiento del Señor, Eleazar, el hijo de Aarón, dispersó a los vientos el fuego e incienso de aquellos 250 incensarios. Pero los incensarios mismos fueron traídos ante el Señor; eran santos, aunque los hombres que los habían llevado habían sido alcanzados por el castigo divino. Ahora esos incensarios debían ser transformados en placas de metal como una cobertura para el altar de la ofrenda quemada.

Aquellas placas de bronce serían un recuerdo constante ante los ojos de Israel de que el Señor había afirmado a Moisés como cabeza del pueblo, nadie que sirve al Señor puede tomar honor para su propia persona, y que todo el pueblo de Dios prospera solamente en comunión con su cabeza. Que no queramos nunca crear nuestro propio lugar en el reino de Dios. En cambio debemos servir agradecidos en la posición a la que el Señor nos ha llamado en comunión con el Señor Jesucristo.

## 50: Un sacerdocio próspero

*Números 16:41—17:13*

Cuando volvieron a levantarse murmuraciones, Moisés envió a Aarón en medio del pueblo con su incensario. Esa era la única forma que había quedado para tratar la situación. Esta vez Moisés no pudo decir que si Dios no perdonaba el pecado de su pueblo, lo borrase a él del libro de Dios, puesto que compartía su culpa. El pueblo había roto toda comunión con él y ya no lo consideraba su cabeza. Moisés tampoco podía seguir apelando al honor de Dios entre los paganos, porque Dios le había dicho que a través de la muerte de aquella generación llenaría la tierra de su gloria. Mucho menos podía razonar que no destruyera a toda la nación porque eran sólo unos pocos los que habían pecado. La verdad es que todos del pueblo se habían rebelado. La intercesión del sumo sacerdote, simbolizada por el incienso, era el último recurso disponible.

La verdadera intercesión no fue hecha por Aarón, sino por aquel de quien Aarón era sólo la sombra. Sólo por el sacrificio y la intercesión de aquel reuniría Dios a su pueblo. Aun cuando el pueblo desea romper sus relaciones con Dios, su comunión con él esta asegurada. Era preciso revelar a Israel el significado de la obra del futuro sumo sacerdote.

El florecimiento de la vara de Aarón no solamente señaló a éste como el hombre escogido de Dios, sino que también anticipaba que el oficio del sumo sacerdote, si era ejecutado conforme a las instrucciones de Dios, prosperaría y llevaría frutos. Aquel que ha sido nombrado por Dios el Padre también es ungido con el Espíritu Santo.

Doce varas fueron traídas al tabernáculo con la vara de Aarón representando a la tribu de Leví. En aquel entonces Manasés y Efraín deben haber sido considerados una sola tribu, es decir, José.

**Pensamiento clave:** *Aquel que es nombrado por el Señor también es ungido por el Espíritu Santo.*

**Ceguera espiritual.** El juicio sobre Coré, Datán, Abiram y los 250 hombres que trajeron incienso a la presencia de Dios, basados en su propia autoridad, aterrorizó al pueblo, pero sin lograr que se volviese a Dios. Sus corazones no temblaban ni siquiera ante la majestad de Dios. Culparon a Moisés y Aarón por la destrucción, como si Moisés y Aarón hubiesen ejercido una especie de poder mágico.

Los hombres que habían sido muertos habían sido líderes en el pueblo. A la mañana siguiente, el pueblo se levantó contra Moisés y Aarón acusándolos de dar muerte al pueblo del Señor y de pecar contra el Señor.

¿Cómo podían ser tan ciegos? Pero si no vemos la gracia del Señor de esa manera no creemos en él, tampoco podemos apreciar su majestad en la revelación de sus juicios. Siempre disponemos de otras explicaciones.

**Incienso expiatorio.** Cuando el pueblo se reunía en oposición a Moisés y Aarón delante del tabernáculo de reunión, la nube sobre el tabernáculo lo cubrió de una manera peculiar, semejante al día cuando el tabernáculo recién había sido levantado. La gloria del Señor volvía a resplandecer a través de la nube.

El Señor dijo a Moisés y Aarón que se separasen del pueblo porque se proponía consumirlo. El castigo descendió instantáneamente. Uno por uno, el pueblo comenzó a caer a tierra, herido de muerte repentina.

Horrorizados, Moisés y Aarón cayeron sobre sus rostros, aunque Moisés comprendía que ya no había base para orar en favor del pueblo. El único recurso al que se podía apelar ahora era el oficio del sumo sacerdote, que había sido instituido por el Señor mismo. El mismo quería la intercesión del sumo sacerdote con el incienso que subía, prometiendo que esa clase de oración tendría poder.

Nuestras oraciones humanas no tienen poder en sí mismas, porque nadie puede interceder delante de Dios en favor de otras personas. Sin embargo, la oración de Cristo tendría todo poder porque él se daría a sí mismo por el pueblo. La obra de Aarón simbolizaría la obra de Jesucristo como Sumo Sacerdote. La obra de Aarón tuvo su propio poder gracias a la obra de Cristo.

Por eso Moisés envió a Aarón en medio del pueblo con su incensario, que contenía incienso y el fuego del altar. Dondequiera que él pasaba, la plaga se detenía. Allí estaba Aarón en medio de los muertos y los vivos, abriendo un abismo entre el pueblo y el juicio. La plaga se detuvo, aunque unas 14.700 personas habían muerto.

**El próspero oficio del sumo sacerdote.** El pueblo ya había recibido una señal indicando que el Señor había colocado a Aarón en el oficio del sumo sacerdote. Para fortalecer la fe del pueblo de que Aarón había sido llamado por Dios, el Señor proveyó otra señal.

Moisés había de tomar la vara del jefe de cada tribu y escribir en ella el nombre de su tribu. Sobre la vara de la tribu de Leví debía escribir el nombre de Aarón. La tribu de Leví no había sido escogida por causa de los méritos de Leví. En su soberana buena voluntad, Dios había dado a esta tribu el privilegio de servirle en el santuario. Seguía en ese servicio gracias al llamamiento de Aarón, a quien Dios había escogido.

La vara de un hombre era señal de su poder, y la vara del jefe de una tribu era señal de su autoridad. Pero una vara no es más que una rama que ha sido cortada. Siendo una rama muerta, no tiene poder de volver a florecer.

Todo poder y autoridad entre los hombres ha sido cortado de la comunión con Dios y se ha convertido en rama seca. Sin embargo, mediante la gracia de su comunión Dios puede hacer que la vida vuelva a manifestarse en lo que había muerto, haciéndolo florecer. El puede transformar la autoridad en bendición. Nadie *merece* ser sacerdote y de esa manera una bendición a los demás. Solamente una persona llamada por Dios recibirá el Espíritu de comunión de Dios para convertirse así en bendición.

Conforme a esto, Dios prometió que la vara de su escogido volvería a florecer. Moisés debía colocar las doce varas en el santuario. Al día siguiente las sacó de allí, y ¡he aquí, la vara de Aarón había brotado e incluso había producido almendras! ¡Un milagro! La madera muerta había cobrado vida. En una sola noche había llevado fruto.

La vida humana, que había muerto espiritualmente y ya no podía servir al Señor, recibió nueva vida en el Señor Jesús y él despierta vida nueva en aquellos que le pertenecen. Pero esto es algo que Jesucristo hace en quienes le reconocen como el Sumo Sacerdote escogido por Dios. El es una bendición eterna para el pueblo. Todos los que no lo recono-

cen perecerán. De esa manera Israel tuvo que reconocer a Aarón como el sumo sacerdote llamado por Dios, porque Aarón fue un tipo del Cristo.

**Humillándose.** Finalmente los israelitas reconocieron la señal. En la renovación de la vida de aquella vara, el pueblo percibió algo de la gloria del Señor. Muy atemorizados, se dirigieron a Moisés, diciendo: "He aquí nosotros somos muertos, perdidos somos, todos nosotros somos perdidos".

No queda claro si aquella fue una expresión de genuina humildad. En todo caso, el pueblo se inclinó ante Dios, lo que siempre constituye el primer paso de la fe.

A la orden del Señor, Moisés colocó la vara que había florecido en el santuario delante del arca, a fin de testificar al pueblo. Aquellos que reconocían la soberana elección de Dios vivirían, pero quienes rechazaban al escogido morirían.

# 51: El Dios viviente

*Números 20:1-13*

El pecado de Moisés en Meriba no fue el hecho de golpear la roca. Su pecado fue la infidelidad al llamamiento como mediador. Hasta aquel momento siempre había sido capaz de trasmitir la queja al Señor, cuando el pueblo se levantaba en murmuraciones. Las relaciones del pueblo con Dios no eran correctas, pero cuando el pueblo se presentaba ante Moisés, éste trasmitía el problema al Señor. En ese sentido era un verdadero mediador, porque no tomaba el lugar del Señor, mas demostraba que de veras hay un Dios viviente.

No era posible que el Señor se convirtiese en un mero símbolo, en un ídolo en un nicho, en tanto que Moisés y su vara pasaban al primer plano. Sin embargo, debido a que Moisés se sentía profundamente desalentado en Meriba, consideró la queja como un ataque personal. Como si tuviese que hacerlo todo él mismo, preguntó, diciendo: "¿Acaso hemos de hacer brotar agua para ustedes de esta roca?" El Señor había sido eclipsado por Moisés y Aarón. Ahora ni Moisés ni Aarón veían al Señor como el Dios viviente, el Dios de toda gracia, el Dios que sostiene a su pueblo a través de las penurias del desierto.

Por eso el Señor los reprochó, diciendo: "No creísteis en mí, ni me santificasteis ante los ojos de los hijos de Israel". Debido a que Moisés y Aarón se habían excedido en su autoridad y actuado como Dios delante del pueblo, ahora debían ser alejados de sus posiciones entre Dios y el pueblo. Esa es la medida del celo de Dios en cuanto a su honor y su relación del pacto con su pueblo. No importa con cuantos pecados el pueblo haya perdido sus derechos, el pueblo sigue siendo *suyo*.

**Pensamiento clave:** *El Señor se santifica a sí mismo como el Dios de su pueblo.*

**El nombre del Señor profanado por el pueblo.** Finalmente el tiempo de la peregrinación en el desierto estaba llegando a su fin. En el primer mes del cuadragésimo año, el pueblo se hallaba en el desierto de Zin y acampó en Cades. Allí murió y fue sepultada María, la profetisa. Tampoco le fue permitido a ella entrar en Canaán, porque antes ella se había separado de Moisés, buscando lo que no merecía. Sólo los obedientes pueden servir a Dios.

En Cades todo el pueblo se reunió. No hubo grupos de hombres que saliesen a buscar agua y pastos para su rebaños. Todo debía ser preparado para la marcha final. Ya había llegado el momento. Era hora de proseguir a Canaán.

Puesto que había tanta gente reunida en un espacio tan limitado, el suministro de agua pronto se convirtió en un problema. Una vez más, después de cuarenta años el pueblo habló contra Moisés. La sed constituía una amenaza de muerte. Sus rebaños estaban muriendo. Pero, ¿qué podía hacer Moisés? Con todo, el pueblo no clamó al Señor.

Cuando llevamos nuestras quejas a seres humanos, estamos concurriendo al lugar equivocado. Si llevamos nuestras quejas a hombres, estas mismas quejas siempre vuelven a nosotros. Nuestro sufrimiento se hace más intenso y nos sentimos más inclinados a la rebeldía.

El pueblo se quejó ante Moisés y se rebeló contra él. Hasta llegaron a decir que hubieran preferido morir con la generación anterior en el desierto que perecer en Cades por falta de agua. El pueblo subrayó las desventajas del lugar. No había granos, ni un solo higo, ni viñas, ni granados, y, por supuesto, no había agua para tomar. En nuestras rebeldes quejas, actuamos de la misma manera.

Al quejarse ante Moisés, el pueblo estaba profanando el nombre del Señor. Actuaban como si Moisés fuese el Dios del pueblo, y no el Señor. Para ellos, el Señor ni siquiera existía. La relación verdadera y vital del pacto, en la que ellos eran del Señor y el Señor era su Dios, no tenía significado para ellos. Para ellos, el Señor no era el Dios viviente; era más bien como un ídolo muerto. Moisés, en cambio, era todo para ellos. La única forma de encontrar al Señor y vivir en comunión con él es mediante la fe.

**El nombre del Señor profanado por Moisés y Aarón.** Moisés siempre había sabido desviar estas acusaciones de su propia persona y trasmitir las quejas del pueblo al Señor. Siempre había sido un verdadero mediador, sin colocarse en el lugar del Señor. Siempre había sabido manejar las quejas, teniendo presente que no eran asunto suyo sino del Señor. Pero ahora había llegado al punto en que no las soportaba más. Se llenó de amargura.

Junto con Aarón se volvió al tabernáculo de reunión. Juntos cayeron sobre sus rostros y la gloria del Señor volvió a aparecer sobre ellos. El Señor dijo a Moisés que hablase a la roca ante el pueblo reunido y que la roca daría agua. Junto a la roca había de invocar el nombre del Señor, apelando a la misericordia de Dios en su pacto. Así el Señor se revelaría. La vara, la señal de que Dios estaba con él, debía estar en su mano mientras haría esta invocación.

Pero Moisés estaba amargado y desalentado. A su juicio, pensaba que tenía que ayudar personalmente al pueblo. Moisés y Aarón no estaban considerando al Señor como el Dios a quien pertenecía este pueblo en forma exclusiva. Parado ante la roca, Moisés gritó hacia el pueblo, diciendo: "¡Ahora oigan ustedes, rebeldes! ¿Hemos de hacer brotar agua para ustedes de esta roca?" Ya al límite de su paciencia, no se acordó del mandamiento del Señor de invocar su nombre. En su lugar golpeó dos veces la roca, como si su propia fuerza y su vara debiesen proveer la salvación de aquel día.

**La respuesta del Señor a Moisés y Aarón.** Para vergüenza de Moisés y Aarón, el agua salió inmediatamente de la roca y el pueblo pudo beber. Pero el Señor anunció a los dos líderes que ellos no introducirían a Israel en Canaán, porque se habían colocado en el lugar del Señor. No habían dirigido al pueblo al Señor. En cambio, se habían comportado como si ellos mismos tuviesen que solucionar aquel problema del pueblo, como si pudiesen realizar milagros mediante la vara. Esto ocultó al Señor de los ojos de Israel.

No hay nada que el Señor anhele tanto como el ser revelado a su pueblo. En efecto, Israel era su pueblo porque Dios pertenecía a ellos y ellos pertenecían a Dios. Solo él debía ser honrado por ese pueblo como el Dios viviente. Nadie debe eclipsar su nombre. Es por eso que Moisés y Aarón fueron castigados con tanta severidad.

Moisés y Aarón habían fracasado como mediadores. Solamente existe *un* mediador que nunca ha fracasado y que nunca oscureció la gloria del Señor. Cuando este mediador transitó la tierra, supo decir: "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste" (Jn. 17:6). A través de él vemos la gloria del Padre.

Cristo también expió por el pecado de Moisés cometido durante su función de mediador. El Señor transformó en honra la deshonra causada por Moisés a su nombre. El Señor también fue santificado en Moisés. Como resultado de este juicio sobre Moisés, el pueblo veía con mayor claridad lo que el Señor quería ser para con el pueblo de su pacto.

No obstante, Moisés recibió la gracia de Dios. Mediante la expiación de Cristo, todo lo pecaminoso en el servicio de Moisés fue borrado; sólo quedó aquello en lo cual había sido fiel. Por eso la conclusión final de las Escrituras respecto de su persona es que fue fiel en toda la casa de Dios.

Pero esta gracia no es solamente para Moisés. En la vida de todos los creyentes será borrado todo lo pecaminoso. Sólo permanecerá para siempre su servicio al Señor.

**Respuesta del Señor al pueblo.** El pueblo debe haberse asombrado al ver agua brotando de la roca a pesar de su rebeldía. Sin duda también estaban avergonzados. ¿De dónde salió aquella agua? Si tenemos un buen entendimiento de estos asuntos, diremos que el agua provino de la gracia y misericordia (del amor constante) de Dios. Un día, el Cristo expiaría por el pecado del pueblo; por eso hubo misericordia y perdón una y otra vez.

Cuando el pueblo miró a la roca de donde el agua fluía con tanta abundancia, los creyentes del pueblo deben haber pensado en el Redentor, en el Angel del pacto, de quien la bondad de Dios había brotado una y otra vez. De esa manera aquella roca también debe haber simbolizado al Cristo. Mediante esta forma de hablar a sus corazones, el Señor fue santificado en ellos. Una vez más sólo el Señor fue grande en medio de ellos.

No obstante, el juicio sobre Moisés y Aarón también fue un juicio sobre el pueblo. ¡Cuán severamente fueron castigados todos ellos! Por medio de su rebelión habían empujado a Moisés y Aarón hasta el punto de olvidar al Señor. El pueblo había atrapado a sus líderes, cosa que ha ocurrido con tanta frecuencia en la historia. Es probable que a través de

este juicio muchos de ellos volviesen en sí. Mediante la confesión de su culpa, el Señor fue glorificado entre ellos, porque el Señor es realmente grande para nosotros cuando por causa de nuestros pecados nos humillamos delante de él.

## 52: Humillación

*Números 20:14—21:9*

Edom no permitió que Israel pasara a través de su territorio. Edom se consideraba autosuficiente, pero también obraba bajo la influencia de su odio hacia Jacob como heredero de la promesa. Por eso el Señor ordenó a los israelitas a dar la vuelta por el territorio de Edom en vez de abrirse camino a través de él. Esto significó una humillación para Israel.

Deberíamos recordar que en el viaje alrededor de Edom el Angel del Señor iba delante de los israelitas. El era respetuoso para con Edom y se humilló a sí mismo. Este Angel era el Cristo quien vino no para ser servido sino para servir. Este Cristo también lavó los pies a los discípulos y les ordenó hacer lo mismo entre ellos. Aquí se percibe la falta en la autosuficiencia de los hombres y las naciones. El pueblo de Dios debe aprender a humillarse a sí mismo.

Aun antes que hubiesen vuelto los mensajeros, Israel comenzó su viaje hacia el monte de Hor. Allí murió Aarón. Mediante su pecado en Meriba, Aarón había ejecutado sus deberes de sumo sacerdote de tal modo que aparentemente había proclamado su autosuficiencia. Moisés y Aarón no habían trasmitido las quejas del pueblo al Señor. Cuando Aarón fue despojado de sus vestimentas, quedó claro que el sacerdocio había sido contaminado. Pero cuando esas mismas vestimentas fueron puestas sobre Eleazar, Israel tuvo que entender que el sacerdocio estaba basado sólidamente en la gracia de Dios.

En la batalla con el rey de Arad, el pueblo juró aniquilar completamente las ciudades de aquellos cananeos. ¡Por cierto, podían haber utilizado el botín de aquellas ciudades en su viaje a través del desierto! Sin embargo, esas ciudades habían sido destinadas totalmente al Señor. Por eso el botín de Arad también era totalmente del Señor. Ciudad y botín fueron puestos bajo anatema.

La serpiente de bronce sobre el asta es una señal de la victoria sobre la corrupción. De esta manera simboliza al Cristo. Aquel que fue hecho pecado por nosotros, fue levantado en una cruz. En ella fue rechazado y vencido el pecado que pendía sobre él.

El hecho que los israelitas pidiesen por la intercesión de Moisés cuando fueron mordidos por las serpientes demostró que ahora los animaba un espíritu diferente que el manifestado anteriormente. Ahora vemos que desde la profundidad de su humillación dirigen su mirada al Señor. Esto lo aprendieron de su necesidad de mirar a la serpiente de bronce.

**Pensamiento clave:** *En su humillación, el pueblo aprende a mirar al Señor.*

**Humillados ante los ojos de Edom.** Estando en Cades, en el desierto de Zin, el pueblo se preparó para su viaje a Canaán. El pueblo había acampado al sur de Canaán, pero no quería entrar a la tierra por el sur. Debido a las colinas altas en esa zona, la tierra sería muy difícil de conquistar. Moisés quería rodear la tierra por el este, pero eso significaría atravesar el territorio de Edom.

Los edomitas eran descendientes de Esaú, y en ese sentido hermanos de los descendientes de Israel (Jacob). Esaú y Edom se habían apartado de la promesa del pacto de Dios. Los edomitas se consideraban autosuficientes y no sentían necesidad del Señor. Pero en lo profundo de sus corazones odiaban a los israelitas debido a la bendición de la promesa.

Cuando Moisés envió mensajeros para pedir permiso de atravesar la tierra de Edom, con la reiterada promesa de que Israel no tomaría nada, ni causaría daño alguno, los edomitas respondieron negativamente debido a su autosuficiencia y su odio hacia la nación hermana. Los edomitas incluso enviaron ejércitos para defender sus fronteras contra Israel.

¡Qué irritante debe haber sido esto para Israel! ¿Acaso abrirían ahora por la fuerza el camino a través de la tierra? No, porque el Señor les ordenó rodear la tierra de Edom siguiendo el camino largo y difícil del sur, a través del desierto.

¡Qué humillación fue esto ante los ojos de Edom! Pero la humillación no fue solamente para Israel. Delante de Israel, en la señal de la nube, iba el Angel del Señor, es decir, el Cristo. *El* también viajó alrededor de Edom, humillándose a sí mismo ante Edom. En realidad, Cristo vendría tiempo después, no para gobernar o quitar con la fuerza cuanta cosa se opusiera a su camino, sino para servir. Cristo supo renunciar a sus propios derechos, para que los derechos de Dios pudiesen prevalecer. Es precisamente lo que ocurrió en esta ocasión. Algún día Dios vendría para juzgar a Edom, pero el Cristo que vendría para

revelar el amor de Dios que busca a los perdidos, viajaba alrededor de Edom.

¡Cuánto se humilló el Cristo en la tierra! Solo él pudo renunciar a sus derechos por amor a Dios. También lo hizo por amor a nosotros, para expiar por la búsqueda pecaminosa de nuestros propios intereses. Mediante su Espíritu desea despertar en nosotros el deseo de humillarnos por amor a Dios. Fue eso lo que hizo en Israel, porque el pueblo le siguió de buena gana en su ruta alrededor de Edom.

**Sacerdote por gracia.** Aun antes de haber regresado los mensajeros de Edom, es decir, antes que el pueblo supiera que debería tomar la ruta larga alrededor de Edom, emprendieron un viaje al monte de Hor. Allí Dios les reveló que el tiempo de Aarón se había cumplido. Dios ordenó a Moiés a subir el monte con Aarón y Eleazar, el hijo de Aarón. Allí debía despojar a Aarón de sus vestimentas sacerdotales y ponerlas sobre Eleazar. Luego Aarón moriría.

Allí iban los tres rumbo a la montaña. El viaje fue difícil, especialmente para Aarón. En la cumbre de la montaña fue despojado de sus vestimentas sacerdotales, porque, debido al uso incorrecto que había hecho del sacerdocio en Meriba, había perdido su derecho a esas vestimentas. En Meriba no se había comportado como siervo de Dios; había querido ser algo en su propio derecho. Ahora era condenado ese sacerdocio pretencioso. Aarón no sería el sumo sacerdote de Israel en el momento de entrar a Canaán.

En el castigo de Aarón todo el pueblo fue condenado y humillado. El carácter rebelde del pueblo había impulsado a Moisés y Aarón al pecado. Ahora el pueblo era castigado mediante la muerte de este líder. Sin embargo, el oficio del sumo sacerdote sería perpetuado en la persona de Eleazar. Esto dejaría totalmente aclarado al pueblo que el oficio del sacerdocio permanecería entre ellos sólo por la pura gracia de Dios.

Para Aarón aquello fue una humillación por cierto. No obstante, aun en su muerte podría devolver el oficio sacerdotal a las manos del Cristo de quien lo había recibido. El Cristo expiaría por su pecado también. Algún día Aarón, junto con todos los creyentes, sería para siempre sacerdote de Dios en el nombre de Cristo.

**La tierra de Arad destinada al juicio de Dios.** En el camino al monte de Hor los israelitas fueron atacados por el rey de Arad que vivía en el sur de Canaán (el Neguev). Este rey incluso capturó a algunos israelitas.

El pueblo de Arad era un pueblo cananeo y, por lo tanto, debía ser destruido, y no preservado como Edom. Los israelitas juraron que si el Señor los acompañaba en la batalla, ellos destruirían completamente las ciudades de Arad y cuanto había en ellas. Los israelitas dedicarían aquellas ciudades al Señor y a su juicio. El Señor estuvo del lado de los israelitas y las ciudades del sur fueron tomadas y entregadas al Señor conforme al voto. El resto de la tierra de Arad fue destruido tiempo después cuando los israelitas hubieron ocupado la tierra de Canaán.

Los israelitas podrían haber hecho buen uso del botín de Arad en su viaje a través del desierto. Pero habían prometido entregar todo al Señor, y eso fue precisamente lo que hicieron. Ahora demostraron un espíritu diferente al que habían manifestado anteriormente. Solamente querían ser instrumentos en las manos del Señor. Este destinar de las ciudades de Arad para la destrucción fue una profecía acerca de la aniquilación de todos los cananeos. También era una profecía que señalaba a aquel día cuando todos los enemigos de Dios perecerán. En aquel día el Cristo tendrá la victoria y su pueblo juzgará al mundo.

**Mirando a la serpiente de bronce.** Después de la batalla contra el rey Arad, Israel siguió viaje bajo la dirección del Angel del Señor, rumbo al sur y alrededor de la tierra de Edom. Ahora transitaban voluntariamente el sendero de la humildad. Sin duda, en el camino el Señor les suministraría todo lo necesario.

Pero en este viaje tampoco disponían del agua suficiente. Inmediatamente volvió a debilitarse la fe del pueblo, y éste volvió a levantarse contra Moisés. De pronto olvidaron las misericordias de Dios. Ni siquiera se acordaron del maná.

Nuevamente el Señor volvió a confrontarlos en su ira. Esta vez envió serpientes venenosas en medio del pueblo y muchos murieron. Entonces confesaron que habían pecado contra el Señor y contra Moisés, y pidieron que Moisés orase por ellos. Ciertamente demostraron un espíritu diferente al que habían alentado antes. Allí yacían humillados en su miseria y culpa, mientras los orgullosos edomitas miraban triunfantes desde las alturas. No obstante, aquel miserable pueblo de Israel era muy superior al confiado pueblo de Edom, porque Dios se revelaría en su gracia a

Israel. Nuestras vidas son ricas gracias solamente a lo que vemos y recibimos de la gracia de Dios.

Siguiendo la orden del Señor, Moisés hizo una serpiente de bronce y la levantó sobre un palo. Toda persona mordida por una serpiente sanaría por el hecho de mirar a esta serpiente de bronce. Por supuesto, la serpiente de bronce en sí no poseía ningún poder sanador. Se trataba solamente de una señal de que la decadencia del pecado era conquistada por la gracia de Dios.

Esta exhibición de la serpiente de bronce era una profecía de la exhibición del Cristo como aquel que fue maldito por nosotros en la cruz. Toda persona que en fe mira a él será salvada.

El pueblo de la fe todavía es humillado en el mundo, pero en su medio está la revelación de la gracia de Dios mediante la cruz del Cristo. El pueblo de Dios no es autosuficiente. Pero es rico en la gracia de Dios.

# 53: Bendito por el Señor

*Números 21:10—24:25*

Después que los israelitas hubieron rodeado la tierra de Edom, conquistaron la tierra de Sehón, rey de los amorreos, y a Og, rey de Basán. Evidentemente los amorreos se habían extendido hacia el este fuera de Canaán al otro lado del Jordán, y habían conquistado la zona norte del territorio moabita. Originalmente esta zona de Transjordania, que una vez había estado en manos de los moabitas, no pertenecía a la tierra que Dios había prometido a Israel. Pero ahora que los amorreos se habían apoderado de ella, llegó a ser parte de la herencia de Israel.

Mientras Israel recorría el límite este de Moab, Moab trató correctamente a Israel. Tal vez en ese momento los moabitas pensaban que Israel perdería su batalla con Sehón. Pero cuando Israel hubo conquistado a Sehón y Og, los moabitas sintieron temor ante la perspectiva de tener a Israel como vecino, si bien Israel no tenía planes de atacar a Moab.

Aparentemente Balaam procedía de un linaje de videntes y magos, pero él había oído de las poderosas obras de Dios en favor de Israel. Los rumores acerca de los israelitas se habían extendido hasta la mesopotamia. Las palabras de Balaam también nos recuerdan las profecías del tiempo de los patriarcas. ¿Había escuchado Balaam esas palabras, o es que le fueron sugeridas por el Espíritu del Señor, sin que Balaam supiera que habían sido pronunciadas en forma profética antes de esos días?

Cualquiera fuese el caso, Balaam tenía algún conocimiento del Dios viviente. No debemos considerar ese conocimiento como simples rumores acerca de las obras que Dios realizó en favor de Israel. Era un conocimiento arraigado en un conocimiento más general acerca de Dios, que había sido preservado desde tiempos antiguos.

Es curioso que el Angel del Señor haya aparecido a Balaam y que no le era desconocido. Evidentemente, el Angel del pacto no apareció por vez primera a Abraham. Esta manifestación ya era conocida a los pueblos antes de los tiempos de Abraham. Por eso Eliú también pudo hablar de él

(Job 33:23). Por lo tanto, debemos tener presente que el Señor se había revelado antes a Balaam, quizá a través del Angel del pacto.

Vemos a Balaam vacilar entre dos opiniones. Por un lado lo vemos practicar la adivinación y la brujería, y por el otro recibe revelaciones del Señor. Aparentemente el Señor no se había alejado totalmente de las naciones. Aquí tenemos las últimas señales de la lucha entre la revelación de la gracia de Dios en el pacto y las tinieblas del paganismo. Tampoco debemos olvidar que Dios concedió esta revelación a Balaam porque se proponía bendecir a Israel.

Sin embargo, Balaam no se sometió a la revelación de Dios. Al contrario, trató de manipular incluso esta revelación, cayendo en la trampa común en que suelen caer los que practican la magia. El verdadero propósito de la magia es lograr dominio sobre los poderes divinos, y de esa manera sobre la deidad, a fin de utilizarla en el logro de los propósitos personales. Al igual que Balac, Balaam todavía pensaba que poseía en sus manos tanto la bendición como la maldición. Pero en su camino hacia Balac, la aparición del Angel del Señor le demostró que estaba sujeto a la palabra del Señor, y que solamente podría decir lo que Dios pondría en su boca.

Balaam bendijo a Israel tres veces. Números 23:23 probablemente debe leerse como sigue: "Porque no hay brujería en Jacob, ni adivinación en Israel. En el momento señalado se le dice a Jacob y a Israel lo que Dios hace". En consecuencia, Balaam estaba profetizando acerca de la revelación de Dios en Israel en contraste con las adivinaciones, magias y brujerías que abundaban entre los paganos.

Cuando Balaam pronunció su cuarta profecía, habló de "lo que este pueblo (Israel) hará a tu pueblo en los postreros días". A la luz de la perspectiva profética debemos comprender la frase "los postreros días" como refiriéndose tanto a la primera como a la segunda venida de Cristo. Balaam dijo: "Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca" (Nm. 24:17). Aquí estaba profetizando acerca de los postreros días cuando una estrella saldría de Jacob.

**Pensamiento clave:** *El Señor revela que Israel es el pueblo bendito para siempre.*

**Tramando una maldición.** Cuando los israelitas terminaron de rodear a Edom, continuaron su viaje junto al límite occidental de Moab. A través de Lot, también los Moabitas eran parientes de Israel (Gn. 19:30-37). No se le había prometido a Israel la posesión de esta tierra; por eso los israelitas no invadieron el territorio de los moabitas.

Sin embargo, la parte norte del reino de Moab había sido conquistada por un cananeo, Sehón, rey de los amorreos. Los amorreos sí atacaron a los israelitas; sin embargo Dios entregó al poderoso Sehón en sus ma-

nos. Los israelitas también conquistaron el territorio al norte, la tierra de Og, rey de Basán. De esta manera, con la ayuda de Dios, una gran zona de Transjordania pasó a la posesión de Israel. También esto les fue prometido por el Señor como parte de la herencia.

Para los israelitas debe haber sido una sensación maravillosa estar transitando una tierra que sería de ellos, si bien todavía no estaban en la propia Canaán. El Señor literalmente entregó a sus enemigos en sus manos. Incluso el poder de los más poderosos fue quebrantado.

Al principio, Moab había permitido que Israel transitase tranquilamente junto a sus límites; pero ahora Israel acampaba precisamente al norte del territorio de Moab, junto al Jordán. Debido a aquellas asombrosas victorias sobre Sehón y Og, Bala, rey de Moab, comenzó a temer a Israel. Había un poder en Israel que no podía ser conquistado por la fuerza de las armas. Balac consultó con los ancianos de los madianitas que vivían en sus cercanías. "Ahora lamerá esta gente todos nuestros contornos, como el buey lame el pasto del campo".

Allí discutieron la posibilidad de introducir otro poder que pudiese quebrantar el de Israel. Sus pensamientos se volvieron a Balaam, un profeta y adivino de la Mesopotamia. En este momento había una extraña combinación de la adivinación común en los círculos paganos y la revelación del Dios viviente. Aparentemente, el Señor se revelaba a Balaam y al mismo tiempo le permitía continuar con sus adivinaciones.

El Señor tenía algunos planes sorprendentes para Balaam. A través de él se revelaría a todos los pueblos la bendición del Señor sobre Israel. Pero este profeta esperaba poder usar la revelación del Señor para su ventaja personal, tal como lo hacía con su magia y sus adivinaciones. Pero los planes del Señor eran diferentes. Los papeles serían cambiados. Sería el Señor quien utilizaría a Balaam.

No debemos usar la Palabra del Señor para hacer prosperar nuestros propios intereses. Al contrario, la Palabra del Señor está para poseernos a nosotros. Balaam no podía ni quería rendirse a la palabra del Señor; prefería seguir aferrado a su adivinación, con la cual finalmente perecería.

Este era el hombre a quien decidieron invitar. Israel era bendecido por el Señor, y esa bendición era su fuerza. Ellos pensaban que Balaam tenía poder sobre la bendición y la maldición, que su maldición podría quebrantar el poder de la bendición.

Cuando los mensajeros de Balac llegaron a Balaam con magníficos regalos, él los hizo esperar, indicando que de noche consultaría al

Señor. Allí comenzó a equivocarse Balaam. ¿Acaso no sabía que la petición provenía de los enemigos del pueblo del Señor, que también eran los enemigos del Señor? Balaam no estaba autorizado a prestarles sus servicios; pero tampoco estaba al servicio del Señor. Solamente se servía a sí mismo.

De todos modos, no se atrevió a aceptar enseguida el plan de ellos. Balaam presentía un conflicto con el pueblo del Señor acerca del cual había escuchado tantas cosas. ¿Sería posible que este pueblo hubiese pecado contra el Señor? ¿Acaso habría alguna forma de obligar al Señor a maldecir ese pueblo? ¡Cuán lejos estaba Balaam de ser motivado por el amor al Señor y su pacto! Balaam sacrificaba todas las demás cosas a fin de prosperar sus propios intereses. Especulaba con la posible infidelidad del pueblo del pacto, ¡como si el Señor no permanece eternamente fiel a este pueblo!

Durante la noche Dios vino a Balaam para preguntarle por aquellos hombres que pernoctaban con él. Con esta pregunta Dios quería demostrar a Balaam cuál era la intención de esos hombres en relación al favor que él estaba demostrando a Israel. Así Balaam podía comprender que estaba obrando injustamente. Respondiendo a las palabras de Balaam, Dios indicó que no debía acompañar a los mensajeros para maldecir a Israel, porque Israel era bendecido.

Pero Balac no se daba por vencido tan fácilmente. Un segundo grupo de delegados más grande y más influyente vino a Balaam. Se le prometieron recompensas aun mayores. Balac pensó que la negación de Balaam era solamente una forma de negociar más regalos. Pero esto fue negado explícitamente por Balaam, quien indicó que no podía ir contra la voluntad del Señor aun si Balac le prometía una casa llena de plata y oro. De todos modos, volvió a hospedar a los mensajeros durante la noche. Nuevamente consultaría al Señor, ¡como si el Señor no hubiese respondido ya una vez por todas! Balaam alentaba la diabólica esperanza de encontrar alguna fisura en el muro de la fidelidad de Dios con que rodeaba a Israel. En su primera negación, Balaam y Moab habían sido preservados. Ahora habría de revelarse a Sus enemigos la gloria de la fidelidad del Señor hacia su pueblo. En contraste con su persistente incredulidad sería aun más gloriosa la fidelidad de Dios.

Todos los planes de los enemigos de Dios no hacen sino promover en mayor medida el honor de su gracia y fidelidad. (Recuérdese Salmo 2.) En realidad, Israel era odiado y perseguido porque tenía la promesa del Redentor y por eso estaba seguro.

**Sujeto a la voluntad de Dios.** Debido a las palabras del Señor durante la noche, Balaam estaba limitado. Había comprendido que Israel era bendito y que él no podría hacer absolutamente nada contra la palabra de gracia que yacía sobre Israel. Sin embargo, mientras continuaba su viaje, volvió a despertarse en él la codicia por el honor y las recompensas, y por eso volvió a alentar la esperanza de que, por un motivo u otro, podría maldecir a Israel.

Debido a esta diabólica esperanza, se encendió la ira del Señor contra Balaam. El Señor envió a su Angel a encontrar a Balaam. Era el Angel del Señor, el Angel que había aparecido tantas veces a Balaam, el Angel que había guiado a Israel en el desierto. Este Angel era el Señor mismo, nuestro Señor Jesucristo. El encontró a Balaam para decirle que este pueblo, al que estaba guiando y en cuyo medio vivía, era bendito.

Cuando el Angel del Señor apareció a Balaam en el camino, éste no lo vio. Debido a su pecado de codicia, sus ojos habían sido enceguecidos. Si bien el Señor ya no nos aparece como lo hizo en el caso de Balaam, nuestro pecado también nos enceguece respecto de la gloria y de la gracia del Señor que nos ha aparecido en la persona de Jesucristo.

El asna en que cabalgaba Balaam vio al Angel del Señor y se apartó del camino. Debido a nuestro pecado, toda la creación está separada de Dios. Pero Dios va a revelarse nuevamente a toda la creación por amor de Cristo. Es por eso que en esta ocasión Dios pudo mostrar su gloria a un asna.

El Angel del Señor apareció tres veces sin que lo viera Balaam. Balaam golpeó tres veces al asna y ésta finalmente le habló reprochándole tan mal trato. El hecho de que el asna hablase fue un milagro, pero también es una señal de que la creación inferior se opone a quienes la oprimen. Dios nos ha puesto como reyes sobre su creación, a fin de utilizarla en su servicio, pero hacemos uso incorrecto de ella cuando sólo nos es un instrumento para satisfacer nuestras propias pasiones. El Señor Jesucristo dijo que las piedras clamarían de gozo a Su honor, pero también podrían hablar de nuestra vergüenza.

Al escuchar el asna hablar, Balaam se sintió avergonzado por la pasión y codicia que ardían dentro de él. Por medio de esta vergüenza Dios abrió sus ojos para que viese al Angel del Señor. Dios reprochó a Balaam por no haberlo visto, por ser enceguecido por la pasión. Es decir, el Angel del Señor se le presentó como enemigo que le hubiera dado muerte si el asna no se hubiera apartado del camino. Fue una demostración de misericordia de parte del Angel del pacto revelarse a Balaam

como enemigo. Así éste pudo inclinarse de todo corazón delante de Dios. De igual modo es una demostración de la misericordia del Señor Jesucristo acercarse y encontrarnos cuando estamos en camino equivocado.

Balaam se sintió aterrorizado. Dijo que estaría dispuesto a regresar, pero en lo profundo de su corazón no se sometía a la palabra del Señor. No se pasó al lado de Israel, mas seguía preocupado por sus propios intereses. El Angel del Señor no demandó su regreso; solamente demandó que Balaam dijese lo que le fue indicado decir. De esa manera Balaam no pronunciaría una maldición sobre Israel, sino solo bendiciones. ¡Si Balaam tan solamente hubiera aprendido a pronunciar esa bendición de todo corazón!

**Tres veces bendito.** Balac recibió a Balaam con grandes honores. Viajó hasta los límites de su tierra para encontrar a Balaam y le reprochó por haber vacilado tanto tiempo. ¿Acaso temía Balaam que el rey no podía darle cuanto deseaba? Recordando la lección que se le había dado en el camino, Balaam advirtió al rey que sólo podría decir lo que el Señor pusiese en su boca.

Balac ofreció un sacrificio, invocando el éxito de la empresa. Probablemente fue un sacrificio ofrecido al Señor a quien Balaam decía servir. ¡Qué abominación! Junto con el sacrificio, Balac hizo servir un banquete sacrificial.

Al día siguiente, de mañana, Balac llevó a Balaam a las alturas de Baal. Desde allí se podía ver una cuarta parte del campamento israelita. Balaam pidió que Balac sacrificase siete becerros y siete carneros sobre siete altares como ofrenda quemada al Señor. Con ello seguía recurriendo a los métodos paganos. Pero el Señor le vino al encuentro y le habló. Balaam llamó la atención del Señor a los sacrificios, tal como lo haría un pagano al hablar con sus dioses. ¡Pero aquellos sacrificios difícilmente agradarían al Señor! Luego el Señor puso en boca de Balaam las palabras que debía hablar.

Balaam profetizó, diciendo: "He sido citado para maldecir a Israel, pero, ¿cómo puedo maldecir a aquel a quien el Señor no ha maldecido? Como profeta veo a aquel pueblo delante de mí. El vivirá solo entre todas las naciones. Mientras todas las naciones perezcan, este pueblo será preservado. ¿Quién podrá contar a este pueblo? ¿Quién podrá contar solamente esta cuarta parte que ahora veo ante mi presencia? Y en el fu-

turo, ¿quién podrá contar a todos los que por la fe pertenecerán al pueblo del Señor? Es un pueblo al que el Señor ha justificado en el pacto. Al morir quisiera pertenecer a este pueblo".

Balac estalló en ira hacia Balaam porque había bendecido al pueblo de Israel. De todos modos, todavía tenía esperanza de poder tener la oportunidad de extraer una maldición sobre el pueblo. Por eso, condujo a Balaam a otro lugar desde el cual se podía ver el campamento, es decir, a las alturas de Pisga. Habiéndose hecho los mismos preparativos, el Señor volvió a aparecer a Balaam, poniendo nuevamente en su boca las palabras que debía decir.

Balaam profetizó por segunda vez, diciendo: "El Señor no es hombre que cambie de parecer para maldecir lo que una vez bendijo. En su pacto él es fiel a su promesa. No tiene motivos para maldecir a Israel, porque si bien el pueblo es pecaminoso, él perdona sus pecados y sana las miserias en que han caído como resultado de sus pecados. El Señor mismo habita en medio de ellos. Cantos de alabanza resuenan al nombre del Dios su rey. El los sacó de Egipto, y son invencibles. Entre ellos no hay magos ni adivinos, porque el Señor vive en comunión con ellos, revelándose a sí mismo y hablándoles directamente".

Fuera de sí por la ira, Balac prohibió a Balaam que siguiera hablando. No obstante, quería intentarlo una vez más, porque el poder de ese pueblo solo podría ser quebrantado por una maldición. Esta vez trajo a Balaam tan cerca de ellos que podía distinguir el orden de las tribus del campamento. Volvieron a hacer los mismos preparativos, pero esta vez Balaam no se apartó para conocer la voluntad del Señor. El sabía que el Señor le revelaría lo que había de decir. Sabía que estaba bajo el poder del Señor. El Espíritu del Señor descendió sobre él, de modo que pudo ver el futuro de Israel con ojos sobrecogidos de éxtasis.

Balaam prorrumpió por tercera vez en profecías, diciendo: "En el espíritu veo el destino futuro de Israel. ¡Cuán hermosas son tus moradas, oh Israel! ¡Qué abundancia de bendiciones del Señor! Tú eres inconquistable. Vencerás a todos tus enemigos. Eres la bendición de la tierra. Bendito todo aquel que te bendiga y maldito todo aquel que te maldiga".

En su desesperación Balac hizo salir a Balaam de su presencia. Luego lo provocó diciéndole que lo habría enriquecido si hubiera maldecido a Israel. El Señor, a quien Balaam decía obedecer, había impedido que el profeta recibiese ese honor. En respuesta, Balaam señaló que había advertido al rey de antemano. Ahora Israel había sido bendecido tres veces por el Señor, y públicamente se había declarado a las naciones paga-

nas lo que Dios, en su gracia, deseaba hacer por su pueblo. En el Cristo, el pueblo de Dios es indestructible. Este es el honor de la gracia del Señor.

**Los postreros días.** Antes de partir, Balaam dijo a Balac que todavía quería decirle lo que Dios haría en los postreros días. Nuevamente en estado de éxtasis, Balaam vio cosas que otros no podían ver. Esta vez su mirada penetraba al futuro lejano.

Primero profetizó acerca de la relación de Israel con Moab y Edom, los dos países que habían mostrado hostilidad hacia Israel. Balaam dijo: "No en el futuro cercano, sino en el futuro lejano, veo una estrella, un cetro que se levanta de Israel, esto es, un rey que destruirá a Moab y Edom". Así fue como Balaam profetizó acerca de David, y especialmente del gran hijo de David, el Mesías, aquel que conquistaría a todos los enemigos del pueblo de Dios, aquel que sería un rey eterno para su pueblo.

Después habló de los amalecitas, la primera nación que había atacado a Israel en su viaje a través del desierto. Esa nación sería destruida. Sería un ejemplo a todos los que odian al pueblo de Dios.

También habló de los ceneos, los descendientes del cuñado de Moisés, Hobab. Estos se habían unido a los israelitas y se habían asegurado una habitación a la sombra del pacto de Dios. Por lo tanto, no serían destruidos, sino hasta que un imperio mundial subyugase a todo el mundo.

Por último habló del juicio final mediante el cual perecerían hasta los imperios mundiales. ¿Quién podrá sobrevivir cuando Dios venga en juicio? Solamente el pueblo de Dios vivirá para siempre, y para siempre vivirá todo aquel que pertenece a dicho pueblo.

Habiendo dicho todo esto, Balaam siguió su camino. Gracias a la bendición del Señor, el pueblo del Señor estaba eternamente seguro.

## 54: La soberanía de la justicia de Dios.

*Números 25—36*

En Sitim prevaleció la justicia del Señor como resultado de las medidas tomadas por Finees. Aparentemente el pueblo vacilaba en someterse a esta justicia, puesto que demandaba la muerte de los pecadores. Solamente el paso que dio Finees condujo al pueblo a la completa sumisión. Esto lo comprendemos cuando comparamos la declaración de que veinticuatro mil hombres cayeron como resultado de la plaga, con lo que Pablo dice acerca de este asunto, es decir, que murieron veintitres mil (1 Co. 10:8). Aquellos veintitres mil murieron como resultado de la plaga en tanto que otro mil tuvieron que ser ahorcados. El pueblo vaciló en llevar a cabo la requerida ejecución y así la plaga continuó. Las medidas de Finees finalmente llevaron al pueblo a la sumisión.

La justicia de Dios también tuvo su victoria en el exterminio de los madianitas y la muerte de Balaam. Evidentemente Balaam había buscado protección entre los madianitas. Es posible que al caer en manos de los israelitas les haya dicho como los había bendecido, esperando escapar la muerte. Los israelitas deben haberse sentido impresionados al comprender que ellos mismos debían ejecutar el juicio sobre los madianitas, la nación con que anteriormente habían querido aliarse.

La justicia del Señor seguiría reinando sobre Israel en Canaán. La herencia sería distribuida conforme a suertes, es decir, conforme a la dirección de Dios. Además, Dios les daría instrucciones sobre los derechos de sucesión, de modo que cada tribu conservase la posesión heredada. Finalmente, la sangre derramada en la tierra de la herencia tendría que ser vengada. En el caso de un homicidio causado sin intención, las ciudades de refugio proveerían una salida, aunque no se cancelaría la culpa de aquellos que buscaban protección en ellas. También las muertes causadas sin intención son una de las miserias que resultan del pecado en general. Solamente la muerte del sumo sacerdote proveería completa liberación de la culpa. Como un símbolo del Cristo, el sumo sacerdote llevaría la culpa consigo al sepulcro.

Todas estas cosas debían enseñar al pueblo de Israel, que ellos vivían bajo la soberanía de la justicia divina. Dicha justicia no solamente sería restaurada por la muerte del Cristo, sino que, como resultado de su muerte, también alcanzaría dominio completo en gracia. La muerte de Cristo no nos libra de las demandas de esta justicia. Esta justicia nos controla, garantiza nuestro lugar entre los santos, y hace segura nuestra vida.

**Pensamiento clave:** *El pueblo del pacto vive bajo la soberanía de la justicia del Señor.*

**La victoria de la justicia del Señor en Israel.** El intento de maldecir a Israel había fracasado. Sin embargo, los moabitas y los madianitas, e incluso Balaam, seguían siendo enemigos de Israel. Después que Balaam había bendecido a Israel tres veces, encontró protección entre los madianitas. Ahora que la maldición de Dios no podía tocar a Israel, Balaam aconsejó a los madianitas a tentar al pueblo. Las mujeres madianitas y moabitas debían invitar a los israelitas a sus banquetes sacrificiales. Ciertamente el pueblo de Israel cedería ante semejante tentación, y de esa manera quebrantarían su pacto con el Señor.

Siguieron el consejo de Balaam. El profeta demostró tener una buena percepción de las debilidades del pueblo, porque este cayó inmediatamente en la trampa. Esto ocurrió mientras acampaban en Sitim, al este del río Jordán, listos para entrar en Canaán tan pronto como el Señor diese la orden. ¡Qué poco significado tenía para el pueblo el favor de Dios!

Se encendió la ira del Señor, y centenares murieron. El Señor ordenó que Moisés ejecutara a los jefes y a los jueces. Todos los culpables de este pecado, que era una violación de los derechos del Señor sobre la vida y sobre el servicio de su pueblo, debían ser ahorcados. Este quebrantamiento de sus derechos debía ser expiado por la muerte y una maldición sobre los pecadores.

Evidentemente el pueblo vaciló en llevar a cabo el mandamiento del Señor. No se sometieron a la justicia de Dios. En sus ojos, el honor del Señor no era lo más importante. El pueblo permaneció llorando junto a la puerta del tabernáculo de reunión. ¿Acaso daría el pueblo preferencia a su propia vida y a sus lazos personales antes que a los derechos de Dios?

Repentinamente el asunto llegó a un punto decisivo. Uno de los israelitas trajo a una mujer madianita al campamento a fin de pecar con ella. Esto fue una ilustración dramática de cómo el pecado ya penetraba el campamento israelita. El pecado se cometería mientras el pueblo permanecía llorando junto a la puerta del tabernáculo de reunión, negándose a vengar los derechos del Señor mediante la muerte de los pecadores.

Entonces el Espíritu del Señor entró en el corazón de Finees, hijo del sumo sacerdote Eleazar. Levantándose y dejando la congregación, dio muerte al israelita y a la mujer madianita con su lanza. Esta decisión valiente tuvo efecto en el pueblo, que en consecuencia se sometió a los derechos del Señor, dando muerte a los que habían pecado. Como resultado, la plaga que había causado la muerte de miles de israelitas como castigo del pecado, se detuvo.

Dado que Finees defendió los derechos del Señor, poniéndolos encima de toda otra cosa, el Señor prometió que el oficio del sumo sacerdote sería preservado en su linaje. Gracias a la acción de Finees, el pueblo se convirtió y reconoció la justicia del Señor, y la honró. En ese sentido Finees fue un precursor del Señor Jesucristo, quien amó la justicia divina tanto que dio su propia vida para satisfacerla.

La plaga se detuvo una vez que un israelita fue muerto por Finees y otros culpables del mismo pecado fueron ahorcados. Pero esto no significa que la muerte de una persona podía apaciguar la ira de Dios sobre todo Israel. En esta muerte del culpable, Dios estaba anticipando la muerte del Cristo, mediante la cual se haría expiación por el pecado y se restauraría la justicia divina. ¿Nos esforzamos también nosotros para que la primera cosa en el mundo y en nuestra propia vida sea el reinado victorioso de la justicia del Señor?

**La herencia de Israel.** Solo cuando la justicia de Dios había ganado la victoria en Israel otra vez, pudo el Señor hacer los arreglos para que Israel tomase posesión de la tierra. Ordenó a Moisés que tomase un censo conforme a las tribus y familias. El pueblo estaba en la presencia del Señor y aquella era una nueva generación. Todos aquellos que habían pecado junto a la frontera de Canaán cuando llegaron por primera vez allí, habían muerto en el desierto. Sólo Josué y Caleb cruzarían el Jordán junto con los demás. Esta nueva generación recibiría la tierra prometida.

Una vez conquistada Canaán, la tierra tendría que ser distribuida mediante suertes entre las tribus. La designación de la herencia correspondiente a cada tribu no se haría por ningún hombre, sino solamente por el Señor mismo. Las tribus echarían suertes y así cada tribu podría decir que había recibido su porción de tierra de manos del Señor. En consecuencia, también tendrían que servirle en esa tierra.

Ninguna parte que pertenecía a una tribu debía pasar a otra. Si un hombre muriera sin hijos, sus hijas heredarían su posesión, pero no podrían contraer matrimonio fuera de su propia tribu.

La tribu de Leví fue apartada para el servicio especial del Señor en el santuario. Cada tribu debía dar algunas ciudades y tierras de pastoreo alrededor de ellos a los levitas. De esta manera los levitas vivirían esparcidos entre todas las tribus. Puesto que la tribu de sacerdotes estaría en contacto regular con todo el pueblo, las tribus recordarían con mayor facilidad que toda la vida debía ser consagrada al Señor.

Debido a su pecado, a Moisés no le fue permitido introducir al pueblo a la tierra de Canaán. Moriría en una de las cumbres de la zona donde Israel acampaba en ese momento. Por eso el Señor le ordenó que impusiera sus manos sobre Josué en presencia del sumo sacerdote Eleazar y toda la congregación, designando así a Josué como su sucesor e invistiéndolo con algo de su autoridad. Moisés lo hizo así. El mismo había pedido al Señor designar un sucesor, para que el pueblo no fuese como ovejas sin pastor. Con este pedido, el mediador Moisés estaba pidiendo precisamente lo que Dios quería dar a su pueblo. Dios siempre nombraría un líder para su pueblo. Dios lo ha hecho con nosotros al darnos al Señor Jesucristo, a quien él mismo designó para nosotros.

Las tribus de Rubén y Gad y la media tribu de Manasés pidieron que Moisés les permitiera tomar posesión de la tierra que ya había sido conquistada al este del Jordán. Aquellas tribus tenían mucho ganado y la tierra al este del Jordán era excelente para pastorear los rebaños y las manadas. El Señor ordenó a Moisés dar a estas tribus lo que habían pedido con la condición de que sus fuerzas ayudarían en la conquista de Canaán. Las tribus prometieron hacerlo así.

De esta manera el Señor hizo todos los arreglos para que Israel tomase posesión de su herencia. Israel recibió esa herencia de sus manos. En ella debía servir al Señor. La fidelidad del Señor protegería la tierra para Israel y cuidaría que cada uno pudiese conservar el lugar que le había sido asignado. Josué los conduciría a su herencia. De la misma manera, el Señor Jesucristo conduce al pueblo de Dios a la vida en su

reino. Cada uno de los santos tiene su lugar asegurado por él mediante la fidelidad de Dios.

**Venganza de los madianitas.** Siguiendo órdenes expresas del Señor, Israel hizo guerra a los madianitas en venganza del crimen que habían cometido al seducir a los israelitas. Esta venganza sería una exhibición pública del honor de la justicia del Señor. Mil hombres fueron tomados de cada tribu y enviados a la lucha. Fueron acompañados por el arca y por Finees, el hijo de Eleazar. Finees llevaba trompetas de plata en su mano para dar la señal en la batalla que haría saber a los israelitas que el Señor estaba con ellos.

Los israelitas vencieron a los madianitas, dando muerte a todos sus hombres incluyendo a sus reyes. También fue muerto Balaam. Luego quemaron todas las ciudades en que habían vivido los madianitas y tomaron consigo a las mujeres, los niños y el botín.

Al regresar de la batalla, quisieron traer consigo el botín al campamento. Pero Moisés y Eleazar salieron fuera para encontrarlos. Estaban enojados porque la vida de las mujeres y de los niños había sido preservada. ¿Acaso no fueron las mujeres las que habían tentado a Israel? Cualquiera fuese el caso, el pueblo de Madián debía ser exterminado. Por eso todos los varones y todas las mujeres casadas debían ser muertos. Sólo las niñas y las mujeres solteras podían ser tomadas como siervas.

En esta ocasión los mismos israelitas tuvieron que ejecutar el juicio sobre el pueblo con quien se habían aliado en pecado. Esto debe haberlos avergonzado en gran manera. ¿Acaso merecían ellos un destino mejor? El hecho que Israel no fuese exterminado se debía solamente a la tierna misericordia y a la fidelidad de Dios. Se debía solamente al pacto en el cual Dios quería vivir con su pueblo. Mediante la sangre del Cristo se hizo expiación por aquel pueblo. Pero los madianitas, que no pertenecían al pacto, perecieron.

El Señor mismo hizo los arreglos para dividir el botín. Los hombres que habían luchado recibieron la mitad; el resto del pueblo recibió la otra mitad. Sin embargo, todos tuvieron que dedicar cierta parte del botín al Señor, entregando una parte a los levitas. Ellos habían recibido el botín de manos del Señor. También debía ser consagrado al Señor. La soberanía del Señor dominaba aun sobre el botín de la guerra.

**Venganza de sangre.** Bajo el gobierno de la justicia del Señor, la vida debía ser protegida. La vida creada por el Señor, la vida con la cual él desea vivir en comunión, es santa a sus ojos. Por eso todo derramamiento de sangre sobre la posesión de la sagrada herencia debía ser vengada. Cuando alguien era matado, el pariente más cercano debía ocuparse de ejecutar la venganza. La justicia del Señor había sido violada por el acto del homicidio. Por lo tanto debería ser restaurada por la muerte del homicida. Dios nunca puede aprobar el pecado.

Sin embargo, en este proceso no debía cometerse otra injusticia. También podía suceder que alguien golpease sin querer otra persona, causándole la muerte. ¿En tal caso también debía actuar el pariente más cercano? Por cierto, la sangre había sido derramada sobre la tierra de la sagrada herencia. Pero Dios en su pacto es un Dios justo y lleno de gracia. Cuando alguien mataba sin querer a otra persona, podía huir a una de las ciudades designadas como ciudades de refugio, que se encontraban en varias partes de la tierra. Allí estaría a salvo hasta que los jueces de Israel hicieran una decisión sobre su caso. Si se comprobaba que realmente había actuado sin intención de matar al prójimo, el pariente que buscaba venganza no podía matarlo en tanto el culpable permanecía en la ciudad de refugio. Puesto que la sangre derramada clamaba desde la tierra, el culpable no podría moverse libremente en el país.

Estos casos de homicidio no intencional volvían a demostrar claramente la destrucción de la vida que el pecado había causado en su carrera. La sangre seguiría clamando por venganza, pero al mismo tiempo había la posibilidad de escape a las ciudades de refugio. En esos casos la gracia del Señor era un escudo protector.

Solo después de la muerte del sumo sacerdote se permitiría que el culpable del homicidio se moviese libremente en el país. Era como si el sumo sacerdote, quien, durante toda su vida siempre había expiado por los pecados del pueblo en el santuario, llevase consigo al sepulcro todo cuanto había acontecido hasta la fecha de su muerte, como si su muerte indicara el amanecer de una nueva era.

Por supuesto, la muerte del sumo sacerdote no expiaba por el pecado. Pero a través de esta práctica, Israel aprendería a esperar al Cristo, quien sí tomaría todos los pecados de su pueblo y los llevaría consigo al sepulcro. Al levantarse de los muertos, lo haría sin nuestros pecados. Entonces podría comenzar una nueva vida en libertad.

# 55: Muy cerca de ti está la palabra

*Deuteronomio 29—34*

Por una parte Moisés dijo al pueblo: "Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír" (Dt. 29:4). Por otra parte dijo: "Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas" (Dt. 30:14). Este último versículo es citado por Pablo en Romanos 10:8. Significa que de ninguna manera podemos merecer la gracia sino que ésta es concedida únicamente por Dios. Mientras no alcancemos a comprender esta verdad, mientras no seamos conquistados por la palabra de gracia, no podemos entender el significado de la Palabra del Señor ni sus obras poderosas, y su pacto es muy difícil de entender para nosotros. La idea de la palabra que está muy cerca, domina toda esta sección, en que se le vuelve a decir a Israel todas las implicancias del pacto.

El cántico de Moisés debía ser el cántico del futuro. Por eso los israelitas debían aprenderlo. En el futuro testificaría contra Israel. Sin embargo, la parte final del cántico profetizaba la venganza que el Señor tomaría de los enemigos de Israel y con ello el triunfo de la gracia de Dios en su pacto. Aquí tenemos la misma idea, es decir, que en el pacto la gracia tendrá la última palabra, puesto que el pacto es garantizado por la fidelidad del Señor. Por supuesto, esto no excluye el uso de los medios de gracia. La designación de Josué como sucesor de Moisés, el mandamiento de que la ley fuese leída cada siete años, la predicción de la apostasía hecha por el mismo Señor, y el cántico de Moisés, todos son medios de gracia.

Cuando Moisés bendijo a las tribus de Israel, las vio a la luz de la venida de Dios en Sinaí. Fue allí donde Dios había encontrado a su pueblo en el pacto. Puesto que Moisés, al bendecir a los israelitas, se basaba en el establecimiento del pacto, él pudo percibir mucha luz en la historia futura de las tribus. La fidelidad de Dios les permitiría sobrevivir.

El significado de la muerte de Moisés debe verse no sólo para Israel, sino también para Moisés mismo. Aun en su misma muerte se revela a Israel la seguridad de que la palabra

está muy cerca.

Cuando leemos aquí de "la palabra", también deberíamos pensar en la Palabra eterna (Juan 1). Es decir, en Aquel que mantiene la comunión del pacto entre Dios y su pueblo, en Aquel que dirigió a Israel en el desierto como el Angel del Señor. Por el hecho de ser *su* palabra, posee el poder de subyugar a Israel y estar en la boca y el corazón de su pueblo, a veces incluso antes que el pueblo fuese consciente de ello.

**Pensamiento clave:** *En el pacto de Dios, la palabra está muy cerca de su pueblo.*

**La renovación del pacto.** Antes de despedirse del pueblo, Moisés repitió la ley del Señor y les habló de la bendición y de la maldición del Señor. Cuando había terminado, convocó a todos los israelitas acampados en los campos de Moab a renovar su pacto con el Señor.

Moisés comenzó a hablar al pueblo: "Ustedes vieron todos los grandes milagros que el Señor realizó ante sus ojos en Egipto y después. Sin embargo, hasta el día de hoy no los han entendido. Ustedes todavía no han entendido que el Señor quiere ser todo para ustedes, que ustedes puedan rendirse totalmente a él, comprendiendo que no deben confiar de ninguna manera en sus propias fuerzas. Renovemos ahora nuestro pacto con el Señor, el pacto que él hizo con nosotros en Sinaí. Consideren lo que el Señor ha sido para nosotros y lo que se propone ser en el futuro. Acepten su gracia. Nosotros renovamos este pacto no solamente para nosotros, sino también para los extranjeros que habitan entre nosotros y para las generaciones que vendrán después de nosotros.

"Si ustedes no guardan el pacto, el Señor destruirá el lugar donde ustedes viven, tal como destruyó a Sodoma y Gomorra, y los esparcirá entre las naciones. Todos los que lo vean hablarán de ello, porque les será un testimonio, y entonces dirán: 'Las cosas secretas, es decir, lo que él se propone hacer con su pueblo Israel en el futuro, pertenecen al Señor nuestro Dios, pero las cosas reveladas, es decir, esta destrucción de Israel, es un testimonio para nosotros y nuestros hijos, de modo que guardemos el pacto con el Señor' ".

Evidentemente Moisés anticipaba que otras naciones serían integradas en el pacto de Dios. Esa es la situación actual. La destrucción de Israel nos es un testimonio. También nuestra vida perecerá si no guardamos el pacto de Dios. No sabemos lo que Dios se propone hacer con Is-

rael en el futuro. A pesar de todos sus pecados, Dios no ha quebrantado su pacto con ese pueblo; constantemente siguen naciendo de ese pueblo personas temerosas del Señor. Esto es un testimonio para nosotros de la fidelidad de Dios.

Moisés también prometió, diciendo: "Ustedes experimentarán un nuevo regreso al Señor. El los juntará, no importa cuán esparcidos estén, a la comunión del verdadero pueblo del pacto. Por eso, no digan que el pacto de Dios es demasiado difícil para ustedes. No es preciso que escalen el cielo o crucen los mares para alcanzarlo. Dios les dará todo, y en su pacto él se les acerca: El ha puesto la palabra de su gracia en la boca y en el corazón. ¿Por qué no aceptan con fe su favor en el corazón? Entonces ustedes serán justos, libres del pecado delante de Dios. ¿Y por qué no confesar con la boca que Dios es Dios? Entonces serán bendecidos en toda su vida y tendrán el privilegio de servirle en libertad".

Es como si Moisés hubiese dicho esas palabras también a la gente de nuestro tiempo; inclusive aludió a todos los que vivirían en el pacto después de su propio tiempo. De manera especial se nos ha revelado a nosotros que no hemos de buscar en ninguna parte la gracia, porque ésta se ha acercado a nosotros en el Señor Jesucristo. En su pacto y mediante la cruz de Cristo, el Señor ha puesto gracia en nuestra boca y en nuestro corazón.

**La lucha de la Palabra de Dios por victoria.** En esta ocasión, al final del discurso, cuando el pacto hubo sido renovado, Moisés llamó al cielo y a la tierra a ser testigos contra Israel. Esto demuestra con cuanta fuerza luchaba el Espíritu del Señor en el pacto, para que el pueblo, por su parte, siguiera fiel. Moisés haría cualquier cosa por lograr este objetivo. Por eso presentó a Josué al pueblo como sucesor suyo. El Señor estaría con Josué y seguiría guiando al pueblo como lo había hecho antes. El Angel del Señor iría delante, y Josué, el líder nombrado por Dios, actuaría conforme a su voluntad. Bajo tales circunstancias, ni Josué ni Israel tenían por qué temer a las naciones que encontrarían en su camino. El Angel del Señor es nuestro Señor Jesucristo quien se hizo hombre y guía a su pueblo en el mundo.

Después de repetir ante el pueblo toda la ley, Moisés le escribió en un libro. Los levitas debían guardar este libro en el santuario. Cada séptimo año el libro debía ser leído ante Israel para que todas las generacio-

nes venideras pudieran conocer el pacto de Dios. Nunca es suficiente nuestro conocimiento del pacto.

Después de esto el Señor mismo apareció al pueblo en la columna de nube. Allí el Señor predijo que Israel lo dejaría y que, en consecuencia, tendría que ocultar su rostro de él. El Señor no lo dijo para desalentar al pueblo, sino para hacerle comprender que no tenía fuerzas propias ni fidelidad propia, de manera que todas sus expectativas sólo se realizarían por la fidelidad del Señor.

Moisés también tuvo que componer un cántico y escribirlo. El Espíritu del Señor lo inspiró. A través de los siglos Israel habría de cantar este himno porque sería un testimonio contra Israel si Israel caería en la infidelidad. Entonces se vería claramente como el Señor hizo todo lo posible para advertir a su pueblo. En este cántico el Espíritu del Señor, que habitaba en Moisés, llamaba al cielo y a la tierra a ser testigos contra Israel.

El nombre del Señor sea alabado, porque su obra es siempre gloriosa. Dios es un refugio para su pueblo. Cuando Dios esparció los pueblos en Babel y dirigió las naciones, ya estaba pensando en el pueblo de su pacto. Este pueblo es el eje de todas las naciones. Ellos son la bendición de toda la tierra, porque Dios se complace en ellos. Por eso los bendijo en tan gran medida. Pero una vez enriquecidos por Dios, ellos se apartarán para servir a otros dioses y entonces el Señor los esparcirá sobre la tierra. Sin embargo, nunca los abandonará completamente, porque entonces sus enemigos podrían jactarse de ser más poderosos que el pueblo en el cual Dios, por el amor de Cristo, se siente complacido. Algún día Dios derrotará a los enemigos de Israel, porque ellos también son *Sus* enemigos. En ese día él exaltará su pueblo.

Esto es lo que Moisés dijo en su cántico, y los israelitas lo cantaron después de él, y todavía pueden cantarlo. Aun viven con la promesa de que la gracia de Dios tendrá la última palabra. También nosoros podemos cantar este cántico, porque es el cántico del pueblo de Dios a través de todos los siglos. Es un himno que testifica contra nosotros, y también el cielo y la tierra testifican contra nosotros cuando rechazamos al Señor. Sin embargo, la última palabra será su palabra de gracia a su pueblo en el momento de declarar el juicio sobre los incrédulos. La palabra de gracia será lo último que se escuche, porque no es una palabra que se dice en vano. Esta palabra es la vida de su pueblo.

**La bendición profética.** La última cosa que Moisés hizo como mediador antes de morir fue bendecir a las tribus de Israel en el nombre del Señor, tal como lo había hecho Jacob con sus hijos. En el nombre del Señor Moisés bendijo al pueblo, y la bendición se cumplió a través de la historia de Israel. No hay hombre alguno que puede conceder esa clase de bendición, sino solamente el Cristo. Sin embargo, el Espíritu de Cristo estaba obrando ahora en Moisés de la misma manera en que ese Espíritu había obrado una vez en Jacob.

Moisés predijo muchos bienes para las tribus. Pero ¿cómo pudo haberlo hecho puesto que la historia de aquellas tribus sería una historia de pecado y miseria? Moisés pudo hacerlo porque veía esa historia a la luz del pacto que había sido establecido en Sinaí. Gracias a la fidelidad del Señor, la gracia triunfaría una y otra vez sobre el pecado del pueblo, y las tribus pertenecerían al reino de Dios para siempre, y sin importar cuántos se apartasen.

"El Señor vino a ustedes en el monte Sinaí", dijo Moisés. "En aquel momento su gloria iluminó toda la región. Dios estaba rodeado por miles y miles de ángeles. De veras, todo lo que vimos allí fue majestuoso.

"Aquel, ante cuyo mandamiento los ángeles van para servirle, ama a las naciones. Por eso se les apareció a ustedes y les dio su pacto y su ley a través de mi persona. Mediante este pacto y mandamiento ustedes llegarán a ser una bendición a todas las naciones. El los escogió en su gracia y a través de ustedes a todas las naciones. El es quien nos bendijo en Sinaí. Ahora transmito esta bendición a cada tribu".

Luego Moisés procedió a bendecir la tribu de Rubén, el hijo mayor de Jacob. Era una tribu que había pecado en gran medida y en la cual era poco lo que se veía de la influencia del Espíritu de Dios. Sin embargo, la tribu de Rubén viviría ante los ojos del Señor, oiría y respondería a su llamamiento, a pesar de que no eran muchos. A través del castigo, Dios santificaría la vida de esa tribu.

Después Moisés pasó directamente a Judá, la tribu real. De Judá nacería algún día el verdadero rey de Israel. Leví era la tribu sacerdotal que enseñaría a Israel el pacto de Dios. Benjamín era el amado de Dios, el que era llevado sobre los hombros del Señor. José fue bendecido con gran prosperidad. Y así continuó Moisés, prediciendo el futuro de las tribus a la luz del pacto de Dios. Moisés concluyó declarando que Israel era bendito porque su rey y su protector constante era el Señor.

Esta bendición no sólo es importante para el pueblo de Israel; también se aplica al pueblo del pacto de la actualidad, el cual es uno con el

pueblo del pasado. Si pertenecemos a este pueblo es como si hubiésemos presenciado aquella bendición, como si Moisés hubiese levantado también sobre nosotros sus manos. Lo hizo en el nombre del Señor Jesucristo quien es el verdadero mediador de su pueblo. Gracias a esto, su bendición tiene poder. La bendición del Señor sigue obrando y no está lejos de nosotros si pertenecemos a este pueblo; está en nuestra boca y en nuestro corazón. ¡Descansemos en ella y hablemos de ella a otros!

**La eterna Palabra del Señor.** Para Moisés había llegado el momento de morir. El Señor le ordenó subir al monte Nebo, a una cumbre de la cadena de Pisga que era parte de las montañas de Abarim.

Ante los ojos de todo Israel Moisés comenzó a subir la montaña. La distancia entre Moisés y el pueblo crecía. El pueblo debe haberlo seguido con la mirada mientras fuera posible ver algo de él. Finalmente desapareció de la vista. Nunca más volverían a verle, ni siquiera su cuerpo muerto, porque el Señor mismo lo sepultaría.

El mediador y pastor de Israel le había sido quitado del pueblo para siempre. Toda carne es como la hierba, incluyendo la de Mosiés, si bien había vivido hasta los ciento veinte años sin que se oscureciesen sus ojos o se debilitase su fuerza natural. Dios le había dado la bendición de una vida larga y fuerte. No obstante, él también era como la hierba. Debido a nuestro pecado, nuestro destino es la muerte.

Los israelitas debían comprender que, habiendo muerto Moisés, ellos tendrían que construir sus vidas no sobre Moisés sino sobre la palabra del Señor que les había sido proclamada por él. De veras, toda carne es como la hierba, pero la Palabra del Señor permanece para siempre. Esta es la Palabra que está muy cerca del pueblo del Señor en el pacto.

Solamente podemos construir nuestras vidas sobre el Mediador Jesucristo, quien es la Palabra de Dios y quien hace realidad el lazo de comunión entre Dios y su pueblo. También él murió por amor a nosotros, pero tuvo la victoria sobre la muerte.

Quizás Moisés fue resucitado de los muertos, motivo por el cual Dios mismo lo sepultó. Es posible que Moisés no haya visto corrupción en el sepulcro; en tal caso, fue debido a la obra de Cristo quien fue el único que por su obediencia pudo obtener la victoria sobre la muerte. Algún día todos los suyos serán resucitados a vida eterna y glorificados así como fueron glorificados él y Moisés.

Antes que Moisés muriese, el Señor le concedió una gracia muy especial. Desde la cumbre de la montaña que había escalado, el Señor le permitió ver la totalidad de la tierra de Canaán. El Señor fortaleció sus ojos para permitirle ver toda la tierra. Fue un milagro, un milagro del favor de Dios. A Moisés no le fue permitido introducir a Israel a la tierra de Canaán, pero se le concedió ver la tierra.

¿Habrá sido aquello algo muy doloroso para Moisés, un recuerdo amargo de su fracaso como líder del pueblo? Sin duda Moisés habrá mirado con profundos anhelos hacia Canaán. Pero en ese momento debe haber comprendido que solamente en el nombre de Cristo, el Angel del Señor, pudo haber llevado al pueblo a dicha tierra. Ahora lo haría este Angel mismo, por medio de Josué.

Moisés debe haberse sentido feliz al entregar su llamamiento y devolverlo a este Angel de quien lo había recibido junto a la zarza ardiente. En ese momento estaba entrando a un llamamiento superior en el que podría ver la gloria del Angel del Señor, la gloria de su reino y su propio servicio en él. De esa manera todos los anhelos de Moisés fueron cumplidos en un sentido mayor. Sin duda, se habrá sorprendido ante su propia resurrección. Un día, muchos años después, cuando el Angel se había hecho carne y en la persona de nuestro Señor Jesucristo habitaba en la tierra, Moisés tuvo el privilegio de aparecer a su Señor y decirle, en el comienzo de su sufrimiento, que él, Moisés, había podido guiar al pueblo de Israel solamente por la fuerza recibida del Cristo.

Moisés murió, y el pueblo lo lloró durante treinta días. Después, el pueblo siguió a Josué, el líder que poseía el espíritu de sabiduría, el líder sobre quien Moiés había puesto las manos.

# En Canaán

# 56: Introducidos a la tierra de Canaán

*Josué 1—5:12*

Hablamos de Israel, no como entrando en la tierra de Canaán, sino como un pueblo que es *introducido* a dicha tierra. Mediante la potencia de su brazo, el Señor introdujo a Israel en Canaán. Este acontecimiento es una revelación del Señor Jesucristo, especialmente cuando Israel es llevado a través del Jordán. Esto puede verse particularmente en el arca del pacto, la señal de la presencia del Señor en medio de Israel. La señal del arca se cumplió en el Cristo, quien separó las aguas del Jordán (Jos. 3:14-17). Por eso no podemos ignorar el significado simbólico de este acontecimiento. No obstante, debemos presentarlo de tal manera que los niños puedan entenderlo.

El cruce del Jordán no debe ser considerado como un acontecimiento aislado. Espiritualmente estamos unidos al pueblo del Señor de aquel tiempo y su experiencia también es la nuestra. La experiencia de ese pueblo debe ser vista, en primer lugar, como la experiencia de Aquel que es su cabeza, es decir, Jesucristo. El atravesó las aguas de la ira de Dios para gozar una vida de eterna comunión con Dios.

También nosotros atravesamos las aguas, pero debemos cuidarnos de no identificar las aguas con la muerte, y la tierra de Canaán con el cielo. Canaán es la tierra de la comunión con Dios. Es el reino de Dios del cual hemos de ser ciudadanos en esta vida.

Pasar a través de las aguas es morir con Cristo para vivir eternamente con él. Estamos recorriendo un sendero que no recorrimos ayer, ni el día anterior. Es el sendero extraño, anteriormente oculto, a lo largo del cual nos guía la gracia de Dios. De esa manera nosotros también somos conducidos a través del Jordán. El Cristo estuvo en medio de aquel pueblo y nosotros estuvimos en él. Para Israel y para nosotros, el sendero a través del Jordán es el sendero de la fe en Cristo, quien va delante de nosotros y nos prepara el camino.

En Josué 5 se nos relata la circuncisión de toda la nación. Es evidente que en el desierto y después de la desobediencia del pueblo, se había descuidado la práctica de la circuncisión

(véase 5:5-6). Los pocos israelitas que habían cumplido cuarenta años de edad o más habían sido circuncidados, pero no así la generación menor.

Esto significa que el Señor no había quebrantado el pacto con Israel. Todavía guiaba al pueblo a través de la columna de nube y fuego y todavía le mandaba el maná. Sin embargo, la comunión plena que se gozaba en las señales del pacto fue suspendida por un tiempo. Después que el Señor hubo introducido al pueblo en Canaán volvió a concederles la plenitud de su comunión. De esa manera también fue quitado el oprobio de los egipcios.

*Gilgal* significa *dar vuelta* o *círculo*. Este nombre indica la burla de que si bien Dios había sacado al pueblo de Egipto, no podía introducirlo en Canaán y estaba dispuesto a dejarlo morir en el desierto. Además, en Gilgal volvió a celebrarse la pascua por primera vez después de la salida de Egipto. De esta manera ambos sacramentos volvieron a cobrar importancia para Israel.

**Pensamiento clave:** *Mediante la fe el Señor introduce al pueblo en la tierra de Canaán.*

**El llamamiento de Josué.** Moisés había partido. Debido a su desobediencia no se le había permitido introducir al pueblo en Canaán. Sin embargo, el Señor había escogido un sucesor para Moisés, es decir a Josué, quien por muchos años había sido su ayudante. Por eso, habiendo pasado los días de duelo por la muerte de Moisés, el Señor habló al corazón de Josué para decirle que él había de introducir al pueblo en Canaán. El Señor se disponía a dar toda la tierra al pueblo ahora y a estar con Josué como líder de la nación.

Ciertamente la tarea encomendada por el Señor a Josué era difícil. Si Moisés había gemido bajo el peso de la carga, ¿cómo podría sobrellevarla Josué? Por eso el Señor le encomendó una y otra vez a ser fuerte y valiente, porque ninguno de sus enemigos tendría fuerzas para resistirle. Sin embargo, no debía ser imprudente ni atrevido como suelen serlo los incrédulos. Toda su valentía debía nacer de la fe que el Señor estaría con él. En esas condiciones Josué sería fuerte no solamente ante los enemigos de Israel, mas también ante los malos deseos del propio pueblo. Cuando el pueblo quisiese seguir los senderos de su propia elección, él habría de aferrarse a la palabra del Señor tal como ésta había sido revelada, especialmente por medio de Moisés. Todos los días debía meditar en esa palabra, de modo que ella habitase en su corazón para darle valor y fe.

Basado en su fe en la palabra del Señor, Josué se dispuso inmediatamente a entrar en este llamamiento. Mandó a los oficiales, cuya responsabilidad era llevar las genealogías y el registro de los nacimientos de las tribus, decir al pueblo que preparase provisiones para varios días, porque el Señor se proponía introducirlos a la tierra de Canaán. También se dirigió a las tribus que seguirían viviendo en la otra orilla (al este) del río Jordán, para decirles que debían cumplir su promesa de ayudar a las otras tribus en la conquista de Canaán. En su respuesta prometieron hacer todo cuanto Josué mandase, como antes habían obedecido a Moisés. También indicaron que toda persona desobediente a Josué sería muerta.

En su respuesta a Josué, usaron las mismas palabras que había utilizado el Señor: "Se fuerte y valiente". ¡Qué maravilloso debe haber sido esto para Josué! Mediante la fe había aceptado el llamamiento del Señor, y ahora el Señor había guiado al pueblo a aceptar a Josué como su líder. El llamamiento de Josué tocó una fibra en el corazón del pueblo, de modo que todos dijeron amén a ese llamamiento.

Dichoso el pueblo que ha recibido de manos del Señor un líder, y que por obra del mismo Señor está ligado a ese líder. En tales condiciones cualquier pueblo vive seguro. Dios nos ha dado un líder aun más maravilloso, es decir, al Señor Jesucristo. Dios quiere que su Espíritu haga un lugar para este líder en el corazón de todos aquellos que creen. Nosotros le seguimos por toda la vida, y por eso vivimos seguros.

**Precedidos por el Espíritu del Señor.** El Señor había prometido entregar la tierra de Canaán a su pueblo, pero eso no significaba que Josué y el pueblo no tendrían que conquistarla. Por eso Josué envió a dos espías que reconociesen la tierra, especialmente la ciudad de Jericó, que se encontraba precisamente en su camino. Los espías cruzaron el Jordán, entraron en Jericó y se alojaron en la casa de una prostituta, pensando que allí podrían permanecer sin ser descubiertos. Pero el arribo de los dos extranjeros no había pasado desapercibido en la ciudad. De inmediato se sospechó que eran espías israelitas.

El rey de Jericó envió algunos hombres a la casa de Rahab, la mujer que los había alojado, a fin de capturar a los espías. Pero los israelitas tuvieron una experiencia asombrosa. Temiendo Rahab de ser descubierta, los escondió en el terrado entre algunos manojos de lino. Luego desvió a los mensajeros del rey afirmando que los espías habían salido por

la puerta de la ciudad cuando ya estaba cayendo la tarde. ¡Si se apresuraban, seguramente los alcanzarían!

Con el propósito de salvar a los espías, Rahab había mentido lisa y llanamente. Como toda otra mentira, aquello fue un pecado. Pero había otro aspecto que debía ser considerado. Aquella mujer había renunciado a su propio pueblo y a su rey, prefiriendo proteger a los espías israelitas. Eso sería considerado una traición. Aparentemente temía que los cananeos iban a ser conquistados y de ese modo esperaba salvar su propia vida al ofrecer ayuda a los espías.

Sin embargo, eso no era todo lo que ocurría en su corazón. Habiéndose librado de los mensajeros del rey, ella habló con los espías en el terrado, diciéndoles lo que sentía. Les dijo que los cananeos estaban atemorizados. Habían perdido todo su valor al ver que los israelitas habían llegado para conquistar a Canaán. Bien sabían lo que el Señor había hecho por el bien de Israel, cómo había abierto las aguas del Mar Rojo, y cómo había preparado un camino para que su pueblo atravesara el mar. También sabían cómo los israelitas habían derrotado a los dos poderosos reyes amorreos. "El corazón de todos los cananeos se ha desmayado", dijo la mujer. En cuanto a ella misma, hizo la siguiente confesión: "El Señor, su Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra. Ante él, nuestros ídolos no son nada".

En su corazón escogió al verdadero Dios que era capaz de salvar a su pueblo. Escogió el honor del Dios de Israel y los derechos de su pueblo en vez de los de su propio pueblo en cuyo pecado estaba viviendo. De modo que no solamente trataba de salvar el pellejo, cometiendo traición; al pedir que su vida y la vida de su familia fuesen protegidas el día que cayese Jericó, Rahab buscaba la protección del Dios de Israel. Aunque ella misma todavía vivía en pecado, fue librada del paganismo pecaminoso que le rodeaba y que había habitado en la profundidad de su corazón. Debe haber pensado por mucho tiempo en este asunto. Además, el hecho que los espías hayan buscado refugio en su casa debe haberle parecido una providencia especial. Sin duda, con el tiempo debe haber comprendido mejor los maravillosos caminos de gracia que Dios tiene en tales asuntos.

¡Qué maravilloso debe haber parecido todo esto a los espías! No solamente supieron que los cananeos habían perdido todo su valor y su fuerza para resistir, sino que también encontraron una confesión de fe en el Dios de Israel estando en el propio territorio del enemigo. Era evidente que el Espíritu del Señor los había precedido. El Espíritu del Señor

Jesucristo, que vivía en medio de Israel, no sólo había despojado a los cananeos de su poder, sino que también había establecido lazos entre Israel y Rahab que ellos ignoraban. Por un lado, llenaba de terror el corazón de sus enemigos, y por el otro, conducía a una mujer pecadora, cananea, a confesar al Dios de Israel. ¡Qué asombrosa fue para los espías esta revelación divina! ¡Dios ya estaba obrando en medio de aquel país pagano!

Los dos espías prometieron a la mujer que su pedido sería concedido. Ella y su familia serían salvados. Rahab había pedido específicamente que su padre, madre, hermanos y hermanas tambien fuesen salvados. ¡Qué espíritu diferente al del resto de los cananeos! Cuando los espías juraron salvarle junto a su familia, lo hicieron sobre la base de tres condiciones: que Rahab no traicionaría a los espías, en el momento de la conquista todos los miembros de su familia estarían en su casa, y que ella facilitaría la identificación de su casa situada sobre el muro de la ciudad, colgando por la ventana una cuerda de roja grana.

Luego Rahab los hizo descender a los espías con una cuerda. Siguiendo su consejo, los espías permanecieron escondidos tres días en las colinas que rodeaban a Jericó. Cuando los mensajeros del rey abandonaron la búsqueda, los espías dejaron las colinas y volvieron a cruzar el Jordán para presentarse ante Josué y decirle cuanto habían visto y oído. Josué comprendió que el Espíritu del Señor estaba en medio de los enemigos de Israel, y estos ya consideraban segura la victoria de Israel. De esa manera, Josué e Israel sólo tenían que seguir al Señor y recibir lo que él les había preparado.

Esta es siempre la forma de proceder del pueblo del Señor. Es él quien va adelante en las dificultades y las vence antes que nosotros lleguemos a ellas. El domina el mundo entero, bendiciendo y maldiciendo conforme a su voluntad. ¡Si tan solamente creyésemos como en aquella ocasión creyeron Josué y el pueblo de Israel!

**El asombroso camino a Canaán.** Luego Josué e Israel salieron de Sitim, donde habían estado acampados, llegando al río Jordán, donde el Señor los hizo permanecer tres días. Durante aquellos días observaban al Jordán, cuyo caudal estaba en ese entonces totalmente lleno. Era el tiempo de la siega. En las cumbres de las montañas, donde nacía el Jordán, hacía mucho que se habían derretido las nieves. Luego vino la estación de las lluvias, cuando el Jordán se convertía en un río profundo cu-

yas aguas corrían tan veloces que amenazaban la vida de cualquier persona que intentase cruzarlo. El Señor hizo que los israelitas acampasen por tres días junto a la orilla del río, para que todos pudiesen ver cuán imposible era para un ejército entrar en Canaán acompañado por mujeres y niños.

Al fin el Señor se reveló a Josué para decirle que introduciría al pueblo en Canaán mediante un camino desconocido, un camino que no se había utilizado previamente. Al guiar a Israel en un camino tan asombroso, Dios comenzaría a confirmar a Josué como sucesor de Moisés ante los ojos del pueblo.

Josué mandó al pueblo a santificarse, es decir, a lavarse y a vestir ropas limpias. Sin embargo, este lavamiento exterior sólo era un símbolo de la purificación de sus corazones. Esto significa que confesaron sus pecados delante de Dios y rompieron una vez más con ellos. Sin esto no podrían encontrar al Señor quien aparecería en medio del pueblo como su Dios. No era suficiente recibir la liberación del Señor. Era preciso que en esa liberación conociesen al Señor y le adorasen, llegando a vivir más cerca de él.

Los israelitas se santificaron. Al día siguiente, respondiendo al mandamiento del Señor, Josué dijo a los sacerdotes que debían tomar el arca del pacto y llevarlo delante de todo el pueblo. El arca del pacto era una señal para los creyentes de la presencia de Dios entre ellos. También hoy Dios está en medio de su pueblo a través del Señor Jesucristo, quien descendió a nosotros. De esa manera, mediante el arca, el Señor Jesucristo estaba yendo delante del pueblo. Entre el arca y el pueblo debía haber un espacio de un kilómetro. De esa manera todo el pueblo podía seguir viendo el arca y no solamente las primeras filas. Los ojos de todos debían estar dirigidos al arca. Esta era una profecía de la venida del Señor Jesucristo.

En el momento preciso cuando los sacerdotes pisaron en el Jordán, las aguas que venían del norte se detuvieron tal como el Señor lo había prometido. Aquellas aguas se detuvieron como un muro, en tanto que las aguas que ya habían pasado por ese punto seguían su curso, haciendo un sendero seco, cada vez más ancho, a través del Jordán. Era el Señor Jesucristo quien estaba proveyendo este sendero seco para Israel. Los sacerdotes con el arca continuaron hasta el medio del río y allí se detuvieron. Todos los israelitas, al cruzar el río Jordán, pasaron junto al arca, de modo que todos podían ver quien les había preparado aquel camino a la tierra de Canaán.

Esto significa que el pueblo de Israel entró a Canaán gracias a un milagro. Esto fue posible porque creían en el Señor que estaba cerca de ellos mediante el Señor Jesucristo. Así fue como entraron a la tierra en la que el Señor se disponía a vivir para siempre entre ellos.

Todos nosotros deberíamos tomarnos el tiempo para meditar cuidadosamente en esta forma maravillosa de cruzar el Jordán, porque en realidad todos los creyentes seguimos la misma ruta que siguieron los israelitas. El mismo Señor Jesucristo entró a la eterna comunión con Dios a través de esa asombrosa ruta, mediante su muerte en la cruz y su resurrección. Y todos los creyentes saben que si tienen el privilegio de vivir con el Señor, la vieja vida muere en ellos para dar lugar al nacimiento de una vida nueva.

Aquí no estoy hablando de la muerte, porque no tenemos que esperar hasta el día de nuestra muerte para vivir con el Señor y tener vida eterna. Esta vida eterna en comunión con el Señor puede ser nuestra aquí y ahora. Si hemos llegado a esta vida eterna, también hemos recorrido esa ruta asombrosa, porque para nosotros, como seres humanos pecadores, es imposible acercarnos directamente a Dios. Nuestros pecados y la ira de Dios se interponían entre él y nosotros, pero el Señor Jesucristo ha preparado un camino para atravesar esa barrera, ¡si tan solamente creyésemos en él! Piensen solamente en aquellos israelitas; todos pasaron junto al arca y lo miraron al entrar a Canaán. También nosotros hemos de mirar al Señor Jesucristo y así alcanzar la paz eterna con Dios.

Obedeciendo el mandamiento del Señor, Josué ordenó que un representante de cada tribu tomase una piedra del lecho seco del río Jordán. Las doce piedras fueron levantadas en el primer campamento que los israelitas hicieron después de cruzar el río, y allí permanecieron por mucho tiempo como un recordatorio de aquel asombroso acontecimiento. Josué incluso hizo levantar piedras en el sitio donde habían estado de pie los sacerdotes en medio del lecho del río. Cuando las aguas del río estuviesen bajas, se podrían ver aquellas piedras. Las piedras permanecerían allí como un recuerdo para Israel de las obras poderosas de Dios.

**Otra renovación del pacto.** El primer lugar donde se detuvieron para pasar la noche después de cruzar el río fue Gilgal. Allí estaban en paz durante varios días y allí el Señor les dio su especial bendición. Nadie los molestó allí, porque el cruce milagroso del Jordán había aterrori-

zado el corazón de los cananeos, de modo que ahora temían dirigir un ataque contra Israel.

En el desierto los israelitas habían pecado gravemente contra el Señor con su reiterada incredulidad; pero el Señor no los había abandonado. El Señor era su Dios y guardaba su pacto con ellos, aunque no les había concedido su comunión completa en el pacto. Los sacramentos de la circuncisión y de la Pascua, que eran señales del pacto, no habían sido usados durante los años que los israelitas habían transitado por el desierto. Esto fue una pérdida tremenda.

También en nuestro tiempo es una experiencia maravillosa cuando hay Santa Cena o bautismo en la iglesia. El Señor está muy cerca de su pueblo en esos momentos y éste se deleita en su amor. Precisamente fue lo que a los israelitas les faltaba en el desierto. Pero aquí, en su primer campamento en la tierra de Canaán, la señal de la circuncisión fue dada a todos aquellos que todavía no la habían recibido. Luego todo el pueblo celebró la Pascua y Dios volvió a darles la plenitud de su comunión.

¡Cuán cerca de ellos estaba ahora el Señor! Al dirigirles la palabra, el Señor hizo que aquellos días fuesen una fiesta. Dios dijo a Josué que aquel lugar debía ser llamado *Gilgal*, que significa *volver*, puesto que allí el Señor había quitado del pueblo el oprobio de los egipcios. Durante los cuarenta años que los israelitas habían transitado por el desierto, los egipcios decían que el Señor ciertamente los había sacado de Egipto, añadiendo, sin embargo, que todos morirían en el desierto, porque el Señor no podría introducirlos en Canaán.

Durante aquellos días dejó de caer el maná, porque ahora el pueblo podría comer del grano de la nueva tierra. De esa manera el Señor había cumplido maravillosamente todas sus promesas. De la misma manera siempre cumple sus promesas.

# 57: Apartado para el Señor por el anatema

*Josué 5:13—8:35*

Toda Jericó con sus habitantes y tesoros debía ser dedicada al Señor para ser destruida. Todos los habitantes debían ser muertos. Todo lo que podía ser quemado debía ser quemado. Los objetos de metal debían ser pasados por el fuego y luego apartados para uso en el santuario.

Toda cosa que no había sido dada voluntariamente al Señor ahora estaba bajo anatema. Esto significa que debía ser apartada para el juicio divino. Dentro del pueblo del pacto esto incluía a todo aquel que quebrantase dicho pacto. Entre las naciones esto incluía a cualquier nación que se había apartado totalmente de Dios.

Jericó debía ser totalmente destruida para que Israel pudiese ver mediante ese ejemplo que los cananeos con todas sus posesiones habían caído bajo el anatema del juicio de Dios. El comandante del ejército del Señor declaró: "He venido ahora" (Jos. 5:14). Lo que quiso decir es que había venido para herir con juicio a los cananeos.

Sin embargo, puesto que el metal debía ser donado al santuario, quedó claro que aquello que había sido juzgado todavía podía ser santificado al Señor. Esto también se deduce claramente del hecho que los israelitas podían tomar para sí mismos de los tesoros de las otras ciudades de Canaán, con la condición de que fuesen dedicados al Señor a través del uso que recibirían.

¿Cómo era posible dedicar al Señor algo que había sido juzgado? Sólo porque Cristo pasaría el juicio, y, habiendo experimentado la muerte, se dedicaría, sin mancha, a Dios. Por eso también es posible que algún día la tierra pase por el fuego y luego sea dedicada al Señor en forma renovada para ser entregada al uso de los creyentes. Ahora mismo la tierra se halla temporalmente santificada por el amor de Cristo y ha sido entregada al uso de los creyentes. En efecto, la tierra ya ha sido santificada en el reino de Dios. El hecho que Israel podía usar los tesoros de Canaán es una profecía que señala a la santificación de la tierra por amor a Cristo.

El comandante del ejército del Señor, que es el Angel del pacto, ciertamente vino para conducir a Canaán a juicio, pero también para entregar a Israel los tesoros de Canaán. En ese sentido su venida realmente es una bendición para el pueblo del pacto. En la misma perspectiva hemos de considerar el sonar de las trompetas alrededor de Jericó. El sonar de las trompetas siempre señala a la venida del Señor, muy especialmente el acercamiento del Dios del pacto a su pueblo. Cuando Dios vino a Jericó para destruir a sus enemigos, salvó y bendijo a su propio pueblo y le abrió las puertas de Canaán.

Jericó cayó en manos de Israel sin que se librase batalla alguna. Esto enseñaría a los israelitas que Dios les entregaba sus enemigos y que Canaán era un don del Señor, aunque todavía tendrían que seguir luchando para conquistarla.

Sin embargo, hay una discrepancia. En la primera mención de la emboscada a Hai, se mencionan 30.000 hombres (Jos. 8:3), mientras que en la segunda mención son 5.000 (Jos. 8:12). Es posible que algún copista se haya equivocado en cuanto a la primera de las cifras.

La parte final de estos capítulos del libro de Josué registra el establecimiento de las tablas de la ley. El relato es breve porque en Deuteronomio 27 ya se había descrito detalladamente el procedimiento a seguir. Tan pronto como los israelitas capturaron a Hai, Josué y todo el pueblo avanzaron hacia el monte Ebal y el monte Gerizim. Desde el mismo comienzo era preciso someter el uso de la tierra conquistada al gobierno soberano de la ley de Dios.

**Pensamiento clave:** *Por amor a Cristo, Canaán es dedicada al Señor.*

**El comandante del ejército del Señor.** Josué sabía que después de cruzar el Jordán, el pueblo debía comenzar la conquista de Canaán. Delante de ellos se erguía la fortaleza de Jericó, y a ella dedicó Josué sus pensamientos. Meditando en la mejor forma de tomar la ciudad, se retiró a un sitio aislado del campo donde estaba acampado el ejército. Súbitamente vio un personaje delante de él con su espada desenvainada en la mano, dispuesto a atacar. Josué se le acercó y le preguntó diciendo: "¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?" La respuesta que recibió fue: "Como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora".

¿Quién era este comandante? Era el Angel del Señor, que había guiado a Israel a través del desierto y que mucho tiempo antes había aparecido a Abraham. Era el mediador que ya había aparecido en forma hu-

mana en ese entonces. Ahora aparecía, espada en mano, porque estaba dispuesto a herir a los cananeos con todos sus tesoros y ponerlos bajo un solemne anatema; es decir, los entregaría (los dedicaría) al juicio de Dios. La impiedad de los cananeos había alcanzado su punto extremo. El mismo se identificó como Príncipe del ejército del Señor, es decir, de las fuerzas armadas de los ángeles. Con sus ángeles se disponía a luchar por Israel. Josué y los israelitas debían librar la batalla con los cananeos, pero él sería quien los aniquilaría con sus propias fuerzas armadas.

Quizás Josué no entendió inmediatamente que la figura delante de él era el Señor mismo, el Angel del Señor quien había aparecido tantas veces a Moisés. Sin embargo, comprendió que estaba tratando con un mensajero de Dios. Por eso se postró y preguntó, diciendo: "¿Qué dice mi Señor a su siervo?" Se le dijo que debía quitarse los zapatos porque el lugar que pisaba era santo. Con ello Josué entendió que estaba frente al Mediador mismo. El mismo Señor Jesucristo es Dios santo.

El Señor había venido para herir a Canaán con juicio. Iba a demostrar que él mismo, no Josué ni Israel, castigaría a Canaán. ¿Cómo lo haría? Entregando la ciudad de Jericó, que por supuesto había cerrado sus puertas, en manos de Israel sin que se librase batalla alguna. Lo único que los israelitas tenían que hacer era caminar alrededor de la ciudad una vez al día durante seis días. Luego, el séptimo día, debían rodearla siete veces. El Señor solo conquista a sus enemigos y a los enemigos de su pueblo.

El hecho que toda Canaán había caído bajo el juicio de Dios sería demostrado mediante el destino de Jericó: todos sus habitantes y tesoros fueron puestos bajo anatema. En otras palabras, habían de ser dedicados al Señor. Los habitantes de la ciudad debían ser muertos, todos ellos. Luego la ciudad y todo lo que había en ella debía ser consumido por fuego. Sólo los objetos de metal serían salvados. Una vez derretidos y santificados por el fuego, podían ser utilizados en el santuario.

Debido al pecado, la tierra entera había caído bajo el juicio de Dios, y por lo tanto debía ser puesta bajo anatema. Nosotros no debíamos usar ninguna cosa de la tierra. En realidad, nosotros mismos habíamos sido entregados al juicio. Sin embargo, el Señor Jesucristo se entregó a sí mismo en favor nuestro para ser juzgado. Mediante su muerte en la cruz, él fue entregado al juicio de Dios, pero se levantó de los muertos para consagrarse a sí mismo y los suyos y la tierra al Señor. Gracias a su sa-

crificio, nosotros podemos llegar a ser hijos de Dios y utilizar nuevamente la tierra en el servicio al Señor. Algún día la tierra entera será renovada y santificada al Señor.

La posibilidad de que algo fuese entregado a juicio y nuevamente santificado al Señor se revela claramente en el hecho de que los metales podían ser ofrecidos para el servicio en el santuario. No era mandado que los israelitas quemasen los tesoros de las otras ciudades de Canaán. Se les ordenó dar muerte a los habitantes, pero se les permitió tomar el ganado y las otras posesiones para su uso propio y para servir con ello al Señor.

¿Alguna vez hemos considerado el hecho de que nosotros mismos y toda la tierra hemos caído bajo el juicio divino por causa del pecado, y que solamente gracias al Señor Jesucristo podemos vivir y disfrutar los tesoros de la tierra? Una vez que lo hayamos comprendido, debemos cuidarnos de utilizar todos esos tesoros para servir al Señor.

**Juicio sobre Jericó.** Josué trasmitió la orden del Príncipe del ejército del Señor al pueblo y el primer día todos los hombres armados marcharon alrededor de Jericó. En medio de la procesión era llevado el arca del Señor, como una señal de que el Señor estaba en medio de ellos. Siete sacerdotes marchaban delante del arca, llevando y tocando sus trompetas. El sonido de las trompetas era una señal de que el Señor se disponía a mostrar su gracia a su pueblo y su ira a los enemigos.

Durante siete días marcharon una vez por día alrededor de la ciudad. El séptimo día lo hicieron siete veces. Allí se erguía Jericó, con sus fuertes murallas y sus valientes hombres. Al mismo tiempo era rodeada por el pueblo del Señor, con el Señor mismo en medio de ellos. Y de veras, la ciudad era entregada en manos del pueblo, o mejor dicho, era entregada al juicio de Dios, quien redimiría a su pueblo. Del mismo modo, el mundo entero, que está en desacuerdo con Dios, todavía parece ser fuerte, pero está siendo entregado al juicio de Dios y es dado en manos de su pueblo, el cual finalmente triunfará sobre él.

Los israelitas tuvieron que rodear a Jericó durante siete días. Durante aquellas marchas debían guardar silencio. Por siete días Israel tuvo que esperar fielmente en la intervención del Señor. ¡Tal vez el Señor no intervendría hoy ni mañana, pero estaba en camino! El pueblo lo esperaba en fe. Esperemos también nosotros su venida en fe, porque él juzgará todo lo pecaminoso en este mundo y bendecirá a su pueblo.

Al término de la séptima marcha, el séptimo día, Josué exclamó: "Gritad, porque el Señor os ha entregado la ciudad". Entonces se vio el poder de la gracia del Señor sobre su pueblo. En ese mismo instante se derrumbaron los muros de Jericó. Los israelitas subieron de todas partes a la ciudad y los habitantes de Jericó fueron muertos y todas sus posesiones fueron dedicadas al Señor.

Solo fueron salvados Rahab y los de su casa. Ella y todas las personas que pertenecían a ella escaparon el juicio, porque ella había creído en el Dios de Israel y en fe había hospedado a los espías. Su salvación nos demuestra cómo podemos escapar nosotros del juicio mediante la fe en el Dios del pacto.

Después de que fue destruida la ciudad, Josué hizo un juramento afirmando que cualquiera que reconstruyese los muros de la ciudad de Jericó sería maldito por Dios. Todos sus hijos perecerían durante la reconstrucción. Jericó seguiría siendo para siempre una ciudad abierta, como una señal de que el Señor había entregado la tierra con sus ciudades en manos de su pueblo, y que el Señor protege a su pueblo como un muro de fuego alrededor.

**Juicio en el ejército.** Seguidamente Israel se dirigió a Hai. Siguiendo el consejo de los espías que Josué había enviado, solamente salieron tres mil hombres contra esa pequeña ciudad. Sin embargo, fueron derrotados y treinta y seis de ellos murieron. Ante este acontecimiento decayó el corazón del pueblo y Josué rasgó sus vestidos. No lo hizo solamente por el hecho de aquella pequeña derrota, sino porque era una demostración de que Israel *no* era invencible. Como resultado los cananeos cobrarían nuevo valor, rodearían el campamento de los israelitas y los destruirían. ¿Cómo entonces podría glorificar el Señor su propio nombre? Esta fue la queja que Josué llevó ante el Señor.

El Señor respondió que todo el pueblo debía ser culpado, puesto que uno de ellos había desobedecido el pacto al tomar algo del botín de Jericó para sí mismo. Aparentemente el Señor y sus derechos de ejecutar el juicio no habían significado nada para dicho hombre. En su codicia había despreciado la palabra del Señor. Por eso el Señor no pudo acompañar al pueblo en aquella batalla. Hasta que el pueblo no hubiese pronunciado juicio sobre el culpable de quebrar el pacto, la ira de Dios estaría sobre toda la nación, y la maldición misma vendría a juicio.

Siguiendo el mandamiento del Señor, se echaron suertes. Estas demostraron que Acán, de la tribu de Judá, era el transgresor. Acán confesó que en su tienda había enterrado un elegante manto babilónico, doscientos siclos de plata y un lingote de oro. Como castigo, todo Israel apedreó a Acán y a su casa en el valle de Acor. Sobre sus cadáveres se levantó un montículo de piedras, y todas sus posesiones fueron quemadas.

Toda la familia de Acán compartió su castigo, porque cada familia comparte la culpa de sus miembros. Es cierto que Dios había decretado que los hijos no serían castigados por los pecados de sus padres, pero el crimen de Acán ciertamente no había sido cometido sin el conocimiento de su familia. Por eso todos ellos vinieron al juicio divino.

Haríamos bien en prestar atención a este pecado de Acán. ¿Acaso nosotros no poseemos mucho también, y utilizamos de lo que poseemos en este mundo sin confesar que lo hemos recibido gracias al sufrimiento de Cristo, y que, por lo tanto, todo debe ser santificado a Dios? ¿Acaso no retenemos mucho de lo que el Señor nos ha confiado?

Después de esta purificación del ejército, Josué siguió el mandamiento del Señor marchando una vez más contra la ciudad de Hai. Esta vez el Señor le ordenó tender una trampa, preparando una emboscada en el lado oeste de la ciudad. El Señor entregó la ciudad en manos de los israelitas. Sus habitantes fueron muertos y el rey de Hai fue ahorcado en un árbol hasta caer la noche. La ciudad fue quemada. Los israelitas sólo se quedaron con el ganado y los despojos de la ciudad. El Señor les había otorgado esos despojos. Mediante el Señor Jesucristo, los tesoros de Canaán serían santificados y entregados a Israel. También nosotros recibimos los tesoros de la tierra por amor a Cristo.

**Las tablas de la ley.** Los israelitas ya habían conquistado la primera parte de Canaán y tomado posesión de ella. En esta tierra de Canaán debían servir al Señor y vivir en el pacto con él según la ley que él les había dado por medio de Moisés. Por eso Josué ya no podía posponer una orden que Moisés había dado en ocasión de repetir la ley delante del pueblo.

Con todo el pueblo Josué se dirigió hacia el norte. No temía ataques de los cananeos porque el terror del Señor había caído sobre ellos. Su destino eran dos montañas, Ebal y Gerizim. En Ebal construyó un altar, donde el pueblo se dedicó al Señor mediante ofrendas quemadas.

También trajeron algunas ofrendas de gratitud. Después escribió la ley del Señor en dos piedras que fueron levantadas en el monte Ebal. Luego mandó que seis tribus se situasen en el monte Ebal, y las otras seis en el monte Gerizim, frente las unas a las otras. Los sacerdotes estuvieron en medio de las dos cumbres y leyeron la ley del Señor al pueblo.

Al leer la maldición con que Dios amenazaba al pueblo en caso de infidelidad, todo el pueblo en el monte Ebal gritó, diciendo: "Amén". Y al leer la bendición prometida por el Señor, el pueblo en el monte Gerizim gritó, diciendo: "Amén".

De esta manera invocaron la maldición del Señor sobre sus propias vidas en el caso de apartarse de la ley del pacto. En fe podían esperar su bendición si andaban en los caminos de pacto.

Siguiendo el mandamiento de Moisés, Josué cuidó que esta ceremonia tuviese lugar muy pronto después de que la invasión de Canaán comenzara. Desde el comienzo mismo, la vida entera de los israelitas en Canaán debía estar sujeta a la ley del pacto. En la actualidad, nuestra relación con la ley del Señor difiere de la relación que había entre Israel y ella. Sin embargo, toda nuestra vida debe estar de acuerdo con la ley del Señor. Desde el comienzo mismo, nuestra vida en este mundo debe ser santa al Señor.

## 58: La justicia de Dios

*Josué 9—12*

Aparentemente Canaán fue conquistada de acuerdo a un plan divino. Los israelitas irrumpieron en el centro mismo de Canaán, es decir, en Jericó, Hai, y las ciudades de los gabaonitas. Después de esto Josué derrotó a los reyes del sur, dirigidos por Adonisedec, en Gadaón y en la ladera de Bethorón. Finalmente enfrentó a los reyes del norte, guiados por Jabín, de Hazor, en la batalla de las aguas de Merom.

La ciudad de Gilgal, que se menciona aquí, probablemente no es el lugar donde los israelitas hicieron su primer campamento después de cruzar el Jordán. Debe tratarse de otro sitio llamado Gilgal, entre Siquem y Jerusalén. Los israelitas llegaron a este Gilgal cuando se dirigían al sur desde el monte Ebal.

Sin duda alguna los israelitas tuvieron que guardar el juramento hecho a los habitantes de Gabaón. Mucho tiempo después, Saúl trató de exterminar a este pueblo, pero con ello incurrió en un crimen que tuvo que ser vengado con sangre. Es cierto que el juramento había sido basado en el engaño de los de Gabaón, pero los israelitas también eran culpables por no haber consultado la voluntad del Señor.

Contra su voluntad, los israelitas debían incluir a los gabaonitas en su vida nacional. Que esto ocurriese de tal manera, se debe a la dirección del Señor. Israel tenía que aprender que también los cananeos eran personas, seres humanos que hallaban protección en el juramento hecho dentro del círculo de la justicia de Dios. Israel no tenía derecho de proceder arbitrariamente con los cananeos. Si los otros cananeos debían ser exterminados, esto se debía sólo a la necesidad de vengar la justicia de Dios. No se permitiría que la mera pasión gobernase la batalla contra los cananeos. Cuando los cinco reyes en la cueva de Maceda iban a ser muertos, Josué dijo: "Esforzaos y sed valientes". Y eso era precisamente lo que los líderes y todo Israel necesitaban para ejecutar el juicio de Dios sobre los cananeos.

En este espíritu debemos contar a los niños la historia de la destrucción de los cananeos. Debemos hacerles

entender la justicia de Dios. Nadie que coloque la vida humana encima de los derechos de Dios podrá relatar apropiadamente esta historia porque tal persona se dejará guiar por un sentimiento por el cual Cristo tenía que expiar en la cruz. Nuestra vida encuentra verdadera protección solamente en la sumisión a la justicia de Dios, es decir, la justicia divina que fue restaurada por Cristo y que demanda nuestro reconocimiento.

**Pensamiento clave:** *La justicia de Dios se mantiene por medio del exterminio de sus enemigos.*

**Los intrusos.** Después de los acontecimientos en el monte Ebal y Gerizim, los israelitas acamparon en Gilgal, un lugar situado en el centro del país, un poco al sur de dichas montañas (no es el mismo Gilgal donde acamparon por primera vez después de cruzar el Jordán). Allí un grupo extraño de personas se acercó a Josué. Eran hombres que aparentemente habían viajado una gran distancia, porque los agujeros en sus cueros de vino habían sido rústicamente remendados, sus sandalias estaban gastadas, y su pan lleno de moho. Dijeron venir de muy lejos y por lo tanto no pertenecer a los cananeos. En la tierra lejana donde vivían, habían oído de las poderosas obras de Dios en favor de Israel. Ahora su pueblo quería hacer un pacto con Israel.

Al principio Josué tuvo sus dudas. Dijo él: "Tal vez, a pesar de las palabras que ustedes dicen, ustedes viven en medio nuestro". Pero el aspecto de sus sandalias y de su pan era tan convincente, que no se molestó en consultar la voluntad del Señor a través del sumo sacerdote. Josué y los ancianos hicieron un pacto con los visitantes, juramentándolo en el nombre del Señor.

Cuando los israelitas llegaron a las ciudades de Gabaón, tres días después, comprendieron que habían sido engañados. Cuando Josué reprochó a los gabaonitas su proceder, estos respondieron que habían oído que Moisés había ordenado exterminar a los cananeos.

Ahora bien, Israel no podía quebrantar un juramento. Por culpa de Josué y de los ancianos, habían obrado irresponsablemente al hacer este pacto. Si quebrantaban el juramento hecho en el nombre del Señor, dicho nombre caería en desgracia.

Los israelitas se quejaron ante Josué y los ancianos porque ahora los gabaonitas tendrían que vivir entre ellos. Lo único que pudo hacer Josué fue maldecir a los de Gabaón y condenarlos a ejecutar para siem-

pre los servicios más pesados en conexión con el santuario. De esta manera la maldición dicha por Noé sobre Canaán (Gn. 9:25) fue finalmente cumplida. En esta sentencia sobre los de Gabaón, Canaán se convirtió en esclavo de los esclavos para Israel.

No debemos tratar de excusar a Josué afirmando que los gabaonitas reconocieron y adoraron al Dios de Israel, porque la actitud de éstos fue totalmente diferente a la de Rahab. Nunca se puede honrar a Dios mediante el engaño. En el caso de los gabaonitas no hubo una búsqueda del Espíritu del Señor que estaba obrando en Israel. Debido a que Josué no consultó la voluntad del Señor, el Espíritu del Señor fue contristado en medio de Israel y el nombre del Señor deshonrado. Puesto que Josué no inquirió con fe acerca de la voluntad del Señor, en este caso le fue negada la sabiduría de Dios.

Sin embargo, todo esto ocurría bajo la dirección de Dios. Contra su voluntad, Israel debía absorber ahora a los gabaonitas en su vida nacional. Mediante esta experiencia, los hijos de Israel tuvieron que humillarse y aprender que por sí mismos no eran mejores que los cananeos. Debían todos sus privilegios al pacto de gracia de Dios. También los gabaonitas eran personas que podían buscar la protección de Dios dentro del círculo de su justicia, justicia a la que los israelitas habían hecho un juramento. Si los otros cananeos debían ser exterminados, esto se debía a la justicia de Dios contra la cual habían cometido las más atroces ofensas.

**Los reyes del sur.** Cuando los reyes del sur oyeron lo ocurrido, hicieron un pacto entre ellos, siguiendo las sugerencias de Adonisedec, rey de Jerusalén. Juntos atacaron a los gabaonitas, que se habían aliado a los israelitas. Ante esta desgracia, los gabaonitas enviaron un mensaje a Josué.

Después de una apresurada marcha nocturna, Josué y su ejército atacaron a los reyes aliados quienes creían que los israelitas todavía estaban lejos. El Espíritu del Señor los llenó de temor ante Israel, de modo que huyeron. Huyeron hacia el noroeste con el propósito de cruzar el paso montañoso en Bet-horón y alcanzar la planicie donde se hallaban sus ciudades fortificadas. En las colinas de Bet-horón, el Señor hizo caer un fuerte granizo sobre ellos. Fueron más los que murieron por el granizo que por las espadas de los israelitas.

Mientras los israelitas perseguían a sus enemigos, Josué clamó al Señor. En el nombre del Señor ordenó que el sol y la luna se detuviesen. En respuesta a su palabra, aquel día duró casi el doble de lo que dura un día común. Fue un milagro divino. Dios domina el paso del tiempo e hizo que tanto el granizo como el tiempo sirviesen a la causa de su pueblo. En esas circunstancias Josué ejerció autoridad sobre el curso natural de los elementos como un tipo del Cristo que ejerce autoridad sobre toda la creación. Mediante ese gobierno soberano, Cristo cuida que la causa de su pueblo tenga victoria y ejecuta juicios sobre sus enemigos.

Mientras perseguían al adversario, alguien trajo un mensaje a Josué, que decía que los cinco reyes se habían escondido en la cueva de Maceda. Josué ordenó que la entrada de la cueva fuese cerrada con grandes piedras. De esta manera los israelitas podrían continuar su persecusión sin demora.

Luego el ejército entero se reunió en Maceda. Ya no quedaba enemigo de Israel que tuviese valor de lanzar un ataque. Luego Josué hizo sacar a los cinco reyes de la cueva. Habiéndolos traído, ordenó que los principales hombres de guerra de Israel pusiesen sus pies sobre los cuellos de los reyes. Entonces les ordenó reunir todo su valor y darles muerte. No necesitaban ningún tipo de valor para dar muerte a sus indefensos enemigos, pero sí lo necesitaban si habían de hacerlo en nombre de Dios. Ellos habían de ejecutar la justicia de Dios sobre estos reyes. De esa manera su muerte sería una señal a los israelitas de que Dios también ejecutaría su juicio sobre los demás enemigos. En este acto de juicio los israelitas tuvieron que reconocerse como propiedad exclusiva del Señor.

Algún día el Señor juzgará a todos los suyos. Por nuestros propios méritos no somos mejores que aquellos reyes y el resto de los cananeos. Si hay salvación para nosotros, se debe a que el Señor Jesucristo nos reconcilió con Dios y restauró la justicia de Dios para nosotros. El sufrió la muerte bajo la justicia de Dios para que nosotros pudiésemos vivir por justicia.

La ejecución de aquellos reyes debe haber hecho una profunda impresión en los israelitas. Mediante esta experiencia debían aprender que su privilegio de vivir se debía a la virtud de la justicia en gracia de Dios.

Después de estos acontecimientos, Josué conquistó numerosas ciudades en el sur. Los israelitas aniquilaron a los pueblos pero conservaron el ganado y los despojos para sí mismos, conforme a la providencia en gracia de Dios en favor de su pueblo.

**Los reyes del norte.** Cuando las noticias de la victoria de Israel llegaron a los reyes del norte, ellos formaron una alianza bajo la dirección de Jabín, rey de Hazor. Estos reyes unieron sus fuerzas para formar un ejército muy grande. Este ejército, que incluía numerosos caballos y carros, se reunió en un campamento en el norte, junto a las aguas de Merom.

El Señor dijo a Josué que no tuviese temor porque había entregado en sus manos a aquel ejército. Con prisa Josué marchó con su ejército hacia el norte, atacó el ejército de los reyes y lo destruyó. Conforme al mandamiento del Señor, Josué quemó los carros e incapacitó los caballos. Ordenó que sus hombres primero cortasen los tendones de la corva de los caballos para luego matarlos. Este hecho debía ser una señal a Israel de que cualquier cosa fuera de Dios, en la cual el hombre confía es rechazada por Dios y dejará de existir. A los ojos de Dios, el más grande de los poderes es como nada.

La primera ciudad capturada por Josué fue Hazor. Josué la quemó porque Jabín de Hazor había encabezado la resistencia. Después tomó las otras ciudades. También derrotó a los hijos de Anac, los gigantes a quienes los israelitas habían temido tanto hacía ya muchos años.

Ahora se había apoderado de la totalidad de Canaán. Por cierto, todavía no habían sido conquistadas todas las ciudades, ni se habían exterminado todos los cananeos. Pero las conquistas pequeñas podían quedar para más adelante, puesto que los cananeos ya no tenían fuerzas para resistir.

Mediante la mano de Israel Dios había ejecutado su justicia sobre los cananeos. ¿Somos conscientes de que también sobre nosotros ejecutará su justicia, a menos que seamos reconciliados con él por medio de la sangre del Señor Jesucristo y la protección de su pacto?

## 59: La herencia de los santos

*Josué 13—22*

La segunda gran tarea de Josué consistía en dividir la tierra de Canaán entre las doce tribus de Israel. Es posible que se haya utilizado el siguiente procedimiento: primero se echarían suertes para ver de qué tribu era el siguiente turno, y luego se echarían otras suertes para determinar la porción de tierra que se adjudicaría a esa tribu.

Debido a que Canaán fue dividida por suertes, fue el Señor mismo quien asignó a cada tribu su herencia. Es asombroso ver el resultado de las suertes. Sólo Caleb (de la tribu de Judá) fue permitido escoger por sí mismo la porción de tierra que el Señor le había prometido por su fidelidad. Sucedió que Judá fue la primera tribu señalada por las suertes. Judá recibió una porción en el sur de la tierra. De esa manera la herencia de Caleb quedó comprendida en el territorio de Judá.

Las tribus que siguieron fueron Efraín y Manasés. De esa manera José seguía a Judá conforme al significado que para Israel tenían estos dos hijos de Jacob. Efraín y la media tribu de Manasés recibieron su herencia en la región central y norte del país.

Luego el resto del país fue dividido entre las otras tribus. (Ustedes recordarán que Rubén y Gad, y la otra media tribu de Manasés habían recibido una herencia al lado oriental del Jordán). Josué hizo medir el resto de la tierra y la dividió en siete partes.

La suerte cayó primero sobre Benjamín, y esa pequeña tribu recibió como su herencia el territorio entre Judá y Efraín, una parte pequeña. Después de Benjamín siguió Simeón, también una tribu pequeña, que recibió un territorio al sur de la herencia de Judá, una zona que era considerada herencia de Judá. De esa manera fue cumplida la profecía de Jacob: Simeón y Leví serían esparcidos en Israel. Luego el resto de la tierra fue dado a las otras cinco tribus.

Los levitas recibieron ciudades en donde morar entre las otras tribus. No hemos de pensar que sólo vivían levitas en aquellas ciudades. Sin embargo, en ellas debía proveerse el sitio adecuado para ellos. También se les

debía asignar territorios adyacentes. Las ciudades de refugio también eran ciudades de los levitas.

Los levitas no recibieron herencia propia, porque el Señor, el Dios de Israel, sería su herencia. En aquel entonces el servicio en el santuario todavía estaba separado del servicio al Señor en la propia herencia de cada cual. Cuando el cielo y la tierra sean renovados, estas dos clases de gente serán una. La habitación de los levitas en medio de las otras tribus debía ser un recuerdo constante de que todo Israel había sido apartado para el servicio del Señor.

Cuando Josué había recibido su herencia, se alejó con modestia. Después de todo, el Señor era el rey de Israel. Mediante la fe, Israel debía obedecer al Señor y buscar su dirección. En este caso Josué es un tipo del Cristo. Cuando todas las cosas le sean sujetas, él mismo se sujetará a aquel que puso todas las cosas bajo sus pies (1 Co. 15:28). Esta distribución de la herencia de Israel, llevada a cabo por el Señor mismo a través de Josué, es una señal para los fieles de la seguridad de la herencia. Todos los creyentes recibirán su herencia de manos del Mediador.

**Pensamiento clave:** *En el nombre de Dios, la herencia es distribuida entre los santos a través del Mediador.*

**La herencia de Judá y José.** Después de la victoria sobre los reyes del norte, el Señor ordenó a Josué a proseguir con la división de la tierra entre las tribus. Josué ya era un anciano y no llegaría a ver el día del exterminio total de los cananeos. Sin embargo, la división de la tierra no podía ser postergada. Como continuación de la obra de Moisés, Josué era responsable de llevarla a cabo. Moisés ya había asignado el territorio al este del Jordán a las tribus de Rubén y Gad y la media tribu de Manasés. De esta manera Josué, igual que Moisés, debía cumplir la función de mediador en esta tarea.

Caleb, hijo de Jefone, se presentó ante Josué para pedirle la porción de tierra que el Señor le había prometido por haber sido fiel después de haber espiado la tierra de Canaán hacía muchos años. En aquel entonces los israelitas habían demostrado un temor extraordinario por los hijos de Anac. En consecuencia, el Señor había prometido a Caleb las colinas en que aquellos vivían. El pedido de Caleb tuvo el apoyo de la tribu de Judá, a la cual pertenecía.

Aquellos gigantes, hijos de Anac, ya habían sido conquistados por Josué, pero sin ser totalmente exterminados. Esto debía hacerlo aquel que poseería la tierra. La misma condición valía para todas las partes de la tierra repartidas entre las tribus. Cada tribu tendría que exterminar a

los cananeos que todavía vivían en el territorio asignado.

Aparentemente, esta fue una tarea que los hijos de Israel temían. Hubieran preferido permanecer en Gilgal como un solo ejército. Pero Caleb, en un acto de fe, demostró el valor de hacerse cargo de su herencia. Caleb señaló que, si bien en ese momento ya contaba con 85 años de edad, todavía era tan fuerte como cuando había sido espía en la tierra de Canaán a la edad de 40 años. Mediante su fe, toda la tribu de Judá se sintió desafiada a tomar posesión de su herencia.

Basado, entonces, en su propio pedido, Caleb recibió a Hebrón y algunas tierras vecinas. Cuando comenzaron a echarse las suertes, la tribu de Judá recibió una herencia en el sur, la tierra vecina de Hebrón.

Caleb comenzó inmediatamente la conquista de la tierra asignada. El Señor entregó en sus manos a los hijos de Anac. Pero, ¿cómo tomaría la ciudad fortificada de Debir? Caleb prometió dar su hija por esposa al hombre que tomase a Debir. Su sobrino Otoniel tuvo éxito en capturar la ciudad. El Señor seguía fortaleciendo la fe de su pueblo, y esa fe le dio valor y fuerza. A pedido de Acsa, Otoniel recibió una parcela más fértil de tierra cerca de Debir.

Los otros miembros de la tribu de Judá también comenzaron a aniquilar a los cananeos. Sin embargo, fueron incapaces de expulsar a los jebuseos de la fortaleza de Jerusalén. Carecían de fe para tomar con valor esa posición fortificada. La conquista de ella quedó reservada para David, quien fue rey de Israel por muchos años después.

Mediante suertes, es decir, mediante la dirección del Señor, las tribus recibieron las partes de su herencia. Esto significa que recibieron su porción de la tierra de las manos mismas del Señor. Pero ellos mismos tenían que aniquilar a los cananeos que todavía permanecían en su territorio. De la misma manera, Dios nos da nuestro lugar y nuestra herencia en su reino ahora y para siempre. Pero tenemos que luchar para poseer lo que él nos ha dado. Si por la fe, vemos que nuestro lugar nos ha sido asignado por el Señor y que lo poseeremos para siempre, también tendremos el valor para continuar la lucha.

Habiéndose concluido con Judá, se procedió a echar suertes respecto de la herencia de las tribus de Efraín y Manasés. Jacob había prometido que José tendría una doble porción y por eso sus hijos Efraín y Manasés fueron contados como hijos de Jacob. Puesto que la tribu de Leví no recibió una herencia aparte, la tierra, en efecto, fue dividida entre doce tribus.

Efraín y Manasés recibieron la parte central del país y toda la zona del norte. También ellos comenzaron con la tarea de exterminar a los cananeos. No siempre tuvieron éxito en su lucha, porque, si bien podían derrotarlos en la batalla, no sabían cómo aniquilarlos todos.

Estas dos tribus se presentaron luego ante Josué quejándose porque la herencia recibida les era demasiado pequeña. Era como si juntos hubiesen recibido una sola porción. Josué señaló que en realidad habían recibido un territorio extenso, una herencia correspondiente a dos tribus. Sencillamente tenían que limpiar los bosques en el territorio montañoso y exterminar a los cananeos. Pero ellos se quejaron de no poder expulsar a los cananeos. Estos, con sus carros de hierro, eran demasiado fuertes. Josué los amonestó y exigió que siguiesen luchando en fe contra los cananeos. Si tuviesen fe también serían capaces de conquistarlos a pesar de la fuerza de sus enemigos. Por eso no recibieron más tierras. También nosotros con frecuencia podemos estar descontentos con lo que Dios nos ha asignado en la vida, con el lugar que nos ha asignado en su reino porque quizá no estamos dispuestos a poseer por fe lo que él nos ha dado.

**La herencia de las otras tribus.** La distribución de la tierra iba demasiado despacio. Las tribus se demoraban en tomar posesión de la tierra y comenzar la lucha. ¡Qué falta de fe exhibió Israel en ese momento! Sin embargo, el Señor siguió fiel a su palabra. Daría a su pueblo lo que había planeado para ellos.

Debido a esta demora, Josué hizo reunir a todo Israel en Silo para levantar allí el tabernáculo de reunión. Israel tendría que reconocer una vez para siempre que el Señor moraba en Canaán. Y si el Señor moraba allí, también cuidaría de que su pueblo tuviese una morada segura. Allí el pueblo tendría el privilegio de vivir bajo la sombra de Dios.

*Silo* significa *descanso.* Allí el Señor descansó después de su viaje a través del desierto. También proveería descanso para su pueblo. El Angel del Señor estaba en Silo, el Señor Jesucristo que nacería de la tribu de Judá. Jacob ya lo había llamado *Silo*, es decir el *hombre que trae descanso.* Ahora más que nunca antes, Israel podía esperar que algún día aparecería en la carne.

Josué amonestó a las demás tribus por su vacilación. Cada una de las tribus debía designar a tres hombres que recorrerían la tierra para sugerir su división en siete porciones. Esto se hizo. Así el resto de la tierra

fue distribuida entre las restantes siete tribus. Benjamín recibió la tierra entre Judá y Efraín. Simeón fue a vivir al sur de Judá, como si fuera a la sombra de Judá. Posteriormente Simeón perdió todo significado de independencia entre las tribus, conforme a lo predicho por Jacob. Las otras cinco tribus recibieron el resto de la tierra.

Después de este procedimiento, los israelitas impulsaron a Josué a escoger un trozo de tierra para sí mismo. Josué la escogió dentro del territorio de Efraín, porque pertenecía a esa tribu. Habiendo terminado la obra del Señor, se retiró a esa parcela de tierra. Josué no quiso ser rey de Israel, porque el Señor mismo sería el líder de su pueblo.

**La herencia de Leví.** Conforme al mandamiento del Señor, la tribu de Leví fue la única que no recibió herencia. Esta tribu había sido apartada por el Señor para el servicio especial del Señor en el santuario. El hijo mayor de la casa de Aarón siempre sería el sumo sacerdote. Todos los hijos de este linaje serían sacerdotes y todos los levitas debían ayudar en el servicio del tabernáculo. Vivirían en gran parte de las ofrendas y regalos del resto de la nación.

Todas las tribus debían servir al Señor en los territorios recién asignados; pero en aquel entonces, el servicio especial en el santuario todavía estaba separado del servicio general al Señor. Algún día desaparecería esta distinción. Cuando venga el reino de Dios, todos servirán simultáneamente al Señor en su gobierno sobre toda la tierra. Lo honrarán con adoración y alabanza.

Los levitas habían de vivir en las ciudades de refugio y también en diversas otras ciudades en los territorios de las otras tribus. La presencia de los levitas debía ser un constante recuerdo a las demás, de que poseían la herencia recibida para servir en ella al Señor. Por la mediación de los sacerdotes, debían traer al Señor alabanza y adoración por la majestad que él exhibía en su gracia a Israel.

**La preservación de la unidad.** Ahora había llegado el momento para que los hombres de guerra de las tribus de Rubén, Gad, y la media tribu de Manasés regresaran a sus propios territorios del otro lado del Jordán. Con fidelidad habían guardado la promesa de ayudar a las otras tribus en la conquista de Canaán. Con su parte del botín, regresaron a sus casas después que Josué les hubo agradecido su ayuda y los hubo

amonestado a seguir fieles a la palabra y al pacto del Señor.

Cuando llegaron al Jordán, levantaron un gran altar en el lado oeste del río. Tan pronto las otras tribus supieron de esto, se juntaron en Silo formando un ejército para declarar la guerra a sus hermanos, suponiendo que las tribus del otro lado del río habían levantado el altar para ofrecer allí sacrificios al Señor. Ello significaría que habría dos lugares donde servir con sacrificios al Señor. Pero había solamente un lugar donde el Señor quería vivir en medio del pueblo y solamente un altar. Si se toleraba este pecado, la ira de Dios se haría sentir sobre todo Israel. El pueblo se dividiría en dos partes y el pacto que unía al pueblo sería quebrantado.

Sin embargo, antes de declarar la batalla, los israelitas al oeste del Jordán enviaron una delegación encabezada por Finees, el hijo del sumo sacerdote Eleazar. Cuando este grupo alcanzó la otra orilla del Jordán, Finees amonestó solemnemente a las tribus allí por el pecado que habían cometido, recordándoles cómo los israelitas habían pecado antes y cómo el Señor se había vuelto contra todo el pueblo.

En respuesta, se le dijo a Finees que las tribus del este del Jordán no tenían intención de ofrecer sacrificios al Señor sobre el altar. En su lugar, serviría de señal a todo Israel de que las tribus al este del Jordán también tenía derecho de participar en el servicio del único altar en Silo. Habían temido que las dos comunidades, separadas por el Jordán, llegasen a alejarse poco a poco y que las tribus al oeste del río algún día les prohibirían participar en el servicio del Señor en Silo.

Las tribus que se habían reunido para la batalla se sintieron aliviados y agradecidos al oír esta respuesta de parte del grupo de delegados. Ahora quedaba claro que el gran altar que había sido levantado serviría solamente para preservar la unidad de la adoración pública de Israel. Así que hubo gran entusiasmo entre las tribus de guardar el pacto del Señor y a vivir en obediencia.

El Espíritu del Señor no se había apartado de Israel, a pesar de la frecuencia y la gravedad con que Israel había pecado contra su Dios. Este Espíritu nunca se apartará de su pueblo. Gracias a la obediencia de Cristo, él siempre cuidará de la comunión de su pueblo con él.

# 60: Confirmados en la herencia

*Josué 23—24*

A muchos de nosotros nos gusta contar la historia de la despedida de Josué. Nuestros pensamientos siguen más o menos así: Antes de morir, Josué, un hombre anciano, amonesta una vez más al pueblo a seguir fiel al Señor y a su llamamiento. Luego añadimos que esta exhortación final en realidad fue ineficaz, porque después el pueblo de Israel abandonó al Señor.

No es ésta la forma en que debemos relatar la historia que tenemos aquí. Es una forma que deberíamos eliminar totalmente, porque, de lo contrario, no estaremos relatando el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Precisamente en esta historia hemos de ver a Josué como un tipo del Cristo; como el mediador entre Dios y los hombres, él renueva el pacto de Dios con su pueblo y confirma el pueblo en sus herencias. Recibimos esta perspectiva especialmente a través de Josué 24.

El pueblo se presentó delante de Dios, y Josué le habló como si estuviese en la presencia misma de Dios. No vamos a decir que los esfuerzos de Josué fueron totalmente vanos, porque esta renovación del pacto fue un instrumento mediante el cual se aseguró la elección de un remanente, es decir, de un grupo de creyentes fieles, que conservaban su fidelidad cuando los demás habían abandonado al Señor. Después del exilio, el Señor trajo a estas personas de regreso a sus herencias para esperar al Mesías en la tierra prometida. Mediante la renovación del pacto, Dios conservó para sí una forma de cumplir sus promesas.

Aquí hay otro peligro que debe ser evitado: no debemos dejarnos descarriar pensando que los creyentes en Isarel hallaron consuelo junto al sepulcro de Josué con la esperanza de que su alma ahora descansaba en el cielo. El énfasis de las Escrituras señala en otra dirección. Cuando se nos habla del sepelio de Josué, se nos dice el lugar de la tierra donde fue sepultado. Las Escrituras subrayan el sepelio mismo. Lo mismo se aplica al sepelio de los huesos de José, y el sepelio de Eleazar. Josué y los otros fueron sepultados en su herencia como una señal que tendrían una parte en la resurrección de los muertos, y que en su sagrada herencia tendrían su parte

entre los santos, es decir, entre los que han sido santificados. Mediante aquellos sepelios en la tierra prometida, fue fortalecido el lazo entre el pueblo y la tierra.

La Biblia es el libro para la tierra. Por supuesto, la Biblia ve a la tierra a la luz del cielo, pero sigue siendo un libro para la tierra. Nuestra porción en esta tierra en el aquí y ahora es una garantía de nuestra porción sobre la tierra cuando ésta algún día haya sido renovada. En la misma luz hemos de considerar a los sepelios de nuestro tiempo. Algún día hemos de poseer nuestra porción entre los santos de la tierra. De esta manera toda nuestra posición en la tierra en el presente es asegurada por medio del pacto.

**Pensamiento clave:** *Josué, como un tipo del Mediador entre Dios y los hombres, confirma para Israel la posesión de su herencia.*

**La exhortación de Josué.** Josué había sido el líder de Israel en la conquista de Canaán y en la distribución de la tierra entre las tribus. Ya era un anciano. Sentía que el fin de su vida estaba cerca, pero todavía no había completado su tarea. Aún tenía un mensaje para el pueblo. Por eso reunió a todos los representantes del pueblo: a los ancianos, los jefes, los jueces, y los oficiales que guardaban los registros. No se nos dice donde se reunieron. Aunque las Escrituras no mencionan el sitio, probablemente fue Silo, donde se había levantado el tabernáculo, donde el arca del pacto permanecía como una señal de la presencia de Dios.

¿Qué diría Josué a aquellos representantes del pueblo y por medio de ellos al pueblo entero? ¿Acaso los amonestaría a seguir fieles al Señor? No, no era eso lo primero que tenía que decirles. En primer lugar les dijo que el Señor les había dado esta tierra. Era El quien había conquistado a todos los pueblos que habían encontrado en su camino. Por cierto, todavía había algunos cananeos que no habían sido exterminados, pero también ellos serían entregados por el Señor en manos de los israelitas. Si el pueblo de Dios solamente creyese, jamás sentiría temor y nadie sería capaz de derrotarles. Por eso, en primer lugar, Josué les dio la promesa de Dios. Debían aceptar esta promesa mediante la fe y aferrarse al Señor. Luego podían proseguir con la aniquilación de los pueblos, sin sentir deseos de mezclarse con aquellos cananeos que habían maldecido a Dios.

Por supuesto, había algunos peligros, puesto que los cananeos eran pueblos muy desarrollados y más expertos en la agricultura que los is-

raelitas. ¿Acaso llegarían los israelitas a estimarlos por sus habilidades y aceptar su liderazgo? ¡Si tan solamente tuviesen el valor para ser lo que eran por amor al Señor!

El Señor había escogido a los israelitas y quería ser su Dios. Por eso debían cuidarse de ser arrastrados por los cananeos y de mezclarse con ellos. Si así lo hacían, el Señor les daría su apoyo en forma tan magnífica que un solo israelita haría huir a mil cananeos. De lo contrario, si no inclinaban sus corazones al Señor, y en su lugar se mezclaban con los cananeos, el Señor permitiría que éstos volviesen a cobrar fuerza. Los cananeos tentarían a los israelitas, los atraparían y volverían a dominarlos.

El pueblo vio cómo el Señor había cumplido todas sus promesas. Si fuese necesario, cumpliría con la misma seguridad sus amenazas. Si fuese necesario, dejaría morir a los israelitas en esta tierra. Habiendo dicho estas palabras, Josué dejó que el pueblo regresara a sus casas.

**El pacto renovado una vez más.** Josué sabía que su tarea todavía no había terminado. Sería preciso presentar al pueblo ante Dios y renovar el pacto entre Dios e Israel. En esta ceremonia él sería un mediador entre Dios y el pueblo. Esto era algo que Josué sólo podía hacer como un tipo del legítimo mediador Jesucristo, que está entre Dios y nosotros, proveyendo una garantía de que Dios y su pueblo permanecerán unidos para siempre. Este mediador iba a expiar por el pecado del pueblo y de esa manera sanar la división entre Dios y el pueblo. Sólo en el poder de este mediador podía Josué mediar entre Dios y el pueblo.

Josué volvió a reunir a los representantes del pueblo. En esta ocasión citó a un número mayor de representantes que en la ocasión anterior. Llamó a todos cuantos podían venir. El lugar de encuentro sería Siquem, un lugar histórico. Era el lugar donde el Señor había aparecido por primera vez a Abraham cuando éste entró a la tierra de Canaán. Abraham había construido un altar al Señor en ese lugar. El pueblo debe haber pensado en estas cosas cuando fue convocado por Josué.

En Siquem Josué oró con el pueblo. De esa manera el pueblo se presentó delante del Señor. Era como si los cielos se hubiesen abierto. Luego Josué se dirigió al pueblo en el nombre del Señor. Era como si el pueblo estuviese en la presencia misma de Dios.

Josué habló prolongadamente al pueblo, contándoles su historia desde el llamamiento de Abraham. Pero en este extenso discurso dijo esencialmente una cosa, es decir, que había sido la iniciativa del Señor preocuparse

por Abraham cuando sus padres todavía servían a los ídolos. El Señor había sacado a Abraham de ese ambiente de modo que pudiese servirle a él. Una y otra vez había sido el Señor quien había tomado la iniciativa de salvar al pueblo y evitar el desastre. También había sido el Señor quien les había hecho heredar las tierras de Canaán. No eran ellos quienes habían caído en sus manos; vivían en casas que no habían construido y comían el fruto de viñas y olivares que ellos no habían plantado. El Señor había escogido ser su Dios y les había dado todas estas cosas.

Ahora el Señor exigía una respuesta. Los israelitas debían decidir si escogían entre el Señor y su favor, o los ídolos. "Escojan hoy a quién servirán", les dijo Josué en el nombre del Señor. El Señor mismo les estaba dando esta elección. "Pero yo y mi casa", prosiguió diciendo el mediador Josué, "serviremos al Señor". El Espíritu del Señor le hacía hablar estas palabras. El Espíritu de Cristo estaba hablando en él. Este fue el factor determinante en Israel. De esta manera el Cristo declaraba en nombre de su pueblo que serviría al Señor; y en su poder también nosotros podemos vivir vidas de servicio, mediante la fe en él.

Todo el pueblo respondió diciendo: "Nosotros serviremos al Señor". Pero, ¿sabían lo que estaban diciendo? Josué les dijo: "Ustedes no podrán servir al Señor, porque Dios es santo. Es un Dios celoso que no sufrirá sus rebeliones y pecados. El Señor lo quiere ser todo para ustedes. Si no lo es todo para ustedes, y ustedes no dependen totalmente de él y no le sirven sólo a él, él no podrá ser nada para ustedes. En ese caso los consumirá".

Pero, en realidad, ¿es posible servir al Señor entonces? ¿Acaso no es la vida de servicio una existencia opresiva y violenta? No. Si nos rendimos totalmente a él, es una vida muy fácil. Cuando así lo hacemos, vivimos una vida rica y plena, porque él nos guarda y guía a lo largo de toda la vida.

El pueblo volvió a decir que quería servir al Señor. Entonces Josué les dijo: "Ahora ustedes lo han escuchado el uno del otro, y ustedes serán testigos el uno contra el otro si se apartan del Señor y ponen su confianza en alguna otra cosa". Además, Josué escribió en un libro todo lo ocurrido en Siquem, de modo que con frecuencia pudiese ser leído al pueblo. Además de ello, levantó una piedra como testigo para el pueblo.

En Siquem fue renovado el pacto entre el Señor y su pueblo. Pero, ¿guardaría Israel este pacto? Tiempo después, muchos israelitas se apartaron del Señor. Sin embargo, siempre hubo algunos que fueron

fieles a la fe. Esta fe ha sido preservada a lo largo de los siglos. Cuando vino el Redentor, hubo creyentes que lo esperaban. La renovación del pacto en Siquem ayudó para que esto fuese posible.

A nosotros también el Señor nos dice: "Escojan a quien quieren servir". También quiere concedernos su favor. ¡Si tan sólo estaríamos dispuestos a decidirnos por él! Si la respuesta de ustedes es que desean escoger a Dios, recuerden que esto sólo es posible si se rinden totalmente a él. O bien el Señor lo es todo para ustedes, o no es nada. Han vivido muchas personas que dijeron servir al Señor, pero luego se apartaron de él. No se habían rendido a él de todo corazón.

**El sepelio de Josué, Eleazar y los huesos de José.** Con aquella ceremonia había terminado la obra terrenal de Josué. El pueblo fue enviado de regreso a sus hogares. Josué murió poco tiempo después a la edad de 110 años. Fue sepultado en la tierra que su familia había recibido por herencia.

El pueblo estaba alrededor del sepulcro, sin duda profundamente apenado. ¡Qué pérdida sufrieron con la muerte de Josué! Con todo, vivían en la fe de que algún día Josué sería resucitado a la venida del Redentor para gozar eternamente la herencia de los hijos de Dios. Con el mismo sentir sepultaron los huesos de José que habían traído desde Egipto. José mismo había pedido ser sepultado en la tierra que sería su sagrada herencia, como la señal del lazo entre el pueblo y esa tierra.

Murió otro importante israelita, el sumo sacerdote Eleazar, hijo de Aarón. El había sido la mano derecha de Josué tal como Aarón había sido la mano derecha de Moisés. Todos los ancianos fueron sepultados. Así era constantemente fortalecido el lazo del pueblo con su tierra.

¿Se ha cumplido esta expectativa de Israel? El Redentor ha venido, pero la resurrección de los muertos todavía no ha acontecido. Cuando él venga algún día, todos los muertos resucitarán de sus sepulcros. Entonces los creyentes poseerán la tierra para siempre. El sepelio de los creyentes también es una señal de su lazo de unión con esta tierra. Algún día los creyentes serán glorificados juntamente con esta tierra.

Cuando regrese el Señor Jesús, se cumplirán todos los anhelos de los israelitas creyentes, igual que los nuestros si hemos vivido en fe. Esto lo mereció el Señor Jesucristo por nosotros. El nos da nuestra herencia eterna entre los santos. El lugar que ahora nos concede sobre la tierra también es una señal y garantía de esta herencia.